

ALEJANDRO
JODOROWSKY
LA DANZA DE
LA REALIDAD

Siruela

«Este libro es un ejercicio de autobiografía imaginaria, aunque no en el sentido de "ficticia", pues todos los personajes, lugares y acontecimientos son verdaderos, sino en el hecho de que la historia profunda de mi vida es un esfuerzo constante para expandir la imaginación y ampliar sus límites, para aprehenderla en su potencial terapéutico y transformador. Ella actúa en todos los terrenos de nuestra vida, incluso en los que consideramos *racionales*. Por eso, no se puede abordar la realidad sin desarrollar la imaginación desde múltiples ángulos. Normalmente lo visualizamos todo según los estrechos límites de nuestras creencias condicionadas. De la realidad misteriosa, tan vasta e imprevisible, no percibimos más que lo que se filtra a través de nuestro reducido punto de vista. La *imaginación activa* es la clave de una visión amplia: permite enfocar la vida desde ángulos que no son los nuestros, *integrando* otros niveles de conciencia, superiores al nuestro. Esta búsqueda me separó de mí Yo Ilusorio, me hizo huir de Chile y me impulsó a buscar con desesperación un sentido a la vida.»

Alejandro Jodorowsky

Alejandro Jodorowsky (Tocopilla, 1929), tarólogo, terapeuta, novelista, actor y director de teatro y de películas que se han convertido en verdaderas obras de culto, como *El topi* (1971), ha creado dos técnicas terapéuticas con las que ayuda a resolver problemas psicológicos: la *psicomancia*, que devuelve los hechos cotidianos a modelos míticos, y la *psicogenalogía*, una terapia sobre las herencias psicológicas familiares. En 1990, Siruela publicó su libro *El niño del puercos negro*.



LIBROS DEL TIEMPO
AUTOBIOGRAFÍA

1.ª edición: septiembre de 2001
2.ª edición: diciembre de 2001
3.ª edición: diciembre de 2001

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

En cubierta: Alejandro Jodorowsky. Foto: C. Beauregard

Diseño gráfico: G. Gauger & J. Siruela

© Alejandro Jodorowsky, 2001

© Ediciones Siruela, S. A., 2001

Plaza de Manuel Becerra, 15. «El Pabellón»
28028 Madrid. Tels.: 91 355 57 20 / 91 355 22 02

Fax: 91 355 22 01

sirucla@sirucla.com www.sirucla.com

Printed and made in Spain

Índice

LA DANZA DE LA REALIDAD

Infancia	13
Los años oscuros	45
Primeros actos	77
El acto poético	103
El teatro como religión	147
El sueño sin fin	221
Magos, maestros, chamanes y charlatanes	261
De la magia a la psicomagia	333
De la psicomagia al psicochamanismo	379

Apéndice: Actos psicomágicos
transcritos por Marianne Costa
Breve epistolario psicomágico

419

427

LA DANZA DE LA REALIDAD

«Hay problemas que el saber no soluciona. Algún día llegaremos a entender que la ciencia no es sino una especie de variedad de la fantasía, una especialidad de la misma, con todas las ventajas y peligros que la especialidad comporta.»

El libro del Ello, Georg Groddeck

Infancia

Nací en 1929 en el norte de Chile en tierras conquistadas a Perú y Bolivia. Tocopilla es el nombre de mi pueblo natal. Un pequeño puerto situado, quizás no por casualidad, en el paralelo 22. El Tarot tiene 22 arcanos mayores. Cada uno de los 22 arcanos del Tarot de Marsella está dibujado dentro de un rectángulo compuesto de dos cuadrados. El cuadrado superior puede simbolizar el cielo, la vida espiritual, y el inferior puede simbolizar la tierra, la vida material. En el centro de este rectángulo se inscribe un tercer cuadrado que simboliza al ser humano, unión entre la luz y la sombra, receptivo hacia lo alto, activo hacia la tierra. Esta simbología que se encuentra en los mitos chinos o en los egipcios —el dios Shu, «ser vacío», separa al padre tierra, Geb, de la madre cielo, Nuth— aparece también en la mitología mapuche: al comienzo el cielo y la tierra estaban tan apretados el uno contra el otro que no dejaban sitio entre ellos, hasta la llegada del ser consciente, que liberó al hombre alzando el firmamento. Es decir, estableciendo la diferencia entre bestialidad y humanidad.

En quechua *Toco* significa «doble cuadrado sagrado» y *Pilla* «diablo». Aquí el diablo no es una encarnación del mal sino un ser de la dimensión subterránea que se asoma por una ventana hecha de espíritu y materia, el cuerpo, para observar el mundo y aportarle su conocimiento. Entre los mapuches, *Pi-*

¿Qué es «alma, espíritu humano llegado a su estado definitivo».

A veces me pregunto si me dejé absorber por el Tarot la mayor parte de mi vida por la influencia que ejerció sobre mí el haber nacido en el paralelo 22, en un pueblo llamado doble cuadrado sagrado –ventana por donde surge la conciencia–, o bien si nací allí predeterminado sin más para hacer lo que hice sesenta años más tarde: restaurar el Tarot de Marsella e inventar la Psicomagia. ¿Puede existir un destino? ¿Puede nuestra vida estar orientada hacia fines que sobrepasan los intereses individuales?

¿Es por casualidad que mi buen maestro en la escuela pública se apellidara Toro? Entre «Toro» y «Tarot» hay una similitud evidente. Él me enseñó a leer con un método personal: me mostró un mazo de cartas donde en cada una estaba impresa una letra. Me pidió que las barajara, tomara al azar unas cuantas y tratara de formar palabras. La primera que obtuve –no tenía yo más de 4 años– fue OJO. Cuando la dije en voz alta, como si de pronto algo estallara en mi cerebro, así, de golpe, aprendí a leer. El señor Toro, luciendo en su rostro moreno el albor de una gran sonrisa, me felicitó: «No me extraña que aprendas tan rápido porque en medio de tu nombre tienes un ojo de oro». Y dispuso así las cartas: «alejandr OJO D ORO wsky». Ese momento me marcó para siempre. Primero, porque enalteció mi mirada ofreciéndome el edén de la lectura y, segundo, porque me separó del mundo. Ya no fui como los otros niños. Me cambiaron a un curso superior, entre muchachos de más edad que, por no poder leer con mi soltura, se convirtieron en enemigos. Todos esos niños, la mayoría hijos de mineros en paro –el desplome de la bolsa norteamericana en 1929 había dejado en la miseria al 70% de los chilenos–, eran de piel morena y nariz pequeña. Yo, descendiente de emigrantes judío-rusos, tenía una voluminosa nariz curva y la piel muy blanca. Lo que bastó para que me bautizaran «Pinocho» y me impidieran con sus burlas usar pantalones cortos. «¡Patitas de leche!» Quizás por poseer un ojo de oro, para mitigar la horrible falta de amiguitos, me enclaustré en la Biblioteca Municipal, recién inaugurada. En aquellos años no presté atención al emblema que reina-

ba sobre su puerta, un compás entrecruzado con una escuadra. La habían fundado los masones. Allí, en la fresca sombra, leí durante horas los libros que el amable bibliotecario me dejó tomar de las estanterías. Cuentos de hadas, aventuras, adaptaciones infantiles de libros clásicos, diccionarios de símbolos. Un día, escarbando entre las hileras de impresos, encontré un volumen amarillento, «*Les Tarots*, par Etteilla». Por más que traté de leerlo, no pude. Las letras tenían forma extraña y las palabras eran incomprensibles. Tuve miedo de haberme olvidado de leer. El bibliotecario, cuando le comunicué mi angustia, se puso a reír. «¡Pero cómo vas a comprender: está escrito en francés, amiguito! ¡Ni yo lo entiendo!» ¡Ah, cuán atraído me sentí por esas misteriosas páginas! Las recorrí una por una, vi a menudo números, sumas, repetidas veces la palabra «Thot», algunas formas geométricas... pero lo que me fascinó fue un rectángulo en cuyo interior, sentada en un trono, una princesa, portando una corona terminada en tres puntas, acariciaba a un león que apoyaba la cabeza en sus rodillas. El animal tenía una expresión de profunda inteligencia sumada a una dulzura extrema. ¡Era una fiera mansa! La imagen me gustó tanto que cometí un delito, del que aún no me arrepiento: arranqué la hoja y me la llevé a mi dormitorio. Escondida bajo una tabla del piso, «LA FORCE» se convirtió en mi secreto tesoro. Con la fuerza de mi inocencia me enamoré de la princesa.

Tanto pensé, soñé, imaginé esa amistad con una fiera pacífica, que la realidad me puso en contacto con un verdadero león. Jaime, mi padre, antes de calmarse y abrir su tienda Casa Ucrania, había trabajado como artista de circo. Su número consistía en hacer ejercicios en un trapecio y luego colgarse del pelo. En ese Tocopilla, pegado a los cerros del desierto de Tarapacá, donde no había llovido durante tres siglos, el invierno caluroso se convertía en una irresistible atracción para toda clase de espectáculos. Entre ellos llegó el gran circo Las Águilas Humanas. Mi padre, después de la función, me llevó a visitar a los artistas, que no se habían olvidado de él. Yo tenía 6

años cuando dos payasos, uno vestido de verde con nariz y peluca del mismo color, el toni Lechuga, y el otro completamente naranja, el toni Zanahoria, me pusieron en los brazos el leoncito que hacía pocos días pariera la leona.

Acariciar a un león, pequeño pero más fuerte y más pesado que un gato, de patas anchas, hocico grande, pelaje suave y ojos de una incomensurable inocencia, fue un placer supremo. Puse al animalillo en la pista cubierta de aserrín y jugué con él. Simplemente me convertí en otro cachorro de león. Absorbí su esencia animal, su energía. Luego, con las piernas cruzadas me senté en el borde de la pista y el leoncillo dejó de correr de un lado para otro y vino a apoyar su cabeza en mis rodillas. Me pareció quedarme así una eternidad. Cuando me lo quitaron estallé en un llanto desconsolado. Ni los payasos, ni los otros artistas ni mi padre pudieron acallarme. Malhumorado, Jaime me llevó de la mano hacia la tienda. Mis lamentos continuaron durante un par de horas por lo menos.

Después, ya calmado, sentí que mis puños tenían la fuerza de las anchas patas del cachorro. Bajé a la playa, que estaba a doscientos metros de nuestra calle central y ahí, sintiéndome con el poder del rey de los animales, desafié al océano. Sus olas que venían a lamer mis pies eran pequeñas. Comencé a lanzarle piedras para que se enojara. Al cabo de diez minutos de apedreo las olas comenzaron a aumentar de volumen. Creí haber enfurecido al monstruo azul. Seguí lanzándole guijarros con la mayor fuerza posible. Las oleadas se pusieron violentas, cada vez más grandes. Una mano áspera detuvo mi brazo. «¡Basta, niño imprudente!» Era una mendiga que vivía junto a un vertedero de basuras. La llamaban Reina de Copas —como el naipe de la baraja española— porque siempre, llevando en la cabeza una corona de latón oxidado, se tambaleaba de borracha. «¡Una pequeña llama incendia un bosque, una sola pedrada puede matar a todos los peces!»

Me desprendí de su garra y desde mi encumbrado trono imaginario le grité con desprecio: «¡Suéltame, vieja hedionda! ¡No te metas conmigo o te apedreo también!». Retrocedió



La casa en donde viví, durante mi infancia, en Tocopilla.



Yo, a los 6 meses, cuando aún el actor y el espectador no estaban separados.

asustada. Iba yo a recomenzar mis ataques cuando la Reina de Copas, lanzando un chillido gatuno, indicó hacia el mar. ¡Una mancha plateada, enorme, se acercaba a la playa... y, sobre ella, siguiéndola, una espesa nube oscura! De ninguna manera pretendo afirmar que mi infantil acto fuera el causante de lo que sucedió, sin embargo es extraño que todos aquellos acontecimientos se produjeran al mismo tiempo, constituyéndose en una lección que nunca jamás se borraría de mi mente. Por una misteriosa razón, millares de sardinas vinieron a vararse en la playa. Las olas las arrojaban moribundas sobre la arena oscura, que poco a poco se cubrió del plateado de sus escamas. Brillo que pronto desapareció porque el cielo, cubierto por voraces gaviotas, se tornó negro. La mendiga ebria, huyendo hacia su cueva, me gritó: «¡Niño asesino: por martirizar al océano mate a todas las sardinas!».

◆ Sentí que cada pez, en los dolorosos estertores de su agonía, me miraba acusador. Me llené los brazos de sardinas y las arrojé hacia las aguas. El océano me respondió vomitando otro ejército moribundo. Volví a recoger peces. Las gaviotas, con graznidos ensordecedores, me los arrebataron. Caí sentado en la arena. El mundo me ofrecía dos opciones: o sufría por la angustia de las sardinas, o me alegraba por la euforia de las gaviotas. La balanza se inclinó hacia la alegría cuando vi llegar a una multitud de pobres, hombres, mujeres, niños, que con frenético entusiasmo, espantando a los pájaros, recogieron hasta el último cadáver. La balanza se inclinó hacia la tristeza cuando vi a las gaviotas, privadas de su banquete, picotear decepcionadas en la arena una que otra escama.

En forma ingenua me di cuenta de que en esa realidad —en la que yo, Pinocho, me sentía extranjero— todo estaba comunicado con todo por una espesa trama de sufrimiento y placer. No habían causas pequeñas, cualquier acto producía efectos que se extendían hasta los confines del espacio y del tiempo.

Me afectó tanto esa alfombra de peces varados que comencé a ver a la multitud de pobres que se hacinaban en La Manchurria —gueto con chabolas de calaminas oxidadas, pedazos

de cartón y sacos de patatas— como sardinas varadas y a nosotros, la clase alta formada por comerciantes y funcionarios de la Compañía de Electricidad, como ávidas gaviotas. Descubrí la caridad.

Junto a la puerta de la Casa Ucrania había un corto eje donde se incrustaba una manivela que servía para subir o bajar la cortina de acero. Allí venía algunas veces a frotarse la espalda el Moscardón. Lo habían apodado así porque en lugar de brazos mostraba dos muñones que agitaba, según los burlescos, como alas de insecto. El pobre era uno de los tantos mineros que en las oficinas salitreras habían sido víctimas de una explosión de dinamita. Los patrones gringos expulsaban sin piedad, con los bolsillos vacíos, a los accidentados. Se contaban por docenas los mutilados que se emborrachaban con alcohol de quemar hasta perder la razón en un sórdido almacén del puerto. Le dije al Moscardón: «¿Quieres que te rasque la espalda?». Me miró con ojos de ángel apaleado. «Bueno... Si no le doy asco, caballero.» A dos manos me puse a rascarlo. Lanzó suspiros roncosemejantes al ronroneo de un gato. En su rostro lacerado por el sol implacable del desierto se dibujó una sonrisa de placer y gratitud. Me sentí liberado de la culpa de haber asesinado a las sardinas. Bruscamente surgió de la tienda mi padre y corrió a patadas al manco. «¡Roto¹ degenerado: no vuelvas por acá nunca más o hago que te metan preso!» Quise explicarle a Jaime que era yo quien le había propuesto al infeliz tan necesario alivio. No me permitió hablar. «¡Cállate y aprende a no dejar que se aprovechen de ti estos rotos abusadores! ¡Nunca te acerques a ellos, están cubiertos de piojos que transmiten el tifus!» Sí, el mundo era un tejido de sufrimiento y placer; en cada acto el mal y el bien danzaban como una pareja de amantes.

Todavía no comprendo por qué tuve este capricho: una ma-

¹ En Chile, individuo generalmente analfabeto y de la clase más pobre.

ñana me levanté diciendo que si no me compraban zapatos rojos no salía a la calle. Mis padres, acostumbrados a tener un hijo raro, me pidieron ser paciente. Ese calzado no podía encontrarse en la exigua zapatería de Tocopilla. En Iquique, a cien kilómetros de distancia, era probable que se pudieran encontrar. Un vendedor viajero accedió a llevar a Sara, mi madre, en su automóvil hasta el gran puerto. Ella regresó sonriente trayendo en una caja de cartón un lindo par de botines rojos con suela de goma. Al ponérmelos sentí que en los talones me crecían alas. Corrí, dando ágiles saltos, hacia el colegio. No me importó recibir el aluvión de burlas de mis compañeros, ya estaba acostumbrado. El único que aplaudió mi gusto fue el buen señor Toro. (¿Acaso ese deseo de zapatos rojos me llegaba directo del Tarot? En él lucen zapatos rojos el Loco, el Emperador, el Colgado y el Enamorado.) Carlitos, mi compañero de banco, era el más pobre de todos. Después de asistir a la escuela, tenía que sentarse frente a los bancos de la plaza pública y, provisto de un cajoncito, ofrecer sus servicios de lustrabotas. Me daba vergüenza ver a Carlitos acuclillado ante mis pies dando escobillazos, poniendo tinta y betún, sacándole lustre al cuero sucio. Sin embargo cada día lo hacía para darle la oportunidad de ganar unas monedas. Cuando coloqué en su cajón mis zapatos rojos, dio un grito de admiración y alegría. «¡Oh, qué lindos son! Por suerte tengo tinta roja y betún incoloro. Te los dejaré como de charol.» Y durante casi una hora, lentamente, profundamente, cuidadosamente, acarició esos dos, para él, objetos sagrados. Cuando le ofrecí mis monedas, no las quiso aceptar. «¡Te los dejé tan brillantes que podrás andar en la noche sin necesidad de linterna!» Entusiasmado comencé a admirar mis esplendorosos botines corriendo alrededor del kiosco. Carlitos enjugó con disimulo un par de lágrimas. Murmuró: «Tienes suerte, Pinocho... Yo nunca podré tener un par así».

Sentí un dolor en el interior del pecho, no pude dar un paso más. Me saqué esos zapatos y se los regalé. El niño, olvidando mi presencia, se los calzó apresurado y partió corriendo ha-

cia la playa. No sólo me olvidó a mí sino también a su cajón. Lo guardé pensando devolvérselo al día siguiente, en la escuela.

Cuando mi padre me vio llegar descalzo, se encolerizó. «¿Dices que se los regalaste a un lustrabotas? ¿Estás loco? ¡Tu madre viajó cien kilómetros de ida y cien kilómetros de vuelta para comprártelos! Ese mocoso va a volver a la plaza en busca de su cajón. Allí lo esperarás el tiempo que sea necesario, y cuando llegue le quitarás, a golpes si es preciso, tus zapatos.»

Jaime usaba como método educativo la intimidación. El miedo de que me golpeara con sus musculosos brazos de trapicista me hacía transpirar. Obedecí. Fui a la plaza y me instalé en un banco. Pasaron cinco interminables horas. Ya estaba anocheciendo cuando avanzó un grupo de mirones corriendo alrededor de un ciclista. El hombre, pedaleando lentamente, inclinado como si un peso enorme le quebrara la espalda, traía en el manubrio, doblado en dos, semejante a una marioneta con los hilos cortados, el cadáver de Carlitos. Entre la ropa hecha jirones brillaba su piel, antes morena, ahora tan blanca como la mía. A cada pedaleo, esas piernitas lacias se balanceaban dibujando arcos rojos con mis botines. Tras la bicicleta y el grupo de consternados curiosos iba quedando un rumor como invisible estela: «Fue a jugar entre las rocas mojadas. Las suelas de goma lo hicieron resbalar. Cayó al mar, que lo azotó contra las piedras. Así fue como el imprudente se ahogó». Su imprudencia, sí, pero antes que nada mi bondad lo había matado. Al día siguiente fue toda la escuela a depositar flores en el lugar del accidente. En esas rocas escarpadas manos piadosas habían construido una capilla de cemento, en miniatura. Dentro de ella se veía una foto de Carlitos y los zapatos rojos. Mi compañero de curso, por partir demasiado rápido de este mundo, sin cumplir la misión que Dios imparte a cada alma que se encarna, se había convertido en «animita». Allí estaría prisionero dedicado a otorgar los milagros que el pueblo creyente le solicitaría. Muchas velas se encenderían ante los zapatos mágicos, ayer dadores de muerte, hoy dispensadores de salud y prosperidad... Sufrimiento, consuelo... Consuelo, sufrimiento... La

cadena no tenía fin. Cuando le entregé el cajón de lustrabotas a sus padres éstos se apresuraron a depositarlo en las manos de Luciano, el hermanito menor. Esa misma tarde el niño comenzó a lustrar zapatos en la plaza.

En realidad en aquella época, donde yo era un niño diferente, de raza desconocida —Jaime no se decía judío sino chileno hijo de rusos—, aparte de los libros nunca nadie me habló. Mi padre y mi madre, encerrados desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche en la tienda, confiando en mis capacidades literarias, dejaban que me educara solo. Y aquello que veían que yo no podía hacer por mí mismo se lo encargaban al Rebe.

Jaime sabía muy bien que su padre, mi abuelo Alejandro, expulsado de Rusia por los cosacos, al llegar a Chile sin proponérselo, únicamente porque una sociedad caritativa lo embarcó en donde había sitio para él y su familia, hablando sólo yídish y un ruso rudimentario, por completo desarraigado, se volvió loco. En su esquizofrenia creó el personaje de un sabio cabalista a quien, durante uno de sus viajes hacia otra dimensión, los osos le devoraron el cuerpo. Fabricando laboriosamente zapatos sin la ayuda de máquinas, nunca cesó de conversar con su amigo y maestro imaginario. Al morir, se lo legó a Jaime. Éste, aun sabiendo que el Rebe era una alucinación, se vio contagiado. El fantasma comenzó a visitarlo cada noche en sus sueños. Mi padre, fanático ateo, vivió la invasión del personaje como una tortura y, apenas pudo, trató de deshacerse de él embutiéndolo en mi mente como si fuera real. Yo no me tragué el embuste. Siempre supe que el Rebe era imaginario, pero Jaime, tal vez pensando que por llamarme también Alejandro estaba yo tan loco como mi abuelo, me decía: «No tengo tiempo para ayudarte a resolver esta tarea, pídeselo al Rebe», o bien, la mayor parte de las veces, «¡Vete a jugar con el Rebe!». Eso le convenía porque, malinterpretando las ideas marxistas, había decidido no comprarme juguetes. «Esos objetos son productos de la maligna economía de consumo. Te en-

señan a ser soldado, a convertir la vida en una guerra, a pensar que todas las cosas fabricadas, por tenerlas en versiones diminutas, son fuente de placer. Los juguetes convierten al infante en un futuro asesino, en un explotador, en fin, en un comprador compulsivo.» Los otros niños tenían espadas, tanques, soldaditos de plomo, trenes, muñecos, animales de felpa, yo nada. Utilicé al Rebe como juguete, le presté mi voz, imaginé sus consejos, le dejé guiar mis acciones. Luego, habiendo desarrollado mi imaginación, expandí mis conversaciones animadoras. Le di voz a las nubes, al mar, a las rocas, a los escasos árboles de la plaza pública, al cañón antiguo que ornaba la puerta del ayuntamiento, a los muebles, a los insectos, a los cerros, a los relojes, a los viejos que ya nada esperaban sentados como esculturas de cera en los bancos de la plaza pública. Podía hablar con todo y cada cosa tenía algo que decirme. Poniéndome en el lugar de lo que no fuera yo mismo, sentí que todo era consciente, que todo estaba dotado de vida, que lo que yo creía inanimado era una entidad más lenta, que lo que yo creía invisible era una entidad más rápida. Cada conciencia poseía una velocidad diferente. Si yo adaptaba la mía a esas velocidades podía entablar enriquecedoras relaciones.

El paraguas que yacía lleno de polvo en un rincón se quejaba amargamente: «¿Por qué me trajeron hasta aquí si nunca llueve? Nací para protegerte del agua, sin ella no tengo sentido». «Te equivocas», le decía yo, «sigues teniendo sentido; si no en el presente, por lo menos en el futuro. Enséñame la paciencia, la fe. Un día lloverá, te lo aseguro». Después de esta conversación, por primera vez en muchos años descargó una tempestad y cayó durante un día entero un verdadero diluvio. Las gotas azotaban con tal fuerza que yendo yo a la escuela, con el paraguas por fin abierto, no tardaron en perforar su tela. Un viento huracanado me lo arrebató y, así desgarrado, lo hizo desaparecer en el cielo. Imaginé los murmullos placenteros que daba el paraguas, después de atravesar los nubarrones, convertido en barca, navegando feliz hacia las estrellas...

Sediento sin esperanzas de las palabras cariñosas de mi



Mis bisabuelos, rama paterna.

padre, me dediqué a observar, como un viajero perteneciente a otro mundo, sus actos. Él, huérfano a los 10 años y teniendo que mantener a su madre, su hermano y sus dos hermanas, todos menores, tuvo que abandonar los estudios y ponerse a trabajar duramente. Apenas sabía escribir, leía con dificultad y hablaba un español casi gutural. Su verdadero idioma era la acción. Su territorio, la calle. Admirador ferviente de Stalin, se dejó los mismos bigotes, con sus propias manos fabricó la misma casaca de cuello cerrado e imitó esos mismos gestos bonachones encubridores de una infinita agresividad. Por suerte, mi abuelastro materno Moïshe, que había perdido su fortuna a causa de la crisis, tenía una minúscula compraventa de oro; por su carencia de dientes y cabellos, amén de unas orejas enormes, era semejante a Gandhi, lo que equilibraba las cosas. Huyendo de la severidad del dictador me refugiaba en las rodillas del santo. «Alejandrito, la boca no está hecha para decir frases agresivas, a cada palabra dura se seca un poco el alma. Te enseñaré a dulcificar lo que hablas.» Y después de teñirme la lengua con pintura vegetal azul, tomando un pincel de pelo suave de un centímetro de ancho, lo untaba en miel y hacía como si me estuviera pintando el interior de la boca. «Ahora lo que digas tendrá el color del buen cielo y el dulzor de la miel.»

Por el contrario, para Jaime-Stalin, la vida era una implacable lucha. No pudiendo matar a sus competidores, los arruinaba. La Casa Ucrania fue un carro de combate. Como la calle central 21 de Mayo —fecha de una histórica batalla naval, donde el héroe Arturo Prat hizo de su derrota por los peruanos un triunfo moral— estaba llena de tiendas que ofrecían los mismos artículos que él, empleó una técnica de venta agresiva.

Se dijo: «La abundancia atrae al comprador: si el vendedor es próspero eso quiere decir que ofrece los mejores artículos». Llenó las estanterías del local con cajas de cartón por donde asomaba la muestra de lo que contenían, una punta de calcetín, un pliegue de medias, un extremo de manga, el tirante de un sostensenos, etc. El negocio parecía lleno de mercadería, lo

que era falso, porque las cajas, vacías, sólo contenían el pedazo que asomaba.

Para despertar la codicia de los clientes, en lugar de vender artículos por separado, los organizó en lotes diferentes. En bandejas de cartón exhibió conjuntos compuestos, por ejemplo, de un calzón, seis vasos de vidrio, un reloj, un par de tijeras y una estatuilla de la Virgen del Carmen. O bien un chaleco de lana, una alcancía con forma de puerco, unas ligas con encaje, una camiseta sin mangas y una bandera comunista, etc. Todos los lotes tenían el mismo precio. Al igual que yo, mi padre había descubierto que todo estaba relacionado.

Puso frente a la puerta, en medio de la vereda, a exóticos propagandistas. Los cambiaba cada semana. Cada cual, a su manera, ensalzaba a voz en cuello la calidad de los artículos y lo baratos que eran, invitando a los curiosos a visitar la Casa Ucrania sin compromiso. Vi, entre otros, un enano con traje tirolés, un flaco maquillado de negra ninfómana, una Carmen Miranda en zancos, un falso autómatas de cera golpeando con un bastón el cristal desde el interior del escaparate, una terrorífica momia y también un «esténtor» que tenía tal vozarrón que sus gritos se oían a kilómetros de distancia. El hambre crea artistas: esos mineros cesantes inventaban con ingenio todo tipo de disfraces. Con sacos harineros teñidos de negro fabricaban un traje de Drácula o del Zorro; con retazos extraídos de los basurales hacían máscaras y capas de luchadores; hubo uno que llegó con un perro sarnoso vestido de huaso que podía danzar cueca alzado sobre las patas traseras; otro ofreció un nene que daba chillidos de gaviota.

En esa época en que no había televisión y el cine sólo abría sus puertas sábados y domingos, cualquier novedad atraía a la gente. Si a esto se agrega la belleza de mi madre, alta, blanca, de enormes senos, que siempre hablaba cantando, vestida con un traje de campesina rusa, se puede comprender por qué Jaime les robó los clientes a sus adormilados competidores.

El dueño de la tienda vecina, El Cedro del Líbano, era para nosotros un «turco». En vez de mostradores transparentes usa-

ba toscas mesas de madera, no tenía escaparates que dieran a la calle y se alumbraba con una bombilla de sesenta vatios ca-gada por las moscas. De la trastienda surgía un espeso aroma a fritanga. La esposa de don Omar, hombre corto de estatura, era una señora menuda como él pero de piernas elefantiási-cas, tan hinchadas que, a pesar de estar contenidas por vendas negras, parecían prestas a derramarse y cubrir con una super-ficie de carne el piso de madera agrisado por años de polvo. Allí, la ausencia de clientes fue sustituida por una invasión de arañas.

Un día, sentado en un rincón de nuestro pequeño patio, le-yendo *Los hijos del capitán Grant*, escuché unos desgarradores la-mentos que provenían del patio del turco, separado del nuestro por un muro de ladrillos. Eran tan desoladores esos gritos, tra-tando de ser apagados por largos shhh femeninos, que la curio-sidad me dio fuerzas para escalar el muro. Vi a la mujer de pier-nas gordas espantando moscas, con un abanico de paja, de las costras que cubrían casi todo el cuerpo de un niño.

-¿Qué tiene su hijo, señora?

-Oh, parece una infección, vecinito, pero no. Lo que pasa es que se ha pasmado.

-¿Pasmado?

-Mi marido, a causa de los malos negocios, está muy triste. El pequeño confundió esa tristeza con el viento. Cubriéndose de costras, para impedir que el aire maligno le tocara la piel, se pasmó. Para él, el tiempo no pasa. Vive en un segundo tan lar-go como la cola del diablo.

Me dieron ganas de llorar. Me sentí culpable por mi padre. Con su crueldad staliniana había arruinado y entristecido al turco. Su hijo ahora estaba pagando la dolorosa cuenta.

Regresé a mi cuarto, abrí la ventana que daba a la calle y sal-té del segundo piso. Mis huesos resistieron el impacto, sola-mente perdí la piel de las rodillas. Se formó un tumulto. La sangre me escurría por las piernas. Llegó Jaime, apartó con ra-bia a los curiosos, me felicitó por no llorar y me llevó a la Casa Ucrania para desinfectar las heridas. A pesar de que el alcohol

pareció quemarme, no grité. Jaime, en su papel de guerrero marxista, viendo mi, para él, femenina sensibilidad, había de-cidido educarme a la dura. «Los hombres no lloran y con su voluntad dominan el dolor...» Los primeros ejercicios no fue-ron difíciles. Comenzó por hacerme cosquillas en los pies con una pluma de buitre. «¡Tienes que ser capaz de no reír!» Lo-gré no sólo dominar las cosquillas de las plantas, sino las de las axilas y también, triunfo total, permanecer serio cuando me hurgaba con la pluma en las fosas nasales. Dominada la risa me dijo: «Vas muy bien... Comienzo a estar orgulloso de ti. ¡Espe-ra, digo que comienzo, no que lo estoy! Para ganarte mi admi-ración tienes que demostrar que no eres un cobarde y que sa-bes resistir el dolor y la humillación. Te voy a dar de bofetadas. Tú me ofrecerás tus mejillas. Te golpearé muy suavemente. Tú me pedirás que aumente la intensidad del golpe. Así lo haré, más y más, a medida que me lo solicites. Quiero ver hasta dón-de llegas». Yo, sediento de amor, para lograr la admiración de Jaime fui pidiendo bofetadas cada vez más intensas. A medida que en sus ojos brillaba lo que interpreté como admiración, una ebriedad iba nublando mi espíritu. El cariño de mi padre era más importante que el dolor. Resistí y resistí. Al final escu-pí sangre y arrojé un pedazo de diente. Jaime lanzó una exclamación de sorpresa admirativa, me tomó entre sus musculosos brazos y corrió conmigo hacia el dentista.

El nervio del premolar, en contacto con la saliva y el aire, me hacía sufrir atrocemente. Don Julio, el sacamuelas, preparó una inyección calmante. Jaime me dijo al oído (nunca lo había escuchado hablar en forma tan delicada): «Te has comportado como yo, eres un valiente, un hombre. Lo que te voy a pedir no estás obligado a hacerlo, pero si lo haces, consideraré que eres digno de ser mi hijo: rechaza la inyección. Deja que te cu-ren sin anestesia. Domina el dolor con tu voluntad. ¡Tú pue-des, eres como yo!». Nunca en mi vida he vuelto a sentir un do-lor tan atroz. (Miento, lo volví a sentir cuando la bruja Pachita, con un cuchillo de monte, me arrancó un tumor del hígado.) Don Julio, convencido por mi padre mediante la promesa del

regalo de media docena de botellas de pisco, no dijo nada. Escarbó, aplicó su torturante maquinilla, me introdujo una amalgama a base de mercurio y por fin taponó el agujero. Con sonrisa de chimpancé exclamó: «¡Listo, muchachito, eres un héroe!». ¡Catástrofe: yo, que había resistido la tortura sin un gemido, sin un temblor, sin una lágrima, interrumpí el gesto de mi padre, que abría los brazos como las alas de un cóndor triunfante, y me desmayé! ¡Sí, me desmayé, como una mujercita!

Jaime, sin ni siquiera darme la mano, me condujo a casa. Yo, humillado, con las mejillas hinchadas, me metí en la cama y dormí veinte horas seguidas.

No sé si mi padre se dio cuenta de que había querido suicidarme al saltar por la ventana. Tampoco sé si se dio cuenta de que cayendo «por azar» de rodillas ante El Cedro del Líbano (nosotros vivíamos en el segundo piso, justo encima) yo estaba pidiéndole perdón al turco. Sólo dijo «Baboso, te caíste. Eso te pasa por estar siempre metido en los libros». Es cierto, yo estaba siempre metido en los libros, a tal punto concentrado que cuando leía y me hablaban no escuchaba ni una palabra; él, apenas llegaba a la casa, con una sordera semejante a la mía, se metía en su colección de sellos; sumergía en agua tibia los sobres que le regalaban los clientes, despegaba cuidadosamente con unas pinzas las estampillas —si perdían un diente del borde perdían también su valor—, las secaba entre hojas de papel poroso, las clasificaba y las guardaba en álbumes que nadie tenía el derecho de abrir.

Como se formaron dos grandes costras, casi circulares, una en cada rodilla, mi padre las empapó con un algodón embebido en agua caliente y, cuando la materia se hubo reblandecido, con sus pinzas me las despegó enteras, exactamente como lo hacía con sus estampillas. Por supuesto contuve mis gritos. Satisfecho, me untó con alcohol la carne roja, desollada, viva. Ya a la mañana siguiente se formaban dos nuevas costras. Dejármelas despegar sin quejarme se convirtió en un rito que me acercaba al Dios lejano. Cuando comencé a sentirme mejor y una nueva

piel anunció con su rosado el fin del tratamiento, me atreví a tomar de la mano a Jaime, lo llevé al patio, le pedí que trepara conmigo a lo alto del muro, le mostré el niño pasmado y le indiqué mis rodillas. Él, sin necesidad de más gestos, comprendió. En aquellos años Tocopilla no tenía hospital. El único médico era un gordo bonachón llamado Ángel Romero. Mi padre despidió al gritón de turno —en este caso un boxeador que le daba golpes a un maniquí decorado con un gran \$—, le pidió a don Omar que le permitiera entrar acompañando al doctor Romero en su visita al enfermo, pagó la consulta, ya con la receta viajó los cien kilómetros que lo separaban de Iquique, compró los medicamentos, regresó y, provisto de los desinfectantes, las pinzas y la jofaina con agua caliente donde bañaba sus sobres, empapó y ablandó las costras del pobre niño para, con delicadeza infinita, despegárselas una por una. Después de dos meses de asiduas visitas, el turquito recuperó su aspecto normal.

Hay que comprender que todos estos actos acontecieron en un lapso de diez años. Al narrarlos en bloque puede parecer que mi infancia estuvo atiborrada de hechos insólitos, pero no es así. Fueron pequeños oasis en un desierto infinito. El tiempo era caluroso, seco. De día, un silencio implacable caía del cielo, se deslizaba por la muralla de cerros estériles que nos empujaba hacia el mar, surgía de un suelo compuesto de piedrecillas sin una mota de tierra. Al ponerse el sol no había pájaros que cantaran, ni árboles cuyas hojas el viento hiciera murmurar, ni metálicos cantos de grillo. Algún que otro jote, los rebuznos de un burro lejano, aullidos de perro presintiendo la muerte, combates de gaviotas y el constante estallido de las olas marinas, que por su hipnótica repetición terminaba por no ser escuchado. Y en la noche fría más silencio aún: ocultando las estrellas, cuyo resplandor habría podido convertirse en sinónimo de música, la camanchaca, espesa neblina, se acumulaba en la cima de los cerros para formar un muro lechoso, impenetrable. Tocopilla parecía una cárcel llena de muertos. Jaime y Sara se habían ido al cine. Yo acababa de

despertar transpirando aterrado. El silencio, reptil invisible, penetraba por debajo de la puerta y venía a lamer las patas de mi catre. Yo sabía que estaba en peligro, el silencio quería entrar por mis fosas nasales, anidar en mis pulmones, borrar la sangre de mis venas. Para ahuyentarlo me ponía a gritar. Eran alaridos tan intensos que los cristales de la ventana comenzaban a vibrar emitiendo zumbidos de avispa, lo que aumentaba mi pavor. Entonces llegaba el Rebe. Yo sabía que era una mera imagen, nada, su aparición no bastaba para eliminar la mudéz universal. Necesitaba la presencia de amigos. Pero ¿cuáles? Pinocho, por narigudo, blanco y circunciso, no tenía amigos. (En ese clima tórrido la sexualidad era precoz. Al lado de nuestra tienda se elevaba el cuartel de bomberos. En su gran patio, colgando de un alto muro, como cuerdas de un arpa gigantesca, se estiraban sogas que servían para sostener las mangueras, lavadas y puestas a secar después de los incendios. Los hijos del vigilante, más sus amigos, una pandilla de ocho pícaros, me invitaron a trepar con ellos veinte metros de soga. Ya arriba, al abrigo de las miradas adultas, sentados formando un círculo, comenzaron a masturbarse, aunque la emisión de esperma fuera una cosa legendaria. Por mis ansias de comunicación, los imité. Sus infantiles falos, con el prepucio cerrado, se elevaban como ojivas morenas. El mío, pálido, mostraba sin disimulo su amplia cabeza. Todos notaron la diferencia y se pusieron a lanzar carcajadas. «¡Tiene un hongo!» Humillado, rojo de vergüenza, me deslicé cuerda abajo hiriéndome las palmas de las manos. La noticia se difundió por toda la escuela. Yo era un niño anormal, tenía una «pichula» diferente. «¡Le falta un pedazo, está mocho!» Saberme mutilado hizo que me sintiera aún más separado de los seres humanos. Yo no era del mundo. No tenía sitio. Sólo merecía ser devorado por el silencio.) «No te preocupes», me dijo el Rebe, es decir, me dije yo mismo utilizando la imagen de aquel judío anti-guio, vestido de rabino. «Soledad es no saber estar consigo mismo.» Bueno, no quiero que se piense que un niño de siete años puede hablar un lenguaje semejante. Yo comprendía las

cosas, sí, pero no de manera racional. El Rebe, siendo una imagen interna, depositaba en mi espíritu contenidos que no eran intelectuales. Me hacía sentir algo que yo tragaba en la misma forma que el aguilucho, todavía con los ojos cerrados, traga el gusano que le depositan en el pico. Luego, más tarde, ya adulto, he ido traduciendo en palabras lo que en aquella época eran, ¿cómo podría explicarlo?, aberturas a otros planos de la realidad.

«Tú no estás solo. ¿Recuerdas cuando la semana pasada tuviste la sorpresa de ver crecer en el patio un girasol? Llegaste a la conclusión de que era el viento quien había transportado una semilla. Una semilla, al parecer insignificante, contenía en ella la flor futura. ¡Ese grano *sabía* de alguna manera qué planta iba a ser; y esa planta no estaba en el futuro: aunque inmaterial, aunque sólo un designio, allí mismo existía el girasol, flotando en el viento, durante cientos de kilómetros. Y no sólo estaba allí la planta, también la adoración de la luz, los giros en pos del sol, la misteriosa unión con la estrella polar, y —¿por qué no?— una forma de conciencia. Tú no eres diferente. Todo lo que vas a ser, ya lo eres. Lo que vas a saber, ya lo sabes. Lo que vas a buscar, ya te busca, está en ti. Puedo no ser verdadero, pero el viejo que ahora vas a ver, aunque tenga la inconsistencia mía, es real porque eres tú, es decir, es el que serás.»

Todo esto no lo pensé ni lo oí, lo sentí. Y ante mí, junto a la cama, mi imaginación permitió que apareciera un caballero anciano, de barba y cabellera plateada, con ojos llenos de dulzura. Era yo mismo convertido en mi hermano mayor, en mi padre, en mi abuelo, en mi maestro. «No te preocupes tanto, te he acompañado y te acompañaré siempre. Cada vez que sufriste creyéndote solo, yo estaba contigo. ¿Quieres un ejemplo? Bien, ¿recuerdas cuando hiciste el elefante de mocos?»

Nunca me había sentido tan abandonado, incomprendido, castigado injustamente como en aquella ocasión. Moishe, con su sonrisa desdentada y su corazón de santo, le propuso a mis padres llevarme de vacaciones a la capital, a Santiago, durante

un mes para que mi abuela materna me conociera. La vieja nunca me había visto, separada de su hija por dos mil kilómetros. Yo, para no decepcionar a Jaime, oculté mi angustia de ser separado del hogar. Mostrando una tranquilidad que era falsa, me embarqué en el *Horacio*, un pequeño vapor que valió tanto que llegué con el estómago vacío al puerto de Valparaíso. Luego, después de ser sacudido cuatro horas en la tercera clase de un tren a carbón, me presenté tímido y verduoso ante doña Jashe, señora que no sabía sonreír ni mucho menos tratar con niños de mi enfermiza sensibilidad. El medio hermano de Sara, Isidoro, un muchacho gordo, afeminado, sádico, comenzó a perseguirme vestido de enfermero, amenazándome con una bomba de insecticida. «¡Te voy a poner una inyección en el culo!»

Por las noches, en un cuarto oscuro, con una pequeña y dura cama arrimada a la pared, sin lámpara para leer, iluminado por algún resplandor lunar que se filtraba a través de la exigua claraboya, me metía el índice en la nariz, fabricaba pildoritas y las pegaba en la pared empapelada de celeste. Durante ese mes, poco a poco, con mis mocos, fui dibujando un elefante. No se dieron cuenta porque nunca entraron a asear o hacerme la cama. Al cabo de un mes, el paquidermo estaba casi terminado. En el momento de la despedida —Moishe regresaba conmigo a Tocopilla—, mi abuela entró en el cuarto para recoger las sábanas que me había prestado. No vio un hermoso elefante flotando en el cielo infinito, vio una horrible colección de mocos pegados en su precioso papel. Sus arrugas tomaron un tinte violeta, su espalda gibada se estiró, su vocecilla amable se convirtió en rugido de leona, sus ojos vidriosos se llenaron de relámpagos. «¡Niño asqueroso, cochino, malagradecido! ¡Vamos a tener que empapelar otra vez! ¡Deberías morirte de vergüenza! ¡No quiero un nieto así!» «Pero, abuelita, yo no quería ensuciar nada, sólo hacer un bonito elefante. Me falta un colmillo para terminarlo.» Esto la enfureció más aún. Creyó que me burlaba de ella. Agarró un puñado de mis cabellos y comenzó a darme tirones con la intención de arrancármelos.

Gandhi se interpuso deteniéndola con firme delicadeza. El odioso Isidoro, burlón, a espaldas de Jashe, agitaba en mi dirección, hacia delante y hacia atrás, su bomba de insecticida como si fuera un falo violador. Me obligaron a asistir al arrancamiento del papel, cosa que hicieron protegiendo sus manos con guantes de goma. Luego colocaron los trozos en medio del patio común de ese conglomerado de casitas, los rociaron con alcohol y me obligaron a arrimarles fósforos hasta que ardieron. Vi consumirse a mi querido elefante. Gran cantidad de vecinos se asomaron por las ventanas. Jashe me untó la nariz y los dedos con las cenizas, y así, sucio, me llevaron al tren. Cuando la locomotora estuvo lejos de Santiago, Moishe, con su pañuelo blanco empapado en saliva, me limpió la cara y las manos. Se extrañó: «Pareces insensible, niño. No te quejas ni lloras». Me embarqué en el *Horacio*, viajé tres días y desembarqué en Tocopilla sin decir una palabra. Cuando apareció mi madre, corrí hacia ella y comencé a llorar convulsivamente, hundido entre sus enormes tetas. «¡Mala! ¿Por qué me dejaste ir?» Apenas vi llegar a mi padre, que se había retrasado un cuarto de hora, retuve mis lágrimas, sequé mis ojos y mostré una falsa sonrisa.

«Yo estaba ahí, dándome cuenta de los límites mentales de esa gente», me dijo el viejo Alejandro. «Veían el mundo material, los mocos, pero el arte, la belleza, el elefante mágico, se les escapaba. Sin embargo alégrate de ese sufrimiento: gracias a él llegarás a mí. El Eclesiastés dice: "Quien añade ciencia añade dolor". Pero yo te digo, sólo quien conoce el dolor se acerca a la sabiduría. No puedo afirmarte que la he logrado, no soy más que una estación en el camino de ese espíritu que viaja hacia el fin del tiempo. ¿Quién seré en tres siglos más? ¿Qué? ¿Cuáles formas me servirán de vehículo? ¿En diez millones de años todavía mi conciencia necesitará un cuerpo? ¿Deberé aún utilizar órganos sensoriales? ¿En cientos de millones de años seguiré dividiendo la unidad del mundo en visiones, sonidos, olores, sabores, imagenes táctiles? ¿Seré un individuo? ¿Un ser

colectivo? Cuando haya conocido el universo entero, o los universos, cuando haya llegado al fin de todos los tiempos, cuando la expansión de la materia se detenga y yo con ella emprendo el camino de regreso al punto de origen, ¿me disolveré en él? ¿Me convertiré en el misterio que yace fuera del tiempo y del espacio? ¿Descubriré que el Creador es una memoria sin presente ni futuro? ¿Tú, niño, yo, anciano, habremos sido sólo recuerdos, imágenes insustanciales, sin haber nunca hollado la más mínima realidad? Para ti no existo aún, para mí ya no existes, y cuando nuestra historia se cuente, el que la contará sólo será un collar de palabras escurridas de un montón de cenizas.»

Se me hizo esencial por las noches, cuando despertaba solitario en la casa oscura, imaginar ese doble mío proveniente del futuro. Escuchándolo, poco a poco me calmaba y un sueño profundo venía a otorgarme el maravilloso olvido de mí mismo.

Durante el día la angustia de vivir inapreciado, Robinson Crusoe en mi isla interior, no me desesperaba. Encerrado en la biblioteca, los amigos libros, con sus héroes y aventuras, me ocultaban el silencio. Otro que dejó de escuchar el silencio por causa de los libros fue el gringo Morgan. Trabajaba, como todos los ingleses, en la Compañía de Electricidad, que surtía de energía a las oficinas salitreras y a las minas de cobre y plata. De tanto beber ginebra, le dio gota. Cuando le prohibieron la ingestión de alcohol, muerto de aburrimiento, se sumergió en la biblioteca, sección «esoterismo». Los masones habían legado estantes atiborrados de libros en inglés que trataban de temas misteriosos. *The Secret Doctrine* de Helena Blavatsky, según Jaime, le perturbó el cerebro. Solía decir «¡Tiene la azotea llena de moscas!». El gringo aceptó la existencia de unos invisibles Maestros Cósmicos y comenzó a creer fervientemente en la reencarnación del alma. De acuerdo con su escritora idolatrada declaró a quien quisiera oírle que era una costumbre troglodita el venerar y enterrar los cadáveres, puesto que infectaban el planeta. Había que incinerarlos, como en India. Vendió

todo lo que tenía y con el dinero obtenido, más sus ahorros, abrió un negocio de pompas fúnebres que llamó «Orillas del Ganges, crematorio sagrado». El lugar, adornado con collares de flores artificiales, dulces de pasta de almendra imitando frutas y exóticos dioses de yeso, algunos con cabeza de elefante, desembocaba en un largo patio cubierto de azulejos anaranjados en cuyo centro se elevaba un horno, semejante a aquellos para fabricar pan, donde podía caber un cristiano. El cura, con sus diatribas contra tal monstruosidad sacrilega, quiso derribar una puerta abierta de par en par: ¿acaso los tocopillanos habrían permitido que quemaran a sus difuntos en una parrilla? Por supuesto que nadie deseaba que la silueta carnal de sus amados muertos se convirtiera en un montón de polvo gris. Morgan, a quien ahora llamaban «el Teósofo», alzó los hombros. «No es nada nuevo, lo mismo le sucedió a doña Blavatsky y a su socio Olcott en Nueva York; las costumbres ancestrales tienen raíces profundas.» Cambió el giro de su negocio: si el cura sostenía que, según la teología cristiana, los animales no tenían alma, entonces era muy recomendable quemar sus restos. El horno empezó a funcionar: primero fueron perros, luego, gracias a los módicos precios, gatos; algún que otro ratón blanco y algún desplumado loro. Las cenizas eran entregadas en botellas de leche pintadas de negro, con un tapón dorado. Atraídos por la humareda nauseabunda, multitud de buitres comenzaron a posarse en los azulejos naranjas manchándolos con sus excrementos blancos. Por más que el Teósofo los espantara a escobazos, tercos volaban en círculos que se convertían en espirales descendentes y volvían a aterrizar, graznando, defecando. La fetidez se hizo insoportable. El Teósofo cerró la funeraria y comenzó a pasar la mayor parte de su tiempo sentado en el respaldo de un banco de la plaza pública, prometiendo la reencarnación a quien quisiera aceptarlo por maestro. Allí fue donde —porque me dio pena verlo convertido en hazmerreír de todo el pueblo— entablé una amistad con él.

A mí no me parecía un orate, como decía mi padre. Sus ideas me gustaban. «Niño, con toda evidencia fuimos algo an-

tes de nacer y seremos algo después de morir. ¿Me puedes decir qué?» Me froté las manos, balbucí, luego me quedé sin habla. Él se puso a reír. «¡Ven conmigo a la playa!» Lo seguí y, al llegar a la costa, me mostró unas torrecillas unidas por cables por donde se deslizaban carros de acero, al parecer llenos. Venían de los cerros, atravesaban la playa a lo largo y desaparecían entre otros cerros. Vi caer de uno de ellos un guijarro, en parte gris y en parte cobrizo. «¿De dónde vienen? ¿Adónde van?» «No lo sé, Teósofo.» «Vaya, no sabes de dónde vienen ni adónde van, pero eres capaz de recoger una de sus piedras y guardarla como un tesoro... Mira, muchachito, yo sí sé de qué mina vienen y a qué molino van, ¿pero qué logro con decirte-lo? Los nombres de aquellos sitios nada te dirían porque nunca los has visto. Así es el alma que transporta nuestro cuerpo: no sabemos de dónde viene ni adónde va, pero ahora, aquí, la queremos y no deseamos perderla, es un tesoro. Una conciencia misteriosa, infinitamente más amplia que la nuestra, conoce el origen y el fin, pero no nos lo puede revelar porque no tenemos un cerebro lo bastante desarrollado para comprenderlo.» El gringo metió su pecosa mano en un bolsillo y extrajo cuatro medallitas doradas. En una había un Cristo, en la otra dos triángulos entrecruzados, en la tercera una media luna conteniendo una estrella y en la cuarta un par de gotas unidas, blanca y negra, formando un círculo. «Toma, para ti. Las cuatro son distintas y se dicen católica, hebrea, islámica y taoísta. Creen simbolizar verdades diferentes, pero si las metes en un hornillo y las fundes, formarán una sola semilla del mismo metal. El alma es una gota del océano divino de la que somos, por muy corto tiempo, el humilde vehículo. Ha salido de Dios y viaja para regresar y disolverse en Dios, que es goce eterno. Toma esta cuerda, amiguito y hazte un collar con las cuatro medallas. Llévalo siempre para que recuerdes que un hilo único, la conciencia inmortal, las une a todas.»

Llegué ufano a la Casa Ucrania mostrando mi collar. Jaime, más Stalin que nunca, tembló de furia. «¡Teósofo cretino, mitigando el miedo de morir con ilusiones! ¡Ven conmigo al retre-

te!» Me arrancó las medallas. Una por una las fue lanzando a la taza. «¡Dios no existe, Dios no existe, Dios no existe, Dios no existe! ¡Te mueres y te pudres! ¡Después no hay nada!» Y tiró de la cadena. El ruidoso chorro se llevó las medallas y con ellas mis ilusiones. «¡Papá nunca miente! ¿A quién le crees, a mí o a ese tarado?» ¿A quién de los dos iba a elegir, yo, que tanto anhelaba la admiración de mi padre? Jaime sonrió un segundo, luego me miró severo como de costumbre. «Estoy cansado de tus greñas, ¡no eres una niña!»

Sara era huérfana de padre. Jashe se había enamorado de un bailarín ruso no judío, un goy, de cuerpo hermoso y cabellera dorada. Mientras estaba encinta de ocho meses, este abuelo se subió, para encender una lámpara, en un barril lleno de alcohol. La tapa se quebró, él cayó en medio del líquido inflamable y empezó a arder. Las leyendas familiares cuentan que salió corriendo a la calle, que envuelto en llamas dio saltos de dos metros de altura y que murió bailando. Cuando nací, llegué al mundo con cabellos tan abundantes y dorados como los del idolatrado danzarín. Sara nunca me acarició el cuerpo, pero pasó horas peinando mi melena, haciéndome rizos, negándose a cortarla. Yo era su padre reencarnado. Como en esa época ningún niño usaba el pelo largo, no cesaban de gritarme «mariquita».

Mi padre, aprovechando que Sara dormía la siesta, me llevó al peluquero. Se llamaba Osamu y era japonés. En pocos minutos, recitando repetidas veces «Gate, Gate, Paragate, Parasangate, Bodhi Svaha»², me peló al rape y barrió, sin inmutarse, los rizos de oro. Instantáneamente dejé de ser el muerto quemado y fui yo mismo. No pude contener unas lágrimas que me acarrearón un nuevo desprecio de mi padre. «¡Alfeñique, aprende a ser un macho revolucionario y deja de aferrarte a esa pelambrera de puta burguesa!» Qué equivocado estaba Jaime: que me quitaran la melena que tantas burlas me atraía era

²Mantra del Sutra del Corazón.

un enorme alivio... pero lloraba porque al perder los rizos perdía también el amor de mi madre.

De regreso a la tienda tiré al váter mi piedra cobriza, di un tirón de la cadena y corrí orgulloso hacia la plaza para burlarme del Teósofo, apoyando el índice en mi sien como única respuesta a sus fervientes palabras.

Podría pensarse que en mi infancia fui más influido por Jaime que por Sara. Sin embargo no es así. Ella, obnubilada por el carisma de mi padre, se hizo perro de su mente. Aprobaba y repetía todo lo que él decía. Si la severidad era la base de la educación que yo debía recibir, por ser hombre y no mujer, desde que el japonés me cortó el pelo mi madre se esmeró en aplicarla. Prisionera todo el día en la tienda, poco o nada podía ocuparse de mí. Mis calcetines estaban agujereados en los talones y un bulto de carne surgía de cada uno de ellos. Por su forma redonda y su color, los niños lo comparaban con las papas peladas. Durante el recreo, si quería correr en el patio, mis crueles compañeros, señalando hacia mis calcañares, gritaban insidiosos: «¡Se le ven las papas!». Esto me humillaba y me obligó a quedarme quieto, con los pies sumergidos en cualquier sombra. Cuando le dije a Sara que me comprara calcetines nuevos, refunfuñó:

—Es un gasto inútil, los rompes el mismo día en que los estrenas.


—Mamá, toda la escuela se burla de mí. Si me quieres, zúrcecelos por favor.

—Está bien, si necesitas que te demuestre que te quiero, lo voy a hacer.

Tomó su costurero, enhebró una aguja y, con gran dedicación, reparó los agujeros mostrándomelos perfectamente zurcidos.

—¡Pero, mamá, usaste hilo color carne! ¡Mira, me los pongo y parece que todavía se me ven las papas! ¡Seguirán burlándose de mí!

—Lo hice adrede. Realizando el trabajo inútil que me pedías



Jaime, mi padre, y Sara Felicidad, mi madre. Él está sentado para disimular que es mucho más pequeño que ella.

te demostré que te quería. Ahora tú me tienes que demostrar que posees un espíritu guerrero. La maldad de esos niños no te debe afectar. Exhibe orgulloso tus talones y agradece aquellas burlas porque te obligan a fortalecer el alma.

Es increíble la abundancia cultural que había en esa pequeña ciudad perdida en el árido norte de Chile. Antes de la crisis del 29 y la invención por los alemanes del salitre artificial, esa región, incluyendo Antofagasta e Iquique, era considerada como la afortunada cuna del «oro blanco». El inagotable nitrato de potasio, ideal para fabricar abonos y sobre todo explosivos, atrajo una multitud de emigrantes. En Tocopilla vivían italianos, ingleses, norteamericanos, chinos, yugoslavos, japoneses, griegos, españoles, alemanes. Cada etnia encerrada entre muros mentales altivos. Sin embargo, fragmentariamente, pude disfrutar de esas diferentes culturas. Los españoles aportaron a la biblioteca diminutos y mágicos cuentos de Calleja, los ingleses prodigaron tratados masónicos y rosacruces; Pampino Brontis, el panadero griego, para promover sus pasteles rellenos con mermelada de rosas, cada domingo por la mañana invitaba a los niños a venir a escuchar su traducción en verso de la *Odisea*. Los japoneses se ejercitaban en la playa en el tiro al arco, inoculándonos el amor a las artes marciales. De vez en cuando, en el salón municipal las damas norteamericanas mostraban su generosidad, ofreciendo salchichas y refrescos a los hijos de aquellos a quienes sus maridos sumían en la miseria. Gracias a ellas me hice consciente de la injusticia social.

El día en que mi padre anunció a quemarropa «Mañana nos vamos de aquí. Viviremos en Santiago», me sentí morir. Amanecí con una urticaria feroz. Toda la piel se me había cubierto de ronchas, la fiebre me hacía delirar ¡y el barco partía tres horas más tarde! Jaime, terco, no quería postergar el viaje, a pesar de que el doctor Romero le dijo que yo debía quedarme por lo menos una semana en cama. Echando pestes contra la medicina occidental, mi padre corrió hacia el restaurante

chino y, con sus dotes de vendedor, logró convencer a los propietarios de que le dieran el nombre y la dirección del médico que los curaba. No era sólo uno sino tres vetustos hermanos los que dominaban la ciencia del yin y el yang. Serenos como los cerros, con ojos de gato al acecho y piel del color de mi fiebre, calentaron sal gruesa, la repartieron en trozos de tocuyo, hicieron paquetillos y con ellos, casi quemándome, me frotaron el cuerpo, susurrando: «Te vas pero también aquí te quedas. Si las ramas crecen queriendo ocupar el cielo entero, las raíces nunca abandonan la tierra donde nacieron». En media hora los chinos me curaron la piel, la fiebre y la pena, iniciándome en el taoísmo.

Al verme repuesto, mis padres permitieron que fuera a despedirme de mis compañeros de curso. Nadie en la escuela se sorprendió cuando anuncié que me iba para siempre. Después de todo yo era el niño que podía desaparecer en un segundo. La leyenda provenía de un espectáculo al que asistí en el Teatro Municipal. En ese local generalmente exhibían películas (allí tuve el supremo placer de ver a Charles Laughton en *El jobado de Notre-Dame*, a Boris Karloff en *Frankenstein*, a Buster Crabbe en *Flash Gordon conquista el Universo* y tantas otras maravillas), pero a veces en el escenario que el telón blanco ocultaba se presentaban compañías extranjeras. Nos llegó Fu-Manchú, un mago mexicano. Pidió a los adultos que obligaran a los niños a mantener los ojos cerrados y, con una gran sierra, procedió a dividir a una mujer en dos. Cuando la remendó y la sangre fue limpiada, se nos permitió ver el resto del espectáculo. Convirtió sapos en palomas, extrajo de su boca un cordón interminable del que colgaban parpadeantes bombillas eléctricas, le cambió diez veces el color a un pañuelo de seda, bajó a la platea y de una gran tetera que había llenado con agua vertió en vasitos transparentes el licor que los espectadores le pedían. A mi abuelo le dio vodka, a Jaime aguardiente, a otros whisky, vino, cerveza, pisco. Al final mostró un armario rojo, con el interior negro, y pidió la colaboración de un niño. Yo, impulsado por un deseo irresistible, subí al escenario. Apenas

puse los pies en ese piso, por primera vez me sentí bien ubicado. Supe que era ciudadano del mundo de los milagros. El prestidigitador me dijo solemne: «Niño, te voy a hacer desaparecer. Jura que nunca le contarás el secreto a nadie». Yo juré, extasiado de felicidad. Si me extirpaban de ahí iba a conocer por fin lo que había más allá de la dolorosa realidad. Me hizo entrar en el interior del armario, alzó su capa forrada de satén rojo y me ocultó un segundo, luego la bajó. ¡Yo había desaparecido! Volvió a alzar y bajar la capa. ¡Otra vez yo estaba ahí! Grandes aplausos. Volví a mi asiento y por más que mis padres, mi abuelo y una gran cantidad de espectadores vinieron a preguntarme cuál era el truco, respondí con toda dignidad: «He jurado guardar el secreto para siempre y así lo haré». Guardé tan celosamente ese secreto que hoy, por primera vez, después de más de sesenta años, me decido a revelarlo. No entré en otra dimensión: cuando fui ocultado por la capa, unas manos enguantadas me hicieron girar y me incrustaron en un rincón. Una persona toda vestida de negro, en ese cajón negro, no se veía. Le bastó cubrirme con su cuerpo para que yo desapareciera. ¡Qué profunda decepción! No existía un más allá. Los milagros eran simples trucos... Sin embargo aprendí algo muy importante: un secreto guardado, aunque nulo, daba poder. En la escuela declaré que había estado en otro mundo, que conocía la llave para ir allá, que poseía la facultad de desaparecer cuando me diera la gana. Y también insinué que tenía el poder de hacer desaparecer a cualquiera sin dejarlo regresar. Aunque mis amigos no aumentaron, vi disminuir las burlas. Me aplicaron la ley del hielo: nunca más me dirigieron la palabra. Pasé de los insultos al silencio. Eran menos dolorosos los primeros.

El barco lanzó un suspiro ronco y abandonó el puerto. En Tocopilla se quedaba mi corazón de niño. De pronto me abandonó el Rebe, el anciano Alejandro, la alegría. Entré bruscamente en el rincón oscuro. Desaparecí.

Los años oscuros

¿Encierran los nombres un destino? ¿Atraen ciertos barrios a personas cuyo estado emocional corresponde al significado oculto de esos nombres? La plaza Diego de Almagro, donde llegamos a vivir en Santiago de Chile, ¿se volvió un sitio nefasto por culpa del nombre con que lo bautizaron, el de un conquistador español, o bien el lugar era neutro pero yo lo sentí oscuro, triste, abandonado porque lo hice espejo de mi pesadumbre? En Tocopilla agradecía a mi nariz, a pesar de detestarla por su curvatura, que me otorgara el olor del océano Pacífico, amplia fragancia que surgía de las aguas gélidas para entremezclarse con el sutil perfume del aire en un cielo siempre azul. Allí, ver pasar una nube era un acontecimiento extraordinario. Por su blancura, los cúmulos se me antojaban carabelas transportando ángeles colonizadores hacia selvas encantadas donde crecían gigantes árboles de azúcar. El aire de Santiago, bajo una bóveda cetrina, olía a cable eléctrico, gasolina, fritanga, aliento canceroso. El embriagador ruido de las olas era sustituido por el crujir de achacosos tranvías, bocinazos incisivos, motores sin recato, voces inclementes. Diego de Almagro fue un conquistador frustrado. Por engañosos consejos de su cómplice Pizarro, partió de Cuzco hacia las tierras inexploradas del Sur creyendo encontrar templos con tesoros fabulosos. Ávido de oro, avanzó cuatro mil kilómetros

quemando chozas donde vivían aborígenes que pensaban en guerrear y no en construir pirámides, hasta llegar al desolado estrecho de Magallanes. El frío extremo y la ferocidad de los mapuches se encargaron de diezmar a la tropa. Volvió como alma en pena a Cuzco, donde su traidor socio, no queriendo compartir las riquezas robadas a los incas, lo hizo ejecutar.

Jaime arrendó un par de cuartos en una casa de huéspedes, frente a la triste plaza. El albergue era un apartamento sombrío, con dormitorios semejantes a jaulas, donde en un escueto comedor nos servían, al almuerzo y a la cena, hojas de lechuga anémica, sopa con nostalgia de pollo, puré de papas arenoso, una lámina de caucho bautizada bistec y, como postre, un bizcocho lisiado cubierto con engrudo. Café sin leche y un bolillo por cabeza por la mañana. Cambio de sábanas y toallas una vez cada quince días. Sin embargo ni mi madre ni mi padre se quejaron. Él porque, desprendiéndose de preocupaciones familiares, podía dedicarse a buscar el local que necesitaba para recomenzar su combate —precisamente a la nueva tienda la llamó El Combate y la decoró con un letrero donde dos bulldogs, cada uno para su santo, tiraba de la pierna de un calzón femenino, demostrando que el artículo en cuestión era irrompible—; y ella porque Jashe, su querida madre, vivía a pocos metros de la plaza Almagro... En espera de inscribirme en la escuela pública, me dejaron preso en ese ámbito inhóspito encargado a la patrona, una viuda tan reseca como el puré cotidiano, que sin golpear entraba en el cuarto sólo para hacerme cómplice de sus improperios contra el gobierno del Frente Popular. Mientras Jaime comía empanadas en la calle y Sara tomaba mate en la casa de su madre, yo deglutía con trabajo el menú de la Gran-Pensión El Edén de Creso. Tímido como era, hundía mi rostro entre las páginas de las aventuras de John Carter en Marte. Frente a mí se sentaba una anciana con la espalda en forma de gancho, que había perdido todos los dientes menos un colmillo de la mandíbula inferior. Cada vez que le servían la sopa, escarbaba en su bolso sarnoso, con disimulo

extraía un huevo y, con gesto tembloroso, lo quebraba contra su diente huérfano para vaciarlo desde lo alto en el líquido insípido, salpicando el mantel y mi libro. Yo imaginaba a la vieja acuclillada en su cuarto, como una enorme gallina desplumada, poniendo cada día un huevo en lugar de defecar. Así como había aprendido a vencer el dolor tuve que aprender a dominar el asco. Al final del almuerzo y la cena, se despedía de mí besándome las mejillas. Yo obligaba a mi boca a sonreír.

Por fin abrió la escuela. Me desperté a las seis de la mañana y cuidadosamente ordené mis cuadernos, lápices y libros. Temblando, por el frío y los nervios, en ayunas, bajé a la plaza y me senté a esperar que llegara la hora de correr hacia un lugar con niños de mi edad, que nunca sabrían que me apodaban Pinocho ni conocerían mi hongo ni las patas de leche que ocultaban las piernas largas de mi mameluco. De pronto resonaron sirenas y brillaron reflectores. Desembocó un coche de policía seguido por una ambulancia. La plaza desierta se llenó de mirones. Los carabineros, como si yo fuera un niño invisible, arrastraron hasta mi banco a un mendigo muerto. Los perros vagos le habían destrozado la garganta y devorado parte de una pierna, los brazos y el ano. A juzgar por la botella de pisco vacía que encontraron junto a él, se había dormido borracho sin desconfiar de la hambruna canina. Cuando vomité, enfermeros, policías y glotones ópticos parecieron verme por primera vez. Se pusieron a reír. Un bruto me espetó agitando un muñón del cadáver: «¿Quieres comerte un pedazo, niño?». Las burlas se disolvieron en el aire y el aire me quemó los pulmones. Llegué al colegio sin ninguna esperanza: el mundo era cruel. Ante mí se presentaban sólo dos alternativas: o me convertía como los otros en un asesino de sueños, o me encerraba en mi mente transformándola en fortaleza. Opté por lo segundo.

Un sol de rayos azumagados provocó un calor insoportable. La profesora no nos dio tiempo para deshacernos de nuestros pesados bolsos. Nos embarcó a todos en el autobús de la es-

cuela. «¡Mañana comenzaremos los estudios, hoy nos vamos de excursión a tomar aire puro!» Alaridos de entusiasmo y aplausos. Todos los niños se conocían entre ellos. Me senté en un rincón, en el asiento de atrás, y no despegué mi nariz del cristal de la ventanilla. Las calles de la capital me parecieron hostiles. Atravesamos calles sombrías. Perdí el sentido del tiempo. De pronto me di cuenta de que el autobús avanzaba por un camino de tierra dejando tras de sí una cola de polvo rojizo. Los latidos de mi corazón se aceleraron. ¡Había manchas verdes por todos lados! Yo estaba acostumbrado al siena opaco de los infecundos cerros del norte. Era la primera vez que veía plantíos, filas kilométricas de árboles al borde del camino, y sobre todo ello un intenso coro de insectos y pájaros. Cuando llegamos a nuestro destino y desembarcaron mis compañeros, entremezclados en un clamoroso jolgorio, para desvestirse y lanzarse desnudos a un cristalino arroyo, no supe qué hacer. La profesora y el chofer me olvidaron en el asiento trasero. Tardé media hora en decidirme a bajar. En una roca plana había huevos duros. Sintiéndome sumergido en la misma soledad que la vieja del diente huérfano, tomé uno y me subí a un árbol. No hubo manera de que respondiera a las insistentes invitaciones de la profesora para que bajara de la rama donde permanecía sentado inmóvil, me desvistiera y nadara con mis compañeros. ¿Qué podía saber ella? ¿Cómo decirle que era la primera vez que veía una corriente de agua dulce, la primera vez que me subía a un arrayán, la primera vez que sentía las fragancias de la vida vegetal, la primera vez que veía mosquitos dibujando con sus etéreas patas macramés en la superficie del agua, la primera vez que escuchaba el sacerdotal croar de los sapos bendiciendo al mundo? ¿Sabía ella que mi sexo sin prepucio semejaba un hongo blanco? Lo mejor que me podía suceder era que me dejaran estar quieto en ese mundo ajeno, húmedo, balsámico, en el que, por no conocerme, nadie podía establecer la diferencia. ¡Sí, antes de que se me rechazara era mejor que yo mismo, aislándome, los negara!

Murmurando «Es tonto», me dejaron tranquilo y pronto,

enfrascados en los juegos acuáticos, me olvidaron. Comí lentamente el huevo duro y me comparé con él. Cortarme del exterior me convenía, me daba fuerzas pero al mismo tiempo me volvía estéril. Tuve la sensación de estar de más en el mundo. Repentinamente una mariposa de alas iridiscentes vino a posarse en mi ceño. No sé lo que me sucedió entonces, mi visión pareció extenderse, penetrando en el tiempo. Me sentí como el mascarón de proa, presente, de una barca que era todo el pasado. Yo no estaba solamente en ese árbol material, sino también en un árbol genealógico. Quiero explicarme bien: el término «genealógico» me era desconocido y también la metáfora «familia-árbol»; sin embargo sentado en ese ente vegetal, imaginé a la humanidad como un transatlántico inmenso atiborrado de un bosque fantasmal, viajando hacia un futuro ineludible. Inquieto, dejé venir al Rebe. «Un día te darás cuenta de que las parejas no se encuentran por puro azar: una conciencia sobrehumana las une con obstinados designios. Piensa en las extrañas coincidencias que hacen que tú llegues al mundo. Sara es huérfana de padre. A Jaime también se le muere el padre. Tu abuela materna, Jashe, pierde a José, su hijo de 14 años, fallecido por comer una lechuga regada con aguas infectas, lo cual la perturba mentalmente para toda la vida. Tu abuela paterna, Teresa, pierde también a su hijo preferido, ahogado en una crecida del Dnieper, a los 14 años, lo que la vuelve loca. La media-hermana de tu madre, Fanny, se casa con su primo José, vendedor de gasolina. La hermana de tu padre, también Fanny, se casa con un garajista. El otro medio hermano de Sara, Isidoro, femenino, cruel, solitario, terminará soltero viviendo con su madre en una casa que él mismo, como arquitecto, le diseña. Benjamín, homosexual, cruel, solitario, vivirá en pareja con su madre, compartiendo el mismo lecho, hasta la muerte de aquélla y perecerá un año después de su entierro. Se diría que una familia es el reflejo de la otra. Tanto Jaime como Sara son niños abandonados persiguiendo sin cesar el inexistente amor de sus padres. Lo que a ellos les han hecho te lo están haciendo a ti. A menos que te rebeles, a los hijos que vas

a tener has de hacerles lo mismo. Los sufrimientos familiares, como eslabones de una cadena, se repiten de generación en generación, hasta que un descendiente, en este caso quizás tú, se hace consciente y convierte su maldición en bendición.» A los diez años ya pude comprender que para mí la familia era una trampa de la que debía liberarme o morir.

Tardé mucho en encontrar la energía para rebelarme. Cuando la profesora le dijo que su hijo estaba gravemente deprimido, que quizás tenía un tumor en el cerebro o bien padecía los efectos de un intenso traumatismo debido a una pérdida de territorio o un abandono familiar, Jaime, en lugar de preocuparse por mi salud mental, se ofendió. ¿Cómo esa flaca tonta, histérica, burguesa, osaba acusarlo, ¡a él!, de padre negligente y a su vástago de mariconcete débil? Inmediatamente me prohibió ir a la escuela y, aprovechando que había encontrado un local, se fue del Edén de Crespo sin pagar la última semana.

Sara, para ser bien vista por su familia, quería tener una tienda en el centro de la ciudad, pero Jaime decidió, impulsado por sus ideales comunistas, arrendar un sitio en un barrio populoso. Nos sumergió en la calle Matucana.

La zona comercial ocupaba tres cuadras solamente, por ella circulaba un enjambre de gente pobre, empleadas domésticas, obreros y mercachifles, sobre todo los sábados, día de paga. Junto a las barreras del tren, en cuclillas, se veían filas de vendedores de conejos. Los cadáveres colgando del borde de canastos, conservando la piel pero con el estómago abierto, donde brillaba un negro hígado del tamaño de una aceituna, formaban collares asediados por las moscas. Vendedores callejeros anunciaban jabones que eliminaban todas las manchas, jarabes buenos para la tos, la diarrea y la impotencia, tijeras tan poderosas que cortaban clavos... Muchachos delgados, con la máscara cetrina de la tuberculosis, ofrecían sus servicios de lustrabotas. No exagero. Los sábados se me hacía difícil respi-

rar, tan espeso era el hedor a ropa sucia que surgía de la multitud. En esos cuatrocientos metros, como enormes arañas somnolientas, abrían sus puertas tres tiendas de ropa hecha, una zapatería, una farmacia, un gran almacén, una heladería, un garaje, una iglesia. Además, bulliciosas, atestadas de parroquianos y desparramando efluvios avinagrados, siete cantinas. Chile era un país de borrachos. Todas las actividades giraban en torno al alcohol. Desde el presidente, Pedro Aguirre Cerda, al que por su mucho beber y su nariz abultada lo llamaban «don Tinto», hasta el miserable obrero que cada fin de semana, después de comprarle a su mujer ropa interior nueva y a su prole camisas y calcetines, se bebía el resto del sueldo y luego se paraba en medio de la vía férrea —en Matucana pasaban, entre la calle y la vereda, largos trenes de carga— y desafiaba, puños en ristre, a la locomotora. El orgullo viril de los ebrios no tenía límites. Una vez, me tocó pasar por la calle en el momento en que la máquina acababa de despedazar a un altanero. Los mirrones jugaban, pateándolo entre jocosos gritos, a lanzarse un trozo de carne humana.

Mi padre, emperrado en convertirse en el rey del barrio, para atraer a la plebe volvió a colocar ante la puerta gritones cada vez más extravagantes, payasos cirujanos reparando un muñeco sangriento con el signo \$ en la frente, «¡El Combate mejora los precios!», o una guillotina donde un mago decapitaba a gordos que representaban a comerciantes explotadores, o un enano con vozarrón enorme disfrazado de Hitler: «¡Guerra a la carestía!», etc. A pesar del exceso de ladrones, colocó toda la mercadería amontonada en mesas, buscando siempre dar la idea de abundancia. Instaló un mostrador de madera que, en el medio, tenía una ranura y él mismo, delante de los clientes, con un afilado cuchillo y moldes copiados de ropa americana, cortó espesas capas de tocuyo para que los trozos de tela fueran ahí mismo cosidos por niñas obreras, confeccionando así ropa barata que iba directamente del fabricante al consumidor. Puso altavoces a fuerte volumen lanzando alegres melodías espa-

ñolas que tenían letras siempre lascivas. «Échale guindas al pavo... que yo le echaré a la pava... azúcar, canela y clavo.» Los obreros, obnubilados, llenaban el negocio. Muchos venían con canastos. Apenas yo, que tenía la obligación después de terminar las tareas de ir al Combate a vigilar el conjunto de clientes, veía que un roto había escondido un chaleco de lana, unas enaguas, o cualquier prenda en el fondo de su canasto, le hacía una seña a mi padre. Jaime de un salto pasaba sobre el mostrador, caía sobre el caco y lo demolía a golpes. El pobre hombre, sintiéndose culpable, no se defendía y aceptaba servil el castigo. Si era una ladrona, le daba tremendas cachetadas y le arrancaba la falda para expulsarla a la calle, de una patada, con los calzones en los tobillos.

De ninguna manera aprobaba yo la violencia de mi padre. Se me anudaban las entrañas y me ardía el pecho cuando veía esas caras ensangrentadas aceptando el castigo como si fuera dado por los puños de Dios. Para los hombres, un diente roto o una nariz quebrada era menos grave que el hecho, para las mujeres, de mostrar las nalgas desnudas con los calzones bajos, a veces agujereados, ante los ojos de una multitud burlona. Pobrellas, se quedaban paralizadas, agobiadas de vergüenza, con las manos pegadas al pubis, incapaces de inclinarse hacia la prenda íntima y alzarla. Alguien tenía que venir, un amigo, una parienta, y cubrirla con una chaqueta o un chal, para sacarla de ese círculo hostil. Cada vez que yo señalaba con el índice el canasto culpable, un gusto amargo invadía mi boca: no quería dañar a esa gente que robaba por hambre, pero tampoco deseaba traicionar a mi padre. El jefe sagrado me había dado una orden y yo, aunque sintiera que era a mí mismo a quien humillaban y herían la carne, tenía que cumplirla. Después de cada paliza me encerraba a vomitar en el baño.

Mi cuerpo, que contenía tanta culpa, tantas lágrimas prohibidas, tanta añoranza de Tocopilla, comenzó a transformar la pesadumbre en grasa. A los 11 años pesaba un poco más de cien kilos. Agobiado, me costaba despegar los pies del suelo,

avanzaba raspando la calle con las suelas seguido como por dos largos lamentos, respiraba con la boca entreabierta haciendo esfuerzos para tragar un aire que me rechazaba, el pelo que antes fuera ondulado me caía lacio y opaco sobre la frente. Habiendo olvidado que había un cielo sin fin, vivía con la cabeza inclinada dándome como único horizonte la grosera vereda de cemento.

Sara pareció darse cuenta de mi tristeza. Llegó de la casa de su madre portando en los brazos una caja de madera barnizada de negro. «Alejandro, pronto acabarán las vacaciones. En un mes más podrás ir al liceo y encontrar amigos, pero ahora tienes que entretenerte con algo. Jashe me ha regalado el violín de su hijo José, que en paz descanse. A ella le daría una alegría enorme que tú estudiaras y con este sagrado instrumento hicieras lo que mi pobre hermano no pudo hacer: tocarnos *El Danubio azul* durante las cenas familiares.»

Me vi obligado a tomar clases en la Academia Musical que una fanática socialista animaba en el sótano de la Cruz Roja. Para llegar ahí tenía que caminar por toda Matucana. El estuche negro, en lugar de tener costados con curvas siguiendo la forma de un violín, era rectilíneo como un ataúd. Los lustrabotas, al verme pasar, estallaban en risas sarcásticas. «¡Lleva un muerto! ¡Sepulturero!» Yo, rojo de vergüenza, con el rostro hundido entre los hombros, no podía ocultar la funeral caja. Ellos tenían razón. El violín que llevaba dentro eran los restos de José. Por no quererlo enterrar, la abuela me había convertido en su vehículo. Yo era una forma hueca a la que se utilizaba para transportar un alma en pena. Pensándolo mejor, era el enterrador de mi propia alma. La llevaba difunta dentro de ese horrible estuche. Después de un mes de cursos donde las notas negras me parecieron de luto, me detuve frente a los lustrabotas y los miré sin decir palabra. Sus sarcasmos aumentaron hasta convertirse en un coro ensordecedor. Lentamente borró la algarabía el piafar de una inmensa cucaracha mecánica del color de mi estuche. Lancé el ataúd hacia la vía férrea, donde fue reducido por la locomotora a un montón de astillas.

Los andrajosos, sonrientes, recogieron los pedazos para hacer una fogata, sin preocuparse por mí, que seguía de pie frente a ellos sacudido por antiguos sollozos. Un anciano borracho salió de la cantina, me colocó una mano en la cabeza y con voz ronca susurró: «No te preocupes, muchacho, una virgen desnuda alumbrará tu camino con una mariposa que arde». Luego se fue a orinar sumergido en la sombra de un poste.

Ese viejo, convertido en profeta por el vino, con una sola frase me sacó del abismo. Aunque sepultado en el fondo del pantano, alguien me indicaba que desde ahí podía emerger la poesía. Jaime, de la misma manera en que se había burlado de todas las religiones, se ensañó también con los poetas. «Hablan de amar a la mujer, como ese tal García Lorca, pero son puros maricones.» Luego extendió su desprecio a cualquier forma de arte, literatura, pintura, teatro, canto, etc. Sólo bufones despreciables, parásitos sociales, narcisistas perversos, muertos de hambre. En un rincón de nuestro apartamento, cubierta de polvo, vegetaba una máquina de escribir marca Royal. La limpié cuidadosamente, me senté frente a ella y me puse a luchar contra el rostro de mi padre que, gigantesco, invadía mi mente. Me miraba con desprecio. «¡Marica!» Transformando mi sumisión en revuelta disgregué con furia al dios burlón para escribir mi primer poema. Aún lo recuerdo:

*La flor canta y desaparece,
¿cómo podemos quejarnos?
Lluvia nocturna, casa vacía.
Mis huellas en el camino
se van disolviendo...*

La poesía operó un cambio fundamental en mi conducta. Dejé de ver el mundo por los ojos de mi padre. Tratar de ser yo mismo me estaba permitido. Sin embargo, para guardar el secreto, cada día fui quemando mis poemas. El alma, virgen desnuda, alumbraba mi camino con una mariposa en llamas.

Cuando pude escribir sin sentir vergüenza y sin pensar que

cometía un crimen, quise conservar mis versos y encontrar a quién leerlos. Pero el poder de mi padre, su culto al valor, su desprecio a la debilidad y la cobardía, me causaban terror. ¿Cómo anunciarle que tenía un hijo poeta? Tarde en la noche, esperé que regresara de El Combate, decidido a enfrentar su cansancio y su mal humor. Llegó, como de costumbre, con un montón de billetes envueltos en papel de diario. Lo primero que me dijo fue un agrio «¡Tráeme el alcohol! ¡Hay que desinfectar esta peste!». Vacío en su escritorio un dinero arrugado, sucio, maloliente. Vaporizó sobre él una nube desinfectante y colocándose guantes de cirujano comenzó a ordenarlo y contarlos. A veces, lanzando insultos, aplanaba billetes verdosos. Yo los veía como cadáveres de insectos marinos. «Ponte los guantes Alejandro, no vayas a atrapar una asquerosidad, y ayúdame a contarlos.» Me atreví a comenzar mi confesión. «Papá, tengo algo importante que decirte.» «¿Algo importante, tú?» «¡Sí, yo!» Y en ese «yo» traté de embutir toda mi independencia: «¡No soy tú, no veo el mundo como tú lo ves, respétame!». Pero como un billete traía costras, de barro, de sangre o de vómito, Jaime me olvidó y, lanzando maldiciones, con una lima de uñas comenzó a despegar la inmundicia. Me preparé a gritarle por primera vez en mi vida: «¡Imbécil, date cuenta de que existo! ¡No soy tu hermano Benjamín, el maricón, soy yo, tu hijo! ¡Nunca me has visto! ¡Por eso engordo, para que te des cuenta, si no de mi alma, al menos de mi cuerpo! ¡No me pidas que sea un guerrero, soy un niño! ¡No, un niño no, porque tú lo has asesinado! ¡Soy un fantasma que quiere huir del cadáver adiposo que lo encierra para encarnarse en un cuerpo vivo, libre de tus conceptos y tus juicios!». No pude pronunciar ni la primera sílaba porque, anunciado por un tremendo rugido subterráneo, comenzó un temblor que amenazó convertirse en terremoto. Cuando el piso y las paredes vibran podemos pensar que por la calle pasa un camión de gran tonelaje, pero cuando las lámparas se convierten en péndulo, las sillas se pasean de un muro al otro, se desploma un armario y una lluvia de polvo cae del techo, nos convencemos de que la tierra se ha encole-

rizado. Esta vez su furia parecía convertirse en odio mortal. Teníamos que asirnos a los barrotes de una ventana para no desplomarnos, los muros se cuarteaban, el cuarto se convertía en una barca agitada por la tormenta. Desde la calle nos llegó el griterío de una muchedumbre enloquecida. Jaime me tomó de una mano y dando traspies me condujo hacia el balcón. Se puso a lanzar carcajadas. «¡Mira a esos santurriones, ja, ja, caen de rodillas, se golpean con un puño el pecho, se mean y se cagan, tan cobardes como sus perros!» Efectivamente, los canes, sueltos de vientre, aullaban con los pelos erizados. Cayó un poste. Los cables de la luz se agitaron en el suelo dando latigazos chispeantes. La multitud corrió a refugiarse en la iglesia, cuya única torre se inclinaba de un lado para otro. Jaime, más y más alegre, en el balcón que amenazaba desplomarse, me mantuvo junto a él impidiendo que corriera hacia la calle. «¡Suéltame, papá, la casa se puede derrumbar! ¡Fuera estaremos más seguros!» Me dio un cachete. «¡Quieto, aquí te quedas, junto a mí! ¡Tienes que tenerme confianza! ¡De ninguna manera aceptaré que seas un cobarde como los otros! No te hagas cómplice del temblor. El miedo aumenta los daños. Si le haces caso, la tierra se envalentona. Ignórala. No pasa nada. Tu mente es más poderosa que un estúpido terremoto.» Por suerte las sacudidas no siguieron aumentando. Poco a poco el suelo recuperó su calma habitual. Jaime me soltó. Con una sonrisa de satisfacción y aires de héroe me miró desde una inaccesible torre. «¿Qué querías decirme, Pinocho?» «¡Oh, papá, debe de haber sido algo sin importancia, el temblor hizo que lo olvidara!» Se sentó frente a su escritorio, se colocó sus tapones en las orejas y, como si yo hubiera dejado de existir, se dispuso a terminar de contar, lanzando sus acostumbradas maldiciones, los sucios billetes obreros.

Volví a mi cuarto sintiendo que sobre mi alma había pasado una aplanadora. La valentía de mi padre era invencible, su autoridad absoluta. Él era el amo y yo su esclavo. Incapaz de rebelarme sólo me restaba obedecer, liquidar mi actividad creadora, no tener existencia sin ser guiado: el imposible sentido

de la vida era adorar al omnipotente Padre... Otra vez me dieron ganas de saltar por la ventana, esta vez para ser arrollado por el tren que a cada hora de la noche pasaba por ahí debajo lanzando silbidos que atravesaban como inmensos alfileres la libélula de mis sueños. Un pensamiento me impidió pasar al acto. «No me puedo morir sin conocer el sexo de mi padre. Debe de tener un falo tan grande como el de un asno.»

Esperé hasta las cuatro de la mañana, hora en que los ronquidos de mis progenitores, tan potentes como el de las locomotoras, invadían el hogar. Avancé con la punta de los pies, tratando de no pensar, no fuera que alguna palabra hiciera vibrar mi mente más allá del cráneo provocando crujidos en los muros, en el piso o en los muebles. Se me convirtió en una hora el minuto que demoré en abrir la puerta del dormitorio. Una oscuridad rancia me inmovilizó. Por miedo a tropezar con un zapato o con el orinal lleno de orines, que cada mañana vaciaba mi madre mientras Jaime y yo tomábamos el desayuno, me quedé convertido en estatua hasta que mis ojos se acostumbraron a la negrura. Me fui acercando al lecho. Me atreví a encender mi linterna. Con ella, cuidando que ningún rayo fuera a dar en sus rostros, recorrí los cuerpos. Era la época más calurosa del año. Tanto ella como él dormían desnudos. Ebrias por el penetrante olor, zumbaban algunas moscas libando entre los pelos de las axilas. La piel blanca de mi madre guardaba aún las huellas rojizas del corsé que la oprimía de la mañana a la noche. Sus senos, dos plátanos inmensos, reposaban serenos junto a sus flancos. Dormía, rolliza diosa de la abundancia, con una marfileña y menuda mano apoyada en el espeso vello pubiano de mi padre. Mi sorpresa fue tan grande que la lengua hinchada me comenzó a palpar como si se hubiera transformado en corazón. Me dieron ganas de reír. No de alegría sino de nervios. Lo que estaba viendo daba un golpe demoledor a la torre mental en que la autoridad de Jaime me había encerrado. El calor de los dedos de Sara, tan cerca, le provocaba una erección. Por cierto, el miembro circunciso te-

nía forma de hongo, pero, ¡increíble!, era mucho más pequeño que el mío. Más que falo parecía un dedo meñique.

De un solo golpe comprendí el porqué de la agresividad de Jaime, su vindicativo orgullo, su eterno rencor al mundo. Me había precipitado en la debilidad, construyéndome solapadamente un carácter de cobarde, de víctima impotente, para sentirse poderoso. Se burlaba de mi nariz larga porque entre las piernas se sabía corto. Necesitaba probarse a sí mismo seduciendo a las clientas, dominando a mi enorme madre, ensangrentando a los ladrones. Su poderosa voluntad se había convertido en el complemento de su mínima polla. Se me desmoronó el gigante. Y, con él, el mundo entero. Ninguno de los sentimientos que me habían inculcado eran verdaderos. Todos los poderes, artificiales. El gran teatro del mundo, una forma hueca. Dios se había caído del trono. La única fuerza auténtica con la que yo podía contar era la escasa mía. Me sentí como un ente sin esqueleto al que le hubieran quitado las muletas. Sin embargo, ~~más valía una infima verdad~~ que una inmensa mentira.

Me habían inscrito en el Liceo de Aplicación, magnífica escuela en un noble edificio, con profesores capaces y un óptimo programa de estudios, pero con una inesperada dificultad: los alumnos eran simpatizantes de la Alemania nazi. Durante la guerra, quizás por causa de la fuerte inmigración alemana o por la influencia de Carlos Ibáñez, dictador surgido de un ejército formado por instructores teutones, más del cincuenta por ciento de los chilenos eran germanófilos y antisemitas. Bastó que después de la clase de gimnasia yo tomara la obligatoria ducha colectiva para que mi hongo me traicionara. A los gritos de «Judío errante!» fui expulsado de todos los juegos que organizaban los estudiantes en los momentos de descanso. Durante las clases se me concedió el privilegio de sentarme solo en un banco: nadie quiso compartir el sitio doble conmigo. Al comienzo no comprendí este extrañamiento. Jaime nunca me había dicho que pertenecía a la *raza* judía. Según él, mis abue-

los eran rusos de pura cepa, comunistas, que habían huido de las iras zaristas. ¡Los judíos, tanto como los cristianos, los budistas, los mahometanos y otros religiosos eran unos locos que creían en cuentos de hadas! Poco a poco, recibiendo un insulto tras otro, comprendí que mi cuerpo estaba formado por una materia despreciable, diferente a la de mis compañeros. En el primer trimestre me vengué convirtiéndome en el mejor alumno. No fue difícil: sin que mis padres me hablaran —una frase de más convertía su fatiga en exasperación—, y sumergido en el silencio al que me habían condenado los muchachos, el único entretenimiento que me quedaba era estudiar horas y horas, día y noche, no por placer o deber sino como una droga que me impedía enfrentar la angustia. Por suerte ahí, en ese pantano sin fondo, surgían de pronto como flores de loto algunos cortos poemas.

*Esto de sentirme cuerdo hasta el aburrimiento
viendo pasar los enloquecidos carnavales
agitando banderas procaces por las calles
como si todos fueran muertos vestidos de dorado
mientras yo hago de mi rincón un templo vacío...*

Cansado de vivir como una víctima traté de entrar en la competición de salto de altura. En medio del patio se extendía una fosa cuadrangular llena de arena. Una vara horizontal entre dos columnas medía la altura de los brincos. Apenas sonaba la campana otorgando un recreo, los muchachos corrían hacia el sitio para formar una larga cola. Uno tras otro intentaban dar saltos que sobrepasaran los de sus compañeros. No lo hacían mal. La vara a veces alcanzaba el metro setenta. Cuando yo intentaba ubicarme en la cola, entre todos me empujaban fuera, murmurando sin mirarme: «Gordo hediondo».

Si desde pequeño había aceptado ser humillado, sintiendo mi diferencia como una castración, ahora, que me sabía provisto de un sexo de mayor tamaño que el de mi padre, tuve ganas de demostrarles a mis enemigos que no me podían vencer.

Entré en la oficina del Rector, lugar sacrosanto donde ningún alumno se atrevía a asomar, le expuse mi problema y le pedí que me ayudara a sobrevivir aceptando aquello que deseaba proponerle. ¡Accedió! Al sonar la campana, los alumnos de cada curso se formaban en los corredores del primer y segundo piso, ante las puertas de las aulas, esperando la llegada del profesor. El patio, cuadrangular, con su arena para salto de altura, quedaba en el centro. En esos cinco minutos que duraba la espera, el Rector me permitió que intentara saltar. Por mi excesivo peso yo distaba de ser un atleta. Me propuse comenzar por un metro y medio. Al comienzo me resultó imposible sobrepasarlo. Entre las burlas generales, eran por lo menos quinientos alumnos, yo corría hacia la vara, daba un brinco con toda la energía que podía, como si en ello me fuera la vida, me elevaba en el aire, echaba abajo el palo y caía despatarrado en la arena. Estallaba un jolgorio burlón. Sin hacer caso de las atonadoras risas, volvía a comenzar. Y así, sin cesar, cinco minutos seis veces por día, una y otra vez, fracaso tras fracaso, durante cuatro meses. Poco a poco fui adelgazando, de cien kilos pasé a ochenta; aunque continué viéndome obeso, gracias a una nueva musculatura pude sobrepasar el metro sesenta. En los dos últimos meses logré bajar diez kilos más y, como el mejor, sobrepasé la barra a la altura de un metro setenta. Un silencio rabioso coronó mi éxito.

Había terminado el año escolar. De pie en el patio, formando un grupo compacto, los alumnos esperaban a que se abriera el portón para salir a la calle en una caótica estampida hacia el verano. Yo, a quien habían relegado al fondo, sentí que antes de partir debía ir a agradecer al Rector el favor que me había otorgado, y comencé a abrirme paso entre los estudiantes. Para llegar a la rectoría tenía que atravesar todo el grupo. Se apretaron cada vez más, creando un muro humano. Empecé a apartarlos a empujones. Ninguno daba un grito ni hacía un gesto violento. Todo sucedía en un hipócrita silencio porque desde los pasillos altos vigilaban los profesores. Lle-

gando ya al centro del patio, al alzar el brazo izquierdo para separar los hombros de dos oponentes, me pareció recibir en el bíceps un puñetazo. No me quejé. Seguí tratando de avanzar. La sangre comenzó a gotear por mis dedos. La manga de mi camisa blanca se estaba tornando granate. Una raja en la tela mostraba el sitio por donde había entrado la cuchillada. Abrieron el portón. La masa, lanzando un alarido, corrió hacia el exterior y en un par de minutos quedé solo en medio del cuadrado de arena. Al ver la mancha roja, los profesores corrieron hacia mí. Pálido, pero sin llorar ni quejarme, les mostré la herida. «Ha sido un accidente. Dos compañeros estaban jugando con un cortaplumas, pasé junto a ellos justo en el momento en que uno hacía un gesto brusco. Por suerte levanté un brazo, si no la hoja se hubiera enterrado en mi corazón.»

Llamaron a la Cruz Roja. La ambulancia me llevó a la clínica. Ansiosos por partir de vacaciones ningún profesor me acompañó. Tras de mí cerraron las puertas del vacío liceo. Un enfermero rudo desinfectó y cosió la herida con tres puntadas. «No es nada, muchacho. Vete a tu casa, traga estas pastillas y duerme una siesta.» A soportar el dolor ya estaba acostumbrado; también lo estaba al desinterés de los otros por lo que me pudiera suceder. Aparte del imaginario Rebe y del no menos imaginario Alejandro anciano, nunca alguien me había acompañado. La soledad, como la venda de una momia, me oprimía el cuerpo. Dentro de ese capullo de tela corroída yo, oruga estéril, agonizaba. ¿Y si no levanto el brazo y la puñalada me perfora el corazón? ¿Habría muerto alguien? ¿Quién? ¿Alguno que no era yo! Mi verdadero ser nunca ha germinado. En el cuadrilátero de arena se hubiera desplomado sólo una sombra. Sin embargo el azar había ordenado que mi alma muerta no desapareciera. Si esos designios misteriosos llamados destino deseaban que yo viviera, para hacerlo tenía primero que nacer.

Me encerré en el cuarto que me habían dado en el fondo del oscuro apartamento. Como los inviernos tenían pocos días

de gran frío, eliminando estufas eléctricas o a gas, nos calentábamos con braseros. Reuní todas mis fotografías y sobre esos carbones transformados en rubíes las vi convertirse en cenizas. Ya nadie, nunca, jamás, podría identificarme con las imágenes de aquel que había dejado de ser. Yo, niño, triste, en un banco de la plaza de Tocopilla, disfrazado de Pierrot, soportando una vieja media negra por sombrero cuando Sara había prometido fabricarme un bonete puntiagudo, blanco, con pompones de gasa. En otra foto aparecía yo, que siempre andaba con el pelo revuelto, alpargatas y mameluco de piernas largas, vestido a la inglesa, pantalón corto gris, chaqueta sal y pimienta, zapatos blanquinegros y casco de gomina, y posando tieso, enfurruñado, con las canillas desnudas (nadie pudo obligarme a ponerme los calcetines de algodón), para que le enviaran a la abuela una imagen que no era la mía. «¡Qué vergüenza: Jashe nos va a despreciar...!» Más tarde yo, ahogado en un grupo del liceo, entre esos muchachos crueles, de los cuales aún recuerdo el apellido de dos con escalofríos de ira, Squella y Úbeda, grandes abusadores que habían instaurado un juego envilecedor: cuando estábamos distraídos, se nos acercaban por detrás y dándonos un golpe de pelvis en el culo proclamaban «¡Clavado!». Los tres primeros años los tuve que pasar con las nalgas apoyadas contra una pared. Por fin, atraídos por mis gritos, los sorprendieron tratando de violarme en las letrinas y los expulsaron del colegio. En lugar de agradecerme mis compañeros rompieron el silencio en el que me mantenían con una sola e injuriosa palabra: «¡Soplón!». Seguí quemando otras fotografías, creí que habían ardido todas, pero no: en el fondo de la caja de zapatos donde guardaba mi colección, quedaba una. En ella me vi posando junto a una muchacha de pulposa boca y grandes ojos claros con una expresión de arrogante melancolía. La arrojé al brasero. Al verla arder, de pronto me di cuenta de que tenía una hermana.

Puede parecer irreal que alguien, desde su nacimiento, conviva con una hermana dos años mayor que él, creciendo en la

misma casa, comiendo en la misma mesa y sin embargo se sienta hijo único. Hay una realidad densa, construida por la presencia de los cuerpos, que si no va acompañada de una realidad psíquica, se hace invisible. No es que yo tomara el sitio de mi hermana, no es que ella fuera una paloma sacrificada, no es que el centro de la atención, por ser hombre, se me concediera. Muy al contrario, sin que hasta ese momento me diera cuenta, el borrado había sido yo. Generalmente el hijo varón, el esperado, aquel que va a asegurar la continuidad del apellido paterno, es el preferido. A la niña se la relega al mundo de la seducción y del servicio. En mi caso fue todo lo contrario. Cuando ella nació, lo ocupó todo. Yo, desde mi primer vagido fui un intruso. ¿Por qué? Aún hoy no me lo explico con certeza. Tengo varias hipótesis, todas me convencen pero ninguna logra satisfacerme. Nunca vi a mi padre usar su apellido. Su firma bancaria era un escueto *Jaime*. Es más, en su carnet del Partido Comunista aparecía como Juan Araucano. A veces me decía: «Lees mucho, tal vez un día cometas la estupidez de querer ser escritor. Si firmas Jodorowsky nunca triunfarás, usa un seudónimo chileno». Parece ser que mi abuelo Alejandro lo había desilusionado. Con rencor secreto, casi no lo nombró, nunca contó acerca de él una anécdota, sólo permitió saber que era un zapatero remendón con ínfulas de santo. Por consejos de su Rebe, la mayor parte de lo que ganaba —que era mínima porque a sus zapatos y reparaciones no les ponía precio, el cliente daba lo que le dictaba su buena voluntad, que siempre era tacaña— se iba en limosna para los pobres. De tanto sufrir por ellos, murió relativamente joven, con el corazón carcomido. «¿Qué clase de santo es ese que le quita el pan a su familia para ofrecerlo a bocas ajenas?» Al fallecer dejó una mujer y cuatro niños en la miseria. La colonia judía, emigrantes preocupados ellos mismos por sobrevivir, les cerró las puertas. Mi padre, sacrificando sus ambiciones —habría querido estudiar para convertirse en un teórico superior a Marx—, se puso a trabajar en lo que pudo —cargador, vendedor de carbón, minero, cirquero— tratando de dar una vida decente a sus hermanas (que, según él, se convir-

tieron en putas), y lograr que Benjamín, el menor, se licenciara como dentista. No obtuvo los agradecimientos de nadie: su hermano, en lugar de darle trabajo como mecánico dental —ése era el pacto; Jaime, habiendo heredado la habilidad manual de su padre, podía fabricar excelentes dientes—, se enamoró de un jovencito de tez morena e hizo sociedad con él. Teresa, mi abuela, aprobó los devaneos de Benjamín y aceptó vivir con él y su (para Jaime) vergonzoso amante.

Creo que la culpa de todo aquello mi padre se la imputó al zapatero. En el antiguo Egipto, cuando querían eliminar a un faraón, en lugar de condenarlo a morir, se preocupaban de borrar su nombre de todos los papiros y estelas. Así, extirpándolo de la memoria colectiva, lo condenaban a la verdadera muerte que es el olvido. Cuando un hombre odia a su padre, no se reproduce —para impedir que el apellido se multiplique— o se cambia de nombre. Supongo que Jaime percibió a mi hermana como hija única. Yo llegué dos años después por sorpresa: nadie me había deseado, el sitio que mi cuerpo ocupaba en el mundo era usurpado, un abuso mi presencia. Traía yo en los genes la amenaza de la sobrevivencia del odiado apellido. Otra hipótesis, que no niega la primera, me hace pantalla de proyección del odio que Jaime le tenía a Benjamín: su puterío, su traición, la apropiación de la madre, cosas difíciles de tragar. Tenía que vomitar ese resentimiento, desquitarse con alguien. Me crió cobarde, débil; burlándose de ella desarrolló mi sensibilidad femenina: con su violento ejemplo me hizo detestar las actitudes machistas. Como su hermano vivía en una casa atestada de libros —en general historias de amor y temas de sexualidad solapada—, me hizo amar la lectura inscribiéndome en la Biblioteca Municipal y después, en lugar de juguetes, me dio la libertad de comprar los volúmenes que quisiera. Terminé viviendo rodeado de muros cuajados de libros, como mi tío. Jaime nunca memorizó bien mi nombre y a menudo, cuando decidía no llamarme Pinocho, me decía, como por error, Benjamincito. Incontables veces afirmó: «Eres el último Jodowsky», inoculándome de manera sutil la esterilidad. Hipóte-

sis... Me ignoró debido a mi nariz curva. Le molestaba ser ruso —llegó a Chile con 5 años— y más aún ser judío. Quería raíces. En ese Chile donde los Guggenheim se habían apoderado de las minas de salitre y cobre y luego de los bancos, medrando gracias a la miseria obrera, el antisemitismo prendió como fuego en un pajar. A la menor contienda política, comercial, o simplemente por una discusión callejera, se le podía gritar «¡Judío de mierda! ¡Despatriado!». Para él, que tenía la suerte de poseer una nariz rectilínea, el que yo hubiera nacido con ese promontorio curvo en medio de la cara, era una denuncia constante. Quizás por eso no tengo recuerdos de haberme paseado, de haber entrado en una dulcería o en un cine solo con él. Siempre que salíamos, él iba en el centro y del brazo, entre mi madre y mi hermana, y yo atrás... y yo en el rincón más oscuro de la mesa del restaurante... y yo en la galería del circo, lejos del palco de ellos junto a la pista. En realidad mi familia era un triángulo padre, madre e hija, más un intruso... Hipótesis... Jaime, huérfano de padre a los 10 años, por el trauma se queda niño, nunca crece emocionalmente, tampoco crece su pene. Nadie lo ha querido nunca. Teresa, la madre ideal, a la que aspira desde que toma el sitio del padre, lo traiciona. En las mujeres adultas ya no puede confiar. La prueba: después de la noche de bodas con Sara, no aparecen huellas de sangre en las sábanas. Le han dado gato por liebre, la novia no era virgen. Jaime, sin un peso en los bolsillos, abandona a su esposa, que ha quedado preñada, y se larga a trabajar como minero a una empresa salitrera. Un año más tarde, a ese lugar agobiante, donde la sal devora todos los colores, lo va a buscar Sara, con las llaves de una tienda en Tocopilla y una niña en los brazos. Jaime, al ver a su hija, ve a su propia alma. Por primera vez se siente amado. Esos inmensos ojos verdes son un espejo que perfecciona las imágenes devaluadas de sí mismo. Raquelita, para siempre virgen, sólo suya, de nadie más, podrá verlo valiente, poderoso, bello, triunfador... Sara, con su dote en forma de llaves, será otra vez aceptada, aunque nunca perdonada: una traidora como Teresa, casada a la fuerza con él, pero ena-

morada de otro, algún imbécil cuya única cualidad sería la de tener un pito grande... Mi madre aceptó sumisa ser relegada a segundo término —traía la orden de Jashe de servir y obedecer a su marido, por muy despreciable que ese individuo fuera—, para no tener que avergonzarse ante la colonia judía. En la primera noche del reencuentro, Jaime la poseyó con la misma furia con que deseaba castigar a Teresa, con ese rencor, con ese odio. Un esperma lanzado como escupitajo me engendró. Pobre Sara, tan blanca, tan humillada, sintiéndose, como yo, una intrusa en la vida. Su padre se había quemado vivo. En Moisésville, el pueblo argentino donde desembarcaron los emigrantes creyendo llegar a la nueva Palestina, en verdad un terreno inhóspito, al ver esa hoguera que brincaba por la calle dando aullidos de socorro, cerraron puertas y ventanas. Jashe, encinta de seis meses, por una mirilla de los postigos vio convertirse a su rubio marido en un esqueleto negruzco. Pasados tres meses, se casó con Moisés (vendedor ambulante de corbatas), dio a luz a Sara y, en los dos años siguientes, a Fanny e Isidoro. Fanny nació tan morena que la apodaron La Negra. Con el pelo motudo, el labio inferior bembón y las orejas tan grandes como las de su padre, creció miope, desgarbada, orgullosamente fea. Astuta, se apoderó de la atención, del poder. Poco a poco esgrimió el cetro de la decencia, haciendo imperar la apariencia recatada, la moral rabínica, la reverencia untuosa ante las exigencias del qué dirán. Carcomió la poca virilidad de Isidoro, convirtiéndolo en su blando paje y, plantada en el centro, expulsó a Sara hacia la periferia de la familia a punta de burlas, sarcasmos y críticas. La Saruca era rara, un caso extremo, no sabía medirse, lívida como un cadáver no podía dejar de llamar la atención, daba vergüenza ajena, terminaría mal. La prueba: mientras que ella se casaba con un primo hermano para que no entraran extraños en la familia, Sara se había enredado con un comunista, un pobretón, un asimilado, por poco un goy. Mi madre, acostumbrada desde niña a luchar (perdiendo siempre) para obtener el cariño de su madre, identificó a Raquel con Fanny, a Jaime con su Jashe y se trenzó

en una relación triangular donde el amor era sustituido por los celos. Retardó lo más posible la maduración de su hija. Hasta los 13 años la obligó a cortarse el pelo dejando la nuca desnuda, le prohibió usar collares, aros, anillos, prendedores, así como barniz de uñas, colorete, lápiz labial, ropa interior fina. Un día, ayudada hipócritamente por Jaime, Raquel proclamó su revolución, llegando con falda corta, un atrevido escote, un par de medias de seda, la boca roja y pestañas postizas. Sara, furibunda, enloquecida, le arrojó hacia la cabeza una plancha caliente. Por suerte Raquel la esquivó, perdiendo sólo un pedazo de lóbulo. Al ver correr la sangre, Jaime le propinó a mi madre un puñetazo en el ojo. Ella se desplomó retorciéndose como epiléptica, llamando a gritos a su Jashe... Comenzó una nueva etapa que sólo pude observar de muy lejos, como desde otro planeta: la belleza de Raquel floreció, mientras que Sara se encerró en un mutismo agudo. Jaime, a mi hermana —una hermana que nunca me dirigía la palabra, mirando a través de mí, como si mi cuerpo fuera invisible—, le concedió muchos caprichos. Yo tenía derecho a un traje, un par de zapatos, tres camisas, tres calzoncillos, cuatro calcetines, un chaleco de lana y basta. Mi hermana se creó un guardarropa con una impresionante hilera de vestidos, docenas de botines y cajones llenos de toda clase de mudas. La cabellera, abrigada por champús importados, le llegó hasta la cintura. Maquillada, se veía tan bella como las actrices de Hollywood, a quienes había tomado por modelo. Jaime apenas podía disimular sus miradas de deseo. Como por casualidad, repetidas veces, en la tienda, al cruzarse con ella en el estrecho pasillo que dejaban los mostradores, le rozaba los senos o el trasero. Raquel protestaba, furiosa. Sara enrojecía. A partir de los 14 años, ante la belleza de Raquel, los jóvenes comenzaron a asediarse con llamadas telefónicas. También comenzaron los celos delirantes de Jaime. Le prohibió hablar por teléfono (del que había cambiado el número), ir a fiestas, tener amigos. A mí, en el mayor de los secretos, me encargó la tarea de vigilarla a la salida del liceo, seguirla cuando iba de compras, espiarla en todo momento. Yo,

en mi afán de ser tomado en cuenta, me convertí en un feroz detective. Raquel, condenada a la soledad, tuvo que encerrarse en su cuarto, el más grande de todos, y leer revistas femeninas en medio de sus muebles blancos, craquelados estilo algún rey de Francia, o tocar Chopin en su piano de media cola, igualmente blanco y craquelado. Jaime le había dado una jaula disfrazada de palacio. Como los muchachos esperaban en enjambre a las niñas cuando salían del colegio, mi padre decidió gastar más inscribiendo a Raquel en una escuela particular tipo mediointernado. Las alumnas comían y dormían allí cinco días y salían del encierro, cargadas de tareas, viernes, sábado y domingo. Así mi padre se sintió seguro, nadie le robaría a su adorada. Error... La familia Gross, judía, se había dedicado desde 1915 a la educación como negocio. Isaac, el padre, profesor de historia, depresivo, suicida, fue sustituido por su hijo mayor, Samuel, dejado cojo por la poliomielitis. Las clases de inglés las daba Esther, la viuda, también coja, pero de nacimiento. Las dos hermanas, Berta y Paulina, enormes, obesas, igualmente cojas, por problemas óseos, se encargaban de los cursos de gimnasia y bordado. El único que marchaba correctamente era el otro hijo, Saúl, profesor de matemáticas, semicalvo, maniático del orden, 45 años... Raquel, que acababa de cumplir 15, quizás para liberarse del asedio de su padre, declaró estar enamorada de Saúl Gross, quien se preparaba para venir a pedir su mano. Es más, reveló que estaba encinta. Sara, invocando la vergüenza del escándalo, escándalo que causaría la muerte de su madre, insistió para que la boda se realizara con la mayor brevedad posible. Jaime, anonadado, aceptó recibir al futuro novio. Cuando Saúl vino en visita oficial, acompañado por su familia, la escalera retumbó bajo el sonido de tantas muletas y bastones. En esa reunión se habló sobre todo de dinero. El profesor se comprometió a comprar un apartamento en el centro de Santiago e instalarse con Raquel dándole los lujos a los que ella estaba acostumbrada. Por su parte, Jaime se comprometió a correr con todos los gastos de la boda. La ceremonia se realizaría en un inmenso salón cercano a la plaza



Mi hermana Raquel, estilo Hollywood.

Diego de Almagro, es decir próximo a donde vivía Jashe. Así sería más fácil para la anciana desplazarse. Una semana antes del magno acontecimiento, ya las niñas obreras habían confeccionado un traje de novia, con cola de tres metros, para Raquel. Jaime quiso hablar en privado con Saúl. Yo, deformado por mis actividades detectivescas, coloqué un oído en el ojo de la cerradura y pude escuchar lo que ambos se decían. Mi padre, tajante, con la voz infectada por un amargo rencor, le dijo:

—Usted va a formar parte de nuestra familia. Tenemos que limar asperezas. Dígame, ¿cómo puedo confiar en su decencia si usted, siendo un hombre ya maduro, todo un profesor, se atrevió a fornicar con una alumna, menor de edad, virgen, en este caso mi hija?

—Pero ¿qué me está diciendo, don Jaime? ¿De dónde saca tamaña monstruosidad? ¡Para mí, Raquelita es una diosa, inmaculada, purísima! Aún hoy, a una semana del matrimonio, no conozco el sabor de sus labios.

—Pero... entonces... ¿mi hija no está encinta?

—¿Encinta? ¿Ver a Raquel con el vientre hinchado, andando como un pato, convertida en una hembra vulgar? ¡Nunca! No está en mis planes tener hijos. Para cojos basta con mi madre, mi hermano y mis hermanas. No tenga miedo, don Jaime. Raquel continuará siendo lo que siempre fue. No seré yo quien vaya a hollar a tan sagrada doncella.

Jaime se quedó mudo un buen momento. Supongo que su rostro se puso granate. Expulsó de un empujón a su futuro yerno, se encerró dando un portazo, lanzó un frenético «¡Mentirrosa!» y estalló en sollozos de rabia.

El casamiento fue grandioso. Me compraron un pantalón a rayas, una chaqueta negra, una camisa de cuello duro y una corbata gris. Así vestido me sentí ridículo, pero ninguno de los trescientos invitados se fijó en mí. Sara, exhibiendo su felicidad ficticia ante cada invitado, vigilando que los pollos asados no fueran servidos secos, que el pescado relleno estuviera fresco, así como el puré de hígados y la pasta de huevos duros mo-

lidos, probando la buena calidad del dulzor salado de la sopa de remolacha, en fin, dándole consejos a la orquesta de veinte maestros, no podía pensar en mí. Jaime, incómodo en su esmoquin arrendado, se ocultaba en el salón para fumadores bebiendo un vodka tras otro. La concurrencia, judíos comerciantes, a los que ningún lazo amistoso profundo ligaba a los novios, ya antes de la ceremonia nupcial habían acabado con un bufé entero. Un rabino jorobado aulló, más que cantó, el texto hebreo. Bajo el toldo ceremonial, él y ella dieron el sí. Saúl, tembloroso, pisó un vaso que ni al primer aplastón ni al segundo ni al tercero se quebró. Al cuarto, por fin reventó permitiendo que la orquesta estallara en un freilaj, zarabanda que hizo bailar envarados a jóvenes y viejos, todos sintiéndose culpables de agitar las piernas ante la siniestra inmovilidad de los cojos Gross. Raquel lanzó su ramo de rosas de papel hacia las dos engalanadas cuñadas que, parecidas a hipopótamos furiosos, se lo disputaron, haciéndolo añicos. (Berta, un mes más tarde, se arrojó desnuda al mar, cerca de Valparaíso. La encontraron piernabierta en la playa con un «¡Fea!» escrito en su vientre. El sexo estaba lleno de cicatrices de quemaduras de cigarrillo.) De pronto, mientras las mujeres y los niños devoraban enormes trozos de pastel, los hombres corrían hacia un rincón del salón y, transportándolo en grupo cerrado, ocultaron a Jaime en el vestuario. Me acerqué a ellos. «¿Qué le pasa a mi papá?» «No es nada, niño, no es nada. Como Jaime no está acostumbrado a beber, el alcohol, más la felicidad, se le ha subido a la cabeza.» Alcancé a oír la voz de mi padre: «¡Déjenme salir, le voy a romper la cara a ese ladrón! ¡No se la merece!» Siguieron unos gruñidos. Manos tensas le tapaban la boca. Luego silencio. Siguió la fiesta. Sara se levantó para ofrecer un brindis y, en lugar de hablar, lanzó teatrales lamentos. Jashe la tomó en sus brazos y la consoló. Fanny dio tres aplausos, gritó «¡Basta, una boda no es un entierro!», pidió otro freilaj, rescató a Jashe y se puso a bailar con ella, seguida por los trescientos invitados, sin importarle la pena, fingida o no, de su hermana. Todos se agitaron sin recato porque el grupo de cojos había

partido. También Raquel y Saúl. Después de brincar media hora, bañados en sudor, los invitados se fueron yendo. Quedó Sara, en un extremo de la devastada mesa, comiendo bolitas de azúcar plateadas, últimos restos del inmenso pastel de novios... y yo, en el otro extremo, inclinado, balanceando mi corbata como si fuera un péndulo. Los ronquidos de Jaime acompañaban al último pasodoble de la orquesta.

Mi padre, con ese casamiento, se arruinó. Pasó meses rabiando, mendigando prórrogas a los fabricantes, pidiendo dinero prestado a usureros, economizando en los gastos. Durante un tiempo nos alimentamos principalmente de pan con queso y café con leche. Como por milagro, Jaime solucionó sus problemas económicos en el momento en que Raquel regresó. Cuando Saúl vino a buscarla, mi padre, sacando a relucir sus fuerzas de cirquero, lo corrió a patadas. El matrimonio fue anulado. Parece ser, lo supe por una empleada, que el marido resultó más celoso que Jaime. Raquel había salido de las brasas para caer en las llamas. Tan grandes eran los celos de Saúl que obligaba a mi hermana a usar faldas hasta los tobillos, sombreros alones ocultándole el rostro y faja que le disimulara los senos. Podía salir breves momentos a la calle, medidos por cronómetro, sólo para hacer las compras del día. Raquel, sin poder tener vida social, para acompañarse, adquirió un pollito. El avecilla la seguía por todo el apartamento, tomándola por su madre. Una mañana, cuando regresó del mercado, encontró al pollo ahorcado con un cordón de zapatos. Otro día, Saúl, pensando que su esposa le daba demasiada importancia al piano, aprovechando que ella había bajado en busca de aspirinas a la farmacia, le serruchó una pata al noble instrumento, tumbándolo de costado. Luego le explicó a Raquel que las hormigas habían corroído esa extremidad. Cuatro meses después del matrimonio, mi hermana aún conservaba su himen. Saúl pretextaba que no tenía erección a causa de las almorranas y exigía que su mujer le untara cada noche pulpa de plátano en el ano.

Jaime emergió del pantano, pagó sus deudas, compró deli-

ciosos víveres y volvió a contratar gritones para que atrajeran clientes. Sara en cambio comenzó a marchitarse, le dio por encerrarse en el baño a fumar a escondidas o pasar horas fabricando pasteles rellenos con fresas para enviárselos a su madre. Raquel, atrincherada en su habitación, había decidido dedicarse para siempre a la poesía.

¿Con tantos acontecimientos, quién podía preocuparse de mi persona? Ni para Raquel, ni para Sara, ni para Jaime, yo existía. Supe, siempre por la sirvienta, que Sara, después de mi nacimiento, se había hecho ligar las trompas declarando «¡Las trompas son trampas!».

Cuando ya no me quedó ninguna fotografía que quemar, tomé un puñado de cenizas, las disolví en un vaso de vino y bebí esa mezcla grisácea. Se me acabaron las dudas. Había sepultado el pasado en mí mismo.

Comprendí entonces los abusos a los que me sometió la familia. Vi con exactitud la estructura de la trampa. Me acusaban de ser culpable de cada herida que me habían inferido. Nunca dejó el verdugo de declararse víctima. Por un hábil sistema de negaciones, privándome de la información —no hablo de información oral sino de experiencias en su mayor parte no verbales—, se me despojó de todos los derechos, se me trató como un mendigo desprovisto de territorio al que se le otorgaba por desdeñosa bondad un fragmento de vida. ¿Sabían mis padres lo que estaban cometiendo? De ninguna manera. Faltos de conciencia, me hacían a mí lo que a ellos les habían hecho. Y así, repitiendo la fechoría emocional de generación en generación, el árbol familiar acumulaba un sufrimiento que duraba ya varios siglos. Le pregunté al Rebe: «Tú que pareces saberlo todo, dime qué puedo pretender en esta vida, qué es lo que se me debe, cuáles son mis derechos esenciales». Imaginé lo que el Rebe me contestaría:

—Antes que nada, deberías tener el derecho a ser engendrado por un padre y una madre que se amen, durante un acto se-

xual coronado por un mutuo orgasmo, para que tu alma y tu carne obtengan como raíz el placer. Deberías tener el derecho a no ser un accidente ni una carga, sino un individuo esperado y deseado con toda la fuerza del amor, como un fruto que ha de otorgar sentido a la pareja, convirtiéndola en familia. Deberías tener el derecho a nacer con el sexo que la naturaleza te ha dado. (Es un abuso decir «Esperábamos un hombre y fuiste mujer», o viceversa.) Deberías tener el derecho a ser tomado en cuenta desde el primer mes de tu gestación. En todo momento la embarazada debería aceptar que es dos organismos en vías de separación y no uno solo que se expande. De los accidentes que ocurran en el parto nadie te puede acusar. Lo que te sucede dentro de la matriz nunca es culpa tuya: por rencor a la vida, la madre no quiere parir y, a través de su inconsciente, te enrolla el cordón umbilical alrededor del cuello y te expulsa, incompleto, antes de tiempo. Porque no se te quiere entregar al mundo, ya que te has convertido en un tentáculo de poder, se te retiene más de nueve meses, secándose el líquido amniótico y tu piel siendo quemada; se te hace girar hasta que tus pies y no tu cabeza comienzan el deslizamiento hacia la vulva, así van al nicho los muertos, con los pies para delante; se te engorda más de la cuenta para que no puedas pasar por la vagina, siendo sustituido el alumbramiento feliz por una fría cesárea que no es parto sino extirpación de un tumor. Negándose a asumir la creación no colabora con tus esfuerzos y solicita la ayuda de un médico que te oprime el cerebro con su fórceps; porque padece una neurosis de fracaso, te hace nacer semiahogado, azulado, obligándote a representar la muerte emocional de quienes te engendraron... Deberías tener el derecho a una profunda colaboración: la madre debe querer parir tanto como el niño o la niña quieren nacer. El esfuerzo será mutuo y bien equilibrado. Desde el momento en que este universo te produce es tu derecho tener un padre protector que esté, durante tu crecimiento, siempre presente. Así como a una planta sedienta se le da agua, cuando te interesas por alguna actividad tienes derecho a que te ofrezcan el mayor nú-

mero de posibilidades para que, en el sendero que elegiste, te desarrolles. No has venido a realizar el plan personal de los adultos que te imponen metas que no son las tuyas, la principal felicidad que te otorga la vida es permitirte llegar a ti mismo. Deberías tener el derecho a poseer un espacio donde poder aislarte para construir tu mundo imaginario, a ver lo que quieras sin que tus ojos sean limitados por morales caducas, a oír aquello que deseas aunque sean ideas contrarias a las de tu familia. No has venido a realizar a nadie sino a ti mismo, no has venido a ocupar el sitio de ningún muerto, mereces tener un nombre que no sea el de un familiar desaparecido antes de tu nacimiento: cuando llevas el nombre de un difunto es porque te han injertado un destino que no es el tuyo, usurpándote la esencia. Tienes pleno derecho a no ser comparado, ningún hermano o hermana vale más o vale menos que tú, el amor existe cuando se reconoce la esencial diferencia. Deberías tener el derecho a ser excluido de toda pelea entre tus familiares, a no ser tomado como testigo en las discusiones, a no ser receptáculo de sus angustias económicas, a crecer en un ambiente de confianza y seguridad. Deberías tener el derecho a ser educado por un padre y una madre que se rigen por ideas comunes, habiendo ellos en la intimidad aplanado sus contradicciones. Si se divorcieran, deberías tener el derecho a que no te obliguen a ver a los hombres con los ojos resentidos de una madre ni a las mujeres con los ojos resentidos de un padre. Deberías tener el derecho a que no se te arranque del sitio donde tienes tus amigos, tu escuela, tus profesores predilectos. Deberías tener el derecho a no ser criticado si eliges un camino que no estaba en los planes de tus progenitores; a amar a quien deseas sin necesidad de aprobación; y, cuando te sientas capaz, a abandonar el hogar y partir a vivir tu vida; a sobrepasar a tus padres, ir más lejos que ellos, realizar lo que ellos no pudieron, vivir más años que ellos. En fin, deberías tener el derecho a elegir el momento de tu muerte sin que nadie, en contra de tu voluntad, te mantenga en vida.

Primeros actos

Si Matucana se me presentaba como una agobiante cárcel, mi cuerpo también. Por sentirme mal en la carne, había huido hacia el intelecto. Vivía encerrado en mi cráneo, levitando a algunos metros sobre un degollado que me era ajeno. Tenía conciencia de mí mismo como una multitud de pensamientos desordenados, pensamientos que al final perdían sentido convirtiéndose en amasijos de palabras huecas, sin raíces que se alimentaran de mi esencia. Siendo un pozo seco, las frases flotaban formando un tejido angustioso. Sabía que yo estaba en alguna parte detrás de mi frente, pero me era imposible decir quién o qué era ese yo. El frío, el calor, el hambre, los deseos, el dolor, las penas surgían a lo lejos, como en el cuerpo de un extranjero. Lo único que me mantenía en la vida era la capacidad de imaginar. Vivía soñando con aventuras en países exóticos, triunfos colosales, vírgenes dormidas con una perla en la boca, elixires que concedían la inmortalidad. De todas maneras, cualquier cosa que deseara obtener se resumía en una sola palabra: «cambiar». La cualidad esencial para amarme era llegar a ser lo que en ese entonces no era. Yo esperaba, como un sapo a la princesa, a que un alma superior y compasiva, venciendo su asco, se acercara para darme el beso del conocimiento. Por desgracia sólo contaba con dos amigos irreales, el Rebe y Alejandro anciano. Para lo que deseaba lograr necesitaba al-

go más que un par de fantasmas. Decidí ayudarme yo mismo.

Después de meditaciones que me parecieron eternas no logré disolver mi intelecto en el cuerpo. Salirme de la cabeza me resultó tan imposible como escapar del interior de una caja fuerte. Imposible cederle a la carne la supremacía de mi identidad. Decidí entonces seguir el camino contrario: ¡ya que no podía descender, haría que todas mis sensaciones ascendieran! Puro intelecto, comencé a absorber mi forma física, luego incorporé las necesidades, los deseos, las emociones. Examiné qué era lo que sentía, y luego cómo me sentía sintiendo aquello. Comprendí que la llamada «realidad» era una construcción mental. ¿Completa ilusión? Imposible saberlo. Pero con toda evidencia lo que había de real en mí nunca lo percibiría en su totalidad. Siempre el intelecto me proporcionaría un fantasma incompleto, deformado por la falsa conciencia de mí mismo, aquella que me inculcara la familia. «¡Vivo, mal, dentro de un loco! ¡Mi barca racional navega en la demencia!» Lo que al comienzo me pareció una pesadilla, poco a poco se convirtió en esperanza. Puesto que todo lo que se presentaba como «mi ser» eran imágenes ilusorias, no diferentes de las de un sueño, me era posible cambiar la sensación de mí mismo.

Comenzó un largo proceso. Concentré mi atención en los pies. Los sentí pesados, insensibles, lejanos, sin capacidad de equilibrio certero. Comencé a imaginarlos ligeros, afinados, sensibles, seguros, sus dedos extendidos entrando intrépidos en los caminos de la vida. Me imaginé con los pies de Cristo, atravesados por un mismo clavo adhiriéndolos al dolor del mundo, agujero sangrante ofreciendo una ascensión al lamento, convertido en plegaria. Imaginé que las heridas que padecía no eran las mías sino las de la humanidad y que, a través de ellas, absorbía el sufrimiento ajeno para hacerlo circular por mi sangre, que era un bálsamo, transformándolo en felicidad.

Después me concentré en mis huesos, los sentí uno por

uno. ¡Qué olvidada estaba esa humilde estructura! La había acarreado como un símbolo de muerte, sin darme cuenta de su fuerza vital. Recreé mi esqueleto otorgándole una materia fuerte y flexible como el acero de las espadas, huesos casi ingravidos, con una médula de lava hirviente, semejantes a aquellos que confieren su realeza al vuelo del águila. De pronto me di cuenta de que había creado un esqueleto de bailarín. El esqueleto de mi abuelo materno. Entonces sentí, sin que mi voluntad interviniera, formarse alrededor de esa luminosa estructura de músculos alargados y potentes, vísceras indestructibles y una cabellera abundante, dorada, cayendo hasta los hombros como una aureola líquida. Comprendí que, durante mi gestación, Sara no cesó de querer recrear a su padre, el mítico danzarín convertido en antorcha ardiente. Esos deseos se infiltraron en mis células, como una orden contraria al desarrollo natural, haciéndome nacer dando gritos de insatisfacción. Yo era yo, ¡qué pecado!, y no el gigante de dos metros veinte, héroes solar casi ingravido. Para ser amado, tenía que convertirme en aquel mito. El muerto ardiente era mi ideal de perfección... Me dieron ganas de deshacer todo ese trabajo e imaginarme otro cuerpo ideal. Sin embargo, por más que lo intenté, fui incapaz de eliminarlo. Reconocí que llevaba ese modelo embutido en los genes, cada célula de mi cuerpo aspiraba a ser él. Seguir luchando para cambiar de efigie hubiera sido engañarme a mí mismo. Quizás durante siglos, de ancestro en ancestro, la naturaleza estaba tratando de producir aquel ente. ¿Por qué no obedecer? ¿Y si aquello, en forma metafórica, me convertía en padre de mi madre, por qué no? Ella soñaba con ser hija de un hombre fuerte pero sensible, un artista. Cierta vez, vertiendo muchas lágrimas, Sara me contó que su padre, Alejandro Prullansky, mientras avanzaba danzando por la calle, convertido en una rosa de llamas, en lugar de quejarse, gritaba poemas hasta desmoronarse en cenizas.

Sentirme viviendo en ese gracioso cuerpo imaginario me otorgó movimientos que hasta entonces nunca había conoci-

do. El espacio, que antes me parecía un pavoroso abismo, me rodeó como un abrigo tierno, me mostró caminos, se convirtió en alfombra y en techo protector, se alargó hacia el horizonte como un arpa, se alzó frente a mí ofreciéndome infinitas ventanas. Por primera vez me sentí bien en el mundo. Desapareció la sensación de divergencia. Invisibles e incontables filamentos me unían al fondo de la tierra, al paisaje, al cielo. El planeta entero, lamiendo la planta de mis pies, me impulsaba a danzar, a saltar cada vez más alto, a ir más allá de las estrellas, hasta el fondo del firmamento.

Esto que estoy contando puede parecer absurdo. ¿Qué utilidad tendría tal autoengaño? Puedo responder que, en aquel entonces, cuando era un joven que luchaba por escapar del peso de la depresión, imaginarme potente e ingrátido fue un salvavidas que me permitió no ahogarme en la trampa familiar y emprender el trabajo liberador. Pero, sin ningún guía, ¿por dónde comenzar? A veces, en el desamparo más grande, cuando nos sentimos definitivamente abandonados, aparece un signo donde menos lo esperamos que nos indica el camino. Aquellos que osan, sin esperanzas, avanzar en la oscuridad, al final encuentran una meta luminosa. En la página arrancada de un libro, que un viento de otoño trajo hasta mis pies, leí un texto que tuvo la virtud de indicarme que iba por buen camino: «El iniciado que se lanza de buena fe al asalto de la Verdad, para sólo encontrar, en todos lados, la inexorable barrera que lo rechaza hacia el “tumulto ordinario”, escucha al Maestro decirle: “¡Atención, hay un muro!”. “Pero, este muro, ¿es provisional?”, pregunta el alma inquieta, “¿debo franquearlo o demolerlo? ¿Es un adversario? ¿Es un amigo?”. “No te lo puedo decir. Tienes que descubrirlo tú mismo.”».

¿Quién había escrito estas líneas que un papel, revoloteando por la calle como una mariposa sucia, transportaba hacia mí? ¿Se me quería decir que mi despreciado ser merecía que el mágico azar se ocupara de él? ¿Que no era un ente vacío, que en mí existía el poder para atravesar o demoler el muro por-

que era yo quien lo había construido? Al decirle «¡Atención, hay un muro!» el Maestro expresaba que el discípulo, por distracción, no lo veía. Quizás confundía la barrera con la realidad, haciendo de sus límites mentales la naturaleza del mundo. Me sentí retratado: desde niño me habían quitado la libertad, mi mente estaba rodeada por una valla que le impedía la expansión. Cerré los ojos. Me vi sumergido en una esfera negra. Ése era el muro. Apenas pegaba los párpados, me encontraba comprimido dentro de un cráneo oscuro. Y al sentirme ciego se me escapaba la posibilidad de ser. Perder la visión del mundo exterior era perderme a mí mismo. Si me hundía los índices en las orejas, la soledad aumentaba. Separado de la luz y el sonido, mi miserable condición, mi falta de sentido, mi nada, se manifestaba con implacable crueldad. En realidad esta negrura es impalpable, me dije. Y si es impalpable, puede no ser una barrera espesa sino un espacio infinito. ¡Eso es! Voy a imaginar, cuando cierre los ojos, que mi conciencia se encuentra flotando en medio del cosmos.

Empecé a sentir que penetraba hacia delante. Viajé y viajé, un tiempo considerable, siempre más allá, por una extensión sin término. Poco a poco, en el infinito negro, empezaron a brillar puntos de luz y acabé avanzando a través de un firmamento estrellado. Después de gozar con la inmensidad que se me ofrendaba, emprendí la misma experiencia hacia atrás, como si tuviera ojos en la nuca, en seguida hacia el lado izquierdo y el derecho, como si poseyera ojos en las sienes. Luego descendí por un pozo de circunferencia infinita sin nunca tocar fondo. Tanto avancé que perdí la sensación de bajar y terminé con la caída convertida en ascensión. Más allá, más allá, siempre más allá. Volví a mi centro e hice crecer la esfera hacia todos los puntos al mismo tiempo. Alrededor de mí el espacio se expandía sin cesar. Después comencé a contraerlo. Adelante, atrás, izquierda, derecha, arriba, abajo, se concentraron en mí. Me nutrí de astros volviéndome cada vez más intenso. Acabé con la distancia. Fui un punto de luz. ¡Ah, qué concentración! ¡Atención, atención, atención, es todo lo que yo era! La mente

se me convirtió en un receptáculo transparente donde las palabras ordenadas en frases sin comienzo ni fin —rebaños impersonales sin más utilidad que su belleza— desfilaban como nubes barridas por el viento.

Permití que la sensación de mi cuerpo se hiciera presente. Concentré mi atención en las diferentes partes del organismo. Me di cuenta de lo que sentía. Cada víscera, cada miembro, cada región, tenía algo que decirme. Al principio eran quejas, acusándome de abandonarlos, de no confiar en ellos, seguidas luego por eufóricas declaraciones de amor. Descubrí que mis brazos, mis piernas, mis orejas, la piel, los músculos, los huesos, los pulmones, los intestinos, el cuerpo entero estaba impregnado de la inmensa alegría de vivir. Me hundí en el cerebro y entré en la mítica glándula pineal. Imaginé ser un diamante reinando en un trono en medio de reverentes circunvoluciones... Luego navegué en la corriente de la sangre. El calor de ese líquido espeso me pareció provenir de un pasado remoto. Me entregué al flujo y reflujo, yendo y viniendo del centro a la periferia y de la periferia al centro, como desde el estallido del punto creador hasta los confines del universo, una inconmensurable rosa que se abre y cierra eternamente.

Gracias a estos ejercicios pude extender mi reducido espacio mental. Cada vez que una idea aparecía, encerrada en su collar de palabras, estallaba en mil ecos que se iban transformando como nubes. Nunca más volví a pensar en línea recta sino en complejas estructuras, laberintos donde a veces el efecto era anterior a la causa. La superficie de mi cráneo se convirtió en interior y mi conciencia, como la pulpa de un durazno alrededor de su hueso, en un exterior que se unía en forma indisoluble con el firmamento.

Estas sensaciones se convirtieron en mi secreto. Ni mis padres ni mi hermana se dieron cuenta de esa transformación. De todas maneras, aunque hubiese dejado de disimular, como se fijaban en mí muy poco, me habrían visto igual, es decir, un ente invisible. Sin amigos, sin ternura familiar, desde que regresaba del liceo me sentaba en mi sillón de madera con los

pies paralelos, firmemente apoyados en el suelo, abiertos a la anchura de los hombros, las manos extendidas sobre mis muslos, palmas hacia arriba, la columna vertebral recta sin apoyarla en el respaldo y, con los ojos cerrados, me entregaba durante horas a mis ejercicios. Mi mente era un terreno inmenso y desconocido y me dedicaba a explorarla. Así lo hice hasta los 19 años. Fui avanzando por etapas. Al principio, para ayudarme y no dejar que pensamientos parásitos me invadieran, repetía una palabra absurda: «¡Cocodrilo!». Conquistado el espacio, decidí cambiar mi sensación del tiempo. Para lo cual eliminé la idea de muerte. «Uno no muere, sino que se transforma. ¿En qué? ¡No lo sé! Pero fui algo antes de nacer y seré algo después de que mi cuerpo se disuelva.» Me imaginé con diez años más, con treinta, cincuenta, cien, doscientos años. Seguí avanzando hacia el futuro, aumenté mi edad vertiginosamente. «Así seré cuando tenga mil años, treinta mil, cincuenta mil...» Imaginé los cambios en mi morfología. En un millón de años empezaría a dejar de poseer forma humana... En dos millones de años mi materia se haría transparente. En diez millones de años sería un ángel inmenso, viajando con otros ángeles, en eufórico tropel, a través de las galaxias, en una danza cósmica, ayudando a la creación de nuevos soles y planetas. Cincuenta millones de años más tarde, ya no tendría cuerpo, sería una entidad invisible. Mil millones de años más tarde, fundido en las energías y la totalidad de la materia, sería el universo mismo. Y más lejos aún, cada vez más profundo en la eternidad, acabaría convertido en el punto-conciencia, raíz absoluta de lo existente, donde todo está en potencia, donde la materia es sólo amor. Al fin, después de la explosión e implosión de incontables universos, los astros se disolvieron y mi mente se inmovilizó. Comencé a retroceder, hasta llegar otra vez a mí. Entonces me dirigí al pasado, me hice niño, feto, imaginé multitud de vidas, cada vez más primarias, bestias oscuras, insectos, moluscos, amibas, minerales, una roca vagando por el cosmos, un sol, un punto en continua explosión, para, a través de este último, sumergirme en el impensable, inimaginable.

ble, infinito, eterno misterio, al que, incapaces de definirlo, llamamos Dios.

Cuando surgía de la meditación y me veía otra vez como un ser humano, todos los problemas me parecían insignificantes. Salía a la calle y con una altivez que distaba poco del delirio de grandezas veía a la gente sumergida en su estrecho espacio mental, aceptando en forma absurda la brevedad de sus vidas, mucho más cercanos al animal que al ángel. Como no me habían amado, no sabía amarme a mí mismo y por eso, no pudiendo amar a los otros, los miraba con vindicativa crueldad.

Pensé que podía hacer de la mente lo que yo quisiera. Si nadie se dignaba formarme, sería mi propio arquitecto. Se me presentaron muchos caminos. La filosofía fue uno, el arte otro. Entre la inteligencia y la imaginación elegí la imaginación. Antes de ponerme a desarrollar ese que entonces consideraba el poder supremo del espíritu, me interrogué sobre cuál era mi objetivo cumbre. «¡Poder crearme un alma!» ¿Y el objetivo de la humanidad? No uno, sino tres: conocer la totalidad del universo, vivir tantos años como vive el universo, convertirse en la conciencia del universo.

Me di cuenta de que la imaginación básica (¿por qué no llamarla «primitiva»?) correspondía a las cuatro primeras operaciones de las matemáticas: sumar, restar, multiplicar y dividir. Con la suma, equivalente a agrandar, revisé mis recuerdos: la literatura y el cine habían usado hasta el cansancio esa técnica. Un simio que se convierte en King Kong, un largarto en Godzilla, o un insecto en Mothra, mariposa tan grande que el movimiento de sus alas provoca huracanes. Inspirado por esto, un terrón de azúcar se alargó hasta ser una pista de aterrizaje de navíos cósmicos. Mi abuela fue capaz de alargar uno de sus brazos para que, dando la vuelta al mundo, viniera a rascarle la espalda. A un santo, el corazón se le hincha tanto que hace estallar su pecho y sigue aumentando de volumen hasta ser grande como un rascacielos. Los pobres vienen por millones a vivir

alrededor de él. Se nutren cortando pedazos de la víscera que, cuando la mutilan, gime con placer.

La segunda técnica, restar, disminuir, podía encontrarla en los cuentos de hadas: allí abundaban enanos, gnomos, hombrecillos. Alicia come el pastel que la empequeñece. Jonathan Swift envía a su héroe al país de Liliput.

Aplicando esta técnica, imaginé que el anillo de bodas de un casado insatisfecho se achicaba hasta cortarle el dedo. Eva, expulsada del paraíso, lo busca durante siglos entre los hombres preguntando por su ubicación. Nadie sabe reponderle. Desesperada, se queda muda. Entonces, como diminuta vegetación, el paraíso le crece en la lengua. Una locomotora, arrastrando vagones llenos de turistas japoneses, recorre los lóbulos cerebrales de un filósofo célebre.

Otro aspecto del disminuir es restar partes de un todo, eliminándolas o haciéndolas independientes. Por ejemplo, en una película, las manos de un asesino, separadas de su cadáver e injertadas en un pianista que ha perdido en un accidente esas preciosas extremidades, adquieren voluntad propia y obligan al artista a asesinar. En *Alicia* un gato se hace invisible menos su sonrisa, que queda flotando en el aire. Drácula carece de reflejo en los espejos...

Las ventanas de un rascacielos, queriendo conocer el mundo, se desprenden de la fachada y se van volando. Bandadas de gaviotas diminutas vienen a anidar en las cuencas vacías de un marinero ciego. La sombra se desprende de un hombre santo y parte a vivir sus aventuras fornicando con las sombras de todas las mujeres que encuentra...

Otra técnica básica era la de multiplicar: una pintura de Breughel representa la invasión de millares de esqueletos; una de las siete plagas es la invasión de langostas; para probar que Rahula es su hijo, Buda le da su anillo. Le dice «Tráemelo» y se multiplica en miles de seres idénticos a él. El hijo, sin parar mientes en los falsos Budas va directamente hacia su padre y le entrega el anillo.

Imaginé un desfile por las calles de Roma formado por cien

mil Cristos cargando cada uno una cruz. En África cae una lluvia de niños albinos. La estatua de la Libertad aparece negra una mañana por estar cubierta de moscas... El emperador japonés corta las lenguas de sus dos mil concubinas y las ofrece en forma de suchi a su ejército triunfador. Millones de rabinos ennegrecen las calles de Israel protestando contra su Mesías porque, después de ser esperado durante miles de años, ha decidido llegar con la forma de un puerco.

Terminé de desarrollar estas técnicas simples visualizando la más ingenua de todas: el injerto. Se une una parte de rumiante, más otra de león, más otra de águila más un rostro humano y se obtiene una esfinge; se pega un torso de mujer a la mitad inferior de un pez y se obtiene una sirena; se le agregan alas de pájaro a un andrógino y aparece un ángel. ¿Y por qué un ángel, en lugar de largos cabellos, no podría tener finísimos arco iris? Tronco de hombre más cuerpo de caballo: un centauro. ¿Y por qué no el mismo tronco de hombre injertado en un caracol, en una piedra, como la proa viviente de un barco, como la parte consciente de un cometa? Los aztecas mezclan un reptil y un águila y obtienen a Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, mientras en la sombra de las quebradas queda arrastrándose un águila cubierta de escamas. Si el Dios Anubis tiene cabeza de chacal también la puede tener de elefante, de cocodrilo, de mosca, o de máquina registradora. ¿Y por qué no pensar que el misterioso rostro de Mahoma es un espejo o un reloj?

Otra técnica primaria era la de transformar una cosa en otra: un gusano se convierte en mariposa, un hombre en lobo, otro en vampiro, un robot en navío interplanetario, un hada buena en bruja, un dios en demonio, una rana en princesa, una puta en santa. En el *Quijote* los molinos se hacen agresivos gigantes, la posada se transforma en palacio, los odres de vino en enemigos, Dulcinea en noble dama, etc.

Andando por la ciudad imagino que las casas se convierten en inmensas cabezas de lagarto, al industrial la billetera se le transforma en cuervo, las perlas del collar de la diva de pronto

son pequeñas ostras que gimen como gatas agónicas. Mi madre me abraza primero con dos, luego con seis y por último con ocho brazos: ahora es una tarántula.

De transformar pasé a petrificar: las hijas de Lot se convirtieron en estatuas de sal, la hija del rey Midas en estatua de oro, los aventureros que miraron a la Medusa en estatuas de piedra. El tiempo cesa de transcurrir, planetas, ríos, gente, todo se paraliza para siempre. El universo es un museo que nadie visita; las golondrinas, transformadas en granito, caen como lluvia mortal del cielo.

Aplicué a mi mundo imaginario la idea de unión, pensé en un lazo invisible con capacidad de extensión infinita y lo vi atravesar el tercer ojo de los seres humanos hasta reunir a todos los pobladores del planeta en un collar viviente; el poeta se une con una humilde piedra, descubre que ella es su ancestro y que lo que recita no es más que la lectura de un amor inscrito en la materia desde el comienzo de los tiempos; me uno a los enfermos y a los pobres, me doy cuenta de que su dolor y su hambre son míos; me uno a los campeones del deporte, ellos son mis propios triunfos; me uno a la totalidad del dinero, lo hago mío: esa energía me invade como un torbellino, me da salud, me impulsa a dejar de pedir y a comenzar a invertir, me hace comprender que de cazador debo pasar a sembrador. Yo mismo me identifico con el cordón unidor, me siento canal, lo que tengo lo estoy recibiendo y en el mismo instante de recibirlo lo voy dando, nada para mí que no sea para los otros. Si el niño en el desierto cierra la mano, obtiene para él un puñado de arena, si la abre, todo el desierto puede pasar por ella... Me uno a la poesía chilena, los poetas se van esfumando mientras sus palabras se funden:

*En la noche cuando fantasmas agrietan el poco de tierra
que perdura en mi cuerpo mientras duermo
mi corazón sería capaz de negar su pequeña crisálida
y esas pavorosas alas que le asoman emergiendo de la nada.*

*¿Quién eres? Alguien que no eres tú canta tras el muro.
La voz que ha contestado viene de más allá de tu pecho.*

*Anduve como vosotros escarbando la estrella interminable
y en mi red, en la noche, me desperté desnudo
única presa, pez encerrado en el viento.*

*Anduve por todos los caminos preguntando por el camino
sin itinerario ni línea, ni conductor, ni brújula
buscando los pasos perdidos de lo que no existió nunca
contemplándome en todos los espejos rotos de la nada.
Oh abismo de magia, abrid las puertas selladas,
el ojo por donde debo volver otra vez al cuerpo de la tierra
¿Qué sería de nosotros sin el quehacer sin luces
sin el doble eco hacia el que tendemos las manos?*

(Humberto Díaz Casanueva, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Pablo de Rokha, Rosamel del Valle)

Me di cuenta de que el deseo de unión lo llevaba en cada célula de mi cuerpo, en cada manifestación de mi espíritu. Ya no se trataba de imaginar lazos, sino de darse cuenta de que ellos existían: estaba amarrado a la vida y unido a la muerte, amarrado al tiempo y unido a la eternidad, amarrado a mis límites y unido al infinito, amarrado a la tierra y unido a las estrellas. Unido a mis padres, a mis abuelos, a mis ancestros, unido a mis hijos, a mis nietos, a mi futura descendencia, unido a cada animal, a cada planta, a cada ser consciente. Unido a la materia bajo todas sus formas, yo era lodo, diamante, oro, plomo, lava, piedra, nube, onda magnética, estallido eléctrico, huracán, océano, pluma. Amarrado a lo humano, unido a lo divino. Anclado en el presente, unido al pasado y al futuro. Anclado en la oscuridad, unido a la luz. Atado al dolor, unido a la euforia delirante de la vida eterna.

Después de unir así, me propuse ver a qué me conducía separar: la voz del padre muerto resonando durante años por toda

la casa; de las monedas de medio dólar se elevan millones de pequeñas águilas plateadas que vuelan hacia la estratosfera para devorar satélites; la piel de tigre que ha perdido al Buda que solía meditar sobre ella, le propone a un asesino que la convierta en su capa; en el país de los descabezados, el último sombrero es quemado públicamente... Cuando perecen todos los seres vivos, los caminos gimen, sedientos de huellas.

Me propuse materializar lo abstracto. El odio: cuerno de la abundancia dentro de un cofre del que hemos perdido la llave. El amor: camino donde las huellas en lugar de seguirnos nos preceden. La poesía: excremento luminoso de un sapo que se ha tragado a una luciérnaga. La traición: persona sin piel que avanza saltando de una piel a otra. La alegría: río lleno de hipopótamos abriendo sus hocicos azules para ofrecer diamantes que han extraído del barro. La confianza: danza sin paraguas bajo una lluvia de puñales. La libertad: horizonte que se despega del océano para volar formando laberintos. La certeza: una hoja solitaria convertida en el refugio de un bosque. La ternura: virgen vestida de luz empollando un huevo morado.

Así, me dediqué durante mucho tiempo a imaginar técnicas para desarrollar mi imaginación. Cómo, por ejemplo, vencer las leyes naturales (volar, estar en dos o más sitios a la vez, sacar agua de la piedras); invertir las cualidades (el fuego enfría, el agua quema, la sal endulza); humanizar plantas (un árbol vende boletos de lotería), animales (un gorila llega a ser decano de la Facultad de Filosofía) y cosas (un tanque de guerra se enamora de una danzarina de ballet); agregar lo que se ha perdido (darle tentáculos de pulpo a la Venus de Milo, cabeza de mosca a la Victoria de Samotracia, un ojo de elefante como cúspide a la pirámide de Giza); extender la particularidad de un ser o de una cosa a todos los seres o cosas (un leño en llamas, una nube en llamas, un corazón en llamas, un saxofón en llamas, un juicio moral en llamas).

Una noche, buscando enriquecer mi mirada, usada mayormente en el plano horizontal, eché la cabeza hacia atrás, tanto

como pude, para sentir qué me producía ver en línea vertical. Me distrajo la visión de una telaraña en la lámpara. En el centro de ella, esperaba agazapada la tejedora. Alrededor, revoloteaba una mosca. En lugar de compadecerme de mí mismo, constatando el abandono en que se tenía a mi cuarto —aseado a regañadientes por Sara una vez por mes para satisfacer la mirada crítica de su madre cuando, quejándose del hedor de Matucana, venía de visita—, imaginé los diferentes grados de una historia, organizándolos en una escala que iba de menor a mayor conciencia. En el primer grado, no concibiendo cambiar, esforzándose por seguir siendo siempre lo que creen que son, la mosca pasa su vida tratando de evitar a la araña en tanto que la araña pasa su vida tratando de cazar a la mosca. En un escalón más alto, la mosca, percibiendo el deseo carnívoro de la araña como un aporte de energía, pierde el miedo, acepta que es alimento y se sacrifica. La araña, por su parte, aprende a ponerse en el lugar de la mosca y decide renunciar a cazarla, aunque aquello le haga morir de hambre. En tercer lugar, la mosca, que voluntariamente ha entrado en la pegajosa trampa, al ser devorada por la araña, invade sus células, su alma y la transforma en un ente luminoso. Los dos animales, amalgamados, son un nuevo ser, que no es mosca ni araña sino las dos al mismo tiempo. En cuarto lugar, la araña-mosca, dándose cuenta de que la luz que la habita no es de su propiedad, de que ella es una servidora y la inagotable energía impersonal su dueña, se desprende de la tela y, atraída por la luz, asciende hasta sumergirse en el sol. En quinto lugar, semejante al primer grado, la araña en su tela espera que venga a pegarse una mosca. Sin embargo ahora la araña no está agazapada, se muestra abiertamente, sin voracidad, y la mosca, sin angustia ni revoloteos innecesarios, se dirige en línea recta hacia la telaraña. El cambio, la transmutación y la adoración le han dado a la amenazadora realidad un baño de alegría. La cacería se ha convertido en una danza donde la muerte continua va acompañada de un nacimiento continuo.

De pronto, sin que ni un movimiento de patas lo anunciara, la araña pendiendo de un largo hilo, se dejó caer hacia mí. Di un grito de miedo, esquivé, el sillón se volcó y caí de espaldas en el suelo. Me coloqué los zapatos como guantes y de un aplauso aplasté al inocente bicho. Sentí pena, no por él sino por mí mismo. Gracias al abandono en que se tenía a mi cuarto, pude darme cuenta de que, a pesar de esos goces imaginativos, emocionalmente no me sentía mejor. Las imágenes que creaba podían ser joyas, pero el cofre donde las guardaba, es decir mi persona, no tenía valor. Estaba usando la imaginación en forma limitada. Me había dedicado a crear representaciones mentales. Técnica que por cierto abría senderos oníricos, indicaba ideales sublimes, daba elementos para fabricar obras de arte, pero no cambiaba la manera incompleta en que me percibía a mí mismo. El cuerpo se me presentaba como un pavoroso enemigo, ni más ni menos un nido donde habitaba la muerte y tenía miedo de usarlo en toda su extensión. Mi sexo se embargaba de vergüenza, para disimular el miedo a crear. Mi corazón se sumergía en la maldad y la indiferencia del mundo, para prohibirse desarrollar sentimientos sublimes. Mi mente invocaba a la debilidad humana, para ignorar su poder de cambiar al mundo. Todos los infinitos, si bien los podía imaginar, visceralmente me daban pavor. Mi parte animal quería un espacio reducido, una madriguera, un tiempo corto, «sólo duraré lo que dure mi organismo», una conciencia opaca, conformándome con vivir en la penumbra evitando responsabilidades, una vida invariable defendida por sólidos hábitos, el cambio considerado como un aspecto disimulado de la muerte. Decidí entonces liberarme de las imágenes, fiesta mental que disfrazaba una huida de mi naturaleza orgánica, para investigar una forma de creación mediante mis sensaciones. Pensé: «Cuando recibo una noticia triste, no tengo ganas de moverme; me siento pesado, denso. Por el contrario, cuando la nueva es agradable, tengo ganas de danzar; me siento liviano, ágil. Los hechos que conozco por medio de palabras o de imágenes visuales, no me cambian el cuerpo pero sí la sensación

que tengo de él. ¡Debe ser posible transformar a voluntad la percepción de mí mismo!».

Comencé una intensa serie de ejercicios. En la noche, cuando cesaban los insultos, y a veces los golpes, entre mi padre y mi madre, cuando mi hermana cesaba de tocar en su piano blanco los estudios de Chopin y el silencio se extendía como bálsamo sobre una llaga, me sentaba desnudo en mi sillón de madera y comenzaba a descontraer mis músculos para concentrarme y meditar. Desgraciadamente las locomotoras, varias veces durante la noche, se detenían justo bajo mi ventana, lanzando un ensordecedor pitido. Este lanzamiento llegaba como un tajo sangriento hasta el centro de mi espíritu. Luché durante varias semanas para no defenderme, dejarlo atravesar mi conciencia sin retenerlo, no prestarle atención y seguir el ejercicio. Cuando lo logré pude sumergirme en mis meditaciones sin ninguna aprehensión. Vencí también a las moscas, que eran más molestas que los trenes. A pesar de cerrar las cortinas y sumergirme en la oscuridad, esos insectos no cesaban de zumbar y revolotear, irritando mi piel con sus paseos. Agréguese a esto que, no teniendo el apartamento en que vivíamos ni aire acondicionado ni calentadores, el calor y el frío se me hacían agobiantes. Todas estas dificultades favorecieron mi capacidad de concentración.

Si quería desarrollar mi imaginación sensorial, antes que nada debía liberarla de la tiranía del peso. Por su fuerza de atracción, el planeta estaba siempre presente en el cuerpo diciéndome «Eres mío, de mí vienes y a mí llegarás». Sentí que lo que más pesaba era la sombra. Me llené de ella, una materia densa, dolorosa, agobiante. Colmé mis pies con su negrura, luego las piernas y el resto del cuerpo. Cuando fui una piel rellena de alquitrán, inspiré lo más profundo que pude y espiré el magma de mis pies rellenándolos esta vez de luz. Vací mis piernas, mis brazos, mi tronco, mi cabeza y fui un pellejo colmado de resplandeciente energía. Me sentí liviano, cada vez más liviano. Me pareció que si daba un paso iba a saltar veinte

metros. La ausencia de sensación de peso me llenó de alegría, de ansias de vivir, me hizo respirar profundo. Ya no tenía el espíritu invadido por desperdicios psicológicos, dolorosas serpientes de sombra. Tuve ganas de vestirme y salir a caminar. Así lo hice. Eran las cuatro de la madrugada. El barrio obrero, con sus faroles vacíos (los cacos robaban los focos), estaba casi sumido en las tinieblas. Sintiéndome tan luminoso como la luna, marché dando de vez en cuando agradables saltos. De pronto vi aproximarse a tres individuos de mala catadura. Prudente, cambié de vereda. Ellos, al ver el movimiento defensivo, se abrieron en abanico. Uno sacó una macana, el otro un cuchillo y el tercero una pistola. Me lancé a correr hacia la calle San Pablo, arteria central del barrio por donde pasaban tranvías y había la posibilidad de encontrar un bar aún abierto. «¡Detente, huevón!» gritaron. Lancé una llamada de auxilio que sonó como un chillido de puerco en el matadero. ¡Ninguna ventana se abrió! ¡Ninguna puerta! Allí iba yo, el ex ingrátido, galopando más pesado que un paquidermo, bajo el indiferente firmamento, luciendo en mis pantalones la huella fecal del miedo. Con el dolor de la dignidad pulverizada, deposité mis esperanzas en llegar a la calle central. ¡A diez metros de ella vi que estaba oscura! Entonces, vencido, entregado, temblando, me detuve y esperé a los bandidos. ¡Llegaron junto a mí y de un puñetazo en el vientre me lanzaron al suelo! Con calma agónica les rogué que no me mataran, que se llevaran todo, porque yo era un poeta. Me registraron los bolsillos, extrajeron un arrugado billete y mis papeles de estudiante. Después de observarlos con minuciosidad me los devolvieron, junto con el dinero, saludaron y se fueron diciendo que eran policías, que me habían confundido con un ladrón. «¡Joven, para otra vez no huya porque se hace sospechoso!» Adolorido, en cuerpo y alma, llegué a San Pablo. ¡Allí, a la vuelta de la esquina, en una cafetería, alumbrado por una lámpara de gas, un grupo de personas jugaba a las cartas! ¡Con unas cuantas zancadas habría estado a salvo! ¡Si hubieran sido en verdad asaltantes, podrían haberme degollado por entregarme así, co-

mo una res, a unos pasos de la salvación! ¡En ese mismo instante juré que siempre mantendría mi esfuerzo hasta que no me quedara una gota de energía y que nunca abandonaría una obra empezada hasta haberla terminado!

Apenas regresé a mi cuarto continué mi trabajo. Acababa de encontrar el terror, una sensación de ahogo paralizante que me había convertido en animal. En ese reino, donde los unos se devoran a los otros, el miedo es el elemento esencial de la sobrevivencia. Ascender del animal al hombre es perder el miedo. ¿Qué miedo? Las bestias no tienen el concepto de muerte, se conocen como una materia. Su miedo esencial es perder la forma corporal. Sentí como nunca la amenaza de mi organismo. La carne prometía envejecer, enfermarse, morir; necesitaba ser alimentada, protegida. Junto con el miedo a perder la forma surgía la necesidad de poseer una guarida. Yo, descendiente de judíos, nómades durante siglos, no tenía tierra ni raíces ni madriguera. ¿Cómo deshacerme de esa angustia? ¿Imitar a Buda, rechazando la vida terrenal, desidentificándome del cuerpo, también de mi «ego» para, volviendo a la impersonalidad de la energía original, liberarme de la cadena de las reencarnaciones? Aquello, por el ateísmo que Jaime me había inculcado, me pareció un cuento de hadas, una fuga cobarde. «La espada que todo lo corta no te corta cuando te conviertes en la espada.» Pensando así, decidí convertirme en lo que causaba mis terrores.

En mis ejercicios precedentes comencé por imaginarme lleno de un magma negro, al que expulsé para que la luz me habitara. Pero al dragón mitológico, inmortal, no se le puede vencer asesinándolo sino seduciéndolo, aceptando ser su alimento. Volví a imaginar mis pies llenos de ese nefasto alquitrán. Luego, en lugar de identificarme con ellos, me hice uno con la materia negra. Yo era la amenaza, yo era el dador de muerte, yo era la nada con sus ansias carnívoras. Subí por las piernas, llené la pelvis, el tronco, los brazos, la cabeza, borré todo residuo de moral, fui por completo una espesa maldad.

Haciendo un esfuerzo fenomenal abandoné el apego a mi forma humana y desbordé. Saliéndome del recipiente carne, crecí hacia todas las direcciones como una masa voraz, comencé a invadir la casa, la ciudad, el país, el planeta, la galaxia, hasta colmar el universo y continuar la expansión infinita. En mí habitaban los astros, los monstruos del espacio, los demonios, las entidades ambiguas, los insidiosos fantasmas, los asesinos dementes, las ratas, las víboras, los insectos venenosos... Luego imaginé sentir lo inverso: la amenaza infinita, la sombra mortal, comenzó a invadir el espacio desde todos los puntos, e inundó el cosmos avanzando hacia mí. Se tragó las galaxias, nuestro sistema solar, el planeta, el continente sudamericano, Chile, Santiago, el barrio Matucana, mi casa, mi cuarto y por fin se concentró en mi cuerpo. Al mismo tiempo que yo ocupaba el universo, el universo se acumulaba debajo de mi piel. Me sentí invencible, yo era el mal, nada podía aterrarme, ni siquiera mi padre. A esas horas de la avanzada noche, desnudo como estaba, comencé lentamente a recorrer el apartamento. Lo hice avanzando agazapado, como una fiera hambrienta. Muy rápido mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, aumentaron mis percepciones auditivas, pude oír los más leves crujiidos y desde lejos sentí la respiración profunda de Jaime, Sara y Raquel. También mi olfato percibió, como nunca antes lo había hecho, los diferentes olores que llenaban el hogar: el azucarado de las sábanas húmedas, el rancio de las tablas del suelo, el azufrado del aire, el salobre de los muros. Entré en el cuarto de mi hermana. A causa de las ventanas cerradas, por miedo a los ladrones, el calor la hacía dormir desnuda con las piernas abiertas. Acerqué mi nariz a unos centímetros de su sexo y olí... Fue tanto mi placer y mi odio que la negrura de mi corazón pareció transformarse en tarántula. Me imaginé violándola y luego destrozándole el vientre con mis colmillos para devorar sus tripas. Saboreé largos minutos la visión de esa boca prohibida y luego me deslicé hacia el dormitorio matrimonial. Allí estaba mi madre, pegada a la espalda de mi padre. Dormían tan profundamente que parecían estatuas de cera. Me in-

vadió una cólera gigantesca. Estuve seguro de que de un mordisco podía destrozarles la yugular. Sara merecía mi odio porque en su necia pasividad era cómplice de Jaime. Sin mover un dedo dejó que mi padre se complaciera en aterrarme. Era él quien, por vencer los problemas con su hermano homosexual, obligado a afirmar una hombría dudosa, se había esmerado en convertirme en un cobarde. Me llevaba a la playa, me hacía meter las piernas en pozas donde sabía que habitaban pulpos. Se hacía el distraído, dejaba que uno de esos viscosos animales enrollara sus tentáculos en mis tobillos, me dejaba chillar un buen rato y luego llegaba riendo, despegaba las ventosas de mi piel, azotaba al animal contra las rocas y después, introduciendo la mano por la raíz de los tentáculos, daba la vuelta, delante de mis narices, a la capucha del monstruo, dejándola al revés. «¡Son inofensivos, no chilles como una mujercita, aprende a ser valiente!» Pero ¿cómo un niño de cinco años podía ser valiente cuando el adulto lo obligaba a acostarse en su espalda y prenderse de su cuello, mientras corría hacia las olas de un océano enfurecido? Allí, aferrado a mi padre como una lapa, cerrando los ojos, arrugando la nariz y apretando las mandíbulas, soportaba que éste, dando rugidos leoninos, se lanzara una y otra vez contra la base de las gigantes olas para atravesarlas justo cuando comenzaban a estallar. A pesar de ser un niño yo sabía que si me soltaba perecería ahogado. El agua fría del océano Pacífico parecía convertir mi carne en hielo. Los dedos se me agarrotaban. La fuerza de las olas no tardaría en desprenderme de la poderosa espalda. Me ponía a lanzar alaridos. Jaime, furioso, escupiendo una y otra vez la palabra «¡Cobarde!» me depositaba en la playa sin reparar en que esos labios que lloraban, estaban teñidos de azul por el frío. «¡Deja de temblar, mariquita! ¡Tienes que aprender a vencer el miedo!» Pues bien, ahora lo había vencido. Allí estaba la pareja culpable, indefensa, a la merced de mi odio. Tomé un macetero lleno de tierra húmeda —donde, en lugar de germinar las semillas de clavel que Sara enterrara, se habían criado gusanos—, con una delicadeza felina trepé en la cama y, poniéndome en cu-

clillas, lo vacié entre las entrelazadas piernas. Muy cerca de sus sexos vi retorcerse paquetes de vermes. El demonio que protege a los habitantes de la noche hizo que no se despertaran. Volví a mi cuarto, feliz como nunca lo había estado, y me dormí sabiendo que al despertar la realidad ya no sería la misma... Ni Jaime ni Sara nunca comentaron el incidente. ¿Por qué? El acontecimiento era tan extraño, tan imposible, que sus mentes lo borraron como a un mal sueño.

Poco a poco fui comprendiendo que el ser que yo percibía no era exactamente el ser que yo era. Más aún, la conciencia que percibía no era exactamente mi conciencia sino una deformación de ella, causada por mi familia y mi educación escolar. Me percibía como mis padres y profesores me habían percibido. Me veía con la mirada de los otros. El cerebro del niño, como un trozo de cera, era esculpido según el juicio ajeno. Me concentré en mi nariz ganchuda. Revisé la memoria que ella contenía: desprecios, burlas, sobrenombres, «Pinocho», «Pipo», «Narizón», «Albacora», «Buitre», «Judío errante». Luego, las miradas despreciativas de Jaime y Raquel, tan orgullosos de sus narices rectas. Y por fin, la indiferencia de mi madre, quien, después de que me raparan la cabellera rubia y me crecieran en su reemplazo unos pelos oscuros, me había borrado de su alma. «Sí, la siento fea, horrible, grandísima, monstruosa, esta nariz huesuda que no es mía, no la quiero, me invade, es un vampiro pegado a mi cara.» Una vez que delimité exactamente esta sensación de disgusto, comencé a cambiarla. La forma de gancho que se me imponía tuvo que ser vencida. Reblandecí sus límites, la convertí en una masa dúctil y maleable, la perfumé, la llené de amor, de luz, de bondad y por último le otorgué una belleza sublime. Belleza que poco a poco expandí por mi cara, mis cabellos, mi cabeza y luego, como un agua lustral, por mi cuerpo, lavándolo de las miradas crueles para otorgarle la hermosura que se merecía. Encendí la radio, encontré una música de Berlioz. Dejando caer complejos de fealdad como si fueran harapos, me puse a bailar permitiendo que mi

cuerpo hiciera movimientos elegantes, delicados, hermosos. Sentí que esa belleza formal me inundaba el alma. Algo se abrió en mi conciencia y me di cuenta de que esa belleza asumió como una flor derramando su aroma hacia el mundo.

Lo mismo hice con la fuerza. La mirada paterna me había sumergido en el corsé de la debilidad. Escogí como punto de partida mis testículos y los llené de una energía que luego fui expandiendo por mi organismo. Cuando estuve completamente habitado, quise eyectar esa fuerza por los dedos de mis manos y de mis pies y con esos veinte rayos transfixiar al mundo, plegando su negatividad para hacerlo positivo, pero me encontré con candados. En mi alma había prohibiciones de ser yo mismo, exigiendo que conservara el condicionamiento, obligándome a vivir según las normas recibidas a través de una anquilosada tradición. «No debes comer puerco, no debes casarte con una católica, el matrimonio es para toda la vida, el dinero se gana sufriendo, si no eres perfecto no vales nada, debes ser y hacer como todo el mundo, si no obtienes diplomas fracasarás en la vida...» Al menor intento de transgredir esas ideas locas aparecían los guardianes familiares blandiendo espadas castradoras. «¿Cómo te atreves? ¿Por quién te tomas? ¿Quién eres tú para cambiar las reglas? ¡Si así lo haces, te morirás de hambre! ¡Nos avergonzaremos de ti! ¡Estás loco, recupera la cordura! ¡Todos te rechazarán, te despreciarán, te destruirán! ¡Vas a perder nuestro cariño!» Me sentí como un perro lleno de pulgas. Me di cuenta de que en todos los planos mis padres habían abusado de mí. En el plano intelectual, con sus palabras mordaces, agresivas, sarcásticas, me cortaron los caminos que conducían al infinito, haciéndose pasar por clarividentes y omnipotentes, obligándome a ver al mundo a través de sus lentes de color. Abusaron de mí emocionalmente, me hicieron sentir con toda crueldad que preferían a mi hermana, creando con ella un trío sórdido de dependencia, celos y amorodio. Comerciaron con mi cariño: «Para que te amemos tienes que hacer esto o lo otro, tienes que ser así o asá, tienes que comprar ese afecto que te damos a un alto precio». Abusa-

ron de mí sexualmente, mi madre porque cubrió con un espeso velo de vergüenza todas las manifestaciones de la pasión, haciéndose pasar por santa. Y luego mi padre, seduciendo a sus clientas, delante de mí, mediante insinuaciones procaces disfrazadas de chiste. Abusaron de mí materialmente: no recuerdo que mi madre me cocinara un plato, siempre lo hizo una empleada. No recuerdo que me acariciaran, no recuerdo que me sacaran a pasear, no recuerdo que me celebraran un cumpleaños, no recuerdo que me regalaran un juguete, no recuerdo que me dieran un cuarto agradable; dormí en sábanas viejas y remendadas, tuve cortinas ordinarias teñidas de un insoportable color vino, no hubo en mi techo una bella lámpara, mis bibliotecas fueron tablas viejas extendidas sobre ladrillos, siempre fui inscrito en desastrosas escuelas públicas y además, todos los sábados, el día en que los otros muchachos reposaban de la escuela yendo a fiestas, yo, para «pagar» lo que me daban, tenía que quedarme en la tienda vigilando la mercancía de la codicia de los ladrones... Y ahora ese niño abusado, me abusaba a mí, tratando a cada instante de reproducir aquello que lo había traumatizado. Si se burlaron de mí, me obligaba a buscar compañías que me despreciaran. Si no me quisieron, me obligaba a entrar en relación con gente que nunca podría quererme. Si ridiculizaron la creatividad, me obligaba a dudar de mis valores, sumiéndome en la depresión. Si no me dieron facilidades materiales, me obligaba a ser enfermizamente tímido impidiéndome así entrar en una tienda para comprar aquello que me era necesario. Me convertía en un rencoroso prisionero de mí mismo. «Me despreciaron, me castigaron, entonces ahora no hago nada, no valgo nada, no tengo derecho a existir.» Incapaz de sentirme en paz, estaba acosado por una jauría de rancias rabias. Comencé a sacudirme como si arrojara esos viejos dolores, esas cóleras infantiles, esos rencores, esos candados, lejos de mi cuerpo. ¡Basta ya! ¡Esto no soy yo, esta depresión no es mía, no me han vencido, no me impedirán hacer lo que quiero hacer! ¡Fuera, pulgas invasoras! ¡El universo interior me pertenece, tomo posesión de él, lo

ocupo, extermino lo superfluo! ¡Me abro a las energías mentales, las recibo del fondo de la tierra y las proyecto hacia el firmamento, al mismo tiempo las recibo del fondo del inconmensurable espacio y las proyecto hacia el centro del planeta, soy un canal receptor y transmisor! Lo mismo hago con las energías emocionales, sexuales y corporales. Las sumerjo en el vacío insondable... Cada idea, sentimiento, deseo, necesidad llega al alma diciendo «¡Eres Yo!». Son entidades usurpadoras. El ser vacío, pudiendo contener al universo, no sabe quién es, pero vive, crea, ama.

Más o menos al alba de cumplir los 19 años, aconteció una querrela familiar que, a pesar de su monstruosidad, me reveló otro aspecto de la creación: hasta entonces había trabajado con imágenes y sensaciones, pero no había explorado una técnica compuesta de objetos y acciones. Sucedió así: Todos los días, entre la una y las tres de la tarde, mis padres cerraban El Combate para venir a almorzar al apartamento. Jaime se sentaba en la cabecera que daba a la ventana (así se apropiaba, recibéndola por la espalda, de la luz que venía del cielo). Junto a él, a su derecha, ubicaba a mi hermana. A mí desdeñaba otorgarme, un poco más alejado, el lado izquierdo. Y en el otro extremo, lejos, en su isla emocional, reinaba mi madre, comiendo siempre con las pupilas de los ojos dirigidas hacia el techo para expresar el asco que le daba la ruidosa manera de comer de mi padre. Ese día, enervado por el acumulamiento de deudas, Jaime devoraba el alimento que le había servido nuestra fiel empleada, ensuciándose los labios y la camisa más que de costumbre. De pronto Sara lanzó un sordo gemido y murmuró: «Este hombre parece un puerco, me da ganas de vomitar».

Detrás de mi madre, en la pared, colgaba un cuadro pintado al óleo por un artista comercial de la más baja categoría. Era el consabido paisaje cordillerano, alumbrado por la roja luz de una puesta de sol. A ella le gustaba por ser su madre quien le había insinuado comprarlo. Mi hermana y yo lo encontrábamos ridículo. Jaime lo odiaba porque le había costado

caro. Cuando escuchamos las inesperadas palabras de Sara, Raquel y yo enmudecimos de terror. Generalmente, en estos casos, Jaime se levantaba para propinarle un puñetazo en uno de sus hermosos ojos. Esta vez no fue así: el hombre se puso pálido, levantó lentamente el plato, tal como un sacerdote alza el cáliz, y lanzó sus huevos fritos hacia la cabeza de mi madre. Ésta los esquivó y fueron a dar en el cuadro. Las dos yemas, en medio del cielo, se quedaron pegadas como soles. ¡Y, oh revelación, por primera vez esa vulgar pintura me pareció bella! ¡De un solo golpe, había descubierto el surrealismo! Más tarde no me costó nada comprender la frase del futurista Marinetti «La poesía es un acto».

El acto poético

Las definiciones son únicamente aproximaciones. Cualquiera que sea el sujeto, su predicado es siempre la totalidad del universo. En esta impermanente realidad, aquello que imaginamos como la verdad absoluta se nos hace impensable. Nuestras flechas nunca pueden dar en el centro del blanco porque es infinito. Los conceptos que la razón emplea son ciertos para mí, aquí, en esta fecha precisa. Para otro, allá, más tarde, pueden ser falsos. Por esto, a pesar de haber sido criado en el más tenaz ateísmo, decidí elegir entre dos creencias la que fuera más útil, aquella que me ayudara a vivir. Antes de aparecer en el mundo fui una forma de voluntad que eligió al que iba a ser su padre y a la que iba a ser su madre, para que en contacto con los límites mentales de esos dos emigrantes, por el sufrimiento y la rebeldía, mi espíritu se desarrollara. ¿Y por qué nací en Chile? No tengo la menor duda: es mi encuentro con la poesía lo que justifica mi aparición en ese país.

En los años cuarenta, y a comienzos de los cincuenta, en Chile se vivía poéticamente como en ningún otro sitio del mundo. La poesía lo impregnaba todo: la enseñanza, la política, la vida cultural y la amorosa. Cuando en las continuas fiestas, una cada día, la gente bebía vino sin limitarse, no faltaba un ebrio que recitara versos de Neruda, de Gabriela Mistral, Vicente Huidobro y otros magníficos poetas. ¿Por qué tan líri-

ca alegría? En esos años en que la humanidad padecía la segunda guerra mundial, en el lejano Chile, separado del resto del planeta por el océano Pacífico y la cordillera de los Andes, el encuentro entre los nazis y los aliados era vivido como un partido de fútbol. En cada casa, en un mapa clavado en la pared, con alfileres provistos de banderitas, entre innumerables brindis y apuestas, se seguían los avances y retrocesos de los ejércitos contrarios. Para los chilenos, su largo y angosto país, a pesar de los problemas internos, era una isla paradisíaca, preservada por la distancia de los males del mundo. Mientras en Europa imperaba la muerte, en Chile reinaba la poesía. Siendo el alimento abundante —los cuatro mil kilómetros de costa producían deliciosos moluscos y peces—, el clima excepcional y el vino un néctar barato —un litro de rojo valía menos que uno de leche—, en todas las clases sociales, de pobres a ricos, lo que más importaba era la fiesta. La mayoría de los burócratas vivían correctamente hasta las dieciocho horas. Una vez fuera de la oficina, se emborrachaban y cambiaban. Abandonaban su personalidad gris para asumir una identidad mágica. (Un digno notario, desde las seis de la tarde, emborrachándose en los bares, se hacía llamar «El terrible tetas negras». Mucho se celebraba la manera que tuvo de abordar a una parroquiiana: «Señora, yo también he sido mujer: hablemos de vaca a vaca».) El país entero, al atardecer, era presa de una locura colectiva. Se festejaba la ausencia de solidez del mundo. ¡En Chile la tierra temblaba cada seis días! El suelo mismo era, por decirlo así, convulsivo. Esto hacía que todos estuvieran sujetos a un temblor existencial. No habitaban en un mundo macizo regido por un orden racional sino en una realidad temblorosa, ambigua. Se vivía precariamente tanto en el plano material como en el relacional. Nunca se sabía cómo terminaría la noche de parranda: la pareja casada a mediodía podía deshacerse al amanecer y encontrarse en la cama con otros; los invitados podían arrojar los muebles por la ventana; etc. Los poetas, esencialmente trasnochadores, vivían con eufórica desmesura. Neruda, frenético coleccionista, construyó una casa-museo con

forma de castillo, congregando en torno a él una aldea entera. Huidobro no se contentó con escribir «Por qué cantáis la rosa, ¡oh Poetas! Hacedla florecer en el poema» sino que cubrió con tierra fértil los pisos de su casa y plantó un centenar de rosales. Teófilo Cid, hijo de riquísimos libaneses, renunciando a su fortuna, conservó como todo bien una suscripción al diario francés *Le Monde* y, ebrio día y noche, comenzó a vivir en un banco del Parque Forestal. Allí lo encontraron muerto una mañana, cubierto por las hojas de su periódico. Hubo otro poeta que sólo aparecía en público cuando iba a los velorios de sus amigos para saltar sobre el ataúd. El exquisito Raúl de Veer no se bañó durante dos años para que su hedor designara a los verdaderos interesados en oír sus versos. Todos ellos habían comenzado a salir de la literatura para participar en los actos de la vida cotidiana con una postura estética y rebelde. Para mí, como para muchos otros jóvenes, eran ídolos que nos mostraban una hermosa y demente manera de vivir.

Al celebrarse las bodas de oro de Jashe con Moishe, la familia decidió celebrar tan magno acontecimiento con una fiesta, inaugurando al mismo tiempo la nueva casa que Isidoro, arquitecto, había diseñado para su madre: un gran cajón del que surgía otro cajón, más pequeño, equilibrándose sobre un par de columnas. Al evento asistieron parientes cercanos y lejanos, venidos de Argentina. La mayoría de ellos, jubilados rechonchos, en contraste con su piel morena, lucían orgullosos sus cabellos blancos, colmados de la viscosa satisfacción de pertenecer a esa anodina familia sefardita. Sara, entre risas nerviosas y lágrimas azucaradas, iba de un pariente a otro lanzando exagerados elogios motivados por la angustia de hacerse querer. Por desgracia, siendo entre tanto pato feo el cisne bonito, se hizo acreedora a todos los desprecios. Particularmente el de la envidiosa Fanny, que se permitió bromas crueles sobre la blancura de su piel y el sobrepeso, comparándola con un saco de harina. Jaime, por tener una tienda en un barrio obrero, también fue despreciado. Como signo de gran condescendencia lo invi-

taron a jugar a las cartas y, conspirando entre ellos, le extirparon una fuerte cantidad de dinero. De mí, nadie se ocupó. Parecieron no verme. Estuve sentado varias horas, sin comer, en un rincón del oscuro patio. ¿Qué tenía yo que ver con ellos? ¿Era una vida digna verse obligado a hacer mil reverencias, como mi madre, para ser aceptado a medias en ese mediocre purgatorio o dejarme esquilmar como mi padre para demostrarles que no era un pobretón? Verlos así, en manada, me llenó de furia. Junto a un grueso tilo, el único árbol que engalanaba el jardincillo, se apoyaba un hacha. Impulsado por un deseo irresistible, la tomé y comencé a dar feroces tajos en el tronco. Muchos años más tarde me di cuenta del crimen que había cometido. Para mí, en aquel momento, cuando aún no me sentía ligado al mundo ni veía a las familias como árboles genealógicos, ese vegetal no era un ser sagrado sino un símbolo oscuro que catalizaba mi desesperación y mi odio. Aumenté la intensidad de mis hachazos, perdiendo la noción de todo lo que me rodeaba. Desperté media hora más tarde, dando golpes en una herida que abarcaba ya la mitad del tronco. Shoske, mi tía abuela, lanzaba alaridos de horror, «¡Bandido!, ¡deténganlo, está cortando el tilo!». Jashe, provista de una linterna y seguida por todos sus parientes, irrumpió en el patinillo. Tu vieron que sostenerla para que no cayera desmayada. Isidoro se precipitó hacia mí. Solté el hacha y le di un puñetazo en el vientre. Cayó sentado aplastando las margaritas con su gran trasero. Todo se paralizó. Los convidados, jueces severos, me miraban convertidos en estatuas de cera. Entre ellos, Sara, roja de vergüenza. Jaime, detrás del grupo, se hacía el desentendido. El tronco recto y grueso del tilo lanzó un crujido amenazando quebrarse. Moishe vació una botella de agua mineral en la tierra, tomó puñados de barro y, de rodillas, sollozando, comenzó a rellenar el enorme hocico de madera mientras mi media tía, con los negros cabellos erizados, estiraba un índice vengador mostrándome el camino de salida. «¡Vete de aquí, salvaje, y no regreses nunca más!» Me embargó una emoción intensa. Tuve miedo de ponerme a sollozar como el pseudo-

Gandhi. Con satisfacción creciente me vi estallar en carcajadas. Salí a la calle y comencé a correr respirando con felicidad. Sabía que ese acto atroz marcaba para mí el comienzo de una nueva vida. Más precisamente, el comienzo, por fin, de mi vida.

Al cabo de un tiempo, me detuve. Sentí pasos que venían hacia mí. El aire enrarecido y la oscuridad me impidieron distinguir quién me seguía. «Si es Fanny», me dije, «también le daré un puñetazo». Pero no era ella sino Bernardo, un primo lejano, estudiante de arquitectura, unos años mayor que yo, alto, huesudo, miope, con grandes orejas y cara de mico, pero voz aterciopelada, romántica.

—Alejandro, estoy maravillado. Tu acto rebelde es digno de un poeta. Sólo lo puedo comparar a aquel de Rimbaud cuando pintó con sus excrementos las paredes de un cuarto de hotel. ¿Cómo se te pudo ocurrir algo semejante? Sin decir nada, lo dijiste todo. ¡Ah, si yo pudiera ser como tú! Lo único que me interesa es la pintura, la literatura, el teatro, pero mi familia, la tuya, es decir aquella que acabas de abolir, me lo impide. Tendré que ser arquitecto como Isidoro, para satisfacer a mi madre... En fin, primo, ¿te atreves a dormir en tu casa esta noche? Me han dicho que Jaime es un hombre feroz...

Mi encuentro con Bernardo fue providencial y a él le debo mi entrada en el mundo poético, aunque más tarde me decepcionara hasta la médula. La admiración que al parecer tenía por mi talento, resultó banal: simplemente se había enamorado de mí. Después de muchos titubeos —sabiendo que recibiría un rotundo no—, se decidió a confesármelo en las letrinas de la Academia Literaria, mostrándome, con los ojos enrojecidos, su sexo en erección como si fuera una maldición divina. Esa noche, pretextando una amistad pura, me llevó a dormir donde las hermanas Cereceda.

¿Eran huérfanas? ¿Millonarias? Tenían una casa de tres pisos sólo para ellas. Nunca las vi trabajar ni tampoco vi a sus padres. La puerta de la calle permanecía sin cerrojos para que los amigos artistas pudieran entrar a cualquier hora del día o de la

noche. Había libros por todos lados con reproducciones de los mejores cuadros y también discos, un piano, fotografías, objetos hermosos, esculturas. Carmen Cereceda, pintora, era una mujer musculosa, de espesa cabellera, ensimismada en un silencio precolombino. Su cuarto estaba decorado, paredes, suelo y techo, con un mural, entre Picasso y Diego Rivera, cuajado de mujeres de gruesas piernas y símbolos políticos. Verónica Cereceda, frágil, hipersensible, de palabra fácil, con un cráneo cubierto por una escasa pelusa, poetisa y futura actriz. Ambas hermanas amaban el arte sobre todas las cosas de la vida. Cuando llegué con Bernardo, me recibieron sonrientes.

—¿Qué haces, Alejandro? —me preguntó Verónica.

—Escribo poemas.

—¿Te sabes alguno de memoria?

—El Ser es algo que se consume/ echando llamas desde el sueño —recité, rojo hasta la punta de las uñas. Verónica me dio un beso en cada mejilla.

—Ven, hermano... —y tomándome de la mano me llevó a una pieza adornada con motivos mapuches, donde había un pequeño lecho, una mesa con una máquina de escribir, una resma de papel y una lámpara—. En este lugar me encierro cuando quiero crear mis poemas. Te lo presto, el tiempo que te sea necesario. Si tienes hambre baja a la cocina: encontrarás frutas y barras de chocolate, eso es lo único que comemos. Buenas noches.

Allí me quedé encerrado varios días sin que nadie me molestara. A veces una sombra golpeaba la puerta y depositaba ante ella un par de manzanas. Cuando vencí mi timidez, salí a trabar conocimiento con el grupo, que no excedía una veintena. Compositores musicales, poetisas, pintores, un estudiante de filosofía. En la casa, aparte de mí, que era el más joven, las Cereceda alojaban a una muchacha lesbiana, Pancha, que hacía grandes muñecas de trapo, a Gustavo, el amigo íntimo de Carmen, pianista, y a Drago, un dibujante tartamudo. Al ver que el dinero escaseaba en esa casa, las frutas y los chocolates eran aportados por los integrantes del grupo, comprendí que

mi aceptación era un verdadero sacrificio. Verónica, idealista, compartió conmigo su enorme cultura y lo poco que poseía simplemente porque amaba la poesía. En mi recuerdo ha quedado como un ángel... Cada vez que en este mundo tan lleno de violencia alguien me defrauda, recuerdo a esas hermanas y me consuelo pensando que también hay seres sublimes. Para un joven, el encuentro con otras personas es fundamental: ellas pueden cambiar el curso de su vida. Algunas son comparables a los aerolitos, trozos opacos que pueden en algún momento chocar contra la Tierra causando enormes daños, y otras son como cometas, astros luminosos que pueden aportar elementos vitales. Tuve la suerte providencial de encontrar en esa época seres que me enriquecieron la vida, benéficos cometas. Pude ver también a otros, que merecían tanto como yo un destino creativo, caer en compañía de rapaces que los condujeron al fracaso y a la muerte, aerolitos. Bueno, quizás no fue solamente la suerte: por una desconfianza de niño herido yo había desarrollado el talento de esquivar. En el boxeo no gana sólo el que golpea más fuerte, sino también el que elude mejor los golpes. Siempre rehuí los contactos negativos y busqué amigos que pudieran ser mis maestros.

Un día, a las seis de la mañana, Verónica me despertó. «Basta de trabajar sólo con tu mente. Las manos, tanto como las palabras, tienen mucho que expresar. Te voy a enseñar a fabricar títeres.» En la cocina me mostró cómo, hirviendo papel de diario cortado en finas tiras, estrujándolo y desmenuzándolo, para luego mezclarlo con harina, se obtenía una pasta muy fácil de modelar. Sobre una pelota hecha con una media vieja y unos puñados de aserrín pude esculpir cabezas de muñecos que se endurecieron al ser secadas al sol. Carmen me mostró luego cómo pintarlas. Pancha cosió los trajes donde introduje mis manos como si fueran guantes para mover y hacer hablar a los personajes. Drago me fabricó un teatrillo, especie de biombo plegable, detrás del cual podía animar a mis muñecos. Me enamoré de ellos. Me encantaba ver que un objeto que yo mis-

mo había fabricado, se me escapaba. Desde el momento en que metía la mano en el títere, el personaje empezaba a vivir de una manera casi autónoma. Yo asistía al desarrollo de una personalidad desconocida, como si el muñeco se valiera de mi voz y de mis manos para tomar una identidad que ya le era propia. Me parecía realizar un oficio de servidor más que de creador. ¡Finalmente, tenía la impresión de estar siendo dirigido, manipulado por el muñeco! Por otra parte, en cierta forma, los títeres me hicieron descubrir un aspecto importante de la magia, la transferencia de una persona a un objeto. Como mi contacto con Jaime y Sara había sido casi nulo, igual que con el resto de mi familia, fui para todos un mutante incomprensible, las más de las veces invisible y, cuando visible, despreciado. Sin embargo, el alma, para desarrollarse, necesita el contacto familiar. Decidido a entablar una relación profunda, esculpí muñecos que los representaban, retratos caricaturescos, pero muy exactos. Así pude hacer hablar a don Jaime, a doña Sara y a todos los demás. Mis amigos, viendo estas representaciones grotescas, reían a carcajadas. Sin embargo, a medida que mis manos se fundían con los personajes, ellos comenzaron a existir con vida propia. Apenas les prestaba mi voz, decían cosas que nunca había pensado. Principalmente se justificaban, consideraban mis críticas injustas, insistían en que me amaban y al final se quejaban exigiendo que yo, por haberlos decepcionado, les pidiera perdón. Me di cuenta de que mis quejas eran egoístas. Me lamentaba porque no quería perdonar. Es decir, no quería madurar, ser adulto. Y el camino del perdón exigía reconocer que, a su manera, toda la familia, padres, tíos, abuelos, eran mis víctimas. Había defraudado sus esperanzas, esperanzas para mí por cierto negativas, absurdas, pero para ellos, para su nivel de conciencia, legítimas. Les pedí sinceramente perdón. «Perdóname Jaime por no haberte dado la oportunidad de vencer tus complejos sociales, siguiendo una carrera universitaria. Que yo obtuviera un diploma de médico o abogado o arquitecto, era la única oportunidad que tenías de ser respetado por la comunidad... Perdóname, Sara, por no haber

sido la reencarnación de tu padre... Perdóname Raquel por haber nacido con el falo que tú hubieras debido tener... Perdóname abuela por haber cortado el tilo, por haber renunciado a la religión judía... Perdóname tía Fanny por encontrarte tan fea... Y sobre todo tú, gordo Isidoro, perdóname por no comprender tu crueldad: nunca creciste, fuiste siempre un gigantesco nene. Cuando llegué a visitar a tu madre, me trataste como a un rival peligroso, no como a un niño.» A su vez, todos los muñecos me fueron perdonando. Yo también, uno por uno, derramando lágrimas, los perdoné.

Extrañamente, quizás la magia de los títeres funcionaba, la actitud de mis padres hacia mí, cuando decidí reanudar las relaciones, se tornó más comprensiva y cariñosa. También mi abuela, sin volver a mencionar el incidente del árbol, me invitó a tomar té con ella y por primera vez me hizo un regalo: un reloj de pulsera que tenía, en lugar de agujas, un elefante marcando con su trompa los minutos y con su cola las horas. ¡Milagro! Me lo explico así: la imagen que tenemos del otro no es el otro, es una representación. El mundo que nos imponen los sentidos depende de nuestra forma de verlo. Para nosotros, en cierta manera, el otro es lo que creemos que es. Por ejemplo, cuando hice el muñeco de Jaime, lo modelé de la manera en que yo lo veía, le di una existencia limitada. Al animarlo en el teatrillo, otros aspectos que no había captado se deslizaron viniendo desde mi oscura memoria y transformaron su imagen. El personaje, enriquecido por mi creatividad, evolucionó hasta llegar a un mayor grado de conciencia; de feroz y obcecado pasó a ser amable, pleno de amor. Quizás mi inconsciente individual estaba estrechamente unido al inconsciente familiar. Si mi realidad variaba, también variaba la de mis parientes. En cierto modo, al retratar a un ser, se establece un nexo entre él y el objeto que lo simboliza. De tal manera que, si se producen cambios en el objeto, el ser que dio origen a lo que lo representa, también cambia. Años más tarde, estudiando la brujería y la magia en la Edad Media, vi que aquello se utilizaba para

dañar a enemigos. En un collar se colocaban cabellos o uñas o trozos de vestimenta de la futura víctima y se ponía en el cuello de un perro que luego se asesinaba. Grabando el nombre del enfermo en la corteza de un árbol, se hacían incantaciones para trasladar la enfermedad hacia el vegetal. Este principio se conserva en la brujería popular en forma de fotos o representaciones en estatuillas de cera que se atraviesan con alfileres. Me llamó también la atención la creencia de la transferencia de personalidad por el contacto físico. Tocar algo o a alguien significaba en cierta manera convertirse en ello o él. Los médicos medievales para curar a los caballeros después de los torneos colocaban sus ungüentos curativos en la espada que había infligido la herida. En aquella época no había oído hablar de este tema pero, intuitivamente y de una manera positiva, lo apliqué.

Me dije: si los muñecos que esculpo cobran vida y me transmiten su ser, ¿por qué no, en lugar de caracteres que desprecio u odio, elijo personajes que me puedan transmitir un saber que no poseo? En aquellos años Pablo Neruda se presentaba como el poeta máximo, pero yo, como la mayoría de los jóvenes, por espíritu de contradicción, me negaba a ser su seguidor fanático. De pronto surgió un nuevo poeta, Nicanor Parra, que, rebelándose contra ese genio tan visceral y tan comprometido políticamente, publicó unos versos inteligentes, humorísticos, distintos a todo lo conocido, que bautizó como «anti-poemas». Mi entusiasmo fue delirante. Por fin un autor descendía del Olimpo romántico para hablar de sus angustias cotidianas, de sus neurosis, de sus fracasos sentimentales. Sobre todo un poema, *La Víbora*, me marcó. Allí no se hablaba, como en los sonetos de Neruda, de una mujer ideal, sino de una verdadera bribona.

*Durante largos años estuve condenado a adorar a una mujer
despreciable,
Sacrificarme por ella, sufrir humillaciones y burlas sin cuento,
Trabajar día y noche para alimentarla y vestirla,*

*Llevar a cabo algunos delitos, cometer algunas faltas,
A la luz de la luna realizar pequeños robos
Falsificaciones de documentos comprometedores
So pena de caer en descrédito ante sus ojos fascinantes.*

¡Cómo envidié, no habiendo aún hecho el amor con mujer alguna, a Nicanor Parra por conocer a una hembra tan tremenda!

*Largos años viví prisionero del encanto de aquella mujer
Que solía presentarse a mi oficina completamente desnuda
Ejecutando las contorsiones más difíciles de imaginar...*

De inmediato fabriqué mi pasta y me puse a modelar un títere que representaba al poeta. El periódico no había publicado ninguna foto de él, pero por contraste con Neruda, que era un tanto calvo, rechoncho, con aires de Buda, lo esculpí fino, de mejillas hundidas, ojos inteligentes, nariz aguileña y cabellera leonina. Encajonado en mi teatrillo, manipulé durante horas al muñeco Nicanor, haciéndolo improvisar antipoemas y, sobre todo, contar sus experiencias con las mujeres. Agobiado por mi castidad, habiendo tenido una madre con el tronco enfundado en un corsé, a quien la más leve mención sexual la hacía enrojecer, la mujer se me presentaba como el misterio máximo... Ya bien compenetrado del espíritu del poeta, me sentí capaz de encontrar una musa, de preferencia igual a la Víbora...

En el centro de la ciudad, el café Iris abría sus puertas a las doce de la noche. Allí, iluminados por crueles tubos de neón, los noctámbulos bebían cerveza de presión o un baratísimo vino que a cada trago les provocaba tiritones. Todos los camareeros, vestidos con uniforme negro, eran ancianos que caminaban sin apuro de mesa en mesa dando pasos cortos.

Gracias a esa calma, el tiempo parecía fijarse en un instante eterno donde no cabían ni penas ni angustias. Tampoco una

gran felicidad. Se bebía en silencio como en un purgatorio. Allí nada nuevo podía pasar. Sin embargo, la misma noche en que me decidí a ir al café Iris para encontrar la mujer que sería mi musa feroz, llegó allí Stella Díaz Varin. ¿Cómo poder describirla? Estamos en 1949, en el país más lejano, allí donde nadie quiere ser diferente de los demás, donde es casi obligatorio vestirse con tonos grises, tener los hombres el pelo bien recortado y las mujeres un peinado quitinoso del salón de belleza, cuarenta años antes de que aparezcan los primeros punks. Cuando acabo de instalarme frente a una taza de café, Stella (a quien acaban de expulsar del diario *La Hora* por su artículo sobre la tala de árboles, industria que más tarde devastó el sur del país) se me acerca agitando su increíble cabellera roja, una masa sanguínea que le llega más abajo de la cintura, compuesta no de cabellos sino de crines. No exagero, nunca más en toda mi vida encontré una mujer con cabellos tan gruesos. En lugar de empolvase la cara, como es costumbre en las chilenas de aquella época, se la ha pintado de violeta pálido usando una acuarela. Sus labios son azules, cubre los párpados una gran onda verde y las orejas, brillantes, lucen doradas. Es verano, pero sobre una corta falda y una camiseta sin mangas, donde se distinguen sus arrogantes pezones, lleva un viejo abrigo de piel, probablemente perruna, que le llega hasta los talones. Bebe un litro de cerveza, fuma pipa y, sin fijar su atención en nadie, encerrada en su Olimpo personal, escribe en una servilleta de papel. Se le acerca un hombre ebrio, le dice algo al oído. Ella abre su abrigo, alza la camiseta, le muestra sus abundantes senos y luego, con la rapidez del relámpago, le asesta un puñetazo en el mentón que lo hace recular tres metros y caer en el suelo desmayado. Uno de los viejos servidores, sin inmutarse mayormente, le vierte un vaso de agua en la cara. El hombre se levanta, le pide humildes excusas a la poetisa y va a sentarse en un rincón de la sala. Parece que no ha pasado nada. La mujer sigue escribiendo. Yo me enamoro.

Mi encuentro con Stella fue fundamental. Gracias a ella pu-

de pasar del acto conceptual, creación mediante palabras e imágenes, al acto poético, poemas resultantes de una suma de tareas corporales. Stella, desafiando los prejuicios sociales, se comportaba como si el mundo fuera una materia dúctil que ella podía modelar a su antojo. Le pregunté al viejo barman si la conocía.

—Por supuesto joven, ¿quién no? Viene aquí muy a menudo a escribir y tomar cerveza. Antes formó parte de la policía secreta, donde aprendió a dar golpes de kárate. Luego se hizo periodista, pero la corrieron por contestataria. Ahora es poetisa. El crítico de *El Mercurio* nos dijo que era mejor que Gabriela Mistral. Probablemente se acostó con ella. Tenga cuidado joven, esa fiera le puede quebrar la nariz.

Temblando, la vi terminar un segundo litro de cerveza, llenar febril varias hojas de su cuaderno y por fin, altiva, salir a la calle. Con el mayor disimulo posible, la seguí. Me di cuenta de que ella andaba con los pies desnudos, teñidos de varios colores fomando un arcoiris que iba del rojo de las uñas hasta llegar, en los tobillos, al violeta. Tomó un autobús que recorría la ancha Alameda de las Delicias rumbo a la Estación Central. Subí y me senté delante de ella. Sentí su mirada en la nuca penetrándome como un estilete. La noche se convirtió en ensueño. Ir en el mismo vehículo con esa mujer era como avanzar hacia nuestra alma común. De pronto, después de una parada, cuando el autobús se puso en marcha, corrió hacia la puerta y se bajó en marcha. Yo, sorprendido, le rogué al chofer que se detuviera, cosa que hizo doscientos metros más lejos. Avancé hacia el punto donde Stella había descendido. Vi con sorpresa que se dirigía hacia mí haciéndome señas de que me detuviera. Con el corazón latiendo aterrado, me quedé inmóvil. Cerré los ojos y esperé el feroz puñetazo. Sus manos comenzaron a palparme el cuerpo, sin sensualidad. Luego me abrió la bragueta y examinó mi sexo, tal como un médico. Suspiró.

—¡Abre los ojos, mocoso! ¡Se ve que eres casto! Soy mucho para ti. Un avestruz no puede empollar un huevo de paloma. ¿Qué quieres?

—Me han dicho que usted escribe. Yo también. ¿Podría tener el honor de leer sus poemas? —sonrió. Vi que tenía un incisivo con un trozo quebrado, lo que le daba un aire de caníbal.

—¿Sólo te interesas en mi poesía? ¿Y mi culo y mis tetas, qué? ¡Hipócrita! ¿Tienes un poco de plata?

Escarbé en mis bolsillos. Encontré un billete de cinco pesos. Se lo mostré. Me lo arrebató.

—Junto al cine Alameda hay un café abierto toda la noche. Ven. Tengo hambre. Comeremos un sándwich y beberemos una cerveza.

Así lo hicimos. Abrió su cuaderno y, mascando pan con salchichón, los labios blanqueados por la espuma de la cerveza, comenzó a leer. Recitó durante una hora que para mí fueron diez. Nunca había escuchado una poesía así. Sentía cada frase como un navajazo. Esos versos se transformaban, en el instante mismo en que los oía, en heridas profundas pero placenteras. Escuchar a esa auténtica poetisa, liberada de la rima, de la métrica, de la moral, fue uno de los momentos más conmovedores de mi juventud. El lugar era sucio, feo, alumbrado por focos crueles y los parroquianos animalescos, sórdidos. Sin embargo, ante aquellas palabras sublimes, se transformó en un palacio habitado por ángeles. Tuve allí la prueba de que la poesía era un milagro que podía cambiar la visión del mundo. Y al cambiar la visión cambiaba también al objeto percibido. La revolución poética me pareció más importante que la revolución política. De aquella lectura me queda en la memoria, como un precioso resto de naufragio: «La mujer que amaba a las palomas en éxtasis de virgen y amamantaba lirios por la noche con su pezón dormido, soñaba adosada a la pared y todo parecía bello sin serlo». Cerró bruscamente el cuaderno y, sin querer escuchar mis palabras de admiración, se levantó, salió a la calle, me tomó del brazo y me condujo hacia la esquina próxima, cerca del Instituto Pedagógico. Una puerta estrecha era la entrada de la pensión donde le arrendaban un pequeño cuarto. Me sentó de un empujón sobre el peldaño de piedra que estaba ante la puerta, se arrodilló junto a mí y con sus

dientes afilados me atrapó la oreja derecha. Así permaneció, parecida a una pantera que mantiene a la presa en el hocico antes de triturarla. Miles de pensamientos acudieron a mi mente. «Puede estar loca, puede ser antropófaga, me somete a una prueba, quiere ver si soy capaz de sacrificar un pedazo de oreja para obtenerla a ella.» Y bien, decidí sacrificarlo: conocer a esa mujer bien valía tal mutilación. Me calmé, dejé de contraer mis músculos, me entregué al placer de sentir el contacto de sus labios húmedos. El tiempo pareció solidificarse. Ella no hizo ademán de soltarme. Por el contrario, apretó un poco más los dientes. Traté de recordar cuál era la farmacia de turno para correr, después de perder el pedazo, a comprar alcohol para desinfectar la herida y evitar una hemorragia. Milagrosamente fui salvado por un exhibicionista. Pasó ante nosotros, cubriéndose la cara con un periódico abierto, mostrando fuera de su bragueta un voluminoso falo. Stella me soltó para ahuyentarlo a patadas. El hombre, corriendo a todo lo que daban sus piernas, se disolvió en la noche. La poetisa, riendo, se sentó a mi lado, de un palmetazo limpió el sudor de una de mis manos y a la luz de un fósforo examinó mis líneas.

—Tienes talento, muchacho. Nos vamos a entender bien. Ven a mear.

Hizo que la acompañara a una iglesia cercana. Junto al portón había una escultura de San Ignacio de Loyola.

—Hazlo sobre el santo —me dijo arremangándose la falda—. Orinar y rezar son dos actos igualmente sagrados.

No tenía calzones y su cabellera pubiana era abundante. Así, de pie junto a mí, lanzó un grueso arco amarillo que fue a mojar el pecho de piedra del monje. Yo, con un chorro más delgado pero que llegaba más lejos, bañé la frente de la estatua.

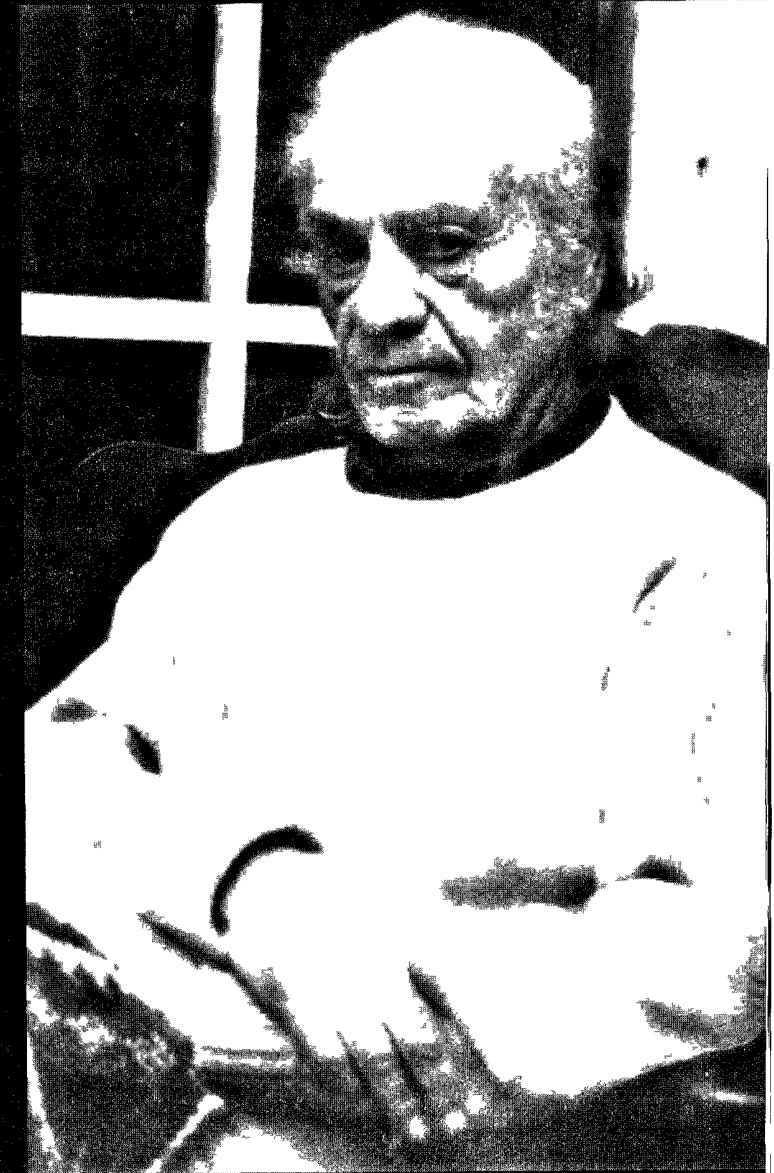
—Yo le calenté el corazón, tú lo coronaste, muchacho. Ahora vete a dormir. Te espero mañana, a medianoche, en el café Iris.

Me dio un rápido pero intenso beso en la boca, me encaminó hacia la Estación Central y cuando le di la espalda me pro-

pinó un puntapié en el trasero. Sin oponer resistencia, me dejé impulsar, di cuatro pasos rápidos, recuperé mi marcha normal y muy digno, sin voltear la cabeza, me alejé de ella.

Al día siguiente dejé pasar las horas, sin que ninguna de ellas me importara. Inmóvil iba yo avanzando a través de un tiempo plano, gris, un túnel vacío donde al final brillaba como una esplendorosa joya la ansiada medianoche. Llegué al café Iris a las doce en punto, trayendo escondido en el pecho el títere de Nicanor Parra. Regalo para Stella... Pero mi amada aún no había llegado. Pedí una cerveza. A las doce y media pedí otra. A la una, otra; a la una y media, otra; a las dos, otra y otra a las dos y media. Ebrio y triste la vi entrar, ufana, acompañada por un hombre más bajo que ella, con cara de boxeador y expresión socarrona común a esos rotos descendientes de soldado español e india violada. Lanzándome una mirada desafiante se sentó con, supuse, su amante, frente a mí. Ella y él, satisfechos, sonreían. Me puse furioso. Metí mi mano bajo el chaleco, extraje el muñeco y lo lancé en la mesa. «¡Que este Nicanor Parra sea tu maestro! Merecerías andar con un poeta de esa dimensión y no envilecerte con piojentos como el que ahora te acompaña. Si lees su genial poema *La Víbora* encontrarás tu retrato. Adiós para siempre.» Y dando tropezones, enredándome en las patas de las sillas, busqué la salida. Stella corrió detrás de mí y me devolvió a la mesa. Creí que el boxeador insultado iba a darme de puñetazos, pero no. Con una sonrisa me tendió la mano y me dijo: «Te agradezco lo que has dicho. Soy Nicanor Parra y la mujer que me inspiró *La Víbora* es Stella». Si bien es cierto que los rasgos de mi títere no se parecían a los del gran poeta, tuve la certeza de que, gracias a esa escultura, me había encontrado con él. El milagro era uno de los hilos con que estaba tejido el mundo. Parra, gentilmente, me dio su número telefónico, me hizo entender con una sola mirada que la poetisa no era su amante y que yo tenía muchas posibilidades de serlo, y se despidió de nosotros.

Frente a esa extravagante y hermosa mujer me quedé mudo.



Nicanor Parra.

La borrachera se me había disipado como por encanto. Ella me observó con intensidad de tigre, aspiró el humo de su pipa y lo sopló en mi cara. Me puse a toser. Lanzó una ronca carcajada que atrajo la atención de todo el mundo, luego se puso seria y con tono acusador afirmó: «¡No lo niegues, tienes un cu-chillo! ¡Dámelo!». Avergonzado, no queriendo contradecirla, escarbé en un bolsillo y saqué un modesto cortaplumas. Ella lo tomó, lo abrió, examinó la semioxidada hoja y preguntó cuál era mi nombre. Colocó su mano izquierda abierta apoyada en la superficie de la mesa y con el cortaplumas en la derecha se hizo tres heridas en el dorso que formaron una sangrante A. Lamió la hoja para limpiarle el plasma y empapada de su saliva me la entregó. Con rapidez vertiginosa calculé: «La A está formada por tres líneas rectas, lo que facilita los cortes. Si me tallo una S tendré que hacerme un herida sinuosa y larga, puedo cortarme una vena, no tengo una piel grasa como ella. ¿Qué hago? Me está sometiendo a una prueba. Voy a quedar como un tonto cobarde. Tengo que encontrar una solución elegante». Tomé su mano y lamí la herida, cinco, diez, infinitos minutos, hasta que ya no salió una gota de sangre más. Le ofrecí mi boca teñida de rojo. Ella me besó con pasión.

—Ven —me dijo—. Ya no nos vamos a separar más. Dormiremos de día y viviremos de noche, como los vampiros. Aún soy virgen. Haremos de todo menos la penetración. Mi himen lo guardo para un dios que bajará de las montañas.

Al salir a la calle me pidió de nuevo el cortaplumas. Se lo pasé temblando: con toda seguridad mi acto galante no había bastado para equilibrar los cortes de su mano. Con voz perentoria me dijo que metiera mi mano en el bolsillo izquierdo del pantalón y sacara el forro. Así lo hice. Ella, con gran destreza, cortó los hilos del fondo del bolsillo. Luego lo introdujo otra vez en el interior de mi pantalón. Metió allí su mano derecha y con firme delicadeza me empuñó los testículos y el pene.

—Desde ahora, cada vez que caminemos juntos tendré empuñadas tus partes secretas.

Así avanzamos por la Alameda de las Delicias, rumbo a su

guardia, sin decirnos una palabra. Comenzaba a amanecer. El último frío de la noche, en su agonía, se hizo más intenso. Sin embargo el calor que me comunicaba su mano, la misma que escribía tan admirables versos, invadía no sólo mi piel sino que, entrando a lo más profundo, encendía mi alma. Los pájaros comenzaban a cantar cuando llegamos a la puerta de la pensión.

—Quítate los zapatos. Los jubilados duermen hasta tarde. Cuando un ruido los despierta lanzan gritos de tortuga agonizante.

La escalera crujía, los escalones crujían, el piso apollado del pasillo crujía. La puerta del cuarto, al abrirse, lanzó un gemido fúnebre que fue coreado largamente por las tortugas, luego silencio.

—No vamos a encender la luz. Orfeo no debe ver desnuda a su amada, que yace en los infiernos.

En tres segundos me despojé de la ropa. Ella lo hizo lentamente. Oí el plaf pegajoso de su abrigo de piel de perro aplástandose en el suelo. Luego el susurro de su pequeña falda deslizándose por las piernas. Después el frote aceitoso de su camiseta y entonces, maravilloso recuerdo, la vi como si una lámpara de quinientos vatios la iluminara. El blancor de su piel era tan intenso que vencía a la oscuridad. Estatua de mármol, con sus grandes pezones rosados, su nimbo de crines rojas y por sobre todo esa rosa que le estallaba en el pubis. Nos abrazamos, nos dejamos caer en el lecho y, sin preocuparnos de los ruidos de acordeón enfermo que emitía el somier, nos estuvimos acariciando durante horas. Al llegar el día, el cuarto se llenó de una luz primero roja, luego anaranjada. Los ruidos de la calle, pasos, voces, tranvías, automóviles, más un zumbar de moscas, trataron de disipar nuestro encantamiento. Pero el deseo iba en aumento. La vagina, tanto como el ano y la boca, estaban vedados. En el interior de la sibila sólo podía entrar el dios de las montañas. Nos quedaban las caricias, que eran continuación, avanzando siempre, sin recordar dónde las habíamos empezado, sin desear alcanzar un final. Stella se fue poniendo tensa y, de pronto, en lugar de lanzar el grito del pla-

cer, apretó tanto los dientes que comenzaron a cruji. Aumentó ese ruido a tal punto que creí sentir que todos los huesos de su cuerpo estallaban. Así, como corolario de una tempestad pasional, viniendo del fondo de un océano de carne, emergía la estructura ósea, como un antiguo navío naufragado. Ella, satisfecha, me murmuró en la oreja: «Un esqueleto se ha sentado en mis pupilas y entre sus dientes me está mordiendo el alma». Luego, antes de dormirse incrustada en mi pecho, suspiró: «Le hemos dado un orgasmo a mi muerte».

Así comenzó y así siguió nuestra relación. Nos acostábamos a las seis de la mañana, nos acariciábamos por lo menos tres horas, dormíamos profundamente, yo a causa de la tensión nerviosa que me provocaba tan intensa mujer y ella por efectos de la mucha cerveza. Nos levantábamos a las diez de la noche. Como el dinero era un símbolo nefasto eliminado por la poetisa, mi tarea era alimentarla. Salía a la calle, tomaba el tranvía que iba hacia la avenida Matucana, usando mi llave penetraba en la casa de mis padres y, asegurado por el ritmo continuo de sus tremendos ronquidos, robaba alimentos de la despensa, un poco de dinero de la cartera materna y otro de los bolsillos paternos. Regresaba a la pensión, donde devorábamos todo, hasta las migas. El menor resto atraía una invasión de hormigas y cucarachas. A veces Stella, adrede, dejaba en el suelo los platos grasos, que al poco rato eran visitados por docenas de bichos negros. Ella los atravesaba con un alfiler y los clavaba en el muro. A la mancha compacta de cucarachas le había dado la forma de una Virgen. Un falo alado, también hecho con cucarachas, viniendo de las montañas, volaba hacia la santa. «Es la anunciación a María», me dijo orgullosa de su obra clavándole en el rostro, a manera de ojos, dos coleópteros verdes que nunca supe dónde los había conseguido.

Más o menos a medianoche, caminando sin que ella dejara de ir junto a mí con la mano en mi bolsillo, llegábamos al café Iris. El cacareo de los borrachos se interrumpía. Stella se ma-

quillaba en forma diferente cada vez, siempre espectacular. No faltaba un impertinente que se acercara, sin dignarse darme derecho a la existencia, para intentar seducirla mediante audaces manoseos. El puñetazo en el mentón cumplía su cometido. Los mozos se llevaban al insensato y lo devolvían a su mesa. Apenas se despertaba, curado de la borrachera, el hombre nos enviaba una botella de vino haciendo discretas señas de disculpa. Una vez dada la lección de la fiera, los hombres dejaban de lamerla con los ojos, para sumergirse en discusiones que nada tenían que ver con la razón. Continuamente se alzaba alguien y recitaba medio cantando un poema. Stella me metía algodones en las orejas, me obligaba a quedarme quieto, como un modelo posando para una pintora, y con los ojos fijos en los míos, sin mirar hacia el cuaderno, escribía a velocidad vertiginosa una página tras otra.

Una noche, cansado de esta inmovilidad le propuse un juego: observaríamos gente desconocida y, sin decirnos nada, cada uno en una hoja de papel escribiría el oficio de la persona, su carácter, su nivel social, su situación económica, su grado de inteligencia, su capacidad sexual, sus problemas emocionales, la constitución de su familia, sus posibles enfermedades, la muerte que le correspondería. Gran cantidad de veces nos dedicamos a este juego. Habíamos llegado a tal amalgama espiritual que las respuestas eran iguales. Esto no significa que acertáramos a hacer un retrato exacto del desconocido, eso no lo podíamos comprobar. Pero por lo menos sabíamos que entre nosotros dos había una comunicación telepática. Al cabo de cierto tiempo, cada vez que estábamos en presencia de alguien, bastaba que nos diéramos una fugaz mirada para saber cómo actuar.

Todo lo que es diferente atrae la atención del ciudadano común y también su agresión. Una pareja como la nuestra inquietaba, era un imán para los destructores, envidiosos de la felicidad ajena. El ambiente del café Iris se fue tornando insupportable. Los parroquianos comenzaron más y más a lanzarnos pullas, alabanzas agresivas, pensamientos socarrones, miradas embebidas de sexualidad grosera.

—Se acabó el Iris. Buscaremos un nuevo sitio —me dijo Stella.

—Pero ¿adónde vamos a ir? Es el único café abierto toda la noche.

—Me han dicho que hay un bar en la calle San Diego, El Loro Mudo, que no cierra hasta el alba.

—¡Estás loca Stella, es un lugar lóbrego, donde va la peor gente! Dicen que hay por lo menos una pelea a cuchillazos cada noche —no la pude convencer.

—¡Si Orfeo seduce a las fieras, nosotros podremos hacer cantar misa a ese loro mudo!

Pasada la medianoche, el vino había sumergido a los patibularios parroquianos de aquel tenebroso lugar en una torpeza vacuna. Mi llegada, llevando prendida del brazo a la poetisa maquillada más extravagante que nunca, no provocó ninguna reacción. Stella era tan diferente de las putas gastadas que allí varaban, un ser de otro planeta, que simplemente no fueron capaces de verla. Siguieron, como si nada, bebiendo. Ella, ofendida en su exhibicionismo, decidió beber de pie, junto a la barra. Yo, vestido normalmente, comencé poco a poco a ser notado. Al cabo de media hora, cuando la poetisa, habiendo terminado el primer litro de cerveza, pedía un segundo, se me acercaron cuatro individuos. Hice lo que pude para disimular el miedo que me embargaba, obligando a mi rostro a convertirse en una máscara inexpresiva. Arrojé un billete arrugado sobre el mesón y dije, con un tono natural pero lo bastante alto como para que el cuarteto me escuchara: «Cóbrese. Es el último que nos queda». Dejé el vuelto, unas cuantas monedas, en un platillo. Los cuatro curiosos, con todo cinismo, las tomaron y las sepultaron en sus bolsillos.

—¿Y usted, joven, de dónde es?

—Soy chileno, como ustedes. Lo que pasa es que mis abuelos fueron emigrantes, vinieron de Rusia.

—¿Ruso? ¿Camarada? —murmuraron socarrones—. ¿Y en qué trabaja?

—Bueno, no trabajo, soy artista, poeta...

—¡Ah, poeta, como el panzón Neruda! ¡Vamos, beba una copa con nosotros y recítenos un poema!

Stella seguía siendo invisible para ellos. Las miradas lúbricas se dirigían hacia mí. Tenían sexualidad de presidiarios. Un joven de piel blanca los excitaba. Tragué la copa de vino ácido. Me dispuse a improvisar unos versos. Los parroquianos fijaron su atención en mí...

*Donde hay orejas pero no hay un canto
en este mundo que se desvanece
y el ser se otorga a quien no lo merece
soy mucho más mis huellas que mis pasos.*

En medio de mi recitado vi que todos los ojos se desviaban hacia Stella, ya nadie se preocupaba de escucharme. Decidida a robarme el público, con el gran alfiler de un prendedor de pelo que había sacado de su cartera forrada de lentejuelas, mi amiga se estaba atravesando el brazo. Sin hacer un gesto de dolor empujó la aguja lentamente hasta que salió por otro lugar. Yo también estaba fascinado. No sabía que la poetisa tenía dotes de faquir. Cuando estuvo segura de haber capturado la atención de los parroquianos, comenzó a recitar un poema dándole un tono insultante al mismo tiempo que milímetro por milímetro se iba alzando la camiseta.

*¡Yo soy la vigilia, ustedes son los hombres castigados
los labradores de gestos oblicuos
que al engendrar falsos surcos
la semilla huyó despavorida!*

Mostró sus perfectos senos, acusando con los erguidos pezones, en un provocador movimiento semicircular, a los ofendidos borrachos. Si alguna vez en mi vida sentí que iba a defecar de miedo fue en aquella ocasión. Como un volcán que comienza una devastadora erupción, esos hombres oscuros se iban levantando, hundiendo sus manos en los bolsillos para

buscar el cuchillo que siempre llevaban. A ese odio se mezclaba un deseo bestial. Estábamos a punto de ser violados y destripados. Stella, que tenía una voz gruesa, masculina, inspiró una gran bocanada de aire y lanzó un atronador grito que paralizó por un instante a todo el mundo. «¡Alto, macacos, respeten a la vagina vengadora!» Yo aproveché el desconcierto para arrastrarla de un brazo y hacerla saltar conmigo por la ventana abierta. Corrimos hacia las iluminadas calles del centro como liebres perseguidas por una jauría furiosa.

Llegamos hasta la Alameda de las Delicias. A esas horas de la noche no se veía un alma. Apoyamos la espalda en el tronco de uno de los grandes árboles que se alineaban en el paseo, para recuperar el aliento. La poetisa, atacada de risa, se sacó del brazo el alfiler. Yo también, contagiado, comencé a estremecerme lanzando carcajadas. La alegría de pronto se desvaneció. Nos dimos cuenta de que una sombra extraña nos cubría. Levantamos la vista. Sobre nuestras cabezas, colgando de una rama, había una mujer ahorcada. La luz de un letrero de neón teñía de rojo la cabellera de la suicida. Vi en ello un signo... Por la muerta ya no podíamos hacer nada, nos alejamos rápidamente de allí para no tener líos con los carabineros. Al llegar a la puerta de la pensión me despedí de Stella.

—Necesito estar solo un tiempo. Me siento como un naufrago sin salvavidas en tu inmenso océano. Ya no sé quién soy. Me he convertido en un espejo que sólo refleja tu imagen. No puedo seguir habitando en el caos que fabricas. La mujer que se colgó del árbol la inventaste tú. Cada noche te asesinas porque sabes que vas a renacer, semejante a ti misma. Sin embargo puede que un día te despiertes siendo otra, en un cuerpo que no te mereces. Te lo ruego, permite que me recupere, dame unos días de soledad.

—Bien —dijo con una inesperada voz de niña—, nos veremos a las doce en punto de la noche, dentro de veintiocho días, un ciclo lunar, en el café Iris... Pero, antes de irte, acompáñame a orinar sobre San Ignacio de Loyola.

En esos veintiocho días, pretextando un agotamiento ner-

vioso, alimentándome sólo con frutas y chocolate, no salí del cuarto que me prestaron las Cereceda. Me sentía vacío. No podía escribir, ni pensar, ni sentir. Si me hubieran preguntado quién era, mi respuesta habría sido: «Soy un espejo quebrado en mil pedazos». Durante horas, durmiendo muy poco, fui pegando los fragmentos. Al cabo de ese ciclo lunar me sentí reconstruido. Sin embargo, me di cuenta, no me había encontrado a mí mismo, era otra vez el espejo de aquella mujer terrible.

Como un drogado necesitando su dosis, llegué al Iris. A las doce en punto de la noche, a pesar de que sabía que ella era capaz de llegar con horas de retraso. No fue así. Me esperaba, de pie junto a una ventana, con un sobrio abrigo militar y sin maquillaje. Así, desprovista de máscara, seguía conservando su belleza, pero ahora la expresión de su rostro deslavado era la de una santa. Con una voz tan suave que me recordó la de mi madre cuando venía a cantarme a la cuna, me dijo: «Soy una paloma mensajera entre tus manos. Déjame ir. El dios que estaba esperando ha bajado de las montañas. Ya no soy virgen. Estoy segura de que llevo en el vientre el niño perfecto que el destino me había prometido». Me mostró una aguja enhebrada con uno de sus largos cabellos. No pude impedirme lagrimear mientras me cosía el bolsillo. Cerré los ojos. Cuando los abrí Stella había desaparecido. La volví a ver cincuenta años más tarde, prisionera en otro cuerpo, una pequeña y dulce abuelita de corta cabellera gris.

Se me cayó el mundo. Volví a la casa de Matucana. Mis padres no me preguntaron nada. Jaime me pasó unos billetes. «A partir de ahora te voy a dar un sueldo semanal. La única obligación que tienes es la de ayudarme en la tienda los sábados, cada día hay más ladrones.» Mi madre me preparó un baño caliente y luego me sirvió un copioso desayuno. Vi en sus ojos la angustia de no comprenderme. Si yo era incomprensible, siendo parte de ellos, eso significaba que el mundo que tan sólidamente habían construido tenía una falla, un terreno poblado de locura que no coincidía con sus esquemas de la «realidad».

Les era absolutamente necesario considerar mi forma de actuar como un delirio. Para su propio equilibrio tenían que hacer entrar al loco en la camisa de fuerza de la «vida normal». Cuando se dieron cuenta de que no me podían doblegar, trataron de seducirme inspirándome pena. Y me la dieron. Durante varias semanas me sentí culpable, dudé de la poesía, me prometí no frustrar sus esperanzas, continuar mis estudios universitarios hasta obtener un diploma. Pero una noche, soñando, vi un alto muro en el que se formó una frase: «¡Suelta la presa, león, y emprende el vuelo!». Empaqueté unos cuantos libros, mis escritos, la poca ropa que tenía y regresé donde las Cereceda.

Me absorbí en la fabricación de mis muñecos. Como un ermitaño, pasaba el día encerrado en el cuarto dialogando con ellos y, sólo a altas horas de la noche, cuando mis anfitrionas y sus amigos dormían, iba a la cocina a comer un pedazo de chocolate. Cierta mañana llamaron a mi puerta, los golpes eran cortos, discretos, delicados. Me decidí a abrir. Vi una muchacha de baja estatura, con cabellos color ámbar y una expresión de ingenuidad que me conmovió profundamente. Sin embar go le pregunté con falsa brusquedad cómo se llamaba.

—Luz.

—¿Qué quieres?

—Dicen que haces unos muñecos muy lindos, ¿me dejas verlos? —se los mostré con gran placer. Eran cincuenta. Ella se los calzó en las manos, los hizo hablar, rió—. Tengo un amigo pintor al que le encantará ver lo que haces. Por favor, ven conmigo a mostrarle tus personajes.

Lo que sentí por Luz no tenía nada que ver con el amor o el deseo. Supe que para mí ella era un ángel, el polo opuesto de la luciferina Stella; en lugar de partir el venenoso mundo en mil pedazos, veía un caos de trozos sagrados a los cuales tenía el deber de juntar para reconstruir una pirámide. Luz venía a sacarme de mi encierro oscuro, conducirme al mundo luminoso y, una vez allí, desaparecer. Así fue. Luz y Stella eran dos visiones opuestas del mundo. Aunque ambas se sentían extran-

geras, fuera de él, una lo veía con lazos celestes, la otra le daba raíces en el infierno. Una deseaba mostrar las bondades haciéndose espejo de ellas, la otra, con igual actitud, quería reflejar las fallas. Las dos eran de una sola pieza, consecuentes con ellas mismas, cobras encantadoras de hombres, una deseando inocular el veneno del infinito, la otra el elixir de la eternidad.

El amigo de Luz, con toda evidencia enamorado perdidamente de ella, era un pintor maduro, con aspecto de profeta, melena larga y barba hasta medio pecho, llamado André Racz. Vivía en un viejo taller, mucho más largo que ancho, de por lo menos trescientos metros cuadrados. Se llegaba a él por un largo y oscuro pasadizo con piso de cemento en donde se oxidaban unos rieles, lo que daba al sitio la apariencia de una mina abandonada. Las pinturas y los grabados de Racz estaban basados en los Evangelios. El Cristo, con la misma fisonomía que el artista, predicaba, hacía milagros y era crucificado en la época contemporánea, en medio de automóviles y tranvías. Los soldados que lo torturaban vestían uniformes estilo alemán. Uno de ellos le daba con su pistola un tiro en el costado. La virgen María era siempre un retrato de Luz.

Fui sacando de la maleta mis títeres, uno por uno. Con la atención atrapada por la belleza de su amiga, apenas los miró. Luz, sin parecer darse cuenta de la molesta situación, sonreía, como esperando un milagro. ¡Y el milagro sucedió! Un muñeco, al que yo le había dado el papel secundario de vagabundo borracho, vestido con un abrigo parchado, larga melena y abundantes barbas, al surgir en aquel ambiente, lleno de cuadros religiosos, reveló su verdadera personalidad: era un Cristo. Y lo más sorprendente: con rasgos muy similares a los de André Racz. El pintor, entusiasmado como un niño, lo movió dialogando consigo mismo. Luz tomó las manitas del muñeco y comenzó a valsear con él. Racz, como una sombra, la siguió por todo el taller. Vi en su mirada perruna que deseaba que mi títere fuera de él para poder regalárselo a ella. Inmediatamente le dije: «Es un obsequio. Tómelo». Él, muy emocionado, me respon-

dió: «Muchacho, eres un mensajero divino. No has llegado hasta aquí por casualidad. Sin conocerme hiciste mi retrato. Acabo de comprar un boleto de avión para irme a Europa. Necesito poner una distancia abismal entre Luz y yo. Podría ser su abuelo. La estoy encadenando a un viejo. Sé que ella, mientras me recuerde, dormirá con el muñeco. Así será más fácil la ruptura. Éste es mi taller, en el pasé momentos inolvidables. Te lo regalo. No quiero abandonarlo en manos vulgares. Ahora vete, deseo despedirme a solas de mi Virgen». Salí a la calle como si emergiera de un sueño. Me pareció imposible que me regalaran, así de pronto, un taller en el que podría vivir como se me antojara. Pero era verdad: al día siguiente, Luz pasó a buscarme, me acompañó al taller, me dijo con cierta tristeza: «André me regaló todos sus cuadros, sin querer darme su nueva dirección», me entregó las llaves del local y se fue. Nunca más la volví a ver.

Así, de la noche a la mañana, en la calle Villavicencio, número 340, me encontré propietario de un inmenso espacio, quizás el local de una antigua fábrica, que por encontrarse en el extremo de un túnel largo de cien metros, estaba aislado de los vecinos. Allí, libremente, se podía hacer todo el ruido que se quisiera. Pensé que la finalidad suprema del artista era convertirse en creador de fiestas. Si la vida cotidiana parecía un infierno, si todo se resumía en dos palabras, «permanente impermanencia», si el futuro que se nos prometía era el triunfo de los verdugos, si Dios se había convertido en un billete de dólar, había que acatar lo que decía el Eclesiastés: «No hay cosa mejor para el hombre sino que coma y beba y que su alma se alegre». Las «Fiestas del Taller», una por semana, se hicieron muy conocidas. Venía gente de todas las clases sociales. En la puerta estaba escrita la frase de *El lobo estepario*, de Hesse: «Teatro mágico. La entrada cuesta la razón». Al lado de ella, un ex mendigo, el Patas de Humo, que acostumbraba dormir en el túnel y a quien yo le había dado el cargo de asistente, le pasaba un vaso lleno de vodka, un cuarto de litro, a cada invitado. Si no lo bebía de golpe, no podía entrar. Si aceptaba ese gran tra-

go, que lo emborrachaba de inmediato, el Patas de Humo tenía la misión de admitirlo dándole una cariñosa patada en el culo, fuera hombre o mujer, joven o viejo, obrero o diputado. Ya una vez adentro, no se bebía más, sólo se conversaba y se bailaba, pero no música popular sino clásica. La que más gustaba era *El lago de los cisnes*. En ese espacio tan lleno como un autobús a la salida del trabajo, se improvisaban grupos que imitaban con una gracia tremenda los gestos mecánicos de los ballets rusos. El encuentro de artistas con profesores universitarios o boxeadores o representantes de comercio, daba una mezcla explosiva. Como el trago estaba limitado sólo a ese cuarto de litro inicial, no había violencia y la fiesta se convertía en un juego paradisíaco. De vez en cuando, casi sin proponérselo, naturalmente, alguien se subía en una silla y se convertía en el centro. Eran cortas intervenciones, pero por su intensidad se hacían inolvidables. Un joven alumno de la Escuela de Leyes, a voz en cuello declara que su padre, un abogado famoso que vive recluido en su inmensa biblioteca, nunca le ha permitido leer uno de esos preciosos tratados, dejando siempre su cuarto de trabajo cerrado con llave.

—Pues bien, antes de venir a esta fiesta veo que mi padre está dormido frente a su escritorio, de bruces sobre unos papeles. Entro por primera vez en el recinto sagrado y con emoción intensa tomo uno de sus libros, y entonces... ¡Vean! —y el muchacho saca de la mochila que lleva en su espalda un lomo de libro—. ¡Todos los volúmenes eran falsos: una colección de lomos, nada más, ocultando armarios llenos de botellas de whisky! —luego se pone a gritar—: ¿Quiénes somos nosotros? ¿Dónde estamos nosotros? —para dejarse caer con los brazos en cruz entre su público.

Más tarde, un hombre maduro hace subir con él en la silla a una seductora jovencita. Declara, con lágrimas en los ojos:

—La esperé toda mi vida. Por fin la he encontrado. Quisiera cubrirla de caricias pero... —con la mano izquierda se quita la mano derecha, que es artificial, y la agita—: la perdí cuando era niño. Me acostumbré tanto a mi mano falsa que crecí sin dar-

me cuenta de que era manco. Hasta el día en que Margarita me ofrendó su cuerpo. Y yo, acariciador a medias, quisiera tener dos, tres, cuatro, ocho, infinitas manos para deslizarlas eternamente sobre su piel.

Veinte hombres levantan sus manos y colocándose en compacto grupo detrás del manco se hacen uno con él. La muchacha se deja acariciar por los doscientos cinco dedos... Otro caballero, de aspecto pulcro, voz grave y gestos mesurados, dando un sorpresivo grito se sube en los hombros de un joven, pide atención, cuando la obtiene se arranca la corbata y clama:

—¡Llevo veinte años casado, allí están mi mujer y mis dos hijos! ¡Estoy cansado de mentir! ¡Soy maricón! ¡Y el joven que me carga sobre sus espaldas es mi amante!

En 1948, sin saberlo, al considerar la creación de fiestas como la expresión suprema del arte, estaba descubriendo los principios del «efímero pánico», al que después los artistas llamaron «happening».

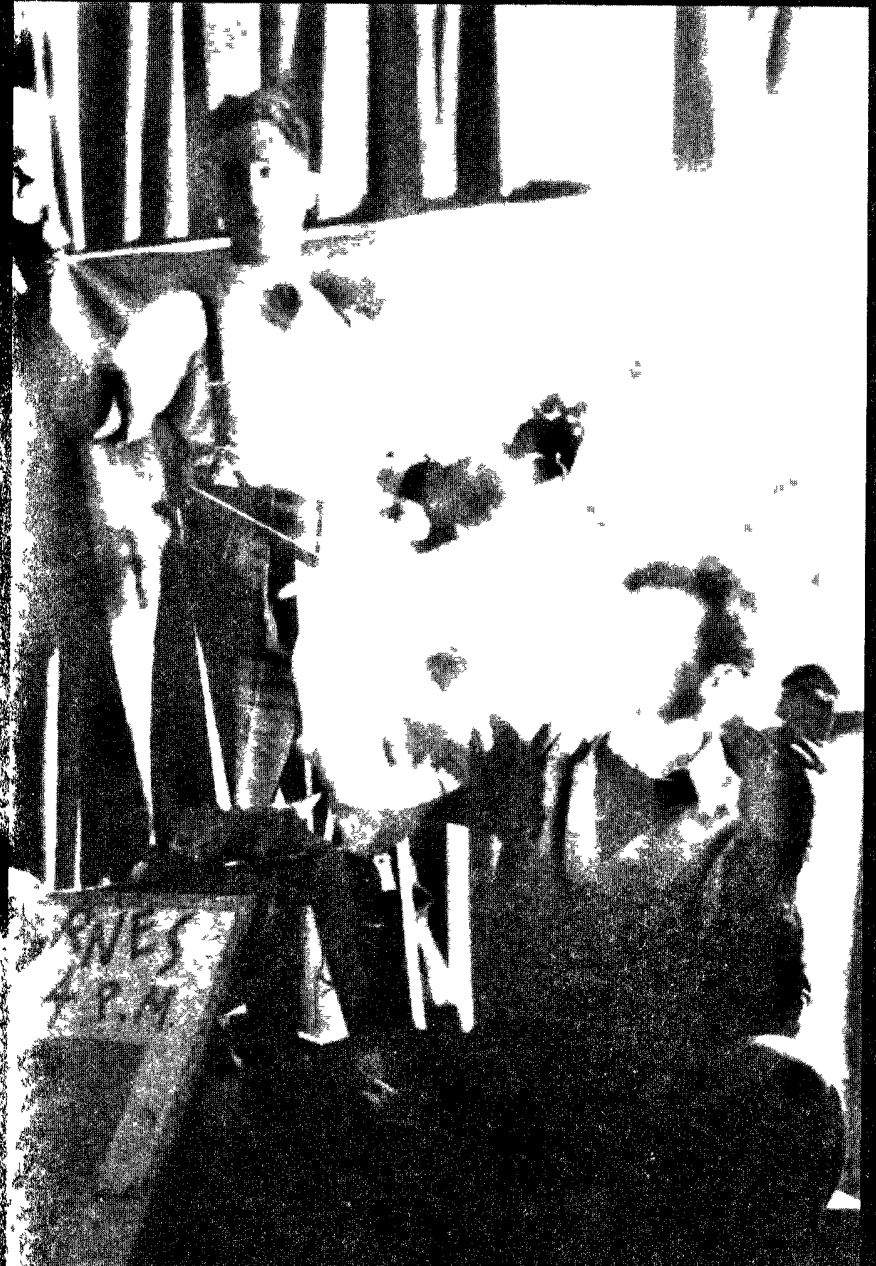
En cierta ocasión un joven de mi edad, 19 años, de mirada inteligente, cuerpo altivo y delgado, voz de barítono africano, manos de aristócrata, se subió en la silla de las confesiones y balanceándose como un metrónomo, después de colocarse un espejo oval como máscara, se puso a recitar un largo poema. Era Enrique Lihn. Ya a esa edad estaba habitado por el genio de la poesía. Su talento despertó en mí una gran admiración. Obtuve por unos amigos comunes su dirección y fui a buscarlo a la casa donde habitaba con sus padres, en el barrio Providencia, que en ese entonces era considerado como muy alejado del centro de la ciudad. Las calles estaban bordeadas de frondosos árboles y las casas eran pequeñas, de un solo piso, con patios donde crecían árboles frutales. Nervioso, hice resonar la mano de cobre que servía de llamador en la puerta. Me abrió el poeta. Con el ceño fruncido, gruñó:

—¡Ah, el organizador de fiestas! ¿Qué quieres?

—Quiero ser tu amigo.

—¿Eres homosexual?

Con Enrique Lihn en nuestro teatro de títeres, en 1949.
Foto: Ferrer.



-No.

-Entonces, ¿por qué quieres ser mi amigo?

-Porque admiro tu poesía.

-Comprendo, yo no cuento, lo que te interesa son mis versos. Entra.

Su cuarto era pequeño, su cama estrecha, su armario enano. Sin embargo aquello estaba convertido en un palacio: Lihn, con letras menudas, llenas de ángulos, había cubierto las paredes y el techo de poemas. También los postigos y los cristales de la ventana, los muebles, la puerta, las tablas del suelo, el pergamino de la lámpara. Y a esto se agregaban montones de hojas manuscritas, versos cubriendo el blanco de los libros; billetes de tranvía, boletos de cine, servilletas de papel, conteniendo a duras penas sus versos. Me sentí sumergido en un compacto mar de letras. Donde posaba mi mirada surgía un canto torturado pero hermoso.

-¡Que lástima, Enrique, esta obra maravillosa se va a perder!

-No importa: los sueños también se pierden y nosotros mismos, poco a poco, nos disolvemos. La poesía, sombra de un águila que vuela hacia el sol, no puede dejar huellas en la tierra. La oración que más complace a los dioses es el sacrificio. Un poema llega a su perfección, cual ave Fénix, cuando arde...

Al borde del vértigo comencé a ver las letras caminar por las paredes como un ejército de hormigas. Le propuse a Lihn que saliéramos a caminar.

El poeta tomó dos sombreros de su padre, estilo Maurice Chevalier, y un par de bastones, por si acaso nos agredían los cacos, y así, ensombrerados y embastonados, marchando enérgicamente, descendimos por la avenida Providencia. No puedo dejar de pensar que los nombres que el azar ofrece tienen un profundo mensaje. Nos topamos con un robusto árbol que crecía en medio de la vereda. Sin ponernos previamente de acuerdo, como si fuera la cosa más natural del mundo, trepa-

mos por el tronco y nos sentamos codo a codo sobre una gruesa rama. Allí nos quedamos conversando y discutiendo hasta el alba. Comenzamos por constatar que estábamos de acuerdo en que el lenguaje que nos habían enseñado transportaba ideas locas. En lugar de pensar correcto pensábamos torcido. Había que darles su verdadero sentido a los conceptos. Pasamos mucho rato haciéndolo. Recuerdo algunos ejemplos:

En vez de «nunca»: muy pocas veces. En vez de «siempre»: a menudo. «Infinito»: extensión desconocida. «Eternidad»: fin impensable. «Fracasar»: cambiar de actividad. «Me desilusionó»: lo imaginé erróneamente. «Yo sé»: yo creo. «Bello, feo»: Me gusta, no me gusta. «Así eres»: así te percibo. «Lo mío»: lo que ahora poseo. «Morir»: cambiar de forma... Luego, pasamos revista a las definiciones y llegamos a la conclusión de que era absurdo definir afirmando. En cambio era justo definir negando. «Felicidad»: estar cada día menos angustiado. «Generosidad»: ser menos egoísta. «Valentía»: ser menos cobarde. «Fuerza»: ser menos débil. Etc. Llegamos a la conclusión de que, a causa de ese lenguaje torcido, la sociedad entera vivía en un mundo plagado de situaciones grotescas. Grotesco, aparte de su definición en el diccionario como ridículo, extravagante o grosero, sería también una incomunicación inconsciente. Por ejemplo, el Papa creía estar en comunicación directa con un dios en verdad ciego, sordo y mudo. Un ciudadano, mientras era apaleado por los carabineros, pensaba que el Estado lo estaba protegiendo. Llevaban veinte años de matrimonio hablando, sin darse cuenta, un lenguaje él y otro lenguaje ella. Las peores situaciones grotescas: creerse conocer, creer saberlo todo sobre un tema, pensar haber juzgado con absoluta imparcialidad, creer amar y ser amado para siempre. En una conversación la gente pensaba una cosa y al tratar de comunicarla decía otra cosa. Su interlocutor escuchaba una cosa, pero comprendía otra. Al contestar no contestaba a aquello que el otro había pensado primero, ni siquiera a lo dicho, sino que contestaba a aquello que había comprendido. Total: una conversación de sordos que ni siquiera sabían escucharse a sí mis-

mos... Propuse, como solución a la comunicación grotesca, el acto poético. Siguió una encarnizada discusión que terminó con el impacto de los primeros rayos solares. Había dos formas de poesía: la escrita, que debía ser secreta, una especie de diario íntimo que necesitaba un mínimo número de lectores, creada para beneficio solamente del poeta, y la poesía de actos, que debía realizarse como un exorcismo social ante numerosos espectadores. El discutir estos temas sentados en la rama de un árbol les dio una importancia fundamental. Desde ese día Enrique y yo comenzamos a vernos muy a menudo y realizamos, durante tres o cuatro años, una gran cantidad de actos poéticos que formarían, sin yo saberlo entonces, la base de la terapia psicomágica.

Lo primero que nos propusimos en esa ciudad donde las calles a menudo se torcían en ángulos caprichosos, fue concertar una cita y llegar a ella andando en línea recta, sin desviarnos para nada. No digo que siempre tuvimos éxito. A veces encontramos obstáculos infranqueables o peligrosos, como, por ejemplo, aquella vez que penetramos por el camino descendente de un estacionamiento para automóviles. No hicimos caso del letrero «Recinto particular, prohibida la entrada». Avanzábamos, en éxtasis poético, por la húmeda penumbra cuando una jauría de perros bravos se lanzó hacia nosotros dando aterradoros ladridos. Dejando de lado toda dignidad, nos echamos a correr seguros de salir de allí con los pantalones destrozados. No sé por qué divina inspiración a Lihn se le ocurrió ponerse a ladrar con más ferocidad que los canes, mientras galopaba a cuatro patas. El terror le otorgó un volumen de voz descomunal. No tardé en imitarlo. En un instante, de perseguidos, pasamos a formar parte del grupo perseguidor. Los canes, deconcertados, no intentaron mordernos. Salimos del tenebroso subterráneo, sacudidos por carcajadas nerviosas pero con una sensación de triunfo. Esta aventura nos hizo comprender que identificándonos con las dificultades podíamos convertirlas en aliados. No resistir ni huir del problema, entrar en él, hacerse parte de él, usarlo como elemento de la liberación.

En algunas ocasiones nos insultaron porque, si en nuestro camino había un coche, nos encaramábamos y caminábamos por su techo. Un propietario furioso nos persiguió lanzándonos piedras. Sin embargo, muchas veces tuvimos la felicidad de lograr la línea recta. Frente a una casa, llamábamos al timbre, pedíamos permiso, entrábamos por la puerta y salíamos por donde podíamos, aunque fuera por una estrecha ventana. Lo importante era, con actitud de flecha, seguir la línea recta. Tuvimos la suerte de que en ese entonces Chile fuera un país poético. Decir «Somos jóvenes poetas en acción» era provocar una sonrisa hasta en los rostros más severos. Muchas amables señoras nos acompañaron en la travesía de su hogar y nos hicieron salir por la puerta trasera. Siempre nos ofrecieron un vaso de vino... Esta travesía de la ciudad en línea recta fue para nosotros una experiencia fundamental, porque nos enseñó a vencer los obstáculos haciéndolos participar en la obra de arte. Era como si, una vez decidido el acto, la realidad entera danzara con él.

Poco a poco, fuimos cometiendo actos que involucraban más participantes. Un día, metimos gran cantidad de monedas en una caja de galletas agujereada y recorrimos el centro de la ciudad, dejándolas caer. ¡Era extraordinario ver a la gente bien vestida, olvidando su dignidad, agacharse febril a nuestro paso, la calle entera con la espalda doblada! También decidimos crear nuestra propia ciudad imaginaria junto a la ciudad real. Para ello teníamos que proceder a inauguraciones. Nos colocábamos al pie de una estatua o de cualquier monumento célebre, previamente cubierto, entero o en parte, por algunas sábanas, y efectuábamos una ceremonia de inauguración según los dictados de nuestra fantasía. Al descorrer la tela aplaudíamos y le dábamos al monigote un sentido diferente al de su historia real. Por ejemplo, aplaudimos al héroe naval Arturo Prat porque, al saltar al abordaje y recibir en la cabeza el machetazo que le diera el cocinero del barco enemigo, se había iluminado e inventado en su agonía la receta de las empana-

das al horno. De otro padre de la patria se alababa el que hubiera vencido al ejército enemigo usando como arma el amor, enviando al invasor una horda de expertas prostitutas entre las cuales, por idealismo patriótico, se contaban sus hermanas, su madre y sus dos abuelas. Así, con estas jocosas inauguraciones nocturnas, regadas por abundante vino, les dimos otro sentido a los bancos, a las iglesias, a los edificios gubernamentales. Le cambiamos el nombre a una gran cantidad de calles. Lihn decía habitar en «Mal de Amores» esquina con «Avenida del Dios Que En Mí No Cree». Cuando otros amigos se sumaron a los actos poéticos presentamos una gran exposición de perros, suplantando a los canes por cualquier objeto. Un poeta desfilaba, por ejemplo, arrastrando una maleta y afirmando, para hacer valer a su «animal», que al no tener patas no podía clavarse espinas, lo que economizaba mucho gasto veterinario. En el desfile vimos al perro-lámpara (puedes leer toda la noche junto a él sin peligro de que te orine); el perro-calzoncillo de piernas largas (mejor que un galgo); el perro-tarro de basuras (en lugar de hacer inmundicias las recoge); el perro-carabina (muy buen guardián); el perro-billete de banco (es muy simpático y nos atrae muchos amigos); etc. Otra vez decidimos que el dinero podía ser transformado. En lugar de monedas usaríamos camarones hervidos. Cuando le pusimos en la mano al revisor que nos cobraba el billete del autobús uno de estos rojos animales, no supo cómo reaccionar y nos dejó viajar sin problemas. Para entrar en un salón de baile pagamos la entrada con una concha marina. Muchas veces íbamos al Museo de Bellas Artes, nos parábamos ante los cuadros e imitábamos las voces de los personajes, atribuyéndoles toda clase de discursos absurdos. Adquirimos tanta perfección en esta actividad que al final fuimos capaces de hacer hablar a una pintura abstracta. A veces Lihn y yo nos fijábamos objetivos que, por su simpleza, se hacían extraños: cuando nos hartábamos de la Universidad, íbamos a Valparaíso en tren, decididos a no regresar hasta que una anciana nos invitara a tomar una taza de té. En busca de esta anfitriona, que comparábamos a las magas de los cuentos

de hadas, recorriamos las abigarradas calles de los cerros del puerto. Fingiendo un cansancio extremo, caminábamos apoyados el uno en el otro, recitando poemas. No faltaba una señora que nos ofreciera un vaso de agua. La convencíamos de que era mejor darnos un té. Conseguido el objetivo, regresábamos triunfantes a la capital.

Otro día, acompañados de cuatro poetas, todos muy bien vestidos, entramos en un restaurante francés. Pedimos filetes a la pimienta. Cuando nos los trajeron, nos frotamos con ellos los trajes, empapándolos en salsa. Terminada la operación pedimos lo mismo y repetimos el acto. Y así, seis veces, hasta que todo el restaurante trepidaba, presa de una especie de pánico. Cada uno de nosotros, sacando una cuerda del bolsillo, se hizo un collar de seis filetes. Pagamos y salimos tranquilos, como si lo que habíamos hecho fuese la cosa más natural del mundo. Un año después volvimos al mismo establecimiento y el jefe de los camareros nos dijo: «Si piensan hacer como el otro día, no los podemos admitir». El acto lo había impresionado de tal modo que, a pesar de haber transcurrido tanto tiempo, le parecía que nos había visto la semana anterior... Otra vez decidimos anunciar la llegada de un sabio sufí, al que bautizamos Assis Namur. Repartimos panfletos que decían: «Mañana, a las cinco de la tarde, a los pies de la virgen del cerro San Cristóbal, el santo Assis Namur-el-pobre, después de un supremo esfuerzo, llegará a la indiferencia». Tomamos el funicular, nos sentamos a los pies de la gigantesca Virgen. Lihn, enrollado en una sábana, en posición de meditación, con un lápiz para cejas, se escribió un rotundo «¡No!» en la frente. Esperamos horas. No llegó nadie. Sin embargo, al día siguiente, apareció un pequeño artículo en el *Diario de la Tarde*, relatando que el famoso sheik Assis Namur había visitado Santiago de Chile.

Con nuestros actos poéticos pretendíamos poner en evidencia la cualidad imprevisible de la realidad. En una reunión de la Academia Literaria, Lihn y yo comenzamos, dando gritos de horror, a sacarnos de todos los bolsillos carne picada para bom-

bardear con ella a los dignos asistentes. Se formó un pánico colectivo. Para nosotros la poesía era una convulsión, un terremoto. Debía denunciar las apariencias, desenmascarar la falsedad y cuestionar los convencionalismos. Frente a una terraza de un café, vestidos de mendigos, sacamos un violín y una guitarra como si fuésemos a tocar. Rompimos los instrumentos musicales estrellándolos contra la acera. Le dimos una moneda a cada parroquiano y nos fuimos. En la conferencia de un profesor de literatura, en el salón central de la Universidad de Chile, con trajes de explorador, nos acercamos gateando a la mesa del orador y, con melodramáticos quejidos de sed, nos peleamos por beber el agua de la clásica botella. Disfrazados de ciegos y llorando a gritos, hicimos cola para entrar en un cine. En un acto de homenaje a las madres, el 10 de mayo, vestidos de esmoquin cantamos una canción de cuna derramándonos en la cabeza varias botellas de leche. El entusiasmo juvenil, sin embargo, nos hizo cometer algunos graves errores. Fuimos a la Facultad de Medicina y, con la complicidad de amigos estudiantes, robamos los brazos de un cadáver. Lihn uno y yo el otro, nos los metimos en una manga del abrigo. Luego nos dedicamos a saludar a la gente dándoles la mano muerta. Nadie se atrevía a comentar que estaba dura y fría porque no querían enfrentarse al hecho bruto de ese miembro muerto. Cuando terminamos el juego macabro, arrojamos los brazos al río Mapocho sin pensar en las consecuencias y sin respetar al ser humano que los había poseído. Este sentimiento de libertad nos condujo al crimen. En las orillas del río Mapocho, en aquel entonces agrestes, una colonia de hormigas había fabricado su escultural ciudad. Enrique y yo citamos en esas laderas a un grupo de artistas prometiéndoles una «comedia ejemplar». Pusimos sillas plegables alrededor del hormiguero. Llegamos vestidos de soldados. Avanzamos haciendo resonar las botas con el paso del ganso, saludando a la manera nazi, y pisoteamos el nido haciendo una matanza de millares de insectos. Éstos, enloquecidos, se extendieron como una mancha negra bajo los pies de los espectadores que, asqueados, comenzaron a zapatear. Si bien es cierto que todos com-

prendieron lo bien fundado de nuestro mensaje, no por eso dejábamos de ser unos crueles asesinos de hormigas. Nos sentimos afectados por esta experiencia y eso hizo que nos interrogáramos seriamente. ¿Cuál es la definición de un acto poético? Debe ser bello, impregnado de una cualidad onírica, prescindir de toda justificación, crear otra realidad en el seno mismo de la realidad ordinaria. Permite trascender a otro plano. Abre la puerta de una dimensión nueva, alcanza un valor purificador... Por ello, al proponernos realizar un acto diferente de las acciones ordinarias y codificadas, era necesario que midiéramos de antemano las consecuencias. Debía ser una fisura vital en el orden petrificado que perpetuaba la sociedad, no la manifestación compulsiva de una rebelión ciega. Era esencial desconfiar de las energías negativas que podía liberar un gesto insensato. Comprendimos por qué André Breton se había excusado tanto después de declarar, cediendo al entusiasmo, que el verdadero acto surrealista consistía en salir a la calle blandiendo un revólver para matar a cualquier desconocido... El acto poético, gratuito, debería permitir manifestar con bondad y belleza energías creativas normalmente reprimidas o latentes en nosotros. El acto irracional era una puerta abierta al vandalismo, a la violencia. Cuando la multitud se enardece, cuando las manifestaciones degeneran y la gente incendia automóviles y rompe cristales, se asiste también a una liberación de energías reprimidas. Pero aquello no merece el nombre de acto poético... Un haiku japonés nos dio una clave: el alumno le muestra al maestro su poema:

*Una mariposa:
le quito las alas.
¡Obtengo un pimiento!*

La respuesta del maestro es inmediata.

—No, no es eso. Escucha:

Un pimiento:

{ *le agrego unas alas.*
¡*Obtengo una mariposa!*

La lección era clara: el acto poético debía ser siempre positivo, buscar la construcción y no la destrucción.

Pasamos revista a los actos que habíamos ejecutado. Muchos de ellos no eran sino reacciones rencorosas hacia una sociedad que considerábamos vulgar, o simulacros más o menos torpes de un acto digno de llamarse poético. Vimos claramente que el día que invadimos la tienda de mi padre —perseguidos por Assis Namur que clamaba que Jaime era santo porque vendía un precioso vacío— para abrir una caja y mostrar que no contenía nada, hubiéramos debido llegar en procesión con un saco de calcetines y llenarla, para que su sueño de comerciante se hiciera realidad. En lugar de poner tierra con lombrices entre las piernas de mis padres, hubiera tenido que llenar la cama con monedas de chocolate. En lugar de observar en la oscuridad, como una fiera, el sexo de mi hermana dormida, con inmensa delicadeza debería haber colocado entre esos labios una perla. En lugar de cortarle los brazos al muerto, debimos pintarlo de dorado, vestirlo con una túnica violeta, ponerle melena y barba y agregarle una corona de focos eléctricos para convertirlo en un Cristo. Debimos colocar junto al hormiguero una virgen de yeso untada de miel para que las hormigas la cubrieran dándole una piel viviente...

Después de esta toma de conciencia no tuvimos remordimientos. El error es disculpable, mientras se cometa una sola vez y en una sincera búsqueda de conocimiento. Aquellas atrocidades nos habían abierto la vía del verdadero acto poético. Decidimos crear uno para el consagrado Pablo Neruda. Se sabía que regresaría de Europa en una fecha muy precisa, durante la primavera. Habíamos conocido a un caballero cuya pasión era cultivar mariposas. Conocía a fondo las costumbres de esos insectos y sabía criar sus larvas. Lo hicimos cómplice de nuestro acto. Fuimos con él a Isla Negra, playa donde el poeta

había construido un refugio uniendo varias casas, entre las que emergía una torre. Lihn, con aire de mago, introdujo en la antigua chapa una llave vieja, al parecer un recuerdo de su abuela, y sin hacer el menor esfuerzo la hizo girar. ¡Se abrió la puerta del antro sagrado! A pesar de que sabíamos que en esa época allí no habitaba nadie, entramos andando sobre la punta de los pies, con miedo de despertar quién sabe qué musa terrible. Los cuartos estaban llenos de hermosos y extraños objetos: colecciones de botellas de todos los tipos, mascarones de proa con rostros encendidos por el delirio, piedras estrafalarias, enormes conchas de mar, libros antiguos, bolas de cristal, tambores primitivos, cajas molidoras de café, todo tipo de espuelas, muñecos folklóricos, autómatas, etc. Era un museo encantador formado por el niño que habitaba en el alma del poeta. Con respeto religioso no tocamos nada. Nos movimos poco, más que andar nos deslizamos esquivando los objetos. El cultivador de mariposas, cargando sus paquetes, tieso como una estatua, apenas se atrevía a respirar. De pronto Enrique fue poseído por una energía angélica que le hizo perder gran parte de su peso. Comenzó a saltar sin el menor esfuerzo, entonando una canción compuesta de sonidos ininteligibles, que sonaban entre árabe y sánscrito. Lo vimos bailar como si su cuerpo hubiera perdido los huesos, sus equilibrios eran fantásticos, más y más osados, más y más cerca de los preciosos objetos. Cuando llegó al paroxismo se agitaba tan rápido que parecía tener cientos de miembros. No rompió nada. Todo permaneció en su sitio. Terminada la danza, nos arrodillamos meditando mientras el caballero colocaba en rincones estratégicos sus larvas. Terminada su tarea, emprendimos el regreso a Santiago. El cultivador nos aseguró que, cuando Neruda entrara en su casa, de todos los rincones surgirían nubes de mariposas.

Antes de lanzar en 1953 mi libreta de direcciones al mar, tomar un barco en Valparaíso, cuarta clase en dormitorio colectivo, y partir hacia París con sólo cien dólares en el bolsillo, decidido a nunca más regresar, no porque no amara Chile o a

mis amigos (me dolió profundamente cortar todos los lazos), sino para vivir a fondo la idea de que el poeta debe ser un árbol que convierte sus ramas en raíces celestes, realicé dos actos poéticos, uno en compañía de Lihn y el otro solo, que afectaron profundamente mi carácter.

En una librería que no por azar se llamaba Dédalo, Enrique y yo presentamos una obra de títeres de Federico García Lorca en nuestro teatrillo, que llamamos El Bululú. Domar a mi amigo poeta para que ensayara, sacándolo de los brazos de Baco, fue una tarea ciclópea. Por suerte fuimos alentados por nuestras novias y sus hermanas, que pacientemente cosieron todos los trajes. El día de la representación, el público, la mayoría españoles refugiados de la guerra civil, llenó el lugar y no escatimó sus aplausos. A pesar de que el precio de la entrada era módico nos tocó una buena cantidad de dinero. Eufóricos por el éxito, después de repetidos brindis, decidimos alquilar uno de esos coches abiertos tirados por un caballo, llamados «victoria», como hacían las parejas románticas y los turistas. Le preguntamos al cochero qué recorrido haría a cambio de la suma que habíamos ganado. Nos propuso un paseo de cinco kilómetros por las calles más bellas del centro y sus alrededores. Aceptamos, pero en lugar de viajar cómodamente sentados, corrimos detrás de la victoria. (Es decir, perseguimos a la fama.) En los últimos trescientos metros, la alcanzamos y terminamos el recorrido sentados y alzando los brazos como si fuéramos campeones... En forma intuitiva habíamos descubierto que el inconsciente acepta como reales hechos que son metafóricos. Ese acto, al parecer absurdo, excéntrico, era un contrato que hacíamos con nosotros mismos: invertiríamos nuestra energía en la obra, nos daríamos el trabajo de perseguir la victoria, no seríamos perdedores sino ganadores. Enrique Lihn dedicó toda su vida al arte, perfeccionó su obra sin cesar, falleció a los 59 años. Es considerado como uno de los grandes poetas chilenos. El último verso que escribió, en su lecho de enfermo, fue: «...desovilla el ovillo de la muerte con sus manos que se dirían de ángel».

El segundo acto poético, cuando estaba preparándome para partir y la despedida que me ofrecían mis amigos en el Café del Tango, frente a la Alameda de las Delicias, se prolongaba, oímos un creciente rumor, algo así como si se aproximara una ola gigantesca. Nosotros, los jóvenes artistas, que vivíamos aislados en nuestra esfera idealista, sin que nos importara para nada la vulgar política, no nos habíamos dado cuenta de que el país estaba votando para elegir a un nuevo presidente. El candidato popular, en esa votación democrática, absurdo fenómeno histórico, era el ex dictador militar Carlos Ibáñez del Campo. Y ahora, por segunda vez, y por su propia voluntad, el pueblo le había dado el mando. La marejada atronadora estaba compuesta por unos cien mil individuos que subían desde la paupérrima Estación Central hacia los barrios encopetados proclamando el triunfo. Era un oscuro río de hormigas eufóricas y borrachas que invadía la ancha avenida. Picado no sé por qué bicho, me levanté de un salto y lleno de una alegría incontenible corrí hacia la Alameda, me paré en medio de ella y esperé que llegara hasta mí la marabunta. Cuando tuve a pocos metros la primera línea de vociferantes me puse a gritar a voz en cuello, sin pensar un segundo en las peligrosas consecuencias: «¡Muera Ibáñez!». Ya no era David contra Goliat, era una pulga contra King Kong. ¿Cómo se me pudo ocurrir enfrentarme a cien mil individuos? En estado de éxtasis, extranjero a mi cuerpo y por lo tanto al miedo, grité y grité, hasta enronquecer, insultando al nuevo presidente. El río no reaccionó. Mi acto era tan insensato que se les hizo impensable. Simplemente me integraron al triunfo. Yo era uno de ellos, un ciudadano más que vitoreaba a su nuevo mandatario. En lugar de «muera» oyeron «viva». Mientras el torrente humano pasaba alrededor de mí, yo, ahí, de pie, parecido a un salmón desafiando a la corriente, me di cuenta de que no estaba haciendo aquello porque quería morir, sino, bien al contrario, porque, sobre todo, quería vivir, es decir, sobrevivir sin ser tragado por ese mundo prosaico. Sin embargo el tal mundo prosaico, por lo irracional, tiene destellos surrealistas. La gente que avanzaba

no iba gritando «Viva Ibáñez» sino «Viva el Caballo». El candidato ganador había comenzado su carrera como oficial de caballería y porque hablaba poco y tenía unos dientes anormalmente grandes, el pueblo lo llamaba el Caballo. Quizás por eso gobernó el país a coces.

Mis amigos, que al principio creyeron que había corrido a vomitar al baño, se inquietaron por mi desaparición, salieron a buscarme a la calle y me divisaron parado vociferando contra todos en medio del desfile. Pálidos, llegaron hasta mí y me sacaron en andas. Me desplomé en el café sobre una mesa, con el resuello cortado. El cuerpo me dolía entero, como si me hubieran dado una paliza. Luego me acometió una risa nerviosa y un temblor intenso. Me calmaron lanzándome en el rostro el agua de una jarra. El Alejandro que se calmó ya no era el mismo. Se había despertado en su interior una fuerza que le permitiría remontar muchas corrientes adversas. Años más tarde apliqué esta experiencia a la terapia: no se puede sanar a alguien, sólo se le puede enseñar a sanarse a sí mismo.

El teatro como religión

Antes de 1929, el norte de Chile atraía aventureros de todo el mundo. Aún los alemanes no habían inventado el salitre sintético, y al salitre natural se le llamaba oro blanco. Los barcos extranjeros venían a cargar millares de kilos de esa materia ambigua, doble, andrógina, que por un lado, en su cualidad de potente abono, era aliada de la vida y por otro, el más codiciado, sirviendo para fabricar explosivos, aliada de la muerte. En ese mundo de mineros corría el dinero a raudales. En Iquique, Antofagasta y Tocopilla, prosperaban los bares, los barrios de prostitutas y los artistas. En las aldeas mineras se construían enormes teatros. Todo tipo de compañías visitaban esa nueva California. Vinieron grandes cantantes de ópera, bailarinas como Anna Pavlova o lujosos espectáculos de variedades. Justo al nacer yo, no sólo se derrumbó la Bolsa en Estados Unidos, sino que el salitre sintético comenzó a venderse a mucho menos precio que el de la región norteña. Las minas y las ciudades que se alimentaban de ellas entraron en una lenta agonía. Sin embargo, a pesar de la crisis económica, por una especie de inercia, algunas compañías, por supuesto más modestas, siguieron visitando esas salas que, por falta de cuidados, poco a poco se iban desmoronando. El Teatro Municipal de Tocopilla, transformado en cine, de tiempo en tiempo, sobre todo en invierno, estación ideal por la ausencia de lluvias, alzaba la

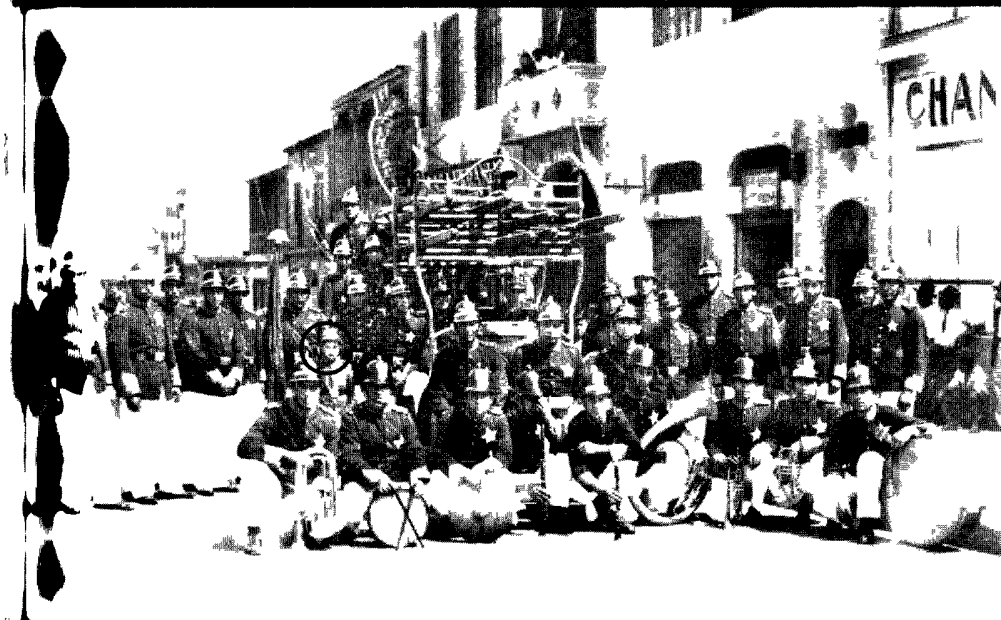
pantalla blanca dejando al descubierto un amplio escenario. Muchos espectáculos se presentaron allí. Cada uno me enseñó algo. No digo que con mi cerebro infantil tradujera este conocimiento en palabras. Mi intuición lo absorbió como semillas, que lentamente, con el transcurso de los años, fueron desarrollándose, cambiando mi percepción del mundo, guiando mis acciones y, al fin, manifestándose en la Psicomagia. Aparte de Fu-Manchú, el prestidigitador que describí en un capítulo precedente, pude maravillarme viendo a Tinny Griffy, una inmensa gringa de por lo menos trescientos kilos, que cantaba, actuaba y bailaba zapateando vestida como Shirley Temple. El escenario, corroído por el ambiente salino, no resistió tal peso y la gorda se hundió. Un grupo compacto de hombres, como hormigas cargando un escarabajo, la sacaron en andas y la depositaron en el taxi que la llevaría al hospital de Antofagasta, a cien kilómetros de distancia. Tinny Griffy, para caber en el asiento trasero, tuvo que sacar por una ventanilla sus dos piernas, semejantes a inmensos jamones. Aprendí que entre nuestros gestos y el mundo hay una estrecha relación. Si se sobrepasa la resistencia del medio, éste, al ser destruido, al mismo tiempo nos destruye. Lo que le hacemos al mundo nos lo hacemos a nosotros mismos. También llegó un espectáculo de perros. Canes de todas las razas y en gran número, vestidos como seres humanos: la muchacha buena, su novio, el malo, la seductora, el payaso, etc. Durante hora y media vi un universo donde los perros habían suplantado a la raza humana, imaginé, quizás diezmada por una peste. Cuando salí del teatro, la calle me pareció poblada de animales vestidos con ropas humanas. No sólo perros, también tigres, avestruces, ratas, buitres, ranas. A esa temprana edad se me hizo evidente la peli-grosa parte animal de cada psiquismo... Vino también el maravilloso Leopoldo Frégoli. El hombre interpretaba a toda una compañía, cambiándose vertiginosamente de trajes. Podía ser gordo o flaco, mujer u hombre, sublime o ridículo. Su espectáculo me hizo comprender que yo no era uno, sino varios. Mi alma semejava un escenario donde habitaban incontables

personajes luchando por apoderarse del mando. La personalidad era un asunto de elección. Podíamos elegir ser lo que quisiéramos. Vino una familia, padre y madre más catorce hijos. Eran italianos. Los niños, tan domados como los canes, bailaban, hacían acrobacias, equilibrios, malabarismos, cantaban. El que más me gustó fue un niño de 3 años vestido de policía que les daba de macanazos a culpables e inocentes. Gracias a ellos pude comprender que la salud de una familia consiste en realizar una obra en común, que no hay un foso que separe a las generaciones, que la revuelta de los hijos contra los padres debe ser suplantada por la absorción de un conocimiento siempre, claro está, que la generación precedente se dé el trabajo de expandir su conciencia y transmitir lo adquirido. Por otra parte, viendo a esos pequeños disfrazados de adultos, pude darme cuenta de que el niño nunca muere, de que cada ser humano, si no ha hecho su trabajo espiritual, es un niño disfrazado de adulto. Es maravilloso ser niño cuando se es niño y terrible que en la temprana edad se nos obligue a ser adultos. También es terrible ser niño cuando se es adulto. Madurar es colocar al niño en su sitio, dejarlo vivir en nosotros pero no como amo sino como seguidor. Él nos aporta el asombro cotidiano, la pureza de la intención, el juego generador, pero en ningún caso debe convertirse en tirano.

Creo también que la fascinación por el teatro entró en mi alma gracias a tres acontecimientos que marcaron profundamente mi alma infantil. Participé en el entierro de un bombero, vi un ataque epiléptico y escuché cantar al príncipe chino.

Como la Casa Ukrania estaba al lado del cuartel de los bomberos, mi padre, para matar su aburrimiento, no tardó en inscribirse en la Primera Compañía. En ese pueblo tan pequeño, los incendios eran escasos, a lo más uno por año. Ser bombero entonces se convertía en una actividad social, un desfile cada aniversario de la fundación de la Compañía, algunos bailes benéficos, ejercicios públicos para probar los equipos, campeonatos de fútbol intercompañías (había tres) y presentación de

su orquesta los domingos en el kiosco de la plaza. Cuando reunieron los fondos para comprar un flamante carro, los bomberos vistieron su traje de parada, pantalón blanco y chaqueta roja con una estrella de cinco puntas sobre el corazón, y se sacaron una fotografía en grupo. Mi padre me propuso como mascota. La idea fue aceptada y yo me vi, a los 6 años, convertido como por arte de magia en bombero. Por esa continua danza de la realidad, apenas estalló el fogonazo que inmortalizaría a la Compañía, estalló en el barrio de los pobres un incendio. Así, con los uniformes de lujo, cubriendo el camión con un racimo blanquirrojo partió la Compañía hacia el siniestro. Sin que nadie me invitara, me colé entre ellos. No apagué ninguna llama pero se me encomendó la sagrada tarea de vigilar las hachas porque la población indigente era capaz, mientras los bomberos luchaban por salvarlos del fuego, de robar no sólo las hachas sino también las ruedas, las escaleras, las mangueras, las tuercas y los tornillos de la lujosa máquina. Cuando acabaron de extinguir al enemigo, se dieron cuenta de que faltaba el comandante de la Compañía: lo arrancaron de los escombros convertido en algo negro. Velaron ese cadáver en el cuartel, dentro de un ataúd blanco cubierto de flores anaranjadas y rojas que simbolizaban las llamas. A media noche lo sacaron de allí para llevarlo, en un solemne desfile, hacia el cementerio. Nunca un espectáculo me había impresionado tanto, sentí orgullo de participar, pena por los deudos y, sobre todo, terror. Era la primera vez que me paseaba a esas horas de la noche por la calle. Ver a mi mundo cubierto de sombras me reveló el lado oscuro de la vida. Aquello que era amigo, ocultaba un aspecto peligroso. Me aterraron los habitantes que se amontonaban en las aceras, relumbrando en sus siluetas oscuras el blanco de sus ojos, para vernos pasar dando trancos lentos, deslizando los pies sin doblar las rodillas. Primero iba la orquesta tocando una desgarradora marcha fúnebre. Luego venía yo, solo, pequeñito, ocultando con un rostro de guerrero mi inconmensurable angustia. Después avanzaba el ostentoso coche portando el féretro y por fin, detrás de él, las tres



La Primera Compañía de Bomberos, Tocopilla.
Yo soy el niño de 6 años que está a la izquierda.

Compañías con sus trajes de parada, cada bombero alzando una antorcha. De común acuerdo todas las luces de Tocopilla estaban apagadas. La sirena no cesaba de sonar. Las llamas de las teas creaban sombras que se agitaban como buitres gigantes. Resistí desfilar así unos tres kilómetros, luego me desmayé. Jaime, que iba en el carronato al lado del chofer, se bajó de un salto y me recogió. Desperté en mi cama con una fiebre muy alta. Me parecía que las sábanas estaban llenas de cenizas. El olor de las coronas, con flores traídas de Iquique, se me había pegado a las fosas nasales. Me parecía que los buitres de sombra anidaban en mi cuarto dispuestos a devorarme. Jaime no encontró más forma de calmarme, mientras me ponía toallas húmedas en la frente y en el vientre, que decirme: «Si hubiera sabido que eras tan impresionable, no te invito al entierro. Por suerte te recogí apenas caíste. No te preocupes, nadie se dio cuenta de tu cobardía». Durante mucho tiempo soñé que la estrella del uniforme se me adhería como un animal en el pecho, succionando mi voz para impedirme gritar, mientras iba encerrado en un ataúd blanco rumbo al cementerio... Más tarde esta angustiada experiencia me permitiría utilizar, para las curaciones psicomágicas, el funeral metafórico: un impresionante ritual donde se sepulta la personalidad enferma.

En los límites de Tocopilla, dirección Iquique, la familia Prieto había construido un balneario público. La amplia piscina, cavada en las rocas al borde del mar, era llenada por las olas. No me gustaba nadar allí porque uno podía encontrarse con peces y pulpos. El lugar era muy concurrido. En algunas ocasiones vi correr gente hacia una playa vecina pues allí, levantado una nube de arena, se retorció, presa de un ataque de epilepsia, el Cuco, un hombre calvo en paro. La gente, que siempre estaba distraída bañándose o bebiendo botellas de cerveza por docenas, se enteraba porque el enfermo comenzaba a emitir gruñidos roncós que iban aumentando de intensidad hasta convertirse en atronadores alaridos. En medio de una nerviosa alharaca, el grupo se lo llevaba cargando hacia

un salón cubierto, a la sombra, mientras no cesaba de agitarse y aullar lanzando espuma por la boca. El escándalo duraba un hora, tiempo que el ataque del Cuco necesitaba para desaparecer. Con orgullo de haberlo salvado atándole las manos, los pies y metiéndole un mango de plumero en la boca, los mirones hacían una colecta y le ofrecían una empanada y una cerveza. Él comía y bebía, con cara de perro triste, y luego se iba, agachando la cabeza. A mí, como a muchos otros, supongo, me daba una gran pena... Ese domingo por la mañana, momento en que el balneario estaba repleto, comencé a oír, antes que nadie, los resuellos del calvo. Corrí hacia la playa y lo vi cómodamente sentado en una piedra, esmerándose en ir elevando el volumen de su lamento. No me vio llegar. Cuando le toqué el hombro y me vio, se levantó de un salto lanzándome una mirada furiosa. Agarró un guijarro, amenazador. «¡Lárgate de aquí, niño de mierda!» Salí corriendo, pero apenas sentí que me ocultaban las rocas me detuve para observarlo. Cuando, atraídos por sus alaridos, los bañistas comenzaron a correr hacia él, se metió un pedazo de jabón en la boca, se tendió en el suelo y comenzó a retorcerse y echar espuma. ¿Quién iba a creerme que el Cuco era un actor redomado, tan sano como aquellos que acudían a salvarlo? Cuando se retorció en ese suelo lleno de piedrecillas puntiagudas, se hería dolorosamente la piel; los salvadores, nerviosos, al levantarlo lo estrellaban contra las rocas; la empanada que le daban era mediocre y la cerveza una. ¿Valía la pena darse ese tremendo trabajo por tan poco? Me di cuenta de que lo que ese pobre hombre perseguía era la atención de los otros. Más tarde comprobé que todas las enfermedades, hasta las más crueles, eran una forma de espectáculo. En la base había una protesta contra una carencia de amor y la prohibición de cualquier palabra o gesto que evidenciara esa falta. Lo no dicho, lo no expresado, el secreto, podía llegar a convertirse en enfermedad. El alma infantil, ahogada por la prohibición, elimina las defensas orgánicas para permitir la entrada del mal que le dará la oportunidad de expresar su desolación. La enfermedad es una

metáfora. Es la protesta de un niño convertida en representación.

En el edificio de bomberos, segundo piso, había un gran salón que nadie utilizaba. A Jaime se le ocurrió que la Compañía podía explotar ese espacio arrendándolo para fiestas. El tiempo pasó y, probablemente por la crisis, no se presentó ningún cliente. Mi padre afirmó que no era por falta de dinero sino por inercia; nadie quería darse el trabajo de cambiar sus viejas costumbres. Las grandes fiestas, bodas, entrega de premios, se hacían en el salón de patinaje del balneario de los Prieto y basta... «Vamos a darles un ejemplo», dijo y, haciéndose cliente del restaurante El Puente de Jade para obtener del dueño que fuese su intermediario, ofreció gratis el espacio bomberil a la colonia china, comprometiéndose él mismo a organizarles una kermés animada por las orquestas de las tres Compañías. Las familias asiáticas bailaron tangos tocados por los instrumentos de viento, apostaron en las tómbolas, comieron churrascos y bebieron vino con aguardiente, duraznos y fresas. Esa fiesta, para ellos exótica, les gustó tanto que le dieron un diploma a mi padre declarándolo amigo de la colonia china. Roto el hielo racial, algunos chinos vinieron a nuestra casa, por la noche, a jugar al mah-jong³. Entre ellos, el más asiduo fue un hombre joven, de piel mate con tinte amarillo, sin una mancha, sin un vello, con las uñas largas y pulidas, el pelo tupido y negro recortado con precisión matemática y el rostro tan bien dibujado como una figurilla de porcelana. Sus trajes de casimires finos, cortados a la perfección, sus camisas de cuello amplio, sus corbatas de un gusto exquisito, sus zapatos de charol lanzando destellos, sus calcetines de seda, colaboraban armoniosamente con sus gestos distinguidos. Jaime lo llamaba el Príncipe. Yo, que nunca había visto tal belleza masculina, lo miraba extasiado tomándolo por un gran juguete. Él

³Juego chino, emparentado con el dominó, en el que se utilizan 144 fichas de madera.

sonreía fijando en mí sus ojos rasgados. Luego, con un ritmo hipnótico, me decía cosas en chino que, aunque yo no las podía comprender, me hacían reír... Una tarde, Sara Felicidad, muy emocionada, me dijo: «Tengo una noticia maravillosa: el Príncipe esta noche nos va a cantar ópera, al estilo de su país». Comprendo por qué mi madre estaba tan conmovida: cuando era joven había querido ser cantante de ópera, pero su padrastro y su madre le quitaron la vocación a palos. A las diez de la noche llegó el hermoso chino. Venía acompañado de dos músicos vestidos con faldas sobre pantalones de raso. Uno cargaba un raro instrumento de cuerda, el otro un tambor. El Príncipe, portador de una maleta, pidió que se le concediera una hora para vestirse y maquillarse en la sala de baños. Mis padres esperaron impacientes jugando al dominó. Yo, acostumbrado a acostarme temprano, comencé a dormirme. Cuando el Príncipe se presentó ante nosotros, se me heló el bostezo en la boca, Sara Felicidad luchó por atajar una tos nerviosa, Jaime abrió los ojos con tal fuerza que pareció que nunca iba a poder volverlos a cerrar. El amigo chino se había convertido en una bella mujer. Decir bella es decir poco. Al son lastimero del instrumento de cuerdas y al ritmo férreo del tambor, dando rápidos y cortos pasos, pareció deslizarse flotando. Su bata, de seda y satén, lucía colores brillantes, rojo, verde, amarillo, azul, cuajados de incrustaciones de vidrio y metal. Por las anchas mangas surgían sus pequeñas manos pintadas de blanco con las uñas cubiertas de laca, agitando un aéreo pañuelo. En su espalda, a manera de alas, vibraban unas cuantas varillas portadoras de banderas. El rostro, convertido en máscara de diosa, también blanco, movía unos pequeños labios parecidos a los del congrio. El Príncipe, o más bien la Princesa, estaba cantando. No era una voz humana sino el lamento de un insecto milenario. Frases largas, sinuosas, agudas, de otro mundo, interceptadas por bruscas detenciones que subrayaban los dos instrumentos... Caí en trance. Olvidé que estaba viendo a un ser humano; ante mí, llegado de un cuento de hadas, un ente sobrenatural compartía el tesoro de

su existencia. Sara Felicidad no parecía sentir lo mismo. Con el rostro granate y la respiración entrecortada, fruncía el ceño como si asistiera a un acto insano. Se veía que no podía soportar que un hombre jugara a convertirse en mujer. Jaime, al cabo de un tiempo, pareció comprender el significado profundo de la representación: estaba viendo a un payaso oriental. Todo aquello era una broma que le jugaba su amigo. Se puso a reír a carcajadas. La aparición interrumpió el canto, hizo una profunda reverencia, entró al baño y treinta minutos más tarde salió el Príncipe, impecable como de costumbre. Con una altiva dignidad descendió la escalera, seguido por sus dos acólitos, y salió a la calle para perderse en la noche y nunca más volver.

Pensando una y otra vez en esta tensa situación, que me dejó un recuerdo imborrable, me di cuenta de que todo acto extraordinario abate los muros de la razón. Quiebra la escala de valores y remite al espectador a su propio juicio. Actúa como un espejo: cada cual lo ve con sus límites. Pero esos límites, al manifestarse, pueden provocar una inesperada toma de conciencia. «El mundo es como yo pienso que es. Mis males vienen de mi visión torcida. Si quiero sanar no es al mundo a quien debo tratar de cambiar sino a la opinión que tengo de él.»

Los milagros son comparables a las piedras: están por todas partes ofreciendo su belleza y casi nadie les concede valor. Vivimos en una realidad donde abundan los prodigios, pero ellos son vistos solamente por quienes han desarrollado su percepción. Sin esa sensibilidad todo se hace banal, al acontecimiento maravilloso se le llama casualidad, se avanza por el mundo sin esa llave que es la gratitud. Cuando sucede lo extraordinario se le ve como un fenómeno natural, del que, como parásitos, podemos usufructuar sin dar nada en cambio. Mas el milagro exige un intercambio: aquello que me es dado debo hacerlo fructificar para los otros. Si no se está unido no se capta el portento. Los milagros nadie los hace ni los provo-

ca, se descubren. Cuando aquel que se creía ciego se quita los anteojos oscuros, ve la luz. Esta oscuridad es la cárcel racional.

Considero que fue un gran milagro la llegada a Santiago de Chile, huyendo de la Alemania nazi, del coreógrafo Kurt Joos, acompañado por cuatro de sus mejores bailarines. Otro milagro fue que el gobierno chileno lo acogiera y le brindara una subvención que le permitió instalar una escuela con amplios salones y recrear todos sus ballets expresionistas. En el centro de la ciudad se erguía el Municipal, un teatro estilo italiano, hermoso, amplio, construido antes de la crisis, que albergó la mayor parte de las grandes compañías extranjeras que vinieron en esa época. Con mis amigos poetas habíamos descubierto, en la parte trasera del edificio, una puerta de servicio que no tenía cerrojo. Nos bastaba esperar que comenzase la función para sacarnos los zapatos e introducirnos, atravesando la penumbra, hasta llegar a los costados del escenario y desde allí observar el espectáculo. Mis amigos vieron *La mesa verde*, *Pavana* y *La gran ciudad*, sólo un par de veces. Yo vi por lo menos un centenar de representaciones. Era tanta mi devoción que contemplaba de rodillas esas excepcionales coreografías. En *La mesa verde*, alrededor de un rectángulo de este color, un grupo de diplomáticos hipócritas discutían sobre la paz, para al final declarar la guerra. Aparecía la Muerte, vestida de dios Marte, interpretada con gran brío por un danzarín ruso, mostrándonos los horrores del conflicto. En *Pavana*, una niña inocente era aplastada por el ritual de la corte. En *La gran ciudad*, dos adolescentes idealistas llegaban a Nueva York y en su afán de triunfo eran destruidos por los vicios de la implacable urbe. Por primera vez vi una técnica que empleaba con sabiduría el cuerpo para que expresara una amplia gama de sentimientos e ideas. Los ballets que habían visitado el país dejaron un fastidioso legado: escuelas de la llamada danza clásica que encerraban en un molde común a todos los cuerpos, deformándolos en aras de una belleza hueca y obsoleta. Joos, escenificando con su técnica sublime los más urgentes problemas, políticos y

sociales, plantó la semilla que más tarde se desarrolló en mi espíritu: la finalidad del arte es curar. Si el arte no sana no es verdadero. (CHOPURAJEL)

Pude caer en el error de limitarme a un arte preocupado sólo de afirmar doctrinas políticas pero, por suerte, otro milagro se produjo. El bailarín principal, Ernst Uthoff, entró en conflicto con el genial coreógrafo y decidió crear su propio ballet, recuperando elementos de la danza clásica. Dejando de lado los problemas del mundo material, queriendo quizás olvidar los sufrimientos de la guerra, escenificó un cuento fantástico: *Copelia*. Aún recuerdo el nombre de la bailarina que encarnó a la muñeca que su creador iba a tratar de volver humana, robándole el alma a un joven enamorado: Virginia Roncal, una mujer que ofrendó su vida a la danza. Ninguna belleza excepcional, pequeña de estatura, pero un talento gigantesco. La primera vez que la vi levantarse de la mesa donde yacía el cuerpo inánime del hombre al que le habían robado el alma, dar sus rígidos pasos de autómatas para poco a poco ir sintiendo la invasión de la vida y por último, en una especie de frenesí, desprenderse de los movimientos mecánicos y bailar como una verdadera mujer, y luego, al descubrir al joven inanimado y darse cuenta de que esa alma no era suya, por honestidad, por amor, haciendo un esfuerzo supremo, devolver en un beso aquella vida que no le pertenecía y recuperar sus movimientos de autómatas, me hicieron llorar. Comprendí que el arte no sólo debía sanar el cuerpo sino también el alma. Todas las finalidades se resumían en una sola: realizar las potencialidades humanas para después trascenderlas. Sacrificar lo personal para llegar a lo impersonal: nada es para mí que no sea para los demás.]

Fue tanta la admiración que me despertó *Copelia* que me acerqué a la escuela de Uthoff para ver si me admitían. Allí me encandiló una bailarina de espesa cabellera crespa, fuerte como un roble y grande como una yegua mágica. Tuve la suerte de gustarle. Me absorbí en ella. Conocí la danza a través de sus movimientos en el amor. Una noche que se cortó la luz eléctri-

ca, nos acariciamos sobre el escritorio donde dibujaba André Racz. Un sudor pegajoso nos fue cubriendo el cuerpo. No nos preocupamos, enardecidos como estábamos por el placer. La luz volvió de golpe. Nos encontramos con toda la piel teñida de negro. Nuestros movimientos entusiastas habían hecho volcarse una gran botella de tinta china. Nora vio en aquello un signo: el goce de sus movimientos me hacía olvidar mi talento de bailarín. No quiso ser culpable de aniquilar una vocación que para ella era sagrada. Me canceló sus encantos y me presentó a la yugoeslava Yerca Lucsic, una apasionada maestra de baile moderno. Sus cursos eran intensos, en ellos se creaba sin cesar. Aprendí a moverme según los nueve caracteres del eneágono de Gurdjieff, a imitar a todo tipo de animales, y también a parir y dar de mamar, sintiendo lo que era la maternidad, frente a mujeres que danzaban imitando la erección y la eyaculación de un falo. Investigamos la expresión de las heridas del Cristo. Tuve que bailar el lanzazo en el costado, la corona de espinas y los clavos de los pies y manos. La danza se convirtió en una actividad que me permitía conocer lo que yo era, más lo que yo no era. Yerca deseaba sobrepasar los límites. Y a causa de esto, murió. Con sus ahorros había comprado una casita frente al océano en una playa cercana a la capital. Allí iba a pasar los fines de semana. Formó pareja con un pescador. Es decir, con un hombre bello pero inculto. En lugar de educarlo, lo indujo a la afirmación de sí mismo. Lo vistió de pescador limpio, y así, con un albo traje de tocuyo almidonado, un pañuelo rojo alrededor del cuello y los pies desnudos, lo presentó a sus amigos que venían a pasar allí el fin de semana. Eran bailarinas, artistas, profesores y alumnos universitarios, gente de la clase alta. La pareja fue muy celebrada. Ella hablaba sin cesar, mientras él, mudo, servía los tragos. Un día la esperamos, pero Yerca no vino a darnos clase. Ni ese día ni toda la semana. Por los periódicos nos enteramos de que el pescador la había asesinado cortando su cuerpo, con un alicate y un cuchillo, en pedacitos. Cuando lo tomaron preso, denunciado por sus camaradas, ya había usado como carnada la mitad del cuerpo de mi maestra.

Los actos criminales, a pesar de su horror, a veces nos provocan la misma fascinación que los actos poéticos. Por eso los aprendices de psicomagos deben tener mucho cuidado. Todo acto debe ser creativo y terminar con un detalle que afirme la vida y no la muerte. El pescador destruyó el cuerpo de la bailarina. Yerca destruyó el espíritu del pescador. Si en lugar de eso se hubiera preocupado de hacerlo participar en su mundo creativo al mismo tiempo que ella aprendía a pescar, él no la habría asesinado y ella, quizás, habría creado un hermoso ballet sobre la pesca.

Lihn, al verme frustrado por mi carencia de cursos, me propuso que diéramos un recital de danza. «¿Cómo, dónde, con qué música?» Me respondió: «Desnudos, con sólo un taparrabos para que no nos lleven presos. Junto a la fábrica de electricidad de la embajada. Los motores serán nuestra música».

Frente al Parque Forestal, la embajada de Estados Unidos, con potentes motores, fabricaba su propia electricidad, para que los continuos temblores, al afectar a la Central Eléctrica, no la sumieran en la oscuridad. Como a las diez de la noche, todos los días y durante una hora, resonaban sus máquinas con un ritmo regular. Allí citamos a nuestros amigos y, cuando comenzó el ritmo bronco, nos desvestimos y nos pusimos a bailar como locos. Pronto los espectadores siguieron nuestro ejemplo. Comprendí que todo podía ser danzado. Que la realización artística era el resultado de apasionadas elecciones. Se nos ofrecía el pastel, no teníamos más que verlo, tomar una porción y comerlo. Era la galleta de Alicia: al comerla, ella se agrandaba o empequeñecía. Así era la vida, el arte, un asunto de visión y elección. Y en lo negativo, acabé por comprender, sucedía lo mismo. El espíritu de autodestrucción le presentaba al individuo un menú con todas las enfermedades, físicas y mentales. El individuo elegía su propio mal. Para curarlo había que investigar qué lo había inclinado a elegir este problema y no otro.

Si bien es cierto que la realidad nos ofrecía un pastel no por eso debíamos esperarlo inmóviles y con la boca abierta. Para realizarnos, en lugar de pedir que se nos dieran oportunidades, podíamos también nosotros, los artistas, al parecer pequeños, ofrecer oportunidades a los poderosos. Es así como me presenté, llevando un canasto lleno con mis muñecos, en las oficinas del próspero Teatro Experimental de la Universidad de Chile, organismo gubernamental que ofrecía grandes espectáculos y mantenía una escuela. Me recibieron Domingo Piga y Agustín Siré, los directores generales. Les dije de golpe: «¡Quiero dirigir el Teatro de Títeres del TEUCH!». Me respondieron que el TEUCH no tenía teatro de títeres. Abrí mi canasta y volqué los muñecos en su escritorio: «¡Ahora lo tiene!». De inmediato me dieron un cuarto abandonado que estaba detrás del reloj que ornaba la fachada de la Casa Central. Los poetas y sus compañeras me ayudaron a limpiar el polvo acumulado durante medio siglo y allí comenzó a crecer El Bululú. Una actividad donde se mezclaron los goces artísticos con los placeres amorosos. Nos unimos al coro de la Universidad, el gobierno puso a nuestra disposición un barco de guerra y juntos, el coro de sesenta personas y nosotros los titiriteros, seis hombres y seis muchachas, recorrimos dando funciones por todo el norte de Chile. Era una actividad muy bella, esencialmente anónima. Ocultos, con los brazos en alto manipulando a esos héroes, aprendimos a sacrificar el exhibicionismo individual. Supimos ponernos al servicio de los muñecos y del público. ¿Qué diferencia había entre nosotros, sumidos en la sombra, dando la energía a personajes que evolucionaban en lo alto y una congregación de monjes concentrados en sus oraciones exaltando a Dios? Después de una función para los niños de los mineros, Eduardo Mattei, uno de los muchachos que mejor manejaba a los muñecos, me dijo: «Me siento como un sapo lleno de amor recibiendo los destellos de la luna llena». Oculté una sonrisa sarcástica, su frase me había parecido cursi. Comprendí lo sincero que era cuando, al terminar la gira, se despidió de nosotros y se hizo monje benedictino. En el

monasterio de Las Condes, en la ceremonia donde el abad le lavó los pies, para darle después su nuevo nombre, Frater Maurus, estuvimos todos los titiriteros. Eduardo, gracias a su trato con los muñecos, había encontrado la fe.

En otra ocasión volví a visitarlo. Frater Maurus, vestido con su hermoso hábito de benedictino, se veía feliz. Le dije que pensaba irme de Chile para estudiar en Europa. Me respondió: «Te van a enseñar una ciencia de vacíos, te van a mostrar dónde no hay. Para eso son expertos: como los buitres, detectan a la perfección los cadáveres, pero son incapaces de saber dónde están los cuerpos vivos. ¡Hay innumerables formas de romper un vaso, pero una sola de hacerlo!». Respeté su sentir. Era una posición opuesta a la mía: yo quería cortar mis raíces para abarcar el mundo entero. Él decidió encerrarse allí, en ese monasterio, al pie de la cordillera, para cantar gregoriano toda su vida. Decisión tanto más heroica porque yo sabía que estaba enamorado de una de nuestras actrices. ¿Era necesario para su entrega a Dios eliminar a la mujer, a la familia? La profunda vocación de Eduardo me reveló el carácter sagrado del teatro. Yo que había sido criado ateo ¿podía aspirar a la santidad? Cada religión tiene sus santos, Frater Maurus no tardaría en convertirse en santo católico, pero también estaban los santos musulmanes, los santos judíos llamados «justos», los santos budistas o iluminados, etc. Las religiones se habían apropiado de la santidad. Ser santo significaba respetar los dogmas. ¿Qué nos quedaba a nosotros, los no abanderados teológicamente; aquellos a quienes la naturaleza animal nos hacía desear unirnos a una hembra? Era imposible pensar que Dios había creado a la mala mujer sólo para tentar a los buenos hombres. Si ellas eran tan sagradas como nosotros, la cópula también era sagrada y si ese acto conducía al orgasmo, éste debía ser aceptado y gozado como un don divino. Pensé que se podía llegar a ser un santo civil: la santidad no tenía que estar necesariamente ligada a la castidad o a la renuncia del placer sexual, base de la familia. Un santo civil podía no entrar jamás en un templo, y tampoco necesitaba venerar un dios con nombre e imagen de-

finidos. Este hombre, con conciencia no sólo social, no sólo planetaria, sino también cósmica, habiendo sobrepasado los intereses exclusivamente personales, era capaz de actuar en provecho del mundo. Sabiéndose unido, los dolores de los otros eran sus dolores, pero también las alegrías de los otros eran su alegría. Sabía compadecer y ayudar al necesitado, tanto como aplaudir al triunfador, siempre que éste no fuera un explotador. El santo civil se hacía poseedor del planeta: el aire, las tierras, los animales, las aguas, las energías de base, eran suyas y actuaba como su dueño, cuidando con esmero de no dañar esa propiedad. El santo civil era capaz de generosos actos anónimos. Amando a la humanidad había aprendido a amarse a sí mismo. Sabía que el futuro de la raza humana dependía de parejas capaces de llegar a una relación equilibrada. El santo civil luchaba no sólo por que los niños fueran bien tratados sino también los fetos, a quienes se debía proteger de la pareja neurótica que los había engendrado, modificando la venenosa industria de los partos. Y luchaba también por liberar la medicina de las grandes empresas industriales, fabricantes de drogas más dañinas que la enfermedad. Llegar a la bondad del santo civil —alguien ajeno a toda secta, dulcemente impersonal, capaz de acompañar a una moribunda, de la que no conoce su nombre, con la misma devoción con que lo haría si fuese su hija, su hermana, su mujer o su madre— me pareció imposible. Pero inspirándome en algunos cuentos iniciáticos donde los héroes son simios o loros o perros, todos ellos animales que pueden imitar, decidí emplear esa técnica. De copia en copia, llegaría un día a la acción auténtica.

Pensar en la imitación de la santidad civil, le dio una justificación a mi vida. Sin embargo, tratando de aplicar lo que en aquellos años sólo eran teorías, cometí grandes errores. Por ejemplo la desvirginización de Consuelo. Al café Iris, invitada por su hermana pintora, llegó esa jovencita de cuerpo desgarrado pero de sensuales curvas, con un rostro de boca grande, ojos hundidos y orejas despegadas que le daban un simpático

aire simiesco. Cuando me la presentaron y se sentó a conversar conmigo en una mesa aparte, al mismo tiempo que peinaba sus cabellos cortados al estilo varonil, me aclaró que era lesbiana. La mayoría de las relaciones sexuales que había tenido era con mujeres casadas que se negaban a abandonar a sus maridos para irse a vivir con ella. Como Consuelo se interesaba en la literatura, iniciamos una amistad donde se comportaba como muchacho. Todo iba muy bien, teníamos gran placer en acompañarnos para recorrer librerías o tomar un café en algún sitio de moda, cuando mi deseo de imitar la santidad civil vino a entremezclarse. Le pregunté si aún conservaba su himen. «¡Por supuesto!», me dijo con orgullo. Embargado por el deseo de hacer el bien en forma desinteresada, le respondí: «Amiga mía, sé que la penetración fálica no te interesa para nada, pero es lamentable que una futura gran poeta como tú tenga que envejecer siendo virgen. Mientras conserves esa telilla nunca serás adulta, tampoco sabrás por qué rechazas el miembro viril: le tendrás miedo, lo sentirás acecharte en la sombra como un enemigo irreductible. Demuéstrate a ti misma que eres fuerte. Te propongo lo siguiente: démonos cita en mi taller a una hora precisa. Yo habré conseguido que me presen una mesa de operaciones, en el teatro de la Universidad hay una que han usado en una obra. Llega cubierta con un abrigo, debajo del cual vendrás vestida con un pijama de hospital. Yo estaré disfrazado de cirujano. Sin que pensemos ni un segundo en acariciarnos, te acuesto en la mesa, imito que te anestésio, te quito los pantalones, te abro las piernas, tú imitas que duermes y entonces, con precisión y delicadeza extrema, realizo el acto puramente medicinal de penetrarte. Una vez perforado el himen, me retiraré con la misma delicadeza que entré. No habrá el menor goce, habiendo sido excluido todo frote repetido. Será una amistosa operación quirúrgica, nada más. Terminado este acto poético, te vas a vivir tu vida, libre del engorroso himen». A ella le pareció bien mi idea. Fijamos la hora del encuentro y realizamos la operación siguiendo al pie de la letra lo planeado. Consuelo, feliz de no haber sufrido

ningún traumatismo, me agradeció la impecabilidad de mi actuación, y con el rostro resplandeciente por haberse liberado de un detalle molesto, se fue a ver a sus amigas. Sin embargo, al día siguiente, por la noche, controlando su ebriedad, me vino a confesar que había sentido una forma de placer que quería investigar. Literalmente me arrastró hacia el taller, me arrojó en la cama y me absorbió con frenesí. Aunque no era el tipo de mujer que me excitaba, gracias a la energía de mi edad, respondí a sus caricias. Terminado el acto, lo único que deseé fue estar lo más lejos posible de la apasionada muchacha. Por desgracia, a partir de ese día comenzó una persecución feroz. A donde yo iba, ella llegaba. Si en una fiesta se me acercaba una muchacha, Consuelo la hacía huir a insultos y empujones. No servía de nada que le dijera que no la amaba, que no era mi tipo de mujer, que recordara su lesbianismo, en fin que me dejara tranquilo. Lloraba, amenazaba con suicidarse, lanzaba imprecaciones... La vida se me hizo imposible. Hablé con su hermana y le rogué que se hiciera cómplice de mi plan. Dándose cuenta de la gravedad del delirio de Consuelo, la pintora aceptó. Me encerré en el taller sin salir durante una semana. Enrique Lihn telefoneó a Consuelo y pidió visitarla en su casa, porque tenía una noticia grave que darle. Cuando llegó a la cita, vestido de negro y apesadumbrado, le comunicó a la muchacha que yo había muerto atropellado por un autobús. La hermana mayor, estallando en falsos sollozos, le dijo a Consuelo que ella estaba enterada de ese fatal accidente pero que no le había dicho nada por miedo a causarle un dolor atroz. Consuelo cayó al suelo presa de un ataque de nervios. Su hermana se la llevó de reposo a una casa que tenían en Isla Negra. Allí permaneció tres meses. Cuando volvió a Santiago y me encontró sano y salvo sentado en el café Iris, me propinó una bofetada. Luego se puso a reír, y después comenzó a besar con pasión a una amiga. Nunca más volvió a importunarme. Por mi parte, decidí, durante un largo tiempo, dejar de imitar la santidad civil.

Me atrajo otra idea: La realidad, amorfa en un principio, desde que se le propone un acto, de la naturaleza que sea, positivo o negativo, se organiza en torno a él y le agrega inesperados detalles. Pensando así, decidí realizar una acción, con el mayor disimulo posible, para ver si obtenía una respuesta. Fui a una tienda especializada en fabricar calzados para artistas y me hice fabricar unos zapatos de payaso de cuarenta centímetros de largo. Los pedí de charol, con las puntas rojas, los talones verdes y los lados dorados. Exigí además que en las suelas les colocaran unos pitos para que, al ser aplastados, lanzaran un maullido. Vestido con un correcto traje gris, camisa blanca y corbata discreta, caminé por las calles del centro, a mediodía, hora en que se llenaban de gente. Era el momento de la pausa del café o del aperitivo. Dando un maullido tras otro avancé entre ellos. Nadie pareció considerar anormales mis zapatos. Echaban una mirada fugaz hacia mis pies y seguían de largo. Decepcionado me senté en una terraza a beber un refresco, cruzando una pierna para elevar un zapato, con muy pocas esperanzas de provocar una reacción. Se me acercó un caballero bien vestido, de unos 60 años, rostro serio, voz amable.

—¿Me permite, joven, que le haga una pregunta?

—Por supuesto, señor.

—¿Dónde consiguió esos zapatos?

—Me los hice fabricar, señor.

—¿Por qué?

—Antes que nada, para llamar la atención, introduciendo en la realidad algo insólito. Y segundo, porque me gusta el circo, sobre todo los payasos.

—Me alegra oírle hablar así: ésta es mi tarjeta —el señor me ofreció un cartoncillo donde estaba escrito con letras pequeñas su nombre y con letras grandes, color naranja: TONI ZANAHORIA.

—¡Oh, qué increíble sorpresa, yo lo conocí en Tocopilla, cuando era niño! Usted me puso en los brazos un cachorro de león.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —cuando pronuncié mi apellido, sonrió—. Ahora comprendo, eres de los nuestros. Tu padre trabajó conmigo. Fue el primer hombre que se colgó del pelo, antes sólo hacían eso las mujeres. La cabra tira al monte: estos zapatos indican tus deseos de volver al mundo al que perteneces. Y este encuentro no es casual. Estamos actuando en el teatro Coliseo. Hay artistas internacionales y un grupo de cómicos, yo (el burro primero), y el toni Lechuga, el toni Chalupa y el payaso Piripipí. El toni Chupete anda, como decimos entre nosotros, con el hocico caliente. Va a beber durante unos quince días. Lo queremos mucho y tememos que los empresarios lo despidan. Si tú, que tanto parece amar el circo, te decides a tentar la experiencia, sin que nadie lo note, puedes ponerte el traje, la peluca y la nariz de nuestro amigo y reemplazarlo el tiempo que dure su borrachera. Las rutinas son fáciles, no hay mucho que hacer. Me darás un falso hachazo en la cabeza, cacarearás bombardeando con huevos de madera al toni Chalupa, y participarás en el concurso del pedo más fuerte, lanzando chorros de talco por un tubo oculto en los fondillos de tu pantalón. Si llegas un par de horas antes de la primera función te enseñaré lo fundamental, el resto lo podrás improvisar.

—No creo que sea capaz de hacerlo.

—Si aún te queda algo de niño en el alma, podrás. Te voy a dar un ejemplo: cuando me preguntes con voz de falsete «¿En qué se parece un toro vivo a un toro muerto?», yo te responderé: «Muy fácil: el toro vivo embiste», y tú encadenarás: «¿Y el toro muerto?», y yo exclamaré: «¡En bistec!». Y el público se reirá y aplaudirá. Es tan fácil como eso. ¿Te decides?

Me vestí con el traje del toni Chupete en el pequeño apartamento que el toni Zanahoria arrendaba frente al Coliseo. Si bien mi amigo había diseñado su personaje copiando los colores del tubérculo, Chupete se había construido como un gran bebé: un ridículo pañal sobre un calzoncillo largo, un gorro con orejas de conejo y un biberón en la mano. De la roja nariz

falsa pendía una gruesa gota de lana imitando un moco... Fue impresionante asistir a la ceremonia de transformación del caballero decente que me hablara en la terraza del café en payaso anaranjado. Tuve la sensación de estar viendo el renacimiento de un antiguo dios. Ese personaje mítico me ayudó a vestirme y maquillarme. A medida que entraba en el disfraz, mi persona se iba esfumando. Ni mi voz podía ser la misma, ni mis movimientos. Tampoco podía pensar de la misma manera. El mundo había recuperado su esencia: era un chiste total. Mi aspecto exterior disuelto en ese grotesco niño me otorgaba la libertad de actuar sin repetir las conductas impuestas que se habían convertido en mi identidad. ¿Qué edad era la de Chupete? Nadie podía saberlo. Mezcla de infante, hombre adulto y también mujer, aquí estaba la última y miserable manifestación del andrógino esencial. Cuando se es joven, por debajo de nuestra alegría vital se extiende una inmensa angustia. Al convertirme en Chupete, me quedó sólo la euforia, la angustia se desvaneció junto con mi persona. Me di cuenta, una vez más, de que aquello que yo creía ser era una deformación arbitraria, una máscara racional flotando en la infinita sombra interna no explorada. Más tarde comprendí que las enfermedades no son nuestras sino de aquel que creemos ser. Se alcanza la salud venciendo las prohibiciones, saliéndonos de caminos que no nos pertenecen, dejando de perseguir ideales impuestos, hasta llegar a ser uno mismo: la conciencia impersonal que no se autodefine. Cuando cruzamos la calle rumbo a la puerta de los artistas, Zanahoria me llevaba tomado de una mano, como si fuera su hijito. A pesar de que marchábamos con dignidad, nos siguió un grupo de niños, riendo a carcajadas. Entré en la pista, mezclado en el grupo de payasos. Nuestra tarea consistía en llenar el lapso que demoraban los empleados en desmontar los trapecios y las redes de seguridad. Las rutinas eran simples y con mi experiencia de titiritero no tuve dificultad en realizarlos. Sin embargo me impresionó ese teatro circular lleno de público que nos rodeaba. En los títeres se actuaba hacia delante. Una forma de espectáculo que correspondía a la cabeza



Encuentro en Chile, cuarenta años más tarde, con el
toni Chupete. El payaso que antes era niño, ahora se ha
convertido en su madre.

humana, con sus ojos dirigidos hacia el frente y la oscuridad detrás. Me di cuenta de que desde niño me había acostumbrado a ver el mundo desde fuera: yo espiaba los acontecimientos, a veces iba hacia ellos, la mayor parte de las veces ellos se dirigían hacia mí. Al estar rodeado por el público, inmediatamente, en lugar de mirar desde el exterior, uno pasaba a ser el centro. Para que una acción fuera vista por todos, había que girar constantemente. Esto nos hermanaba con los planetas. No estábamos fuera de la humanidad, éramos su corazón. No veníamos como extranjeros al mundo, el mundo nos producía. No éramos el ave migratoria, sino el fruto que ofrecía el árbol. Pensando así, se me ocurrió un chiste que propuse a mi amigo Zanahoria. Con mucha amabilidad decidió estrenarlo esa misma tarde.

—A ver, payaso, dígame qué es usted.

—¡Soy extranjero, señor!

—¿Y de qué país viene?

—¡De Extranja!

Este absurdo diálogo no provocó risas. Me sentí muy avergonzado. Se me acercó el payaso Piripipí, invitándome a su camarín. Era un personaje distinto de los otros. Fuera de la pista, hablaba con un marcado acento alemán. Cuando salía ante el público, sin decir una palabra, respondía a todo lo que se le dijera tocando diferentes instrumentos. Al final de su número, donde lo acompañaban su esposa y su hija, después de haberse peleado por obtener una gran suma de dinero y ser acusado de avaro, para demostrar su desinterés, comenzaba a lanzar sus monedas hacia un rectángulo de madera que yacía en el suelo. Cada moneda, al chocar allí, daba una nota musical. Piripipí se entusiasmaba y arrojando así las piezas producía un vals, al cual se agregaban las dos mujeres tocando acordeones y toda la orquesta del circo. Entré en el camarín, muy nervioso. Su esposa me sirvió mate, en una calabaza con bombilla de plata. Era argentina. Piripipí, vestido con un terno de buen corte, camisa y corbata, conservaba su maquillaje.

—No se sorprenda —me dijo—. Hace algunos años perdí mi

rostro humano. No vivo disfrazado. Esta máscara de payaso es mi verdadera cara. La antigua se quedó en Alemania: mi familia, judía, se la llevó con ella hacia el campo de concentración. Yo era un director de orquesta bastante conocido. Gracias a unos fieles admiradores, pude en Hamburgo esconderme en las bodegas de un barco de carga que me depositó en Argentina. En otra ocasión le contaré cómo me convertí en el payaso Piripipí. Me gustó su chiste. Es diferente. Permite interpretaciones profundas. No debe importarnos que a veces el público no ría. Ya lo ha visto usted: cuando hago sonar mis monedas los rostros se ponen serios y algunos hasta lloran. La comicidad verdadera permite muchos niveles de interpretación. Se comienza por la risa y después se llega a la comprensión de la belleza, que es el resplandor de la impensable Verdad. Todos los textos sagrados son cómicos en su primer nivel. Después los sacerdotes, que carecen por completo de sentido del humor, borran la risa de Dios. En el Génesis, cuando Adán, creyéndose culpable por haber desobedecido, se esconde al sentir «los pasos de Jehová» estamos ante algo jocoso. Dios no tiene pies, es una energía inconmensurable. Si crea el ruido de pasos, no podemos dejar de imaginarnos que sus zapatos son de payaso. «¿Dónde estás?», clama haciéndose el que busca. Si Dios lo sabe todo, ¿cómo puede preguntarle a un pequeño ser humano dónde está? Esta broma se transforma en lección iniciática cuando el «¿Dónde estás?» se interpreta como: ¿Dónde estás dentro de ti? Yo, por no estar en ninguna parte, por no tener patria, no existo como ser humano. Soy un payaso. Un ser imaginario que vive en un universo onírico: el circo. Sin embargo, los sueños son reales como símbolos. El espectáculo se desarrolla en una pista circular, un mandala, una representación del mundo, del universo. La misma puerta es a la vez entrada y salida. Eso quiere decir que la meta es el origen. Interpreta esto como quieras. Sales de la nada, llegas a la nada.

»Cuando vemos trabajar en la pista hermosos caballos, elefantes, perros, pájaros y toda clase de fieras, comprendemos que la conciencia puede domar nuestra animalidad, no reprimi-

miéndola, sino dándole oportunidad de realizar tareas sublimes. La bestia, al saltar a través de un aro en llamas, vence el temor a la perfección divina y se sumerge en ella. La fuerza del elefante se pone al servicio de la construcción. Los felinos aprenden a colaborar. El lanzador de cuchillos nos enseña que sus hojas metálicas, símbolos del verbo, son capaces de circundar a la mujer atada en el blanco, símbolo del alma, sin hierirla. Las palabras son dominadas para eliminar de ellas la agresividad y ponerlas al servicio del espíritu: la finalidad del lenguaje es mostrar el valor del alma, valor que es entrega absoluta. El tragador de sables nos muestra en qué manera total, sin ofrecer ningún obstáculo, se acata la voluntad divina. La menor oposición causa heridas mortales. La obediencia y la entrega son la base de la fe. El hombre que escupe llamas simboliza a la poesía, lenguaje iluminado que viene a incendiar al mundo... Los contorsionistas nos enseñan cómo liberarnos de nuestras formas mentales anquilosadas: no se debe aspirar a nada permanente. Hay que construir con valentía en la impermanencia, en el cambio continuo. Los trapezistas nos invitan a elevarnos de nuestras necesidades, deseos y emociones para conocer el éxtasis de las ideas puras. Ellos evolucionan hacia lo celestial, es decir la mente sublime. Los prestidigitadores nos dicen que la vida es una maravilla: no hacemos los milagros, aprendemos a verlos. Los equilibristas muestran cuán peligrosa es la distracción: lograr el equilibrio significa estar por completo en el Presente. En fin, los malabaristas nos enseñan a respetar los objetos, conocerlos profundamente, ubicando el interés en ellos y no en nosotros mismos. Es la armonía en la coexistencia. Gracias a nuestro afecto y dedicación, aquello a parecer inanimado, nos puede obedecer y enriquecer.

Al cabo de veinte días, y cuando ya me parecía que iba a ser payaso para siempre, apareció el verdadero toni Chupete. Traía la cara hinchada. El toni Chalupa lo fue a buscar al bar para cortarle la borrachera a golpes. Los cómicos agradecieron mi colaboración y por cortesía me dejaron dar una última repre-

sentación, cosa que hice llorando verdaderas lágrimas, al mismo tiempo que lanzaba otras falsas de tres metros de largo. Esa noche, cuando los artistas se habían ido a cenar al restaurante del teatro, Piripipí me llevó hacia el centro de la solitaria pista y me pasó unas tijeras.

—Recorta las uñas de tus pies y manos, también un mechón de tus cabellos —levantó la alfombra y me mostró una grieta en el suelo—. Deposita aquí esa parte tuya. Así tu alma sabrá que tienes una raíz en el circo.

Hice como me decía, y mientras tanto Piripipí tarareaba una canción:

*Entre los diez mandamientos
uno sólo es para mí:
ser tan libre como el viento
conservando la raíz.*

—Ahora que tus uñas y pelos forman parte de la pista te quedarás para siempre en el mandala —trajo la caja de terciopelo donde guardaba sus monedas y las puso en mis manos—. Lánzalas al suelo. Si respetas su orden y el ritmo que te iré dando, obtendrás el vals —así lo hice. La melodía no resonó con perfección, pero, por muy coja que resultara, tuvo el poder de emocionarme—. Amigo, te lo dice alguien que en un doloroso momento lo perdió todo para después darse cuenta de que gracias a ello se había encontrado a sí mismo, no te dejes aterrar por una falsa concepción del dinero. Gánalo siempre con actividades que te den placer. Si eres artista, vive del arte. Si no vas a ser profesor de filosofía, ¿para qué quieres ese diploma? Abandona la universidad, no pierdas allí tu tiempo. La vida está compuesta por el pasatiempo distinto de cada individuo. Juega tu juego. Verás que cuando seas abuelo y llesves a tus nietos al circo, un payaso estará diciendo «Soy extranjero, de Extranja». ¿Ves? Has dejado aquí tu huella para siempre.

Seguí al pie de la letra las enseñanzas del toni Piripipí, re-

nuncié a la facultad de Filosofía, donde había padecido tres años, y me inscribí en los cursos del Teatro Experimental de la Universidad de Chile. Poco duré allí como alumno porque el manejo de los títeres me había convertido en un buen actor. Me dieron la oportunidad de actuar en *La guarda cuidadosa* de Cervantes, *Don Gil de las calzas verdes* de Tirso de Molina y *Vive como quieras* de George Kaufman y Moos Hart. Del TEUCH, pasé al TEUC, Teatro de Ensayo de la Universidad Católica. Allí figuré en *La loca de Chaillot* de Giraudoux y *El águila de dos cabezas* de Cocteau. Tuve bastante éxito. Se me propuso entonces actuar en el teatro profesional junto al mítico Alejandro Flores, el más conocido de los actores chilenos. Ya no se trataba de ser aplaudido por la flor y nata, participando en una función viernes, sábados y domingos, sino de presentarse ante un público popular, la semana entera, dos funciones diarias y tres los domingos. Un trabajo agotador pero exaltante. La obra se llamaba *El depravado Acuña*. En aquellos años había conmovido a la población un violador de mujeres que se apellidaba Acuña. Alejandro Flores andaba ya por los setenta años, alto, delgado, de rostro noble, gestos elegantes, largas manos pálidas, una voz cálida con caja de resonancia en su plexo solar, mirada socarrona e inteligente. No sé si era un gran actor, pero sí una personalidad magnética. En todos los papeles en que lo había visto, fuera el estilo de obra que fuera, no cambiaba. Y esto es lo que hacía delirar a su público. Iban a verlo a él y nunca eran defraudados. Flores les enseñaba que un hombre del pueblo, nacido en la más humilde de las cunas, podía comportarse como un príncipe.

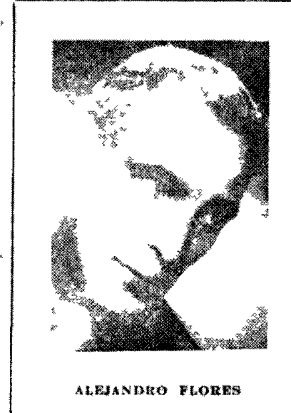
Aunque en nuestro primer encuentro se mostró altivo, mirándome desde una gloriosa lejanía, apenas me dirigió la palabra se convirtió en mi maestro.

—Joven tocayo, éste no es un teatro de aficionados. Aquí de nada valen las teorías, Stanislavsky y sus compinches no nos sirven. Nadie te va a decir cómo hablar, moverte, maquillarte o vestirte. Te las tienes que batir por ti solo. En escena el que tiene más saliva traga más pan seco. No trabajamos para pasar a la

TEATRO IMPERIO

Santiago de Chile — Estado 239 y Agustinas 867 — Teléfono 32627

EMPRESA COMPAÑIA NACIONAL DE TEATROS S. A.



ALEJANDRO FLORES



RAFAEL FRONTAURA

CIA. NACIONAL DE COMEDIAS

FLORES - FRONTAURA

1.º Actor y Director

ALEJANDRO FLORES

Premio Nacional de Arte

Otro 1.º actor y director

RAFAEL FRONTAURA

Premio Nac. de Arte

1.ª actriz

MANOLITA FERNANDEZ

Actuación especial de la 1.ª actriz

MARIA MALUENDA

(Gentileza del T. Experimental de la U. de Chile)

JODOROWSKY

Creador del Teatro Mímico

Actor cómico

JORGE SALLORENZO

Actriz de carácter

DELFINA FUENTES

Tarde a las 6,45 — JUNIO 1953 — Noche a las 10

Programa de mano de la comedia de costumbres
El depravado Acuña de Santiago del Campo, donde
Alejandro Flores interpretaba el personaje de Álvaro
y yo el del mudo Evaristo.

historia sino para ganarnos el bistec, no para que nos admiren sino para que se diviertan un par de horas. Es tu deber entretenerlos y si no puedes hacerlos reír, por lo menos debes lograr que sonrían. No buscamos la perfección sino la efectividad. ¿Comprendes? La vanidad no te servirá de nada. Lo único que se te exige es que te aprendas el texto de memoria. A texto sabido no hay cómico malo. Si el público te aplaude, terminas con nosotros la temporada. Si no logras gustar, te cambiamos por otro al séptimo día. Pero como veo que me escuchas con el respeto que se debe, te voy a dar un consejo, el único. Ordenaré que por las mañanas te abran el teatro. A esas horas nadie viene. El aseo comienzan a hacerlo después de almorzar. Hay una luz de trabajo que te impedirá estar en la oscuridad. Paséate no sólo por el escenario sino también por la galería y la platea. Siéntate en cada butaca. Absorbe el espacio, el suelo, las paredes. Párate en el centro del tablado, abarca con la mirada todos los ángulos, que ningún detalle se te escape. Integra la sala en tu memoria. Nunca te olvides de esto: el cuerpo de un actor comienza en su corazón, se extiende más allá de su piel y termina en las paredes del teatro.

Quando comenzaron las funciones pude ver su efectividad. Hablara con el actor que hablara, lo hacía de frente al público, nunca volteando la cabeza, con la actitud de una cobra hipnotizando a una manada de simios. Como una mariposa nocturna, a cada cambio de luz, sin que el texto lo justificara, se desplazaba hacia el área iluminada, de tal manera que siempre sus ojos despedían destellos. Si un actor hablaba bajo, él subía el volumen de su voz. Si alguien recitaba con demasiada fuerza, él bajaba el volumen hasta frasear murmurando. Nunca dejaba que otro se convirtiera en el centro de la atención, él era el patrón y en todo momento lo demostraba. Si alguien tenía un texto largo, él se las arreglaba para atraer la atención entrechocando unas monedas en su bolsillo, o luchando por arreglarse el nudo de la corbata como si en ello le fuera la vida o simplemente teniendo un ataque de tos. Todo esto realizado en forma simpática, elegante, sin ninguna grosería. Era un he-

cho indiscutible que la gente venía a verlo exclusivamente a él. A Flores le gustaban las cosas indiscutibles. Recuerdo una de sus pintorescas frases, lanzadas durante las conversaciones en los camarines: «El tonto, cuando no sabe, cree que sabe. El sabio, cuando no sabe, sabe que no sabe. Pero cuando el sabio, sabe, sabe que sabe. En cambio el tonto, cuando sabe, no sabe que sabe». Como se había quedado calvo, usaba un peluquín. El objeto no era de muy buena calidad. Antes de que entráramos en escena noté que unas mechas se le habían separado dejando ver un pedazo de cráneo desnudo. Se lo comuniqué. Él, con esa ejemplar seguridad en sí mismo, no hizo ademán de retocar su peinado. Me dijo: «No te preocupes, muchacho: todo Chile sabe que soy calvo». No sé si esa calma que siempre lo embargaba era natural. Cada día, antes de que se levantara el telón, venía un hombre fornido, de unos 50 años, con cara de ex boxeador, trayendo un maletín de doctor. Se encerraba unos minutos con Alejandro Flores en su camarín. «Son mis vitaminas», decía el divo. «Es morfina», chismorreaban los otros actores. ¿Quién decía la verdad? ¡Qué importaba! Después de la inyección, aunque el teatro se derrumbara, el primer actor continuaría enseñando su agradable y beata sonrisa. Recuerdo que el día del estreno todos andábamos preocupados porque no encontrábamos ciertos objetos, necesarios para el desarrollo de la obra. Flores se encogió de hombros. «El teatro es un milagro continuo. Si falta un segundo para que comience la obra con un grupo de embozados y no hay capas, cuando se levanta el telón, aparecen los actores perfectamente embozados.»

Al final del primer acto, se suponía que el depravado, desde la sombra, le pegaba un tiro. Flores debía desplomarse dándole al público la idea de que lo habían asesinado, para reaparecer vivo y vendado en el segundo acto. En una representación, el revólver no funcionó por falta de balas de fogueo. Flores, que se estaba poniendo las botas, esperó unos momentos el estallido y, como vio que no llegaba, exclamó: «¡Acuña me ha envenenado la bota!» y se desplomó. «La vida es un camino gris:

nunca nada es absolutamente malo, nunca nada es absolutamente bueno», otra de sus frases. Como el público popular aplaudió mis apariciones, Flores me concedió el honor de visitarlo en su camarín. Lo primero que me llamó la atención fue una cubierta de taza de escusado, que colgaba de un clavo en la pared.

—Muchacho, por muy encumbrado que esté el rey, necesita posar sus nalgas en la miserable taza. La higiene, en la mayoría de los teatros donde actúo, no es muy de fiar. Mi fiel cubierta siempre me acompaña. De la misma manera que un actor respeta su nombre, debe respetar su culo.

Me fijé entonces en que junto a ese íntimo objeto, sobre una banqueta alta, había una escultura de bronce constituida por quince gruesas letras de treinta centímetros de alto, formando un reluciente ALEJANDRO FLORES.

—No se sorprenda, joven tocayo: aunque como escultura son un amasijo vulgar, esas letras merecen que yo las venero. Hoy en día el público no viene atraído por el paquete de huevos que es mi cuerpo, sino por mi nombre. Si bien es cierto que al comienzo yo lo inventé y en él puse mi energía, así como lo hace un padre con su hijo, ahora él se ha convertido en mi padre y en mi madre. Alejandro Flores es un sonido-amuleto que llena los teatros. Cuando me muevo en el escenario el público no escucha, por ejemplo, «Buenos días» sino «Alejandro Flores dice buenos días». Mi nombre es el que habla y el que existe. Yo no soy más que el propietario anónimo de un tesoro. He sabido que en India la gente tiene en las casas esculturas de sus dioses a las que ofrecen flores, frutas de azúcar e incienso, es decir convierten las estatuillas en ídolos, otorgándoles con su fervor el poder de hacer milagros. Así trato yo a este conjunto de letras, como a un ídolo. Cada día les saco brillo y las perfume. Las flores que recibo se las ofrendo. Cuando tengo la mente cansada, apoyo en ellas mi frente y me recupero. Si los negocios van mal, las froto largamente con mis manos y pronto los billetes llegan. Si necesito una mujer para pasar las angustias de la noche, apoyo mi corazón en ellas. Nunca

fallan. Elegí un nombre de 15 letras porque ése es el número de la carta del Tarot «El Diablo», un símbolo potente de la creatividad. El diablo es el primer actor en el drama cósmico: imita a Dios. Nosotros los actores no somos dioses sino diablos.

Era la primera vez que alguien me indicaba que si exaltábamos nuestro nombre se convertía en el más poderoso de los amuletos. Jaime, queriendo integrarse en Chile, ser igual a los demás, odiando la exclusión, nunca firmaba con su apellido. Sus cheques lucían un escueto Jaime. El polaco-ruso Jodorowsky le molestaba. Con los años comprendí que el nombre y el apellido encierran programas mentales que son como semillas, de ellos pueden surgir árboles frutales o plantas venenosas. En el árbol genealógico los nombres repetidos son vehículos de dramas. Es peligroso nacer después de un hermano muerto y recibir el nombre del desaparecido. Eso nos condena a ser el otro, nunca nosotros mismos. Si la muchacha recibe el nombre de una antigua amada de su padre, se ve condenada a ser su novia para toda la vida. Un tío o una tía que se ha suicidado convierte su nombre, durante varias generaciones, en vehículo de depresiones. A veces es necesario, para cesar con esas repeticiones que crean destinos adversos, cambiarse el nombre. El nuevo nombre puede ofrecernos una nueva vida. En forma intuitiva así lo comprendieron la mayoría de los poetas chilenos, todos ellos llegados a la fama con seudónimos.

Le pedí al actor que me concediera el gran honor de pulirle el nombre cada mañana. Se negó, rotundamente.

—No, muchacho. Sé que tus intenciones son buenas, que me admiras, pero para ser tienes que aprender a no desear ser el otro. Puliendo mis letras, en cierta forma me robarías poder. Te llamas Alejandro, como yo. Tu devoción está condenada a convertirse en destrucción. Un día tendrás que cortarme el cuello. En las culturas primitivas, los discípulos siempre terminan devorando al maestro. Vete a insembrar tu propio nombre, aprende a amarlo, a exaltarlo, a descubrir qué tesoros encierra. Tienes 19 letras. Busca la carta del Tarot llamada «El Sol».

Siguieron las funciones. El público llenaba el teatro. Fui mejorando mi actuación, provocando cada vez más risas y aplausos. El día en que una admiradora me lanzó un ramo de flores, el divo me llamó una vez más a su camarín.

—Lo siento mucho, joven tocayo, hasta aquí no más llegamos. Te doy los siete días. Tengo que reemplazarte.

—Pero, don Alejandro, el teatro se agota a cada representación, recibo aplausos, buenas críticas, todos mis chistes hacen reír.

—Eso es lo malo. Te destacas demasiado. Piensas sólo en ti mismo y no en el conjunto de la obra, y aquí el único que tiene derecho a pensar sólo en sí mismo soy yo. Una rueda soporta un eje, no más. Es a mí a quien vienen a ver. Todo debe girar alrededor de mí. Fíjate bien: soy más alto que tú. Y también más alto que los demás actores. Nada más contrato gente de menor estatura. Así me destaco. Y eso es lo justo. Cuando participas en un juego, debes respetar sus leyes o el árbitro te expulsa de la cancha. Has ido aumentando la comicidad de tus escenas. Obligado a conservar el equilibrio global, a cada representación debo batallar para opacarte. Si esto continúa, pronto tendré una crisis cardíaca. Mira, muchacho, si me hice actor fue principalmente por flojera: no me gusta trabajar ni hacer grandes esfuerzos. Sobre todo no me gusta pelear para defender lo que es mío... Y no me mires así, con cara de pensar que soy un inmenso egoísta. No tengo por qué darte lo que conseguí con mi propio esfuerzo, sin que nadie me ayudara. El público que viene a este lugar, que no por azar se llama Teatro Imperio, es mío y de nadie más. Tú no tienes que robármelo escudándote en la creencia hipócrita de que, porque eres joven, el viejo triunfador debe darte sus secretos y cederte lo que una vida de esfuerzos le ha costado. De todas maneras, la gente que viene aquí corresponde a mi nivel, humano, cultural. Nunca te comprenderán: su gusto ordinario va a limitarte. Ve-te a crear tu propio mundo... si eres capaz. Para ello tendrás que encadenar a tu niño interior, aquel que teme invertir y que todo el tiempo está pidiendo que le den.

—Pero, don Alejandro, ¿quién va a poder reemplazarme en siete días? En cierta manera, por supuesto que después de usted, yo sostengo la obra.

—Eres ingenuo, tocayo. En mi compañía, todos son necesarios pero ninguno es imprescindible, excepto yo.

Recibí la lección de mi vida: cuando asistí, con una sonrisa sarcástica, a la primera representación de mi sustituto, vi aparecer, grotescamente vestido con un traje que mal imitaba el que yo había creado para mi personaje, nada menos que al ex boxeador, el asistente de las inyecciones. Ese hombre, torpe, de pésima dicción, menos actor que una piedra, bañado en sudor, haciendo lo que malamente podía, me produjo piedad. Pensé: «Aquí se acabó la obra. Al terminar, la gente no va a aplaudir y Flores se dará por fin cuenta de lo que yo aportaba». Tuve la sorpresa de ver que el público aplaudía con el mismo entusiasmo de siempre. Siete veces o más se cerró y abrió el telón. El divo, con sus largos brazos abiertos, en medio de sus modestos actores, recibió las ovaciones de costumbre. *El depravado Acuña* llegó al final de la temporada con el teatro lleno. Recordé una fábula de Esopo: Un mosquito llega y se instala en la oreja de un buey. Proclama: «¡He llegado!». El buey sigue arando. Al cabo de un tiempo, el mosquito decide irse. Proclama: «¡Me voy!». El buey sigue arando.

Intenté crear mi propia compañía, pero muy pronto perdí el entusiasmo. Me di cuenta de que no me gustaba el teatro imitador de la realidad. Para mí, esa clase de arte era una expresión vulgar: pretendiendo mostrar algo verdadero, recreaba la dimensión más aparente, también la más vacua, del mundo, tal como era percibido en un estado de conciencia limitada. Ese «teatro realista» me parecía desentenderse de la dimensión onírica y mágica de la existencia... Todavía sigo pensando lo mismo: en general los comportamientos humanos están motivados por fuerzas inconscientes, cualesquiera que puedan ser las explicaciones racionales que les atribuyamos luego. El mundo no es homogéneo, sino una amalgama

de fuerzas misteriosas. No retener de la realidad más que la apariencia inmediata es traicionarla. Detestando como detestaba esa limitada forma teatral, empecé a sentir repulsión por la noción de autor. No quería ver a mis actores repetir como loros un texto escrito previamente. Lo que hacía de ellos creadores, y no intérpretes, era todo aquello que no era expresión oral: sus sentimientos, deseos, necesidades y los gestos que adoptaban para expresarlos. Me propuse entonces formar una compañía de teatro mudo, para lo cual comencé a estudiar el cuerpo, sus relaciones con el espacio y la expresión de sus emociones. Vi que todas ellas partían de la posición fetal, la intensa depresión, la extrema defensa, la huida del mundo, para llegar a lo que llamé «el eufórico crucificado», la alegría de vivir expresada con el tronco erecto y los brazos abiertos como tratando de abarcar el infinito. Entre estas dos posiciones se situaba toda la gama de emociones humanas, así como entre una boca firmemente cerrada y una boca abierta al máximo se ubicaba todo el lenguaje humano; así como entre una mano cerrada y una mano abierta se iba del egoísmo a la generosidad, de la defensa a la entrega. El cuerpo era un libro vivo. En el lado derecho se expresaban las ataduras con el padre y sus antepasados. En el lado izquierdo con la madre. En los pies estaba la infancia. En las rodillas, la expresión carismática de la sexualidad viril. En las caderas, la expresión del deseo femenino. En la nuca, la voluntad. En el mentón, la vanidad. En la pelvis, el valor o el miedo. En el plexo solar, la alegría o la tristeza... No es el momento de describir aquí todo aquello que en esa época pude descubrir. Para profundizar este conocimiento hice lo que muchos hacen, comencé a enseñar lo que no sabía. Inauguré un curso de teatro mudo. Y, enseñando, aprendí enormemente. (Años más tarde llegué al convencimiento de que el terapeuta que no está enfermo no puede ayudar a su paciente. Tratando de curar al otro se cura a sí mismo.) Mi mejor alumno fue un profesor de inglés de un internado para jóvenes, con un físico monstruoso pero extraordinario, delgado al extremo, con la cabeza como aplastada por los costados; su ca-

ra, aun vista de frente, parecía un perfil. Se llamaba Daniel Emilfork. Había sido un eximio bailarín. Por motivos sentimentales intentó suicidarse arrojándose a un tren, salvó su vida pero perdió un talón. La danza se le negó. En su apartamento, para algunos selectos admiradores, bailaba al son de discos de Bach y Vivaldi, apoyado en su pie sano, moviendo el tronco, los brazos y la pierna destalonada. Unos amigos me llevaron a verlo. Caí en éxtasis, allí estaba el actor perfecto para mi teatro mudo. Le propuse asociarse conmigo. Daniel, con seriedad melodramática, me dijo: «He sufrido el martirio lejos de la escena. Si me propones actuar en la forma que me describes, llegas como un ángel a cambiar mi vida. Abandonaré el internado y me dedicaré en cuerpo y alma a seguir tus indicaciones. Sin embargo es necesario que sepas que soy homosexual. No quiero que haya malentendidos entre nosotros». En esos días llegó a Chile la película francesa *Los hijos del Paraíso*. Al verla me di cuenta de que yo había inventado algo que existía desde hacía mucho tiempo: la pantomima. Inmediatamente bauticé al futuro grupo «Teatro Mímico» y comencé a buscar bellas muchachas para que integraran la compañía al mismo tiempo que satisficieran mis necesidades sexuales. Al comienzo, todo avanzó muy bien. Pero al cabo de cierto tiempo vi con estupefacción que las mujeres, una tras otra, dejaban de venir. Descubrí, consternado, que Daniel, al parecer enamorado de mí, por celos, las estaba echando. Le pedí aclaraciones que comenzaron como vino dulce pero que pronto se tornaron vinagre: terminé expulsándolo de la compañía... Emilfork, decidido a continuar toda su vida en el teatro, pidió que los directores del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica le concedieran una audición. Accedieron al urgente pedido porque la fama de su talento se extendía por todos los círculos culturales. La cosa se efectuó en el pequeño teatrillo de la escuela. Frente a veinte butacas, se elevaba un escenario de madera crujiente, rodeado de cortinas hechas con tela de yute. Los directores, escenógrafos y actores de ese grupo eran aficionados pertenecientes a la clase alta. Vestían ternos grises,

corbatas discretas y sus cabellos lucían severamente ordenados. Le propusieron a Emilfork que se tendiera como si estuviese muerto y que, poco a poco, interpretara el nacimiento de la vida. Mi ex amigo, sin que nadie tuviera tiempo de impedirselo, se desnudó y se lanzó al suelo. Así como cayó, así se quedó. Inmóvil, semejante a una piedra, al parecer sin respirar. Pasó un minuto, dos, cinco, diez, quince y Daniel amenazaba quedarse cadáver para siempre. Los examinadores comenzaron a agitarse en las sillas. A los veinte minutos cuchichearon entre ellos, temiendo que al actor le hubiera dado un ataque al corazón. Estaban por levantarse cuando el pie derecho de Emilfork experimentó un leve temblor que, creciendo de más en más, se extendió por todo el cuerpo. La respiración, habiendo también aparecido con disimulo, fue creciendo y ahondándose hasta convertirse en un resuello de fiera. Ahora, Daniel, como en un ataque de epilepsia, se arrastraba por todos los rincones, lanzando al mismo tiempo aullidos ensordecedores. La energía que lo poseía no cesaba de aumentar, parecía no tener límites. Con los ojos echando llamas y el sexo erecto, comenzó a dar enormes saltos, trepando por las cortinas, que no tardaron en desprenderse de sus varillas. Emilfork entonces sacudió las paredes de madera que rodeaban el tablado. Las hizo trizas. Después, con fuerza inaudita, empezó a desclavar las tablas del suelo para agitarlas como armas. Saltó a la platea. Los honorables miembros del Teatro de Ensayo, lanzando chillidos ratoniles, huyeron del lugar, dejando al enloquecido actor encerrado allí. Se oyeron por todo el edificio sus alaridos durante una hora. Luego se fueron calmando. Siguió un largo silencio seguido por unos golpecillos discretos en el interior de la puerta. La abrieron temblando. Surgió Daniel Emilfork, vestido muy en orden, bien peinado, calmo, con sus habituales gestos de príncipe ruso. Miró al grupo desde las alturas de un profundo desprecio. «Banda de tías, ustedes nunca sabrán lo que es la vida y por lo tanto lo que es el verdadero teatro. No me merecen. Retiro mi solicitud de ingreso.» Y se fue, no sólo de allí sino también de Chile. Desembarcó en



Primera reunión pánica. De izquierda a derecha: Daniel Emilfork, Alejandro Jodorowsky, Jacques Sternberg, el anarquista incendiario Fedorov, Fernando Arrabal, Topor, Lis (mujer de Arrabal) y Toyen (pintora surrealista).

Francia, nunca más habló español y no cesó de vivir exclusivamente del teatro y del cine, pasando mil y una privaciones, hasta alcanzar la celebridad.

La ida de Emilfork a Francia nos conmovió a todos. Quien más, quien menos, se sentía ahogado en Santiago de Chile. Todavía no se comercializaba la televisión y allí, en esa ciudad tan lejana de Europa, rodeada por un carcelario anillo de montañas, se tenía la sensación de que nada nuevo podía suceder. Siempre la misma gente, siempre las mismas calles. Ahora yo sabía que en Francia existían grandes mimos, Etienne Decroux, Jean Louis Barrault y, sobre todo, Marcel Marceau. Si quería perfeccionar mi arte, debía hacer como Emilfork: abandonarlo todo y partir. Pero lazos con nudos muy estrechos me ataban. Primero que nada, mis amigos y novias, mis compromisos con el Teatro Mímico, que ya había dado exitosas representaciones, luego la ambición de probar en gran escala la efectividad del acto poético y por último, muy en el fondo de mis sombras, el deseo de vengarme de mis padres, refregarles por el rostro el sufrimiento que me habían causado por su incompreensión. Descubrí que el rencor ataba tanto como el amor. Entré en un período nebuloso donde era incapaz de tomar decisiones; una inercia profunda se había apoderado de mi alma. Pasaba los días encerrado en el taller, leyendo. Excusé este matar el tiempo diciéndome que para conocer un autor había que leer sus obras completas. A una velocidad forzada leí todo Kafka, todo Dostoievsky, todo García Lorca, todo André Breton, todo H. G. Wells, todo Jack London y, aunque parezca raro, todo Bernard Shaw. Llegaron una noche mis amigos poetas, ebrios hasta casi no poder tenerse en pie, vestidos de negro, portando una corona fúnebre con mi nombre. Encendieron velas y se sentaron a mi alrededor simulando llantos y bebiendo aún más vino. La realidad volvió a danzar... A las dos de la mañana, alguien golpeó la puerta con frenesí. Le abrimos. Entró mi padre, descalzo, enarbolando una lámpara.

-¡Alejandro, se nos quemó la casa!

-¿La casa de Matucana?

-¡Sí, mi casa, tu casa, con los muebles, la ropa, el piano de Raquel, todo!

-¡Oh, mis escritos!

-¡Me cago en tus escritos! ¡Piensas en unas inmundas hojas de papel y no en mi dinero, el que guardaba dentro de la caja de zapatos en el armario, en mis álbumes de sellos, veinte años coleccionándolos, en mis zapatos de ciclista, en la vajilla de porcelana que tu madre conservaba desde que se casó, no tienes corazón, no tienes nada, ya no sé quién eres, pensábamos venir a dormir aquí, pero esto es un nido de borrachos, iremos a un hotel!

Y se fue lanzando gruñidos de exasperación mientras los poetas, eufóricos con la noticia, danzaban en ronda. Hicimos una colecta para arrendar tres victorias. Empezamos viaje hacia Matucana. El paso cansino de los caballos, le daba una voz metálica a la noche que moría. Sobre el ritmo de las herraduras fuimos improvisando elegías a la casa quemada. Cuando llegamos ya no había bomberos. No había nadie. Apretujado entre dos feos edificios de cemento, mi hogar dormía como un ave negra. Los bardos se bajaron de los coches y danzaron frente a los restos celebrando el fin de un mundo y el renacimiento de otro. Escarbaron entre los escombros en busca del gusano rojo en que se había convertido el ave Fénix. Sólo encontraron la faja renegrada de mi madre. ¡Ah, mi pobre Sara Felicidad! A causa de todos esos años sin hacer ejercicios, parada diez horas diarias detrás del mostrador, hasta el punto de tener los codos llenos de callos de tanto apoyarse en esas superficies frías, y también por comer con angurria para compensar el afecto que le faltaba -mi padre, convertido en «el picaflo de barrio», so pretexto de ventas a domicilio, iba en su bicicleta fornicando a diestra y siniestra con sus clientas-, engordó, perdió las formas, se sintió ahogar dentro de un magama de carne... Para encontrar límites que le aseguraran que era un ser vivo, que al mundo lo regían leyes infalibles, que no estaba abierta como un arroyo ante el hocico sediento de cual-

quier rapaz, se enfundó en un corsé, provisto de varillas de acero, que la encerraba de los senos hasta medio muslo. Lo primero que hacía al levantarse era gritar para llamar a la sirvienta, que acudía refunfuñando como de costumbre, para que la ayudara a tirar de los cordones. Salía del cuarto tiesa pero con forma, la animalidad comprimida: una señora segura de sí misma que dejaba sin pudor que los ojos de los otros la escudriñaran. Por la noche, de regreso de la tienda, con los pies hinchados y los ojos enrojecidos por la luz de neón, llamaba otra vez a la sirvienta para que la sacara del cepo. Esto lo hacía en el momento en que todos debíamos estar en la cama. Yo sabía que no iba a poder dormirme de inmediato. Mi madre comenzaba a rascarse con sus largas uñas siempre pintadas de rojo. Su piel seca por tantas horas de encierro, la tela de lona le impedía transpirar, producía un quejido de papel que se rasga, insidioso, penetrante. El concierto duraba media hora. Yo sabía, por los chismes de la criada, que Sara Felicidad calmaba la picazón untándose del cuello a las rodillas con su propia saliva. Esa gordura, esos callos en los codos, esos pies tumefactos, esa picazón, yo siempre los había visto con cierto sarcasmo, como si mi madre fuera culpable de tal fealdad, fealdad que debía ocultar en una faja. Ahora, viendo a los poetas patear carcajeándose esa horma renegrida, sentí por ella una tristeza profunda. Pobre mujer, sacrificando con ingenuidad su vida sólo por falta de conciencia. Miopes, el marido, la madre, el padrastro, los mediohermanos, los primos, incapaces de ver su maravillosa blancura, de cuerpo y de alma. Viviendo como una niña castigada, considerada intrusa desde que era un feto, parida con desgano, recibida en una cuna fría, cisne entre patos orgullosos... Estaba brotando el alba. La realidad volvió a danzar. Pasó un vendedor de globos rojos en forma de corazón. Con un grito severo detuve a los poetas futbolistas. Pagué las tres victorias y con el resto le compré sus globos al vendedor. Amarré el corsé al conjunto volátil y lo solté. Se elevó muy alto, hasta convertirse, en medio del cielo rosado, en una pequeña mancha negra. Esa subida la comparé a la Asunción de la Vir-

gen María. Tuve que beber un largo trago porque me puse a toser. Quizás entonces comprendí la estrecha unión que efectúa el inconsciente entre las personas y sus objetos íntimos. Para mí, liberar la faja de mi madre, enviarla al fondo del cielo transportada por globos en forma de corazón, fue como permitirle salir de su cárcel cotidiana, de su insulsa vida de mujer de comerciante, de su miseria sexual, de sus anteojeras de huérfana indeseada, en fin, de su absoluta carencia de amor. Yo había pasado todos esos años quejándome de su falta de atención, de cariño, pero había sido incapaz de darle un mínimo de afecto, enceguecido como estaba por el rencor. Como a ella, prisionera de su estrecha conciencia, poco podía darle, le ofrendé mi amor a su faja, convirtiéndola en ángel.

La casa quemada parecía decirnos que un mundo estaba terminando y que otro se aprestaba a nacer de sus ruinas. Esto coincidió con el fin del invierno y el comienzo de la primavera. Nos dimos cuenta de que en Chile hacía más de veinte años que no se celebraba un carnaval. Nos propusimos hacer renacer la Fiesta de la Primavera. Fuimos tres los que parimos esta idea: Enrique Lihn, José Donoso (que luego sería conocido como novelista: *El obscuro pájaro de la noche*) y yo. Comenzamos todos los días, a las seis de la tarde, hora en que la gente salía del trabajo y llenaba las calles, a salir disfrazados para comenzar a crear un entusiasmo colectivo. Lihn se vistió de diablo; un diablo flaco, eléctrico, retorciéndose como un tallarín escarlata, agitando una cola dura terminada en punta de flecha, interrogando a los paseantes con solapada inteligencia sobre sus íntimas depravaciones. Donoso, vestido de negra, por supuesto ninfómana, con dos pelotas de fútbol como senos, agrediendo sensualmente a los hombres, los cuales se escapaban de sus asaltos en medio de carcajadas colectivas. Y yo, vestido de Pierrot, blanco de los pies a la cabeza, proyectando una tristeza amorosa universal, replegándome en los brazos de las mujeres para que me acunaran como niño herido... Otros poetas y un grupo de estudiantes universitarios siguieron nuestro ejemplo

y a diario, en el centro de la ciudad, los transeúntes vieron un espectáculo de eufóricos disfrazados. Algunos comerciantes astutos se apoderaron de la idea y organizaron un baile en el Estadio Nacional. Fue un éxito sin precedentes. La cancha se llenó, también las graderías, luego los terrenos exteriores y las calles adyacentes. Esa noche bailó, se emborrachó y amó un millón de personas. Nosotros, los primeros disfrazados, tuvimos, como los demás, que pagar la entrada. Nadie nos lo agradeció. Pasamos a formar parte del anonimato general. Disgustados, sabiendo que algunos mercaderes se habían hinchado de dinero, nos fuimos a pasar la pena en un bar cercano a la estación Mapocho. Allí se bebía bajo el encanto de la estridencia de los trenes. Aún no teníamos la sabiduría del Bhagavad Gítâ: «Piensa en la obra y no en el fruto». Nos molestaba que no se nos hubiera reconocido... Años más tarde aprendí con ciertos bodhisattvas a bendecir en secreto todo aquello que abarcaba mi mirada. Esa noche habríamos querido ser felicitados: «Gracias a ustedes, una fiesta maravillosa ha renacido. Merecen un premio, una copa, un diploma, cuando menos un abrazo o bien la entrada gratuita a todas las festividades». Nada obtuvimos, ni siquiera una sonrisa. Decidimos hacer una celebración al estilo mapuche: pusimos las sillas sobre la mesa y nos sentamos en el suelo, con las piernas cruzadas, formando un círculo. Cesamos de hablar y cada uno bebió con un ritmo funerario largos tragos de su botella de ron hasta acabarla. Un litro de alcohol por cabeza. En silencio, mis amigos se fueron desplomando. Yo me sentí morir. El exceso de alcohol me ahogaba. Salí corriendo a la calle, vomité junto a un farol, marché con los brazos abiertos mirando hacia el cielo y por fin me senté en la cuneta de una esquina solitaria. La tristeza del Pierrot comenzó a invadirme. ¿Quién era yo? ¿Qué finalidad tenía mi existencia? Así estaba rumiando mis ideas, atravesado por el frío del alba, cuando sentí un golpetear aterciopelado. Alcé la cabeza que mantenía hundida en mi pecho y vi acercarse al perro. No digo un, digo al, porque lo he visto, revisto, repasado tantas veces en mi memoria que se ha convertido en un ejem-

plar arquetípico que algo tiene de divino. Era de tamaño mediano, con una pelambarrera quizás blanca, que las vicisitudes de la vida habían tornado gris y costrosa. Cojeaba de la pata delantera derecha. En resumen, un perro miserable, con ese orgullo doloroso mezclado de humildad que cargan los canes sin amo. Se acercó mirándome con una intensa necesidad de compañía. Su corazón latía tan recio que escuché el tamborileo. La cola, luciendo cicatrices de dentelladas, se agitaba feliz. Al llegar ante mí, con gran delicadeza dejó caer de su hocico una piedra blanca. Sus ojos revelaban un amor tan profundo, yo nunca había recibido una muestra de afecto tal, que me hicieron ver de golpe lo poco que en la vida se me había querido. Ayudado por la borrachera, que abatió los muros de mi vergüenza, me puse a llorar. El animal dio un par de saltos torpes, se alejó corriendo unos metros, se detuvo, regresó y lamió la piedra. Comprendí. Tenía ganas de jugar. Me estaba pidiendo que la lanzara a lo lejos para perseguirla, recogerla en su hocico y traérmela. Lo hice así. Varias veces. Por lo menos veinte. Pasó un ciclista. El can se lanzó corriendo detrás de él. Ambos desaparecieron en la curva de una esquina. Ya no volvió. Quedé solo frente al guijarro blanco. Esa piedra era mi ancestro. Vieja de millones de años, había soñado con hablar y ahí estaba yo, Pierrot, tan albo como ella, convertido en su voz. ¿Qué es lo que quería decir? Esperé recibir el más hermoso de los poemas, dictado por ese pedrusco caído del hocico de un perro. ¡Recibí en la mente algo que sólo puedo comparar a un mazazo! ¡Ella iba a durar más que yo! Comprendí con lucidez alucinante que yo era un ser mortal. Mi cuerpo, aquel con el que estaba tan profundamente identificado, iba a envejecer, podrirse, disgregarse. A mi memoria se la iba a tragar la nada. Mis palabras, mi conciencia, todo lo mío, al pozo negro del olvido. También iban a desaparecer las casas, las calles, la totalidad de los seres vivientes, el planeta, el sol, la luna, las estrellas, el universo entero. Arroqué lejos la piedra blanca, como si fuera una bruja: me había inyectado una angustia que duraría toda la corta vida que un azar indiferente me había otorgado... De

mi padre no recibí aspirinas metafísicas. Nunca inculcó en mi mente de niño un más allá, una esperanza de reencarnación, un dios clemente, un alma eterna, todos esos mitos que tan bien saben proclamar las religiones para consolar a los mortales... Me lancé a correr por las calles lanzando aullidos. Nadie se sorprendió de ver a ese payaso, pensando que era un último resto del baile de carnaval. Llegué al taller y me dejé caer en el suelo, para dormirme como un pedazo de materia inanimada.

Esta angustia de morir me duraría hasta los 40 años. Angustia que me obligó a recorrer el mundo, estudiar las religiones, la magia, el esoterismo, la alquimia, la cábala. Me hizo frecuentar grupos iniciáticos, meditar al estilo de numerosas escuelas, contactar con maestros, en fin, buscar sin límites, donde fuera, aquello que podía consolarme de mi fugacidad. Si no vencía a la muerte, ¿cómo podía vivir, crear, amar, prosperar? Me sentí separado no sólo del mundo sino también de la vida. Los que creyeron conocerme sólo conocieron las máscaras de un muerto. En esos insoportables años todas las obras que realicé, más los amores, fueron anestésicos que me ayudaron a soportar la angustia que corroía mi alma. Sin embargo, en lo más íntimo de mi ser, en forma nebulosa, sabía que ese estado de agonía permanente era una enfermedad a la que tenía que curar, convirtiéndome en mi propio terapeuta. En el fondo no se trataba de encontrar el filtro mágico que me impidiera morir sino, sobre todo, de aprender a morir con felicidad.

Junté de mil ingeniosas maneras (entre otras venderme un par de noches a una vieja millonaria) el dinero para comprar un pasaje en un barco italiano, el *Andrea Doria*, cuarta clase, camarote común de veinte camas, escalopes resecos, vino hecho con agua y polvos, tomates insulsos, rumbo a Francia. Regalé todo lo que tenía: libros, títeres, dibujos, cuadernos con poemas, decorados y ropajes del Teatro Mímico, unos pocos muebles, mi ropa. Con sólo un traje, un abrigo, más un par de calcetines, un calzoncillo y una camisa de nailon, que lavarí­a cada noche;

sin maleta, con cien raquí­ticos dólares en el bolsillo, después de arrojar mi libreta de direcciones al mar, partí en un viaje que duraría cinco semanas, subiendo por el océano Pacífico hasta el canal de Panamá y de allí a Cannes, para desembarcar en territorio francés sin saber una sola palabra de ese idioma.

El acto de arrojar la libreta fue para mí fundamentalmente necesario. Esas hojas constituían mi unión con el pasado. Unión tanto más fuerte por cuanto había sido agradable. No abandonaba mi país como un expulsado político o como un fracasado o como alguien detestado por la sociedad. Me estaba yendo de un país que me había aceptado como artista, de una compañía de veinte mimos que ya tenía un sólido repertorio, de gentiles amigos, muchos de ellos grandes poetas, de apasionadas muchachas, con una de las cuales podría haberme casado. Me estaba yendo también, de cuajo, de mi familia: nunca más los volví a ver. Tampoco a mis amigos: cuando regresé a Chile, cuarenta años más tarde, todos habían muerto, segados por el tabaco, el alcohol o Pinochet... Fue una forma de suicidio, desaparecer, deshacerme de los nudos emocionales, dejar de ser ese ente nacido de raíces dolorosas, para convertirme en otro, un ego virgen que me permitiera un día, padre y madre de mí mismo, llegar a ser lo que yo quería y no lo que la familia, la sociedad y el país me imponían. Ese 3 de marzo de 1953, a los 24 años, al arrojar mi libreta de direcciones al mar, morí. Cuarenta y dos años más tarde, también un 3 de marzo, 1995, mi adorado hijo Teo, de 24 años, en plena fiesta, murió repentinamente. Con él, desaparecí una vez más.

Llegar a París sin hablar francés, con dinero apenas para subsistir treinta días, sin ningún amigo, queriendo triunfar en el teatro, es una locura. El pintor Roberto Matta, con mucho humor, dijo en una ocasión: «Triunfar en París es muy fácil, sólo los primeros cincuenta años son difíciles». Yo, con una ingenua confianza en mí mismo, creí que llegaba a Europa como un salvador. Lo primero que hice, apenas bajé del tren a las dos de la madrugada, fue llamar a André Breton, cuyo teléfono

no me sabía de memoria. (En Santiago, el ferviente grupo surrealista La Mandrágora mantenía relaciones con el poeta, quien estaba casado con una pianista chilena, Elisa, a quien le clavó la tapa del piano, por odio a la música.) Me contestó con una voz pastosa:

-Oui?

-¿Habla usted español?

-Sí.

-¿Es André Breton?

-Sí. ¿Quién es usted?

-Soy Alejandro Jodorowsky y vengo de Chile a salvar al Surrealismo.

-Ah, bueno. ¿Me quiere ver?

-¡Inmediatamente!

-Ahora no, es muy tarde, ya estoy acostado. Venga a mi apartamento mañana a las doce del día.

-¡No, mañana no, ahora!

-Le repito: éstas no son horas para visitas. Venga mañana y con mucho gusto conversaré con usted.

-Un verdadero surrealista no se guía por el reloj. ¡Ahora!

-¡Mañana!

-¡Entonces nunca!

E interrumpí la comunicación. Sólo siete años más tarde, acompañado por Fernando Arrabal y Topor, asistí a una de las reuniones que presidía en el café La Promenade de Venus, y tuve el placer de conocerlo...

En esos primeros meses en París terminaron de derrumbarse mis ilusiones. Tuve que ganarme la vida haciendo toda clase de trabajos miserables, como pedir en los apartamentos periódicos viejos para ir a venderlos por kilos a un armenio que surtía a una fábrica de papel, salir a ofrecer en las terrazas de los cafés mis dibujos, pegar sellos en cerros de sobres, empaquetar supositorios contra una epidemia de gripe, etc. Con gran trabajo reuní el dinero suficiente para estudiar tres meses con Etienne Decroux. La pantomima se me había convertido en

una religión. Estaba dispuesto a darle mi vida. Consideraba que la colección de elogiosos artículos de prensa y fotografías mostrando mis creaciones, me daba derecho a la admiración del maestro. Después de todo estábamos luchando por imponer el mismo arte, considerado como una decadente curiosidad histórica. Nunca me imaginé que ese mítico creador del moderno lenguaje mímico, un hombre de cuerpo ancho, manos gruesas y rostro adocenado, tuviera tal crueldad, tal amargura, tal envidia del éxito ajeno. Supe que ese año se había presentado con sus alumnos en Londres, al mismo tiempo que Marceau. El espectáculo de Marceau fue declarado el mejor del año, y el de Decroux el peor de año. Lo que pasaba es que con su técnica implacable, inhumana, que exigía increíbles esfuerzos para realizar cada movimiento, aburría a los espectadores. En cambio la fineza de Marceau, su ingenuidad, sus gestos aéreos que sugerían todo sin ningún esfuerzo, encantaban al público. Decroux barajó mis fotos con un ostentoso desprecio, me pidió que me desvistiera y, tomando como testigo a su hijo Pepé, procedió a examinar mi cuerpo, clasificando sus defectos con frialdad médica. «Comienzo de escoliosis, cuerpo semita con nalgas salidas, debilidad de los músculos abdominales: en pocos años tendrá un vientre caído.» Me pidió que me moviera. Traté de hacer gestos bellos. Concluyó: «Se mueve sacando los codos: mal gusto expresionista». Luego, lanzándome para siempre al olvido, abandonó el exiguo cuarto donde recibía a sus alumnos. Pepé, con una sonrisa cruel, me tendió una factura por tres meses de cursos adelantados... Al salir, recogí un programa. Allí leí que el maestro, en compañía de su esposa y su hijo, sólo para cuatro espectadores, hacía dos años que cada noche estaba dando un recital en ese pequeño apartamento. }

La primera lección fue una paradoja, semejante a un *koan*: «La pantomima es el arte de no hacer movimientos». Para explicar aquello, se nos dijo: «La tortuga, debajo de su caparazón, es felina», «La mayor fuerza es la fuerza que no se emplea», «Si el mimo no es débil, no es mimo», «La esencia de la

vida es la lucha contra el peso». Durante interminables horas estudiamos el mecanismo de la marcha, la expresión del hambre, de la sed, del calor, del frío, del exceso de luz, de la oscuridad, de las diferentes actitudes de un pensador y, por último, todas las gamas del sufrimiento físico: ~~dolores causados por enfermedades, por quebrazón de huesos, por heridas (en la espalda, en el pecho, en el costado, en las extremidades), por quemaduras, por ácido, por asfixia, etc.~~

Una vez por semana, nos reuníamos en el gran gimnasio de una escuela. Decroux, con una lubricidad de anciano, hizo colocarse a las mujeres delante, «Los hombres no me interesan», y a nosotros detrás. (Lo que me despertó el antiguo dolor de saber que Jaime sólo tenía ojos para Raquel.) Cuando daba sus ejemplos se arremangaba los anchos pantalones y a menudo, como si no se diera cuenta, exhibía sus testículos. Odiaba las imitaciones chaplinescas. La Mímica debía ser un arte tan severo como el ballet clásico. Lo único que cambiaba era la conciencia del peso. «Sólo los idiotas se elevan sobre la punta de los pies.» Analizamos las leyes del equilibrio, los mecanismos del cargar, tirar, empujar. Estudiamos la manipulación de objetos imaginarios. Aprendimos, con las manos planas, a crear diferentes espacios... El conocimiento que se nos transmitía era otorgado por gotas, lentamente, como a regañadientes. A pesar de hacernos pagar muy caro las clases, nos daba la sensación de que lo robábamos. Para justificar esta actitud citaba una frase de Breton: «Un mal escritor es como una mancha de agua sobre el papel, se extiende rápido pero no tarda en evaporarse. Un buen escritor es como una gota de aceite: cuando cae hace una mancha pequeña, pero con el tiempo se va extendiendo hasta llenar toda la hoja. Los cursos que les doy ahora, les servirán dentro de diez años». Tenía razón. Esa crueldad de bisturí, que eliminaba toda relación afectuosa, me obligó a ser juez de mí mismo, sin esperar confirmaciones ajenas. Para resistir el desprecio, la demolición, semejante a un pescador que se sumerge en el oscuro océano y luego emerge portando una perla, tuve que buscar y encontrar mis valores.

Aprendí que no puede haber creatividad efectiva si no la acompaña una buena técnica. También que la técnica, sin arte, destruye a la vida.

A la llegada de Marcel Marceau, seis meses después, mi destino teatral se puso en marcha. El mimo, tras un minucioso examen, me aceptó en su compañía, dándome un papel mínimo para demostrarme que si en mi país yo era alguien, en Francia era un don nadie. Poco a poco gané su aprecio y obtuve el grado más alto que concedía a un colaborador: sostenerle los letreros anunciando sus pantomimas. Así lo acompañé en sus giras por muchos países. Mientras mi amigo dormía hasta tarde, fatigado por la representación de la víspera, yo me levantaba temprano y visitaba cuanto maestro y lugar sagrado podía encontrar. Como no tenía la oportunidad de realizar mis ideas, decidí dárselas a Marceau. Escribí para él *El fabricante de máscaras*, *La jaula*, *El devorador de corazones*, *El sable del samurai*, *Bip vendedor de porcelana*, etc., pantomimas que le dieron a su carrera un nuevo impulso. Habiendo decidido que no quería terminar mi vida haciendo gestos de mudo con un maquillaje blanco sobre mis arrugas, me despedí de Marceau y, otra vez en paro, ya con el peso de una joven esposa, tuve que aceptar un trabajo de pintor de brocha gorda. Por esa danza de la realidad, el jefe de la empresa, Julien, era miembro de un grupo de Gurdjieff y su colaborador, Amir, un filósofo sufí. Pintar con ellos una casa entera en las afueras de París se convirtió en una experiencia mística. El propietario de la mansión, seudo aristócrata, con toda evidencia impotente, se decía pintor abstracto y escultor. En grandes telas, perpetraba manchas golpeando con un látigo untado en pintura. Como escultor, imprimía sus nalgas en un molde y fabricaba sillas de plástico. Lo bautizamos «el Furioso». Su mujer tenía hermosos ojos verdes y Julien se enamoró de ella. Una noche, como espectáculo exótico, nos invitaron a cenar con sus amigos en un pabellón pintado de dorado, azul y rojo, colores que, según ellos, usaban los reyes de Francia. Bebimos mucho vino. Poseí-

do por un furor poético, improvisé versos compuestos exclusivamente de insultos. Los invitados se aterraron y comenzaron a irse. Cuando se quedaron a solas con nosotros, el desbocado «trío obrero», temblando nos colocaron delante tres botellas de vino y subieron al entresuelo para acostarse. Con la euforia de romper los límites, al poco rato subí al dormitorio y, sin sacarme los zapatos, me acosté entre ellos. Antes de dormirme, penetré a la esposa, muy brevemente, como un saludo de buenas noches.

Temprano en la mañana, dejé a mis patronos roncando y fui a trabajar. El Furioso llegó a mediodía, me sonrió y se puso a pintar sus telas a latigazos como si no hubiera pasado nada. Julien, por el contrario, no disimuló sus malas pulgas. Indicó hacia mi abundante cabellera y gruñó: «Con esa melena de "artista" para ellos no eres real. Te toman por un bufón. Si quieres romper las convenciones, conviértete en un hombre normal, como nosotros, para que aprendas a saborear las consecuencias de tus actos. Esta gente es peligrosa, tiene el poder de su lado, prácticamente nuestras vidas están en sus manos». Y acto seguido, esgrimiendo unas tijeras, me cortó el pelo, casi al rape. Luego me envió a limpiar un techo lleno de telarañas, sabiendo que le tenía fobia a esos bichos. «Ni los pobres, ni los seres conscientes, tenemos derecho a las fobias.» Cuando fui a la panadería, manchado de yeso y pintura, mi nuevo aspecto atrajo a muchas señoras bien vestidas. Me deseaban, confundíendome con un hombre socialmente inferior, al mismo tiempo que fingían rechazarme. Me di cuenta de que el mundo no estaba compuesto únicamente de artistas, ínfima minoría, sino de millones de seres anónimos, destinados al olvido. En ellos las creencias, los sentimientos, los deseos, adquirían extrañas formas. Algo andaba mal. Mi visión de la vida era lamentable. No estaba preparado aún para soportarla tal cual era. Necesitaba refugiarme en un teatro, dormir y comer en el escenario, no leer los periódicos, volver a dejarme crecer el pelo. Tuve la sorpresa de ver llegar un lujoso automóvil, con los

asientos forrados de piel de leopardo. El chofer, luciendo un uniforme azul estilo Hollywood, entró en la casa y preguntó por mí. Me presenté cubierto de costras de pintura. «El señor Maurice Chevalier quiere hablarle.» Lo seguí, subí en el Rolls Royce y me encontré frente a frente con el célebre cantante, que en aquella época ya sobrepasaba los setenta años. «El empresario de su trío, el señor Canetti, que también es empresario mío, me lo ha recomendado mucho (mientras trabajaba con Marceau yo había hecho una incursión en el music-hall dirigiendo a unos cantantes, Los tres Horacios). Se trata de que usted me ayude a poner buenos gestos en mis canciones y montar un par de pantomimas cómicas. Después de un largo eclipse voy a regresar a las tablas y quiero sorprender al público con cosas nuevas. Si es un verdadero artista y no un pintor de brocha gorda, venga conmigo.» Tuve un corto tiempo para despedirme de Julien, Amir y los dueños de la casa que, boquiabiertos, me vieron alejarme para siempre.

El célebre viejo vino tres veces por semana, durante un mes, a mi cuarto de empleada, dos metros de ancho por tres de largo, para ensayar con gran disciplina. Canetti, por su parte, me habló en secreto: «Chevalier ya está pasado de moda. Su éxito no me interesa, lo creo imposible. En cambio cuento con un joven músico genial, Michel Legrand: me aprovecharé del espectáculo para lanzarlo. Le voy a contratar una orquesta de cien músicos, algo nunca visto. Tendrá un triunfo arrollador. La Alhambra (así se llamaba el teatro) se llenará gracias a él. Te pido que con tu escenificación acentúes su presencia». En una ancha escalera, coloqué a los cien músicos formando un muro de fondo, cada uno con un traje de color diferente, siguiendo un cuadro de Paul Klee. Legrand estaba vestido de blanco. En verdad sus arreglos de melodías populares eran excepcionales. Sin embargo, él, sus cien músicos y el monumental ruido de los instrumentos, pasaron a segundo plano cuando el viejo entró, vestido de atorrante, con la nariz roja y una botella de vino en la mano, cantando «Ma pomme». ¡Éxito delirante! Hasta tal punto que el espectáculo, que se creía que iba a permanecer

en cartelera un mes, duró un año. Al teatro se le cambió de nombre y se le puso «Alhambra Maurice Chevalier». El cantante arrendó un apartamento, que estaba enfrente, para observar cada día las enormes letras luminosas que formaban su nombre.

Desde aquel momento no cesé mis actividades teatrales y poéticas. Contar todo lo que viví en ese entonces sería motivo de otro libro. Marceau, porque su sostenedor de letreros se había enfermado, me pidió que, como favor especial, lo sustituyera durante la gira por México. Así lo hice. Me enamoré del país y allí me quedé, fundando el Teatro de Vanguardia para montar cerca de cien espectáculos en diez años. Trabajaron conmigo las más grandes actrices y actores del momento; estrené, entre muchas otras, obras de Strindberg, Samuel Beckett, Ionesco, Arrabal, Tardieu, Jarry, Leonora Carrington, autores mexicanos y mías; adapté a Gógol, Nietzsche, Kafka, Wilhelm Reich y también un libro de Eric Berne, *El juego que todos jugamos*, que aún treinta y tantos años después se sigue representando, y para lo cual tuve que imponerme, luchar contra la censura y en una ocasión ir tres días a la cárcel. Padecí que me clausuraran las obras, que miembros de la extrema derecha asaltaran el teatro donde actuábamos, lanzando botellas con ácido. Tuve que escaparme en la oscuridad, acostado en el fondo de un automóvil, para que no me lincharan cuando, en el Festival de Acapulco, estrené mi primer filme, *Fando y Lis*, etc. Poco a poco, entre éxitos, fracasos, escándalos y catástrofes, una profunda crisis moral fue demoliendo la admiración fanática que le tenía al teatro. Ese oficio se caracteriza por un despliegue de los vicios del carácter que los ciudadanos no artistas tratan por todos los medios de ocultar. Los egos de los actores se muestran a plena luz, sin vergüenza, sin autocensura, en su exagerado narcisismo. Son ambiguos, son débiles, son heroicos, son traidores, son fieles, son mezquinos, son generosos. Pelean por su crédito, quieren su nombre más grande que el de todos y que encabece el cartel sobre el título de la obra.



Cartel de mi obra de teatro *Zaratustra* (México, 1976). De izquierda a derecha (detrás), Henry West (músico), Héctor Bonilla (actor), Mickey Salas (músico) con su hijo, Carlos Áncira (actor), Isela Vega (actriz), Jorge Luque (actor) y Álvaro Carcaño (actor) con su hijo; (delante) Luis Urías (músico), Brontis Jodorowsky, Valérie Trumblay (en su vientre, Teo Jodorowsky), El Greñas (vendedor de los programas de la obra), Alejandro Jodorowsky con Axel Cristóbal Jodorowsky y Susana Camini (actriz) con su hijo.



Durante la representación de *Zaratustra* en México, con Fernando Arrabal y el maestro zen Ejo Takata.
Foto: Hermanos Mayo.

Si todos ganan el mismo sueldo, exigen que se les deslice en el bolsillo un sobre conteniendo unos pesos más, se saludan con grandes abrazos y por detrás de las espaldas dicen horrores los unos de los otros, tratan con desesperación de tener más líneas de texto, se roban las escenas llamando la atención de manera solapada, están llenos de orgullo y vanidad pero al mismo tiempo no tienen ninguna seguridad en ellos mismos, quieren ser el centro de la atención, no cesan de competir, exigen ser vistos, oídos y aplaudidos en todo momento, aunque tengan que prostituirse en anuncios publicitarios. Sólo saben hablar de sí mismos o bien de problemas humanitarios, una hambruna, una peste, un genocidio, siempre que sean ellos los líderes promotores de una superficial solución. Para aumentar su popularidad, se hacen pasar por devotos, acompañando a un Papa o un Dalai Lama. En fin, son adorables y asquerosos, porque muestran a plena luz lo que su público oculta en la sombra.

Me pregunté: ¿sería posible que el teatro prescindiera de los actores? ¿Y por qué no del público? El edificio del teatro me pareció limitado, inútil, anticuado. Se podía crear un espectáculo en cualquier sitio, en un autobús, en un cementerio, en un árbol. Interpretar un personaje era inútil. El actuante —no actor— no debía darse en espectáculo para escapar de sí, sino para restablecer el contacto con el misterio interior. El teatro dejaba de ser una distracción para convertirse en instrumento de autoconocimiento. Sustituí la creación de obras escritas por lo que llamé un «efímero».

En la representación, el actor tenía que fundirse totalmente en el «personaje», mentirse a sí mismo y a los demás, con tal dominio que llegaba a extraviar su «persona» para volverse otro, un personaje con límites concisos, fabricado a punta de elucubraciones. En el efímero, el actuante debía eliminar al personaje para intentar alcanzar a ser la persona que era o estaba siendo. En la vida cotidiana, los ciudadanos llamados normales caminaban disfrazados interpretando un personaje inculcado por la familia, la sociedad o bien que ellos mismos se

habían fabricado, una máscara de disimulos y fanfarronadas. La misión del efímero era hacer que el individuo dejara de interpretar un personaje frente a otros personajes, que acabara eliminándolo para acercarse de golpe a la persona verdadera. Este «otro» que despertaba en la euforia de la actuación libre, no era un fante hecho de mentiras, sino un ser con limitaciones menores. El acto efímero conducía a la totalidad, a la liberación de las fuerzas superiores, al estado de gracia.

Esa exploración del enigma íntimo fue para mí, sin darme cuenta, el comienzo de un teatro terapéutico que me llevaría más tarde a la creación de la Psicomagia. Si no la imaginé en aquel entonces fue porque pensé que lo que estaba haciendo era un desarrollo del arte teatral. Antes de que en Estados Unidos comenzaran a surgir los happenings, monté espectáculos que sólo podían ser dados una sola vez. Introduje en ellos cosas perecederas: humo, frutas, gelatinas, destrucción de objetos, baños de sangre, explosiones, quemazones, etc. En una ocasión nos movimos en un escenario donde piaban dos mil pollos y en otra serruchamos un contrabajo y dos violines. Procedía así: buscaba que me prestaran un lugar, el que fuera, salvo un teatro: una academia de pintura, un asilo para enfermos mentales, un hospital. Luego convencía a un grupo de conocidos, de preferencia no actores, para que participasen en una manifestación pública. Muchas personas llevan en el alma un acto que las condiciones ordinarias no les permiten realizar, pero apenas se les ofrece la posibilidad de expresar en circunstancias favorables aquello que duerme en ellas, es muy raro que duden. Para mí, un efímero tenía que ser gratuito, como una fiesta: cuando la ofrecemos no cobramos a los invitados las bebidas o los alimentos. Todo el dinero que podía ahorrar lo invertía en esas presentaciones. Le preguntaba al participante qué tenía ganas de exponer y luego le daba los medios para hacerlo. El pintor Manuel Felguérez decidió ejecutar ante los espectadores una gallina para confeccionar allí mismo un cuadro abstracto con las tripas del animal mientras, a su costado, su esposa Lilia Carrillo, también pintora, vestida con uniforme

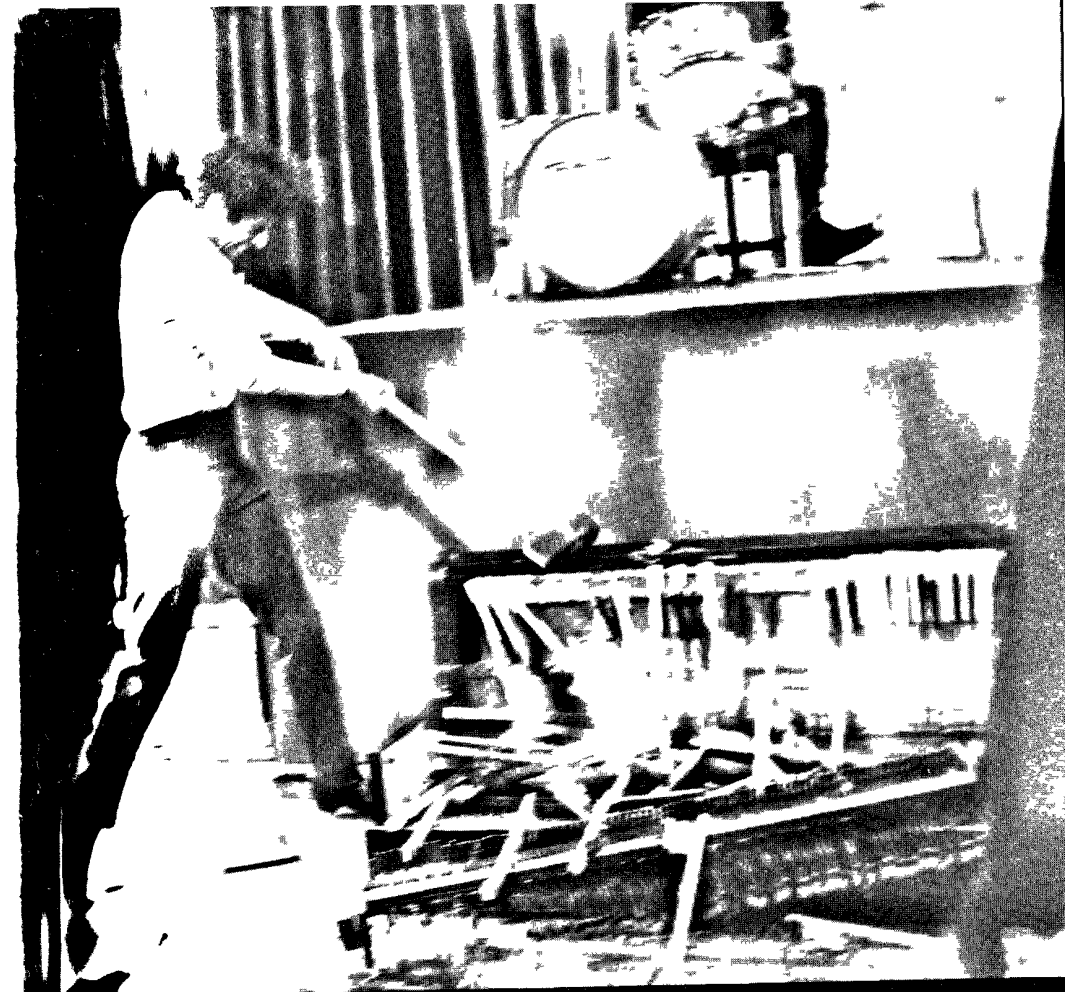
de soldado nazi, devoraba un pollo asado... Una joven actriz, famosa después, Meche Carreño, quiso bailar desnuda al son de un ritmo africano mientras un hombre barbudo le cubría el cuerpo con chorros de espuma de afeitar. Otra quiso aparecer como una bailarina clásica, con un tutú pero sin braga, y orinar mientras interpretaba la muerte del cisne. Un estudiante de arquitectura decidió llegar con un maniquí para golpearlo violentamente y sacar del pubis aplastado varios metros de chorizo. Otro estudiante apareció vestido de profesor universitario portando una canasta llena de huevos. A medida que recitaba fórmulas algebraicas, se estrellaba un huevo tras otro en la frente. Otro, vestido de charro, llegó con una tinaja de cobre y varios litros de leche. Acostado en posición fetal dentro del recipiente, se puso a recitar un poema incestuoso dedicado a su madre mientras vaciaba, tragando, las botellas de leche. Una mujer de larga cabellera rubia apareció caminando apoyada en muletas y gritando a pleno pulmón: «¡Mi padre es inocente, yo no!». Al mismo tiempo sacaba de entre sus senos trozos de carne cruda que lanzaba sobre el público. Luego se sentó sobre una silla de niño y se hizo rapar por un peluquero negro. Frente a ella había una cuna llena de cabezas de muñeca, sin ojos ni pelo. Ya con el cráneo desnudo, la mujer comenzó a lanzar las cabezas al público chillando: «¡Soy yo!». Un muchacho, vestido de novio, empujó hacia el tinglado una tina de baño llena de sangre. Lo seguía una bella mujer vestida de novia. Él comenzó a acariciarle los senos, el pubis y las piernas, para acabar, cada vez más excitado, por sumergirla, con su amplio traje blanco, en la sangre. Se puso inmediatamente a frotarla con un gran pulpo mientras ella cantaba un aire de ópera. Una mujer de enorme cabellera roja, de piel muy pálida y con un vestido dorado que le moldeaba el cuerpo, apareció con un par de tijeras grandes en las manos. Varios muchachos morenos se arrastraron hacia ella, ofreciéndole cada uno un plátano que ella cortó riéndose a carcajadas.

Todos estos actos, verdaderos delirios, fueron imaginados y realizados por personas consideradas normales en la vida real.

Las energías destructivas, que cuando permanecen estancadas nos carcomen por dentro, pueden liberarse gracias a una expresión canalizada y transformadora. La alquimia del acto logrado transmuta la angustia en euforia.

Los efímeros pánicos se realizaron sin publicidad, dándose la dirección y la hora en el último momento. Por este sistema de boca a oreja, asistían por término medio unas cuatrocientas personas. Ningún artículo, por suerte, se publicó en los periódicos. La oficina de espectáculos dependiente del gobierno, al mando de un infame burócrata llamado Peredo, ejercía una censura imbécil. Recuerdo que en una obra teatral me hizo ocultar el ombligo de un personaje. En otra, el actor Carlos Ancira se colocaba una capa terminada en dos bolas tamaño pelota de fútbol, el turbio licenciado consideró que hacían alusión a testículos y nos las hizo cortar. Pudimos, por la discreción y gratuidad de nuestros efímeros, llegar a expresarnos sin ningún problema. La reacción fue muy diferente cuando se me ocurrió realizar uno en la televisión nacional.

Mi labor en el Teatro de Vanguardia me había conquistado la admiración de un escritor y periodista, Juan López Moctezuma, que llegó a ser presentador de un programa cultural. Le dieron una hora que no conseguía anunciadores porque en un canal vecino había una serie americana que atraía a la mayoría de los espectadores. Juan me propuso hacer lo que quisiera durante esos sesenta minutos. Me concentré profundamente y supe con precisión el acto efímero que quería realizar: lo que más odié en mis años oscuros fue el piano de mi hermana. Ese instrumento me mostraba, con la risa sarcástica de sus dientes blancos y negros, la preferencia que mis padres tenían por Raquel. Todo para ella, nada para mí. ¡Decidí destruir ante las cámaras un piano de cola! La explicación que di al público en ese entonces fue la siguiente: «En México, como en España, el toreo es considerado un arte. El torero, para realizar su obra, emplea un toro. Al final de la lidia, cuando gracias a él ha expresado su creatividad, lo mata. Es decir, destruye



Compiendo un piano en la televisión mexicana, en 1960.

Crucificado en los restos del piano.



su instrumento. Así mismo lo quiero hacer yo. Voy a ofrecer un concierto de rock y luego voy a asesinar a mi piano». Encontré, gracias a los anuncios de un periódico, un viejo piano de cola que vendían a un precio asequible a mi bolsillo. Lo hice enviar al estudio donde se iba a realizar el programa cultural en directo. Contraté también un grupo de rock de jóvenes aficionados. Cuando comenzó la emisión, después de recitar mi texto, dando orden al grupo para que se lanzara a tocar, saqué de una maleta un combo y comencé, con grandes golpes, a demoler el piano. Tuve que emplear toda mi energía, que se multiplicó por la rabia que llevaba acumulada tantos años. Romper un piano de cola a combazos no es fácil. Avancé en mi demolición sin cesar, pero lentamente. Los pocos espectadores llamaron a sus familiares y amigos. Como una inundación incontenible la noticia se expandió: ¡un loco, en el canal tres, estaba rompiendo un piano de cola a martillazos! Al cabo de media hora, la mayoría de los espectadores mexicanos había abandonado su programa predilecto para ver lo que el marcialo estaba cometiendo. Las llamadas telefónicas aumentaron de cien a mil, a dos mil, a cinco mil. Protestaban las asociaciones de padres de familia, el Club de Leones, el ministro de Educación y muchos otros notables. ¿Cómo era posible que habiendo tantos niños pobres se destrozara ante sus ojos (a esas horas los nenes dormían) tan precioso instrumento? ¿Quién había permitido mostrar ese escandaloso acto de violencia? (el programa americano que pasaba a la misma hora era un sangriento espectáculo de guerra). Cuando terminé mi obra, acostado entre los escombros con un par de pedazos sobre mí, como una cruz, de la que saqué lastimeras notas, el escándalo había adquirido proporciones nacionales. Al día siguiente todos los periódicos hablaban del efímero. De manera brutal yo había desvirginizado el arte mexicano. Se me admiró por la audacia al mismo tiempo que se me consideró un artista maldito. Satisfecho de la enorme notoriedad que había alcanzado, declaré que en el próximo programa de Juan López Moctezuma iba a entrevistar a una vaca para demostrar que

ella sabía más de arquitectura que los profesores de la universidad. La televisión declaró que el programa no se haría porque «a los estudios no entra ninguna vaca». Respondí: «No es verdad: hay muchas vacas haciendo telenovelas». Nuevo escándalo en la prensa. Los alumnos de la Escuela de Arquitectura me ofrecieron el anfiteatro de su facultad para que entrevistara a la vaca. Allí me presenté, ante dos mil alumnos, con mi bovino, al que previamente un veterinario había inyectado un calmante. Presenté al animal con el trasero hacia el público comparándolo a una catedral gótica. La conferencia duró dos horas donde las carcajadas fueron aumentando hasta que llegó un grupo de fornidos empleados a comunicarme que al decano le complacería que yo, con mi compañera vaca, abandonara para siempre esos dignos lugares.

Estos efímeros me mostraron el enorme impacto que producían, mucho más que el teatro habitual. En esos años de formación yo creía que, para lograr una mutación de la mentalidad colectiva, había que agredir a la sociedad en sus conceptos fósiles. No se me ocurría pensar que a un enfermo no se le agreda sino que se le sana. Aún no concebía el acto terapéutico social.

Vino mi regreso a París, el encuentro con Arrabal y Topor, los tres años que asistimos a las reuniones del grupo surrealista. Breton, a escasos años de su muerte, era ya un Sumo Pontífice viejo y cansado, rodeado de acólitos sin talento, más preocupados de la política que del arte. Fue entonces cuando fundamos el grupo pánico. Lo inauguramos con un efímero de cuatro horas que ya he descrito en otro libro. Este espectáculo cerró una etapa de mi vida. En él me castré simbólicamente, me hice rapar, azotar, le abrí el vientre a un rabino gigantesco sacándole vísceras de puerco, nací a través de una vulva enorme entre un río de tortugas vivas... Salí de aquello enfermo, agotado, exangüe. A pesar de su éxito, la revista *Plexus* lo llamó «le meilleur happening qu'on ait vu à Paris» y los poetas beatniks Allen Ginsberg, Lawrence Ferlinghetti y Gregory Corso lo aplaudieron e incluyeron en su revista *City Lights Journal*, yo no estaba

Efímero pánico (París, 1974). Bañando al padre (vestido como un enorme y viejo rabino) con un litro de leche antes de castrarlo.

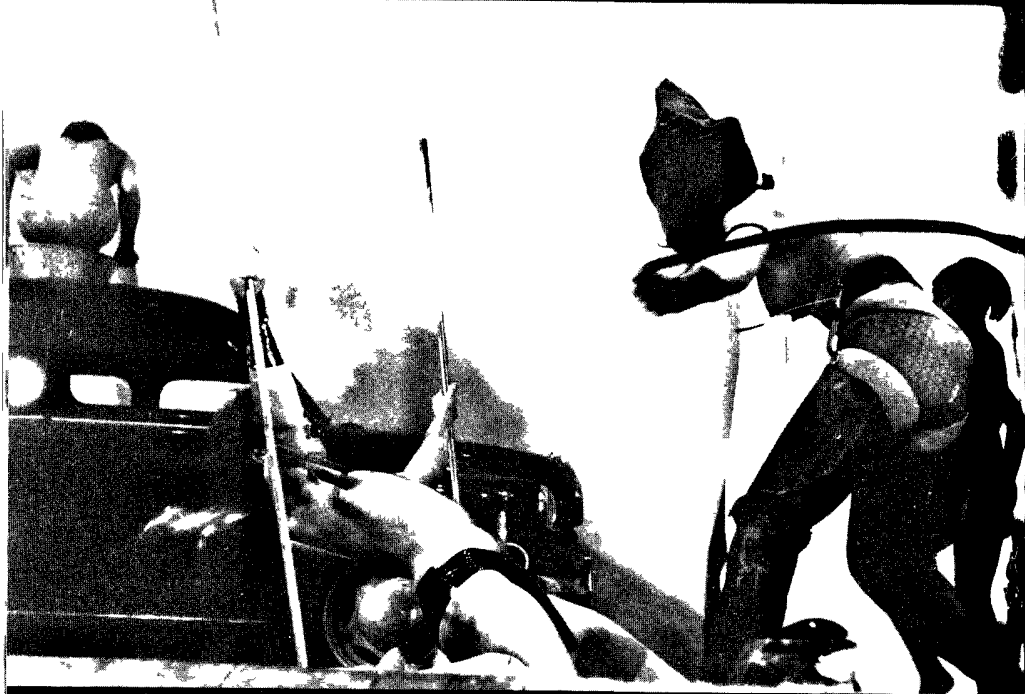




Efímero pánico (París, 1974). Las «furias», con tijeras, me cortan un traje hecho con bistecs crudos. Luego los fríen y se los dan a comer al público. Foto: Jacques Prayer.



Efímero pánico (París, 1974). Una mujer vestida de luna y otra de verdugo me rapan en escena. En el pecho tengo una víbora. Foto: Jacques Prayer.



Efímero pánico (París, 1974). Me someto a una tortura para desprenderme de mi narcisismo físico. La verdugo me da latigazos hasta ensangrentarme. Foto: Jacques Prayer.

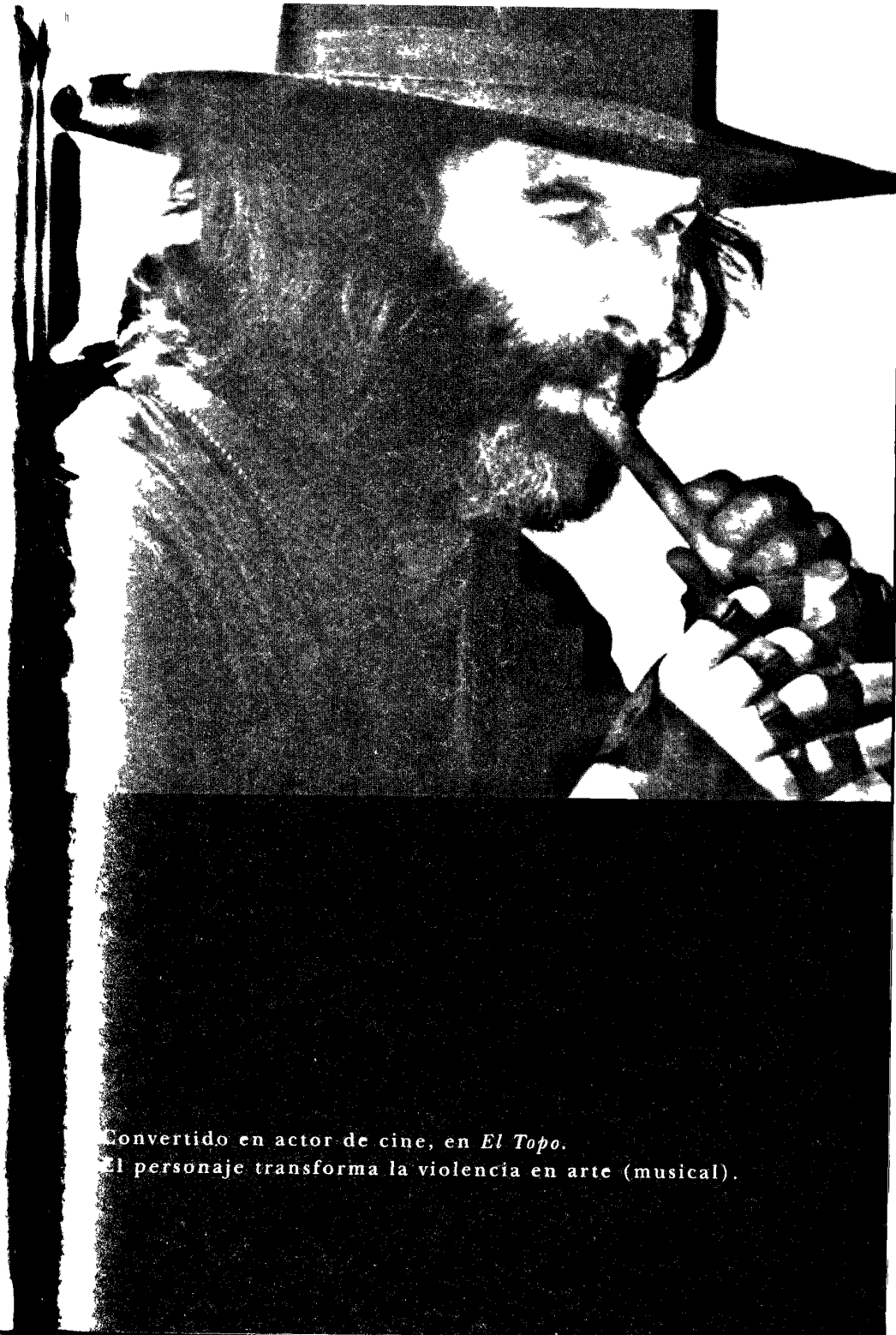
satisfecho. Veía merodear a mi alrededor el espectro de la destrucción tenebrosa y sentía, más que nunca, que el teatro tenía que ir en el sentido de la luz. En busca de una acción positiva, arrojé por la borda toda actividad teatral exhibicionista con sus deseos de reconocimiento, premios, críticas o menciones en los medios de comunicación y comencé a practicar el teatro-consejo.

Si alguien deseaba expresar los residuos psíquicos, serpientes de sombra, que lo roían por dentro, le comunicaba la siguiente teoría: «El teatro es una fuerza mágica, una experiencia personal e intrasmisible. Pertenece a todo el mundo. Basta con que te decidas a actuar en otra forma que la cotidiana para que esa fuerza transforme tu vida. Ya es hora de que rompas con los reflejos condicionados, los círculos hipnóticos, las autoconcepciones erróneas. La literatura le concede un gran lugar al tema del “doble”, alguien idéntico a ti que poco a poco te expulsa de tu propia vida, se apropia de tu territorio, de tus amistades, de tu familia, de tu trabajo, hasta transformarte en un paria e incluso tratar de asesinarte... Te debo decir que en realidad eres el “doble” y no el original. La identidad que crees la tuya, tu ego, no es más que una copia pálida, una aproximación de tu ser esencial. Te identificas con ese doble tan irrisorio como ilusorio y de pronto aparece el auténtico. El amo del lugar vuelve a tomar el sitio que le corresponde. En ese momento tu Yo limitado se siente perseguido, en peligro de muerte, lo que es cierto. Porque el ser auténtico terminará por disolver al doble. Nada te pertenece. Tu única posibilidad de ser es que aparezca el otro, tu naturaleza profunda, y te elimine. Se trata de un sacrificio sagrado en el cual deberás entregarte por entero al amo, sin angustia... Puesto que vives preso en tus ideas locas, sentimientos confusos, deseos artificiales, necesidades inútiles, ¿por qué no adoptas puntos de vista totalmente distintos? Por ejemplo, mañana serás un inmortal. Como un inmortal te levantarás y te cepillarás los dientes, como un inmortal te vestirás y pensarás, como un inmortal recorrerás la ciudad... Durante una semana, veinticuatro horas al día, y para ningún cómplice

espectador salvo tú mismo, serás el hombre que nunca morirá, actuando cual otra persona con tus amigos y conocidos, sin darles ninguna explicación. Lograrás ser un autor-actor-espectador, presentándote no en un teatro sino en la vida».

Aunque dedicara la mayor parte de mi tiempo al cine, creando filmes como *Fando y Lis*, *El Topo*, *La montaña sagrada* o *Santa sangre*, actividad que me otorgó experiencias que necesitarían un libro entero para narrarlas, seguí desarrollando el arte del teatro-consejo. Establecía una serie de actos para realizar en un tiempo dado: cinco horas, doce horas, veinticuatro... Un programa elaborado en función del problema que acarrea el consultante, destinado a romper el personaje con el que se había identificado para ayudarlo a restablecer los lazos con su naturaleza profunda. «Aquel que se deprime o alucina o fracasa, no eres tú.» A un ateo le hice adoptar durante semanas la personalidad de un santo. A una mujer, que sufría por odiar a sus hijos, le asigné el deber, por contrato escrito y firmado con una gota de su sangre, de imitar durante cien años el amor materno. A un juez, preocupado del poder que tenía de castigar en nombre de una ley y una moral que le ofrecían dudas, le di la tarea de disfrazarse de vagabundo para ir a mendigar frente a la terraza de un restaurante, y de sus bolsillos debía extraer puñados de ojos de muñeca. A un hombre enfermizamente celoso, de dudosa virilidad, le hice llegar a una reunión familiar vestido de señora.

De este modo creaba sobre el personaje una persona destinada a visitar la vida cotidiana y mejorarla. En esa etapa mi búsqueda teatral fue adquiriendo una dimensión terapéutica. De autor y director, me transformé en consejero, dando instrucciones a las personas para que se liberaran del personaje y se comportaran como seres auténticos en la comedia de la existencia. La vía que les ofrecía era la de la imitación. El joven inexperto, que creyendo imitar a un santo civil se había aprovechado sexualmente de una pobre muchacha, ya estaba superado. Ahora el proceso se fundaba en un deseo real de cambiar. ¿Si un buen



Convertido en actor de cine, en *El Topo*.
El personaje transforma la violencia en arte (musical).

católico practicaba la imitación de Cristo, por qué un ateo har- to de su incredulidad no comenzaría a imitar a un sacerdote? ¿Acaso un débil, sintiéndose impotente, con los testículos pin- tados de rojo, no podía imitar la fuerza viril? ¿Acaso ~~una mujer~~, a quien la familia educó como un hombrecillo, para vencer su esterilidad no podía meterse una almohadilla bajo el vestido imitando que estaba encinta? Yo mismo, imitando aquello que más me faltaba, la fe, me di cuenta de lo lejos que estaba de cre- er en Dios, en el ser humano, en lo que fuera. Dudé del arte.

¿Para qué sirve? Si es para entretener a gente que teme desper- tarse, no me interesa. Si es un medio de triunfar económica- mente, no me interesa. Si es una actividad adoptada por mi ego para ensalzarse, no me interesa. Si debo ser el bufón de aque- llos que tienen el poder, que envenenan al planeta y que ham- brean a millones, no me interesa. ¿Cuál entonces es la finalidad del arte? Después de una crisis tan profunda que me hizo pen- sar en el suicidio, llegué a la conclusión de que la finalidad del arte era sanar. «Si el arte no sana, no es arte», me dije y decidí unir en mis actividades el arte y la terapia. No quiero que se me entienda mal. La terapia que yo conocía era realizada por espí- ritus científicos, que se enfrentaban al caótico inconsciente y trataban de darle un orden; extraían de los sueños un mensaje racional... Yo no llegaba de la ciencia a la terapia, sino del arte. Mi meta, por el contrario, era enseñarle a la razón a hablar el lenguaje de los sueños. No me interesaba el arte que se hacía te- rapia sino la terapia convertida en arte.

Esta entrada profunda en la expresión de la fuerza incons- ciente, que si se la escucha no es nuestro enemiga, sino nues- tra aliada, se la debo a Ejo Takata, quien fue mi maestro zen durante cinco años. Sin saber muy bien en lo que me metía, acepté formar parte de un grupo que meditaría durante siete días completos durmiendo sólo veinte minutos cada noche. Lleno de valor, me arrodillé con las nalgas apoyadas en un co- jín, crucé las manos, junté los pulgares con una mínima pre- sión, como si sostuviera entre ellos un papel para cigarrillos,

estiré la columna vertebral, me sentí anclado en el suelo, uni- do al centro de la tierra mientras mi cráneo trataba de llegar al cielo, descontraje los músculos faciales y luego el resto de ellos, eliminé de mi mente toda palabra y sintiéndome posee- dor de una técnica perfecta me dispuse a quedarme allí, inmó- vil, como un Buda, una semana entera. Apenas pasó un par de horas, comenzó la tortura. Me dolieron las rodillas, las piernas, la espalda, el cuerpo entero. Si me movía un poco, el gigantón mexicano que se paseaba con el palo me daba una zurra en los hombros. Si hacía una mueca porque las moscas me andaban por la cara, el maestro lanzaba un grito demoníaco. La imagi- nación se me desató, la cólera también. ¿Qué hacía yo ahí, en medio de esos alumbrados y rapadas, sufriendo sin ninguna necesidad? En un rincón veía mis zapatos, como bocas abier- tas, invitándome a enfundarlos y partir lejos de ese infierno... Al son de un gong, teníamos que correr al comedor e ingurgi- tar en dos minutos un bol de arroz, casi hirviendo, sin dejar un solo grano en el tazón. Volvíamos a meditar con el vientre hin- chado. Comenzaba un concierto de eructos y una pedorrera general. Con rabia, con vergüenza, veía que los otros, y sobre todo las otras, resistían más que yo. A medianoche nos tirába- mos como perros en el suelo para dormir esos divinos veinte minutos. Nos despertaban a gritos e insultos y teníamos que correr a sentarnos para continuar la meditación. Se nos permiti- tía una vez por día ir a defecar, en una letrina común, donde una hilera de hoyos sobre un pozo artesiano invitaba a hom- bres y mujeres a perder por completo la intimidad. Resistí y re- sistí, más que por misticismo, por orgullo. Takata se puso a to- car el tambor cantando el Sutra del Corazón. Luz María, una fornida lesbiana, que también tocaba el tambor, frente a él, tu- vo un acceso de furia y se lo arrojó a la cabeza. El monje hizo un movimiento mínimo, se inclinó unos centímetros, de tal manera que el pesado instrumento pasó a milímetros de su oreja y se estrelló contra el muro dejando un agujero. Ejo, sin inmutarse en lo más mínimo, siguió cantando el sutra. Nunca se comentó esa agresión. Ya al quinto día, convertido en un es-

Finalidad
ARTIS

pantapájaros, con las rodillas hinchadas y sangrantes, con el vientre lleno de gases, los ojos lagrimeando y un dolor en el pecho, fui arrastrado por dos agresivos alumnos, a las tres de la madrugada, a un cuarto donde el maestro iba a proponerme una adivinanza, un koan. Yo estaba obligado a luchar y defenderme, mientras el par de fanáticos me cubría de golpes. Me arrastraron por las escaleras y me sentaron frente a la cortina del cuarto sagrado. «Me duele el pecho. Creo que me va a dar un infarto.» «¡Revienta!», me contestaron, y se fueron. Un gong me indicó que debía entrar. Así lo hice. Allí estaba Ejo transfigurado: vestía un hábito de ceremonia que le daba el aspecto de un santo. Me miró con una objetividad que interpreté como desprecio y me dijo, a mí, que estaba de rodillas ante él con la frente tocando el suelo: «No comienza, no termina, ¿qué es?». Yo estaba preparado para responder a una adivinanza clásica como «Éste es el sonido de dos manos, ¿cuál es el sonido de una mano?». A lo cual habría levantado mi diestra abierta, respondiéndole con una amplia sonrisa: «¿Escuchas?». O «¿El perro tiene también la naturaleza de Buda?», a lo cual yo habría respondido berreando: «¡Muuu!». Pero ante esa pregunta tan simple, tan ingenua, tan obvia, sólo pude tartamudear: «¿Ejo, qué quieres que diga? ¿Dios? ¿El universo? ¿Yo? ¿Tú? ¿Todo esto?». El monje tomó un mazo y golpeó el gong, lo que significaba que todo el zendô¹ se enteraba de que yo había fracasado. Me incliné, humillado, y comencé a salir. Entonces Ejo me gritó: «¡Intellectual, aprende a morir!». Esas palabras, dichas con un atroz acento japonés, me cambiaron la vida. Bruscamente comprendí que todo lo que había buscado hasta entonces, todo lo que había realizado, lo hice con un cobarde intelecto que no queriendo morir se aferraba a los barrotes de la razón... Se comenzaba a existir cuando el yo-actor dejaba de identificarse con el yo-observador. Entré de golpe en el mundo de los sueños.

¹Recinto o sala en donde se practica zazén, meditación budista zen.

El sueño sin fin

A los 17 años había tenido, sin darme cuenta, mi primer sueño lúcido. Como no estaba preparado para tan importante acontecimiento, sentí un profundo terror y me consideré sumergido en una anomalía... En la primera parte del sueño estaba en un cine en el que se proyectaba una película de dibujos animados. Un paisaje con grandes rocas que poco a poco se iban poniendo blandas hasta chorrear arroyuelos oscuros que comenzaron a salir de la pantalla para caer en la sala. Entonces me vi sentado en el centro de ese vasto lugar como único espectador. Supe de manera indudable que estaba soñando, es decir, me desperté dentro del sueño. Esto de saber que todo lo que veía era irreal, de saber que mi propia carne allí no existía, que esa lava de rocas derretidas, que iba tragándose fila tras fila las butacas, era pura ilusión, me angustió. El peligro, a pesar de ser un sueño, me espantaba. Quise huir, pero pensé: «Si cruzo esa puerta, entraré en otro mundo y nunca más podré volver al mío, quizás moriré». ¡Entonces sentí pánico! Mi única posibilidad de salvación era despertarme. Me pareció imposible. Tan imposible como si tú, lector, en este momento levantaras tu mirada del libro y te dijeras: «Estoy soñando, debo despertar». Me sentí atrapado en un mundo monstruoso que iba a tratar de no soltarme. Hice inmensos esfuerzos por salir del sueño, me sentí paralizado, no podía mover ni los brazos ni las

piernas, la lava iba llegando a mi sitio. Pronto me sepultaría. Seguí intentando con desesperación despertarme. Ascendí de las profundidades hacia mi verdadero cuerpo que, como un trasatlántico, dormía estirado en la superficie. Me reintegré a mi envoltura y desperté empapado en sudor, con el corazón latiendo apresuradamente. Consideré que este sueño, en realidad un regalo, era una enfermedad. A partir de entonces, cada noche al acostarme para dormir me creía amenazado. Tenía miedo de que el mundo onírico me tragara para siempre.

Este miedo me impulsó a leer libros sobre los sueños, sus mecanismos, sus cualidades, la manera de interpretarlos. Había diferentes clases de sueños, sexuales, angustiosos, agradables, y también terapéuticos. En la antigüedad los enfermos iban al templo esperando soñar con una diosa que los curara. Se consideraba a los sueños como proféticos. Freud les dio la misión de mostrar nuestros residuos psíquicos, los deseos frustrados, las pulsiones amorales, atribuyendo sistemáticamente un significado simbólico a tal o cual imagen. Según Jung no se trataba de explicar los acontecimientos oníricos sino de seguir viviéndolos, mediante el análisis, en estado de vigilia, a fin de ver a dónde nos conducían, qué mensaje nos estaban dando. Sin embargo todos estos métodos interpretativos consideran que el sueño es algo que recibimos con el objeto de que lo hagamos actuar en el mundo racional. Son símbolos, no realidades. A menudo un consultante nos dice «Tuve un sueño», nunca «Visité un sueño». La etapa siguiente, situada más allá de la interpretación racional, consiste en entrar en el sueño lúcido, en el que sabemos que estamos soñando; conocimiento que nos da la posibilidad de trabajar no sólo sobre el contenido del sueño sino también sobre nuestra misteriosa identidad.

Cuando André Breton me recomendó la lectura de *Les rêves et les moyens de les diriger*, escrito por Hervey de Saint-Denis en 1867, comprendí lo esencial de la cuestión: todos actuamos como víctimas de los sueños, como soñadores pasivos, creyendo

que no podemos intervenir en ellos. A menudo dentro del sueño tenemos atisbos de que estamos soñando pero por miedo, ignorancia, de inmediato rehuimos esta sensación y nos dejamos atrapar por el mundo onírico. Hervey de Saint-Denis explica su método para dirigir los sueños. No tiene una finalidad muy extraordinaria, no se propone ahondar en los profundos misterios del ser, simplemente desea «ahuyentar las imágenes desagradables y favorecer las ilusiones felices».

Después de la lectura de este documento, dejé el temor de lado y me lancé a la aventura de domar mis pesadillas, como primer escalón en la conquista del mundo onírico. Un sueño lúcido no se obtiene por voluntad, hay que partir a la caza de él, y para lo cual debemos prepararnos no ingiriendo alcohol u otros excitantes como té, café o drogas; cenar ligero y no exponerse a un bombardeo de imágenes cinematográficas o televisivas; convencerse de que es posible en medio de un sueño darnos cuenta de que estamos soñando y buscar un elemento, un gesto, algo que nos indique que no actuamos en el mundo que llamamos real. Al comienzo, cuando no distinguía bien los dos mundos, al preguntarme ¿estoy despierto o estoy soñando?, me apoyaba con las dos manos en el aire, como en una tabla invisible, y me daba un impulso. Si ascendía era porque estaba soñando. Daba un giro en el aire y trataba, hasta lograrlo, no de verme volar sino de sentirme volar. Luego me ponía a trabajar en mi sueño. No quiero decir que éste es el único método: cada soñador lúcido debe encontrar el suyo. Pienso que, dada la inmensa cantidad de neuronas que forman nuestro cerebro, lo sabemos todo pero sin darnos cuenta. Necesitamos que alguien nos lo revele. Recuerdo el cuento del leoncillo que, habiendo perdido a sus padres, fue adoptado por una oveja que lo crió en medio de la manada. Creció pacífico, asustadizo, lanzando, para comunicarse, pequeños maullidos. Un día un viejo león cazó a una de las ovejas, y comenzó a devorarla al mismo tiempo que mantenía prisionero bajo una de sus patas al joven león asustadizo.

—Deja de temblar, amiguito y come conmigo un buen bocado.

A la idea de devorar carne cruda, el felino vomitó, pero sin embargo se sintió poseído de una angustia extraña. No podía dejar de temblar, mas no era de miedo. Una energía desconocida le sacudía el cuerpo. La fiera se lo llevó junto a un manso arroyuelo.

—Mira tu reflejo y dime: ¿Ves una oveja? —el joven negó con la cabeza—. ¿Qué ves?

—Veo un león.

—¡Eso es lo que tú eres!

El joven felino lanzó por primera vez en su vida un atronador rugido y comenzó a devorar los restos del herbívoro.

Antes de que sepamos que podemos soñar lúcido, tal actividad no se nos plantea. Una vez que se nos revela el tema, comenzamos, primero lentamente y luego con más y más frecuencia, a pensar en él durante el día y a prepararnos para la noche. El soñador tiene memoria, se recuerda lo que se propuso durante la vigilia y es muy posible que lo realice. Fui poco a poco, con una paciencia inagotable, durante años, conquistando el mundo onírico. No le doy al término «conquistar» el sentido de ganar una batalla o un territorio. Conquistar para mí es vivir en su plenitud el mundo de los sueños, que no tiene fin. En esta conquista se presentan dificultades, y también trampas, en las que uno puede caer y quedarse allí durante años, sin avanzar. Se declaran períodos de sequía, en los que el inconsciente se niega a brindarnos la lucidez onírica. Soñamos sin cesar durante la noche y nos despertamos sin recordar nada. Paciencia. Fe. De pronto, como una flor que se abre, nos encontramos otra vez lúcidos viviendo en el otro mundo. Estos sueños nos enseñan, nos muestran a qué nivel de conciencia (hemos llegado, nos dan la alegría de vivir.

Primero tuve que vencer a las pesadillas. Mis sueños estaban poblados de amenazas, de sombras, de persecuciones asesinas, de hechos y objetos asquerosos, de ambiguas relaciones sexuales, que me excitaban al mismo tiempo que me culpabilizaban. Ahí era yo un personaje inferior a mi nivel de concien-

cia en el mundo real, capaz de realizar fechorías que en la vigilia jamás me permitiría. Me repetí muchas veces, como una especie de letanía, «Soy yo el que sueña, tal como me conozco despierto, y no un niño perverso y vulnerable. Los sueños suceden en mí, son parte mía. Todo aquello que aparece es yo mismo. Esos monstruos son aspectos míos no resueltos. No son mis enemigos. El inconsciente es mi aliado. Debo enfrentarme con las imágenes terribles y transformarlas». Frecuentemente tenía la misma pesadilla: estaba en un desierto y desde el horizonte surgía, como una inmensa nube de negatividad, un ente psíquico decidido a destruirme. Me despertaba gritando y empapado en sudor. De pronto me cansé de esta indigna huida y decidí ofrecirme en sacrificio. En el apogeo del sueño, en un estado de terror lúcido, dije: «¡Basta ya, voy a dejar de querer despertarme! ¡Abominación, destrúyeme!». El ente se acercó, amenazador. Permanecí quieto, calmo. Entonces, esa inmensa amenaza se disolvió. Desperté unos segundos y volví a dormirme, plácidamente. Comprendí que era yo mismo el que alimentaba mis terrores. Supe que aquello que nos atemoriza pierde toda su fuerza en el momento en que dejamos de combatirlo. Comencé un largo período en el que, cada vez que soñaba, en lugar de huir, me enfrentaba a mis enemigos y les preguntaba qué querían decirme. Poco a poco las imágenes se transformaron delante de mí y se me ofrecieron como un presente, a veces era un anillo, otras una esfera de oro o un par de llaves. Pude comprobar que, así como todo demonio es un ángel que ha caído, todo ángel es un demonio que ha subido.

Cuando me habitué a no tener miedo, a convertir las amenazas en mensajes útiles y los monstruos en aliados, pude emprender otras búsquedas. Al encontrarme en lugares desconocidos, me elevaba en el aire para constatar que soñaba y me dedicaba a recorrerlos en busca de tesoros espirituales. Se me presentaban obstáculos, un gran muro, una montaña infranqueable, un mar tormentoso. Me pude declarar vencido unas cuantas veces, pero luego me di la facultad de atravesar la ma-

teria. Ningún obstáculo entonces pudo detenerme. Por ejemplo, me lancé en el océano embravecido dispuesto a ahogarme. Me hundí, pero pronto, en medio del agua, encontré un túnel que me condujo a la playa. Viagé por el interior de una montaña hasta su cima, una vez allí me arrojé al vacío, caí, me estrellé en el suelo e inmediatamente me encontré de pie viendo el cadáver reventado de alguien que no era yo. Comprendí que para el cerebro la muerte no existía. Cada vez que yo mismo o un enemigo me eliminaba se producía una inmediata reencarnación.

Vencida la materia comencé a encontrar personajes misteriosos, amenazantes, burlones, a los que no me atrevía a acercarme, como si fueran dioses poseedores de secretos que no merecía saber. Me dije: «Así como he desafiado a las pesadillas, debo también enfrentarme a los seres sublimes, hablarles sin turbarme por sus mofas, establecer contacto con ellos, conocer esos secretos que pienso me son yedados. Pero, para lograr aquello, debo antes convencerme de que yo también soy fuerte, de que domino esa dimensión, de que soy el amo, de que soy un mago». Cuando me despertaba dentro del sueño, pedía cosas. Por ejemplo: quiero que por esta avenida desfilen mil leones. Mi deseo no se realizaba inmediatamente. Pasaba un corto tiempo y entonces veía desfilar los leones. «Quiero ir a África y ver elefantes.» Iba al África y veía elefantes, de allí me trasladaba al polo norte entre osos blancos y pingüinos. Otras veces eran espectáculos de circo, óperas, visitas a ciudades formadas de rascacielos de formas barrocas. Visité enormes batallas de otros tiempos, o museos donde vi centenares de cuadros y esculturas. Cuando ya adquirí este poder de transformación, me sentí tentado de realizar experiencias eróticas. Creé mujeres sensuales, mitad humanas mitad bestias, organicé orgías, me transformé en mujer para dejarme poseer, me hice crecer un falo descomunal, visité un harem oriental, di latigazos, amarré colegialas... Pero, en cuanto me entregaba al placer, inevitablemente el sueño me absorbía y se transformaba en pesadilla. El deseo, al apoderarse de mí, hacía que perdiera la lucidez y que

escaparon a mi control
- b. Acontecimientos.

los acontecimientos escaparan a mi control. Olvidaba que estaba soñando. Me pasaba igual con la riqueza. Cuando me atrapa la fascinación del dinero, mi sueño dejaba de ser lúcido. Cada vez que trataba de satisfacer mis pasiones, olvidaba que estaba soñando. Comprendí finalmente que, en la vida como en el sueño, para permanecer lúcido es necesario distanciarse, controlar la identificación. Descubrí que, aparte de la fascinación sexual y económica, me atraía como un imán el deseo de adquirir fama, ser aplaudido, dominar a las multitudes. Expulsé de mis sueños estas tentaciones.

Volví a trabajar en mi levitación. Me di cuenta de que cada vez que me elevaba en el aire me mostraba orgulloso, vanidoso. Estaba realizando una hazaña que los otros no lograban, era digno de admiración. Vencí ese peligro. Transformé el vuelo en algo normal, útil, que me servía, no sólo para viajar por el planeta sino también para salir de él. Comencé a ascender. Experimenté un terror enorme. El mismo que sentí en mi primer sueño lúcido cuando no me atreví salir del cine en el que estaba encerrado. Sentí que un lazo vital me ataba al planeta tierra. Me desperté con el corazón palpitando fuerte. Durante el día imaginé muchas veces mi cuerpo atravesando la estratosfera para hundirse en el cosmos. Por la noche, soñando, logré lo que quería. Vencí el miedo a morir, la sensación de peso, de ahogo y comencé, con la velocidad de un cometa, a viajar entre las estrellas...

Avanzar en esa calma inmensidad, donde las grandes masas planetarias y los astros incandescentes se mueven en una ordenada danza, sabiéndome invulnerable, descarnado, forma pura y consciente, fue una experiencia inolvidable. Es difícil explicar esto con palabras: de alguna manera el cosmos me encerraba, como una ostra a su perla, como si yo fuera una cosa preciosa; me cuidaba como a una llama que no debía apagarse; yo representaba a la conciencia que esa materia había demorado millones de años en crear. El cosmos era mi madre murmurando una canción de cuna para hacerme crecer. Las palabras que yo podía pronunciar no eran más sino la voz de esos astros. El sen-

timiento de flotar en un espacio infinito rodeado por su amor total me hizo despertar henchido de felicidad.

No pretendo que se crea que este proceso iniciático a través de los sueños lúcidos se realizó en un tiempo corto. En mi caso esos sueños no dependen de mi voluntad, se me presentan en la multitud de sueños ordinarios como un verdadero regalo. He pasado a veces un año entero sin tener esa clase de experiencias. Tampoco progresé en el orden en que lo describo, a veces investigué en un tipo de realidad onírica, luego en otro, para volver después a continuar el primero. En el mundo onírico no existe un orden racional, causa y efecto son abolidos. A veces surge primero un efecto y este efecto es seguido por su causa. De pronto todo existe en forma simultánea y el tiempo adquiere una sola dimensión que no es obligatoriamente un presente como la razón lo concibe. No hay un mundo sino una simultaneidad de dimensiones. Lo que aquí la razón llama vida, allá tiene otro sentido. Me propuse, mientras vagaba despierto dentro del sueño, entrar en la dimensión de los muertos.

Después de atravesar en una pequeña barca un océano furioso, desembarqué en la isla donde estaba la puerta del reino de los muertos. Había filas de postulantes ansiosos de entrar. Un tétrico portero los palpaba y decidía quiénes merecían o no franquear el último umbral. Los que el ujier rechazaba se iban desolados por tener que seguir viviendo. El portero me palpó y me declaró difunto. Apenas pasé la puerta me encontré en un paisaje de colinas verdes. Las personas muertas, parientes, amigos, personajes famosos, no se me acercaron, a pesar de mirarme con agrado, como esperando un acto mío que les probara mis buenas intenciones. Lancé al aire sobres de papel vacíos que cayeron llenos de golosinas y objetos preciosos. Se los regalé a los difuntos... Desperté muy feliz, diciéndome: «Ahora sé que en el próximo sueño lúcido podré conversar con ellos. Me han aceptado».

-A todos los que no han realizado estas experiencias puedo afirmarles que en alguna región del cerebro, si el cerebro es verdaderamente la sede del espíritu, existe una dimensión donde los difuntos que hemos amado y también aquellos que nos conciernen, pero que no conocimos y no pudimos por eso mismo amarlos, están vivos, siguen desarrollándose y tienen un inmenso placer en comunicarse con nosotros. Se me puede contestar que esa vida es pura ilusión, que en mi mundo psíquico sólo existo yo. Es cierto y no lo es. Por una parte, los cerebros humanos pueden estar conectados entre ellos, y por otra, estar conectados con el universo, que a su vez puede estar conectado con otros universos. Mi memoria no es sólo mía, forma parte de la memoria cósmica. Y en algún sitio de esa memoria, los muertos siguen viviendo.

Soñé con Bernadette Landru, la madre de mi hijo Brontis. Ella me amó, yo nunca. Se fue con el recién nacido a África y desde allí, cuando tenía 6 años, me lo envió. Yo me ocupé de él desde entonces. Su amor por mí convertido en odio, ella siguió su camino. Su gran inteligencia la condujo a la política, al comunismo más extremo. Fue líder. En 1983, en España, al despegar el avión que iba a llevarla a un congreso revolucionario en Colombia, junto con destacados intelectuales marxistas, Jorge Ibarguengoitia, Manuel Scorza y otros, estalló. Aún hoy creo que no fue un accidente sino un crimen de la CIA. Lamenté que pereciera en forma tan violenta sin haber tenido la oportunidad de entablar una confrontación que, por el bien de Brontis, nos condujera a una reconciliación amistosa. Gracias a un sueño lúcido, pude encontrarla en la dimensión de los muertos. Fue en un pequeño pueblo semejante a los del norte de Francia. Nos sentamos en el banco de una plaza pública y comenzamos a hablar. Por primera vez la vi calma, amable, llena de amistad. Aclaramos por fin que amar apasionadamente a alguien no significaba que el otro obligatoriamente debía correspondernos. También aclaramos que si en los primeros seis años de la vida de Brontis fui un padre ausente, irresponsable, esa deuda la había pagado

ocupándome de él el resto de su infancia y adolescencia. En fin, nos abrazamos como buenos amigos. Ella me dijo: «Políticamente siempre te consideré nulo porque vivías en tu isla mental separado de la miseria del mundo. Ahora que has decidido que el arte sólo vale cuando sana a los otros, ya te puedo ayudar. La política es mi especialidad. Consulta conmigo cuando quieras». Hoy en día, antes de tomar posición frente a acontecimientos mundiales que me parecen graves, consulto con Bernadette.

En la misma dimensión me encuentro en compañía de Teresa, mi abuela paterna, a la que, por desavenencias familiares, no tuve ocasión de conocer. Es una mujercita de contextura gruesa y frente ancha. En el sueño, me doy cuenta de que, en realidad, no nos conocemos, de que no hemos paseado juntos ni una sola vez. Le digo: «¿Cómo es posible que tú, mi abuela, nunca me hayas tenido en brazos?». Comprendo que esto es una falta de tino y rectifico: «Mejor dicho, ¿cómo es posible, abuela, que yo, tu nieto, nunca te haya dado un beso?». Le propongo dárselo ahora y ella acepta. Nos abrazamos y nos besamos. Despierto con un nítido recuerdo del sueño, contento de haber recuperado este arquetipo familiar.

Gracias a esos sueños lúcidos, puedo encontrar otra vez a Denisse, mi primera esposa, una mujer delicada, inteligente, afectada por la locura. Cuando la instalé en una casa para enfermos mentales en Canadá, su país de origen, se dedicó a construir una mesa de veinte patas. Al mismo tiempo regaba una planta seca que estaba en un macetero en la ventana de su cuarto. Un día, en el tallo reseco, creció una hojita verde. A Denisse le pareció que ese vegetal, al parecer muerto, quería agradecerle sus cuidados. «Comprendí por fin lo que era el amor: es el agradecimiento al otro por existir...». Junto con ella está Enrique Lihn, que sigue escribiendo y dando conferencias, y Topor, que habiendo atravesado el misterio de esa muerte que no lo dejaba apreciar la vida, ahora dibuja imágenes llenas de felicidad; y mi hijo Teo, que este 14 de julio del año 2000, habiéndome dejado a los 24 años, cumplió 30 en medio

Cartel de mi obra *Opéra Panique, ou l'éloge de la quotidienneté* (París, 2001). Foto: Alberto García Alix.

De izquierda a derecha (detrás), Edwin Gerard, Jade Jodorowsky, Adan J., Brontis J., Valérie Crouzet, Marianne Costa, Kazán, Cristóbal J. y Marie Riva; (delante), Damián J., Rebeca J., Alma J., Alejandro J., Dante J. e Iris J.



de su incomparable euforia vital. En esa dimensión conoció a su abuela, Sara Felicidad...

Cuando lancé mi libreta de direcciones al mar, corté de cuajo mi árbol genealógico. A mi madre nunca más la volví a ver. Una noche, habiendo yo cumplido 50 años, apareció en mi sueño. Primero oí su voz, aquella que creía olvidada, transportando palabras levemente cantadas. «Entra, no temas.» Me di cuenta de que estaba en un hospital. Abrí la puerta y la vi, muy tranquila, reclinada en su lecho. Me senté junto a ella y hablamos un largo rato, tratando de arreglar nuestros problemas. Me explicó por qué se había encerrado tanto en ella misma y yo le expliqué mi silencio de todos esos años. Al final nos abrazamos como nunca antes lo habíamos hecho. Entonces se tendió, cerró los ojos y murmuró: «Ya puedo morir tranquila». Me desperté triste y convencido de que ese encuentro era un sueño profético: mi madre se estaba muriendo. Le escribí de inmediato una carta a mi hermana, cuya dirección conseguí gracias al poeta Allen Ginsberg, que por azar encontré en París (lo habían expulsado de Cuba porque en una entrevista radiofónica dijo que había soñado que hacía el amor con el Che Guevara), y la envié a Perú, donde ella vivía con mi madre. Le dije: «Raquel, no sé si Sara Felicidad está aún en condiciones de leer una carta mía. Sin embargo, aunque parezca no oír, léele las palabras que le escribo. Su alma las captará». La carta llegó dos días después del fallecimiento de mi madre. Guardé una copia de ella:

«Querida Sara Felicidad: lamento no estar junto a ti en estos momentos difíciles. Si el destino así lo quiere, alcanzaremos a vernos antes del gran viaje final. Nacimos en circunstancias trágicas y quedamos marcados para toda la vida. El dolor que tuvimos y los errores que cometimos vinieron en su mayor parte del mundo que otros seres humanos crearon a nuestro alrededor. Me costó años darme cuenta de que el dolor que tuvimos en esa familia que trataste de construir fue producto de nuestra falta de raíces, de nuestra raza que de tanto ser per-

seguida se hizo extranjera en todos los sitios. Si algo negativo hubo entre nosotros, lo he perdonado. Y si pequé de ingratitud hacia ti, te ruego que lo perdones. Hicimos lo que pudimos tratando de sobrevivir. Sin embargo quiero que estés tranquila: tu ser esencial, tu gran fuerza, tu voluntad inquebrantable, tu espíritu de lucha, tu orgullo real, tu sentido de la justicia, tu desbordante emocionalidad, tu gusto por la escritura, todo eso me ha sido un legado precioso y ha pasado a ser parte de mi ser, por lo que te estoy infinitamente agradecido. Recuerdo de aquella época la importancia que dabas a la forma de los ojos, las manos, las orejas; cómo odiabas los alimentos enlatados, la luz artificial; el cariño que le tenías a las flores, tu generosidad para repartir comida, tu deseo fundamental de orden y limpieza, tu sentido moral, tu capacidad para trabajar horas y horas, tu corazón lleno de ideales. Sí, sufriste mucho en este mundo y lo comprendo. Hace unos días soñé contigo. Estabas enferma. Sin embargo te veía tranquila. Conversamos como nunca lo habíamos hecho. Tú y yo nos propusimos comunicarnos. Me di cuenta de que habías recibido muy poco amor en tu paso por la Tierra. Entonces te expresé mi cariño de hijo y te bendije para que cesaras de sufrir. Fuiste exactamente la madre que yo necesitaba para encaminarme en la vía del desarrollo espiritual que me era necesario. La verdad es que, sin ti, me hubiera perdido en el camino. Y ahora quiero decirte que estoy a tu lado, que te acompaño y que sé que conocerás por fin la felicidad que indica tu nombre. Confía en la voluntad del Misterio, entrégate a sus designios. Los milagros existen. Todo esto es un sueño y el despertar será magnífico... Tu hijo de siempre.»

En la dimensión de los muertos, éstos viven gracias a la energía de la memoria. Aquellos a los que estamos olvidando se pasean con siluetas esfumadas, casi transparentes; aparecen en áreas cada vez más lejanas. Los que recordamos surgen nítidamente cerca de nosotros, hablan, hay en ellos una alegría agradecida. Pero en la oscuridad yacen siluetas de antepasa-

dos que vivieron hace varios siglos. No porque no los conozcamos dejan de estar allí. Basta avanzar hacia sus ámbitos para que se dibujen con más claridad y nos hablen en lenguajes que quizás desconozcamos, siempre con un enorme cariño. Quienes no conocen esta experiencia, se habrán dado cuenta de que a los familiares, y a los amigos, les es muy importante que les demostremos que no nos olvidamos de ellos, felicitándolos por sus aniversarios, enviándoles tarjetas postales si estamos de viaje, llamándolos por teléfono, etc. Sabemos que, en la medida, que los otros nos recuerden, vivimos. Si nos olvidan, nos sentimos morir. Exactamente pasa esto en el mundo onírico. Si el inconsciente es colectivo y el tiempo eterno, se podría decir que cada ser que ha nacido y muerto ha quedado grabado en esa memoria cósmica que todo individuo porta. Me atreveré a afirmar que cada muerto espera en la dimensión onírica que por fin una conciencia infinita se acuerde de él. Al final de los tiempos, cuando nuestro espíritu haya alcanzado su máximo desarrollo y abarque la totalidad del Tiempo, no habrá un solo ser, por insignificante que parezca, que sea olvidado.

También exploré la dimensión de los mitos. Allí viven los dioses antiguos, los animales mágicos, los héroes, los santos, las vírgenes cósmicas, los arquetipos poderosos. Antes de ser aceptados por ellos, debemos vencer una serie de obstáculos que son en realidad pruebas iniciáticas. Se presentan en forma maligna, nos atacan, se burlan de nosotros o parecen insensibles, dormidos, indiferentes. Jung cuenta en su autobiografía que tuvo un sueño en el que encontró en una caverna a un Buda dormido, su dios interior. No se atrevió a despertarlo. Sin embargo, si conservamos la calma, si no huimos, si reaccionamos con fe, si somos valientes y osamos enfrentarlos o despertarlos, los monstruos se transforman en ángeles, los abismos se convierten en palacios, las llamas en caricias, el Buda abre los ojos sin reducirnos a cenizas con su mirada. Por el contrario, nos comunica todo el amor del mundo, obtenemos

aliados que podemos invocar en cualquier peligro. El sueño lúcido nos enseña que en ningún momento estamos solos, que la acción individual es ilusoria. El pensamiento, preso en las redes de la racionalidad, intenta rechazar los tesoros del mundo onírico. Pero sin cesar es asediado por fuerzas que vienen de las profundidades de la memoria colectiva. En la vida real, los dioses destronados se han convertido en payasos, en estrellas cinematográficas, en futbolistas legendarios, en héroes políticos, en misteriosos multimillonarios. Queremos crearnos con ellos aliados potentes, pero no tienen consistencia: con gran celeridad se deshacen en el olvido. En la dimensión onírica encontramos a las verdaderas entidades, con raíces milenarias. Allí, he podido en muchas ocasiones ver a los arcanos del Tarot, encarnados ya sea en personas, en animales, en objetos o en astros; los símbolos son entidades vivas que hablan y transmiten su sabiduría. Al comienzo, cuando trataba de contactar con las divinidades, sin estar preparado para ello, tuve este sueño:

En el salón de mi casa he preparado una mesa redonda, para cenar con los dioses y conversar de igual a igual con ellos. A pesar de no ser una deidad, el primero que llegó fue Confucio, un imponente y enigmático chino, tranquilo, inmutable. Apenas se sentó, surgió un joven hindú, de piel azul, vestido con telas brillantes y joyas, elegante, poderoso: era Maitreya. Luego, justo frente a mí, se sentó Jesucristo. Un gigante de tres metros de altura, tan potente que comencé a inquietarme. Se delineó detrás de él otro ser, Moisés, más alto, más recio, de una severidad que verdaderamente me aterró. Sentí que detrás del profeta comenzaba a gestarse la inconmensurable figura de Jehová. El salón se llenó de tan incomprensible energía que llegué al pánico: ¿Cómo yo, débil e ignorante, había osado proponerme conversar de igual a igual con esos dioses? Traté de despertar. Confucio, lentamente, se disgregó. Mientras Moisés y Jehová se disolvían en una sombra torva que iba llenando el lugar, preso en el mundo onírico, pedí perdón a Maitreya y Jesucristo, sonrieron, se amalgamaron, se hicieron

uno, transformándose en un caballero vestido con traje de calle, tan bueno como un abuelo sabio y, sonriendo, me ofreció una taza de té. El líquido sombrío se hizo luz. Desperté con los cabellos erizados.

El encuentro con los arquetipos divinos, si no nos hemos preparado previamente, es muy peligroso. No excluyo de este peligro un paro cardíaco. Busqué en los textos de alquimia un guía para prepararme a tan arriesgado encuentro. Un tratado escrito en latín en la primera mitad del siglo XIV, *Rosarium philosophorum*, pudo inspirarme con sus enigmáticos textos. «La contemplación de la verdadera cosa que perfecciona a todas las cosas es la contemplación por los elegidos de la pura sustancia del mercurio.» Antes de intentar unir el yo individual a la fuerza universal, es necesario contemplarla, sentirla, identificarse con ella, aceptarla como esencia, desaparecer en su infinita extensión. Esa fuerza debe actuar en nuestro intelecto como disolvente. Cuando, en el sueño, el dios amable me ofrece un té, me está indicando que soy el terrón de azúcar que debe disolverse en el líquido hirviente, es decir, su amor. «La obra, muy natural y muy perfecta, consiste en engendrar un ser semejante a lo que es uno mismo.» Comprendí que la mayor parte del tiempo no somos nosotros mismos, vivimos manejándonos como títeres, presentando a los otros una limitada caricatura. El ser igual al que verdaderamente somos, debemos crearlo en nosotros mismos, como un modelo, descubriendo sus designios, las órdenes que, en tanto que semilla, lleva impresas. Un árbol en formación trata de crecer para llegar a convertirse en el vegetal-patrón que lo guía. El engendramiento del semejante no es desdoblamiento sino transformación: uno mismo, para permitir que se realice la obra natural, debe transformarse en el Yo impersonal-patrón, es decir, en el más alto nivel de perfeccionamiento. Así nos hacemos guías de nosotros mismos. «Euclides nos ha aconsejado no realizar ninguna operación si el sol y el mercurio no están reunidos.» En todo momento el Yo individual y el Yo impersonal, intelecto e

inconsciente, deben actuar juntos. Por eso en mi sueño Maitreya y Jesucristo se hicieron uno.

Tuve la oportunidad de conocer en París al alquimista Eugène Canseliet, quien publicó las obras del misterioso Fulcanelli. Recuerdo que me dijo: «El atamor es el cuerpo. El corazón, la redoma. La sangre, la luz. La carne, la sombra. La sangre viene del corazón, que es activo, y va a la carne, que es pasiva. El corazón es el sol, el cuerpo la luna. Lo positivo está en el centro. Lo negativo alrededor del centro. Ambos forman la unidad». Si pensamos que el universo tiene un centro creador, nosotros, que somos un miniuniverso, también debemos tenerlo. Pasados ya los cincuenta años, gracias al sueño lúcido, decidí intentar el encuentro máximo: ver a mi dios interior.

Estoy en una cena familiar, con mi mujer, con mis hijos. Comemos en la terraza, alrededor de una mesa rectangular. Es de noche y en el cielo relumbran las estrellas. En un plato con forma de cruz, Cristina, la sirvienta que tan bien se ocupó de mí en la infancia, nos sirve un cabrito asado. «Estoy soñando.» Coloco planas las manos en el aire, me apoyo en ellas y levito. Hablo, desde arriba, a mis seres queridos. «Voy a salir de este mundo.» Ellos sonríen con complicidad y comienzan a desaparecer. Me embarga una profunda pena. Ese dolor lancinante me obliga a quedarme, pero aparece Cristina agitando unas tijeras de podar árboles con las que da cortes en el aire. «¡Vete! ¡Si subes eres ángel, si bajas eres demonio!» Aliviado, libre, comienzo a ascender. Me veo flotando en el cosmos. Las estrellas brillan más que nunca. Deseo salir de la dimensión cósmica para entrar en aquella donde reina mi conciencia. Bruscamente todos los astros desaparecen: me encuentro en un espacio que al parecer se extiende hasta el infinito. Ese vacío oscuro, en forma intermitente, con el ritmo de los latidos de un corazón humano, es atravesado por ondas de luz circular semejantes a aquellas que se producen en un lago cuando cae en sus aguas tranquilas una piedra. Veo en la lejanía el centro. Es una

masa de luz, como un sol sin llamas, que vibra y late, produciendo ondulaciones iridiscentes. Ese tamaño colosal, comparado con él soy menor que un átomo, me llena de terror. Quiero despertar, pero me contengo. «Esto es un sueño. Nada me puede pasar.» «¡Te equivocas, si la experiencia es demasiado intensa causará tu muerte en la vida real, nunca más despertarás!» «¡Atrévete! Recuerda lo que te dijo Ejo Takata: ¡Intelectual, aprende a morir!» Decido correr el riesgo, vuelo con celeridad hacia ese tremendo ser de luz y me arrojo en él. En el momento de hundirme en esa materia, porque el fulgor es tan denso que lo puedo sentir en mi piel, experimento la inconmensurable vastedad de su poder...

Para que se me comprenda mejor debo recordar aquí un momento crucial que los actores y yo vivimos durante el rodaje de *La montaña sagrada*: después de dos meses de preparación, encerrados en una casa sin salir a la calle, durmiendo sólo cuatro horas diarias y haciendo ejercicios iniciáticos el resto del tiempo, más cuatro meses de intenso rodaje, viajando por todo México, ya habíamos perdido la relación con la realidad. El mundo cinematográfico había tomado su lugar. Yo, poseído por el personaje del Maestro, una especie de Gurdjieff injertado con el mago Merlín, me había convertido en un tirano. A toda costa quería que los actores lograran la iluminación. No estábamos haciendo un filme, estábamos filmado una experiencia sagrada. ¿Y quiénes eran esos comediantes que, atrapados también por la ilusión, aceptaban ser mis discípulos? A uno, un transexual, lo había encontrado en un bar de Nueva York, el otro era un galán de telenovelas, y luego mi mujer, cargando su neurosis de fracaso, y un admirador americano de Hitler, y un millonario deshonesto que había sido expulsado de la Bolsa, y un homosexual que creía hablar sánscrito con los pájaros y una bailarina lesbiana y un cómico de cabaret y una afroamericana que, avergonzada de sus antepasados esclavos, decía ser piel roja. Mi idea, al contratar este ramillete, me había sido inspirada por la alquimia: el estado primero de la ma-

teria es el lodo, el magma, el «nigredo». De él, por sucesivas purificaciones, nace la piedra filosofal, que transforma los metales viles en oro. Estas personas, sacadas del montón, de ninguna manera artistas teatrales, al finalizar la película debían estar convertidas en monjes iluminados. Buscando los sitios mágicos, habíamos escalado todas las pirámides aztecas y mayas que los servicios de turismo en gran parte han reconstruido. Así es como llegamos a Isla Mujeres y pudimos contemplar las maravillosas aguas azul turquesa del mar Caribe, por fin algo auténtico. Decidí entonces realizar una experiencia fundamental: después de lograr que todos se raparan, yo inclusive, hice que nos embarcáramos en un pequeño barco camaronero. Al cabo de una hora de viaje, estuvimos en altamar. Un círculo verdiazul resplandeciente nos rodeaba. El maravilloso océano llegaba hasta el horizonte circular con sus enormes pero tranquilas olas. Agrupé a los actores alrededor de mí y les dije, en un estado de trance: «Vamos a saltar y sumergirnos en el océano. El alma individual debe aprender a disolverse en aquello que no tiene límites». No sé lo que pasó en ese momento. Ellos me miraron con ojos de niño, ofrendándome una fe que en verdad no merecía. Di entonces un grito de karateka y salté, empujando al grupo hacia el mar. Apenas me hundí recibí una gigantesca lección de humildad. Nos habíamos arrojado disfrazados de peregrinos estilo sufí. Calzábamos gruesas botas, pantalones bombachos, fajas alrededor de la cintura, camisas amplias y abrigos largos, también sombreros alones. Los sombreros no fueron problema, simplemente no se hundieron. Pero los trajes, en un segundo se empaparon de agua adquiriendo un peligroso peso. Me sentí caer hacia las profundidades marinas como una piedra, un descenso que duró una eternidad. De golpe el mar entero se comprimió contra mi cuerpo, con su inconmensurable potencia, su insondable misterio, su monstruosa presencia. Estaba atrapado en ese vientre sobrehumano sintiéndome más pequeño que un microbio. ¿Quién era yo en medio de ese colosal ser? Me agité cuanto pude, sin tener la seguridad de salvar mi vida, era posi-

ble que continuase hundiéndome hasta el oscuro fondo. No se me ocurrió rezar ni implorar ayuda, no tuve tiempo. La enorme masa de agua me lanzó hacia la superficie. La zambullida había durado escasos segundos y sin embargo emergimos todos a unos quince metros del barco. En tierra quince metros son poca cosa, en altamar equivalen a kilómetros. No se me había ocurrido pensar que allí moraban tiburones y otros peces carnívoros. En la embarcación los pescadores, tratándonos de gringos locos, se agitaban improvisando un salvamento. Nosotros en cambio, adiestrados por esos meses de ejercicios iniciáticos, esperamos calmadamente, con la parte individual borrada por las olas, convertidos en un ser colectivo. La piel roja, dando suaves manotazos, declaró que no sabía nadar. El nazi resultó campeón de natación: la tomó por la barbilla y la hizo flotar. Corkidi, el fotógrafo, olvidando completamente que su tarea era filmar tales trascendentales momentos, lanzando maldiciones, ayudó a arrojarnos un salvavidas atado a una larga cuerda... El que estaba más cerca de la embarcación, el millonario, lanzó el flotador hacia su vecino, el pajarero, que, recitando un mantra, a su vez se lo lanzó a otro, y así y así nos fuimos uniendo agarrados a la cuerda. Sin esa calma habríamos podido ahogarnos todos. Subimos al barco en medio de un silencio religioso. Nos desvistieron, nos envolvieron en toallas. Comenzamos a temblar. Cuando recuperaron el uso de sus mandíbulas, los actores, más el fotógrafo, sus ayudantes y los pescadores de camarones, comenzaron a insultarme. Sólo dos se quedaron silenciosos. El cómico, que en el filme tenía el papel de un ladrón, símbolo del Yo primitivo y egoísta, se había comportado como tal: sin preocuparse del grupo, apenas emergió del agua nadó con toda la fuerza de su desarrollada musculatura hacia la nave. También falló mi mujer: fue la única que no saltó. Se quedó en la cubierta, mirándonos, paralizada o bien incrédula. A causa de esto, algo entre nosotros se cortó para siempre. Allí mismo nos dimos cuenta de que nuestros caminos seguían derroteros diferentes. Comprendí que, para llegar a mí mismo, tenía que despojarme de esa lepra que

era el terror al abandono y aceptar mi soledad para poder llegar un día a una genuina unión con los otros. En cambio los intérpretes declararon que se habían dado cuenta de que les importaba un pepino llegar a ser monjes iluminados, y que lo único que deseaban era convertirse en estrellas de cine. La inmersión en el mar Caribe había sido un error que les serviría de lección: ya nunca más obedecerían a mis locuras de director. Para comenzar, exigieron un buen desayuno, con zumo de naranja, huevos, tostadas, cereales, mantequilla, mermelada, más el cese de toda improvisación ajena al libreto. En caso contrario, dejarían de filmar... Para mí aquello fue una experiencia esencial. Supe que de ahí en adelante tendría el valor de enfrentarme al inconsciente, sin dejarme invadir por el terror, sabiendo que siempre la barca de mi razón arrojaría una cuerda para recuperarme.

Volviendo al sueño lúcido, apenas me arrojé en ese gigantesco ser de luz, experimenté, como en el mar Caribe, la inmensidad de su poder. Pero esta vez, preparado como estaba por la anterior experiencia, no luché por salir a la superficie como si escapara de las fauces de un monstruo, sino que me dejé deslizar hacia el fondo. Tuve la sensación de caer lentamente al mismo tiempo que me iba disolviendo, como si la luz fuera un ácido. Al final, lanzando un grito donde se mezclaba la euforia y la paz, dejé de aferrarme a mi última miga de conciencia individual. Me integré al centro. Estallé en una inconcebible sucesión de formas geométricas, millares, millones, y aquello formaba mundos que se evaporaban, océanos de colores, palabras, frases, discursos en incontables idiomas entremezclándose como colosales laberintos, el tiempo convertido en un instante eterno, palpitando, abriéndose en infinitas posibilidades de futuros, yo era el núcleo creador estallando sin cesar, sin detención, sin silencios, en incontables metamorfosis. Me sacudió una especie de violento terremoto, en mis inconcebibles extremos se abrieron ocho puertas, ocho puentes, ocho túneles, bocas, qué sé yo, y de allí partieron otros univer-

sos que también estallaron en delirantes creaciones, a su vez uniéndose con otros, hasta formar una masa astral parecida a un descomunal avispero.

¿Cuánto duró este sueño? No lo sé. La noción de duración había sido abolida. Tuve la suerte, o la desgracia, de que una lluvia torrencial, acompañada de un viento huracanado azotara esa noche a la ciudad. Las persianas de mis ventanas comenzaron a golpear con estruendo. Desperté creyendo que el sueño continuaba. Tardé un buen rato en recuperar mi razón. El muro que me separaba del inconsciente se había derrumbado parcialmente. A pesar de saberme individuo, podía sentir la incesante creación de imágenes en mi cerebro.

Aquello no paraba de producir mundos, aquello era un inmenso huracán de locura creativa. El Yo vivía dentro de un polifacético dios demente. La razón era una barca pequeña sumergida en un océano infinito agitado por todas las tormentas, atravesado por todas las entidades, angélicas o demoníacas, aquello no hacía distinción, por todos los lenguajes vivos, muertos o por crear, por la inconmensurable multiplicación de las formas, por el absoluto desmembramiento de la unidad.

Después de esta visión extrema, que en cierta forma utilicé para crear mis historias del Incal, pasó mucho tiempo antes de que volviera a soñar. El tema del sueño lúcido, en Estados Unidos, y luego en el mundo, comenzó a ponerse de moda. No faltó un americano que tratara de vender máquinas que lo podían producir. Se publicaron varios libros, unos serios, otros menos, como el caso de un autor que se atribuyó poderes mágicos. Los leí con avidez. Me sirvieron para darme cuenta de algo fundamental: aquellos que describían sus sueños lúcidos, contaban cosas que correspondían a su nivel de conciencia, a sus creencias. Si eran católicos, por ejemplo, con gran emoción veían a Cristo. Si tenían alguna forma de moral, los mensajes de sus sueños la corroboraban. Recordé haber conversado con un amigo psicoanalista que me mostró ejemplos de sueños: los pacientes de analistas freudianos soñaban con sím-

bolos sexuales; los jungianos con mandalas y transformaciones, los lacanianos con juegos verbales, etc. Es decir, soñaban de acuerdo con las teorías de su analizante, teorías que para ellos tenían fuerza de dogma. Comprendí que algo semejante pasaba con los sueños lúcidos: una escritora cursi manejaba su conciencia dentro del sueño como una mujer cursi, un etnólogo mitómano creaba en su mundo onírico aventuras que lo hacían pasar por alguien que retenía los intransmisibles secretos de la magia indígena... Examiné mi visión del centro creador. Al convertirme en él, tuve ocho puertas. Es decir, un doble cuadrado. ¡Tocopilla! Toco: doble cuadrado. Pilla: diablo-consciencia. ¿Era una coincidencia? ¿Los quechuas habían tenido mi mismo sueño? ¿El incesante creador, Pillán, se comunicaba con los otros creadores por sus ocho puentes? O bien el nombre de mi aldea natal había modificado mis imágenes. ¿Por qué no nueve puertas, o diez, o mil?

Decidí proceder con la mayor de las cautelas. Ya había llegado a la cima de la montaña: me había mimetizado con la demente creación universal, ¿qué más quería? ¿Para qué estaba tratando de modificar mis sueños? Si deseaba obtener algo provechoso tenía más bien que modificar al soñador, al ser que era en la vigilia, aquel que se introducía en el mundo onírico tratando de manejarlo. Para lograrlo, necesitaba emprender otras experiencias por un sendero onírico diferente.

Observé que mantenerme consciente durante el sueño lúcido requería un esfuerzo considerable. Finalmente la gran enseñanza que obtenía estaba menos en el mundo extraordinario que podía crear que en esta exigencia de lucidez. Sin lucidez, nada era posible. Desde el momento en que me dejaba llevar por los acontecimientos, sintiendo las emociones que ellos me despertaban, el sueño me absorbía y perdía la limpidez. La magia no operaba sino gracias al distanciamiento; lo que permitía el juego era la claridad del testigo mientras que la fusión, por el contrario, empequeñecía el campo de posibilidades. Me dije: «Los sueños tienen una razón de ser: como

productos de la creación universal, son perfectos, no hay nada que quitarles ni nada que agregarles. La araña para sí misma no es horrible, lo es para la mosca. Si he vencido el miedo, el mundo onírico no tiene por qué afectarme. Y si he vencido la vanidad y veo imágenes sublimes, ellas tampoco deben alterarme. En realidad, el que se despierta en el sueño no es un ser superior dotado de poderes fabulosos, es una conciencia cuyo papel es convertirse en un testigo impasible. Si se interviene en los sueños, al principio se hace por experimentar una realidad desconocida, pero después la vanidad puede hacernos caer en una trampa. El microbio que es consciente del mar Caribe, no es el mar Caribe. La divinidad puede ser yo y continuar siendo ella; yo no puedo ser la divinidad y continuar siendo yo. Decidí entonces dejar de lado mi voluntad y entregarme al sueño lúcido en calidad de observador. Aclaro que ser observador no es alejarse de la acción, es vivirla indiferente: si una fiera me ataca, me defiendo sin angustia. Si ella vence, me dejo devorar y observo lo que significa ser triturado. En el comienzo de estas nuevas experiencias, me encontré en situaciones donde pude matar. No lo hice. En la vigilia no soy un criminal, ¿por qué lo sería en el sueño? Como resultado de mi trabajo, que se extendió durante un lapso de tiempo que duró años, muchas cosas de la personalidad primitiva fueron vencidas. Al proponerme no intervenir en el acontecer onírico, cesaron por completo las pesadillas. También las imágenes angustiosas, asquerosas, perversas. Se diría que el inconsciente, sabiendo que yo estaba abierto a todos sus mensajes, sin voluntad de defenderme o adulterarlo, se convirtió en mi socio.

Despertarse o no despertarse dentro del sueño pasa a ser una preocupación de segundo plano. Se llega a un nivel de conciencia en que se sabe, en todos los sueños que acontecen, que se está soñando. Las imágenes oníricas son experiencias que nos transforman, tanto como los hechos de la vida real. En verdad, sueño y vigilia marchan tan juntos que al hablar de ellos nos referimos a un solo mundo. Uno deja de buscar el desprendimiento, la lucidez y acepta con humildad la beati-

tud. Los sueños lúcidos se han convertido en sueños felices. Sin embargo no se llega a ellos de golpe, se pasa por diferentes etapas. En lo que a mí se refiere, cuando dejé de jugar al mago y ya hube domado las pesadillas, convirtiendo cada amenaza en aliado, en regalo, en energía positiva, comencé a soñar transformándome en mi propio terapeuta. Curé heridas emocionales, consolé carencias. Por ejemplo:

Estoy descansando desnudo en mi dormitorio, tal como es en realidad: un cuarto con paredes y cortinas blancas. Un lecho de tablas, un colchón duro, una mesita de noche, una silla y un pequeño ropero, nada más. Ningún adorno. Aparece mi padre, con la misma edad que yo. Se apoya en su bicicleta, que tiene sobre el guardabarros de la rueda trasera una caja llena de mercadería: ropa interior de mujer, corbatas, baratijas. Está vestido con el traje que copió de una fotografía de Stalin. Me pregunta, con intensa expresión de sorpresa, qué hago aquí, y le respondo:

—Soy tu hijo, ya no estás en Matucana. Ahora habitas en mi nivel de conciencia. Deja esa bicicleta, no eres un comerciante, eres un ser humano. Olvida tu uniforme de comunista y reconoce que adoraste a un falso héroe.

A medida que hablo la bicicleta se esfuma y también su traje. Queda desnudo. Me acerco a él con los brazos abiertos. Retrocede con miedo o repugnancia.

—Calma, deja de avergonzarte de tu sexo, hace una eternidad que sé que es pequeño, eso no importa. El amor filial existe y también el paternal. Tanto miedo tenías de ser homosexual como tu hermano que eliminaste todo contacto físico entre nosotros. Los hombres no se tocan, decías. Y en toda mi niñez, nunca me diste un abrazo, nunca me besaste. Hiciste que te temiera, nada más. A la menor falta, me dabas un golpe o un grito rabioso. Es un error erigir la paternidad sobre un zócalo de miedo. Quiero que sea el amor y no el terror el que me ate a ti. Fui tu víctima cuando pequeño, pero ahora que soy mayor voy a tomarte entre mis brazos y tú harás lo mismo —y sin temor lo abrazo, lo beso y luego lo mezo como si fuera un

párvulo. Y al quietarlo siento la fortaleza sorprendente de su espalda. ¡Ahora tiene 100 años y yo también! Somos dos ancianos, recios, llenos de energía-. ¡El amor alarga la vida, padre mío! -sigo meciéndolo, con audacia, con ternura-. Como tú nunca te comunicaste conmigo por el tacto, yo también le he negado todo contacto corporal a mi hijo Axel Cristóbal -y aparece con la edad que yo tenía en la época de mi sueño, 26 años.

Lo acaricio con inmensa ternura, y le pido que me acune como acabo de acunar yo a mi padre. Él me toma entre sus brazos, llorando de felicidad. Yo también... Me despierto. Mi hijo me habla por teléfono y me propone que tomemos el desayuno juntos. Le digo que venga a verme. Apenas le abro la puerta, lo abrazo. Él no se sorprende y me corresponde con igual cariño, como si toda la vida nos hubiéramos comunicado corporalmente. Le explico el sueño y le pido que, aparte de recibir protección, sienta que puede darla.

-Abrazame como si fuera un niño, y méceme susurrando una canción de cuna.

Al comienzo Cristóbal lo hace con timidez, pero poco a poco se conmueve y acabamos por establecer un contacto en el que el amor filial y el paternal se entremezclan indivisibles. Por fin hay bienestar y paz en nuestra relación.

Naturalmente, sin proponérmelo, pasé de estos sueños en que me curaba a mí mismo a aquellos en que me preocupaba de los otros:

Estoy volando sobre la avenida de los Campos Elíseos, en París. Abajo desfilan miles de personas exigiendo la paz mundial. Cargan una paloma de cartón de un kilómetro de largo con las alas y el pecho manchados de sangre. Comienzo a girar alrededor de ellos para llamar la atención. La gente, admirada, indica hacia mí, viéndome levitar. Entonces les pido que se den las manos y formen una cadena, a fin de volar conmigo. Tomo a uno con ternura y lo levanto. Los demás, sin soltarse de las manos, también se elevan. Me paseo por el aire haciendo hermosas figuras con esa cadena humana. La paloma de

cartón nos sigue. Sus manchas de sangre han desaparecido. Me despierto, con la sensación de paz y alegría que otorgan los buenos sueños.

Tres días más tarde, paseando con mis hijos por la misma avenida de los Campos Elíseos, bajo la arboleda cercana al obelisco, veo a un caballero anciano con el cuerpo entero cubierto de gorriones. Está sentado en una de las sillas de metal que brinda el ayuntamiento. Con la mano estirada, inmóvil, ofrece un pedazo de pastel. Los pajarillos revolotean arrancándole migas mientras otros esperan su turno, amorosamente estacionados sobre su cabeza, sus hombros, sus piernas. Son centenas de aves. Me sorprende ver pasar a los turistas sin prestar mayor atención a lo que considero un verdadero milagro. No pudiendo contener mi curiosidad me acerco al anciano. Apenas llego a un par de metros de él, todos los gorriones huyen a refugiarse en las ramas de los árboles.

-Perdone -le digo-, ¿cómo puede suceder esto?

El caballero me responde amablemente:

-Vengo aquí todos los años, en esta temporada. Los pajaritos me conocen. Se transmiten el recuerdo de mi persona a través de generaciones. Yo mismo fabrico el pastel que les ofrezco. Conozco sus gustos y sé dosificar los ingredientes. Hay que tener el brazo y la mano quietos e inclinar la muñeca para que la masa se vea claramente. Y luego, cuando vienen, dejar de pensar y quererlos mucho. ¿Quiere intentar?

Pedí a mis hijos que esperaran sentados en un banco, cerca de allí. Tomé el trozo de pastel, extendí la mano y me quedé quieto. Ningún gorrión osó acercarse. El buen viejo se colocó a mi lado y me tomó de una mano. Inmediatamente acudieron los pajarillos y se posaron en mi cabeza, en mis hombros, en mi brazo, mientras otros picoteaban el manjar. El caballero me soltó. De inmediato los pájaros huyeron. Volvió a tomarme la mano y me pidió que a mi vez yo tomara a uno de mis hijos y él a los otros, formando una cadena. Así lo hicimos. Los pájaros volvieron y se posaron sin miedo sobre nuestros cuerpos. Cada vez que el viejo nos soltaba, los gorriones huían. Comprendí

que para las aves, cuando su benefactor, todo bondad, nos tomaba de la mano, pasábamos a ser parte de él. Cuando nos soltaba volvíamos a ser nosotros mismos, temibles humanos. No quise seguir perturbando a ese santo. Le ofrecí dinero. De ninguna manera lo quiso aceptar. Nunca más lo volvimos a ver. Gracias a él comprendí ciertos pasajes de los Evangelios: Jesús bendice a los niños sin decir ninguna oración, sólo pone sobre ellos las manos (Mateo 19.13-15). En Marcos 16.18, el Mesías comisiona a sus apóstoles: «...sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán». Las misteriosas palabras de San Juan Apóstol en su primera epístola, 1.1: «Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y PALPARON NUESTRAS MANOS tocante al Verbo de vida».

Entre mi sueño lúcido y el hombre de los pájaros había una coincidencia asombrosa. En cierta manera, en el mundo de la vigilia operaban las mismas leyes que en el mundo de los sueños. Aquel que había llegado al desprendimiento consciente, gracias a la humildad y el amor, para ser útil a los otros, comunicándole su nivel, necesitaba no sólo unirse con ellos espiritualmente sino también corporalmente. A través del contacto físico podía transmitirse el alma. Fue entonces cuando comencé a desarrollar lo que más tarde llamé «masaje iniciático». Me dije: la manera en que Jesús tocó a los niños, una imposición de manos que sin una palabra les transmitió su doctrina, no fue la de un médico. El médico ausculta una máquina biológica y se entera de un mal, no es una comunicación de alma a alma sino de cuerpo a cuerpo. Tampoco actuó como un militar, un vigilante, un guerrero, un amo, personas que se dirigen a nuestro cuerpo imponiendo sus normas, golpeándonos, atemorizándonos, humillándonos, limitando nuestra libertad. Ni tampoco actuó como un seductor, dándole a nuestro cuerpo un significado puramente sexual o emocional. Dejó esto en un segundo plano e hizo de sus manos la continuación de su espíritu; a través del contacto físico transmitió conciencia. ¿Era posible esto? Para lograrlo tenía que vencer al centro intelectual

que provoca la actitud del médico, o al centro sexual que produce la lascivia o al centro corporal con su animalidad engendradora de abusos de poder. Me concentré en las manos y sentí en ellas la fuerza de la evolución, esos millones de años que habían tardado en llegar a ser humanas, emergiendo de las pezuñas y las garras, pasando por lo prensil, hasta despegar el pulgar y convertirse en extremidades que no sólo manipulan instrumentos o procuran alimento, protección y caricias, sino que también pueden transmitir energía espiritual... Tratando de despertar esta sensibilidad pensé poner mis manos en contacto con símbolos sagrados o ídolos bienhechores. En la ciudad de México, en el Museo de Antropología, estuve frente al calendario solar azteca. Una gran rueda de granito en la que está grabada la sabiduría misteriosa de una antigua civilización. Un mandala con un rostro en el centro, rodeado de un primer círculo de veinte símbolos, con otro en los bordes formado por dos serpientes que en la parte superior unen sus colas y en la parte inferior se observan frente a frente con rostros humanos... Ese mandala, hoy símbolo de la nación mexicana, me atraía como un imán. Por esa inexplicable danza de la realidad, el salón donde el monumento era exhibido entre otras esculturas, también de inmenso valor, quedó momentáneamente sin visitantes y el guardián se ausentó, quizás para ir a hacer sus necesidades, dejándome solo frente al calendario. Sobrepasé la barrera y deposité mis palmas en su centro, precisamente en el bajorrelieve del rostro que mira hacia el espectador (los de las dos serpientes se presentan de perfil). Apenas coloqué mis manos en esa superficie, un escalofrío me recorrió el cuerpo. No afirmo que el mandala me lo produjera y dejó la posibilidad de que fuera una reacción psicológica, sin causa en la piedra. Sin embargo, viniera de donde viniera, una energía tremenda penetró en mis células. Mi visión cambió, ya no vi ese monumento como un disco, sino como un cono. El tope era la cara que estaba bajo mis manos y la base, a un centenar de metros de distancia, las dos serpientes que formaban el círculo exterior. Es decir que ese ser de piedra partía de un

nivel animal, para subir en veinte anillos formado cada uno por el girar de un símbolo, hasta llegar a la conciencia angélica-demoníaca representada por el rostro de frente. Sentí que esa cara, brillante como un sol, se miraba en mí como si yo fuera su espejo. Sentí que detrás de ella crecía un cuerpo de serpiente. Y si yo era su reflejo, mi espíritu también tenía un cuerpo de reptil. Dos serpientes de perfil formando un círculo y ahora dos serpientes de frente, el rostro y yo, formando otro círculo, porque aparte de la unión en la cúspide, muy abajo, en las raíces, se entremezclaban también nuestras naturalezas animales. Esta intensa experiencia duró aproximadamente cinco minutos. Luego oí los pasos del guardián y también los de un nutrido grupo de turistas. El lugar se llenó de gente. Salí del museo sintiéndome una persona distinta.

En Francia, en una pequeña iglesia de la Camarga, en Sainte Marie de la Mer, se conserva la estatua de una virgen negra, ídolo de los gitanos. Una vez por año, en verano, miles de ellos, viniendo de todos los rincones de Europa, se concentran allí para rendirle homenaje. En una ceremonia popular impresionante, se pasea a la santa, se le canta, se le reza. Pasadas esas fiestas, el pueblo nómada se va y otra vez la iglesita queda sola. Cuando la visité, en invierno, las puertas no estaban cerradas con llave. Ningún sacerdote cuidaba el lugar. Me acerqué a la virgen negra, que a pesar de su inmensa importancia parecía abandonada, e impresionado por su leyenda me arrodillé ante ella. Mi primer impulso fue solicitarle algo, como todos lo hacen. Pero me contuve. Me acerqué a ella y comencé a masajearle la espalda. Se me podrá decir que es una proyección subjetiva, que un trozo de madera tallada no puede tener sentimientos, sin embargo a través de mis manos percibí el esfuerzo que hacía ese ídolo para sostener el peso de tantas peticiones. Acaricié su espalda como si fuera la de mi madre, embargado por una ternura dolorosa que poco a poco se fue transmutando en alegría. Cuando la sentí aliviada, junté mis manos, que a pesar del frío invernal estaban plenas de calor, y le imploré: «Enséñame a transmitir la conciencia a través de

las manos». En mi mente resonó su dulce voz: «Da vida a la piedra». No comprendí el sentido de esa frase. La atribuí a un delirio de mi imaginación...

Meses más tarde, en el período de vacaciones, me invitaron a dar seminarios sobre el Tarot en el sur de Francia. El arquitecto Anti Lovacs tenía un hermoso terreno en las laderas de los montes de Tournettes-sur-Loup, con una casa en forma de esfera en la que habité durante dos meses. En una ancha cornisa, desde la que se podía observar el valle extendiéndose hasta la costa, encontré un peñasco de forma casi oval y de aproximadamente un metro ochenta de altura. Allí estaba ese mineral, simple, humilde, anónimo, hermoso, testigo del paso de millones de años. Comprendí el mensaje recibido de las profundidades de mi inconsciente, en Sainte Marie de la Mer. El calendario solar azteca, con su sistema simbólico muy semejante al del Tarot, había depositado su energía en mis manos, entrando por la puerta intelectual. La virgen negra, un ídolo poderoso, había hecho lo mismo pero entrando por la puerta emocional. Ahora tenía que enfrentarme a la materia en su estado original, sin que escultores humanos hubieran intervenido en sus formas. Se trataba de un cuerpo a cuerpo. Esa piedra no tenía más significado que ella misma. No formaba parte de una catedral ni de un muro de las lamentaciones ni de la tumba de un hombre dios, era ella, viviendo con un ritmo infinitamente más lento que el mío pero también con un capital de vida colosal. Recordé los cinco lemas de los sabios que aparecen en el grabado que orna el *Rosarium philosophorum: Lapis noster habet spiritum, corpus et animam* (Nuestra piedra posee un espíritu, un cuerpo y un alma). Luego *Coquite... et quod quaeris invenies...* La palabra *coquite*, siendo ambigua –probablemente «cose»–, la traduje por «masajea», lo que me dio «Masajea... y encontrarás lo que buscas». *Solve, coagula* (Disuelve, coagula) me indicó que debía sentir que estaba disolviendo la piedra en su propia conciencia para después reintegrarla otra vez a su cuerpo, esta vez una materia iluminada. *Solvite corpora in aquas* (Disuelve los cuerpos en agua) me indicó que, en la acción de

masajear la piedra, debía disolver tanto mi cuerpo como el de la roca en una absoluta comunión, siendo el amor el misterioso elixir alquímico que todo lo disuelve, que todo lo transforma en unidad. Y por último: *Wer unseren maysterlichen Steyn will bauwen/ Der soll der naehren Anfang schauwen* (Quien quiere realizar nuestra Piedra perfecta/ debe contemplar antes el principio más cercano). Debía, sobrepasando el Yo individual, dejarme poseer por el Yo impersonal, la conciencia universal (lo impersonal está más cercano de la verdad que lo personal), y así, en trance, alcanzar el corazón vivo de la piedra... Decidí masajearla dos horas cada mañana, de seis a ocho, antes de desayunar con mis alumnos.

El primer día, en medio de una niebla matinal que nos sumía en un espacio abstracto, vi a la roca como un inmenso huevo, insensible a mi presencia. Me pareció evidente que, hiciera lo que hiciera, nunca se establecería un contacto entre nosotros. Pero pensé en la fábula del cazador que quiere cazar a la luna. Durante años trata de hacerlo. Nunca sus flechas llegan a ella, mas se convierte en el mejor arquero del mundo... Comprendí que no se trataba de hacer de la piedra un ser vivo sino de tratar de hacerlo. El alquimista debe tentar lo imposible. La verdad no está al final del camino sino que es la suma de las acciones que se hacen para conseguirla. Sentí que debía efectuar el masaje desnudo. Pacientemente, con agua, jabón y una esponja lavé la piedra. Luego, ayudado por un aceite de lavanda, comencé a acariciarla. El sol aún no enviaba sus rayos más ardientes. A pesar de que en ningún momento cesé de soñarla, su superficie siguió fría, impenetrable... Fiel a mi decisión, continué cada mañana mis masajes. Poco a poco comencé a quererla como se quiere a un animal. Aprendí a olvidar la idea de intercambio, a dar sin esperanza de obtener. Aprendí a amar la existencia de esa piedra sin preocuparme de que ella fuera consciente de la mía. Cuanto más insensible era su cuerpo, más profundo era mi masaje. Recordé las palabras de Antonio Porchia: «La piedra que tomo en mis manos absorbe un poco de mi sangre y palpita». No sentí pasar esos dos meses. El

último día, concentrado como siempre en mis caricias, no sé por qué alcé la vista: un cuervo negro, con una mancha blanca en el pecho, estaba allí, tranquilamente posado en la roca. Clavó sus ojos en los míos, lanzó un graznido y se echó a volar.

Los talleres llegaban a su término. Un alumno confesó haberme espiado una mañana y me solicitó un masaje. Accedí. Le pedí que se desnudara, que se acostara en una mesa. Comencé a masajearlo sin proponerme nada. Mis manos se movieron solas. Acostumbradas a la aparente insensibilidad y dureza de la piedra, sentían no sólo la piel y la carne sino también las vísceras y los huesos. Me pareció que ese cuerpo estaba dividido por barreras horizontales y me dediqué a establecer las conexiones verticales que iban de los pies a la cabeza. Al día siguiente, mi alumno reunió sus ahorros y partió en un viaje alrededor del mundo.

En la serie de sueños en que el personaje central, uno mismo, da más importancia a la realización de los otros que a la personal, hubo uno que me marcó profundamente y que quizás sea el resultado de mi experiencia del masaje a la roca:

Estoy sentado, meditando ante las puertas de un templo. Sé que no me han dejado entrar porque cargo conmigo un inmenso saco al parecer lleno de basura. Considero que ese saco forma parte de mí mismo y que, por lo tanto, tengo derecho de asistir a las ceremonias que se realizan allí dentro acompañado por mi carga. Se acerca un grupo de hombres y mujeres, cada uno cargando tristemente un saco semejante al mío. Me levanto, lleno de alegría, y les digo: «¡Si hay que ver para creer, entonces vean!». Abro mi saco y lo vacío. De él sale un grueso chorro de tinta negra que forma un charco ante mis pies. La pobre gente sigue mi ejemplo y comienza a vaciar sus sacos que también están llenos de espesa tinta negra. Hemos creado una oscura laguna...

Desprendo de la fachada del templo una delgada columna y con ella revuelvo el magma. A medida que la vara de piedra gira, van surgiendo de la mancha largos tallos que se elevan muchos metros. En sus extremos se abren enormes girasoles.

Esas flores atraen la luz y pronto el lugar es invadido por un resplandor dorado. A su vez las torres del templo se abren como si fueran flores. La alegría de la gente es tan intensa que me contagia. Me despierto en un estado de alegre excitación. Por la ventana de mi dormitorio entra la luz del sol a raudales.

En la Biblia, en el Éxodo, se cuenta que Moisés, conduciendo a su sediento pueblo por el desierto, encontró un charco amargo. Dios le indicó un arbusto. Moisés removió con él las aguas y ellas se tornaron dulces. Calmó así la sed de dos o tres millones de gargantas (Éxodo 15.22-25).

Cuando Moisés no rechaza el agua amarga, es decir, no rechaza la aparente pesadilla y actúa con las ramas sobre ella, haciendo de la planta una prolongación de sí mismo, la convierte en dulce aliada. La conciencia, al reconocer y entregarse con amor al inconsciente, hace que aquél se revele en toda su positividad. (Lo contrario de aquello que Stevenson ha descrito en *El Dr. Jekyll y Mr. Hyde*.) En el mundo de los sueños lúcidos, comenzamos por actuar, dar, crear. Luego tenemos que aprender a recibir. Aceptar el favor que el otro, lo otro, puede hacernos, es una forma de generosidad. El saber dar debe ir acompañado por el saber recibir. Todos los personajes y objetos de nuestros sueños tienen algo que ofrecemos. Todos los seres, animados o inanimados, que vemos en la vida real pueden enseñarnos algo. Por aquello, poco a poco, fui dejando de lado los actos voluntarios y obedeciendo de más en más la voluntad del sueño. Al fin, me sentí muy a gusto siendo lo que era en ese mundo onírico: un viejo sereno, entregándose a los acontecimientos sabiendo que por manifestarse son una fiesta. He aquí algunos sueños felices. Al comienzo los anoté. Hoy en día no lo hago. A aquello que tiene por naturaleza esfumarse, hay que dejarlo que se esfume:

Exploro las faldas de una misteriosa montaña sin preocuparme de la leyenda que cuenta que está habitada por feroces guerreros de oro. En una gruta de hielo descubro un manantial de agua caliente. Hundo mis manos en el agua sabiendo

que después de curar todas mis enfermedades me dará el poder de curar los males de los otros.

Soy niño. Entro en un colegio dirigido por una familia de gordos. Como instructor gimnástico me dan un elefante. Durante los ejercicios me hago muy amigo del animal. Por las axilas me crecen dos brazos más. Recibo un diploma donde se me da el título de Demonio Ascendente.

Un mandarín chino yace en estado de coma. Un grupo de sacerdotes ancianos le aplica, en los costados, una plancha caliente para ver si el dolor le hace reaccionar. «Pierden su tiempo», les digo. «Está definitivamente muerto.» Los ancianos cesan de quemar el cadáver y me miran. Extrañado, me pregunto: «¿Qué hago aquí, en China? ¿Quién soy?». El muerto me responde: «¡Tú eres yo, venera a quien te quema!».

He ido hasta una altísima montaña en busca de mi hijo muerto. Lo llevo en automóvil hacia el valle. La nieve ha borrado todos los caminos, pero conduzco con entusiasmo, a pesar del peligro de caer en precipicios, porque llevo a Teo hacia una enorme fiesta. Él ríe. Entramos en la ciudad. Por las calles hay desfiles de carnaval encabezados por sus hermanos.

Cuando llegamos a la calidad de testigo lúcido de los sueños, cuando logramos someter nuestra voluntad a la del mundo onírico, cuando nos damos cuenta de que no somos nosotros los que soñamos, ni aquel que duerme ni aquel que está despierto en el sueño, sino que es el yo colectivo, el ser cósmico, que nos utiliza como canal para hacer evolucionar la conciencia humana, la barrera entre la vigilia y el sueño, si no desaparece, por lo menos se hace transparente. Nos damos cuenta de que a la sombra del mundo racional prosperan las misteriosas leyes del mundo onírico...

Les propuse a mis consultantes tratar la realidad como un

sueño, al comienzo personal y no lúcido, para analizar los acontecimientos como si fueran símbolos del inconsciente. Por ejemplo, en lugar de lamentarnos porque los ladrones nos han desvalijado la casa o porque nuestra amante nos ha abandonado, preguntarnos: «¿Por qué he soñado que me roban, que me abandonan? ¿Qué me estoy queriendo decir con ello?». A lo largo de mis entrevistas me di cuenta de que los acontecimientos tienden a ordenarse, «por casualidad», en series que en el sueño corresponden a las metamorfosis de un único mensaje. Es común que personas que sufren por una ruptura con su pareja, pierdan dinero o sean desvalijadas. En otros casos, personas mezcladas en conflictos que despiertan una cólera irracional, se ven de pronto en medio de un vendaval o un temblor o una inundación.

A un consultante, cuya madre acababa de suicidarse y con la que había tenido relaciones de amorodio, después de la ceremonia de incineración, su apartamento comenzó a incendiarse. En este tipo de encadenamientos la realidad se nos presenta como un sueño poblado de sombras angustiosas, en el que somos víctimas, seres pasivos a los que todo les sucede. Si por un esfuerzo de conciencia no nos identificamos con el yo individual, si somos capaces de «soltar la presa» y convertirnos en testigo impasible de aquello que parece acontecer por accidente, más aún, si dejamos de sufrir por lo que nos sucede y comenzamos a sufrir por sufrir por lo que nos sucede, podemos pasar a la etapa que corresponde al sueño lúcido e introducir en la realidad acontecimientos inesperados que la hagan evolucionar. El pasado no es inamovible, es posible cambiarlo, enriquecerlo, despojarlo de la angustia, darle alegría. Es evidente que la memoria tiene la misma calidad que los sueños. El recuerdo está constituido de imágenes tan in materiales como las oníricas. Cada vez que recordamos, recreamos, damos otra interpretación a los acontecimientos memorizados. Los hechos pueden ser analizados desde múltiples puntos de vista. Lo que en un nivel de conciencia infantil significan, cambia cuando pasamos a un nivel de conciencia

adulta. En la memoria, como en los sueños, podemos amalgamar imágenes diferentes. Estuve tres meses inmovilizado en un cuarto de hotel de Montreal, Canadá, durante un crudo invierno, esperando una visa para poder entrar en Estados Unidos como ayudante de Marceau. El cuarto era gris, deprimente, el lecho estrecho y duro, un lavabo emitiendo sin cesar gruñidos de puerco, la ventana invadida por las flechas neón de una pizzería. No queriendo ya recordar más esos meses de tan dolorosa soledad, en mi mente me puse a pintar las paredes del cuarto de brillantes colores, le di a la cama un gran tamaño, con sábanas de seda y almohadones de plumas, convertí los gruñidos del lavabo en apacibles notas de trompeta y agregué a la ventana, en lugar de las flechas indicando una sangrienta pizza, un paisaje azul lunario donde danzaban entidades luminosas. Cambié mi burdo cuarto en un sitio encantador, como si sobre una mala fotografía hubiera hecho retoques. Logré que para siempre se uniera la pieza real con el aposento imaginario. Luego me dediqué a rastrear otros recuerdos desagradables, para agregarles detalles que los enaltecieran. Convertí a los egoístas en maestros generosos, los desiertos en bosques exuberantes, los fracasos en triunfos. Con los hechos más cercanos, aquellos que había experimentado durante el día, apliqué otra técnica: antes de dormir me acostumbre a pasarles revista. Primero de principio a fin y, después, a la inversa, según el consejo de un viejo libro de magia. Esta práctica de la «marcha atrás» tenía el efecto de permitir ubicarse a cierta distancia de los sucesos. Después de haberme analizado, juzgado y dado insultos o alabanzas en el primer examen, volvía a repasar el día en sentido inverso y entonces me encontraba distanciado. La realidad así captada presentaba las mismas características que un sueño lúcido. Lo que me hizo darme cuenta, más que nunca, de que, al igual que todo el mundo, en buena medida, yo estaba sumergido en una realidad semejante al sueño. El acto de pasar revista a la jornada por la noche equivalía a la práctica de rememorar mis sueños por la mañana. Pero el solo hecho de acordarse de un sueño

es ya organizarlo racionalmente. No vemos el sueño completo sino las partes que hemos seleccionado según nuestro nivel de conciencia. Lo reducimos para que encaje con los límites del Yo individual. Lo mismo hacemos con la realidad: al repasar las últimas veinticuatro horas, no tenemos acceso a todos los acontecimientos del día, sino a los que hemos captado y retenido, es decir, una interpretación limitada, transformamos la realidad en aquello que pensamos de ella. Esa interpretación selectiva constituye una base en gran parte artificial sobre la que basamos luego nuestros juicios y apreciaciones. Para ser más conscientes, podemos empezar por distinguir nuestra percepción subjetiva del día de aquello que constituye su realidad objetiva. Cuando ya hemos dejado de confundirlas, somos capaces de asistir como espectadores al desarrollo de la jornada, sin dejarnos influir por juicios, apreciaciones y emociones infantiles. Desde este punto de vista se puede interpretar la vida como se interpreta un sueño... Un consultante no sabía qué hacer para que unos arrendatarios jóvenes y desahuciosos desalojaran una casa que era de su propiedad. Algo le impedía acudir a la policía, aunque la ley estaba de su parte. Le dije: «Esta situación te conviene. Gracias a ella, expresas una vieja angustia. Trata de interpretarla como un sueño de la noche anterior. ¿Tienes un hermano menor?». Me contestó que sí, y entonces le pregunté si no se había sentido postergado cuando ese intruso le robó la atención de sus padres. Él respondió que así era. Después le interrogué sobre las relaciones que en el presente mantenía con su hermano. Como me lo esperaba, me confesó que no eran buenas ya que nunca se veían. Le expliqué que era él mismo quien propiciaba la invasión de sus inquilinos (más jóvenes que él), a fin de exteriorizar la angustia que en su niñez le causaba la presencia de su hermano pequeño. Añadí que, si quería que se resolviera la situación, era preciso que perdonara a su hermano, que lo tratara bien y que se hicieran amigos. «Debes ofrecerle un gran ramo de flores, almorzar con él, a fin de establecer una relación fraternal y dejar a un lado el pasado en el que te sentías desplazado por

su causa. Si lo haces así, se acabará tu problema con los inquilinos.» El consultante me miró extrañado. ¿Cómo la solución de un viejo problema iba a resolver una dificultad presente? Sin embargo cumplió al pie de la letra lo que le aconsejé. Me envió después una corta misiva: «Ofrecí las flores a mi hermano y hablé con él el viernes a mediodía. El viernes por la noche, los inquilinos se marcharon, llevándose todos mis muebles. Pero, en fin, se fueron y pude recuperar mi casa. ¿Esa pérdida de muebles puede significar que me he desprendido de una parte dolorosa de mi pasado?». Esa pregunta revelaba que mi consultante estaba aprendiendo a descifrar situaciones reales como si se tratara de sueños.

Si en el mundo onírico nos damos cuenta de que estamos soñando, en el mundo diurno, atrapados en el limitado concepto de nosotros mismos, debemos echar por la borda las ideas y sentimientos preconcebidos para, con el espíritu desnudo, sumergirnos en la Esencia. Una vez conseguida esta lucidez, tendremos libertad para actuar sobre la realidad, sabiendo que, si sólo tratamos de satisfacer nuestros deseos egoístas, seremos arrastrados por el torbellino de las emociones, perderemos la ecuanimidad, el control y, por lo tanto, la posibilidad de ser nosotros mismos actuando en el nivel de conciencia que nos corresponde. En el sueño lúcido se aprende que todo aquello que se desea con verdadera intensidad, es decir con fe, después de una espera paciente, se realiza. Sabiendo esto, debemos dejar de vivir como niños, siempre pidiendo, para vivir como adultos, invirtiendo nuestro capital vital. Dos monjes rezan continuamente, uno está preocupado, el otro sonríe. El primero le pregunta: «¿Cómo es posible que yo viva angustiado y tú feliz, si ambos rezamos el mismo número de horas?». El otro le responde: «Es que tú siempre rezas para pedir, en cambio yo sólo rezo para dar gracias». Para lograr la paz, tanto en el sueño nocturno como en el sueño diurno que llamamos vigilia, hemos de estar cada vez menos implicados con el mundo y con la imagen de nosotros mismos. La vida y la muerte son sólo un juego. Y el juego supremo es dejar de so-

ñar, es decir, desaparecer de este universo onírico para integrarnos en aquel que lo sueña.

Hay una dimensión que aún no he tenido la suerte de experimentar: los sueños terapéuticos compartidos. Se cuenta que María Sabina, la sacerdotisa de los hongos, recibió a un hombre que tenía un dolor atroz en una pierna. Ni los remedios más sofisticados, ni la acupuntura, ni los masajes habían logrado aliviarlo. La anciana dividió en dos partes iguales una porción de hongos para compartirla con su paciente. Se acostó junto a él. Se durmieron abrazados. Ella vio en sus sueños cómo el paciente, convertido en nagual, devoraba un cordero. El dueño del rebaño lo golpeó con su cayado hiriéndole una pata. María tomó al animal e imponiéndole las manos en el miembro herido lo sanó. La curandera y su paciente se despertaron al mismo tiempo. A éste, el dolor de la pierna le había desaparecido. Nunca más volvió a experimentar tal sufrimiento.

Magos, maestros, chamanes y charlatanes

Mi primer encuentro con la magia y la locura, unidas al arte, data de la infancia. Tendría yo unos 5 o 6 años cuando Cristina vino a trabajar como sirvienta. Con mis ojos de niño la vi como una vieja, pero en realidad era una mujer de 40 años, sólo que el aire cargado doblemente de sal, la marina y la del polvo salitroso del desierto, había abierto surcos en su frente y mejillas. Toda su ropa era de color café, como el hábito de las monjas carmelitas. Su pelo, estirado y recogido en la nuca formando un moño, parecía un casco. Limpia, silenciosa, amable, con unas manos grandes pero sensibles, fue ella la que me dio las caricias que mi madre se ahorró, quien masajeó mis pies cuando tenía fiebre, la que me vistió por las mañanas para que fuera a la escuela, la que horneó mis pasteles preferidos llenos del oscuro dulce de leche que llamábamos manjar blanco. ¡Cuánto quise a Cristina! Mi madre era una necesidad afectiva muy dolorosa, estaba unido a su ausencia, pero Cristina, con su humildad pueblerina, fue un bálsamo para mi corazón herido. Tuve la sorpresa de que mi padre, viéndome en los brazos de mi querida sirvienta, delante de ella, como si fuera sorda, me dijera con una sonrisa cínica, satisfecho de sí mismo: «Sólo a mí se me ocurre dar trabajo a una loca». Esas palabras entraron en mi alma como un navajazo. Enrojecí, luchando por contener mis lágrimas. Jaime se encogió de hombros, con una expresión de

desprecio, y se fue. Cristina comenzó a mecarme entre sus brazos hasta que me dormí. Serían las tres de la mañana cuando desperté en mi cama. Escuché los fuertes ronquidos de mi padre y la respiración, como una queja, de mi madre. Con la boca seca y con hambre, me habían acostado sin darme de cenar, me levanté para ir a buscar un vaso de agua y una fruta. Los cuartos estaban oscuros pero de la cocina venía el tenue resplandor de la llama de una vela. Al comienzo Cristina pareció no darse cuenta de mi llegada. Extrañamente concentrada, sentada en un banquillo frente a la mesa vacía, movía con delicadeza y precisión sus manos en el aire. Parecía estar moldeando algo, creando formas, alisando materia invisible, repasando una y otra vez sus dedos por imaginarias superficies. Transcurrió un rato largo, quizás una hora. Yo estaba allí, fascinado, paralizado, viendo algo que no podía comprender y que no correspondía a nada de lo que había conocido. Cansado, hambriento, sediento, no pude contenerme más: «¿Qué estás haciendo Cristina?». Giró lentamente su cabeza, y sin dejar de acariciar el aire, mirándome con ojos vidriosos, me dijo con ansiedad: «¿La ves? Ya la estoy terminando. Cuando Dios se llevó a mi hijo, la Virgen del Carmen vino a decirme: haz de mí una escultura de aire. Cuando la termines y todos la vean, tu niño, otra vez vivo, se levantará de su tumba. La ves, ¿verdad? ¡Dímelo!». ¿Qué podía contestarle? Yo no sabía mentir. Era la primera vez que estaba en contacto con la locura, la primera vez que veía a una persona que actuaba como una unidad sin observarse a sí misma, sin máscara social. Aterrado, sentí que me helaba. Comenzó a soplar el viento frío que en las noches bajaba de la cordillera. Cristina abrazó su escultura invisible, angustiada. «¡No, no quiero que te la lleves, maldito!» Pareció luchar contra un huracán, luego, sollozando, apoyó su cara sobre la mesa con los brazos colgando como si tuviera las manos vacías. Al cabo de algunos segundos, volvió a ser la que yo conocía. Me dio un vaso de agua, me peló una manzana y me llevó a la cama. Se quedó junto a mí hasta que me disolví en el sueño.

Mi segundo encuentro con la magia fue en Santiago. Nuestro grupo de jóvenes poetas atrajo a muchos intelectuales maduros, homosexuales. A veces eran pintores, otras veces escritores y, algunos, profesores universitarios. Poseían una cultura extraordinaria, hablaban varios idiomas, de preferencia el francés, y eran muy generosos. Sabiéndonos heterosexuales, se enamoraban platónicamente, en silencio reverente y, para gozar de nuestra juvenil presencia, nos invitaban a menudo al bar de los alemanes a beber cerveza, a comer salchichas y a gozar de un trío de cuerda que, acompañado al piano por el Pirulí, un flaco feminoide con la melena teñida de violento amarillo, tocaba vales vieneses. Entre ellos se destacaba el Chico Molina, cincuentón bajo de estatura, ancho de tronco, piernas delgadas y pies diminutos, que seducía nuestros espíritus con su saber enciclopédico. Políglota, era capaz hasta de leer el sánscrito, no había autor o artista que se le nombrara que no conociera. Un día, al parecer más ebrio que de costumbre, nos reveló que su íntimo y millonario amigo, la Lora Aldunate, poseía un espejo mágico fabricado en el siglo XIV. Parece ser que lo había comprado en Italia, en Turín, una ciudad consagrada al diablo. Realizando frente a él ciertos rituales secretos, el espejo dejaba de reproducir la realidad para mostrar antiguos reflejos. Molina nos juró haber visto, con más claridad que en un filme, una escena nocturna en un bosque donde, a la luz de la luna llena, mujeres desnudas besaban el ano de un macho cabrío. Excitados por tales revelaciones, lo sacamos en andas del restaurante alemán y lo llevamos ante la casa de la Lora Aldunate, que estaba muy cerca de allí. Comenzamos a gritar pidiendo que nos abriera, que exigíamos ver el espejo mágico. Un caballero alto, cadavérico, distinguido, abrió las persianas y, desde el segundo piso, vació su bacinica llena de orines sobre nuestras cabezas. «¡Borrachos indecentes, con la magia no se juega! ¡Nunca verán mi espejo! ¡Cuando muera, me lo llevaré a la tumba encerrado junto conmigo en el ataúd!» Molina nos miró exhibiendo una amplia sonrisa en su cara simiesca. «¿Ven cómo era verdad? Yo nunca miento. ¡Dios me libre, co-

mo dijo Neruda, de inventar cosas cuando estoy cantando!» Tiempo más tarde supimos que era mitómano y estafador, porque se había hecho admirar meses leyéndonos los capítulos de su magnífica novela *El nadador sin familia* a cambio de invitaciones a cenar, hasta que uno de nuestros amigos, profesor de filosofía, descubrió que eran la traducción de la obra de Herman Hesse *El juego de abalorios*, que aún no había sido publicada en español. ¿Entonces? ¿Existía el espejo mágico o era una mentira elaborada con la complicidad de la Lora Aldunate? Cuando abrió las persianas, su furia parecía sincera; sin embargo Lihn emitió una duda: nadie llena de orines una bacinica en una sola noche; costaba creer que un hombre tan distinguido acumulara tanto líquido amarillo sólo por el placer de coleccionarlo. En fin, las depravaciones son incontables...

La seguridad del Chico Molina para afirmar un hecho que la razón no podía aceptar como cierto, la encontré en casi todos aquellos que decían tener contacto con planos superiores. Fue entonces cuando comencé a pensar que la mentira, aparte de su calidad despreciable, tenía también una utilidad mística. En la Biblia, en el Génesis, Jacob estafa a su hermano Esaú haciendo que éste le venda la primogenitura por un pedazo de pan y un guisado de lentejas. Luego se aprovecha de la ceguera de su padre para hacerse pasar por su hermano y obtener su bendición. Más tarde se me hizo evidente que la mentira o «trampa sagrada», como la llamé, era una técnica empleada por todos los maestros y chamanes.

En 1950, gracias a Marie Lefevre, tuve mi primer encuentro con ese lenguaje óptico que es el Tarot. ¿A qué edad había llegado Marie a Chile? Nunca nos lo quiso decir. Cuando la conocimos tenía más de 60 años. Pequeña, las canas de su larga melena teñidas con un enjuague azul, maquillada y vestida al estilo de la hija de Drácula, vivía en un subsuelo con su amante, Nene, un muchacho de 18 años, sin cultura y en paro, pero de belleza angélica. Nosotros, los poetas, después de acaloradas discusiones metafísicas en el café Iris, llegábamos ebrios,

alrededor de las tres de la mañana, al subsuelo, sabiendo que allí nos esperaba una olla, calentándose a fuego lento, llena de sabrosa sopa. Nene, desnudo como de costumbre, con una cinta de seda rosa atada en forma de nudo mariposa alrededor del pene, dormía a pierna suelta. Ella, que por el contrario no dormía nunca, se levantaba para servirnos una taza de la sabrosa sopa confeccionada con todas las sobras que le regalaba el restaurante vecino, a cambio de que leyera el Tarot a los clientes. La Lefevre había dibujado ella misma sus 78 cartas. En lugar de copas, espadas, bastones y oros, barajaba sopaipas (oros), calabazas de mate (copas), Shivalingams, sexos masculino y femenino formando una unidad (bastones) y ojos dentro de un triángulo (espadas). Recuerdo algunos de sus arcanos mayores: en lugar del Emperador y la Emperatriz, había un guaso y una hermosa ranchera. La Papisa era una machi mapuche. El Mundo, un mapa de Chile. A pesar de la ingenuidad de esta baraja, ella, con su lenguaje tan chileno contrastando con su pronunciación tan francesa, hacía lecturas de una precisión psicológica sorprendente. A mí, que sin sentirme pobre, había eliminado el dinero de mi vida, subsistiendo a la aventura, enfrascado en el presente, sin plantearme para nada el mañana, me vaticinó cientos, miles de viajes por todo el planeta. Me costó creerle y sin embargo su predicción se realizó. A Carlos Faz, un pintor de talento excepcional, le dijo: «¡Nunca viajes por mar!». Un año más tarde, yendo a Estados Unidos y habiéndose prohibido a los pasajeros, en Ecuador, bajar, Carlos, ebrio como siempre, saltó del barco al muelle, calculó mal la distancia, cayó al agua y se ahogó. Tenía 22 años. Esta señora fue para mí un ejemplo de generosidad, de libertad, de sutileza. A Faz no le dijo que se iba a ahogar, lo que se habría convertido en una orden de suicidio (la mente tiende a realizar las predicciones), sino que le advirtió de un peligro, dejándole la posibilidad de enfrentarlo o no. También me enseñó que uno puede crear milagros para los otros: en alguna parte del mundo una mujer bien intencionada podía recibirte, a cualquier hora, con una sonrisa humilde en los labios, darte

un plato de sopa y leerte las cartas, sólo por amor al ser humano, gratis.

Otro maestro que cambió mi visión del mundo fue Nicanor Parra. Cuando lo conocí yo era un adolescente, él un hombre maduro, profesor de matemáticas en la Escuela de Ingeniería. Como revolucionaria reacción contra la poesía emocional de Neruda, Pablo de Rokha, García Lorca y Vicente Huidobro, se había declarado antipoeta. Para nosotros, los jóvenes, su aparición en el mundo literario semejó la de un mesías. Después de mi torpe encuentro con él en el café Iris, mi timidez enfermiza me impidió visitarlo. Tuvo que ayudarme Stella Díaz. Haciendo lo que para ella era una inmensa concesión, cubrió la llamada de sus cabellos con una boina: «Nica no quiere que me presente con la cabeza descubierta. Dice que las colorinas enloquecen a los alumnos», y me llevó al territorio del gran antipoeta. Parra era un hombre sencillo y la admiración de los jóvenes poetas lo estimulaba. Nos vimos muchas veces, contando también con la presencia de Enrique Lihn. Discutíamos en un pequeño bar cerca de la Biblioteca Nacional, alrededor de esa maravillosa bebida que es la chicha dulce. Un día Nicanor me entregó un gran sobre lleno de hojas de variados tamaños, escritas a máquina. «Son escritos diversos, una especie de diario literario. ¿Me los puedes ordenar? Yo, de tanto releerlos, ya no me doy cuenta de cuál es el valor que tienen. Los he llamado "Notas al borde del abismo".» Recibir tal muestra de confianza de un poeta consagrado fue para mí una bomba espiritual. Pasé muchas noches encerrado, reverente, revisando esos textos inéditos, ordenándolos por temas, eliminando las repeticiones. Con un estilo conciso, «Quiero un arte clínico-fotográfico», en prosa, el poeta describía su intimidad. Al cabo de quince días, le entregé esas notas, copiadas sobre hojas regulares, en un orden que me pareció perfecto. Parra nunca las publicó, ni volvió a hablar de ellas. Con una cultura universitaria muy superior a la de sus antecesores, todos autodidactas, se había especializado en el estudio del Círculo de Viena y la obra

de Ludwig Wittgenstein. Tanto le interesaba Galileo como Kafka, de quien admiraba, por encima todo, su diario. Tenía su propia interpretación de la célebre frase del *Tractatus*, «De lo que no se puede hablar hay que callar». Para él, la metafísica, la religión, eran terrenos vedados. También la expresión de sentimientos personales. «El poeta no se debe exhibir: debe mover los hilos desde afuera.» Neruda y sus seguidores se presentaban como grandes justos, grandes amadores, grandes humanistas, con angustias y esperanzas sublimes, en fin, como desmesurados egos románticos. Parra se escudó en su intelecto y adoptó primero una, luego varias máscaras. El poeta era un profesor con la lengua roída por el cáncer, un hombrecillo aplastado por la sociedad, por las mujeres, un payaso trágico; más tarde habló a través de un ingenuo personaje que se cree Cristo; después como un viejo incrédulo; y por último, convertido en traductor, hizo suya la personalidad de Shakespeare. Sustituyó el lirismo por el humor corrosivo. «El saber y la risa se confunden.» En fin, se inventó a sí mismo. Cuando escribo estas líneas, Parra debe de tener 86 años y, al igual que Castaneda —«el guerrero no deja huellas»—, estoy seguro de que nadie puede preciarse de conocerlo íntimamente. El antipoeta ha convertido su corazón en una fortaleza impenetrable. La frase de Jesús «Por sus obras los conoceréis» no puede aplicarse a él.

Los recuerdos que tengo de Nicanor Parra, alrededor de una botella de chicha, datan ya de hace medio siglo. A los 20 años sus teorías se grabaron en mi mente como marcadas por un hierro al rojo vivo. Pero ese ocultamiento del ego, esa velación de las emociones personales, esa impersonalidad del creador, en lugar de alejarme de ella, me condujo a la magia. En la magia se aplican los mismos principios, sin embargo se va más lejos: el mago acepta cortar los lazos que lo unen a influencias exteriores, pero sabe recibir del interior al ser esencial, impersonal, que tiene sus raíces más allá de nuestro sistema solar.

Parra se hizo presente en uno de mis sueños felices, en 1998: en el helicóptero que conduzco dando vueltas alrededor

de la boca de un volcán en erupción, Nicanor joven le da un curso de poesía a un grupo de poetas ancianos. «No describan sus experiencias, el poema debe ser la experiencia. No muestren lo que son, sino lo que van a ser. No exhiban sus sentimientos, creen con el poema un nuevo sentimiento. No revelen lo que saben, sino lo que sospechan. No busquen lo que desean sino lo que no desean. Por lo tanto, ahora que son sueño, dejen de soñar.» Entonces me despierto.

Cuando llegué a París, sin lograr establecer de inmediato el contacto que tanto deseaba con André Breton, siempre en busca de la aspirina metafísica que me consolara de ser mortal, encontré en los libros dos maestros: uno fue Gurdjieff, de quien leí todo lo que escribió o dictó, amén de los ensayos sobre él publicados por sus discípulos. El otro fue Gaston Bachelard, cuyo libro *La philosophie du non* me congració con la filosofía y me propuso nuevas visiones de la realidad que tanto me agobiaba. Poco a poco conocí excelentes artistas que, si bien me enriquecieron estéticamente, nunca me propusieron entrar en el territorio de la magia o de la terapia. Muy por el contrario, su búsqueda consistía en huir del Ser Esencial para exaltar el poder del Yo personal. Con ello no quiero dar a entender que desprecio todo esto, porque pienso, al contrario que algunos improvisados gurús, que esa parcela de nuestro espíritu con la que a menudo nos identificamos, el ego, no debe ser destruida ni despreciada. Bien conducida, nuestra egoísta personalidad puede convertirse en un admirable servidor. Es por aquello por lo que se representa a Buda meditando sobre un tigre dormido o a Jesucristo montando un asno o a Isis acariciando una gata. Los dioses tienen cabalgaduras y éstas representan el ego. El Yo personal, si se entrega a la voluntad cósmica, es admirable. Si desobedece a la Ley se convierte en un monstruo nefasto que devora a la conciencia.

El escultor canadiense Jean Benoit, ferviente surrealista, me invitó a pasar unos días de vacaciones en un pequeño pueblo

del sur de Francia, Saint Cyr la Popie. Frente a su casa se encontraba la de André Breton, una construcción de madera y piedras talladas. Mi amigo se burló de mi timidez y me arrastró hacia el hogar del poeta. Me recibió su esposa y me dijo que no sabía en dónde estaba André, pero que no tardaría en llegar, que lo esperase mientras ella estaba en la cocina. Me quedé con Benoit, que gozando del futuro encuentro, seguro de que sería «eléctrico», empezó a vaciar una botella de vino. Yo temblaba, de pies a cabeza. Ver en su intimidad al mitológico creador del surrealismo me provocaba una excitación nerviosa, mezcla de pánico y euforia. Al cabo de diez minutos me dieron unas ganas irresistibles de orinar. Benoit, deleitándose con el vino, hizo un gesto confuso indicando la escalera que llevaba al otro piso. «A la izquierda.» Subí, sintiéndome un intruso, a la vez que poseído por una extrema curiosidad, buscando el baño. Al llegar al primer descanso, vi a la izquierda una pequeña puerta de madera. Las ganas apremiantes me hicieron abrirla de golpe. Me encontré frente a frente con el maestro, sentado en la taza, pantalones enrollados más abajo de sus rodillas, defecando. Breton, con la cara desencajada, granate, lanzó un aullido tremendo, como si lo estuvieran degollando. Un grito que debió de oírse no sólo en toda la casa sino también en los alrededores, porque muchos perros se pusieron a ladrar. Instantáneamente di un portazo y bajé en tromba los escalones, para salir huyendo hacia la estación y tomar el autobús que iba a París. La escena había durado sólo algunos segundos, sin embargo yo había cometido el sacrilegio de ver cagar al exquisito poeta. ¿Sería perdonado algún día? En la duda, decidí emigrar a México.

El Instituto Nacional de Bellas Artes, que dirigía el poeta Salvador Novo, me contrató para dar clases de pantomima en su Escuela de Teatro. Mi llegada a la capital de México despertó mucho entusiasmo y tuve cientos de alumnos. Mi objetivo era pasar de la pantomima al teatro, ¿por qué no hablar?, y de allí al cine, para lo cual tenía que formar actores capaces. En

un sitio privado inauguré un laboratorio de investigación de las expresiones corporales, liberándome de los estereotipos de la pantomima. Tuve la sorpresa de ver llegar a un grupo de médicos, todos discípulos de Erich Fromm. Este celebrado psiquiatra y ensayista, padeciendo una enfermedad cardíaca, vivía muy cerca de la capital, en la agradable Cuernavaca, que en esa época no estaba carcomida por la polución, gozando de su clima templado, su vegetación exuberante y su escasa altura, casi a nivel del mar. Un grupo de psiquiatras mexicanos, más dos colombianos, seducidos por su humanismo radical, le habían solicitado que los aceptara como discípulos. Fromm, supongo, los encontró atrapados en las trampas del intelecto y, fiel a su misticismo ateo, «Dios no es una cosa, y por lo tanto no puede ser representado por un nombre o por una imagen», los invitó a liberarse de todo lazo mental, «idolatrías», y a perder los límites individuales para entregarse plácidamente a una relación feliz con la naturaleza. Por supuesto que el cuerpo era la naturaleza que se tenía más cercana. Es por esto que, habiéndose enterado de mis cursos de expresión corporal, se los recomendó a todos. Estos psiquiatras, extraordinariamente cultos, después de muchos años de intensas lecturas, eran hábiles para manejar teorías, pero torpes para mover sus cuerpos. Tensos, tensos, inexpresivos, identificados con las palabras, no controlaban sus gestos. Lo primero que hice con ellos fue hacerles visitar diferentes espacios para que sintieran cómo sus actitudes cambiaban de acuerdo con las dimensiones de los sitios y la ubicación de sus cuerpos. Vieron que en ciertos puntos se sentían mejor o peor que en otros, comprendieron que la comunicación no sólo era oral sino también espacial, supieron que sus cerebros funcionaban sobre la base de un territorio, real o imaginario. Constataron cuán anquilosada tenían la columna vertebral y cómo su marcha era desequilibrada. Se tomaron el trabajo muy en serio e hicieron grandes progresos. Me pidieron que los acompañara al Sanatorio Tlalpam, del doctor Millán, para que los ayudara a investigar el lenguaje corporal de los enfermos mentales. Así lo hice. Contentos



Actuando en una pantomima (Santiago de Chile, 1950).
¿Fui precursor de Iggy Pop?

de los resultados, decidieron por fin invitarme a Cuernavaca para que conociera al maestro. Fromm nos recibió en un hermoso bungalow con las paredes cubiertas de buganvillas. Era un hombre de cabellera blanca y ojos claros, apacible, con una voz exenta de agresividad, citando a cada momento la Torá para afirmar su ateísmo, vestido con pantalones blancos y una chaqueta azul claro, de tela brillante, lo que le daba el aspecto de músico de orquesta estilo Tommy Dorsey. Este buen judío de ninguna manera me pareció la imagen del padre severo que proyectaban sobre él sus alumnos mexicanos. Mientras su esposa servía un aperitivo, Fromm me pidió que le describiera las técnicas de la pantomima, especialmente aquellas relacionadas con la expresión del peso. «El hombre que no ha realizado su libertad, es decir, que no ha cortado los lazos incestuosos con su madre y los que lo conectan con su familia y con su tierra, todo lo vive como una carga sin saber quién sostiene ese peso», me dijo. Como nuestra conversación se alargaba, Fromm propuso que fuéramos a almorzar a un restaurante que estaba en uno de los cerros a la salida de Cuernavaca. «Yo iré en automóvil con el mimo», le anunció a sus alumnos. «Mi corazón no me permite darme el placer de una deliciosa ascensión. Pero les aconsejo ir a pie, en armonía completa con la naturaleza y entre ustedes. Todo amor está basado en el conocimiento del otro; todo conocimiento del otro está basado en la experiencia compartida.» Cuando llegamos a la fonda, Fromm pidió un jarra de agua de tamarindo y, con una sonrisa beata, me dijo: «Bebamos tranquilamente este saludable líquido. Mis colaboradores, conversando entre ellos y gozando del maravilloso paisaje, tardarán por lo menos una hora en llegar». Se equivocó el maestro: sus discípulos llegaron en menos de veinte minutos, transpirando, pálidos, con el resuello entrecortado. Uno cayó semidesmayado en una silla, otro vomitó, los demás se precipitaron sobre las bebidas frías, haciéndolas desaparecer a grandes y desesperados tragos. Al cabo de un rato, avergonzados, confesaron su error. Con toda calma habían emprendido el camino que conducía al restaurante del cerro.

De común acuerdo, para comulgar mejor con la Madre Naturaleza, decidieron marchar en silencio. Al cabo de unos minutos constataron que los dos colombianos, apresurando con disimulo el paso, caminaban diez metros más adelante. Se apresuraron a alcanzarlos. Comenzó una competencia a grandes pasos, cada cual tratando de probar que era más resistente que los otros. Esto degeneró en carrera. Los últimos cien metros los cabalgaron al borde del desmayo... Fromm estalló en carcajadas, teñidas de tristeza y compasión. Dijo: «El comienzo de la liberación reside en la capacidad del hombre para sufrir. Y éste sufre si es oprimido, física y espiritualmente. El sufrimiento lo mueve a actuar contra su opresor buscando el término de la opresión, en lugar de buscar una libertad de la cual no sabe nada. El mayor opresor de ustedes, amigos, es el Yo individual. Ningún terapeuta puede curar en nombre de sí mismo. Recuerden lo que dice la medicina hindú: el médico receta, Dios cura... Me parece esencial que continúen meditando con el monje zen». Me sorprendí. ¿Un monje zen en México? Ningún anuncio me lo había indicado. Sabía que Erich Fromm había invitado a México a Daisetz Teitaro Suzuki y publicado un libro a medias con él, *Budismo Zen y psicoanálisis*, pero la existencia del monje, cuyo nombre fue pronunciado, Ejo Takata, me conmovía. Había leído cuanto libro pude encontrar sobre el tema, pero el contacto directo con un maestro zen era más importante que toneladas de escritos. En el autobús que nos llevaba de regreso les pregunté dónde podía encontrar al monje. Pasaron varios minutos de embarazoso silencio antes de que me respondieran. «Es un secreto. Aparte de nosotros nadie sabe que está aquí. No podemos comunicar su dirección. El único que puede dar una respuesta es el doctor F., nuestro tesorero.» El doctor F. me recibió en su amplia oficina y me dijo: «Ejo Takata trabaja exclusivamente para nosotros. En las afueras de la ciudad le hemos construido un pequeño zendô. Si usted quiere ir allí, a meditar con nosotros todos los días (excepto sábados y domingos, por supuesto) a las seis de la mañana, debe antes ofrecernos un donativo, por

ejemplo...» (y sin terminar la frase escribió una importante suma en un papel. Es posible que para él no fuera tan importante pero para mí equivalía a todos mis ahorros). Sin dudar un segundo, le firmé un cheque. Me dio una tarjeta con la dirección de Ejo Takata y un plano para llegar hasta allí.

A las seis de la mañana del día siguiente, recorrí un camino que bordeaba quebradas en cuyo fondo se acumulaban basuras y ratas y llegué a una modesta casa de un piso rodeada por un jardín. Con el corazón palpitándome aceleradamente di unos tímidos golpes en la puerta. Al instante me abrió un japonés vestido de monje. Tenía el cráneo rasurado, un rostro de edad indefinible, con una sonrisa mostrando dientes engarzados en marcos de acero y pequeños ojos brillantes. Hizo una reverencia y luego me abrazó con cariño, como si me conociera ya de muchos años. Me condujo a la pequeña sala de meditación y me mostró un rectángulo de tela roja con un círculo blanco en el centro donde había una palabra japonesa. Me tradujo: «Felicidad». ¿Cómo podía darme cuenta en ese instante de que Ejo Takata me estaba transmitiendo la esencia del zen? Me escudriñó el rostro, vio que no había comprendido el mensaje. Hizo chasquear varias veces su lengua inclinando la cabeza de un lado a otro. Con su oriental acento murmuró: «Necesitar mucho zazen». Me pasó un cojín negro, un zafú, me mostró cómo ponerlo bajo mis nalgas para meditar de rodillas, corrigió la posición de mis manos y de mi columna vertebral y se sentó a meditar frente a mí, inmóvil como una escultura de cera. Pasó media hora. Las piernas me dolían atrocemente. Comenzaron a llegar los psiquiatras. Sin disculparse de su retraso, se sentaron y, con profunda y extraordinaria concentración, permanecieron inmóviles una hora y media, para después, sonrientes, hacer una rápida reverencia e irse. Yo, con el cuerpo entumido, apenas podía marchar. Durante tres meses sufrí el martirio, todos los músculos me dolían y también las articulaciones, se me dormían las piernas y el cuello se me hundía en la espalda haciéndome sentir como una tortuga enferma. Ejo, con su bastón de madera, me daba fuertes golpes en los omóplatos, para



Ejo Takata hacia 1980.

hacerme recuperar la energía. Por el contrario, los médicos, siempre sonrientes, eran capaces de no moverse durante horas. Una vez vencidos los dolores corporales, tuve dificultades con mi mente. Como estar quieto era atrocamente aburrido, me dedicaba a imaginar poemas, cuentos, imágenes sensuales, soluciones a todo tipo de problemas. Me di cuenta de que era necio tratar de conseguir la admiración del Maestro imitando el aspecto exterior de un Buda: tenía que vencer mi caos mental. Constaté que, en todo momento, mi espíritu estaba invadido por diálogos interminables, monólogos, juicios, imágenes a las que, poniéndoles nombre, comparaba con otras. Llamé a esto «cacareo mental». Empecé a tratar de no dejar entrar palabras en mi espíritu. Luché tres años hasta poder al fin, cada vez que lo deseaba, quedarme con la mente limpia de palabras. Mucho me alegré de esta victoria. Sin embargo me di cuenta de que para lograr borrar el lenguaje tenía que dedicar toda mi atención a ello, es decir, hacer un esfuerzo continuo. Ése no era el camino correcto para interrumpir el diálogo interior. Lo que debía hacer era más bien desidentificarme de mis pensamientos. Eran míos, pero no eran yo. Mientras meditaba dejaría que las palabras atravesaran mi mente como si fueran nubes llevadas por el viento. Las frases vendrían, nadie se apoderaría de ellas, se irían... Dispuesto a iniciar esta nueva lucha, llegué una mañana brumosa al zendô. Encontré a Ejo guardando en un saco de tela lo poco que poseía.

—Doctores tramposos: toman píldoras antes de meditar. Quieren parecer, no ser. Me voy —junto a mí, muy tranquilo, cargando su bolsa, bajó hacia la ciudad.

—¿Tienes dinero, Ejo?

—No.

—¿Tienes dónde dormir?

—No.

—¿Tienes amigos en la ciudad?

—No.

—¿Qué vas a hacer? —se encogió tranquilamente de hombros y con una gran sonrisa me contestó:

—Felicidad.

Declinó mi ofrecimiento de alojarlo y, mientras un taxi me llevaba a la capital, él comenzó a caminar hacia las montañas.

Pasaron dos años antes de que lo volviera a ver. Había estado en la sierra enseñando a los indígenas a cultivar soja. También les enseñó a construir chozas higiénicas, con la cocina al exterior, orientadas hacia el nacimiento del sol, y a fabricar con sus excrementos gas butano. Como su enseñanza era gratuita, los ayuntamientos al comienzo creyeron que era un peligroso comunista. Muchas veces amenazaron con tirotarlo. Sin preocuparse de perder la vida, Ejo continuó su obra sacando de la miseria a incontables familias. Cuando regresó a la capital, él y sus nuevos alumnos se dedicaron a sanar enfermedades mediante plantas y acupuntura. Un día, cuando estaba yo filmando *La montaña sagrada* en las cimas nevadas del Ixtaxiuhatl, sufriendo por el frío y la enorme cantidad de dificultades técnicas, el monje vino a visitarme. Desesperado, le pregunté: «¿Cuándo dejará la montaña de estar blanca?». Se concentró un instante en su vientre y luego respondió, sonriente: «¡Cuando está blanca, está blanca, y cuando no está blanca, no está blanca!». Comprendí que debía dejar de cifrar mis esperanzas en el futuro y aceptar la situación presente con felicidad. Hasta su muerte, Ejo Takata siempre vivió en lugares prestados, alimentándose gracias a escasas donaciones.

Cuando terminé de escribir el guión de *La montaña sagrada* y me otorgué el papel del alquimista, un maestro al estilo de Gurdjieff, me di cuenta de que conocía a la perfección las motivaciones del alumno, pero que carecía de las experiencias milagrosas, sobrehumanas que, suponía, conocen los gurús. Por esa danza de la realidad, mientras preparaba la música y los decorados del filme, contactó conmigo un neoyorkino que deseaba ser mi secretario. Como su exagerada insistencia me molestó, colgué el teléfono en medio de una de sus imperativas frases. El hombre tomó un avión y al día siguiente me vino a visitar. Al verlo tan fanático y brutal, me di cuenta de que había

encontrado a Axón, el militar tirano que corta testículos en mi película. Cuando le dije que no lo emplearía como técnico sino como actor, me confesó: «Eso es lo que yo quería, pero como nunca he actuado solicité un puesto de ayudante. Sin embargo, si he venido hasta aquí y he logrado formar parte del elenco, es gracias al poder psíquico que desarrollé sólo con un mes y medio de estudio en el Arica Training, fundado por un maestro boliviano, Óscar Ichazo, poseedor de todos los secretos de Gurdjieff». Le pregunté en qué consistía esa enseñanza y me respondió: «Óscar dice que no aporta ninguna idea nueva. Lo que él propone es una mezcla de diferentes técnicas, taoístas, sufís, cabalísticas, alquímicas, etc., que permiten obtener la iluminación en cuarenta días. Si estás buscando un gurú, él es el indicado. Actualmente tiene 240.000 alumnos». En verdad, contactar con un hindú o un oriental —en el periódico *The Village Voice* abundaban los anuncios de toda clase de santones—, no me convenía. Mi personaje del alquimista era occidental. Que Ichazo fuera sudamericano y que hubiera bautizado su técnica con el nombre de un puerto chileno, Arica, lugar donde mi padre había instalado una fábrica de somieres, me sedujo. Axón me contó que Ichazo había llevado un grupo de cincuenta y siete americanos, buscadores de la verdad, como Lilly o Claudio Naranjo, al desierto de Tarapacá para enseñarles un método que les permitiría levitar en diez meses. Viajé a Nueva York, obtuve una entrevista con Ichazo y le propuse venir a México para que él me iniciase a mí (tres días le bastaban) y dos de sus asistentes a mis actores (lo que necesitaría seis semanas de trabajo continuo durante veinte horas diarias). Llegamos a un acuerdo: viaje en primera clase para él y su secretaria chilena, una altiva dama de la aristocracia, dos apartamentos comunicados en un hotel de cinco estrellas, más 17.000 dólares.

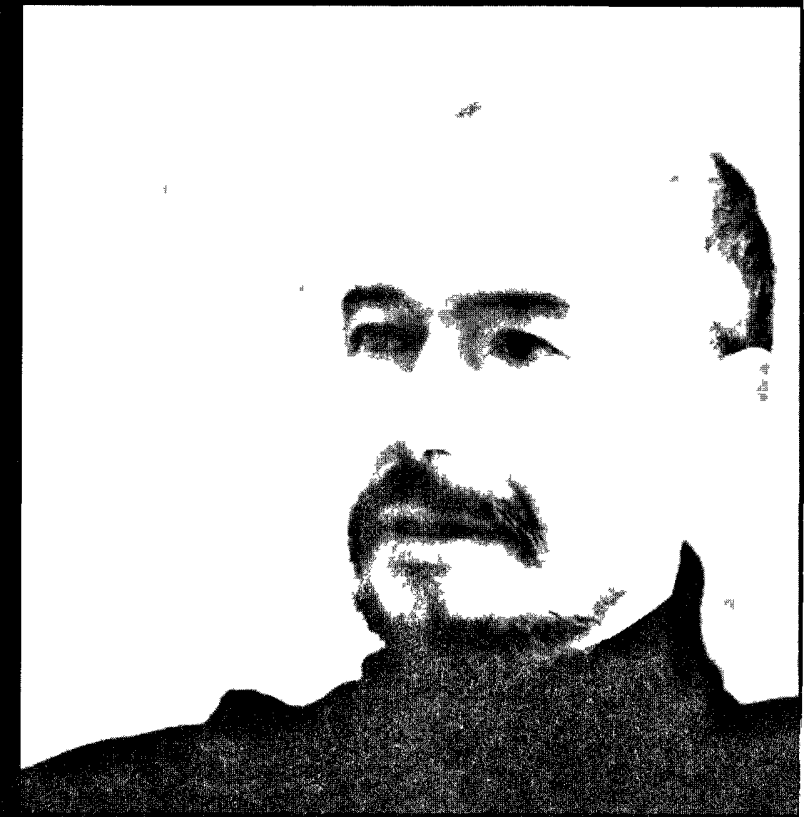
Óscar Ichazo y su compañera desembarcaron en México. Apenas llegaron al hotel ella me preguntó: «¿Dónde está la marihuana?». Muy sorprendido le dije que como yo no fumaba no había pensado en eso. La dama, furiosa, comenzó a gri-

tar: «¡Es estúpido e imperdonable no esperarnos en México por lo menos con un kilo de hierba! ¡Vaya inmediatamente a conseguirlo o no obtendrá nada del Maestro!». El tono despótico de la dama me llenó de furor. Tuve ganas de bajarle los humos, pero me contuve porque el encuentro con Ichazo me parecía esencial para el éxito de mi película. En menos de una hora mis ayudantes llegaron con un kilo de marihuana de la mejor calidad, envuelta en hojas de periódico. La chilena se calmó. Yo también. Un texto sagrado tibetano dice: «No te preocupes de los defectos del maestro: si necesitas atravesar un río, no importa que la barca que te lleva a la otra orilla esté mal pintada». Ejo Takata, por ejemplo, fumaba un cigarrillo tras otro, pero aquello no impidió que me revelara el corazón del zen.

Fijamos el encuentro privado con Ichazo a las seis de la tarde del día siguiente en mi casa. Allí tenía, en el tercer piso, un amplio estudio, con las paredes cubiertas de libros y un ventanal que daba a la plaza Río de Janeiro. La noche precedente cenamos juntos. El maestro me contó de dónde venían sus poderes:

—Nací en 1931 en Bolivia. Hijo de un militar boliviano, fui educado en La Paz, en una escuela de jesuitas. Una noche, ya con 6 años, estaba en la cama leyendo un cuento de hadas cuando, presa de un extraño ataque, como de epilepsia, me desmayé para, de inmediato, en estado astral, salir del cuerpo. Me vi muerto, tendido en la cama. Así, desmaterializado, conocí los misterios del más allá. Al regresar a mi cuerpo de niño, mi mente era la de un adulto, la de un conocedor de la verdad. Cuando el sacerdote que era mi profesor me describía el infierno, yo pensaba «Ya estuve en el Infierno y no era así». Abandoné mis relatos infantiles y comencé a leer, entendiéndolos plenamente, toda clase de libros científicos, filosóficos y sagrados como la Baghavad-Gíta, el Tao Te King, el Zohar, los Upanishads, el Sutra del Diamante y tantos otros. También me interesaron los escritos de Gurdjieff y sus discípulos. Ya a los 9

años recibía clases de hatha yoga, hipnotismo y artes marciales con un verdadero samurai. A los 13 años unos curanderos bolivianos me iniciaron en sus ritos mágicos dándome de beber ayahuasca. A los 19 años conocí a un caballero anciano que se interesó en mi gran desarrollo espiritual. En 1950 me invitó a Buenos Aires, donde me puso en contacto con un grupo de viejos sabios, muchos de ellos tenían 80 años o más. Habían venido de todo el mundo, esencialmente de Europa y de Oriente, con el fin de intercambiar sus técnicas espirituales. Me contrataron como empleado para asearles los cuartos, hacer las compras, cocinar y servirles en todo lo que necesitaran. Así podían dedicarse sin estorbos a discutir sobre técnicas, yoga, tantra hindú y tibetano, Kábala, Tarot, Alquimia, etc. Yo me levantaba a las cuatro de la mañana para prepararles el desayuno y, de manera discreta, me quedaba entre ellos. Poco a poco se acostumbraron a mi presencia y comenzaron a usarme como conejillo de Indias para probar la efectividad de sus conocimientos, como una clase particular de meditación o una recitación de mantras. Al cabo de dos años, poseyendo la totalidad de las técnicas, yo sabía más que cada uno de ellos. Orgullosos de mi síntesis, me dieron preciosos contactos con cofradías de Oriente. Me abrieron las puertas de los sitios más secretos, lugares donde era muy difícil entrar, casi imposible. Comencé a viajar. En todas partes me recibieron no como un alumno sino como un maestro. Visité India, Tibet (países donde corroboré mis conocimientos del tantra), Japón (donde resolví todos los koans), Hong Kong (donde me revelaron los secretos del I Ching), Irán (donde los sufís me indicaron el verdadero significado del eneágono y el nombre secreto de Dios). Regresé a La Paz para vivir con mi padre y digerir esos conocimientos. Después de meditar durante un año, caí en un coma divino que me duró siete días. Éxtasis que me mantuvo inmóvil, como muerto. Así supe de qué manera el universo fue creado, cuáles eran las relaciones matemáticas entre las cosas, la enfermedad de la actual civilización y la manera de curarla. Al recuperar mis movimientos supe que me había iluminado. Comprendí



Oscar Ichazo. Foto: Peter Schlessinger.

que en lugar de ayudarme a mí mismo debía tratar de ayudar a Dios.

Todo esto me lo contó Ichazo con la misma convicción con que el Chico Molina afirmaba haber visto funcionar un espejo mágico. Con la misma convicción con que Carlos Castaneda me contó que, caminando en la ciudad de México con don Juan por el Paseo de la Reforma, porque en lugar de escucharlo se distrajo viendo pasar a una mujer, el viejo le dio un palmetazo en la espalda que lo lanzó, en menos de un segundo, a cincuenta kilómetros de distancia. La misma convicción con la que más tarde Ichazo me contó haber estado junto a Jesús, en el momento en que éste «padecía» su transfiguración. ¿Me quiso decir que podía viajar a través del tiempo o que tenía recuerdos de anteriores reencarnaciones? Esta última posibilidad concordaba con el hecho de que Ichazo afirmaba poseer una memoria prodigiosa: recordaba con toda nitidez sus experiencias cuando tenía 1 año de edad.

A las seis en punto de la tarde, Ichazo dio un golpe seco en la puerta de mi casa. Como si ya hubiera estado allí muchas veces, se me adelantó para subir las escaleras hasta el tercer piso y sentarse en el cómodo sillón que esa mañana misma yo había comprado para él. Sonrió con satisfacción oliendo el cuero nuevo.

—Bravo... Este mueble no tiene pasado. Es como yo. Soy la raíz de una nueva tradición. Olvida a todos los cristos, olvida a todos los budas, la realización personal no existe. Yo, ahora mismo, te enseñaré a domesticar el ego. Te enseñaré el camino por donde regresarás al poder impersonal que nos respira, a la fuerza que existe más allá del nivel de nuestra mente consciente —y, sin más, sacó de sus bolsillos un paquete de caramelos, un tubo con pastillas de vitamina C, un encendedor, un cigarro de marihuana y un misterioso papelillo. Me pidió que trajera un vaso con agua. Abrió el papelillo: contenía un polvo anaranjado. Lo vertió en el agua—. Es LSD, puro. Bebe —aunque estaban de moda, yo nunca había querido hacer experien-

cias psicodélicas. En mis entrevistas afirmaba que no las necesitaba porque eran mis películas las que me daban tan poderosas imágenes. Tragué saliva y, venciendo mi temor, ingerí el brebaje. Esperamos en medio de un denso silencio. Pasó una hora. Ningún efecto. Encendió el porro—. Fúmatelo. Apresurará el proceso.

Compartimos la fumada. A los pocos minutos comencé a tener mis primeras alucinaciones. Me embargó una alegría infantil. Por la gran ventana del estudio vi la plaza Río de Janeiro, con sus árboles y su copia en bronce de la estatua del David de Miguel Ángel, cambiar de aspecto como si fuera una colección de cuadros de los pintores que me gustaban, Bonnard, Seurat, Van Gogh, Picasso, etc. De pronto oí un crujido que pareció partir la casa en dos y exclamé:

—Esto no sirve para nada, es igual que ver una película de Walt Disney. Además, he dejado de ser dueño de mis movimientos. Si ahora alguien me ataca, no podría defenderme.

—Deja de criticar y ten confianza en mí. Basta de paranoias. Adonde quiera que vayas, de allí podrás salir. Sabe también que, en el estado en que estás, puedes manejarte perfectamente bien en la realidad cotidiana —en ese preciso momento sonó el teléfono—. Responde —me ordenó. Como si descendiera de otra galaxia me acerqué al aparato y lo descolgué. Era uno de mis actores pidiéndome ciertos datos. Sin mayor dificultad se los di—. ¿Ves? —me dijo satisfecho Ichazo—, ahora que tus miedos se han calmado, vamos a comprobar si tus imágenes son tan infantiles como dices.

Me pidió que fuera al baño y observara mi rostro en el espejo. Así lo hice. Me vi de mil maneras diferentes, en un continuo cambio. Aparecieron una tras otra mis personalidades, el ambicioso, el egoísta, el perezoso, el colérico, el asesino, el santo, el genio vanidoso, el niño abandonado, el indolente, el melancólico, el resentido, el bufón arribista, el falso loco, el cobarde, el orgulloso, el envidioso, el judío acomplejado, el erotómano, el celoso y tantos otros. La carne se me agrietaba, las facciones se me hinchaban, la piel se llenaba de llagas. Vi la

putrición de mi materia y la de mi mente. Tuve asco de mí mismo. Comencé a vomitar... Ichazo me dio un dulce y luego una pastilla de vitamina C. Una ola de calor, transportada por mi sangre, me inundó el cuerpo. Me sentí mejor.

—Si alguna vez sentiste compasión, verdadera compasión por alguien, recuérdalo.

Me puse a llorar como un niño de tres años. Tenía en mis brazos, moribundo, a Pepe, mi gato gris: mi padre lo había envenenado. Sus ojos vidriosos y su lengua colgando me partían el corazón. Habría dado mi vida por salvarlo.

—Haz crecer esa emoción, compadece a todos los animales, al mundo, a la humanidad entera. Así. Ahora mírate otra vez en el espejo, pero con piedad... Ese ser de múltiples facetas oscuras, es tu pobre ego, moribundo. Si ahora puedes alcanzar este alto nivel de conciencia, es gracias a él, a su incesante sufrimiento en busca de la unidad. Su monstruosidad te ha engendrado, sus defectos han sido las raíces que han alimentado a tu Esencia. Compadécete de él, dale la mano a tu ego. La mariposa no le tiene asco a la oruga que la ha parido.

Pegué mi rostro a la superficie plateada, absorbí por la piel mi imagen. Cuando me retiré, el espejo reflejaba todo el cuarto menos a mí. A pesar de darme cuenta de que esa invisibilidad era una alucinación supe que ya nunca más viviría criticando cada uno de mis pasos. El cruel juez interior se había derretido. Por primera vez me sentí en paz conmigo mismo.

—¡No te quedes ahí! —exclamó Ichazo—. ¡Sigue avanzando! —me hizo desparramar por el suelo todas las fotografías y programas de espectáculos que guardaba en los cajones de mi escritorio—, ésas fueron tus obras de teatro, tu par de películas, tus actores, tus amigos, tú mismo, envuelto en la comedia de la fama. En el estado en que estás ahora, ¿cómo ves todo?

Ví todo con la mente de un extraterrestre, sin deseos, sin amarras; la angustia de la separación estaba presente en cada detalle, se intuía la verdad, pero se la ubicaba lejos, como un irreparable misterio, como una dolorosa esperanza. Ahí, don-

de vivir era sufrir, la ignorancia se convertía en orgullo, el Yo en una cárcel sin puertas ni ventanas.

—¿Te das cuenta? Has vivido buscando en la lejanía lo que estaba en ti, lo que eras tú —me tendí sobre esas fotos, esos recortes de periódico donde se me nombraba, esos programas y grabaciones, como si todo aquello fuera una vieja piel que se hubiera desprendido de mi cuerpo. Y Óscar me dijo—: Hay tres centros en el animal humano: el intelectual, el emocional y el vital. Mis maestros los llaman el Path, el Oth y el Kath. Mientras el ego es falso y la conciencia deforme, duermen, sin cumplir su tarea de relacionarnos con el mundo en forma inmediata, superando los ilusorios, pero mortales, obstáculos. ¡Vamos a despertarlos!

Tuve que concentrarme, primero, en un punto de mi vientre que estaba más o menos a cuatro pulgadas bajo mi ombligo. Capté una fuerza inmensa.

—No lo observes desde el exterior. No definas lo que sientes. Entra en el Kath, conviértete en ese centro —oí la voz de Ichazo lejana. Me disolví en, ¿cómo describir aquello?, una dimensión de energía inagotable, semejante a una abertura en la roca por donde mana un torrente—. Esa energía la puedes enviar, en forma de tentáculos invisibles, hacia la distancia que quieras. Puedes entrar con ella en el cuerpo de los otros y darles vida o muerte —me mostró a los peatones que atravesaban la plaza—. Lanza el Kath, penetra en ellos.

Di un impulso y sentí cómo de mi vientre surgía una corriente energética, invisible y larga, que iba a atarse al cuerpo de los paseantes. De inmediato me sentí unido a ellos, comprendí sus mentes, capté sus emociones, conocí, ¿o imaginé?, gran parte de sus pasados. Después de seguirlos durante cien metros, se convertían en amigos por los que sentía una inmensa piedad, tanto era el dolor que los embargaba.

—Sufren porque no están conscientes. No te quedes ahí. Busca la unión que más te convenga, sin darte límites.

Subí a la azotea y me tendí desnudo en el suelo de cemento.

Ya había anochecido y el cielo se veía cuajado de estrellas. Envié un largo tentáculo y me uní al astro más brillante. No lo sentí indiferente. Ese cuerpo celeste era un ser que reconocía nuestro vínculo y me enviaba una forma de energía que enriquecía mi alma. Decidí atarme a otros astros. Mi haz invisible se dividió en innumerables ramas. Constaté con sorpresa y fascinación que cada estrella tenía una «personalidad» diferente. Eran todas distintas, cada una con su propio tipo de benevolente conciencia. Aquello me pareció natural: la creación nunca se repite. Siempre había vivido con gatos y nunca encontré uno que tuviera un carácter semejante al de otro. Parecido sí, pero no igual. Cada copo de nieve que cae es distinto, y las estrellas. Allá arriba había una masa de seres individuales, como las facetas innumerables de un diamante único, enviándome sus energías. Al mismo tiempo, recibía yo la fuerza que la Tierra me enviaba. Mi centro de gravedad se unía al centro del planeta, y desde allí subía hacia el Kath de cada ser viviente. Tuve miedo. La tentación del poder era apremiante. Justo entonces Ichazo me preguntó:

—¿Qué harás con ese poder?

—¡Ayudar a mi prójimo! —respondí, y el miedo se desvaneció.

—¿Cómo sientes tu corazón?

—Como un enemigo, un músculo implacable, un reloj indiferente que marca el desgaste de mi tiempo, un verdugo que amenaza a cada instante detenerse y acabar con mi vida —respondí.

—Te equivocas. Entra en él. Allí encontrarás el Oth.

En el estado en que mi mente se encontraba, proponerse algo era realizarlo de inmediato. ¡Me encontré de pronto sumergido en mi corazón! Los latidos retumbaban como truenos, una lluvia sonora decidida a penetrarlo todo, para abatir cualquier ilusión de existencia personal. Recordé una tarde en que, solitario, desde la terraza de mi hotel, en India, en Bangalore, observaba el cielo nuboso agitado por una fuerte tempestad.

Cada retumbar parecía decir la sílaba sagrada *Ram*. Así los latidos, sacudiendo mi corazón para luego agitar mi cuerpo, el cuarto, la ciudad, el mundo, el cosmos entero, parecían la voz del dios creador. Ése era el repetido eco del verbo primero: *Ram, Ram, Ram*. Estaba yo, inocente como un recién nacido, en medio de un gigantesco templo dorado que palpitaba con devoción repitiendo el nombre divino. Y ese ritmo atronador, cuando mi miedo y desconfianza hubieron desaparecido, se convirtió en una constante explosión de amor, organizada en olas que iban del centro a las fronteras infinitas y de las fronteras infinitas al centro. Ese núcleo era mi conciencia, transparente como un diamante, diamante que era protegido por el templo dorado, metáfora del universo. Comencé a sentir el incommensurable amor que el corazón sentía por mí. Supe por fin lo que era ser amado. En mi pecho no se anidaba un verdugo sino un maravilloso amigo, madre y padre a la vez, puente entre este mundo de materia en el que nace el espíritu y ese mundo espiritual que produce a la materia. En esa inmensa cuna de oro flotando en el océano del goce infinito, acunado por el oleaje amoroso, como un niño feliz que ha encontrado la familia y el hogar que le corresponde, comencé a dormirme. Me despertó una orden recia de Ichazo:

—No seas autoindulgente. La felicidad es una hermosa trampa. Ve más lejos. Navega por el mar de las ideas locas. Sumérgete en la energía mental. Encuentra el Path.

Regresamos a la terraza. Desde allí se veía un gran anuncio de Coca-Cola. Era un círculo luminoso que daba vueltas alrededor de un eje vertical.

—No necesitamos mandalas tibetanos ni símbolos esotéricos. Este anuncio, si eliminas de tu mente las palabras, y no despegas la vista de él, al concentrar tu atención, se convertirá en la puerta.

El letrero girando se transformaba, desde mi punto de vista, en óvalo, en línea, en óvalo otra vez, en círculo y así y así. Me fue tragando las fronteras racionales, la voluntad de ser y... de pronto, sin proponérmelo, como si hubiera dado un salto in-

conmensurable, me sentí fuera del mundo de las sensaciones. ¿Cómo explicar aquello? La fuerza del Kath y la felicidad del Oth se volcaron en una transparencia inmutable, el Path. Había vivido en un mundo de compactas nubes grises y ahora ascendía hasta flotar en un cielo translúcido. Sin deseos, sin definiciones, continuación pura, libre de un comienzo o un final, ahí, exento de tiempo y espacio, me sumergí en la beatitud. ¿Cuántas horas permanecí allí inmóvil? Cuando recuperé mi cuerpo, mi nombre, mi isla racional, me encontré solo, frente al parpadeante círculo cocacolesco. Me sentí ridículo pero también eufórico. Lo que recordaba no lo había imaginado, lo había vivido. Esa experiencia se convertiría en mi guía. Se me había mostrado la meta, ahora dependía de mi perseverancia alcanzarla realmente. Ejo Takata, cuando le pregunté qué era el Buda, me respondió: «La mente es el Buda».

Al día siguiente, por la mañana, recibí una llamada telefónica de la activa colaboradora de Óscar diciéndome que era urgente que yo le consiguiera a alguien para inyectar una dosis de morfina al Maestro pues estaba sufriendo dolores insoportables. Me quedé boquiabierto, pensando en negarme. Entonces ella me gritó: «¡Imbécil, encuentre lo que le pido!». Yo necesitaba proseguir mi experiencia, Ichazo me había prometido dos sesiones: me tragué la rabia y corrí a casa del doctor Toledano, un amigo que había actuado en *Fando y Lis* extrayendo ante las cámaras un vasito de sangre del brazo de la actriz para beberla golosamente. Llegamos al hotel. La ogresa, temiendo que si me expulsaba del apartamento el médico se iría conmigo, lanzándome una mirada fulminante, admitió mi presencia. Retorciéndose, hecho un ovillo, Ichazo yacía en la cama. Le dolían los músculos, los huesos, las vísceras, todo. Toledano le inyectó rápidamente la dosis de morfina y el enfermo se calmó. Surgiendo del lecho en plena posesión de sus facultades, nos explicó:

—Estoy íntimamente unido a mi escuela. Formamos un cuerpo y un espíritu colectivo. Ahora en Nueva York, a causa de mi ausencia, han estallado graves disputas y problemas. Los

alumnos no están aún preparados para regirse solos. Por eso sentí la catástrofe en mi cuerpo. ¡Lo siento mucho, tengo que regresar inmediatamente a Nueva York! —la mujer ya tenía preparadas las maletas. Se despidieron fríamente y, sin más, tomaron el taxi que los llevaría al aeropuerto.

El final del encuentro con Ichazo, se asemeja al final de mi encuentro con Carlos Castaneda. Ese escritor, rodeado de un aura sulfurosa, era inencontrable. En la época de su mayor celebridad, cientos de norteamericanos andaban por México buscándolo, con el goloso deseo de que les presentara al mitológico maestro del peyote: don Juan. No tuve que buscarlo. Él se acercó a mi mesa... Estaba yo comiendo un bistec de carne argentina en el restaurante El Rincón Gaucho que Wolf Rubinsky, un ex luchador, había abierto en la capitalina Avenida Insurgentes, acompañado por una actriz de la televisión que, después de seguir un curso de entrenamiento en una iglesia de Cienciología³, decidió cambiar su nombre mexicano por el de Troika. «En los valles rusos, cubiertos por una sábana de nieve, símbolo de la pureza, una troika se desliza sin esfuerzo ni obstáculos: como ahora mi mente.» A mí no me interesaba su mente sino sus exuberantes formas. Al comienzo, cuando Castaneda se acercó, creí que era un camarero. En México, es fácil determinar la clase social a la que pertenece un individuo sólo con verle el físico. El hombre era bajo de estatura, fornido, con el pelo crespo, la nariz achatada y la piel levemente picada, en fin, un humilde autóctono. Pero en cuanto me habló, por el tono reposado de su voz, por su delicada pronunciación, por la vibración luminosa de su intelecto, supe que era un hombre de cultura superior. Su simpatía personal me hizo considerarlo instantáneamente como un amigo.

—Perdone, Alejandro, que lo interrumpa. He visto varias veces su película *El Topo*, por lo que me da gusto saludarlo. Soy Carlos Castaneda.

³Movimiento sectario fundado por el escritor Lafayette Ronald Hubbard.

Podría haber sido un embaucador –nadie conocía el rostro del escritor–, sin embargo le creí. Más tarde pude comprobar, por un dibujo que apareció en un libro y por una foto que publicó su ex esposa, que efectivamente era él. También Troika le creyó. Aunque nunca lo había leído, la notoriedad del personaje pareció embriagarla. Con un gesto displicente, como si la acosara el calor, se abrió el escote, mostrando la punta de uno de sus dos magníficos promontorios, e hinchó los labios para murmurar, besando un falo invisible: «¡Qué interesante!». Castaneda, después de fijar una mirada de halcón en la carne viva que se le estaba ofreciendo por encima de un bistec sangrante, me sonrió: «Si nos hemos encontrado, debe de ser por algo. Me gustaría hablar con usted en un sitio más tranquilo». Propuse a Castaneda ir a su hotel, pero él insistió en venir al mío. Yo, por tener un floreciente productor, estaba alojado en el lujoso Camino Real. ¡Qué mejor sitio para encontrar a Castaneda que un camino real! Quedamos en que vendría al día siguiente, a mediodía. Lo esperé, impaciente. A las doce menos cinco, sonó el teléfono de mi cuarto. Me dije: «Por supuesto, me llama para decirme que no puede venir». Respondí. Con un tono respetuoso me preguntó si no me molestaba recibirlo antes de la hora fijada. Me conmovió tanta delicadeza. Apenas entró en mi cuarto, le ofrecí una silla. Nos sentamos frente a frente y nos miramos a los ojos, escudriñándonos como dos guerreros, sin ninguna agresión por supuesto y sí con mucha esperanza de encontrar un interlocutor agradable. ¿Cuánto duró esto? Una eternidad. Fue el primero en hablar y pronto llegué a la cuestión que nos interesaba.

–En tus libros, nos has revelado una forma de ver el mundo diferente, has hecho revivir el concepto de guerrero espiritual, has vuelto a poner de actualidad el trabajo sobre el sueño lúcido y sin embargo no sé si eres un loco, un genio o un mentiroso.

–Todo lo que cuento es verdadero. No he inventado nada –me respondió con una luminosa sonrisa.

–Leyéndote he tenido la impresión de que, fundándote so-

bre una experiencia real, en México, a partir de ella elaboras e introduces conceptos extraídos de la tradición esotérica universal. En tus libros puede encontrarse el zen, los Upanishads, el Tarot, el trabajo sobre los sueños de Hervey de Saint-Denis, etc. Sin embargo, de una cosa estoy seguro: es evidente que recorres realmente este país para hacer tus investigaciones. Es probable que, aglutinando todo lo que descubres, hayas creado la figura de don Juan.

–De ninguna manera. Te lo aseguro: él existe...

Y a continuación me contó aquello de cómo el brujo (con quien se reuniera en el Paseo de la Reforma, arteria central de la ciudad), con una simple palmada en la espalda, lo había proyectado a varios kilómetros de distancia porque se había dejado distraer por una mujer que pasaba por allí. Luego me habló de la vida sexual de don Juan, capaz de eyacular quince veces seguidas. Recuerdo que también me contó que su maestro despreciaba a los seres humanos que, sacrificando sus capacidades mágicas, «fabricaban» niños. «Cada hijo nos roba un pedazo del alma.» Insinuó el tema del canibalismo saturnal. Pero, quizás viendo en mí una expresión de horror, cambió de tema:

–¿Por qué las circunstancias nos han juntado? ¿No será para que realicemos una película? Hollywood me ha ofrecido varios millones de dólares para llevar a la pantalla mi primer libro, pero no quiero que don Juan termine siendo Anthony Quinn.

Íbamos a ponernos de acuerdo para ver las posibilidades de filmar en los sitios reales, mostrando verdaderos milagros, auténticos brujos, sin utilizar efectos especiales, trucos que convertirían todas esas enseñanzas en banales cuentos de hadas cuando, a Castaneda, le comenzaron los dolores de estómago, algo que, me dijo entre quejidos, no le ocurría nunca. Por la sierra bebía agua de los arroyos sin ningún mal pero en la ciudad, donde el agua era al parecer potable, la diarrea lo atacaba. Comenzó a retorcerse más y más. Llamé un taxi y lo acompañé a su hotel Holyday Inn. Por los tradicionales embotellamientos del tráfico, demoramos casi una hora en llegar. Apenas nos

dimos la mano, se fue corriendo. Nunca más lo volví a ver. Al mismo tiempo que a él le habían dado esos retortijones, a mí me atacó un violento dolor en el hígado que me obligó a guardar cama tres días. Una vez restablecido, lo llamé al hotel. Se había marchado, sin dejar una dirección. Cuando pasé por allí e interrogué al portero, me dijo que el señor estaba acompañado por una atractiva muchacha. Su descripción concordaba con la figura de Troika... La diarrea de Castaneda, durante mucho tiempo, no me provocó sospechas. Ese mal ataca a tantos turistas que los mexicanos lo llaman «la venganza de Moctezuma». Pero, poco a poco, recordando otra vez los detalles de nuestro encuentro, se me plantearon algunas dudas. La diarrea exige una evacuación rápida. ¿Por qué Castaneda no usó mi baño? Eso lo habría aliviado por un buen momento. Si se estaba cagando, ¿cómo resistió el viaje en taxi por más de una hora? Por otra parte, en este molesto percance, uno, en lugar de retorcerse, lo que puede dar origen al escape de un nauseabundo chorro, tiende más bien a hacerse un nudo alrededor del abdomen. A él parecían dolerle, aparte del estómago y las tripas, las vísceras, los músculos y los huesos. Probablemente, algún espíritu enviado por otros brujos lo había atacado, al mismo tiempo que a mí, para impedirnos que el proyecto se realizara, lo que habría significado revelar ciertos secretos al mundo entero o... bien su cuerpo, falto de su acostumbrada droga, necesitaba, como el de Ichazo, una inyección de morfina. Misterio que jamás resolveré. Troika desapareció de las telenovelas. Alguien me dijo que había firmado un contrato para trabajar durante cinco mil años en el barco de Ronald Hubbard.

La retirada de Óscar Ichazo me había dejado frustrado. Sentía que había perdido la oportunidad de realizar una experiencia esencial. Sin embargo, la danza de la realidad me otorgó esa oportunidad... Francisco Fierro, un amigo pintor, regresó de Huautla, a donde había ido a comer hongos con la célebre curandera mazateca María Sabina. Me vino a buscar a

la casa donde estaba encerrado hacía ya un mes con mi grupo de «actores», preparándonos para filmar *La montaña sagrada*. Ichazo nos había dejado dos instructores, Max y Lidia, que, seguros de poseer los secretos supremos, nos trataban como sargentos. Ella era una americana corta de estatura, miope y gorda y él un flaco larguirucho con el rostro invadido por las espinillas. Nos permitían dormir sólo cuatro horas diarias, de medianoche a las cuatro de la mañana, el resto del tiempo debíamos dedicarlo a todo tipo de ejercicios seudosufíes, seudobudistas, seudoegipcios, seudohindúes, seudochamánicos, seudotántricos, seudoyóguicos, seudotaoístas, etc. Ejercicios que al final no nos servirían para nada... Francisco Fierro me entregó un frasco lleno de miel en la que reposaban seis parejas de hongos.

—Es un regalo que te envía María Sabina. Ella te vio en sueños. Parece que vas a realizar algo que ayudará a nuestro país. ¿Cuándo? ¿Qué? No me lo dijo. Lo que me dijo fue que ella, y otros como ella, te querían ayudar. Cómetelos todos. Son machos y hembras. Los que no te sirvan, tu organismo los rechazará y los vomitarás. Me dijo que lo hicieras por la noche, para que después avanzaras hacia la luz y vieras por primera vez el amanecer.

Mientras mis actores se acostaban para, cuatro horas más tarde, ser despertados por un gong invitándolos a darse una ducha fría, yo, en la azotea, desnudo dentro de un saco de dormir, ingerí los hongos. Las alucinaciones esta vez no fueron ópticas. Lo que adquirió caracteres fantásticos fue el conjunto de mis sensaciones. Comencé a darme cuenta de que aquello que consideraba ser «yo mismo» no era sino una construcción mental obtenida a base de sensaciones. «Sólo siento como pienso que soy.» El veneno del hongo comenzó entonces a mostrarme otras posibilidades. Comprendí que me había construido a partir del intelecto, «esto es una mano», «esto es mi rostro», «soy un hombre», «he aquí mis límites». Ahora algo me decía: «Cuando hablas de límites, en realidad te refieres a infinitos no conocidos. Puedes ser algo más que un humano».

Me acuclillé y poco a poco me fui convirtiendo en un león. «Esto no es una mano, es una pata.» «Esto no es mi rostro, son los rasgos salvajes de un felino.» «No soy un hombre, soy una potente bestia.» Mi fuerza animal se había despertado: era una sensación corporal, cada músculo adquiría la fuerza del acero y una embriagante elasticidad. Así como un abanico cerrado que tranquilamente se abre, mis sentidos se extendieron. Pude distinguir los diferentes efluvios que transportaba el aire, escuchar una gama de innumerables ruidos, ver insospechados detalles, sentir el poder de mis mandíbulas. Antes de aquello había sido casi un ciego-sordo-mudo sin olfato. El Kath pareció hervir en mi vientre: yo era un cazador, mil presas me estaban llamando para ofrendarme su energía vital, pero algo me detuvo. La fuerza mental, pura, y a la que sentí penetrante, sutil, delicada como una mujer, se enfrentó, con amor intenso, a la bestia. Comprendí entonces el significado profundo de la carta XI del Tarot, La Fuerza, donde una mujer con un sombrero en forma de ocho acostado, símbolo del infinito, abre o cierra el hocico de un león. Hasta ese momento había vivido reprimiendo con desprecio y temor mi animalidad, al mismo tiempo que limitando con mi racionalidad, convertida en una isla lógica, la infinita extensión de mi mente. En el Oth, corazón, era yo un humano; en el Path, espíritu, un ángel; y en el Kath, cuerpo-sexo, una bestia... Me quedé allí, al acecho, no de una pequeña presa sino de la vida entera. Las estrellas brillaban más que nunca otorgándome inagotables energías, la tierra se manifestaba, primero en forma de territorio limitado, la terraza, y luego extendiéndose, como una hembra que se entrega, a toda la ciudad, el país, el continente, el planeta entero. Yo estaba acuclillado, aferrado con mis garras al globo terráqueo, viajando a través del cosmos. Comenzó a amanecer. Percibí el movimiento del planeta girando para ofrecer, parte por parte, su superficie a la caricia del sol. Sentí el gozo de la Tierra recibiendo la luz y el calor vital y también sentí la euforia solar en su don incesante e insemador y, alrededor de aquello, la alegría de los otros planetas y la de las estrellas atravesando el fir-

mamento como iridiscentes navíos. Todo estaba vivo, todo era consciente, todo, entre explosiones, nacimientos y catástrofes, estaba danzando entregado a la maravilla del instante. Ésas eran las misteriosas bodas alquímicas: la unión del cielo y de la tierra, la fusión del animal-vegetal-mineral con el inmaterial espíritu en el corazón humano, es decir, en la fuente donde surgía a torrentes el amor divino.

Estas dos experiencias, LSD y hongos, cambiaron la percepción de mí mismo y de la realidad para siempre. Tenía la sensación de que mi mente, como un capullo de flor, se había abierto. Esto concordó con un regalo que Yamada Mumon, el maestro de Ejo Takata, venido a visitarlo de Japón después de que los discípulos de Fromm lo expulsaran, me envió con un alumno en agradecimiento por haber ofrecido al monje mi casa para que fundara su nuevo zendô. El muchacho, mexicano típico, vestido de monje japonés, con la frente y las mejillas invadidas por las clásicas espinillas de todo alumno aspirante a Buda, me entregó un pañuelo plegado. «¡Siéntese y ábralo!», exclamó parándose junto a mi silla con el tronco inclinado, las palmas de las manos juntas a la altura del pecho y los párpados entrecerrados tratando de parecer oriental. Fui abriendo el pañuelo. Estaba plegado rehuyendo la simetría. Múltiples dobleces, todos bellos, más grandes, más pequeños, diagonales, horizontales, verticales, cada uno planchado con dedicación. Era evidente que, para lograr ese efecto, el maestro había empleado un largo tiempo. Ir abriendo esa verdadera obra de arte, que me obligaba a usar los dedos con respeto, me provocó un profundo goce estético. Cuando el pañuelo estuvo extendido, vi que en el centro, con tinta negra, estaba escrita una frase en japonés. Entonces el alumno, con gravedad, imitando a un samurai, pareció leer lo que se sabía de memoria: «Cuando se abre una flor, es primavera en todo el mundo». Dio media vuelta y sin decir adiós se fue. Traté infructuosamente de volver a doblar el pañuelo, no pude. La experiencia vital es irreversible.

La realidad, con su constante danza, consideró que ya estaba preparado para entrar en el mundo de la magia operativa... Mi vecino Guillermo Lauder, un representante de artistas populares que vivía en un edificio de apartamentos a cincuenta metros de distancia en mi misma calle, me vino a invitar para que asistiera a una sesión de la curandera Pachita. La señora iba allí todos los viernes para «operar» a enfermos. Yo ya había oído hablar de ella. Se decía que abría los cuerpos con un cuchillo oxidado, que cambiaba órganos enfermos por órganos sanos, que podía materializar objetos y tantas otras cosas. Todo aquello, pareciéndome ingenuas invenciones, una burda imitación de las verdaderas operaciones quirúrgicas, me daba miedo... Mi primer contacto con la magia popular había sido en la casa de F. S., funcionario del Ministerio de Educación, quien ofreció un cóctel en mi honor para celebrar mi llegada a México con el objeto de dar cursos de pantomima. Vivía en una lujosa mansión con los muros cubiertos de cuadros de pintores mexicanos modernos. Esos artistas tenían una fuerza impresionante —en sus obras se mezclaba el expresionismo muralista, el surrealismo y las escuelas abstractas—, sin embargo sentí que algo les faltaba. F. S., homosexual muy intuitivo que no despegaba un instante los ojos de mi rostro, y tampoco de mi cuerpo, me dijo, sin que yo le hubiera comunicado este sentir: «Lo que les falta a nuestros pintores, es la raíz mágica. Buscando el quimérico aplauso internacional han olvidado que la base sagrada de la vida mexicana es la brujería. Ven conmigo, te voy a mostrar una creación genuina» Lo seguí por un largo corredor donde en vitrinas, alumbrados por luces verdosas, parecían dormir cacharros y esculturas precolombinas. Llegamos a su dormitorio. Junto al lecho de metal, con la cabecera simbolizando el árbol del bien y del mal, y en el techo un gran cuadro de Juan Soriano donde una mano gigante acariciaba el sexo del tronco sin cabeza de un adonis desnudo, había un baúl negro con incrustaciones de marfil. Al abrirlo, el interior de la caja se iluminó. Se me hizo un nudo en la garganta. Me dijo que mirase si me atrevía. Allí, en bandejas cubiertas de terciopelo,

yacían toda clase de estatuillas de cera. Inmediatamente sentí un fuerte dolor de cabeza. Aquellas figuras, de un color parecido a la carne en descomposición, estaban atravesadas por múltiples agujas, en los ojos, en el sexo, en el ano, en los senos, en todas las extremidades. Las expresiones de esos rostros pútridos eran de un inconmensurable sufrimiento. Las bocas abiertas, a veces con los dientes perforados por alfileres, lanzaban aullidos mudos. Esos objetos, tan cargados de energía maléfica, me afectaron el organismo. Tuve ganas de llorar. ¿Cómo era posible que en el mundo existieran seres capaces de plasmar tanta maldad? F. S. cerró el baúl, me ofreció un trago de tequila y, viendo mi azoro, se puso a reír.

—Bienvenido a México, mimo. Si éste es el país de la luz, por lo mismo, es el de la sombra. ¿Te das cuenta? Si juntaras todos los cuadros que hay en mis cuartos, no alcanzarían a tener la fuerza de una sola de mis figuras de cera. Ellas son auténticos objetos de brujería destinados a dañar a alguien. Las he podido obtener gracias a ciertos contactos peligrosos. Espero que un día las autoridades oficiales me permitan organizar una exposición de este gran arte.

Un par de años más tarde, encontraron a F. S. asesinado en su lecho. Después de castrarlo le habían embutido el sexo sangrante en la boca.

Es por esto que hasta ese momento había rehuido todo contacto con la magia popular. Sin embargo la tentación de ver operar a Pachita me decidió a enfrentar los peligros. Las leyendas urbanas contaban que había brujos negativos que podían introducirse subrepticamente en el inconsciente de un visitante y lanzarle un maleficio de efecto retardado para que, al cabo de tres o seis meses, se consumiera hasta morir. Por eso, antes de visitar a la anciana me protegí lo mejor que pude. En cierto modo, sin darme cuenta, aquél fue mi primer acto psicomágico. Sentí que tenía que ocultar mi identidad para que sus maleficios resbalaran en mi anonimato. Así pues, me vestí y calcé con prendas nuevas. Para que no me juzgara por

mis gustos, era importante que aquellas ropas no fueran elegidas por mí. De modo que di mis medidas a un amigo y le pedí que me comprara todas las prendas. Además, me confeccioné un documento de identidad con un nombre falso (en este caso Martín Arenas), otro lugar y fecha de nacimiento, otra fotografía (el rostro de un actor muerto). Compré una chuleta de cerdo, la envolví en papel de plata y me la puse en el bolsillo. Así, cada vez que metiera allí la mano, el contacto insólito con la carne me recordaría que estaba en una situación especial y que no debía dejarme fascinar a ningún precio. Antes de encaminarme a la cita, me di una ducha y me froté el cuerpo con jugo de limón, para eliminar al máximo mi olor personal. Caminé temblando los cincuenta metros que me separaban del apartamento de Guillermo Lauder. Hay que decir que ser recibido allí por Pachita era un privilegio. Cuando la bruja iba a operar a otras ciudades, podían acudir miles de personas. Una vez la tuvieron que sacar del acoso de la multitud en un helicóptero. Los otros días de la semana operaba en la periferia de la capital, atendiendo a la gente pobre. Los viernes curaba donde Lauder a la gente acomodada, entre ellos poderosos políticos, artistas célebres, enfermos venidos de lejanos países, casos urgentes. La puerta estaba entreabierta. No se escuchaban voces ni pasos. El lugar parecía vacío. Tratando de marchar en silencio me deslicé hacia el interior. Todo estaba a oscuras. Las ventanas habían sido cubiertas con frazadas. Tratando de no tropezar con algún mueble, llegué al salón. Tres velas otorgaban un poco de luz a la penumbra. En el suelo yacían varios cuerpos envueltos en sábanas ensangrentadas. Junto a ellos, de rodillas, mujeres y hombres rezaban acompañándolos. Cómodamente sentada en un sillón estaba la vieja, limpiándose la sangre de las manos. A pesar de la semioscuridad y desde lejos, por el intenso magnetismo que surgía de su cuerpo, me pareció verla a plena luz. Era pequeña, gorda, con una larga frente abombada y un ojo más bajo que el otro, como caído, velado por una membrana blanca. Traté de disimularme entre sus acólitos. Inútil. Como una serpiente cobra

Pachita.



hipnotizando a un mono, fijó su centelleante ojo derecho en mi silueta y taladrándome con él me dijo con una voz de gran dulzura: «Entra, niño querido. ¿Por qué le tienes miedo a esta pobre vieja? Ven a sentarte junto a mí». Lentamente avancé hacia ella, estupefacto. Aquella mujer había encontrado las palabras y el tono justos para dirigirse a mí. Aunque me acercaba a la cuarentena, emocionalmente no había madurado. Cuando me enamoraba me comportaba como un niño de nueve años (edad que correspondía a aquella que tenía en el momento en que me desraizaron bruscamente de Tocopilla. La pérdida del territorio amado coloca un dique en el corazón impidiendo crecer emocionalmente). Por más que estreché mi chuleta de cerdo, caí en una plena fascinación. Me acerqué a Pachita sintiéndome como el hijo que por fin encuentra a su madre perdida. Me sonrió con el amor universal con que siempre había esperado que una mujer me sonriera. «¿Qué quieres, muchachito?» La respuesta surgió de mis labios antes de que pudiera pensarla. «Me gustaría verte las manos.» Ante la sorpresa general —todo el mundo se preguntaba por qué me concedía aquella preferencia—, puso su mano izquierda entre las mías. ¡La palma de aquella mano tenía la suavidad y la pureza de una virgen de quince años! Me invadió una sensación difícil de describir. Delante de aquella anciana con rostro deforme, tuve la impresión de encontrarme en presencia de la mujer ideal que el adolescente que había en mí había buscado siempre. Ella se puso a reír. Retiró su mano de las mías y la levantó hasta el nivel de mis ojos, dejándola así extendida y quieta. De los asistentes se elevó un murmullo: «Acepta el don».

«¿Qué don?», pensé a toda velocidad. «Está haciendo el gesto de darme algo, invisible por supuesto. Le seguiré el juego. Haré como si tomara un regalo invisible...»

Estiré mis dedos y los acerqué a su palma como si fuera a asir algo. Para sorpresa mía, entre la base de sus dedos medio y anular brilló un objeto metálico, muy pequeño. Lo impensable estaba ocurriendo. Antes le había acariciado la mano, no era posible que hubiese tenido algo escondido y, sin embargo,

allí estaba el don. Lo tomé: era un triángulo dentro del cual había un ojo. Aquello me impresionó porque un ojo dentro de un triángulo era el símbolo de mi película *El Topo*. (En ese momento, creyendo que la anciana pensaba en mí como un cinéasta, no me di cuenta de un mensaje más profundo. En los billetes de un dólar, bajo la pirámide coronada por un triángulo con ojo, está el lema «En Dios confiamos». Era probable que Pachita, en su lenguaje no oral, me estuviera diciendo: «Te ayudaré a encontrar aquello que te falta: tu Dios interior».) Impecé a sacar conclusiones de aquella experiencia sorprendente. «Esta mujer es una prestidigitadora excepcional. ¿Cómo se las ha ingeniado para hacer salir ese triángulo de la nada? ¿Y cómo, una mujer del pueblo, sin cultura cinematográfica, puede saber que ése es el símbolo de mi película? ¿Guillermo Lander es un cómplice malhonesto? Sea lo que sea, quiero ver como cura ella.» Le pregunté entonces si me permitiría ver sus operaciones. «Por supuesto, niño querido del alma. Ven el próximo viernes. Pero no soy yo la que opera, es el Hermano.»

El viernes siguiente llegué a la hora indicada. Pachita me estaba esperando. El pequeño apartamento parecía un autobús repleto: había por lo menos cuarenta enfermos, algunos con muletas, otros en silla de ruedas. Me pidió que la siguiera a un pequeño cuarto donde sólo colgaba un cromó representando a Cuauhtémoc, héroe divinizado. «Hoy, mi pequeño, quiero que seas tú el que lea el poema que tanto ama mi Señor.» Se colocó una túnica amarilla impregnada de coágulos de sangre entre la pedrería y los diseños indios que la llenaban. Se sentó en un banquillo de madera y me pasó una hoja manuscrita. Pareció dormirse. Me puse a leer aquellos versos:

*Fuiste Rey en esta tierra
fuiste grande Majestad
y ahora eres Luz Eterna
en el trono celestial.
Ven pronto Niño Bendito
venidnos a consolar*

*ven a darnos tus consejos
y a quitarnos todo mal.*

El poema era largo. Pachita bostezó de vez en cuando. Luego se retorció como si su cuerpo estuviera recibiendo a un nuevo ser. Y, de pronto, la que parecía una anciana cansada, lanzó un grito estentóreo, alzó el brazo derecho y se puso a hablar con voz de hombre: «¡Hermanos queridos, doy gracias al Padre por permitirme estar de nuevo con ustedes! ¡Traedme al primer enfermo!». Empezaron a desfilar los pacientes cada uno con un huevo en la mano. Después de frotarles con él todo el cuerpo, la bruja lo rompía y, vertiéndolo en un vaso con agua, examinaba yema y clara, para descubrir el mal. Si no encontraba nada demasiado grave, recomendaba infusiones de olivo, de malva o, a veces, cosas más extrañas como lavativas de café con leche, cataplasmas de papaya y huevos de termita, de patata cocida o de excrementos humanos. También comer lenguas de ciertos pájaros, beber un vaso de agua donde se habían puesto a remojar clavos oxidados, o remedios que eran actos: el enfermo, al ver un arroyo, debía cortar una flor roja y observar cómo el agua se la llevaba, luego poner una palangana de agua debajo de la cama para que le chupara los malos pensamientos... Cuando el problema le parecía grave, proponía una «operación».

Ese primer viernes el Hermano Cuauhtémoc efectuó diez operaciones. Fui testigo de cosas increíbles. Enfundado en mi ropa nueva, quise empuñar la chuleta de cerdo. Los ayudantes de Pachita, una media docena, inmediatamente me ordenaron sacar la mano de mi bolsillo. También me prohibieron cruzar las piernas o los brazos, exigiéndome que mirara al Hermano sin voltear la cabeza. Ver a esa mujer, poseída, esgrimir su gran cuchillo y hundirlo en la carne de los pacientes, haciendo surgir chorros de sangre, era alucinante. A pesar de que algo en mí decía que todo aquello era teatro, un acto de prestidigitación destinado a impresionar, usando como princi-

pal elemento curativo el terror, la personalidad de aquella mujer me avasallaba... Lauder me contó que un día, habiendo oído hablar tanto de ella, la esposa del Presidente de la República la invitó a una recepción nocturna en el patio del Palacio de Gobierno. Allí había numerosas jaulas con diversas variedades de pájaros. Cuando llegó Pachita, aquellos cientos de avecillas despertaron y se pusieron a trinar como si saludaran al alba. La curandera no utilizaba únicamente su carisma. Varios ayudantes colaboraban dando su energía a la operación. Estas personas no eran cómplices de una superchería; todos tenían una fe inmensa en la existencia del Hermano. A los ojos de aquellas buenas gentes, la acción del desencarnado era lo que importaba. Veían a Pachita sólo como su «carne». Ella era un «canal», un instrumento utilizado por el dios. Cuando no estaba en trance, la respetaban pero no la veneraban. Para ellos, el desencarnado era más real que la persona a través de la cual se manifestaba. Esta fe que envolvía a Pachita generaba una atmósfera sagrada que contribuía a convencer al enfermo de que tenía posibilidades de curarse. Los enfermos, sentados en el salón a oscuras, esperaban a que les llegara el turno de entrar en el «quirófano». Los ayudantes hablaban susurrando, como si estuvieran en un templo. A veces, uno de ellos salía del cuarto de operaciones escondiendo en las manos un paquete misterioso. Entraba en los aseos y, por la puerta entornada, se percibía el fulgor del objeto que consumía el fuego. El ayudante advertía en un murmullo: «No entren hasta que el daño se haya consumido. Es peligroso acercarse a él mientras está activo. Podrían pillarlo...». ¿Qué era realmente ese «daño»? Los enfermos lo ignoraban, pero el mero hecho de tener que abstenerse de orinar mientras se producía una de aquellas inmolaciones por fuego les provocaba una impresión extraña. Poco a poco, abandonaban la realidad habitual para sumergirse en un mundo paralelo totalmente irracional. De pronto salían del quirófano cuatro ayudantes portando un cuerpo inerte envuelto en un lienzo ensangrentado y lo depositaban en el suelo, como si fuera un cadáver. Porque, un vez terminada la operación y co-

locados los vendajes, Pachita exigía del paciente inmovilidad absoluta durante media hora, so pena de muerte instantánea. Los operados, temerosos de ser aniquilados por fuerzas mágicas, no hacían ni el menor gesto. Ni que decir tiene que esta sabia coreografía preparaba al candidato. Cuando Pachita lo llamaba en voz baja, utilizando siempre la misma fórmula: «Ahora te toca a ti, hijito de mi alma», el paciente se echaba a temblar de pies a cabeza y regresaba a la infancia. Recuerdo haberla visto, ese día, dar un caramelo a un ministro mientras le preguntaba con su voz grave y cariñosa: «¿Qué te duele, pequeño?». El hombre le respondió con voz de niño: «Hace semanas que no duermo. Me levanto a orinar cada media hora». «No te preocupes, te voy a cambiar la vejiga.»

Pachita, convertida en el Hermano, manteniendo siempre los ojos cerrados, hizo pasar primero a los hombres, afirmando que siendo más débiles que las mujeres había que calmarles sus dolores cuanto antes. En el quirófano había sólo un catre estrecho provisto de un colchón forrado con plástico. El paciente debía traer una sábana, un litro de alcohol, un paquete de algodón y seis rollos de vendas. Los ayudantes lo despojaban de su camisa y si era necesario, una operación de testículos por ejemplo, de su pantalón. Todas las manipulaciones se hacían en la penumbra, a la luz de una única vela, ya que, según ella, la luz eléctrica podía dañar los órganos internos. Cubriendo el lecho con su sábana, el enfermo se acostaba. Un ayudante, de manera ceremoniosa, le pasaba un largo cuchillo de monte a la curandera. La empuñadura estaba recubierta y forrada con cinta negra de aislar y la hoja sin filo tenía un grabado de indio con penacho. Luego, señalado por el Hermano el lugar del cuerpo que iba a abrir, un ayudante lo rodeaba de algodones y derramaba en ellos abundante alcohol. El olor del producto se extendía por la habitación, creando un ambiente de hospital. El primero en pasar fue el ministro. El Hermano preguntó: «¿Enrique, tienes preparada la vejiga?». El hijo de Pachita mostró un frasco que contenía algo como tejido orgánico. El hombre se acostó temblando, helado de miedo. Le to-

mé la mano. La curandera le dio en el vientre un corte de unos quince centímetros de largo. Luché por no desmayarme mientras veía salir la sangre. La vieja auscultó el interior del vientre, levantó la mano, hizo un gesto y materializó unas tijeras. Cortó algo que produjo una insoportable hediondez. Luego sacó una hedionda masa carnal que Enrique envolvió en papel negro. Después extrajo del frasco la nueva vejiga. La colocó junto a la herida y, para mi gran sorpresa, la vi ser absorbida, sin que nadie la empujara, hacia el interior del cuerpo. Colocó los algodones embebidos en alcohol sobre el tajo. Los presionó un momento, limpió la sangre y la herida, sin dejar cicatriz, desapareció. «Mi cariñoso niño, ya estás curado.» Los ayudantes lo vendaron, lo envolvieron en su sábana y se lo llevaron cargando para acostarlo en el salón de espera. Otro ayudante corrió al baño para quemar el paquete negro.

A pesar de mi incredulidad, ese acto había parecido tan real que mi razón comenzó a tambalearse. ¿Era una genial prestidigitadora o una santa que hacía milagros? Tuve vergüenza de mí mismo. ¿Cómo podía creer que esa anciana no trampeaba? A la luz de una sola vela, se podían ocultar un sinfín de manipulaciones fraudulentas. Y si era capaz de hacer milagros, ¿para qué necesitaba un cuchillo? ¿Quería hacernos creer que era un instrumento mágico? Para demostrar que no hay truco hace que se lo pase un ayudante... pero... el que utiliza ¿es el mismo que le han dado? Podría, en la oscuridad, cambiarlo por otro igual que tenga una empuñadura de caucho, disimulada por la cinta de aislar, llena de sangre de pollo o de perro. Se dice que por bondad recoge perros vagabundos, pero ¿y si en lugar de ser una santa es una impostora que asesina a esos animales para extraerles el líquido vital? Y los algodones que coloca alrededor de la herida, ¿para qué? El cuchillo nunca es desinfectado... entonces, ¿de qué sirve el alcohol? Pachita, a pesar de que dice que nunca come, se la ve gorda, con una gran panza. Sobre su vestido siempre lleva un delantal. ¿Y si la panza fuera falsa? ¿Y si estuviera llena de sacos de plástico conteniendo sangre y objetos que luego aparecen «mágicamen-

te»? ¿Será una loca? ¿Será una mitómana? Como Ichazo, como Castaneda, cuenta cosas que ninguna persona, medianamente inteligente, puede creer. «Yo sé quién morirá de aquí, y cuándo. Sé cuántos días tiene todo aquel que me viene a visitar.» «No se preocupen por la sequía. Mañana hará llover.» «Nada más doy un empujón y salgo de mi cuerpo. A veces voy a visitar lugares, Siberia, el Monte Blanco, Marte, la Luna, Júpiter.» «Como un ciclón se acercaba al territorio de los indios coras, fui a pedirle al Padre protección para ellos y lo conseguí: el ciclón fue desviado de su trayectoria.» «Cuando caigo en trance, vivo en el astral. Si alguien despedaza mi cuerpo, el Hermano lo reconstruye.» Además Pachita afirmaba viajar en el tiempo, prediciendo acontecimientos futuros, o ir al pasado para traer de regreso algún objeto.

De pie a su lado vi, después de verter allí clara de huevo, cómo hundía el dedo índice, que tenía una larga uña pintada con laca roja, en el ojo de un ciego. La vi cambiar el corazón a un paciente, al que pareció abrirle el pecho con un solo tajo, haciendo saltar un chorro de sangre que me manchó la cara. Pachita me obligó a meter la mano en la herida para que palpara la carne desgarrada. (Cuando le conté a Guillermo que la sentí fría como un bistec crudo, me dijo que era porque el Hermano realizaba esos trabajos en una dimensión astral, distinta a la nuestra.) Sentí llegar a ese hueco el nuevo corazón, al parecer comprado con anterioridad por Enrique, no se sabía a quién ni dónde, quizás a un empleado corrupto de la morgue. La masa muscular se había implantado en el enfermo de forma mágica. Este fenómeno se repetía en cada operación. Pachita tomaba un trozo de intestino que, no bien lo colocaba sobre el «operado», desaparecía en su interior. La vi abrir una cabeza, sacar sesos cancerosos y meter allí nuevo tejido encefálico. Esa ilusión táctil y óptica, si ilusión era, iba acompañada de efectos olfativos, el olor de la sangre, la hediondez de los cánceres y daños... y de efectos auditivos: el ruido acuoso de las vísceras, o el resonar de los huesos cortados por una sierra de carpintero. A la tercera operación, todo comenzó a parecerme

natural. Estábamos en otro mundo. Un mundo en el que las leyes naturales eran abolidas. Si se trataba de hacer una transfusión porque el paciente se estaba desangrando, el Hermano metía el extremo de un tubo en su propia boca y el otro extremo en un agujero del brazo y comenzaba a escupir litros de líquido rojizo. En dos ocasiones vi cómo se transformaba el daño en una especie de animal que parecía resoplar y mover excrecencias como patas. A las doce de la noche, alucinado, cubierto de sangre, regresé a mi casa. Ya nunca más el mundo sería igual. Había visto por fin a un ser superior ejecutando milagros, falsos o verdaderos.

Decidí asistir a las operaciones todos los viernes. El trabajo de la curandera había obtenido mi profunda admiración. Ella no se estaba haciendo rica con su actividad. Al salir, los enfermos depositaban en una cacerola el dinero que deseaban dar. La mayoría dejaba sólo monedas y los más ricos, aquellos que venían de otros países, demostraban una extraña avaricia. Un señor, a quien debía sacarlo de su parálisis, le dijo: «No tengo dinero para pagarle». Ella le contestó: «Hombre, ahora no me pagues nada. Cuando te cures, volverás a trabajar. Entonces me pagarás lo que quieras». Lauder me contó que Pachita vivía en una casa modesta ubicada en las afueras de la ciudad, rodeada de perros, loros, monos y un águila. Aparte de mantener a sus hijos, el poco dinero que podía ahorrar lo daba a una escuelita de su barrio. «En las colonias pobres de México la gente ve pura porquería. Es casi imposible enderezar a un cabrón grande. Hay que enseñarles cosas buenas desde que están chiquitos.» Era evidente que Pachita curaba por vocación. Si hacía trampas, eran trampas sagradas. El engaño, cuando tiene una finalidad benéfica, es aceptado en todas las religiones. El místico Jacob engaña a su hermano y a su padre. En la tradición islámica está prohibido mentir pero se aceptan soluciones astutas. Un fugitivo pasa por un camino donde en una orilla está sentado un sabio. «Por favor», le dice, «no digas a mis perseguidores que he pasado por aquí». El sabio espera a que el fugitivo desaparezca de su vista y entonces se va

a sentar en la orilla de enfrente. Cuando llegan los perseguidores y le preguntan si vio pasar a alguien, responde: «Mientras he estado sentado aquí, no he visto pasar a nadie». Para que un milagro se produzca, es necesaria la fe. Esto lo saben los chamanes. En sus ceremonias con neófitos, realizan falsos milagros, para que la visión racional del alumno se fisure y, así, convencido de que en su férrea realidad hay otras dimensiones, comience a tener fe. Gracias a esa nueva visión, los acontecimientos excepcionales pueden producirse. ¿Acaso Pachita era una gran creadora de trampas sagradas?

Asistí, durante tres años, a innumerables operaciones. Muchos sanaron. Otros murieron. Por ejemplo: vinieron de París dos personas que padecían males incurables. Uno, un importante periodista, tenía un cáncer en la cadera. El otro, con una grave enfermedad cardíaca, era el encargado de las relaciones públicas de una empresa cinematográfica. Ambos, acompañados por un sacerdote dominico, Maurice Cocagnac (que después escribió un libro sobre estas experiencias), fueron operados por el Hermano. A uno le cambió el corazón, al otro le injertó en la cadera un hueso nuevo. Antes de que regresaran a Francia les dijo: «Niños queridos, ya están curados. Dejen de tomar medicinas y por nada del mundo consulten un médico antes de seis meses». Apenas regresó a París, el periodista reunió una junta médica. Los resultados fueron lapidarios: el cáncer aún estaba allí. El hombre murió un mes más tarde. Por el contrario, el otro operado dejó de ingerir píldoras y no vio a doctores durante seis meses. Cuando estos lo examinaron, se quedaron con la boca abierta: el corazón estaba sano, funcionando como el de un muchacho joven... Comprendí que en el mundo mágico no sólo la fe jugaba un papel esencial sino también la obediencia. Aunque no se creyera en el poder de la bruja, era conveniente darle todas las posibilidades de actuar siguiendo al pie de la letra sus instrucciones. Más tarde apliqué esto a la Psicomagia. Un acto psicomágico debe ser realizado al pie de la letra, como un contrato. El consultante se compromete a obedecer. Si no lo hace o si transforma las indicaciones,

por prejuicios, miedo o comodidad, el inconsciente se da cuenta de que puede desobedecer y la curación no se realiza. Cuando estaba filmando *Tusk* en India, cerca de Bangalore, uno de los elefantes que actuaban, quizás enervado por el calor, destruyó un decorado. Su mahoud⁶ (o cornac), con una barra de hierro, comenzó a castigarlo. Era impresionante ver a ese mastodonte, temblando como un niño, orinándose de miedo frente a su frágil amo. El hombre lo golpeó hasta sangrentarlo. Yo protesté. Me parecía inconcebible que se castigara así, con tan cruel intensidad, a un animal. El oficial, encargado de la colonia de paquidermos, me dijo: «Por favor, no intervenga. El domador sabe lo que está haciendo. Si deja a su elefante desobedecer, aunque sea en algo pequeño, éste se sentirá libre de hacer lo que quiera y más tarde acabará matando a seres humanos». El inconsciente se comporta así. El consultante tiene que enseñarle a obedecer. Esto es difícil: en realidad, las personas se enferman porque no pueden resolver ni hacer consciente un doloroso problema. Quieren ser tratados, es decir, que les eliminen los síntomas, pero no ser curados. A pesar de pedir ayuda, luchan para que esa ayuda no sea efectiva.

En las operaciones, el Hermano exigía al paciente y a todos sus ayudantes una colaboración incondicional. A veces, parecía que el trabajo se complicaba; en aquel momento, el cirujano y el propio enfermo solicitaban la ayuda de todos los circunstantes. Recuerdo operaciones durante las cuales Cuauhtémoc exclamaba de pronto por boca de Pachita: «¡El niño se enfría, rápido, calienten el aire, o lo perdemos!». Al momento, todos corríamos, histéricos, en busca de un radiador eléctrico. Al ir a conectarlo, ¡comprobábamos que habían cortado la electricidad! «¡Hagan algo, desgraciados, o el niño entrará en la agonía», rugía el Hermano, mientras el enfermo, al borde de la crisis cardíaca, viéndose sin duda con el vientre abierto y las tripas al aire, gemía, helado de terror:

⁶ Quien lleva los elefantes.

«¡Hermanitos, se lo suplico, ayúdenme!», y todos arrimábamos la boca a su cuerpo y soplábamos angustiados, olvidados de nosotros mismos, tratando desesperadamente de calentarlo con el aliento. «Muy bien, queridos hijos», decía de pronto el Hermano, «ya sube la temperatura, ya pasó el peligro, ahora puedo continuar». Comprendí que toda curación es colectiva, tribal. Ni el chamán actúa solo —siempre está rodeado de invisibles aliados— ni el enfermo está solo. Cuando en Temuco, Chile, en un machitún⁷, tuve la oportunidad de interrogar a la machi principal, le pregunté qué métodos empleaba para curar a los enfermos y me respondió:

—Lo primero que hago es preguntarle quién es su dueño.

—¿Su dueño?

—Así es: todos los enfermos pertenecen a alguien, a su pareja, a su familia, a su empleador. Los que no tienen dueño no pueden ser curados. Una vez que sé aquello, discuto el precio. Para la cura se necesita organizar una comida, invitando gente amiga, que luego ayudará a ahuyentar a los diablos, haciendo ruidos, tamborazos o disparos. Limpiado el lugar, puedo operar acompañada por espíritus benéficos. Nosotros trabajamos por el enfermo aquí en la tierra, al mismo tiempo que ellos lo hacen en el cielo.

Como desde mi encuentro con Castaneda no había cesado de sentir un agudo dolor en el hígado, fui a ver a Pachita premunido de un huevo. Pachita me lo frotó en la región dolorida y me dijo:

—Niño querido del alma, aquí tienes un tumor. Te voy a operar para arrancártelo de cuajo —viendo la palidez de mi rostro, se puso a reír—. No temas, muchachito, llevo más de setenta años operando, miles de personas han sido abiertas por el cuchillo del Hermano. Si hubiera ocurrido un percance a alguno de sus pacientes, haría ya tiempo que estoy en la cárcel. Escucha: cuando yo tenía 10 años, vi un tumulto cerca de la carpa de un circo porque la elefanta, preñada, no podía parir el ele-

⁷Fiesta sagrada mapuche.

tantito, ya que se le presentaba atravesado. Ahí estaba, agonizando, tirada en una alfombra de aserrín. Los pobres artistas lloraban. Ese paquidermo era la atracción del espectáculo, y si moría ellos también se morían, pero de hambre. La elefanta, de pronto, se puso a berrear ensordecedoramente. No sé qué me pasó entonces. Me dormí, y cuando desperté me vi cubierta de sangre. Me contaron que yo había tomado un hoja del lanzador de cuchillos, abierto el vientre del animal, extraído a su hijo y luego cerrado la herida, aplicándole mis manos, sin dejar cicatriz. Desde entonces no he cesado de operar, a humanos y también a animales.

Consideré que lo que me contaba era un cuento terapéutico, por completo irreal. Pero, por una irresistible curiosidad, decidí entregarme a la experiencia para ver qué se sentía en tan raras circunstancias. Me quité la camisa, como si fuera algo chistoso. Mas cuando me vi extendido en la cama, frente a Pachita, que blandía su cuchillo disfrazada de héroe azteca y rodeada de fanáticos que rezaban, empecé a sentir miedo. Quizás estaban todos locos. Presa del pánico, exclamé: «Ya se me pasó el dolor, Hermano. No es necesario que me opere». Intenté levantarme. La poseída, con inmensa autoridad, me obligó a quedar tendido, me colocó la punta del cuchillo detrás de mi oreja izquierda y descendiendo lentamente me dijo:

—Si no quieres que te opere el hígado, comenzaré a abrirte desde aquí, te sacaré el corazón... —siguió bajando el cuchillo—, ¡luego te cortaré el estómago y, por fin, te sacaré del hígado a ese chingado diablo!

Increíble sutileza psicológica: me hizo elegir, entre dos posibilidades atroces, la menos atroz. Olvidándome de la tercera posibilidad, que era levantarme y escapar, exclamé que, por favor, sólo operase el hígado! Un par de tijeras apareció en su mano, hizo un rollo con mi piel y dio un corte. Oí el ruido de las dos hojas de acero. Comenzó el horror. Aquello no era teatro. ¡Sentí el dolor que siente una persona a la que le cortan la carne con unas tijeras! Corría la sangre y pensé que me moría. Después, me dio una cuchillada en el vientre y tuve la sensa-

ción de que lo abría dejando mis tripas al aire. ¡Espantoso! Nunca me había sentido tan mal. Durante unos minutos que me parecieron eternos, sufrí atrozmente y me quedé blanco. Pachita me hizo una transfusión. A medida que escupía su extraño líquido rojo por el tubo de plástico que me había embutido en la muñeca, sentí, poco a poco, que me invadía un agradable calor. Después levantó mi hígado sangrante (el mío o el de un becerro, qué sé yo) y comenzó a tirar de una excrecencia que tenía. «Vamos a arrancarlo de raíz», afirmó el Hermano. Y yo padecí, aparte del olor a sangre y de la horrorosa visión de la víscera granate, el dolor más grande que había sentido en mi vida. Chillé sin pudor. Dio el último tirón. Me mostró un pedazo de materia que parecía moverse como un sapo, lo hizo envolver en papel negro, me colocó el hígado en su sitio, me pasó las manos por el vientre cerrando la herida y al momento desapareció el dolor. Si fue prestidigitación, la ilusión era perfecta: no sólo yo sino todos los presentes, entre los cuales estaba el productor de cine Michel Seydoux, vieron correr la sangre y abrirse el vientre. Me vendaron, me envolvieron en la sábana, me llevaron al salón y me acostaron entre los otros operados. Allí me quedé inmóvil media hora, feliz de estar vivo. Pachita, limpiándose la sangre, se arrodilló junto a mí, me tomó las manos y me preguntó cómo me llamaba. Luego, me estrechó entre sus brazos y me entregué a ellos con sed de madre. Cuanto más pedí, más me dio. Quise un infinito cariño, obtuve un infinito cariño. Esa mujer era una montaña, tan impresionante como un mítico maestro tibetano. Nunca sentí tanta gratitud como en el momento en que me dijo que estaba curado y que podía y debía marcharme. Sí, Pachita conocía el alma humana y sabía muy bien utilizar una terapia que mezclaba el amor y el terror. A este respecto, recuerdo las palabras de Maimónides comenzando el prólogo para el tratado Berajot, del Talmud: «Reuníos, sabios, y esperad en vuestros asientos. Quiero haceros un hermoso obsequio: enseñaros el temor a Dios».

Para liberarse de la enfermedad era necesario colaborar

con la hechicera. Una persona, a pesar de creer en el poder del Hermano, podía muy bien no desear recobrar la salud. Recuerdo, por ejemplo, a una mujer llamada Henriette, paciente de un médico amigo, Jean Claude, genio de la fitoterapia, que no le daba más que dos años de vida. Henriette tenía cáncer y ya le habían extirpado los dos pechos. A instancias de Jean Claude, que deseaba intentarlo todo, viajó a México. La albergamos en nuestra casa. Aunque muy deprimida, se declaró dispuesta a dejarse operar por Pachita. Ésta le propuso cambiarle toda la sangre inyectándole dos litros de plasma procedentes de otra dimensión, materializados por el Hermano. Llegó el día y, después del habitual ceremonial, Henriette se encontró tendida en el catre. El Hermano le clavó el cuchillo en el brazo y oímos caer su sangre en un balde de latón. Era un chorro espeso y maloliente. Después, el Hermano introdujo en la herida, como en otras operaciones habíamos visto, el extremo de un tubo de plástico, levantando esta vez en el aire el otro extremo, para conectarlo con lo invisible. Oímos el sonido de un líquido que emanaba lentamente de no se sabe dónde, y el Hermano dijo: «Recibe el plasma santo, hijita, no lo rechaces». Al día siguiente de la operación, Henriette estaba triste, abatida. Tratamos de hacerla reaccionar, pero fue en vano. Se mostraba como una niña, arisca y egoísta. Trataba de culparnos por querer sustraerla a su calvario. Dos días después, le salió en el brazo un purulento gran absceso. Muy asustado, llamé a Enrique, quien, previa consulta con su madre, me respondió: «Tu amiga tiene fe en la medicina, pero la rechaza. Quiere deshacerse del plasma santo. Que esta noche haga sus necesidades en un orinal y mañana por la mañana se aplique el excremento en el brazo». Transmití el mensaje a Henriette, que se encerró en su habitación. No sé si siguió el consejo o no, lo cierto es que el absceso reventó dejando un agujero enorme, tan profundo que se veía el hueso. Inmediatamente, la llevamos a casa de Pachita que, convertida en el Hermano, le dijo con su voz de hombre: «Te esperaba hijita, voy a darte lo que deseas. Ven...». La curandera la tomó de la mano como a una niña, la

condujo al catre y, sorprendentemente, se puso a tararear una vieja canción francesa, mientras balanceaba el cuchillo ante los ojos muy abiertos de la enferma. Tuve la impresión de que la hipnotizaba. Entonces le preguntó:

—Dime, hijita, ¿por qué quisiste que te cortaran los pechos?

A lo que Henriette, que sabía hablar español, con su voz de niña, contestó:

—Para no ser madre.

—Y después, mi querida niña, ¿qué quieres que te corten?

—Los ganglios que se me van a hinchar en el cuello.

—¿Para qué?

—Para no tener que hablar con la gente.

—¿Y después, hijita?

—Me cortarán los ganglios que se me hincharán debajo de los brazos.

—¿Para qué?

—Para no tener que trabajar.

—¿Y después?

—Me cortarán los ganglios que se hinchen cerca del sexo, para que pueda estar sola conmigo misma.

—¿Y después?

—Los ganglios de las piernas, para que no puedan obligarme a ir a cualquier sitio.

—¿Y qué quieres después?

—Morirme...

—Muy bien, hijita, ahora ya conoces el camino que seguirá tu enfermedad. Elige: o avanzas por ese camino o te curas.

Pachita le puso un emplasto en el brazo y, a los tres días, la herida había cicatrizado. Henriette decidió regresar a París, y murió dos semanas después, en brazos de Jean Claude. El último gesto que hizo fue el de colocar en el dedo anular de su médico un anillo de bodas. Cuando di la triste noticia a Pachita, me respondió:

—El Hermano no viene sólo a curar. También ayuda a morir a quienes lo desean. El cáncer y las otras enfermedades graves se presentan como ejércitos guerreros, siguiendo un plan de

conquista preciso. Cuando revelas a un enfermo que desea destruirse a sí mismo el camino que lleva su enfermedad, se apresura a seguirlo. Por esta razón, la francesa, en lugar de estar dos años sufriendo, dejó de luchar. Se rindió a la enfermedad y la dejó realizar su plan en dos semanas.

Fue una gran lección: antes yo creía que, para salvar a una persona, bastaba con hacerla consciente de sus impulsos de autodestrucción. Pachita me hizo comprender que este descubrimiento también podía acelerar la muerte.

Lo primero que hacía Pachita era tocar cariñosamente al que acudía a ella. Desde el momento en que sentían las cálidas manos de aquella anciana, se convertía en la Madre Universal. Pachita sabía que en el adulto —incluso en el más seguro de sí—, duerme un niño ansioso de amor, y que el contacto físico era más eficaz que las palabras para establecer confianza y poner al sujeto en estado receptivo. Este contacto también parecía permitirle hacer el diagnóstico. Recuerdo, por ejemplo, el día en que le llevé a Jean Paul G., un amigo francés. Hacía tiempo que tenía dolores, y los médicos franceses habían necesitado seis meses para encontrarle un pólipo en el intestino. Pachita le pasó las manos por el cuerpo e inmediatamente exclamó:

—Muchachito, tienes un bulto malo en las tripas.

¡Mi amigo estaba atónito! Pero, aparte de manifestar estas facultades casi adivinatorias, la bruja daba consejos que hoy me parecen actos psicomágicos: un día recibió a un hombre que estaba al borde del suicidio porque no soportaba la idea de quedarse calvo a los 30 años. Había probado todos los tratamientos posibles, sin éxito, y no admitía verse pelón. El Hermano le preguntó por boca de la anciana:

—¿Crees en mí?

El hombre respondió afirmativamente y, de hecho, tenía fe en Pachita. El espíritu le dio entonces estas instrucciones:

—Procúrate un kilo de excrementos de rata, orina encima y mézclalo bien hasta obtener una pasta que te aplicarás en la cabeza. Eso te hará crecer el pelo.

El hombre protestó débilmente, pero Pachita insistió, diciendo que, si quería evitar la calvicie, no había más remedio. Tres meses después, volvió a ver a la vieja y le dijo:

—Es muy difícil encontrar excrementos de rata, pero al fin localicé un laboratorio en el que criaban ratas blancas. Convencí a uno de los trabajadores para que me los guardara. Cuando reuní el kilo, oriné encima, hice la pasta y entonces me di cuenta de que me daba lo mismo no tener pelo. Por lo tanto, no apliqué el ungüento y decidí contentarme con mi suerte.

Pachita le había pedido un precio que él no estaba dispuesto a pagar. Cuando se encontró abocado a la acción, comprendió que podía perfectamente aceptar su destino. Ante la realidad del difícil acto que se le exigía, descubrió que prefería seguir siendo calvo. Salió de su mundo imaginario para mirar cara a cara al mundo real. Estas instrucciones, absurdas a primera vista, le dieron ocasión de madurar, le hicieron pasar por todo un proceso que al final le hizo posible aceptarse tal como era.

Recuerdo a una persona a la cual el dinero le suponía un problema grave: era incapaz de ganarse la vida. La vieja le impuso un extraño ceremonial.

—Debes orinar todas las noches en una bacinica hasta que la llenes. Después, tienes que dejar el recipiente debajo de la cama y dormir treinta días encima de tu pis.

Fui testigo de la consulta y, por supuesto, me pregunté cuál podía ser su significado. Poco a poco empecé a encontrarle sentido: si una persona que no sufre ninguna disminución física ni intelectual no consigue ganarse la vida es porque no quiere. Una parte de sí misma no admite el dinero. Ahora bien, seguir las prescripciones de Pachita suponía exponerse a un verdadero suplicio: no hace falta mucho tiempo para que la orina conservada día tras día bajo la cama apeste. El paciente, obligado a dormir encima de la bacinica, impregnado de sus propios tufos, en forma inconsciente establece una relación simbólica: la orina es amarilla, como el oro. Pero, al mismo

tiempo, un desperdicio. Producir desperdicios es una necesidad fisiológica; y la necesidad de orinar o defecar es en sí consecuencia de otra necesidad, la de comer y beber. Para subvenir a esto, hay que ganar dinero. El dinero, en la medida en que representa energía, tiene que circular. Aquella persona no se ganaba la vida porque sentía repulsión por ese dinero, sucio, vil y no quería verse implicada en su manipulación. Se negaba a intervenir en el movimiento que hace que el dinero entre y salga, se transforme en alimento. Le repugnaba reconocer el lugar legítimo del «oro» en la red que constituye toda existencia. Pachita le obligó a dominar ese miedo. Al encontrarse cada noche solo con sus meados, tuvo la revelación de que el dinero era sucio sólo cuando no circulaba. Si se negaba a verlo y lo metía debajo de la cama, empezaban los problemas. Por otra parte, el hecho de practicar el ejercicio hasta el fin le obligó a dar prueba de voluntad, cualidad indispensable para ganarse la vida normalmente.

En otra ocasión, a una mujer que, en una operación previa, el Hermano le había extraído un cáncer pulmonar, pero que continuaba con molestias respiratorias graves, Pachita le dijo con gran severidad:

—Tu cáncer está curado y tú no lo has entendido. Cuando uno piensa que está mal, el cuerpo se enferma. Ya estás bien pero no quieres cooperar. No pienses que estás enferma y dejarás de tener molestias.

Para ser brujo o chamán hay que habitar en un mundo donde la superstición se hace realidad. Por lo que a mí respecta, no creía lo suficiente en la magia primitiva para convertirme en curandero. Estaba seguro de que esos tumores ensangrentados que se movían y resollaban eran simplemente animalitos, lagartijas, ranas, qué sé yo. Por ello, si bien quise aprender de Pachita, nunca aspiré a recibir su don para convertirme en sanador a mi vez. Comprendí que, para aprender del Hermano, debía suponer falsos todos sus milagros. Si hubiera partido del principio de que aquello era verdad, pronto me habría encontrado

en un callejón sin salida, esforzándome por convertirme yo mismo en mago para nada o para conseguir resultados sólo parciales o mediocres, ya que, lo creo, uno no puede cambiar de piel, liberarse de su cultura racional y jugar a ser un «primitivo». De este modo, me encontraba mentalmente en disposición de aprender algo que después podría servirme en mi propio contexto; por ejemplo, la manera de utilizar los objetos simbólicos, a fin de producir ciertos efectos en el prójimo; o cómo dirigirme directamente al inconsciente en su propio lenguaje, ya fuera a través de palabras o de actos. Más tarde, gracias al ejemplo de esa notable mujer, me interesé en conocer el lugar que ocupaba la magia en la historia. Leí un buen número de libros sobre el tema, para tratar de extraer elementos universales dignos de ser utilizados, ya de manera consciente y no supersticiosa, en mi propia práctica. En todas las antiguas culturas se cree en el poder de las incantaciones, la convicción de que el deseo expresado con palabras en la forma requerida provoca su realización. Pero con frecuencia el nombre del dios o del espíritu se refuerza por su asociación a una imagen. Los antiguos sabían intuitivamente que el inconsciente es también receptivo a las formas, a los objetos. Por otra parte, concedían importancia capital a la palabra escrita, transformada en talismán. Otra práctica universal es la de la purificación, las abluciones rituales. En Babilonia, durante las ceremonias de curación, los exorcistas ordenaban al paciente que se desnudara, que tirara sus ropas viejas, símbolos del Yo enfermo, y que se pusiera vestiduras nuevas. Los egipcios consideraban la purificación como requisito preliminar para el recitado de las fórmulas mágicas, como atestigua este texto: «Si un hombre pronuncia esta fórmula para uso propio, debe untarse de óleos y ungüentos y tener en la mano el incensario lleno; debe tener natrón de cierta calidad detrás de las orejas y una calidad diferente de natrón en la boca; debe vestir dos prendas nuevas, después de haberse lavado en las aguas de la crecida, calzar sandalias blancas y haberse pintado la imagen de la diosa Maat en la lengua con tinta fresca». Los antiguos atribuían también un papel de aliado a numero-

Los objetos: los textos mágicos se recitaban sobre un insecto, un animal pequeño o, incluso, un collar. También se utilizaban bandas de lino, figuritas de cera, plumas, cabellos, etc. Los magos grababan el nombre de sus enemigos en vasijas que después eran rotas y enterradas, destrucción y desaparición que debían acarrear las de tales adversarios. En las suelas de las sandalias reales se pintaban las efigies de los «malvados», para que el rey pisoteara a diario a los invasores en potencia. En este mismo orden de ideas, los brujos hititas me hicieron descubrir los conceptos de sustitución y de identificación: en realidad, el mago no destruye el mal sino que se apodera de él descubriendo sus orígenes y lo extirpa del cuerpo o del espíritu de la víctima para devolverlo a los infiernos. Según un antiguo texto, «se atará un objeto a la mano derecha y al pie derecho del enfermo, después se desatará y se atará a un ratón, mientras el oficiante dice: “Yo te he extirpado el mal y lo he atado a este ratón”; y entonces se liberará al ratón». Pachita extirpaba el mal para instilarlo en una planta, un árbol o un cactus, lo que hacía que el vegetal muriera poco a poco. También se solía sustituir al enfermo por un cordero o una cabra: se ataba el turbante de éste a la cabeza de la cabra, a la que se le cortaba el cuello con un cuchillo que antes había tocado el cuello del paciente. Según la magia judía es posible engañar, burlar e inducir a error a las fuerzas del mal. Para ello se disfraza a la persona en la que ellas se ensañan, se le cambia el nombre. Si se quiere purificar un objeto se le hunde en la tierra, etc.

Pachita me había dicho: «Vendré a verte en tus sueños». Sucedió que, probablemente a causa de una infección intestinal, me comenzaron unos dolores de estómago que continuaron varios días porque me quise curar con hierbas y no con antibióticos. Dormí mal durante tres noches pero a la cuarta tuve un sueño: Estoy en mi cama, sufriendo los mismos dolores que tengo cuando estoy despierto. Llega Pachita, se acuesta encima de mí y chupa el lado derecho de mi cuello diciendo: «Voy a curarte, muchachito». Haciendo un esfuerzo, desliza su ma-

no izquierda entre nuestros cuerpos y la apoya en mi vientre. Después, se eleva en el aire sin separarse de mí. Levitamos un rato horizontalmente, luego bajamos a la cama. Ella se desvanece lentamente. Me desperté curado, sin sentir dolor alguno.

Cuando Pachita murió, me contó Guillermo Lauder que el médico no pudo firmar de inmediato el certificado de defunción, porque el pecho del cadáver estaba caliente. Ese calor duró tres días. Sólo entonces se la pudo declarar muerta. Tiempo después, el don pasó a su hijo Enrique, que, poseído por el Hermano, empezó a operar como su madre. Claudia, asistente del cineasta François Reichenbach, durante una filmación en Belice, antigua Honduras británica, tuvo un accidente automovilístico y se le seccionaron varios nervios de la espalda y se le rompieron nueve vértebras. Permaneció tres meses en coma. Cuando recobró el conocimiento, le dijeron que estaba paralítica y que no podría volver a andar. Como último recurso, viajó a México y se hizo operar por Pachita, que, según ella cuenta, la abrió de la nuca hasta el cóccix y le cambió las vértebras dañadas por otras que había comprado en el depósito de cadáveres. A la semana siguiente ya estaba andando. Este «milagro» le cambió la vida y la hizo interesarse en la magia mexicana con un enorme deseo de ayudar a sus amigos de Francia, para lo cual invitó a Enrique a venir a París para operar. Éste accedió.

Mi hija Eugenia padecía en aquella época una enfermedad casi de exclusividad francesa, la espasmofilia, con contracciones involuntarias de los músculos del vientre muy dolorosas. Había perdido el apetito y estaba en los huesos. Ningún médico la pudo curar. A pesar de que tenía una formación universitaria y una férrea educación racional —hasta los 16 años la educó en Düsseldorf su madre alemana—, le propuse que intentara curarse con el Hermano. Por pura desesperación, ya que ella no creía en esas «supercherías», aceptó. Llegamos al apartamento y nos abrió la puerta un ayudante mexicano que había venido con Enrique. Poniéndose un índice en los labios, nos

indicó que debíamos entrar en silencio. Las habitaciones, con las ventanas cubiertas por frazadas, estaban oscuras. Entramos a tientas en el salón y nos sentamos. Nuestros ojos se fueron acostumbrando a la penumbra. El silencio era impresionante. De pronto el ayudante, apresurado, abrió la puerta del baño. Salió de allí el resplandor de un objeto que se quemaba y el hombre murmuró:

—Es un daño. No entren hasta que se consuma. Si no, se les puede echar encima —y se fue. Una sonrisa despectiva se formó en los labios de Eugenia, que gruñó:

—Cuentos para retrasados mentales.

Al cabo de un rato, la puerta del fondo se abrió y salieron dos personas cargando a una tercera, envuelta en una sábana ensangrentada, pálida, al parecer profundamente dormida o muerta. La acostaron en el suelo, junto a nosotros. Espantada, mi hija me pidió que nos fuésemos inmediatamente de allí, y temblando de pies a cabeza, se levantó para huir. Apareció una figura extraña, un hombre que sabía mantenerse en la sombra, y pidió a Eugenia que se acercara. Ésta, de golpe, se calmó y lo siguió dócilmente. Yo presencié la operación. Había como antes sólo una cama y el lugar estaba apenas iluminado por una vela. Una muchacha cubierta de sangre yacía tendida en el suelo, con expresión risueña. El Hermano, a pesar de manejar el cuchillo de monte, no se le veía de pie portando, aterrador, la túnica del emperador azteca. Ahora el curandero permanecía, sentado, en la sombra. No se veía de él más que sus manos. La «carne» se había hecho impersonal. Auscultó el vientre de mi hija, le dijo que llevaba allí acumulada una gran cólera contra su padre y que la iba a curar de un mal que no era daño. El cuchillo se hundió en la carne, corrió la sangre, las manos se introdujeron en la herida, parecieron poner los órganos en su sitio, volvieron a salir, sobaron la piel, no quedó huella del corte. Eugenia nunca se quejó. El Hermano hablaba esta vez con dulzura y no producía dolor. Al salir, así se lo hice observar al ayudante, que me respondió que de encarnación en encarnación el Hermano iba progresando, y que última-

mente había aprendido a no hacer sufrir a los pacientes. Eugenia nunca más volvió a tener espasmos, recuperó su peso normal y muy pronto encontró al hombre de su vida.

Después de crear la Psicomagia y el Psicochamanismo, he vuelto repetidas veces a la ciudad de México para estudiar los métodos de los llamados charlatanes o curanderos. Son muy abundantes. En el corazón de la capital hay un gran mercado de brujería. Allí se venden toda clase de productos mágicos, velas, peces del diablo, estampas de santos, hierbas, jabones benditos, Tarots, amuletos, etc. En algunas trastiendas, sumidas en la penumbra, hay mujeres que, con un triángulo pintado en la frente, hacen «limpias» del cuerpo y del aura. Cada barrio tiene su brujo o bruja. Gracias a la fe de sus pacientes, logran muchas veces curarlos. Los médicos surgidos de las universidades desprecian estas prácticas. Por supuesto que esa medicina no es científica, sin embargo es un arte. Y para el inconsciente humano es más fácil comprender el lenguaje onírico —las enfermedades desde cierto punto de vista son sueños, mensajes que denuncian problemas no resueltos— que el lenguaje racional. Los charlatanes, con gran creatividad, desarrollan técnicas muy personales. Los comparo a pintores. Todos pueden pintar paisajes, pero el estilo con que lo hacen es inimitablemente individual. Algunos tienen más imaginación o talento que los otros, pero todos, si se les concede la fe, son útiles. Le hablan al hombre primitivo que cada uno de nosotros aún lleva dentro.

Don Arnulfo Martínez es el brujo futbolista. Me costó localizarlo. Vive en un caótico barrio pobre. Las casas tienen números desordenados, al lado de la 8 se encuentra la 62 y después la 34, etc. Lo pude encontrar preguntando a los vecinos. Don Arnulfo me esperaba al final de un estrecho pasadizo con los muros cubiertos de jaulas de canarios. Tuve que atravesar un cuarto donde estaban su esposa, su madre y su numerosa prole. Separado por cortinas de plástico relumbraba el pequeño espacio sagrado, con estantes plagados de estatuillas representando

a Cristo y a la Virgen de Guadalupe, muchas velas encendidas, líquidos de color en diferentes tipos de botellas, junto con fotografías de su época de futbolista. En el centro del altar reinaba la pelota formada por pentágonos negros y blancos. El curandero, en lugar de ocultar la pasión de su juventud, la usaba en sus prácticas mágicas. Para diagnosticar mis males, me frotó todo el cuerpo primero con un ramo de claveles rojos y blancos, luego con la pelota de fútbol. Me vaticinó problemas económicos. Grabó con sus largas uñas mi nombre en una vela y me pidió que la encendiera en mi dormitorio, dejándola consumirse. Por azar, porque así él lo quería, por algún truco, cuando me colocó una mano en la frente y la otra en el corazón, para liberarme de mis preocupaciones, los canarios comenzaron a trinar. No hay nada mejor para apaciguar el alma que un coro de canarios. Don Arnulfo nos está diciendo que «cada cual debe curar con lo que más ama, sin preocuparse de lo que piensen los demás. Los objetos son receptáculos de energías, positivas o negativas. Ellos no son diabólicos ni sagrados. Es el odio o el amor que depositas en ellos lo que los transforma. Una pelota de fútbol puede llegar a ser santa».

Gloria es una mujer enérgica, vestida con pantalones cortos y camiseta, alta, musculosa, madre de tres hijos. Su ayudante fiel es su marido, un hombre delgado y pequeño. Gloria, al parecer, no tiene nada de extraordinario. Vive en un apartamento y vende muñecos que reproducen personajes de las series infantiles de la televisión. En los muros desnudos sólo hay un gran retrato de María Sabina porque Gloria, cuando cae en trance, recibe al espíritu de la sabia de los hongos. Sus pacientes entonces se dirigen a ella llamándola «Abuelita». No tiene un lugar sagrado especial. Recibe en su dormitorio, que está casi completamente invadido por una cama muy ancha y un ropero. Se sienta en una esquina del lecho y coloca al consultante de pie frente a ella. Cierra los ojos, se repliega y luego se yergue convertida en la Abuelita, una vieja que habla un español defectuoso mezclado con frases en náhuatl. Ausculta a la persona con

sus manos y luego comienza a dictar una larga serie de hierbas, flores y antiguas medicinas. Recetas que religiosamente su marido apunta en un cuaderno de escuela. Por fin «María Sabina» entrelaza los dedos y hace un círculo purificador con sus brazos. El paciente debe introducir sus piernas en el anillo corporal y luego sacarlas así como se saca un sable de su vaina, y a continuación los brazos, la cabeza y el torso. «Purificado estás, mi nieto.» Mientras la Abuelita se despide y Gloria comienza a salir del trance, el caballero da fotocopias de papelillos escritos en una vieja máquina. Reproduzco uno que aconseja un sahumerio para purificar la casa expulsando los espíritus negativos: «En una sartén ponemos un poco de aceite y 21 chiles de árbol (despanzurrados), se fríen y se queman. Cuando haya humo se pasa la sartén por toda la casa y se dice: “Corto, aparte, retiro y destruyo todo lo que no nos corresponde y todo ser de oscuridad”. Cuando se haya pasado la sartén por toda la casa, se deja en un lugar seguro y se sale de la casa unos 10 o 15 minutos. Se regresa para abrir las ventanas. Hacer esto 3 veces lo más seguido que se pueda, pero no en el mismo día». Éliphas Lévi en su libro *Dogma y ritual de la alta magia* resumió a ésta en cuatro palabras: «Querer, osar, poder y callar». Se puede decir que la Abuelita ha resumido en cuatro palabras la brujería sanadora. *Corto*: Se cortan los lazos que unen al enfermo a deseos, sentimientos y pensamientos negativos. *Aparte*: Se aparta al espíritu de su cárcel material. *Retiro*: Se retira el daño (la enfermedad es vista como un demonio enviado por gente envidiosa o por entidades maléficas). *Destruyo*: El daño se destruye fuera del cuerpo del paciente. La enfermedad ha sido concretizada en un objeto, siempre considerado viviente. Gloria, en trance, agrega una dimensión nueva al acto de posesión. La Abuelita le dice al consultante: «Ahora que has establecido contacto conmigo, yo estoy también en ti. Te vas pero me voy contigo. Ya no te abandonaré. Cuando quieras ayudar a tus semejantes, llámame y, a través de ti, yo los ayudaré». Esto nos está diciendo que los valores sublimes del espíritu, una vez que se revelan, son irreversibles.

Don Ernesto vive en un barrio más acomodado y ha adaptado su apartamento para que le sirva a su actividad. El lugar se asemeja a una pequeña estación ferroviaria. Hay largos bancos de madera a ambos lados. En ellos, esperan con paciencia los candidatos a la limpia. Previamente se han detenido frente al escritorio que está junto a la puerta y le han pagado a la esposa del curandero una suma que equivale a tres dólares. En el fondo del hangar hay en el suelo un cuadrado de tres por tres metros constituido por baldosas blancas. Allí oficia don Ernesto, secundado por su hija.

Se le pide al solicitante que escriba en una hoja de papel todo aquello de lo que se quiere desprender: enfermedades, problemas económicos, líos sentimentales, tensiones familiares, angustias, etc., y que se pare en el centro del cuadrado. La hija, presionando una botella de plástico llena de alcohol, lanza un chorro circular alrededor de la persona. Don Ernesto lo enciende. En las llamas quema la hoja con la lista de males. Cuando el anillo de fuego se consume, barre el cuerpo del solicitante con un ramo de crisantemos. Luego le hace extender las palmas abiertas en actitud de súplica. El estira hacia el techo su mano derecha, simula que toma algo del aire (mundo divino), lo deposita en la palma abierta y hace que la persona empuñe el don invisible. Don Ernesto define con una palabra ese don: a veces es Paz, otras Amor, otras Prosperidad y otras Salud. Las personas se van con las manos empuñadas como si hubiesen recibido un tesoro. Con don Ernesto comprendemos que para dar no es necesario poseer materialmente.

Don Toño es un indio huichol. Sus prendas son blancas con hermosos bordados donde se mezcla el amarillo, el celeste, el negro y el blanco. Una vez por semana, un ávido promotor lo va a buscar a la sierra y lo trae a la capital para que ejerza su medicina en la trastienda de una librería esotérica. El librero, también ávido, cobra de antemano por cada consulta el equivalente a cincuenta dólares. Después de inclinarse y hacer en su idioma una invocación hacia los cuatro puntos cardinales,

don Toño pregunta cuál es la enfermedad y dónde siente el consultante el dolor. Una vez que, presionando con sus dedos, lo localiza con exactitud, mediante un abanico de plumas duras comienza a «barrer» el cuerpo, desde los puntos más lejanos hasta el dolor central. Da la idea de estar acumulando el mal que se ha extendido por el organismo. Entonces, con los brazos abiertos, como las alas de un águila, acerca su boca a ese núcleo y comienza a chupar. Luego alza la cabeza y escupe una piedra, a veces pequeña, otras más grande, de diferentes colores que van del sepia al negro. Ha sacado el daño... Yo tenía una verruga en la comisura de un ojo. Después de absorber y escupir mi mal, una piedrecilla verdosa, don Toño me puso las manos juntas, como en actitud de rezo. Sorbió de la punta de mis dedos y escupió en mis palmas un bello cristal. Luego me regaló un collar de cuentas con sus cuatro colores sagrados. Con él se aprende que la finalidad de la medicina no es sólo curar sino también revelar al paciente sus valores.

Soledad es una mujer madura, morena, muy fuerte, actriz de profesión, que todos los fines de semana abre las puertas de su apartamento y da masajes gratis. Es médium y la posee el espíritu de Magdalena. Cuando me ve llegar, me reconoce, cosa que no me extraña porque pertenece al mundo teatral y cinematográfico. Pero no es por eso por lo que me recibe antes que a nadie. Me lleva al pequeño cuarto donde oficia; allí hay un armario pequeño, de hierro esmaltado en blanco, como en los hospitales, un sillón-cama de cuero negro, para masajes, y en la pared la fotografía de una mujer, muy mexicana, cuyo rostro, de ojos impresionantemente luminosos, no me es desconocido.

—Es mi señora Magdalena. Ella fue maestra de Don Juan. Tú la conociste. Me habló de ti. Fuiste a verla porque a causa de un fracaso teatral padecías una baja de energía, ¿verdad?

¡Cierto! Había pasado por tantos disgustos con la vanidad de los actores, la maldad de la prensa, el poco interés del público y la enorme pérdida económica que la energía se me ha-

bía ido junto con la alegría de vivir. Alguien me recomendó visitar a Magdalena para recibir un masaje energético. Así lo hice. Encontré a una mujer indefinible. Por un lado era un ser primitivo, con la sabiduría simple y directa del pueblo, por otro, en ciertos momentos, mostraba un espíritu cultivado, usando frases dignas de un profesor universitario. La única manera que tendría de definirla sería decir que me pareció un diamante mostrando constantemente una faceta diferente. Hizo que me desnudara y me tendiese de bruces en su mesa rectangular. Me mostró un frasco grande lleno de una pasta semejante a vaselina y me contó que los mayas de Quintana Roo le enseñaron a hacer este unguento. Me untó toda la espalda, también la nuca y las piernas. No fue un masaje, sino simplemente una extensión delicada de la pasta. Luego apoyó las manos en mi cabeza y rezó en un extraño lenguaje. Me sentí ligero, cada vez más alegre, y me dio un ataque de risa. La depresión y el cansancio se habían volatilizado. Antes de irme quise pagarle. Me lo impidió: «Yo hice muy poco. Es el unguento el que te ha ayudado, agrádescelo a él». Le pregunté su composición y, sonriendo con malicia, me contestó:

—Unas pocas hierbas que no conoces y mucha marihuana, molidas hasta hacerlas polvo y disueltas en vaselina caliente. La marihuana te despierta la alegría en el cuerpo. El cuerpo se la transmite a tu espíritu y tu espíritu se da cuenta de que, en el fondo de tus pesares, él sigue intacto, como una joya luminosa. Entonces el pesar se desvanece porque es sólo un mal sueño.

Soledad me confirmó la capacidad de Magdalena para adoptar personalidades diversas. Pasaban frente al Palacio de Bellas Artes, donde una compañía extranjera presentaba un programa de danzas, y Soledad se quejó tristemente de no poder verlo por falta de dinero, pues la entrada resultaba muy cara. Magdalena la invitó a seguirla: «Nos dejarán pasar gratis». Estaban vestidas de manera humilde. Soledad se sintió acomplejada pero siguió a su maestra. Magdalena cambió de actitud y en pocos segundos pareció ser una princesa. Se habría dicho que llevaba un invisible atuendo lujoso. Los porte-

ros se inclinaron ante ella y las dejaron pasar. Las acomodadoras, dando muestras de un fascinado respeto, las llevaron a un palco. Pudieron ver con toda tranquilidad el ballet sin que nadie las molestara. La fabricación del ungüento era un secreto. Soledad no sabía que Magdalena me había honrado comunicándomelo. Es cierto que los masajes de Soledad eran excelentes. Sus manos, con las yemas de los dedos reunidas junto a las del pulgar, imitaban cabezas de serpientes, los brazos eran el cuerpo ondulante de los ofidios, que ella hacía reptar por la piel, presionando hasta parecer dar un masaje a los huesos y no a la carne. Al mismo tiempo, en cada parte del cuerpo en la que largamente se detenía, recitaba el nombre de un dios náhuatl y una oración dirigida a él. Dividía el organismo en veinte secciones, en veinte dioses. Al llegar al vientre (el Kath) en lugar de nombrar a un dios cantaba el nombre del paciente, convirtiéndolo en el centro del grupo divino. Luego, extendía la pasta y la marihuana producía su efecto. Una euforia mística. La enfermedad, en la ebriedad, se olvidaba. El paciente, al sentirse sano, recuperaba la fe. Y cuando el efecto del ungüento cesaba, el inconsciente, engañado, seguía creyendo que el cuerpo estaba a salvo y entonces se producía la curación.

A don Rogelio lo llaman el «curandero rabioso». Es un viejo flaco, amarillento, sin dientes, vestido de negro y con un anillo en cada dedo con una calavera. Dice:

—La gente es envidiosa y hace trabajos. Los celos enredan el espíritu; la envidia provoca daños. Luego, es necesario hallarlos y echarlos fuera.

Cita el evangelio de San Lucas, cuando Jesús curó a un hombre poseído por un espíritu inmundo y gritó al demonio, con irresistible autoridad, «¡Sal de él!».

—Cuando el espíritu está enredado, siguiendo el ejemplo de nuestro Señor, yo lo desenredo a la fuerza —y don Rogelio, parado frente al enfermo, azota el aire, alrededor del cuerpo dañado, con un gallo rojo, lanzando atronadores gritos de furia—:

¡Para afuera, cabrón de mierda! ¡Vete! ¡Vete! ¡Deja tranquilo a este cristiano!

Con él se aprende que hay que proceder con certeza total y autoridad absoluta. La menor duda provoca el fracaso. Hay un dicho zen que dice: «Un grano de polvo en el azul del mediodía, oscurece todo el cielo».

En diferentes ocasiones, a través de los años, asistí a las curaciones efectuadas por don Carlos Said. Después de Pachita es uno de los curanderos más creativos, en constante desarrollo, incorporando nuevos elementos a sus sesiones. Cuando lo visité por primera vez recibía en un cuarto de su gran apartamento, en un viejo edificio no muy lejos del centro de la ciudad. La gente esperaba en el salón, entre jarrones de flores y cuadros representando a Cristo. Muchos me dijeron que don Carlos los había sanado de peligrosos cánceres. Tenía un pequeño altar, semejante a los de los templos católicos. Al lado de él, una vieja silla de madera estilo español, con cojines de terciopelo rojo. Según Said, aunque no la viéramos, allí estaba sentada su maestra doña Paz. Esta vieja sabia veía a los enfermos refiriéndose a ellos como «cajitas», es decir formas que contenían diferentes elementos, enfermedades, penas, etc. Ella le dictaba los remedios que sanarían esos males. Años más tarde, don Carlos Said, convirtió el primer piso de su casa en templo. Al entrar, los solicitantes se encuentran con hileras de sillas dispuestas como en las iglesias o en los teatros. Hay sitio para unas cincuenta personas. Frente a ellas se alza un altar: plataforma a la que se llega subiendo doce escalones. En lo alto, coronando a la mesa rectangular, reinan siete grandes cirios encendidos. En cada esquina del altar hay un florero con crisantemos. Las paredes están cubiertas de cuadros, de cierto buen gusto, que muestran el Vía Crucis. Don Carlos oficia vestido de blanco, como un indio mexicano. Lo ayudan dos mujeres, con túnicas blancas, sin maquillaje y el pelo corto o recogido en la nuca formando un moño. Parecen monjas. A la izquierda de los participantes, hay una hilera de colchones

donde yacen enfermos envueltos en sábanas con aplicaciones en el cuerpo de ramos de hierbas frescas.

Apenas el futuro paciente entra, otra ayudante le vierte en las manos, de una botella negra, un poco de perfume mágico llamado «Siete Machos» para que lo rocíe por su cabeza y cuerpo, cortándose así de los lazos que lo unen con el exterior. Se penetra en un lugar sagrado por completo. Traiga lo que el enfermo traiga, eso debe entrar en el templo. Nada debe quedar fuera, en el mundo ordinario. Lo que se deja atrás no se puede curar. Son diablos que esperan y, apenas el enfermo regresa, se le echan otra vez encima.

Los pacientes son tratados en estricto orden de llegada. Sin embargo hay algunos que se han presentado al alba, citados para un tratamiento especial. Están sentados en una silla, con el cuerpo y la cabeza cubiertos por mantas blancas. Said ha depositado bajo la silla una palangana llena de carbones encendidos e incienso. Un humo denso y perfumado se escapa, envolviendo al penitente. El curandero le pide al enfermo que se pare descalzo frente al altar, sobre un triángulo de sal teñida de negro y rodeado por un círculo de sal blanca. Lo primero que hace es colocarle alrededor del cuello un grueso trozo de cuerda con nudo corredizo. Parece decir: «Esta enfermedad es tu enfermedad, tu responsabilidad. No vienes aquí a dárme la a mí. Deja que tu espíritu la reconozca y se aparte de ella». Para acentuar esto, con las manos cerradas, don Carlos cruza con fuerza los brazos alrededor del paciente haciendo una cruz, luego cierra invisibles pestillos en el aire. Después, con una de sus grandes manos, la izquierda, toma tres huevos crudos y comienza con ellos a frotar el cuerpo de su protegido. De pronto en un pañuelo mexicano, un paliacate rojo, envuelve los huevos. Sigue frotando. Luego arroja con fuerza el paquete a un recipiente y se escucha cómo estallan los huevos bajo la tela. Ha retirado y destruido parte del daño. Ahora, esta vez con un cuchillo, comienza a dar intensos tajos en el aire, alrededor del enfermo. Está cortando los deseos locos, los sentimientos locos, las ideas locas. Rocía un triángulo con alcohol y lo en-

ciende. Cuando las llamas cesan, le quita la cuerda, empapa pañuelos con Siete Machos y, extendidos, los pasa por el paciente de pies a cabeza, usando el perfume como una bendición. Antes de que se vaya, en un vasito de papel, le ofrece agua filtrada y luego un trozo de limón untado en semillas negras. La purificación no sólo debe ser exterior sino también interior. Termina la ceremonia dándole, para que lo succione, un chupete de azúcar que tiene forma de corazón. Durante este complejo acto, que varía con nuevos detalles para cada enfermedad, don Carlos habla, como en trance, revelando que hay alguien que ha atravesado una muñequilla con agujas o que ha utilizado a un brujo negativo para que envíe el mal. La curación es una lucha contra un enemigo exterior donde el curandero, asistido por aliados invisibles que se reúnen a su alrededor, siempre está en peligro de que las entidades negativas lo ataquen por haber extraído los daños. Todos los curanderos afirman que si algunos sanan y otros no, es porque no bastan las operaciones mágicas: es necesario que en el enfermo ocurra un cambio de mentalidad. Aquellos que viven en un constante pedir deben aprender a dar.

De la magia a la psicomagia

Cuando cumplí 50 años, nació mi hijo Adan. Justo en ese momento, el productor de mi film *Tusk* se declaró en quiebra y no pagó lo que me debía. Durante el embarazo de Valérie, yo había estado en India, filmando en condiciones miserables, con técnicos mediocres, según producción por razones de economía. Sospecho que gran parte del dinero destinado a crear imágenes de calidad pasó a los bolsillos del ávido organizador. El hecho es que, de regreso a París, me encontré con una mujer cansada, un recién nacido, otros tres hijos y cero pesos en la cuenta bancaria. Lo poco que Valérie había economizado y que guardaba dentro de una caja de dulces mexicanos, alcanzaba para nutrirnos diez días, no más. Llamé a Estados Unidos a un amigo millonario y le pedí prestados diez mil dólares. Me envió cinco mil. Abandonamos el apartamento espacioso que teníamos en un buen barrio y por circunstancias milagrosas encontramos una pequeña casa en las afueras de la ciudad, en Joinville le Pont. Me vi obligado a ganarme la vida leyendo el Tarot... Todo esto, viéndolo desde ahora, no fue una desgracia sino una bendición.

Jean Claude, siempre preocupado por llegar al origen de las enfermedades, puesto que a los males (al igual que los chamanes) los consideraba síntomas corporales de heridas psicológicas causadas por relaciones familiares —o sociales— dolorosas, durante dos años me había enviado, los sábados y domingos, a

algunos de sus pacientes para que les leyera el Tarot. Lo hice siempre gratis y muchas veces con buenos resultados. Ahora que estaba en la miseria, con una grave responsabilidad familiar, me vi obligado a cobrar mis lecturas. La primera vez que estiré la mano para recibir el dinero de mi consulta, creí desmayarme de vergüenza. Esa noche, cuando mi mujer y mis hijos dormían, en la soledad del pequeño cuarto que, mediante una alfombra rectangular violeta, había transformado en templo tarótico, me puse de rodillas, sentado en los talones, como me lo enseñara Ejo Takata, y medité. El monje había dicho: «Cuando se quiere agregar más agua a un vaso que está totalmente lleno, primero es necesario vaciarlo. Así, una mente llena de opiniones y especulaciones no puede aprender. Debemos vaciarla para que en ella se dé una condición de apertura». Cuando me calmé y vi la vergüenza como una nube pasajera, dándome cuenta de que era orgullo disfrazado, reconocí que no estaba viviendo de la caridad pública, que el acto de leer el Tarot tenía un noble valor terapéutico. Pero me asaltaron las dudas. ¿Lo que leía en las cartas era útil para el consultante? ¿Tenía el derecho de hacerlo profesionalmente? Volví a pensar en Ejo Takata. Cuando el monje vivía en Japón, visitaba cada año la pequeña isla donde estaba el hospital de leprosos –que en ese tiempo eran incurables– para realizar un servicio social. Allí recibió una lección que le cambió la vida. Al pasear juntos, al borde de un acantilado, los visitantes iban delante y los leprosos detrás. Así a las esposas, madres, parientes, amigos, se les evitaba ver a sus seres queridos con el cuerpo mutilado. Cierta vez Ejo tropezó y estuvo a punto de caer al abismo. En ese momento un enfermo se adelantó para sostenerlo pero, al ver su propia mano sin dedos, no quiso tocarlo por temor a que se contagiara. Desesperado, estalló en sollozos. El monje recuperó el equilibrio e hizo una venia al enfermo, agradeciéndole emocionado su amor. Ese hombre, tan necesitado de compasión y ayuda, había sido capaz de olvidar el ego, moviéndose no para su propio beneficio, sino con la intención de auxiliar al otro. Takata escribió este poema:

*El que tenga sólo manos
ayudará con sus manos
y el que tenga sólo pies
ayudará con sus pies
en esta gran obra espiritual.*

Recordé también un cuento chino:

Una alta montaña impedía con su sombra que una aldea, construida a sus pies, recibiera los rayos solares. Los niños crecían raquíticos. Una mañana los aldeanos vieron al más anciano marchar por la calle, con una cuchara de porcelana en las manos.

–¿A dónde vas? –le preguntaron.

–Voy a la montaña –contestó.

–¿Para qué?

–Para quitarla de allí.

–¿Con qué?

–Con esta cuchara –los aldeanos estallaron en carcajadas.

–¡Nunca podrás!

El anciano respondió:

–Ya lo sé: nunca podré. Pero alguien tiene que comenzar.

Me dije: «Si quiero ser útil, debo hacerlo en forma honesta, con mis verdaderas capacidades. De ninguna manera me comportaré como vidente. Primero que nada, no soy capaz de leer el futuro, y segundo, me parece que es inútil conocerlo cuando ignoramos quiénes somos aquí y ahora. Me conformaré con el presente y centraré la lectura en el conocimiento de uno mismo, partiendo del principio de que no tenemos un destino predeterminado por posibles dioses... El camino se va creando a medida que avanzamos y a cada paso se nos ofrecen mil posibilidades. Vamos eligiendo constantemente. Pero ¿qué es lo que decide esta elección? Ella depende de la personalidad con que hemos sido formados en la infancia. Es decir que lo que llamamos futuro es una repetición del pasado».

Al mismo tiempo que escribía para Moebius el cómic *El In-*

cal, comencé mis sesiones de lectura del Tarot. Cuanto más avanzaba, con más fuerza constataba que todos los problemas desembocaban en el árbol genealógico. Examinar las dificultades de una persona era entrar en la atmósfera psicológica de su medio familiar. Comprendí que estábamos marcados por el universo *psicomental* de los nuestros. Por sus cualidades pero también por sus ideas locas, sus sentimientos negativos, sus deseos inhibidos, sus actos destructivos. El padre y la madre proyectaban sobre el bebé esperado todos sus fantasmas. Querían verlo realizar lo que ellos no pudieron vivir o lograr. Así asumimos una personalidad que no era la nuestra, sino que provenía de uno o varios miembros de nuestro entorno afectivo. Nacer en una familia era, por decirlo así, estar poseído.

La gestación de un ser humano casi nunca se realiza en forma sana. Influyen en el feto las enfermedades y neurosis parentales. Al cabo de cierto tiempo, con sólo mirar moverse y oír unas cuantas frases de mi consultante podía deducir en qué forma había sido dado a luz. (Si se sentía obligado a hacer todo rápido, había sido parido en escasos minutos, como con urgencia. Si frente a un problema esperaba hasta el último momento para resolverlo mediante una ayuda exterior, había nacido por fórceps. Si le costaba tomar decisiones, había nacido por cesárea, etc.) Comprendí que la manera en que nos paren, muchas veces no la correcta, nos desvía de nosotros mismos una vida entera. Y estos malos partos dependen de los líos emocionales de nuestros padres con nuestros abuelos. El daño se transmite de generación en generación: el embrujado se convierte en embrujador, proyectando sobre sus hijos lo que fue proyectado sobre él, a no ser que una toma de conciencia logre romper el círculo vicioso. No hay que temer hundirse profundamente en uno mismo para enfrentar la parte del ser mal constituido, el horror de la no realización, haciendo saltar el obstáculo genealógico que se levanta ante nosotros como una barrera y que se opone al flujo y reflujo de la vida. En esta barrera encontramos los amargos sedimentos psicológicos de nuestro padre y de nuestra madre, de nuestros abuelos y bisa-

buelos. Tenemos que aprender a desidentificarnos del árbol y comprender que no está en el pasado: por el contrario, vive, presente en el interior de cada uno de nosotros. Cada vez que tenemos un problema que nos parece individual, toda la familia está concernida. En el momento en que nos hacemos conscientes, de una manera o de otra la familia comienza a evolucionar. No sólo los vivos, también los muertos. El pasado no es inamovible. Cambia según nuestro punto de vista. Ancestros a quienes consideramos odiosamente culpables, al mutar nuestra mentalidad, los comprendemos en forma diferente. Después de perdonarlos debemos honrarlos, es decir, conocerlos, analizarlos, disolverlos, rehacerlos, agradecerles, amarlos, para, finalmente ver el «Buda» en cada uno de ellos. Todo aquello que espiritualmente hemos realizado podría haberlo hecho cada uno de nuestros parientes. La responsabilidad es inmensa. Cualquier caída arrastra a toda la familia, incluyendo a los niños por venir, durante tres o cuatro generaciones. Los pequeños no perciben el tiempo como los adultos. Lo que para los grandes se desarrolla en una hora, ellos lo viven como si hubiera durado meses y los marca para toda la vida. Los abusos padecidos durante la infancia, una vez vueltos adultos, tenemos tendencia a reproducirlos sobre otros, o bien, sobre nosotros mismos. Si ayer me torturaron, hoy no ceso de torturarme, convertido en mi propio verdugo. Se habla mucho de los abusos sexuales que sufre la infancia, pero se pasan por alto los abusos intelectuales –embutir en la mente del niño ideas locas, prejuicios perversos, racismos, etc.–, los abusos emocionales –privación de amor, desprecios, sarcasmos, agresiones verbales–, los abusos materiales –falta de espacio, cambios abusivos de territorio, abandono vestimentario, errores en la alimentación, etc.–, los abusos del ser –no nos dieron la posibilidad de desarrollar nuestra verdadera personalidad, establecieron planes en función de su propia historia familiar, nos crearon un destino ajeno, no vieron quiénes éramos, nos convirtieron en espejo de ellos, quisieron que fuéramos otro, esperaban un hombre y nacimos mujer o viceversa, no nos dejaron ver todo

lo que queríamos, no nos dejaron escuchar ciertas cosas, no nos dejaron expresarnos, nos dieron una educación que consistía en la implantación de límites—. En cuanto al abuso sexual, la lista es larga. Tan larga como la lista de culpabilizaciones: «Me casé obligado porque tu madre estaba encinta de ti, has sido una carga para nosotros, por tu causa dejé mi carrera, quieres irte a vivir tu vida como un egoísta, nos has traicionado, no fuiste lo que nosotros queríamos que fueras, te permites sobrepasarnos y realizar lo que nosotros no pudimos». La historia familiar está plagada de relaciones incestuosas, reprimidas o no; de núcleos homosexuales, de sadomasoquismo, de narcisismo, de neurosis sociales que, como un legado, se reproducen de generación en generación. Esto, a veces, puede verse en los nombres. Una consultante me escribió: «Me propusiste que aclarara el incesto inconsciente con mi hermano. Tenías razón. Mi hermano se llama Fernando y el padre de mis hijos igualmente se llamaba Fernando. Pero esto también lo encuentro en mi genealogía: mi madre tiene un hermano que se llama Juan Carlos y se casó con un Carlos. Igual mi abuela materna: su hermano se llamaba José, se casó con un José y su padre (mi bisabuelo) se llamaba también José».

¿Cuándo comenzó todo esto? Vi a menudo personas que arrastraban problemas desde la guerra del 14. Un bisabuelo regresó del frente con una enfermedad pulmonar a causa de los gases tóxicos, y eso le provocó un disturbio emocional, una incapacidad de realizarse, una devaluación moral. Y cuando el padre es débil o está ausente, la madre se hace dominante, invasora, y ya no es una madre. La ausencia del padre provoca la de la madre. Los hijos crecen con sed de caricias, que se transforma en cólera reprimida. Cólera que se prolonga a través de varias generaciones. La falta de caricias es el mayor abuso que padece un niño. Toda esta basura, si no se hace consciente, nos afecta. Las relaciones entre nuestros padres y nuestros tíos y tías se deslizan hacia nosotros. Por ejemplo: Jaime odiaba a Benjamín, su hermano menor. Yo fui su hijo menor. Me con-

virtió en una pantalla donde proyectó a su hermano. Eso le permitió descargar su odio contenido sobre mí. Aunque no conocamos nada de violaciones, abortos, suicidios, o de acontecimientos vergonzosos como un pariente encarcelado, una enfermedad sexual, alcoholismo, drogadicción, prostitución e innumerables otros secretos, todo esto lo padecemos y a veces lo repetimos. Nos llamamos René, que quiere decir «renacer», y nos sentimos invadidos por una personalidad vampira, sin saber que hemos nacido después de un hermanito muerto. El padre le da a su hija el nombre de una muchacha que fue su primer amor, y esto hace de ella su novia para toda la vida. La madre le da a su hijo el nombre de su abuelo materno, y el hijo, para satisfacer el lazo incestuoso de la madre tratará, infructuosamente, de ser igual a ese abuelo. O bien, en una familia de muchas hijas, una de ellas, por el deseo de darle al padre un vástago que perpetúe su apellido, lo hará en un baile con un hombre desconocido, con un extranjero que luego regresa a su patria, con alguien que la abandona encinta. Simbólicamente ese niño está engendrado por Dios. Es la imitación de María. La Virgen fue poseída por su padre, lo introdujo completo en su vientre, lo convirtió en su hijo, luego hizo de ese hombre-dios su pareja. Ahora, para siempre juntos, ambos reinan en el cielo, como un matrimonio. La madre soltera pare un hijo que, metafóricamente, es de su propio padre y lo llama Jesús o Emmanuel o Salvador, en fin, el nombre de un santo, y ese niño vivirá angustiado sintiéndose obligado a ser perfecto. Los textos sagrados, mal interpretados, tienen un papel nefasto en esta catástrofe familiar. Las religiones extremistas crean frustraciones sexuales, enfermedades, suicidios, guerras, infelicidad. Las interpretaciones perversas de la Torá, del Nuevo Testamento, del Corán o de los Sutras han causado más muertes que la bomba atómica.

El árbol se comporta, con todos sus integrantes, como un individuo, un ser vivo. Al estudio de sus problemas lo llamé Psicogenealogía (así como al estudio del Tarot lo llamé Tarología).

Años más tarde se multiplicaron los «tarólogos» y los «psicogenealógicos»). Algunos terapeutas que han hecho estudios genealógicos, han querido reducirlo a fórmulas matemáticas, pero al árbol no se le puede encerrar en la jaula racional. El inconsciente no es científico, es artístico. El estudio de las familias debe hacerse de otro modo. A un cuerpo geométrico, conociéndose perfectamente las relaciones entre sus partes, no se le puede modificar. A un cuerpo orgánico, cuyas relaciones son misteriosas, se le puede agregar o retirar una parte, y sin embargo, en su esencia, sigue siendo lo que es. Las relaciones internas de un árbol genealógico son misteriosas. Para comprenderlas es necesario entrar en él como en un sueño. No hay que interpretarlo, hay que vivirlo.

El paciente debe hacer la paz con su inconsciente, no independizarse de él, sino convertirlo en aliado. Si aprendemos su lenguaje, se pone a trabajar para nosotros. Si la familia que se encuentra en nuestro interior, anclada en la memoria infantil, es la base de nuestro inconsciente, debemos entonces desarrollar a cada pariente como un arquetipo. Es preciso que le concedamos nuestro nivel de conciencia, que lo exaltemos, que lo imaginemos alcanzando lo mejor de él mismo. Todo lo que le damos, nos lo damos. Lo que le negamos, nos lo negamos. A los personajes tóxicos, debemos transformarlos diciéndonos «Esto es lo que me hicieron, esto es lo que yo sentí, esto es lo que el abuso me produce hoy, ésta es la reparación que deseo». Luego, siempre en nuestro interior, debemos hacer que todos los parientes y ancestros se realicen. Un maestro zen dijo: «La naturaleza del Buda también está en un perro». Esto quiere decir que debemos imaginar la perfección de cada personaje de nuestra familia. ¿Tienen el corazón lleno de rencor, el cerebro oscurecido por prejuicios, el sexo desviado por morales abusivas? Como un pastor con sus ovejas, debemos llevarlos al buen sendero, limpiarlos de sus necesidades, deseos, emociones y pensamientos ponzoñosos. Un árbol es juzgado por sus frutos. Si el fruto es amargo, el árbol del que proviene, aunque sea majestuoso, es considerado malo. Si el fruto es dulce,

En un seminario en Francia trabajando con los arcanos menores del Tarot.



el árbol torcido del que proviene es considerado bueno. Nuestra familia, pasada, presente y futura constituye el árbol. Nosotros somos el fruto que le confiere su valor.

Como mis consultantes aumentaron, me vi obligado a tratarlos en grupo algunos fines de semana. Para curar a la familia organicé su teatralización. La persona que estaba estudiándola debía elegir entre los asistentes a aquellos que representarían a sus padres, sus abuelos, sus tíos y tías, sus hermanos y hermanas. Luego, en un espacio dado, tenía que ubicarlos de pie, sentados, parados sobre sillas o acostados (enfermos crónicos o muertos), lejos o cerca unos de otros, obedeciendo a la lógica de su árbol. ¿Quién era el héroe de la familia o el más poderoso? ¿Quiénes eran los ausentes, los despreciados? ¿Quiénes estaban unidos y por qué lazos? Etc. Luego, el paciente debía ubicarse. ¿Dónde? ¿En el centro, en la periferia, separado de todo el mundo? ¿Cómo se sentía allí? En seguida debía confrontarse con cada «actor». Representando la familia de esta manera, como una escultura viviente, el investigador se daba cuenta de que las personas que había elegido «por azar», en muchos aspectos correspondían a los personajes y tenían cosas importantes que decirle. Se producía una conversación que generalmente terminaba en intensos abrazos y lágrimas.

Estos ejercicios nos dejaban convencidos de que, habiendo hecho conscientes esas relaciones enfermas, las habíamos curado. Sin embargo, al volver de la situación terapéutica a la real, los síntomas dolorosos seguían como antes. ¡Para superar una dificultad no bastaba con identificarla! Una toma de conciencia, una confrontación teatral, un perdón imaginado, que no era seguido de un acto en la vida cotidiana, resultaban estériles. Llegué a la conclusión de que debía inducir a la gente a actuar en medio de aquello que concebían como su realidad. Pero me resistí a hacerlo. ¿Con qué derecho iba a entrometerme en la vida de los demás, ejerciendo una influencia que fácilmente podía degenerar en una toma de poder, estableciendo dependencias? Estaba en una posición difícil, ya que las

personas que venían a consultarme pedían, en cierto modo, que me convirtiera en padre, madre, hijo, marido, esposa... Para que las tomas de conciencia fueran eficaces, decidí hacer actuar al otro, no llamándole paciente sino consultante, recetándole actos muy precisos, sin por ello asumir la tutela ni el papel de guía respecto a la totalidad de su vida. Así nació el acto psicomágico, en el que se conjugaron todas las influencias asimiladas en el transcurso de los años y que he descrito en los capítulos precedentes.

En primer lugar, la persona se comprometía a realizar el acto tal y como yo se lo prescribía, sin cambiar un ápice. Para evitar deformaciones debidas a las fallas de la memoria, debía tomar nota inmediatamente del procedimiento a seguir. Una vez realizado el acto, debía enviarme una carta en la que, en primer lugar, transcribía las instrucciones recibidas, en segundo lugar, me contaba con todo detalle la forma en que las había ejecutado y las circunstancias e incidentes ocurridos en el proceso. En tercer lugar, describía los resultados obtenidos. Hay personas que tardaron un año en mandarme la carta, otras discutían, no queriendo hacer exactamente lo que se les recomendaba, regateaban y encontraban toda clase de excusas para no seguir las instrucciones al pie de la letra.

Como experimenté con Pachita, cuando se cambia algo, por mínimo que sea, y no se respetan las condiciones indispensables para el logro del acto, los efectos pueden ser nulos o negativos. En verdad, la mayor parte de los problemas que tenemos son los que queremos tener. Estamos atados a las dificultades. Ellas forman nuestra identidad. A través de ellas nos definimos. No tiene nada de asombroso, pues, que algunos traten de tergiversar y se las ingenien para sabotear el acto: salir de las dificultades implica modificar en profundidad nuestra relación con nosotros mismos y con el pasado. La gente quiere dejar de sufrir, pero no está dispuesta a pagar el precio, es decir a cambiar, a no seguir viviendo en función de sus preciados problemas. Por todo aquello, la responsabilidad de prescribir un acto que debía ser ejecutado al pie de la letra era inmensa.

Tuve que, en el momento de darlo, desidentificarme de mí mismo para, en una especie de trance, dejar hablar a mi inconsciente, conectado directamente con el inconsciente de aquel o aquella que me consultaba. Me concentraba en el mero hecho de dar, de aliviar el dolor, prescribiendo acciones que eran semejantes a sueños lúcidos, sin preocuparme por el fruto que pudiera cosechar a título personal. Para estar en condiciones de sanar a una persona, no hay que esperar nada de ella, entrando en todos los aspectos de su intimidad sin sentirse involucrado ni desestabilizado.

En su *Tratado de las cinco ruedas* el espadachín Miyamoto Musashi recomienda ir al terreno muy temprano y adquirir de él un perfecto conocimiento antes del combate. La familiarización con el terreno psicoafectivo de la persona me parecía un requisito fundamental para la recomendación de cualquier acto. Ante todo, le pedía que me contara lo que concernía a su problema, con la mayor cantidad de detalles posible. En lugar de tratar de adivinar por el Tarot lo que pudiera ocultarme, sometía a la persona a un intenso interrogatorio. Le preguntaba por su nacimiento, sus padres, sus tíos, sus abuelos, sus hermanos, su vida sexual, su relación con el dinero, sus complejos sociales, sus creencias, su vida sentimental, su salud, sus culpas. (Muchas veces este momento se asemejaba a una confesión en el confesionario de una iglesia.) Surgieron secretos terribles. Un hombre me confesó que, siendo niño, al término del año escolar, esperó encima de un muro a un profesor detestado para arrojarle una gran piedra sobre la cabeza. Pensaba que el profesor había muerto, pero huyó sin comprobarlo. Durante treinta años se sintió un asesino. En otra ocasión recibí a un padre de familia, belga. En seguida noté que era homosexual. «Sí», me confesó, «y lo hago con diez personas al día, en las saunas, cada vez que vengo a París. ¿Sabe cuál es mi problema? Me gustaría hacerlo con catorce, como hace un amigo mío!». Recibí, de personas que parecían normales, las confidencias más oscuras y extravagantes. Una mujer me confesó que el padre de su hija no era otro que su propio padre; un adolescente

suizo, seducido por su madre, me contó todos los detalles. Lo que más lo perturbaba eran los celos de ella porque no lo dejaba tener ninguna amiga. La gente se desahogaba con confianza al no percibir en mí ninguna crítica. Si el terapeuta juzga en nombre de una moral, no cura. La actitud del confesor debe ser amorosa. Si no es así, los secretos nunca surgen a la luz. Recuerdo un cuento budista: Dos monjes están meditando en medio de la naturaleza; a uno lo rodean muchos conejos, al otro ninguno se le acerca. Éste pregunta: «Si nosotros dos meditamos con igual intensidad el mismo número de horas cada día, ¿por qué a ti te rodean los conejos y a mí no?». «Muy simple», responde el otro: «Porque yo no como conejo y tú sí».

Una participante, en uno de mis cursos, no soportaba que le tocaran el pecho. Apenas un hombre con el que, no obstante, deseaba mantener relaciones sexuales hacía ademán de acariciarle los senos, se ponía a chillar. Esta situación la hacía sufrir mucho, y ansiaba librarse de su pánico insensato. Le propuse que se descubriera el pecho. Así lo hizo, revelando unos hermosos senos. Le pregunté:

—¿Confías en mí?

—Sí —respondió.

—Me gustaría tocarte de un modo particular, que no se parece ni a las caricias de un hombre deseoso de gozar tu cuerpo ni al tacto de un médico que te examina fríamente. Me gustaría tocarte con mi espíritu. ¿Crees que podría establecer con tus senos un contacto íntimo que no tenga nada de sexual?

—Quizás...

Entonces levanté mis manos, a tres metros de ella, y le dije con suavidad:

—Mira mis manos. Voy a acercarme lentamente, milímetro a milímetro. En cuanto te sientas agredida o incómoda, ordena que me detenga y dejaré de avanzar.

Acerqué, pues, mis manos con extrema lentitud. Cuando estuve a diez centímetros de sus senos me pidió que me detuviera. Obedecí y, al cabo de un largo rato, despacio, muy despacio, volví a acercarme, atento a su reacción. Ella, tranquiliza-

da por la calidad de la atención que le dedicaba, percibiendo que actuaba con delicadeza y desprendimiento, no protestó. Por fin mis manos se posaron en sus senos, sin que ella sintiera dolor alguno, lo que le produjo vivo asombro. Aplicando la experiencia que tuve con el señor que alimentaba a los gorriones, tomé por los hombros a un participante y, sin soltarlo, hice que también le tocara los senos. A la mujer no le dolieron. Solté al hombre, la mujer se puso a gritar... Esta anécdota es un ejemplo del distanciamiento que, a mi modo de ver, es indispensable para quien desee realmente ayudar a los demás. Pude tocar, palpar los senos de aquella mujer situándome fuera de mi centro sexual, sin pensar en obtener placer. En aquel momento yo no era un hombre sino un ser. Lo importante es situarse en un estado interior que excluya toda tentación de aprovecharse del otro, de abusar de la fascinación que se ejerce sobre él para afirmar nuestro poder avasallando su voluntad. Si es así, la relación de ayuda pierde su esencia y se convierte en una mascarada.

Para que un acto mágico tenga buenos resultados, el charlatán popular debe, obligatoriamente, presentarse como un ser superior, conocedor de todos los misterios. El enfermo, de manera supersticiosa, acepta sus consejos sin comprender de qué manera ni por qué afectan a su inconsciente. Por el contrario, el psicomago se presenta sólo como el conocedor de una técnica, como un instructor, y se preocupa de explicar al enfermo el significado simbólico de cada acto y su finalidad. El consultante sabe lo que está haciendo. Toda superstición ha sido eliminada. Sin embargo, en cuanto se comienzan a ejecutar los actos prescritos, la realidad se pone a danzar en una nueva forma. Suceden cosas inesperadas que ayudan a la realización de algo que parecía imposible. Por ejemplo, a un profesor de escuela primaria, muy maltrado en la infancia, que estaba aquejado de una tristeza crónica, le aconsejé, entre otras cosas, que aprendiera a equilibrarse en la cuerda floja, así como hacen los artistas de circo. «¡Imposible!», me dijo, «vivo en una pe-

queña aldea, en el sur de Francia. ¿Dónde voy a encontrar quién me enseñe tal cosa?». Le insistí en que se propusiera hacerlo. ¡Al volver a la escuela, uno de sus alumnos le contó que estaba aprendiendo el equilibrio sobre la cuerda con un artista de circo retirado que vivía a pocos kilómetros de allí! En otra ocasión a un paciente con tendencias suicidas que, por ser producto de un incesto, consideraba que su sangre era impura, le aconsejé, para que su inconsciente sintiera que la había reemplazado por otra, que fuera con dos grandes termos a un matadero, que comprara sangre de vaca, que volviera a su casa y que se diera con ella una ducha hasta que toda su piel estuviera cubierta de rojo. Luego, sin lavarse, debía vestirse e ir a caminar por las calles, enfrentando con orgullo las miradas de los paseantes. También exclamó: «¡Imposible!». Sin embargo, al ir al dentista, en la sala de espera encontró un ejemplar de *El Incal*. Le preguntó al sacamuelas si lo había leído. Éste dijo que no, que lo había dejado allí uno de sus clientes, que era dueño de un matadero y que admiraba mucho mi obra. Mi consultante obtuvo su dirección, se presentó con algunos de mis álbumes autografiados y el propietario, muy contento, le dio los litros de sangre que necesitaba... Un día recibí la visita de una dama suiza cuyo padre había muerto en Perú cuando ella tenía 8 años. Su madre hizo desaparecer todo rastro de aquel hombre, quemando cartas y fotos, por lo que mi consultante seguía siendo, en el plano emocional, una niña de 8 años. Le prescribí un acto: ir a Perú y recorrer los sitios en donde había vivido su padre, hasta encontrar una prueba palpable de su existencia. Cuando regresara a Europa debía enterrar el o los recuerdos en su jardín y plantar allí un árbol frutal y, después, ir a casa de su madre y darle una bofetada. Es preciso decir que su madre, de carácter colérico, viril, la maltrataba e insultaba. La mujer se fue a Perú, encontró la pensión en que había vivido su padre y, por esa sincronía que llamo danza de la realidad, encontró cartas y fotos. El padre las había entregado a la dueña de la pensión, confiando en que un día su hija iría a buscarlas. Al leer aquellas misivas y contemplar esas foto-

grafías, dejó de ver al autor de sus días como un fantasma sin rostro y sintió por fin que había sido un ser de carne y hueso. Al enterrar los documentos en su jardín, también enterró a la niña de 8 años. Entonces fue a ver a su madre con la intención de darle la bofetada prescrita. Pero se llevó una sorpresa al comprobar que ella, por primera vez, estaba esperándola en la estación ferroviaria y, también por primera vez, le había preparado de comer. Al verla tan amable, se sintió muy turbada por tener que golpearla, ya que, excepcionalmente, su madre no le daba pretexto para hacerlo. Pero ella sabía que el acto psicomágico era un contrato ineludible que debía respetar. A los postres, mi consultante abofeteó a su madre por sorpresa y sin razón aparente, temerosa de una reacción brutal de su parte. Pero ésta se limitó a preguntarle: «¿Por qué lo has hecho?». Ante tanta ecuanimidad, la hija por fin encontró palabras para expresar todas las quejas que tenía de ella. La madre le contestó: «Me has dado una bofetada... ¡Pues debiste darme muchas más!».

Una mujer, crítico literario, que se aproxima a los 50 años, casada con un profesor de filosofía, de la misma edad pero adolescente perenne, me llama por teléfono desde Barcelona porque ha descubierto que su marido tiene una amante de 23 años. «Somos intelectuales, personas serias y maduras que rehúyen los escándalos emocionales. Pero, reteniendo mi rabia, he caído en una depresión enorme. Y él no quiere renunciar ni a ella ni a mí. ¿Qué debo hacer?» «Te voy a pedir que analices tu vida como si fuera un sueño. ¿Por qué sueñas que tu marido de 50 años tiene una amante de 23?» «¡Oh, recuerdo que precisamente cuando tenía 23 años me lié con un hombre de 50! Aquello duró tres años. Luego lo abandoné para irme con un hombre más joven.» «¿Ves? Estás viviendo algo que es semejante a una repetición onírica. En cierta manera, te sueñas en el lugar de la esposa engañada y te das cuenta de cómo, siendo joven, hiciste sufrir a la mujer de tu amante. Si aquello no duró, es muy posible que la aventura de tu filósofo se acabe también en un año más, puesto que te has enterado de que ya lleva dos con la otra. Luego regresará a llorar en tus brazos.»

«Cada día que pasa me parece un siglo. No puedo tolerar esta situación. Me siento disminuida, enferma de rabia, vieja.» «No soy un charlatán, no te puedo aconsejar que envuelvas el cadáver de un colibrí en una cinta roja y que se lo hagas tocar, o que sobre sus huellas en la arena viertas pétalos de rosa, para que vuelva de inmediato. Pero sí te puedo ayudar a que tu inconsciente acepte esta relación triangular y esperes con calma a que pase el año.» Le prescribí que fuera a una pajarería, que comprara tres canarios, un macho (su marido) y dos hembras: una, joven, bonita (la amante), y la otra de más edad, fea y gorda (ella). Luego debía meter los pájaros en una jaula y colgarla en su oficina, frente a su escritorio. Al cabo de diez días, debía regresar a la pajarería y regalarle los canarios al mismo hombre que se los vendió. Le dije: «El vendedor de pájaros representará a Dios (tu padre, un hombre ausente). Una vez que te sientas bien, debes entregarle ese problema infantil, de abandono». Pasaron los días, de pronto me llama en un estado de conmoción: «Acaba de suceder lo increíble: puse a los canarios juntos, los alimenté por igual. Pero poco a poco la hembra joven fue engordando, perdiendo las plumas, inmovilizándose en un rincón. La otra, la de más edad, embelleció, adelgazó, trinó con alegría. Supe más tarde que una hembra joven parece si no es fecundada por el macho. Al décimo día, es decir hoy, cuando me senté a trabajar, de pronto miré hacia la jaula y en ese preciso momento la pájara enferma cayó muerta. Estoy aterrada. Ella representaba a mi rival. Siento que la he matado. ¿Qué hago?». «La realidad ha danzado para reconfortarte. Acepta ese don. Pon el avecilla en el fondo de una maceta, llénala con tierra y planta un rosal. Manténlo vivo lo más que puedas en tu casa y ve a regalarle la pareja restante al pajarero.» Al cabo de un tiempo la consultante me llamó otra vez para decirme que estaba encantada del acto. Hacía ya mucho que no se sentía tan bien. Había vuelto a encontrar la alegría de vivir. Ahora le importaba un cuerno lo que hiciera su marido.

Podría parecer un fácil juego surrealista dar consejos psico-

mágicos, pero, en realidad, sólo puede dispensarlos una persona que haya trabajado mucho sobre sí misma. Cada acto debe, como un par de zapatos hechos a la medida, corresponder a las sutiles características del consultante. Si no hay dos personas iguales, no pueden recetarse actos idénticos. Cierta individuo, después de asistir a una de mis conferencias, se sintió autorizado para ponerse a practicar inmediatamente, organizando un grupo femenino. Pidió a sus alumnas que se identificaran con una muñeca, que vertieran en ella los dolores infantiles y la rabia contra sus padres y que las depositaran en un saco, que él guardaría para hacer más tarde una ceremonia de purificación. Además debían comprar unas tijeras grandes y enviárselas, con una tripa de gallina, a su madre. ¡Catastrófico! ¡No se puede prescribir los actos «al por mayor»! ¡El supermercado psicomágico es una aberración! Por supuesto que el efecto fue negativo. Los familiares no comprendieron tal acto, muchos pensaron que su hija había enloquecido. No estaban tan alejados de la realidad: después de ese taller, vino a verme una mujer despavorida, al borde de una psicosis, convencida de que ahora el «psicomago» tenía un poder sobre ella. Para tranquilizarla, le recomendé que fuera a recuperar su muñeca, pero el hombre no se la pudo devolver porque, apenas se marcharon sus alumnas, había tirado todo a la basura. En resumen, se trataba de un comerciante dedicado a ganar dinero explotando la credulidad de un grupo de mujeres. Recuerdo una historia:

En una fábrica, un complicado aparato se descompone. Vienen los mejores técnicos, trabajan días enteros, con toda clase de herramientas sofisticadas, pero no logran hacerlo funcionar. Por fin llega un viejo trayendo una maletita. De ella saca un simple martillo, da un pequeño golpe en un engranaje del aparato y éste se pone en marcha. El viejo pide por sus servicios un millón un dólar. Los fabricantes se quejan: «¿Cómo es posible? ¡Usted se permite pedir un millón un dólar sólo por un martillazo!». «No», responde el anciano, «el martillazo cuesta un dólar. Los estudios que tuve que hacer para poder darlo con efectividad, cuestan un millón». Proponer un acto

de psicomagia efectivo es el resultado de un largo aprendizaje.

Cuando se me hizo claro que mis consejos podían provocar una mutación en la mente del consultante, me di cuenta de la enorme responsabilidad que tal cosa implicaba. Un error podía provocar catástrofes como el agravamiento de una enfermedad, un suicidio, un divorcio, una depresión, una psicosis o un acto criminal, por lo cual comencé la Psicomagia tomando muchas precauciones; la principal de ellas, dar actos muy pequeños que no involucraran a más personas que el consultante.

A una mujer que había crecido martirizada verbalmente por sus padres y que no podía hablar sin palabras agresivas, le recomendé comprar miel en trozos de panal. Le pedí que endulzara su boca mascando aquello hasta obtener un montoncillo de cera, que esos restos los fuera acumulando en un joyero y que, al cabo de un tiempo, le diera a esa cera la forma de un corazón, que untara su lengua en tintura vegetal roja, que lamiera el corazón hasta teñirlo de rojo y que por último lo clavara en la letrina, frente a la taza donde hacía sus necesidades. Así su inconsciente recibiría el mensaje de que hablar era un acto de amor y no una excreción.

Otra consultante solicitó que le prescribiera un acto que le permitiera perdonar a su padre muerto y vencer así el odio hacia los hombres. Le pedí que me dijera en qué momento su padre había roto toda relación con ella. «Poco después de mi primera regla», me respondió. (Es frecuente que un padre, por temor a excitarse, se aparte de su hija cuando ésta se hace mujer. La niña, sin comprender por qué la aleja, sufre de no sentirse más en sus rodillas y le duele renunciar a esa forma de intimidad, de contacto.) Después le pregunté dónde estaba enterrado su padre y le propuse que fuera a su tumba. «Allí, lo más cerca posible del ataúd, enterrarás un algodón empapado en tu sangre menstrual y un paquete con terrones de azúcar. El azúcar para señalar que no se trata de un acto agresivo, sino de una aproximación amorosa, de un intento de comunicación significando que las reglas no son un impedimento a la felicidad.»

Cuando la persona que nos ha herido ha fallecido, para el

inconsciente la tumba es la representación de ella. Si no tiene tumba, se utiliza una fotografía y si no hay fotografías un dibujo. Otra consultante se encontró a los cuatro años interna en un colegio que dirigía su tía abuela. Esta señora la tiranizó sádicamente. En su trabajo conmigo, la consultante descubrió el odio profundo que sentía hacia aquella mujer. No podía perdonarla pero tampoco podía vengarse, puesto que su víctima ya había dejado este mundo. Por lo tanto, le aconsejé que fuera al sepulcro de aquella mujer y, una vez allí, diera rienda suelta a su odio: que pateara la tumba, que gritara insultos, que orinara y defecara, pero con la condición de que analizara minuciosamente las reacciones que le provocaba la ejecución de su venganza. Siguió mi consejo y, después de desahogarse sobre la losa, sintió desde el fondo de sí misma el deseo de limpiarla y cubrirla de flores. Aquel odio no era sino la cara deformada de un afecto no correspondido.

Quando la persona odiada ha sido incinerada y no tiene tumba, o simplemente está aún viva, se puede insultar a una fotografía. Luego la imagen debe ser quemada. Enseguida el consultante debe tomar un poco de las cenizas, disolverlas en un vaso de vino, si son de un hombre, o en un vaso de leche, si son de una mujer, y beberlo. Así el mal, purificado finalmente, se convierte en antídoto.

Un muchacho se lamenta de «vivir en las nubes», me explica que no consigue «poner los pies en la realidad» ni «avanzar» en pos de la autonomía financiera. Tomo sus palabras al pie de la letra y le propongo que consiga dos monedas de oro y se las pegue a las suelas de los zapatos, de manera que esté todo el día pisando oro. A partir de ese momento, baja de las nubes, pone los pies en la realidad y avanza.

Otro consultante, casado y sin hijos, no se siente lo bastante hombre. Fue educado por su madre, viuda, en medio de tres tías y una abuela, también viudas o solteras. Para él, un padre es un ser inexistente: ha embarazado a una mujer y luego ha muerto. Por eso teme que su mujer quede encinta. Para hacerlo sentir existente como hombre, le aconsejo que

reúna treinta mil francos (puede conseguirlos prestados), que los enrolle a lo largo, manteniéndolos unidos con un elástico; que compre dos bolas chinas (de esas que los orientales hacen girar en sus manos para calmarse y meditar); que se fabrique un sostén de gamuza y que lleve entre las piernas el rollo de billetes como un falo y las bolas chinas como testículos. Con ese peso debajo del pantalón, debe ir a su trabajo, visitar a sus amigos, conversar con sus familiares, acariciar a su esposa. También dormir así durante tres días. Este consejo, al parecer cómico, tuvo un resultado inesperado: aparte de cambiar su carácter, el hombre dejó encinta a su mujer.

A una cantante, que siempre fracasaba en las audiciones, por sentirse sin talento, le recomendé que pusiera diez monedas de oro dentro de un preservativo y que lo introdujera en su vagina. Luego, así, que se presentara al examen. Cantó como nunca. Obtuvo el trabajo.

A veces, para solucionar los problemas, no dudé en recomendar actos que una persona con prejuicios podría considerar pornográficos. Sin embargo, si se pretende curar espiritualmente a un sufriente, es necesario hacerle comprender que sus órganos sexuales son santuarios donde puede encontrar aquello que él llama Dios. También debe aprender a valorar su cuerpo no desdeñando sus secreciones. El excremento, la saliva, la orina, el sudor, la sangre menstrual o el semen pueden ser usados como elementos liberadores de sentimientos inhibidos. Una consultante, lesbiana, se siente incapaz de comenzar el libro que se ha propuesto escribir. Apenas enciende el ordenador se pone a resolver juegos. Le explico que se ha quedado niña, es decir, asexual, porque sabe que al llegar a adulta carecerá del poder fálico. Le aconsejo que vaya a un sex-shop, que compre un falo que pueda amarrar a su pubis con un cinturón, que ponga un gran papel blanco a la altura de sus caderas, que unte el falo en tinta y que escriba con él las dos primeras frases de su libro. Después de esto, el resto le será fácil redactarlo en su ordenador.

En Guadalajara, un hombre enfermizamente tímido me

consulta porque no llega a concretar sus proyectos ni a terminar lo que comienza. Le aconsejo que vaya a la concurrida Plaza de la Liberación, desnudo bajo un gran abrigo, que se siente en un banco y que metiendo la mano por un bolsillo desfondado se masturbe hasta eyacular. Guardará el semen dentro de un medallón oval con la foto de su madre, colgado en su cuello como un talismán.

Una mujer joven, francesa, nunca ha sentido deseos sexuales. Su padre ha muerto de un cáncer de próstata y ella, irracionalmente, culpa de esto a su madre, acumulando una feroz rabia contra ella. Le explico que teme que, si experimenta el deseo, tendrá relaciones sexuales, quedará encinta y se transformará en una madre, es decir, en su madre. Le aconsejo que sobre una fotografía de su progenitora coloque dos huevos de avestruz, símbolo de los ovarios maternos. Reventándolos a martillazos dejará surgir su rabia. Luego, con otros dos huevos de avestruz, que representarán sus propios ovarios, hará una gran tortilla y la ofrecerá en una cena a un grupo de siete amigos. «Mientras los observas comer, permítete imaginar cómo funcionan en la cama, verás que te aparecen los deseos. En cuanto a los restos de los huevos rotos a martillazos y la fotografía de tu madre, entierra todo eso y planta una flor blanca. Enseguida ve a la tumba de tu padre y, con agua, jabón y una escobilla, límpiala.»

Un hombre casado, con dos hijos y que ama a su mujer, me consulta porque padece eyaculación precoz. Le pregunto cuánto dura su acto sexual. «Apenas veinte segundos», me responde. Le aconsejo que esa noche haga el amor con su esposa poniendo junto al lecho un cronómetro y que le prometa que va a eyacular más rápido que nunca, es decir, en exactamente diez segundos. Así trata de hacerlo. Regresa feliz a verme, diciéndome con una gran sonrisa: «Fracasé. Por más que traté no pude. Duré media hora».

Un muchacho que carece de padre siente que no tiene autoridad. Me pide un consejo para desarrollar la capacidad de dar órdenes. Le aconsejo que comience por dar órdenes a las

cosas que son. Si ve que está comenzando a llover que diga «¡Ordeno que comience a llover!». Si su perro está acostado, que diga «¡Ordeno que estés acostado!». Si ve pasar automóviles que diga «¡Ordeno que pasen automóviles!», etc. Así vencerá su timidez y se acostumbrará a mandar.

Una mujer fue abandonada por su padre cuando tenía 6 años. Siempre se une a hombres que la abandonan. Ya no quiere continuar viviendo sola como su madre, que solía decirle: «Más vale sola que mal acompañada». Quisiera formar una pareja estable. Le explico, a la luz del Tarot: «Como te ha faltado la comunicación con tu padre, y sólo has escuchado a tu madre, no sabes aceptar a los hombres. Tienes que aprender a oír las palabras masculinas. Te aconsejo que te compres un walkman para que, durante cuarenta días, te pasees y trabajes escuchando grabaciones de la voz de poetas y de hombres sabios».

No queriendo pasar por charlatán, renuncié a tratar de curar enfermedades físicas. Sin embargo hice algunas excepciones. Un profesor de buceo submarino ha padecido durante años de aftas en la boca. Ningún médico ha podido curarle esas úlceras. Vemos en el Tarot que ese mal proviene de la impotencia que siente de no poder hacerse escuchar por su madre, ya muerta. Ella, mujer divorciada y narcisista, sin hombre, pasaba días enteros ante el espejo, preocupada de sí misma, luchando contra las arrugas. Le pregunto cuál era la altura de su madre. «Un metro sesenta», me responde. Le aconsejo que consiga una Virgen de yeso de un metro sesenta de altura. Que luego descienda con ese ídolo en el océano hasta llegar al fondo. Una vez allí debe perforar las orejas de la santa con un taladro. Luego pegar un instante su boca junto a cada agujero y después, ya en tierra, gritarle a la escultura todo aquello que nunca pudo decir a su madre. Por último debe enterrar esa virgen poniéndole un poco de su semen en cada oreja y plantar allí un árbol. El consultante siguió mis consejos. Sus aftas desaparecieron.

Mi amigo chileno Martín Bakero, psiquiatra y poeta, camina con dolor porque le ha crecido una verruga en el pie izquierdo, entre el cuarto y el quinto dedo, que le llega hasta el hueso. El dermatólogo, viendo que las pomadas que le ha dado no han surtido efecto, ha comenzado a quemarle la verruga por capas diciéndole que el tratamiento puede durar entre uno y dos años. Le pregunto a Bakero si hace ya mucho tiempo que está en París. «Cuatro años», me contesta. «¿Tuviste en la infancia una buena relación con tus padres?» «Mi padre fue un hombre ausente. Mi madre me trató magníficamente. Hijo único, en cierto modo fui su pareja. Reconozco que tenemos una profunda relación edípica.» «Lo que pasa es que te culpabilizas por haberla dejado en Chile. Toma la foto de tu madre, sácale diez fotocopias, pega una cada mañana, con arcilla verde, en tu pie enfermo, y marcha así todo el día.» En una carta, el poeta me relata su acto: «Al comienzo, me resistí a llevar a cabo lo que me aconsejabas: siempre los síntomas del enfermo van acompañados de un goce inconsciente. Te dije: “No tengo fotos de mi madre” y respondiste “Dibújala”. “No sé dibujar”, gruñí y replicaste “Te estás resistiendo a la curación”. Al día siguiente hice todos mis esfuerzos y encontré una foto de mi madre, llevé a cabo el acto y, una vez finalizadas las diez aplicaciones, la llaga desapareció, dejando paso a una piel nueva y limpia. No he vuelto a tener problemas».

Una mujer que cojea, apoyada en un bastón, quiere que la ayude a caminar bien. Le explico que no hago milagros. No soy Pachita para agregarle un hueso y estirarle la pierna, sin embargo puedo hacerle aceptar mejor su cojera. Le pregunto que dónde ha conseguido ese bastón tan feo, sin barniz y de madera ordinaria. «Era de mi abuelo paterno», me responde. «¿Y qué pasó con ese abuelo?» «Nunca se comunicó con nadie. Vivió como un ermitaño, encerrado en su apartamento.» Le aconsejo que quemese ese bastón, que tome un puñado de sus cenizas y que se frote la pierna corta. Luego que se compre el más bello bastón que encuentre, con mango de plata y madera de ébano. Así lo hace. Recupera el gusto de pasearse caminan-

do. Aprendí, dando este acto, que los lugares del cuerpo que están afectados, una cicatriz, una joroba, etc., deben ser exaltados.

Finalizaré estos ejemplos transcribiendo una carta: «Fui a verlo al café donde cada miércoles lee gratuitamente el Tarot y le hice una consulta: “Hace 18 meses que siento un fuerte dolor en la nuca. ¿Este dolor puede ser efecto de una regresión desde el punto de vista espiritual?”. Había consultado a médicos, acupuntores, masajistas, osteópatas, ensalmadores, curanderos y, desde luego, tomado medicamentos antiinflamatorios, cortisona, infiltraciones, etc. Nada había hecho efecto. Usted me indicó un acto psicomágico: debía sentarme en las rodillas de mi marido y él tenía que cantarme en la nuca una canción de cuna. Pero lo que usted no sabía es que mi marido es cantante de ópera. Me cantó una canción de Schubert. Estoy curada, ya no me duele». Haciendo una ecuación entre la nuca, el pasado y el inconsciente, sentí que la relación de la consultante con su padre no había podido desarrollarse bien. Al sentarla en sus rodillas, el marido, simbólicamente, desempeñaría el papel de padre y ella volvería a la infancia. Por otra parte, cantándole una canción de cuna a la altura del sitio doloroso, realizaría un deseo infantil que no había sido satisfecho, es decir, que el padre la durmiera y se comunicara con ella en el plano afectivo.

Esta primera serie de consejos, las más de las veces dados al final de una lectura de Tarot, se extendieron por un período de cuatro años, sin que osara resolver cosas más importantes. (Habiendo solucionado mis problemas económicos gracias a la excelente acogida que habían recibido mis cómics —colaboraba ya con diez dibujantes—, decidí sentarme en un café y leer gratuitamente el Tarot durante dos horas para luego dar una conferencia comentando aquello. A esta actividad la llamé «Cabaret Místico».) A pesar de que nunca repetí un consejo, me impuse ciertas reglas. Por ejemplo: siempre cuidé que un acto tuviera un fin positivo, evitando aconsejar algo que terminara en la cólera o la destrucción. Si a veces se hizo necesario sacrificar animales, sin excepción comestibles, fueron luego

cocinados y ofrecidos en banquete a familiares o amigos. Cuando se enterró algo, la tierra disuelve y purifica, se plantó en el mismo lugar un bello vegetal. Cualquier confrontación virulenta frente a una tumba fue coronada por una ofrenda de miel, azúcar, flores, o por limpiarla con agua y jabón para después perfumarla. Cada vez que la familia implantaba una visión castradora, yo aconsejaba que el o la consultante se presentara disfrazado, primero de aquello que se le imponía, y que luego se vistiera de aquello que se le impedía ser. Muchas mujeres que habían desilusionado al padre por no nacer hombre y que habían sido forzadas a masculinizarse, con la subsecuente frigidez y esterilidad, se mostraron ante él con una falsa panza de embarazada, vestidas con erotismo femenino, bien maquilladas y con peluca larga.

Una mujer que ha vivido con su padre viudo y cuatro hermanos, un «harén de hombres», ha sido tratada como un ser decorativo pero sin valor y siempre se ha virilizado buscando la aceptación del padre. Le propongo que vaya a verlo, vestida de hombre, llevándole de regalo una botella de mezcal, su alcohol preferido. «Si te pregunta por qué vienes disfrazada así, le dices: “Bebamos primero un vaso y luego te respondo”. Después de brindar ve al baño y transfórmate en mujer seductora, con peluca de largos cabellos, pestañas postizas, labios granates, minifalda, etc. Preséntate ante él y dile: “Mira, éste es un aspecto mío que desconoces. Te he mostrado dos extremos: el hombre que quieres que sea y la mujer exagerada que no quieres que sea. Ahora te voy a mostrar cómo soy en realidad. Y vas a vestirme como una mujer decente y de buen gusto. Te muestras así ante tu padre y le dices: “Mírame bien, no soy un marimacho ni una puta. Ésta es la mujer que soy. Ser mujer no es ser una idiota. Acéptame como tu hija”.»

Respecto al hecho de mostrarse ante los padres obedeciendo al pie de la letra las imágenes que nos han pegado como etiquetas, realizamos un acto, de común acuerdo, con mi hijo Cristóbal que, según él, le cambió la vida. Debo reconocer que, en la época en que nació, yo era aún lo que llamo un

«bárbaro psicológico». Sólo me interesaba mi realización artística, sin preocuparme de sanar ni mis problemas psicológicos ni los de nadie. Consideraba que la gente era como era y adoptaba ante ella una postura crítica. Fui un padre insensible, severo, competitivo. Recuerdo haber tenido un ataque de celos cuando lo vi chupar la leche de los senos de «mi» mujer. Es decir, me comporté con él exactamente como mi padre se había comportado conmigo. En la bruma de mi neurosis, le puse dos nombres, Axel, para que fuera un remedo exacto de mi persona (Alex), y Cristóbal, para que descubriera un nuevo mundo... Axel Cristóbal, bajo este doble deseo, pareció crecer con una doble personalidad. Cada vez que hacía algo «satisfactorio» (imitarme), era el Doctor Jekyll. Cuando hacía una «maldad» (intentar ser él mismo) lo trataba de Mister Hyde. Este conflicto le provocó cleptomanía. (Y yo, como Jaime había hecho conmigo, para castigarlo lo privé de sus juguetes.) Durante años no pudo dominar su impulso de robar. A pesar de que con el tiempo nuestra relación, saliendo de la barbarie psicológica, se convirtió en un amor consciente (ambos nos preocupamos de aplanar las asperezas del pasado en múltiples confrontaciones, que terminaron en que Axel le dejó el sitio a Cristóbal), él siguió sintiendo esos impulsos de apoderarse de objetos ajenos. La lucha por inhibirlos le angustiaba. Me pidió un acto de psicomagia para curar aquello. Hice que se ensuciara las manos con barro recogido al pie de un árbol. Luego me arrodillé ante él, le puse esas manos sucias sobre mi rostro y le pedí perdón. Después, en el lavabo de mi baño, lentamente, con atención concentrada, se las lavé y perfumé. Luego le froté las palmas con una tarjeta postal mexicana que representaba a san Cristóbal portando al niño Jesús. Después le recomendé fabricarse unas tarjetas de visita que decían: «Soy Axelito, el niño ladrón. Pude haber robado esto, pero decidí no hacerlo. Agradézcanme y bendíganme». Cristóbal, cada vez que iba a una tienda, apenas se sentía tentado, cuidando de que nadie lo viera, depositaba su tarjeta. A veces colocaba más de diez. Era tan hábil para eso que nunca nadie lo sorprendió.

La cleptomanía desapareció por completo, definitivamente. Tiempo después vino a verme portando una maleta. Me sentó en el salón, desapareció en un cuarto y volvió vestido de Doctor Jekyll. Con fuerza sobrehumana, dejó salir su rabia y se arrancó a pedazos el disfraz, para patearlo en el suelo. Así desnudo volvió a salir para, después de un rato, venir a verme disfrazado de Mister Hyde, con su sombrero, su capa, su bastón, sus dientes largos. Se echó en mis brazos y lloró lanzando hondos y desgarradores lamentos. Comprendí lo que me pedía. Comencé, también llorando, a despojarlo de su disfraz. Luego hicimos un paquete con las prendas, tanto las de Jekyll como las de Hyde, y caminamos hasta el Sena. Allí, de espaldas a la corriente, lanzamos el bulto y nos fuimos, sin volver atrás, a celebrar la liberación en un buen restaurante.

Otro consejo que di varias veces, por supuesto cada vez con ciertas variantes, fue a personas que padecían por tener una madre invasora. Aunque ya no vivieran con ella, todo el tiempo la tenían en la mente, dirigiendo sus vidas. Propuse que la trataran como a un ídolo. En India, a los dioses representados por esculturas, se les alimenta. Es decir que se les ofrecen flores, incienso y comida. En la época en que dirigí a Maurice Chevalier, fui invitado a cenar en su mansión. Allí vi un banquillo donde el cantor se arrodillaba para rezar. En el lugar donde debería estar el Cristo o la Virgen, vi el retrato de una señora. Era la madre del cantante. Él la había ascendido a ídolo. Inspirado por esto, recomendé a mis consultantes que en lugar de luchar infructuosamente por expulsar a la invasora, que mientras más la atacaban más crecía, le dieran un sitio preciso en la casa. Un pequeño altar donde colocarían la foto de su madre encuadrada por un marco de acero y cubierta por una rejilla de alambre. Así el inconsciente podía estar seguro de que la «fiera» no se escaparía. Luego, para sentirla satisfecha, había que honorarla, depositando ante ella flores frescas, quemando incienso, manteniendo todo el tiempo encendida una lamparilla comprada en una iglesia. Además, cada vez que cenaran debían reservar unos trocitos de comida para depositarlos en un platillo ante el

ídolo maternal. Así ella, bien alimentada, cesaría de devorarlos.

Muchos consultantes padecían problemas de devaluación. Inspirándome en las técnicas chamánicas de don Ernesto, les pedí que en una hoja de buen papel escribieran todo aquello de lo que querían deshacerse: autocrítica paralizante, falta de talento, celos enfermizos, timidez, etc., y que firmaran la lista con una gota de su propia sangre y la enterraran. Me apliqué el consejo: hacía veinte años que pulía y corregía mi primera novela *El loro de siete lenguas* pensando que nadie nunca la iba a leer. Enterré mi «novelista fracasado». Dos meses más tarde me llamó por teléfono a París un editor chileno, Juan Carlos Sáez, que se había enterado por un amigo mío de que yo tenía una novela, y me ofreció publicarla. Así fue hecho.

Algunos hombres se quejaron de no encontrar una amante. Les recomendé que en una cinta de seda rosada escribieran con tinta indeleble: «Deseo con toda mi alma encontrar una mujer», que la firmaran con una gota de su propia sangre y luego la amarraran alrededor de su pene para mantenerla ahí un día y una noche.

Algunas mujeres pidieron un acto de psicomagia que les permitiera encontrar un hombre. A aquellas que vi encerradas en ellas mismas, tímidas, incapaces de manifestar su cólera contra el padre, les aconsejé que fueran a una escuela especializada y tomaran lecciones de tiro, no sólo con pistola o rifle sino también con ametralladora. Recibí una carta donde la consultante me agradecía efusivamente el consejo: había formado pareja con su instructor. Más tarde me vino a ver pidiéndome un acto de psicomagia que le permitiera liberarse de ese hombre.

Los abortos, cuando son provocados por problemas emocionales o económicos, causan traumas profundos. La mujer, sintiéndose culpable, se deprime y no se resigna. La relación de la pareja puede entrar en crisis, alejándose cada vez más uno del otro. Para ayudar a mis consultantes, en ese caso, les propuse pensar en un fruto que identificaran con el feto —algunas eligieron una frambuesa, otras un pequeño mango o

una mandarina—. Una vez elegido el fruto debían colocarlo sobre su vientre desnudo y sujetarlo con cuatro vueltas de venda color carne. Un amigo, el marido, el amante, un familiar, vestido de cirujano debía cortar las vendas y tomar el fruto imitando que lo arrancaba con gran dificultad. Durante esta acción, la consultante tenía que revivir los sentimientos que había experimentado durante la operación y expresarlos en voz alta. Después debía colocar el «feto» en una pequeña caja de madera noble fabricada en compañía del hombre que la había inseminado o de su pareja del momento o de un amigo o de un familiar. Luego debían ir ambos a un bello lugar, hacer un hoyo con las manos y enterrar allí el «ataúd» para plantar encima de él un arbolillo. Hecho esto el hombre debía besarla en la boca y deslizarle un dulce de miel.

Cuando me consultan personas que tienen espinillas en la cara y veo que han carecido de la atención de sus padres, les aconsejo que hagan escupir a su madre y a su padre en un poco de arcilla verde que sostienen en la mano derecha. Luego, que con los dedos medio y anular de la mano izquierda remuevan la arcilla y la saliva hasta formar una pasta que se colocarán sobre las espinillas o el eccema.

Ya en los casos extremos, cuando los abusos infantiles han sido tan crueles que sus daños parecen incurables, le propongo al consultante que muera... para que renazca otro. Le aconsejo que elija un lugar hermoso. Que, ayudado por un grupo de amigos, cave su fosa. Que lea, frente a ella, su discurso fúnebre. Que, desnudo y envuelto en una sábana, se acueste. Que sus amigos lo cubran con tierra (por supuesto dejando su boca y su nariz al descubierto) y que se quede ahí, imitando el vacío de la muerte, un mínimo de cuarenta minutos. Sus amigos, entonces, a su pedido, lo deben desenterrar, lavar, vestir con ropas nuevas y bautizar con otro nombre.

Cuando a un niño, o a una niña, se le ha dado por inconsciencia un nombre nefasto, por ejemplo el de un hermano muerto antes de que él naciera o el de una parienta que se suicidó, etc., aconsejo cambiarle el nombre. Para evitar que el pe-

queñuelo se sienta desposeído de su identidad deben regalársele dos cofrecillos, uno gris y el otro dorado. «En este cofre gris vas a guardar tu nombre», y en una tarjeta simple, opaca, la madre o el padre escribe su nombre y la guarda en el cofrecillo. «Y de éste», se abre el cofrecillo dorado y se saca una tarjeta brillante con adornos alegres, «sacamos un nuevo nombre, más bonito aún», y le leen el nuevo nombre escrito en la tarjeta. «Desde ahora te llamaremos así. Cuando quieras recordar tu antiguo nombre, lo sacarás un momento del cofre gris, lo saludarás y lo volverás a guardar.»

A las mujeres divorciadas que no logran vencer la rabia que les produce su ex marido, les he aconsejado que peguen la foto del rostro del hombre en una pelota de fútbol y que le den patadas.

A las personas que nunca fueron acariciadas les aconsejo que dejen que su pareja o una persona amiga les dé un largo masaje usando, en lugar de aceite, miel de acacia. Y que al final, con una foto de la madre en la mano izquierda y una del padre en la mano derecha, le froten con ellas todo el cuerpo.

A veces, con personas que reprimían sus sentimientos, usé la poesía activa como remedio. A un músico frustrado le pedí que se levantara a la salida del sol para escuchar los cantos de los pájaros diciéndose repetidas veces, como una letanía: «Ellos están contentos porque yo existo». A una mujer que se sentía inexistente la hice detenerse en medio de un puente, a las doce de la noche, durante el verano, y repetir muchas veces, mirando la corriente: «El río pasa pero el reflejo de las estrellas permanece». A un hombre que sufría pensando ser esencialmente antipático, le aconsejé susurrarle en el oído a cien personas (parientes, amigos, colaboradores, etc.): «Una sola luciérnaga, en la noche oscura, ilumina todo el cielo».

Poco a poco me fui atreviendo a proponer actos más complejos. Hoy en día, todos los miércoles, sin ninguna publicidad y siempre gratis, ayudado por el Tarot, doy actos de psicomagia a unas veinte personas. Mi compañera Marianne Costa, por suerte, ha tomado nota de estos consejos (que pueden ser leí-

dos en el Apéndice, página 419) pues, como los doy en un estado de trance, a los pocos minutos los olvido.

Una vez concedí a Gilles Farcet una serie de entrevistas que se publicaron en un libro, *Psicomagia*. Sus lectores me escribieron pidiéndome sesiones privadas, cosa que hice durante un año para enfrentarme a problemas importantes y experimentar nuevos caminos en esta forma de terapia. Muchos psicoanalistas, osteópatas y médicos de la llamada Nueva Medicina (alumnos en el sur de Francia del doctor Gérard Athias), siguieron mis cursos y los aplicaron a sus disciplinas. Más tarde el Instituto SAT (Seekers After Truth, Buscadores de la Verdad), que dirige el psiquiatra Claudio Naranjo, discípulo directo de Frederick Perls, creador de la terapia Gestalt, me invitó a dar unos cursos en España y México, donde trescientos futuros terapeutas aprendieron las técnicas de la Tarología, de la Psicogenealogía y, sobre todo, de la Psicomagia. También en Santiago de Chile formé grupos, y luego en Nápoles, con alumnos del psicoanalista Antonio Ferrara. Para transmitir este arte, que había practicado en estado de trance, tuve que esforzarme por encontrar «leyes» que permitieran a los espíritus científicos adentrarse en sus misterios.

La Psicomagia se apoya fundamentalmente en el hecho de que el inconsciente acepta el símbolo y la metáfora, dándoles la misma importancia que a los hechos reales. Esto lo han sabido los magos y chamanes de las antiguas culturas. Para el inconsciente, actuar sobre una fotografía, una tumba, una prenda de vestir o cualquier objeto íntimo (un detalle puede simbolizar al todo), es igual que si se actuara sobre la persona real.

Una vez que el inconsciente decide que algo debe suceder, es imposible para el individuo inhibir la pulsión o sublimarla totalmente. Una vez lanzada la flecha, no se la puede regresar al arco. La única manera de liberarse de la pulsión es realizándola... Pero esto se puede hacer metafóricamente.

Muchos niños que han sido malqueridos por sus padres crecen con el deseo de eliminarlos. Mientras no realicen esto,

seguirán sumidos en una depresión que los puede conducir al suicidio, al vicio o a enfermedades mortales. Recomiendo entonces colgar del cuello de una gallina negra el retrato de la madre y del cuello de un gallo rojo el retrato del padre. Luego cortarles el cuello y bañarse en su sangre. Después desplumarlos, cocinarlos y ofrecerlos en una fiesta como alimento a un grupo de amigos. Las plumas negras y rojas así como los restos de los animales deben ser enterrados y, sobre ellos, plantarse un arbolillo.

He curado muchos casos de frigidez femenina —cuando se ha detectado una fijación sexual con el padre— recomendando que impriman en una camiseta una foto de su progenitor y que luego hagan el amor con su pareja mientras éste lleva esa camiseta puesta. Así, en forma metafórica, se realiza el incesto y se supera. Vino a verme una muchacha que padecía de llagas como quemaduras en la vagina cada vez que hacía el amor. Buscando en su árbol genealógico pude ver que a los 13 años había sido separada de su padre italiano. Para que realizara el incesto metafórico le propuse que en tres litros de agua cocinara un paquete de espaguetis. Que luego en una bolsa enviara los espaguetis a su padre y que ella, con el agua donde los había cocinado, se hiciera lavados vaginales. Se curó.

No se puede eliminar una angustia, un miedo irracional, tratando de razonar con el consultante para demostrarle que aquello que teme nunca le puede suceder. Lo que hay que hacer es empujarlo hacia la angustia, para que realice, metafóricamente, lo que tanto teme. Esto me lo inspiró una anécdota del psiquiatra estadounidense Milton Erickson, que, siendo pequeño, vio a los trabajadores de su padre tratando de hacer entrar en el corral a un becerro tozudo que se negaba a avanzar. Por más que lo empujaban no lograban moverlo. Erickson se acercó a ellos, le tomó la cola al animal y tiró fuertemente de ella. Al sentir que le daban una orden de retroceder, el tartarudo becerro echó a correr hacia el corral.

Cuando una persona siente que está poseída por otra, alguien de su familia, un brujo o una mala persona, es imposible

convencerla de lo contrario dándole razones, que si bien las podrá aceptar intelectualmente, las rechazará con su centro emocional. Hay que tratarla como a una poseída y someterla a un acto que semeje un exorcismo. Para ello, se le pegan por todo el cuerpo, con una mezcla de arcilla, harina y agua, copias de la fotografía o del dibujo del invasor. Luego, se le van arrancando al mismo tiempo que se aúllan órdenes furibundas como: «¡Fuera! ¡Deja en paz a esta persona! ¡Regresa a ti mismo!». Una vez que todo ha sido retirado, se baña al paciente, se le perfuma y se le viste con ropas nuevas. Las fotografías se entierran y allí se planta un crisantemo.

También se le puede recomendar que se fabrique un carnet de identidad falso cambiando en el documento su nombre, su edad y su profesión, para engañar a quien lo quiere poseer. Cuando, en algunas familias judías de Europa central, alguien se enfermaba de gravedad, llamaban al rabino para que le cambiara de nombre. Así, cuando la muerte lo venía a buscar, no lo encontraba.

La psicoanalista Chantal Riailand, que estudió conmigo durante un buen número de años, dice en su libro *Esta familia que vive en nosotros*: «Respecto al niño, los padres se angustian en función de su propia problemática, consecuencia de sus infancias y de sus adolescencias. Y esto con tanta más intensidad cuanto que el padre y la madre se han sentido no deseados, rechazados, no conformes al deseo familiar: “Ojalá que todo salga bien, que sea normal”, “Ojalá que el nacimiento sea fácil”. El precedente quizás ha sido difícil o una de las mujeres de la familia, madre, abuela, bisabuela, tía, murió en el parto: “Que no sea mala como la abuela Ágata”, “Drogadicta como la prima”, “Putra como la tía”, “Infidel como la abuela Ernestina”, “Que no sea alcohólico como el abuelo Arturo”, “Homosexual como el tío Pedro”, “Perezoso y mujeriego como el abuelo paterno”. Algunos padres temen la crisis de la adolescencia: “Ojalá que encuentre una mujer digna”, “Cuando pienso que mi hija será de otro hombre...”. Afectivamente, todo niño es com-

parado a su familia y, siendo esto un mecanismo que tiende a reproducirse, los miedos parentales en el fondo actúan como maldiciones».

Georg Groddeck, en *El libro del Ello*, afirma: «El temor es consecuencia derivada de la represión de un deseo». «Miedo es deseo: quien teme el estupro, lo desea.» Desde la infancia, a través del psiquismo de los padres, la familia inyecta en nuestras mentes sus deseos en forma de temores. Las flechas, lanzadas muchas generaciones atrás, llegan hasta nosotros exigiéndonos que realicemos las pulsiones autodestructivas: «Tienes que desarrollar el mismo cáncer que tu abuelo», «Tienes que perder tus ovarios como tantas de tus antepasadas los han perdido», «El alcoholismo es una tradición familiar», «Hijo de tigre nace rayado», «Putra la madre, puta la hija, puta la manta que las cobija». A menos que, por un acto de psicomagia, las realicemos metafóricamente, esas maldiciones familiares nos obsesionarán toda la vida.

Una psicoanalista no podía desprenderse del temor de perder a sus pacientes y encontrarse en la calle, sin domicilio fijo, convertida en mendiga. Le aconsejé que se disfrazara de indigente (ropa desgastada y sucia, cabellera con costras de tierra, nariz enrojecida) y que de esta manera recibiera en su gabinete a los clientes. Debía además tener junto a ella un litro de vino y unos mendrugos de pan duro. «¿Y qué les voy a decir?» «Les dirás que estás haciendo un acto de Psicomagia.» «¿Y durante cuánto tiempo debo presentarme así?» «Tienes treinta años. Serás psicoanalista-mendiga durante treinta días.»

Una esposa estaba obsesionada con el deseo de tener muchos amantes pero, por un alto aprecio de la fidelidad, se contenía. Le propuse que engañara a su marido permaneciéndole fiel. «¡Eso es lo que deseo, pero es imposible!» «Es posible, metafóricamente. Primero que nada debes confesarle a tu esposo esas pulsiones y convencerlo de que colabore contigo. Él alquilará un cuarto en un hotel. Luego te llamará, imitando otra voz, para darte cita allí. Cuando llegues a la habitación, él te estará

esperando disfrazado de otro, ya sea con bigote, barba o cabellera postiza, y actuando con gestos nunca empleados. Sin decir una palabra debéis hacer el amor. Él partirá antes. Tú llegarás de regreso al hogar, donde tu marido, habiendo recuperado su personalidad, estará esperándote. Debe preguntarte: "¿De dónde vienes?" y tú responderle con una mentira: "Vengo del dentista". Este acto debe repetirse varias veces, disfrazándose tu marido cada vez de una persona diferente.»

Sin cesar, la familia nos hace predicciones: «Si no estudias, fracasarás en la vida», «No tienes oído, nunca cantarás», «Eres insoportable, ningún hombre va a querer casarse contigo», «Si sigues así, terminarás en la cárcel». El inconsciente tiende a realizar la predicción. Anne A. Schutzberger, profesora de la Universidad de Niza, evoca un aspecto de este fenómeno: «Si se observa cuidadosamente el pasado de un cierto número de enfermos graves de cáncer, se advierte que se trata, muchas veces, de personas que durante su infancia han desarrollado un "guión de vida" inconsciente, a veces hasta con fecha de su muerte, momento, día, edad, y que luego se ven efectivamente en esa situación de murientes. Por ejemplo, a los 33 años —la edad de Jesucristo— o a los 45 —edad en que haya muerto su padre o su madre—, etc. Todos, ejemplos de una especie de realización automática de las predicciones personales o familiares».

Ha sido verificado que si un profesor prevé que un mal estudiante continuará igual, lo más seguro es que nada cambie; por el contrario, cuando el maestro estima que el niño es inteligente, aunque tímido, y prevé que a pesar de ello hará progresos, el niño comienza a estudiar bien.

La única manera de liberarse de una predicción obsesiva, no es tratando de olvidarla sino realizándola... Una amiga española, incrédula, que siempre se burlaba de los videntes, por curiosidad se hizo leer el Tarot. Le dijeron «Morirá alguien muy cerca de ti y eso te costará mucho dinero». A partir de ese momento no cesó de estar angustiada. Cuanto más luchó por

no creer en la predicción, más aumentó su obsesión. Le aconsejé: «Cierra las puertas y ventanas de tu casa. Bombea insecticida en todos los cuartos. Ve morir a una mosca. Entonces se habrá realizado ese "Morirá alguien muy cerca de ti". Luego toma un billete de poco valor y agrégale con tinta indeleble seis ceros. Envuelve la mosca en él y entiérralo. Eso te habrá "costado mucho dinero"». Así lo hizo. Su obsesión se esfumó al instante.

A una muchacha francesa que tenía una voz excepcional su padre le había dicho: «Ilusa, nunca te ganarás la vida con la garganta, a menos que cantes en el Palacio de la Ópera». Ella se veía obligada a tomar clases de canto, sin nunca poder dejar de ser alumna para llegar a profesional. Su meta imposible era cantar en la Ópera. Sabiéndose incapaz de lograrlo, vivía como fracasada. Le propuse realizar la exigencia de su padre. Debía ir a las seis de la mañana, vestida humildemente, y ponerse a cantar, con una bacinita a sus pies, junto a las puertas del Palacio de la Ópera. Siete amigos, uno tras otro, depositarían un billete en la bacinita. Terminada la canción debían aplaudirla. Ella, con el dinero recibido, se compraría un traje que destacara su belleza. Una vez realizada la exigencia paterna, cantar en el Palacio de la Ópera, su sentimiento de inferioridad desapareció y muy pronto, con éxito, interpretó las canciones populares que le gustaban.

En la ciudad de México me consulta un hombre joven que teme suicidarse. Este miedo le ha sido inculcado por su madre, que, cuando se enoja con él, siempre le grita: «¡Terminarás como tu padre!». Le han contado que su padre fue un mal hombre que acabó suicidándose con pastillas. Le pido que imagine el color de esos barbitúricos. Los ve azules. «¿Dónde se mató?» «En un hotel de Buenos Aires, en Argentina». «Busca en la ciudad una calle que se llame Buenos Aires o Argentina. Alquila en ella o lo más cerca posible un cuarto de hotel. Advértele a tu madre que vas a hacer un acto terapéutico necesario para evitar que te suicides y que ella debe ayudarte. Vas al cuarto llevando en un pequeño frasco pastillas de azúcar color azul. Las

tragas todas y te acuestas, inmóvil en el lecho. Una hora después debe llegar tu madre y encontrarte así, "muerto". Ella debe hacer que llora abrazada a tu "cadáver", dando grandes lamentos y pidiendo perdón. Luego debe llamar a cuatro ayudantes que te sacarán, muy rígido, del hotel. Te llevarán extendido en una camioneta al apartamento donde vives con tu amante. Te depositarán ante los pies de ella. La mujer te abrazará, besará, acariciará. Entonces te despertarás. Le dirás a tu madre: "¡Ya me he suicidado como mi padre! ¡Ahora que la predicción se ha cumplido voy a vivir mi propia vida!". Para celebrar esto, invitarás a tu amante, tu madre y los cuatro amigos a cenar tacos hechos con tortillas azules.»

A un hombre muy gordo, infantil, una vidente le ha dicho que en su próximo aniversario va a tener un accidente grave. La fecha fatídica se acerca y el consultante está tan preocupado que a duras penas se levanta para ir a trabajar. Le recomiendo que compre uno de esos calendarios a los cuales cada día se les arranca una hoja. Que al día siguiente, por la mañana temprano, lo deshoje hasta dejarlo en la fecha de su cumpleaños. Luego, que vaya a una pastelería, vestido de niño, y compre un pastel de varios pisos, cubierto de crema. Que lo lleve sin envolver, marchando por la calle. Que imite tropezarse y que caiga de bruces sobre él, enterrando la cara en la crema. Y que luego se ponga a chillar como un niño que cree haber tenido un accidente grave. Después, debe ir con el pastel aplastado a la casa de la vidente y embadurnarle con él la puerta.

Una mujer, obsesionada porque un médico le ha dicho que es propensa a tener un cáncer en los ovarios, se siente estéril. Para eliminar esa predicción negativa le aconsejo introducir en su vagina dos huevos frescos de paloma y guardarlos allí una noche entera, para que le confieran su fuerza germinal. Luego enterrarlos en una tierra fértil plantando dos grandes flores que simbolizarán sus ovarios realizados.

Una mujer joven se inquieta porque en su árbol genealógico todas las mujeres, hijas únicas, se han quedado viudas. De-

sea encontrar un marido que no desaparezca. Le aconsejo que, para realizar la predicción, ahora que vive sin pareja, se vista de negro y haga imprimir tarjetas de visita con su nombre, al que ha agregado «viuda de X». Deberá también hacer con sus manos un muñeco de tamaño humano que representará al marido muerto con el que dormirá durante siete noches. Al cabo de ese tiempo lo enterrará y plantará sobre la «tumba» un árbol.

A menudo, para solucionar un problema, hice al consultante consciente de que, como en los sueños, estaba deslizando en una persona la imagen de otra. Una mujer no logra desligarse de su ex marido. A pesar de que lo detesta, la separación la hace sufrir. Le aconsejo que consiga una foto del rostro de su padre y otra del rostro de su ex marido. Debe hacerlas agrandar, hasta su tamaño normal, en hojas transparentes. Luego debe colocar la del ex marido sobre la del padre y pegarlas en el cristal de una ventana de su dormitorio, de preferencia que dé a la salida del sol, para así ver las dos caras al mismo tiempo, entremezcladas. «Ve a visitar a tu padre y, sin que se entere, escarba en la canasta de su ropa sucia y róble un calzoncillo. Ya en tu casa corta un pedazo de la bragueta y pégalo al pie de la doble fotografía. Cuando te des verdaderamente cuenta de que, a causa de un deseo incestuoso infantil reprimido, no sufres por la incompresión de tu ex marido sino por la de tu padre, quema las dos transparencias y el pedazo de prenda íntima, disuelve un poco de sus cenizas en un vaso de vino y bébelo. Entonces aceptarás con agrado el divorcio, sabiendo que es una liberación.»

Una mujer muy sensible, de nombre Bárbara, se acusa de ser conflictiva y destructora. «A causa de esto he destruido la vida de mis tres hijas.» Quisiera deshacerse de la «sombra» de su abuela materna, también llamada Bárbara, igualmente conflictiva y destructora. «Mi madre siempre me está diciendo que me parezco a ella, que sigo el mismo camino, que causo iguales daños. A pesar de todo tipo de terapias no logro deshacer-

me de esa sombra.» Le aconsejo que se disfrace de su abuela –ropa interior, traje, zapatos, peluca– y que se pare al lado de una superficie de papel blanco donde, mediante un reflector, proyecte su sombra. Su madre, con un plumón de tinta indeleble, debe dibujar los contornos de la sombra y luego pintar de negro esa superficie delimitada. Después la consultante debe enrollar la sombra metafórica, ir a un río, arrojarla, junto con el disfraz de vieja, de espaldas a la corriente y por encima del hombro izquierdo, e irse sin mirar hacia atrás.

A veces, en estos deslizamientos psicológicos, sin que nos demos cuenta, un pariente muerto nos posee, induciéndonos a que le consigamos una reparación. En estos casos, en lugar de luchar contra esos impulsos que sentimos ajenos, debemos plegarnos a ellos. A un hombre, de rostro inexpresivo, como tallado en piedra, su mujer, después de darle una hija al año de casados, lo ha dejado para regresar a la casa de sus padres. La madre de su esposa hizo lo mismo: apenas dio a luz, abandonó a su marido y volvió al hogar paterno. El hombre sufre porque ama a su mujer y quiere recuperarla. Piensa que, a causa de su carácter taciturno, su mujer se aburrió. Le aconsejo que contrate una orquesta de mariachis y que vaya a darle una serenata a su mujer, ¡a la mexicana! Cuando la abuela regresó donde sus padres, el orgulloso abuelo nunca la fue a buscar. Lo que ella estaba pidiendo era una prueba de amor. «Tu mujer, poseída por su madre, repite su acto esperando que por fin su marido se comporte como un hombre enamorado. Ve tú también vestido con el traje tradicional de los mariachis. No irás tú a seducir a tu mujer, irá el abuelo a seducir a la abuela.»

Cuando un problema parece no tener solución porque el consultante admite que él es el culpable y, en su arrepentimiento, sintiendo que no puede reparar su falta, se provoca una enfermedad, un fracaso económico y sentimental o una obsesión suicida, recurro al concepto de que los «crímenes» pueden pagarse. Un hijo de franceses enraizados en Argelia, durante la sublevación contra los extranjeros, desde la ventana

de su dormitorio, vio salir a su padre y a su madre de la casa, tomar el automóvil y ser destrozados por una bomba colocada allí por los revolucionarios. Él, en lugar de sufrir, empezó a lanzar carcajadas, sintiéndose liberado de esos padres narcisistas, intolerantes y fríos. Años más tarde me vino a ver abrumado por la culpa. No podía aceptar haber sido tan inhumano con los seres que le habían dado la vida. No me permití disculpar su acto diciéndole que quien había reído era su niño interior, tan maltratado. Al contrario, le confirmé su culpabilidad. Luego le aconsejé que, haciendo un sacrificio económico, comprara dos joyas muy caras, que viajara a Argelia y que justo en el sitio donde el automóvil había explotado, enterrara las valiosas gemas sin que nadie lo viera. Así su deuda emocional quedaba pagada.

A veces un injusto sentimiento de culpa puede conducirnos a una neurosis de fracaso. A una muchacha a la que sus padres le dijeron demasiadas veces «Cuando naciste nos creaste un problema: estábamos pobres. Tu llegada nos sumió aún más en las dificultades financieras», le recomendé cambiar un billete de quinientos francos en moneditas de cinco centavos. Cargando ese voluminoso bulto en un saco a la altura de su vientre, debía caminar por una calle central lanzando puñados de monedas, como si fuesen semillas, pensando: «Le doy riqueza al mundo».

Otra técnica empleada es la de trasladar el sentimiento doloroso a un objeto para luego «devolvérselo» a quien nos hizo el daño. Una mujer consulta porque, según ella, vivía en simbiosis con su hermana, la cual no cesaba de darle órdenes, apoderándose de su voluntad. A pesar de que esa hermana murió de un cáncer de mama, mi consultante sigue sintiéndose poseída por ella y se quiere liberar. Le aconsejo que meta en una bolsa de gamuza una bola de acero, de esas con que se juega a la petanca, y que la lleve colgando del cuello noche y día. «Resiste lo más que puedas ese peso, que simboliza a tu hermana, y cuando ya no lo soportes, vete a ver a tu madre y entregale la bola diciéndole: “Este objeto no es mío, es tuyo. Te lo

devuelvo. Sería bueno que ya lo enterraras". Le explico que las relaciones competitivas entre hermanos son causadas por el desequilibrio de los padres.

Una mujer lesbiana sufre porque no se siente bien con su amante. Con ella su sexualidad, a menudo reprimida, sin energía, funcionaba bien, pero ahora han cesado sus deseos porque la otra le pide constantemente, tal como antes lo hacía su madre, ser perfecta. Le aconsejo que le robe ropas sucias a su madre, que con ellas vista a su amante, que se acueste con ella y que durante la relación sexual le destroce estas prendas con rabia, gritándole: «¡No soy perfecta y tú no eres mi madre!». Luego debe darle un masaje con aceite que huelva a rosas. Después de esto, debe envolver la ropa destrozada en un papel blanco y atar el paquete con cinta celeste. En otro paquete, de papel negro amarrado con cinta rosada, debe envolver un vestido nuevo. Le enviará esos dos paquetes a su madre con una carta que diga: «No sé si comprenderás esto: te he destrozado un vestido viejo para regresártelo convertido en nuevo. Gracias».

Una mujer, muy angustiada, dice tener problemas terribles cuando le llegan sus reglas. Le parece que nunca va a dejar de sangrar. Después de analizar su árbol genealógico le digo: «Estás padeciendo la angustia de tu madre. Sangras por las patadas que tu abuelo materno le dio a su mujer en el vientre cuando supo que otra vez estaba encinta. Daba a luz sólo mujeres. Tú deberías haber sido un niño. Tienes que devolverle esas patadas a tu abuelo. Ve a su tumba llevando un feto de vacuno y un litro de sangre artificial. Tira ese cadáver sobre la losa y desparrama la sangre. Luego dale feroces patadas al sepulcro. Saca fuera de ti la rabia de tu abuela. Después entierra por ahí cerca el feto y planta un bello vegetal de flores rojas».

Se puede liberar a una persona de su problema haciéndole batir un récord. A una mujer que sufría por tener veinte kilos de más, le aconsejé entrar en una carnicería, comprar veinte kilos de carne y huesos, cargar el paquete en sus espaldas, caminar veinte kilómetros para llegar a un río y arrojarlo. A un

cajero de un banco que había perdido el gusto de vivir, lo envié a atravesar toda Italia, de punta a cabo, en patines de ruedas. A una señora de edad, viuda inconsolable, le aconsejé volar en ala delta acompañada de un instructor.

El problema del perfeccionismo se cura aceptando mostrarse, ante quienes lo exigen, más imperfecto de lo que se es. Una consultante muy joven, que estudia en una escuela de cine, sufre porque se exige a sí misma demasiado. «Desde niña, nunca he estado contenta con lo que hago. Este deseo de perfección me paraliza.» Le aconsejo que filme un corto, lo más nulo posible. Mal dirigido, mal fotografiado, mal interpretado, con una historia estúpida contada en forma absurda. Enseguida debe reunir a su familia, mostrar ese horror y exigir ser aplaudida y alabada por todos.

Un hombre consulta porque le han metido en la cabeza que ninguna mujer lo amará si no es perfecto. Tiene una novia con la que no se decide a casarse a causa de esto. A pesar de todas las muestras de afecto que le da, él cree que ella finge porque «cómo va ser posible que ame a un hombre tan imperfecto». Le aconsejo que estudie con un joyero hasta que aprenda a hacer anillos. Entonces que se proponga fabricar el anillo de bodas más feo del mundo. Si ella decide portarlo en su dedo anular, él sentirá por fin que es amado, porque se le acepta su imperfección.

Cuando no se tiene una cualidad que se desea, se puede imitar. Recuerdo una historia: un amo está desesperado porque su asno, muy testarudo, se niega a beber. Ni los ruegos ni los golpes lo convencen. Si sigue así morirá de sed. Su buen vecino se propone ayudarlo. Trae su propio burro, lo coloca al lado del huelguista y le da un balde lleno de agua que el animal bebe con placer. El terco, viendo aquello, por espíritu de imitación, también se pone a beber. Una mujer joven que hace ya varios años, por causa de problemas emocionales, ha dejado de tener sus reglas me pregunta qué hacer. Le aconsejo que compre sangre artificial (de la que se usa en el cine), y que, una vez por mes, durante tres o cuatro días, inyecte esa sangre

en su vagina, usando todos los elementos que corresponden a ese estado y que siga así imitando. Pronto su verdadera menstruación le llegará. Este mismo fenómeno suele ocurrir cuando una mujer que no logra tener hijos adopta un niño. Gracias a esa imitación de la maternidad, para su sorpresa, muy pronto se encuentra encinta.

A las personas deprimidas, aparte de preguntarles «Si las leyes no existieran y todo te fuera permitido, ¿a quién matarías y cómo?» y hacerles realizar sus crímenes en forma metafórica, es muy útil recomendarles intentar algo que nunca hayan hecho o que no hayan imaginado siquiera. Por ejemplo hacer un viaje en globo y lanzar desde arriba siete kilos de semillas hacia la tierra. O pintar su autorretrato con sangre menstrual. O ir a misa disfrazada de loro. O, a pesar de ser muy hombre, tomar clases de danza del vientre estilo árabe. U ofrecerle una flor al primer calvo que vea en la calle pidiéndole permiso para besarle el cráneo. O vestirse de pobre y salir a mendigar... A una señora que no había jugado en la infancia, por tener padres débiles, infantiles, que la obligaron a actuar como un ser adulto y preocuparse de ellos, le aconsejé que fuera al casino de Dauville, que comprara cinco mil francos de fichas y que jugara hasta perderlas. «¿Y si gano?» «Siga jugando, días, semanas, meses, años, hasta que termine por perderlo todo.»

A veces un consejo muy simple tiene un buen resultado. Saqué a una mujer de la depresión aconsejándole que durante 28 días, todas las mañanas, en ayunas, fuera a un salón de té y comiera un *éclair* (pastel con forma fálica) relleno con crema de café.

Para aconsejar a los consultantes con neurosis sociales, me inspiré en la película *El mago de Oz*. Un hombre de acero quiere tener sentimientos, el psicomago le prende en el pecho un reloj en forma de corazón. El hombre de paja quiere ser inteligente, el psicomago le da un diploma universitario. El león cobarde quiere ser valiente, el psicomago le confiere una condecoración. ¡El inconsciente toma los símbolos por realidades! Si soy chino y quemo billetes falsos en la tumba de mis antepasa-

dos, siento que realizo un sacrificio importante. Si soy sacerdote vudú y escupo nubes de ron que se evaporan, siento que con ellas mi espíritu asciende hacia los dioses. A un médico, hermano de un campeón de tenis, que no logra tener clientes por sentirse anónimo, le recomiendo que en su sala de espera coloque una fotografía donde esté junto a su hermano. Pero con un hábil truco debe cambiar las cabezas de modo que sobre su cuerpo luzca la del campeón y sobre el cuerpo de su hermano la testa suya.

En ciertos casos el arquetipo que provoca la frustración del consultante es la madre, apoyada por el de la abuela y la bisabuela. Esta coalición es la más poderosa de todas y sólo puede ser vencida por un arquetipo de carácter divino. La única que es psicológicamente más fuerte que la madre es la Virgen María. (Si el consultante es católico, por supuesto.) Muchas veces, motivado por el deseo de ayudar, utilicé lugares exaltados por el culto popular, y, a riesgo de ser tildado de sacrílego, elementos de las ceremonias sagradas. Por ejemplo: una mujer con educación protestante, nacida entre ocho hermanos, desea fundar una familia, pero un miedo irracional le impide casarse. Le explico que cuando en un árbol hay madres, abuelas y bisabuelas agobiadas por un gran número de hijos, existe el miedo al semen, considerándosele una materia diabólica que, como castigo del placer, causa los indeseados embarazos. Le propongo un acto que le hará perder el miedo al esperma, dándole su verdadera dimensión: una sustancia divina. «Deberás hacer el amor con tu novio pidiéndole que eyacule en un vaso, en cuyo fondo habrá una hostia. Después llenarás ese vaso con cera derretida más una mecha. Cuando la cera esté solidificada, lo llevarás a la cripta dedicada a la Virgen, en Lourdes, y lo colocarás ante los pies de ella. Enseguida, encenderás la mecha, te arrodillarás y rezarás nueve padrenuestros, uno por tu padre y ocho por tus hermanos.»

Al aumentar mis estudiantes, se me propusieron problemas más vastos. Santiago Pando, uno de los directores de la campa-

ña publicitaria del presidente de México Fox, que habiendo asistido a mis seminarios en Guadalajara había aplicado los principios de la Psicomagia en su exitosa campaña, me preguntó: «Si consideramos que nuestro país ha sufrido durante setenta y cinco años una enfermedad llamada PRI, ¿podrías proponer consejos de psicomagia para curarlo?». Le propuse, primero, hacer una fiesta colectiva a escala nacional: en el momento de la entrega del mando, al grito del nuevo Presidente «¡México se va para arriba!», se lanzarían millones de globos (de materia biodegradable) con los tres colores de la bandera patria, llenos de gas helio, hacia el cielo.

En segundo lugar, inaugurar en Internet un sitio llamado «México virtual». Allí todos los ciudadanos colaborarían para, idealmente, convertir México en un Edén. El país virtual serviría como modelo para el país real.

Consideré de vital importancia cambiar el aspecto del dinero. Los billetes, convertidos en símbolos de la corrupción y de la explotación, impregnados del dolor del pueblo, debían recuperar su dignidad y convertirse en talismanes positivos. Aconsejé imprimir en ellos imágenes cargadas de la fe popular, como la Virgen de Guadalupe, San Simón, la Santa Muerte, San Pascual Baylón o María Sabina.

Propuse también cubrir con finas láminas de oro toda la pirámide del sol. Y cubrir con hojillas de plata toda la pirámide de la luna. Debería colocarse en el tope de la pirámide masculina, dorada, a la diosa Cuatlicue cubierta de plateado. Y en el tope de la pirámide femenina, plateada, el calendario solar azteca, cubierto de dorado. Este fenomenal acto atraería a millones de turistas. Con el dinero recaudado se recrearía el lago que antaño tan absurdamente fuera secado convirtiendo a la región en un valle polvoriento.

De la psicomagia al psicochamanismo

La Psicomagia trata de economizar tiempo, acelerando la toma de conciencia. Así como una enfermedad puede declararse repentinamente, también la curación puede llegar de golpe. A la enfermedad repentina se le llama desgracia, a la curación repentina se le llama milagro. Sin embargo, ambas participan de la misma esencia: son formas del lenguaje del inconsciente. Gracias a una detección rápida por la Tarología, a una profunda comprensión por el estudio de las repeticiones del árbol genealógico y a acciones psicomágicas, podemos acercarnos a esa paz interior, producto del descubrimiento de nuestra verdadera identidad, que nos permite vivir con alegría y morir sin angustia, sabiendo que no hemos desperdiciado nuestro paso por este sueño llamado «realidad». Sin embargo, por muy valiosas que sean estas intervenciones, si el consultante no pone tanto esfuerzo como el terapeuta, si no realiza una mutación mental, todo el trabajo se convierte en un calmante de síntomas, que parece eliminar el dolor pero que deja intacta la herida, que va invadiendo con su angustiada sombra la totalidad del individuo. El consultante, al mismo tiempo que solicita ayuda, la rechaza. El acto terapéutico es un extraño combate: se lucha denodadamente por ayudar a alguien que opone todas las barreras posibles tratando de conducir la curación al fracaso. En cierta manera, para el enfermo el curande-

ro es su esperanza de salvación al mismo tiempo que su enemigo. El que sufre, temiendo que le revelen la fuente de su malvivir, quiere que lo adormezcan, lo hagan insensible al dolor, pero que de ninguna manera lo cambien, que de ninguna manera le demuestren que sus problemas son la protesta de un alma encerrada en la celda de una falsa identidad. Muchos consultantes me vinieron a ver porque a pesar de haber logrado aquello que habían deseado realizar, éxitos en el amor, en la vida material, en el acontecer social, sin ningún motivo aparente tenían ganas de morir. Algunos triunfadores perecieron en accidentes insensatos, otros, al parecer con sólida salud, atrajeron enfermedades crónicas. Comerciantes astutos, de un día para otro, se arruinaron. Seres tranquilos, rodeados de una familia que los amaba, se suicidaron. ¿Por qué? Cuando por un motivo poderoso (ya sea porque la pareja tiene problemas económicos o sentimentales, o porque el padre ha abandonado el hogar o ha muerto, o la mujer ha quedado embarazada por accidente, o antepasadas han perecido en el parto y tantos otros motivos de angustia) la madre, conscientemente o no, quiere eliminar al feto, este deseo de eliminación, de muerte, se incrusta en el recuerdo intrauterino del nuevo ser y luego, durante su vida terrenal, actúa como una orden. Sin darse cuenta racionalmente, el individuo siente que es un intruso, que no tiene derecho a vivir. Aunque después del nacimiento la mujer se convierta en la mejor de las madres, el mal ya está hecho. Su hijo, o hija, a pesar de que alcance todo aquello que los demás consideran felicidad, tendrá que batallar contra sus incesantes deseos de morir. Por otra parte, incluso si se acepta con alegría el embarazo, puede suceder que no se desee un niño real sino uno imaginario, aquel que va a venir para realizar los planes de la familia, aunque nada tengan que ver con su auténtica naturaleza. El vástago tendrá que ser igual a su progenitor o realizar aquello que el adulto no pudo lograr, o la madre—de la que su padre, con un núcleo homosexual no resuelto, ha hecho un hombre fallido, obligándola a anestesiar su feminidad para desarrollar características viriles— sueña con parir

un muchacho perfecto, de cuyo falo va a apoderarse, para satisfacer el deseo paterno. En este caso es frecuente que la madre sea soltera, así su hijo porta el apellido del abuelo materno, realizándose, en forma metafórica, el incesto de la hija con el padre. Porque los seres humanos son mamíferos de sangre caliente llevan, en el fondo de su animalidad, la necesidad de ser protegidos, alimentados y preservados del frío por los cuerpos del padre y de la madre. Si este contacto falta, la cría se ve condenada a perecer. La angustia más grande de un ser humano es la de no ser amado por su madre, o su padre, o ambos. Si así sucede, el alma está marcada por una herida que nunca cesa de supurar. El cerebro, cuando no ha encontrado su centro auténtico, luminoso, cosa que lo mantendría en un éxtasis continuo, vive en la angustia. No encontrando el verdadero placer, que no es otro que el de ser él mismo y no una máscara impuesta, busca las situaciones menos dolorosas. Conocí un amigo francés que respondía con una sonrisa de satisfacción «No muy mal» cuando le preguntaba para saludarlo «Hola, ¿cómo estás?». Entre dos males, el cerebro elige el mal menor. Como el mayor mal es no ser amado, el individuo no reconoce ese desamor y prefiere, antes de soportar el atroz dolor de llevarlo a la conciencia, deprimirse, crearse una enfermedad, arruinarse, fracasar. A causa de estos insoportables síntomas, el consultante emprende una terapia. Si el sanador quiere ponerlo ante su herida de base, despliega un extenso abanico de defensas.

Un gran actor italiano, de teatro y cine, me vino a consultar acompañado de su esposa. Desde hacía ya muchos años, en forma cíclica, sufría depresiones. Era un viejo hermoso, muy alto, robusto, con una voz impresionante. Sin embargo, a pesar de su fulgurante personalidad, pude darme cuenta de que en su corazón seguía siendo un niño dócil. Su esposa, con tremenda personalidad, morena, pequeña, ejercía sobre él una autoridad viril. Investigando en el árbol genealógico del artista vimos que su madre, por ausencia del padre, había desarrollado un carácter posesivo extremo, convirtiéndolo en un fiel ser-

vidor. Al célebre hombre no le gustaba para nada actuar, no era su vocación. Sin embargo, queriendo agradar a su madre, que le exigía triunfar en los escenarios y las pantallas, se dedicó a ello la mayor parte de su vida. Y, claro está, convirtiéndose en estrella de fama internacional, cosechando un triunfo tras otro, sin obtener ningún placer, porque ése era el ideal materno y no el suyo, padecía una depresión tras otra. No se sentía ser él mismo sino un individuo viviendo un destino ajeno. Su esposa, gran admiradora suya, en cierta manera era la reproducción de su madre, ya difunta. Le propuse un acto psicomágico: el niño obediente debía rebelarse frente a la autora de sus días y también frente a la esposa. Para afirmar su independencia tendría que ir a visitar la tumba de su madre, llevando un gallo. De pie sobre la losa, degollaría al animal, dejaría caer la sangre sobre su pene y sus testículos y así, con el sexo ensangrentado debía, al llegar a casa, poseer a su mujer, sin acariciarla antes, con movimientos intensos, dando gritos liberadores de su cólera, hasta ese momento reprimida. El hombre no se sorprendió ni se espantó. Simplemente me dijo: «Lo siento, Alejandro, no puedo hacer eso. Soy X... (pronunció su célebre nombre con énfasis y leve desesperación). Si fuera un desconocido, probablemente lo haría».

¿Cómo explicarle lo que no quería, por ningún motivo, ver? Si su madre lo había convertido, contra sus deseos, en ese comediante famoso, es porque nunca lo había amado a él, se había amado a sí misma o quizás a su propio padre. El acto que habría revolucionado su dependencia, y quizás prolongado su vida (murió un par de años después de consultarme), no podía realizarlo porque estaba prisionero de una imagen de sí mismo, tanto más dolorosa por cuanto él la sabía falsa, pero que sin embargo respetaba, tal como una tortuga a su caparazón, porque había sustituido por completo a su Esencia. Sin ella se habría sentido vacío, inexistente. Ese sistema defensivo hacía fracasar cualquier intento de curación real.

El cerebro humano reacciona como un animal, defiende su territorio identificándolo con su vida. Forman parte de este es-

pacio, que delimita con su orina y excremento, sus padres, sus hermanos, sus parejas, sus colaboradores y, sobre de todo, su cuerpo. ¿Quién es el dueño? Un individuo con limitaciones que corresponden a su nivel de conciencia. A más alto nivel de conciencia, mayor libertad. Pero para alcanzar ese grado, donde el territorio no es unos cuantos metros cuadrados de terreno o un pequeño grupo de asociados, sino el planeta entero y la totalidad de la humanidad, y más aún, el universo entero y la totalidad de los seres vivientes, es necesario antes que nada cicatrizar la herida primera, desprenderse del condicionamiento fetal, luego familiar y por último social. El consultante, para llegar a esta mutación donde, habiéndose abandonado el pedido, se vive con agradecimiento el milagro de estar vivo, debe hacerse consciente de sus mecanismos defensivos. Mecanismos que todos los animales emplean para escapar de sus rapaces enemigos. Ellos saben enquistarse y también hacerse los muertos. Se enrollan en sí mismos, se cubren con capas quitinosas, se entierran en el barro, detienen su respiración y los latidos del corazón. El ser humano hace lo mismo: se paraliza, se encierra en un sistema repetitivo de gestos, deseos, emociones, pensamientos, y vegeta en esos estrechos límites rechazando toda nueva información, sumido en una incesante repetición del pasado. Para huir de las profundidades, vive flotando en un tejido de sensaciones superficiales, la mayor parte del tiempo anestesiado... Los animales saben mimetizarse, hacerse semejantes al medio en el que viven. El camaleón cambia de color, algunos insectos parecen hojas de árbol a ciertos mamíferos la piel les crece con el color del terreno que habitan. También una gran cantidad de seres humanos, descartando su natural diferencia, se hacen iguales al mundo que los rodea. Se prohíben el menor rasgo de originalidad, comen lo que todos comen, se visten siguiendo la moda de más auge, utilizan un acento y unos giros idiomáticos que indican su indudable pertenencia a un grupo social, forman parte de la masa que desfila blandiendo el mismo libro rojo o haciendo el mismo saludo con el brazo extendido, o vistiendo el mismo

uniforme. Dependen por completo del parecer, relegando a las oscuridades de sus sueños el ser... Cuando los animales se sienten atacados, pueden agredir. El miedo de conocerse a sí mismos, aunado al terror de ser despojados de aquello que creen poseer, entre otras cosas su forma de vida, lo que implica un doloroso encuentro con la llaga esencial, puede convertir a los humanos en asesinos. En otras especies animales, ante el ataque, la principal defensa es la huida. En el antiguo tratado de estrategia china *Las 36 estratagemas* se dice: «La fuga es la política suprema. Conservar las fuerzas intactas evitando un enfrentamiento no es una derrota». Estas personas no quieren saber nada de sí mismas, abandonan un tratamiento en la mitad, se autojustifican constantemente, luchan por tener siempre la razón y demostrar que los otros se equivocan; se entregan a un vicio, desarrollan manías y obsesiones; a veces, para no enfrentarse a sus problemas familiares, se van a vivir a un país lejano, usando la distancia como calmante. A la fuga, a veces, se une la automutilación: la lagartija escapa cortándose la cola. Mi amigo G. K., excelente escritor francés de novelas de ciencia ficción, en pleno éxito literario tuvo una decepción amorosa, la mujer de sus sueños se casó con otro. G. K. decidió dejar para siempre de escribir. En forma metafórica, se castró. Van Gogh se cortó una oreja, Rimbaud expulsó a la poesía de su vida. Algunos se apartan de sus seres u objetos queridos, otros se mutilan en operaciones de cirugía estética, dilapidan su fortuna...

En una consulta, las defensas comienzan desde que se inicia la lectura del Tarot. «Eso ya lo sabía.» Diciendo esto, el consultante cree negar la importancia de aquello que, aunque sabiéndolo, mantuvo en las regiones inconscientes. Apenas terminada la lectura, el consultante olvida aquello que vio claramente, de la misma manera que por la mañana, al despertar, olvida sus sueños. A veces, aunque se le hable clara y distintamente, parece no oír, es sordera psicológica. Si se le muestra un punto doloroso en el esquema de su árbol genealógico, parece no verlo, es ceguera psicológica. Si se le propo-

ne un acto, regatea lo más que puede. A veces le parece difícil, otras muy largo, muy costoso, pide cambiar detalles o tiene miedo de la reacción de los otros: «Si hago esto mi padre puede morir, mi madre volverse loca». Cuando se decide a obedecer la tarea psicomágica, retarda el momento de cumplirla. Puede demorar años. O declarar que durante el tiempo de espera se ha curado: ¡ya no necesita una solución porque no hay problema! De pronto una palabra lo ofende o una revelación le provoca un ataque de llanto o vómitos o temblores, que obligan al terapeuta a calmarlo, desviando así el objetivo de la investigación. Si se le pide que dé datos útiles, puede ponerse a contar interminables anécdotas, o hablar mucho más rápido que de costumbre, como huyendo de sus propias palabras, o mentir, o tercamente silenciar recuerdos importantes, o parecer colaborar pero equivocándose en las fechas y los nombres. En fin, tratando por todos los medios de ser amigo del terapeuta, enamorándose, haciéndole proposiciones sexuales, regalos, invitaciones a cenar, para terminar decepcionándose, traicionándolo y hablando mal de su terapia.

Ejo Takata decía: «Para que nazca un pollo, la gallina debe picar la cáscara del huevo desde fuera, mientras que el pequeño lo pica desde dentro». Sin embargo, muchas veces, por más que el consultante es bienintencionado, sus defensas inconscientes son tan grandes que no puede colaborar con su curación. Ninguna palabra, ningún consejo, logra atravesar las barreras de su falsa identidad, ningún ensayo de toma de conciencia puede apartarlo de su punto de vista infantil, sus sentimientos negativos lo dominan extraviándolo del camino que puede conducirlo al descubrimiento de sí mismo. Cuando esto sucede, para liberar al consultante de sus problemas, debemos tratarlo como paciente.

Para el curandero primitivo la muerte siempre es una enfermedad, un daño, provocado por la envidia de los otros. El paciente está invadido por un ente extranjero, en lugar de curarlo más bien hay que liberarlo, expulsar de su alma y de su cuerpo aquello que le fue enviado. Por eso, como hemos visto,

los charlatanes de ciudad recurren a las limpias o al remedo de operaciones quirúrgicas. Ante estos casos de impotencia (la persona, por no enfrentar la causa de su sufrimiento o el secreto familiar, incestos, vergüenzas sociales, enfermedades deshonrosas, etc., se crea un tumor, un dolor físico persistente, una parálisis o una depresión), el lenguaje oral, el análisis, el consejo de un acto o la toma de conciencia, fracasan... La única posibilidad de alivio es eliminar el síntoma. Ahora bien, la mayor parte de los síntomas son manifestados por el cuerpo. El organismo es el resumidero de los problemas no resueltos. Allí es donde el terapeuta debe ir para expulsarlos, considerando al paciente como un «poseído». En los evangelios se cuenta que lo primero que hace Jesucristo, después de terminar sus cuarenta días de ayuno en el desierto, es entrar en un templo y expulsar, a grandes gritos, los demonios de un poseído...

En mi viaje a Temuco, ciudad chilena a mil kilómetros de la capital, acompañado por una gentil etnóloga, tuve la oportunidad de adentrarme con ella por los barrocos caminos que serpenteaban entre los montes. Íbamos en un potente jeep cargado con las «faltas» –artículos de consumo que les faltan a esos pobres, como café, frutas, bebidas gaseosas, harina, galletas, etc.– que nos permitirían ser bien recibidos por una curandera mapuche. En un mínimo valle, entre tres cerros, encontramos una modesta casita, rodeada por un huerto con arbolillos y plantas medicinales, donde se paseaban cerdos, gallinas, tres perros y cuatro niños. Muy cerca de la puerta se erguía un rehue, hecho con un tronco de árbol de unos dos metros de altura, en el que se habían tallado siete escalones y al que se había rodeado con varillas de canelo. En cierto modo, el rehue es un altar vertical donde la machi se sube y, convirtiéndolo así en zócalo, hace sus incantaciones en un lenguaje que viene del fondo de los tiempos. Gracias a la entrega de las faltas, fuimos amablemente recibidos. La mujer, encinta, vestida con una simple falda y un chaleco de lana, a pesar de su



Machi con una rama de canelo, árbol sagrado para los mapuches. Foto: George Munro.

rostro arrugado, no tendría más de 30 años. Sobre esa vestimenta de pobre, lucía en el pecho un amplio collar de plata y en las muñecas pulseras con puntas, del mismo metal. La etnóloga me había dicho que esa señora, unida desde muy joven a un hombre bebedor, había soñado una noche con una serpiente blanca que le otorgaba el poder de curar. Se despertó angustiada, sintiéndose ignorante, agobiada por el peso de su marido y sus niños para ocuparse de los males de tanta gente. Pero su cuerpo comenzó a paralizarse, se le hizo cada vez más difícil respirar y estuvo a punto de morir en medio de atroces dolores. Volvió a soñar con la serpiente blanca y esta vez le dijo que aceptaba ser machi. Inmediatamente el reptil le dio el poder de reconocer el valor curativo de las plantas y le enseñó a curar con los ritos ancestrales. Se despertó hablando el misterioso lenguaje de las machis. Lo primero que hizo fue sacar a su marido del vicio y convertirlo en ayudante. Nos permitió asistir a una curación. En un cuartito muy limpio, adornado con tejidos de temas geométricos y una foto con su marido, sus hijos y sus perros, hizo pasar al enfermo, que su esposa y su madre traían en brazos, tapado con una cobija de lana. Estaba pálido, con fiebre y con dolor en el estómago y el hígado, sin poder caminar, tan débiles estaban sus piernas. «Un hombre envidioso, ya veremos después quién, ha pagado a un brujo para que te envíe ese daño. Te lo voy a sacar de encima», le dijo la machi mientras lo acostaba boca arriba, en una mesita rectangular, con los pies a cada lado apoyados en el suelo de tierra apisonada. Tomó el kultrung, un tamborcillo con motivos cósmicos, y golpeándolo comenzó una incantación hacia cada uno de los cuatro puntos cardinales. Luego, ya en aparente trance, con un puñado de hierbas azotó el aire alrededor del enfermo como ahuyentando invisibles entidades. «¡Espíritus malignos, váyanse de aquí! ¡Dejen tranquilo a este pobre hombre!» Luego, con voz cavernosa, pidió: «¡Traíganme la gallina blanca!». Su marido, un hombre de torso ancho, piernas cortas y rostro embellecido por un amor respetuoso, le trajo el ave. La curandera le amarró las patas y le entrelazó las alas pa-

ra que no pudiera aletear ni escaparse. Depositó la gallina en el pecho del enfermo. «Mírala bien, pobrecillo. La vida que ves en sus ojos es tu vida. El corazón que le late, es tu corazón. Esos pulmones que respiran son tus pulmones. No pestañees, no ceses de mirarla.» Volvió a golpear rítmicamente su tambor, exclamando con sorprendente autoridad: «¡Sal de ahí, mala bilitis! ¡Sal de ahí, fiebre del diablo! ¡Sal de ahí, dolor de tripa! ¡Soltad a este hombre bueno, a este hombre valiente, a este hombre hermoso». Entonces, con delicadeza, tomó a la gallina blanca y la mostró al enfermo y a sus familiares, que se estremecieron de sorpresa. ¡La gallina estaba muerta! «El mal de tu esposo, de tu hijo, pasó a esta gallina. Ella murió para que tú vieras, hombre. Ya estás curado. Ve al patio, recoge leña seca y quémla.» Al ver que su enfermedad se había pasado a la gallina, la imaginación del enfermo le hizo creer que estaba sano. Desaparecieron su fiebre y sus dolores. Se levantó sin ayuda, salió sonriente al huerto, recogió ramas secas, con mucha habilidad encendió una hoguera y quemó al ave. Por mi parte, imaginé varias maneras en que la machi se las había ingeniado para matar con disimulo al ave. Quizás metiéndole en la nuca una punta de su brazalete, o presionándole un centro nervioso, o en complicidad con su marido, dándole previamente un veneno. ¡Qué importaba! Lo esencial era que pudo afectar la mente del paciente para que considerara que su mal le había sido extirpado. ¿Serían todas las enfermedades una manifestación de la imaginación, una especie de sueño orgánico?

Tiempo después, en un curso que di para médicos y terapeutas en Sanary, al sur de Francia, aplicando este concepto primitivo de retirar el mal del cuerpo, me acerqué a lo que luego llamé Psicochamanismo, curando en pocos minutos a una mujer que padecía un tic desde hacía ya cuarenta años. Constantemente, cada dos o tres segundos, con un ritmo entrecortado, movía la cabeza de un lado para otro. La llamé delante del centenar de alumnos y procedí a interrogarla usando un tono de voz amable que al instante me convirtió, para ella, en

un arquetipo paternal. Aplicando la técnica de Pachita, a pesar de sus 48 años, la traté como a una niña. «Dime, muchachita, ¿qué edad tienes?» Cayó en trance y me contestó con voz infantil: «8 años». «Dime, pequeña, ¿a quién le dices todo el tiempo no con la cabeza?» «¡Al cura!» «¿Qué te hizo ese cura?» «Cuando fui a confesarme para preparar mi primera comunión, me preguntó si había pecado mortalmente. Como yo no sabía lo que era un pecado mortal le respondí que no. Él insistió preguntándome si me había tocado entre las piernas. Yo lo había hecho sin saber que eso era malo. Me dio una gran vergüenza y le mentí aún con un rotundo “¡No!”. Él siguió insistiendo y yo seguí negando. Salí de allí y recibí la sagrada hostia sintiéndome mentirosa, en estado de pecado mortal, condenada para siempre.» «Mi pobre pequeña, durante 40 años has seguido negando. Tienes que comprender que ese cura era un enfermo; que no tenías por qué culpabilizarte: es normal que los niños investiguen su cuerpo y se toquen, los órganos sexuales no son la sede del mal. Te voy a sacar el inútil “¡No!” de la cabeza...» En una cinta de papel hice que la mujer escribiera con un plumón negro «¡NO!», luego se la ató en la frente. Le pedí que se acostara boca arriba en una mesa y agité las manos estiradas alrededor de su cuerpo, como cortando invisibles lazos, vociferando: «¡Vete de aquí, cura estúpido, deja en paz a esta inocente niña! ¡Fuera! ¡Fuera!». Luego, imitando que hacía grandes esfuerzos comencé a arrancarle el papel con el ¡NO! que tenía en la frente. Imité que era muy difícil. Exclamé: «¡Tiene raíces profundas! ¡Empuja! ¡Expúlsalo! ¡Ayúdame muchachita!». Ella se puso a empujar, gritando de dolor. Al final, arranqué triunfalmente la cinta de papel. La mujer se cubrió el rostro con las manos y estalló en sollozos. Cuando alzó la cabeza, ya no tenía el tic. Le dije que saliera al jardín, que quemara ese ¡NO!, que tomara un poco de las cenizas, que las disolviera en miel y que las tragara. Así lo hizo. Nunca más volvió a sacudir la cabeza.

Esta exitosa «operación» me abrió un extenso campo de experimentación. Llegué a la conclusión de que todo aquello que

Pachita, las machis, los médicos filipinos, los charlatanes y chamanes realizaban en un ambiente primitivo, supersticioso, podía, sin engaños ni efectos de prestidigitación, ser realizado con pacientes nacidos en una cultura racional. De la misma manera que el inconsciente aceptaba los actos simbólicos como realidades, el cuerpo aceptaría como ciertas las operaciones metafóricas a las que se le sometería, aunque la razón las negara.

Mis experiencias con lo que había llamado «Masaje iniciático» me sirvieron de base. Cuando comencé a estudiar el cuerpo considerándolo un terreno en el que se manifestaba el inconsciente, vi que algunas personas, hasta cierto punto realizadas, se movían haciendo gestos que yo percibía como «brillantes». En cambio las depresivas, enquistadas en sus problemas, carentes de proyección, hacían gestos «opacos». Se me ocurrió pensar que el pasado con sus recuerdos dolorosos, más los principales miedos —miedo de ser, miedo de amar, miedo de crear, miedo de vivir—, se acumulaba como una costra pegada a la piel. Recordé las «limpias» mexicanas donde el brujo, con un manojo de hierbas, frotaba el cuerpo del consultante para limpiarlo de su mala suerte. Pensé que se podía lograr un efecto psicológico aún más profundo si en lugar de frotar con levedad la piel, se la raspaba, exactamente como se hace con un trozo de metal para quitarle una capa oxidada. Conseguí una espátula de hueso sintético, de veinte centímetros de largo y dos de ancho, de esas que se usan para plegar papel, y comencé a raspar a mi desnudo consultante. Demoré tres horas. Después de ser raspadas por entero, las personas se sienten renacer, gran parte de los viejos temores que llevan pegados a la piel se les disuelven. Pero, si bien es cierto que el paciente se ponía a «brillar», debo admitir que al cabo de cierto tiempo se acumulaban nuevos sedimentos que le devolvían poco a poco la «opacidad». Sin embargo algo se había avanzado. La persona con el sentimiento de abandono que proporciona cada problema no resuelto, había encontrado un acompañante físico, complemento indispensable de la compañía mental y emocional que prodiga un psicoanalista.

En los albores de los años setenta yo vivía en la ciudad de México. Por la ancha avenida Chapultepec pasaban tranvías. Una mañana, alrededor de uno de ellos, vi a un grupo de curiosos. Inmóviles, inexpresivos, miraban fascinados hacia las ruedas delanteras. Me abrí paso: el vehículo había atrapado a un hombre. Era imposible extraerlo manualmente. Una rueda le entraba por la cintura. Estaba pálido, extrañamente calmo. Habiendo abandonado toda esperanza, entregado a los designios de la Providencia, esperaba a la caprichosa Cruz Roja, capaz de demorar horas en llegar. ¿Qué podíamos hacer? Se necesitaba una grúa para mover el pesado tranvía. Sentí una compasión inmensa por el pobre hombre, luego me invadió una paz que me atrevo a llamar, en el buen sentido, anormal. Fue como caer en el océano del tiempo, allí donde los segundos eran semejantes a la eternidad. Me arrojé junto al herido, manchándome los pantalones con su sangre, y le tomé con delicadeza una mano, para que se sintiera acompañado. Me miró con agradecimiento y allí se quedó, tranquilo, no sé cuánto tiempo, hasta que llegaron los enfermeros, los bomberos, los policías y la grúa. Antes de que pudiera soltarlo, me apretó la mano y en ese contacto deslizó mil silenciosas palabras. No podía hacer más por él. Me fui caminando lentamente. Cuando yo era niño, y lloraba aterrado en la oscuridad, llamando con desesperación a mis padres, que se habían ido al cine, lo único que pedía era un contacto amoroso que me acompañara. Aquello me habría permitido aceptar ser devorado por la sombra. La simple compañía del otro, en las situaciones adversas, es tan necesaria como la propia vida...

Cuando Bernadette murió destrozada en el accidente de aviación y nuestro hijo Brontis me vino a ver después de reconocer en el depósito de cadáveres los despojos de su madre, no encontré palabras para consolarlo. Lo único que pude hacer es tomarlo entre mis brazos y colocar su oreja derecha a la altura de mi corazón para que llorara oyendo los latidos. Allí se quedó, no sé si una hora o dos o tres... Estos tristes aconteci-

mientos me enseñaron a acompañar al paciente, a darle en un tiempo limitado la totalidad de mi tiempo, a hacer participar mi corazón en la tarea, sabiendo que sus latidos son mediadores entre lo humano y lo divino.

Una vez que la persona raspada se desprendía del pasado y recuperaba sus energías vitales, energías que lo invitaban a sumergirse en el presente, agregué una sesión de estiramientos de la piel. El Yo individual desviado, egoísta, tiende a separarse del mundo, se vive dentro de la piel. Y en su afán de posesión convierte esa piel en frontera defensiva. Sintiendo inseguro, temeroso del vacío, atrae sin darse cuenta su piel hacia dentro, convirtiéndola en una faja. Antiguamente se fajaba a los bebés, quizás con el secreto temor de que, a causa de sus movimientos incontrolados, se «derramaran». Consideré que había que enseñarle a la piel a expandirse, devolviéndole su elasticidad para unirse con la humanidad, con el cosmos. Comencé tomando porciones de ella para estirlas lo más posible. La piel de la espalda era elástica y se alargaba en forma sorprendente, también la del pecho y el vientre. Estiré los párpados, las mejillas, la frente, el cuero cabelludo; la piel de la nuca, de los brazos, de las piernas, de los pies, de las manos. El saco de los testículos podía abrirse como un abanico llegando a veces muy cerca del ombligo. Estirar los labios exteriores de la vulva, quitándoles por unos momentos sus deseos de absorber, produjo estados de intensa libertad. Al final de la sesión, el paciente ya no se sentía separado del mundo, sabiendo que sus límites estaban más allá de las estrellas.

El tercer paso fue el masaje a los huesos. Tenemos tendencia a vivir olvidando nuestra estructura ósea: el esqueleto nos recuerda la muerte. Nos parece impersonal, macabro, inanimado. Sin embargo es una estructura viva y sensible. En lugar de acariciar la piel o presionar los músculos para descontraarlos, nos dedicamos a masajear los huesos, explorando sus formas, sus intersticios, sus rincones. Tomamos conocimiento de cada falange, de cada vértebra, de cada costilla, de las piezas largas, de las articulaciones, de las diferentes partes del crá-

neo, de las fosas oculares, de la estructura de la pelvis. Al final del masaje, el paciente se alzaba y danzaba moviéndose como un alegre esqueleto.

De allí pasamos a la conquista de la carne, músculos y vísceras. Usando un buen aceite, comenzamos con ambas manos un frote continuo, otorgando una caricia sin comienzo ni fin. El cuerpo cesa de tener partes, se hace un todo, un camino que no desea llegar a parte alguna, sólo extenderse. Las manos pasan y repasan, tomando cada vez direcciones diferentes, el organismo pierde sus límites y se siente infinito. Después el masajista comienza a «abrir». Las manos, en cualquier región del cuerpo, se colocan juntas, lado con lado, y luego, presionando con intensidad y separándolas, transmiten al paciente la idea de que lo abren. A través de esta abertura metafórica, salen los sufrimientos acumulados, el amor retenido, la cólera, el rencor. El cuerpo entero es una memoria. Recuerdo a una muchacha que, al abrirle la rodilla izquierda, se puso a gimotear: ahí llevaba el dolor de su madre, que había perdido una pierna en un accidente automovilístico. Los gritos y ataques de furia surgen cuando se abre el pecho. Por la espalda emerge el resentimiento contra las traiciones. Al abrir el pubis puede encontrarse el odio de la madre a los hombres, o la culpa por un aborto, la angustia de una homosexualidad frustrada, etc. Abriendo la planta de los pies y los talones de un hombre anciano, lo vi llorar dejando salir la pena por haber sido sacado de su pueblo natal, perdiendo para siempre su paisaje y sus amigos, a los 6 años. Una mujer a quien se le abrió el corazón se puso a temblar, como en un ataque epiléptico. Sin razonar, movido por un impulso extraño, le quité el anillo de bodas y al instante se calmó. Había tenido que casarse obligada, a causa de un embarazo involuntario.

Seguí durante unos años investigando todo tipo de masaje que pudiera elevar el nivel de conciencia. Marie Thérèse, una de mis alumnas, era enfermera. En esa época estaba trabajando para una pareja, él judío, ella cristiana, cuyo único hijo, siendo

bebé, por causas desconocidas había caído en estado de coma. Yacía en un lecho del hospital Necker, de París, especializado en niños. Hacía cinco años que el muchachito sobrevivía allí, inmóvil como una legumbre. Le habían abierto el cráneo y vuelto a cerrarlo, sin remediar para nada el problema. Marie Thérèse me pidió que hiciese algo por él. Me negué rotundamente: si los mejores médicos de Francia no habían podido hacer nada, ¿por qué podría yo? Si les diera la más mínima esperanza a sus padres, sería un charlatán. Mi alumna me dijo que tenía la intuición de que mis técnicas de masaje podrían ser benéficas. Vi en su mirada una fe tan sincera que accedí, en el mayor de los secretos, a ir a visitar al niño, en presencia de su padre y madre, pero oculto de los doctores y enfermeras del hospital. Le pedí que no prometiera nada, que solamente dijera que yo estaba dispuesto a ensayar un nuevo método terapéutico. A las doce del día, hora en que religiosamente los franceses suspenden sus actividades para almorzar, Marie Thérèse me hizo pasar por una puerta de servicio y con sigilo de ladrones entramos en el cuarto del niño. El hombre y la mujer no tendrían más de 30 años. Él vestido de negro a la manera religiosa israelita, y ella con los cabellos teñidos de rubio, una típica francesa de clase media. El niño, de 5 años, con el cráneo rasurado mostrando cicatrices, protegido por un gran pañal, igual que un bebé, yacía en el lecho de hierro. Detrás de la cabecera, en el muro, colgaba un cuadro con la fotografía de un viejo religioso. Le pregunté al padre que quién era y me contestó: «Es el rabino de Nueva York. Hace milagros». «¿Lo visitó usted para que sanara a su hijo?» «Por supuesto, pero el santo se negó a verlo o a rezar por él porque, siendo su madre católica, el niño no podía ser considerado judío.» «¿Cómo? ¿Me está usted diciendo que su hijo yace bajo la fotografía de alguien que lo rechazó, lo que equivale a una maldición? ¡Si quiere que yo intente algo por él, descuelgue de inmediato esa fotografía y ocúltela!» Mi ira no era fingida. Me di cuenta de que estaba en medio de un problema racial y religioso entre dos familias, donde el niño servía como chivo expiatorio. El hombre obedec-

ció y encerró la imagen del rabino en un armario. Le pregunté a la madre: «¿Ha mamado alguna vez el niño?». «Nunca», me respondió. Le pedí que introdujera el pezón de su seno izquierdo en la boca de su hijo. Así lo hizo. Le pedí entonces al padre que succionara el dedo gordo de cada pie del niño. Pensé que de esta manera el cuerpo yacente sería informado de la manera en que tenía que chupar. Al cabo de diez minutos de esta actividad, para gran sorpresa de todos, se movió la boca del muchachito y succionó levemente. Marie Thérèse, emocionada, derramó algunas lágrimas. Los padres, ninguna. Concebí esperanzas. Ese miércoles, día en que daba como de costumbre una conferencia a la que asistían entre trescientas y cuatrocientas personas, conté el caso y pedí que una pareja, formada por un hombre y una mujer, diera un masaje de dos horas al niño, para ser sustituida por otra y así, hasta completar doce horas de masaje seguido, cada día durante una semana. Muchos benevolentes espectadores, todos alumnos de mis seminarios, se comprometieron a hacerlo. Marie Thérèse los introducía en el hospital y ellos, de forma gratuita, daban sus esfuerzos para curar al niño. Éste, al cabo de una semana, comenzó a moverse. Recuerdo que Marie Thérèse llegó eufórica a verme, me abrazó y dijo una sola palabra: «¡Despertó!». Tres meses más tarde, mi alumna, con expresión triste, me invitó a ver al niño. Lo encontré en una clínica privada, jugando sentado en una cuna con un animal de felpa, a la vez que manipulaba una radio. «Ya oye perfectamente. Ahora está aprendiendo a ver», me dijo Marie Thérèse. «¡Todo va muy bien, el niño está curado! ¿Por qué estás tan triste?» Me contestó: «Sus padres casi nunca lo vienen a visitar, lo han dejado por completo bajo mis cuidados. Por otra parte, se niegan a hablar contigo. Dicen que eres un déspota, que los trataste mal, en fin, te odian». No me extrañó no recibir sus agradecimientos. Un niño convertido en vegetal les era útil para plasmar las maldiciones familiares. El hijo vivo los obligaba a asumir el problema de ese matrimonio que era repudiado por el árbol genealógico de cada uno. Ahora, por haberlo sanado, me tocaba a mí ser el chivo expiatorio.

Una experiencia mucho más agradable fue la que realizamos con Moebius. Después de verlo trabajar durante cuatro años dibujando *El Incal*, al inicio del quinto tomo lo noté fatigado. Para darle nuevas energías le propuse hacer su árbol y, cuando lo hube terminado, me di cuenta de que cada personaje de nuestro cómic correspondía a uno de sus familiares. Por ejemplo, el Metabarón era su abuelo sordo, elevado al mito. Pensé que la suprema realización emocional de un individuo consistía en ser amado, incondicionalmente, por los integrantes de su árbol genealógico, desde los padres hasta los bisabuelos. Recibir este cariño significaría borrar las cicatrices dejadas por anteriores sufrimientos. Cicatrices que a la larga, sumándose, pueden hacerse lastres depresivos, quitándole al artista el goce de crear. Visualicé a Moebius, desnudo, en medio de sus familiares, también desnudos, recibiendo un afectuoso masaje de todos ellos. Después de que esto fuera aceptado por mi amigo, llamé a veinte de mis mejores alumnos de los cursos de masaje iniciático y les di cita en el salón donde tenía mi biblioteca. Ellos, hombres y mujeres de diversas edades, aceptaron realizar esta experiencia de forma gratuita. ¡Qué lujo: un masaje a cuarenta manos! Al pedirle a Moebius que contara qué recuerdos le quedaban de este acontecimiento, me envió el siguiente testimonio: «Después de haber asistido a un gran número de tus conferencias de los miércoles, me decidí a aceptar la proposición de analizar mi árbol genealógico. Siendo yo tu amigo y colaborador, me ofreciste, al concluir el análisis, organizar un masaje adaptado a mi historia. A pesar de mi perplejidad, aprobé sin emitir dudas. Algunos días más tarde, al entrar en tu biblioteca, te encontré rodeado de una veintena de personas (reconocí a algunas por haberlas visto en tus conferencias) que me esperaba sonriendo amablemente. Con ese aire de alegre gravedad que te caracteriza, me presentaste al grupo como mis futuros masajistas y luego agregaste maliciosamente, antes de eclipsarte, “Ellos encarnarán los integrantes de tu árbol: distribuye los papeles y hazlos vivir”.

Venciendo la timidez, comencé a elegir, cuidadosamente,

quién sería mi padre, mi madre; quiénes mis abuelos paternos y maternos, mis hermanos, mis tías y tíos. Todos, amados o ignorados, lejanos o cercanos, se encarnaron poco a poco en esos desconocidos. Por supuesto, ellos, verdaderos profesionales, conocían muy bien los procesos de la identificación y pronto, sin la menor duda, mi familia estuvo allí. Después de sumergir la habitación en una semioscuridad, nos desvestimos y comenzó el masaje. Multitud de manos se posaron sobre mi cuerpo, suaves, fuertes, vacilantes, acariciadoras. Fui tocado con una atención luminosa y tierna. Conocí el contacto con el que sueñan todos los niños del mundo; el amor vigilante del adulto por el inocente. De pronto, a través de estas personas, capaces de convertirse en canal, mi verdadera familia se hizo presente; el espíritu de mis antepasados estaba allí. La emoción que me poseyó fue tan intensa que me sentí proyectado a la región de la impasibilidad. Desde allí me vi llorar y reír de mí mismo.

Enseguida, extasiado de esta nueva conciencia, protegido por mi familia de los ataques de la sombra, decidí aprovechar esa ventana de poder. Me convertí en organizador central: tenía que reconstituir con el grupo lo que toda familia realmente es, un maravilloso navío espaciotemporal navegando por el océano infinito de la vida en busca del Padre prometido. ¡Yo era el capitán de ese navío! Distribuí los papeles sin vacilar y cada uno tomó alegremente su sitio. Aquél fue el motor infatigable, el otro se convirtió en el casco protector, otro en el radar, otro en la mesa de mandos, etc. Este viaje fantástico a través del universo fue una experiencia única en la medida en que nuestra imaginación colectiva se liberó, durante algunos instantes, de la confortable e ilusoria cárcel racional para entrar en una dimensión maravillosa, tan sutil, tan verdadera, tan perfecta que, al final, de regreso a nuestra realidad habitual, nos felicitamos con la emoción de un equipaje que ha terminado con éxito una importante misión.

Los años han pasado y ese momento, lejos de ser olvidado, continúa siendo una fuente de inspiración y me permite man-

tener una certeza absoluta del poder increíble del amor y de lo imaginario cuando son mezclados así en el crisol de la sensación corporal».

Los tomos cinco y seis de *El Incal*, fueron dibujados por Moebius con un entusiasmo creativo sobrehumano. Yo, aprovechando la experiencia de mi colaborador, le había escrito una aventura donde los personajes principales, formando una familia, se constituían en navío espaciotemporal y atravesaban el universo hasta encontrar a Orh, el Padre supremo.

Me pareció importante dar a los pies la atención que se daba a las manos. Esas extremidades, conducidas a la insensibilidad, la mayor parte del tiempo prisioneras en zapatos, guardaban, por el hecho de recibir el peso de todo el cuerpo, importantes informaciones. Con el masaje se conducía al paciente a vivir completamente la conciencia de sus pies. Se le hacía penetrar con su sentir más y más profundo en las plantas, hasta que sintiera su alma. Se fortalecía el talón para que no retrocediera ante la vida. Se estiraba a los dedos hacia el futuro infinito. Se besaba con ternura toda la superficie de los pies para liberar al niño prisionero en ellos.

A pesar de estas investigaciones y muchas otras más (como por ejemplo masajear no sólo el cuerpo sino también su sombra y los objetos con los que estaba en contacto, ya sea el suelo o un mueble o un objeto u otra persona, como si aquello fuera una unidad; experimentar en los brazos de un hombre y una mujer un nacimiento perfecto: sobre el vientre de la «madre», protegido por el «padre», cubierto con una sábana humedecida en agua tibia, sentirse llegar a la vida para, en medio de un contacto pleno de amor, simular que nos desarrollamos, crecer y por fin ser parido con alegría y facilidad; masajear el espacio que rodea a un cuerpo, imaginando que es un aura que le pertenece, etc.), yo sentía que quedaba todavía un aspecto esencial que aún no había descubierto. Comencé a preguntarme: «¿Quién masajea?». Me di cuenta, observando a mis alumnos, de que el paciente no ofrecía un cuerpo objetivo sino una

imagen, tal como se sentía y se concebía. Aunque parezca increíble, algunos se vivían sin sexo, otros sin columna vertebral o sin pies, otros eran una cabeza de la cual pendía una especie de organismo fetal. La mayoría de ellos se percibían como sus familiares los habían percibido. Por otra parte, el que masajeara no lo hacía con todo su ser. A veces se comportaba como un seductor, otras como un frío médico o como un niño sádico, etc. En cada gesto se deslizaban sus frustraciones, sus complejos, sus inseguridades, sus intereses. Llegué a la conclusión de que no trabajaba con seres de un solo cuerpo sino de muchos. La visión de nuestro organismo cambiaba de acuerdo al Yo que dominaba en el momento.

Recordando mis experiencias juveniles, comencé a trabajar el masaje enseñando la imitación de la santidad. La mayor aspiración del paciente en busca de consuelo es ser tomado entre los brazos de una santa o los de un Buda. Sin embargo, aquel que se entrega a tal contacto debe ser, como el animal del sacrificio, puro de todo egoísmo. Alguien que puede darlo todo es impotente ante quien no puede recibir nada. Muchas veces el paciente padece inhibiciones o antipatías irracionales. Entonces hay que tocarlo como si fuera nuestro hijo o nuestra hija. Ése es el secreto de la crística imposición de manos. Si le es difícil darse y la persona nos rechaza con sus manos, amamos esas manos y comenzamos nuestro masaje acariciándolas. Debemos respetar las defensas y con amor de madre-padre, comenzando por la punta de los dedos, milímetro a milímetro, avanzaremos con delicadeza extrema y atención total hacia el corazón del otro, disolviendo las contracciones músculo a músculo, dando apoyo seguro a cada miembro para que el paciente nunca tenga la impresión de que descuidamos una parte suya por mínima que parezca ser. El que masajea así, debe respirar con profundidad y calma, debe estar al servicio del otro, atento por completo. Debe actuar como un receptáculo vacío, sin nada que pedir ni nada que imponer. Debe ser un refugio sin límites, una infinita y eterna compañía, pero no invasora sino discreta; compañía

presta a hacerse invisible al menor movimiento de rechazo.

Sin embargo, este masaje actuaba como un eficaz calmante, pero no sanaba la herida esencial. En lo profundo, el paciente guardaba su sufrimiento como un tesoro. Pensé: «No es justo abandonar a quien no logra recibir. En cuanto sociedad, somos todos responsables de su mal. No sólo el árbol, el bosque entero está enfermo. Esa cadena de enfermedades, esa reproducción de daños de generación en generación, debe cesar algún día. Tiene que haber una manera de hacer ver al que no tiene ojos, de hacer oír al que no tiene oídos, de comunicarle el amor a quien tiene el corazón cerrado».

La danzante realidad, justo cuando necesitaba una preciosa información nueva, me puso en las manos un libro titulado *Membres fantômes* (Miembros fantasmas), de Catherine Lemaire, psicoterapeuta, con un prefacio de Gérald Rancurel, profesor de neurología en el hospital de la Salpêtrière, publicado en 1998. En esta obra se estudia uno de los enigmas más fascinantes de la neurología clínica, «el miembro fantasma»: un fenómeno por el cual el paciente continúa experimentando la presencia de un órgano que ha cesado de existir. Por ficticio que parezca, el fantasma del miembro es muy real, casi de carne, para aquel que lo siente y lo describe. Aunque no exista puede producir dolores. Aun amputado, se impone a la conciencia, continua o intermitentemente, a veces durante muchos años. El herido o el operado siente su pierna o su brazo como si estuvieran allí. Sus ojos borran al fantasma, pero la oscuridad lo hace renacer o lo exagera. La palpación lo niega. La parte amputada está ahí, perceptible pero invisible e intocable. No sólo son las piernas o los brazos, se producen fantasmas de los senos, de la nariz, del pene, de la lengua, de la mandíbula y también del ano. Jean-Martin Charcot observó a un enfermo que sentía no sólo el fantasma de su mano sino también la alianza que llevaba en un dedo. Algunos que han nacido sin sus miembros, y que por lo tanto no han tenido la experiencia sensible de ellos, elaboran un fantasma. ¿Cómo? Encontré la respuesta en otro fenómeno observado por los neurólogos: ciertas per-

sonas, mientras descontraen sus músculos y permanecen inmóviles con los ojos cerrados, sienten a veces un miembro inmaterial en una posición que no corresponde a la del miembro físico. ¡Los órganos fantasmas pueden existir sin que haya amputación!

Me pareció que los científicos hablaban mayormente de miembros fantasmas, es decir de partes, nunca de la totalidad. Me permití pensar que tenemos un cuerpo entero fantasma. Cuerpo inmaterial que existe, velado por la carne, antes de cualquier amputación y que posee sensaciones. Los experimentadores han encontrado pacientes ciegos con fantasmas visuales y pacientes sordos con fantasmas auditivos.

Algunos mutilados sienten dolores atroces en los miembros ausentes. Los neurólogos, pensando que las partes sentidas pero intangibles no son reales, a pesar de operar los muñones –insensibilizando zonas cutáneas justo sobre el muñón y en el tórax, de donde creen que parten sensaciones topológicas que crearían el órgano invisible– no logran calmar esos dolores. Me pregunté: «¿Qué pasaría si aceptáramos como real el cuerpo fantasma y, para calmar sus sufrimientos, lo operáramos a él? ¿Si el miembro invisible puede sentir la presencia de un anillo o un reloj, por qué no va a sentir la acción de un bisturí?». Comprendí el aspecto que me faltaba en el masaje iniciático: no percibimos nuestro cuerpo tal como es, sólo captamos una representación material de él, adulterada por la mirada de los otros. No sentimos todo lo que sentimos, no vemos todo lo que vemos, no oímos todo lo que oímos, hay olores y sabores que capta nuestro olfato y nuestra lengua que no llevamos a la conciencia... Con el masaje iniciático me había dedicado a sanar el cuerpo tangible, sin actuar sobre el cuerpo fantasma. Llegué a la conclusión de que Pachita y los otros brujos, cuando operaban, no lo hacían sobre el cuerpo material, actuaban sobre el cuerpo intangible. Solamente que, mediante trucos, agregaban elementos visibles, como sangre, vísceras, etc., para que el paciente creyera que operaban su cuerpo «real».

Me propuse eliminar todo aquello que iba dirigido a enga-

ñar al espíritu primitivo, supersticioso, y proceder a operar con toda honradez sin ninguna clase de trucos. De la misma manera que un estado de ánimo modifica la actitud corporal, una actitud corporal modifica un estado de ánimo. Asimismo, si aquello que padece el cuerpo material afecta al cuerpo fantasma, lo que se le hace al cuerpo fantasma, afecta al cuerpo material. Basado en esta creencia, imaginé un ritual psicochamánico. Para comenzar, el brujo actúa en su medio, usando los lugares, las plantas y los animales que lo rodean como elementos de poder. El psicochamán, no imitando aquello que él no es y que pertenece a otra cultura, usará los elementos que le proporciona su medio, es decir, la ciudad. Un teléfono móvil, una aspiradora, un automóvil o productos del supermercado son tan mágicos como una culebra, un abanico de plumas o un hongo. El psicochamán no se vestirá con prendas exóticas ni collares ni otros adornos. Un traje de calle común, de preferencia negro, por su neutralidad, bastará. No operará en la penumbra, iluminado por una sola vela. Hará suya la frase del poeta Arthur Cravan «El misterio a plena luz». Y, puesto que el acto es metafórico, no esgrimirá cuchillo alguno, bastando, si es necesario simbolizarlo, una regla de madera. Nunca operará en su propio nombre, actitud que concuerda con el psicoanálisis. Lacan dijo a sus alumnos: «Ustedes pueden ser lacanianos, yo debo ser freudiano». Pachita operaba en nombre de Cuauhtémoc, Carlos Said en nombre de doña Paz. Cada brujo está habitado por aliados míticos. Un psicochamán puede elegir sus aliados en su propia mitología familiar y urbana. Operará en nombre de un cantor célebre, o de una estrella de cine, o de un campeón de boxeo, o de un político destacado o de un pariente muerto o de un personaje infantil, ya sea Pinocho, Popeye, Mandrake u otros. Puede elegir ser ayudado por un personaje de su religión, Jesucristo, María, el Papa, Stalin, Gandhi, Moisés, Alá, etc. Para crear un sitio mágico, basta que el psicochamán pase su palma por el suelo dibujando un círculo invisible y luego, indicando con gestos precisos los cuatro puntos cardinales, el nadir y el cenit, diga: «Allá está el norte,

allá está el sur, allá está el este, allá está el oeste, allá está el mundo superior, allá está el mundo inferior, nosotros estamos en el medio. Aquí llegan y de aquí parten todos los caminos».

Luego situará de pie y descalzo al paciente en medio de ese círculo imaginario, procediendo a fortificarlo. Los brujos frotan el cuerpo con un huevo o dos, a veces tres, porque consideran que, siendo el germen, contienen una gran fuerza. El psicochamán, doblando el pulgar hacia dentro y encerrándolo con los otros cuatro dedos, obtiene un puño que simboliza el germen, actitud manual que puede verse en el feto humano. Con ese puño frota al paciente dándole energía. Luego lo acuesta, boca abajo o boca arriba, en una mesa, en un catre o en el suelo. Algunos pueden ser operados sentados o de pie. Con la mano abierta y tensa, esgrimida como un cuchillo, el psicomago da tajos en el aire alrededor del paciente cortándolo de influencias hostiles.

(Para preparar nuestro espíritu a la intensidad de la operación, mi hijo Cristóbal —quien colaboró conmigo en todas las ocasiones—, decidimos recitar mentalmente: «No hay un ser aquí y ahora, porque el aquí es todo el espacio, el ahora es todo el tiempo y el ser es la total conciencia. Ser, espacio y tiempo son una misma cosa».)

Así, sin objetos de adorno, sin trucos de prestidigitación, haciendo consciente al paciente de que se operará su cuerpo fantasma y no su cuerpo material, de que emplearemos acciones metafóricas, de que nosotros, los psicochamanes, no poseemos poderes sobrenaturales sino que los imitamos y de que lo que proponemos es una forma de teatro sagrado, podemos realizar todos los «milagros» de Pachita y toda especie de santos y curanderos primitivos. Podemos metafóricamente extraer tumores, cortar huesos, injertar nuevos miembros, limpiar el corazón de sus penas, cambiar las ideas negativas de un cerebro, purificar la sangre, etc.

Apliqué esta nueva técnica durante mis cursos de Psicomagia y se produjeron sorprendentes curaciones. Como de costumbre, comencé prudentemente con pequeñas operaciones.

Luego, como en el transcurso de estos tres últimos años fueron complicándose, solicité la ayuda de mi hijo Cristóbal, que puso al servicio del Psicochamanismo su energía juvenil.

Conociendo el ansia que tienen los enfermos de encontrar soluciones rápidas, nunca nos permitimos operar en forma profesional, cobrando honorarios. Todos los ejemplos que daré a continuación fueron realizados durante cursos para terapéutas. Ellos propusieron a sus pacientes intentar estas experiencias. La primera operación la practiqué sobre una mujer argelina, de unos 40 años, que padecía un dolor en los ojos que ningún médico, al no encontrar la causa orgánica, había podido curar. Después de las ceremonias previas que he descrito anteriormente, le hice cerrar los ojos. Le pegué sobre cada párpado un pequeño esparadrapo. Con voz impregnada de autoridad le dije: «Éstos son los hechos terribles que has visto y que te han dañado los ojos. Te los voy a arrancar para siempre». Imitando que hacía esfuerzos muy grandes, le fui despegando los esparadrapos. Tuve la sorpresa de verla gritar con intenso dolor, como si en verdad le arrancara algo pegado a su organismo. Después, con mucho cuidado, hundí los dedos en sus cuencas y con calculada presión le di la idea de que había aprisionado sus globos oculares. «Ahora te voy a sacar los ojos, voy a lavarlos y te los volveré a colocar.» Simulé que hacía un gran esfuerzo para arrancarle los ojos y ella otra vez gritó, con un real dolor. Metí los dedos en un vaso con agua y produje un ruido como si limpiara esos órganos. Luego, con las manos mojadas, simulé que devolvía otra vez los ojos a su sitio. «Ya puedes levantar los párpados. Tu mirada está limpia, libre por fin de tus dolorosos recuerdos.» Abrió los ojos y se puso a llorar: ese dolor que la torturaba desde hacía tantos años había cesado.

En otra ocasión me presentaron a un joven que tartamudeaba. Su árbol revelaba un padre indiferente, egoísta, infantil, caprichoso e injusto. El muchacho, al no ser amado por él, se sentía sin fuerza viril. Le dije que se bajara los pantalones y que se sentara en el borde de una silla. «Te voy a inyectar la energía

del Padre. Respírala.» Acto seguido, con mi mano derecha, le tomé los testículos, y sin apretarlos, pero dándole al contacto una gran solidez, le hice sentir que le inyectaba una inmensa fuerza paternal. Imité esta inyección soplando con los labios entrecerrados un largo e intenso chorro de aire. Sin soltarlo, le dije, con una total convicción: «Ya estás curado. Respira profundo, descontracte, piensa que tu voz viene ahora de tus poderosos testículos y habla». El muchacho habló correctamente. Su tartamudez había desaparecido.

Comencé entonces, ayudado por Cristóbal, a realizar operaciones más complejas. Nuestros años de práctica teatral nos fueron esenciales: el psicochamán debe emplear una voz que en ningún momento esté teñida de duda o debilidad. La certeza imitada debe ser total. Para exorcizar a un «poseído» los gritos deben ser impresionantes. Es de mucha ayuda imaginar que un aliado mítico actúa a través de nosotros. Cada vez que encontramos a un espíritu invasor imitamos la autoridad de Jesucristo. En Marcos, 9.25: «Y cuando Jesús vio que la multitud se agolpaba, reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu mudo y sordo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él».

Una mujer de 35 años, que sufre porque tiene seis kilos de más, nos muestra sus muslos afectados por la celulitis. Desde hace quince años, a pesar de todos los tratamientos, no puede liberarse de ella. Estableciendo su árbol genealógico comprendemos que esa inflamación del tejido celular simboliza a su madre posesiva. La mujer siente que su progenitora, con su odio a los hombres, le impide realizar una vida sexual satisfactoria. Le proponemos operarla para quitarle esos seis kilos de materia y también liberarla de su madre. Procedemos a rodearle cada muslo con una gran hoja de papel que simboliza la celulitis. Luego le decimos que elija, entre los participantes del curso, a una mujer que representará a su madre. Así lo hace. Le pedimos a la elegida que se aferre al cuerpo de la paciente y que simule resistir lo más que pueda. Comenzamos a vociferar órdenes exigiéndole al espíritu impuro que abandone el

cuerpo de su hija. Por más que tratamos de desprenderla, la mujer se aferra. Por fin la despegamos de la paciente, que durante la teatral escena ha llorado, ha insultado a gritos a su madre y ha sacado su rabia. Desde que se ve libre, se calma. Entonces la acostamos y procedemos a simular que le abrimos un canal en los muslos y que con gran trabajo le arrancamos ese papel que los rodea. La mujer grita con auténtico dolor. Le entregamos los papeles, hechos una bola. «Aquí está tu celulitis. Ve al baño, quémalala, arroja la ceniza en la taza y lanza el agua.» Así lo hace. Cuatro meses más tarde recibo una carta donde nos comunica que ha perdido por completo esos seis kilos.

En algunas operaciones donde el o la paciente se siente desvalorizado o no se acepta porque sus padres, en lugar de él o ella querían un niño del otro sexo, o porque le han dicho que es feo o fea, recurrimos, mediante un polvo especial, después de la operación, a pintar su cuerpo, entero o en partes, de dorado o de plateado. Le pedimos a la persona, de esta manera pintada, que regrese a su hogar exponiéndose a la mirada de los otros. Así les cambia la percepción de ellos mismos y se sienten dignos de ser admirados.

A una mujer que había sido abandonada por su amante y que no podía cesar de sufrir por él, le arrancamos del pecho un papel donde había escrito el nombre del hombre, luego, simulando que hundíamos en ella más profundamente las manos, le dijimos que le íbamos a sacar el corazón para cambiárselo por uno nuevo. Así lo hicimos. Mientras simulábamos tirar con enorme fuerza, ella lloró con una inmensa pena aunada a un dolor físico que se calmó en cuanto imitamos que introducíamos el nuevo órgano. Antes de cerrar la imaginaria herida le dijimos que le íbamos a tatuar en el corazón una palabra y, punzándole el pecho con el dedo untado en pintura dorada, escribimos «Amor». Se sintió aliviada y con energía para iniciar una nueva vida amorosa.

Con un hombre de 50 años que, habiendo sufrido una intervención quirúrgica en el oído izquierdo para extraerle un

tumor, debía ser operado también en el oído derecho, donde a su vez se había desarrollado un tumor, ensayamos una operación psicochamánica para ver si lográbamos curarlo sin que intervinieran los médicos cirujanos. Simbolizamos la excrecencia con una bolilla de algodón empapada en leche condensada, que introdujimos en el conducto auditivo. Luego sentamos al paciente en una bacinica. Enseguida, una fila de doce mujeres se colocó a su derecha. Una por una posaron sus labios en la oreja y con una voz dulce susurraron: «Hijo mío... te quiero». Cuando todas ellas le hubieron dicho estas palabras se agruparon alrededor de él, y mientras Cristóbal, ayudado por unas pinzas para depilar, le extraía el tumor simbólico, simulando que hacía un gran esfuerzo, ellas murmuraban una canción de cuna... Tiempo más tarde recibimos una carta de agradecimiento: el tumor había desaparecido.

Un hombre de 60 años tenía un dolor en la rodilla derecha que lo obligaba a cojear. Las radiografías no habían descubierto ninguna anomalía. Pensando que la pierna derecha podría tener relación con el padre y que en francés la rodilla se llama «genou», palabra que puede sonar como «je-nous» (yo-nosotros), le preguntamos qué clase de relación había tenido con su progenitor. El paciente se conmovió profundamente. Su padre siempre lo había negado, mateniéndose encerrado en sus problemas. Únicamente cuando estaba en el hospital, aquejado por una enfermedad incurable, se permitió llamarlo para que lo desconectara de sus aparatos y así poder por fin morir. El paciente se sintió obligado a obedecerle. Y de esta manera se echó encima la culpabilidad de haber matado a su padre, lo cual le causó una rabia que se vio obligado a reprimir. Fue entonces cuando comenzó ese dolor en la rodilla. Antes de operarlo, le colocamos varias capas de tela adhesiva que simbolizaban el hueso de la rodilla. Lo acostamos boca arriba y luego pusimos a su lado derecho, a cuatro patas en el suelo, a un participante que previamente el paciente había elegido para simbolizar a su padre, a quien, para protegerlo, le colocamos un cojín en la espalda. Mientras le «abrimos» la carne y

le «extraíamos» el hueso, simulando que arrancábamos con gran esfuerzo el montoncillo de esparadrapo, le pedimos que expresara su rabia golpeando la espalda de su «padre». Así lo hizo y entre gritos de dolor por la operación y gritos insultando a su progenitor, descargó la furia dando tremendos golpes en el cojín. Le colocamos un «nuevo» hueso y le pintamos la rodilla de dorado. Terminada la operación, el paciente levantó al participante que había recibido la paliza y, llorando, lo abrazó durante varios emocionantes minutos. Desde entonces, cesaron sus dolores.

Un hombre joven ha venido al curso acompañado de su esposa. La ama profundamente pero tiene un problema: cuando hacen el amor, el falo sólo se le levanta a medias, entre duro y blando. Ese defecto arruina la vida sexual de la pareja. Tenemos la suerte de que su padre y su madre lo han acompañado al curso. Observando el árbol genealógico vemos que todos los hombres, infantiles, pecan por ausencia y que las mujeres, invasoras posesivas, educadas con prejuicios religiosos, culpabilizan la sexualidad. Vemos también que entre la madre y la esposa hay una tensión: la esposa considera que la madre no le ha cedido el amor de su hijo, que lo obliga a permanecer, como a su marido, en un nivel infantil, dependiente de ella. Los cuatro participantes, en una auténtica búsqueda de una vida equilibrada, abaten sus defensas y se hacen conscientes de la raíz del problema. Procedemos entonces a la operación: acostamos al marido en una mesa, de espaldas, desnudo. Yo le sostengo una pierna, Cristóbal otra, y dos participantes los brazos. Extendida sobre él, aferrada a su cuerpo, está su madre. Fuera de la sala, al otro lado de la puerta cerrada, espera su padre. La esposa, inclinada junto a su oreja izquierda, le susurra sin cesar una y otra vez «te amo». El paciente debe tratar de deshacerse de su madre, pero los que le sostenemos los brazos y las piernas no lo dejamos moverse. El paciente debe llamar a gritos a su padre, pidiendo ayuda. Éste golpea la puerta con gran violencia, luego la abre, se precipita hacia la madre y después de que ambos simulan una intensa

lucha, la desprende. La madre debe entonces soplar con todo su cariño en la región del corazón de su hijo como si inflara un globo y el padre, asimismo, debe soplar en el perineo, para infundirle nueva fuerza viril. Mientras tanto yo simulo cortar el sexo, hundiendo los dedos alrededor del pene y los testículos. Tomo los órganos sexuales y doy la sensación de arrancárselos. Luego le implanto un nuevo sexo imaginario. Terminada la operación regamos la parte operada con agua bendita y hacemos que el padre y la madre acompañen a su hijo hasta depositarlo en brazos de su esposa. En ese momento los cuatro estallan en llanto y se abrazan con gran alivio y cariño. Al día siguiente los esposos, felices, vienen a comunicarnos que por fin la erección ha sido perfecta.

Una mujer madura tiene bolas de grasa en muchas partes del cuerpo. Observamos, estudiando su árbol, que su abuela materna perdió, en el momento del parto, a dos gemelitos, un hombre y una mujer. La señora nunca se pudo reponer. La madre de nuestra paciente vio a su progenitora encerrarse durante años en una inconsolable pena. Cuando parió a la paciente le puso el nombre de la gemela muerta, con el deseo inconsciente de regalársela a su madre para calmar ese sufrimiento. Efectivamente, la educó su abuela, pero en un ambiente de tristeza: el gemelo varón no había sido repuesto. Cuando le decimos que las bolas de grasa son la representación del niño muerto que lleva dentro, nos dice: «Siempre pensé que tenía un hermano gemelo en alguna parte». Procedemos a la operación. Simulamos empujar las bolas hacia un mismo lugar situado en el vientre. Luego, como si todas ellas formaran un paquete, las empujamos hacia la garganta y, con autoridad implacable, le ordenamos «¡Vomita al gemelo! ¡No lo necesitas para ser amada!». Le colocamos un saco de plástico frente a la boca. Ella tiene fuertes arcadas y se pone a vomitar. Cuando termina, anudamos el saco y le pedimos que vaya a depositarlo, acompañada de su madre, a la tumba de su abuela. Por una carta nos enteramos de que así lo ha hecho y de que sus bolas de grasa han comenzado a desaparecer. Sin embargo se pregunta



Operación psicochamánica cambiando un sexo (México, 1997). Mi ayudante es un verdadero médico cirujano.

si es a causa de la operación o porque sigue una dieta estricta...
¡Qué difícil es agradecer!

Nos pide ayuda un muchacho joven de 25 años que se siente incapaz de amar. Ha venido al curso acompañado de su madre. Le hemos pedido que lo haga así porque vive en simbiosis con ella. El padre, débil, alcohólico, fue expulsado del hogar y el hijo, desde muy pequeño, tomó su sitio. Él y la madre han seguido un psicoanálisis lacaniano durante cinco años, lo que les ha permitido hacerse conscientes del lazo edípico, pero sin solucionarlo. Hacemos que la madre le enrolle siete veces un grueso cordón de seda roja alrededor del cuello. Sabemos que nació con el cordón umbilical enrollado siete veces alrededor del cuello. Le hacemos escribir en una hoja de papel «Mamá, tú eres la única mujer que amaré en mi vida. Tuyo para siempre», y su firma. Le introducimos ese contrato, untado en goma arábiga, debajo de la camisa y se lo pegamos sobre el corazón. Lo envolvemos, de pies a cabeza, en una sábana mojada y con la continuación del cordón rojo lo atamos rodeándolo de anillos de seda. Le damos un par de tijeras de sastre a la madre y hacemos que primero corte los anillos rojos, diciendo cada vez más fuerte «¡Libre!». Luego nosotros desgarramos la sábana, como si le quitáramos un aura nociva, y lo sacamos del capullo. El muchacho, casi inerte, en una especie de trance, se dejar cargar. Simulando un enorme esfuerzo, le extraemos el pegajoso contrato. Grita con dolor físico y mental, llora como un niño. Le pedimos a la madre que cercene los siete anillos que le aprisionan el cuello, diciendo «Anillo uno: para ti, hijo mío, el amor puro y el amor a la vida. Anillo dos: para ti, hijo mío, el amor a la madre y el amor al padre. Anillo tres: para ti, hijo mío, el amor a ti mismo y el amor al otro. Anillo cuatro: para ti, hijo mío, el amor a la familia y el amor a la humanidad. Anillo cinco: para ti, hijo mío, el amor a todos los seres vivientes y el amor al planeta. Anillo seis: para ti, hijo mío, el amor a los astros y el amor al universo. Anillo siete: para ti, hijo mío, el amor a toda la creación y el amor a la Conciencia Creadora». Al terminar de recitar estas palabras, que nosotros le vamos

murmurando al oído, la madre y el hijo caen el uno en los brazos del otro, sollozando y perdonándose. Al cabo de un rato, se separan, felices, sintiéndose ambos liberados.

Pide ayuda una pareja. Se pelean continuamente por causas fútiles, pero cuando comienzan no pueden detenerse: siguen aumentando sus insultos y elevando el tono de la voz. Ella lo enerva sin querer cesar sus gritos hasta que él comienza a estrangularla. Teme matarla un día. Ella se siente atada a él y, a pesar del peligro, no lo puede dejar. Estudiando los árboles genealógicos, la esposa recuerda que sus tres hermanos la violaron cuando tenía doce años. Para impedirle protestar la inmovilizaron, estrangulándola. El esposo recuerda haber visto en las peleas de sus progenitores que su padre estrangulaba a su madre. Ahora él debe luchar contra sus deseos de estrangular mujeres, en tanto que su mujer debe luchar contra los deseos de ser estrangulada. Procedemos a la operación. Le pedimos a ella que elija entre los asistentes tres hombres que representarán a sus hermanos. Le explicamos que después de la violación ha quedado poseída por ellos. Los tres hombres se aferran a ella, tomándola por el cuello. Todas las mujeres del curso, unas veinte, deben hacer que suelten a su presa vociferando insultos y órdenes para que dejen tranquila a esa «niña». Ellos simulan resistir hasta que al final la sueltan. Los sollozos de la víctima son convulsivos. La acostamos y procedemos, metafóricamente, a extraerle la vagina y cambiársela por otra. Pintamos los labios exteriores de su sexo y el vello pubiano de esplendoroso plateado. A su marido, que dice sentir tener manos de asesino, después de que diez hombres y diez mujeres le despegan el padre y la madre, le «cortamos» esas extremidades que detesta y le colocamos «nuevas» manos, pintándoselas de dorado. Por su carta de agradecimiento nos enteramos de que sus peleas han cesado.

Estas operaciones, por su extrema rareza, producen un estado de atención tan intenso que terapeutas, pacientes y observadores, al igual que sucedía con Pachita, entran en una di-

mención psicológica donde cambia la sensación del tiempo y el espacio. Se está plenamente «ahí», en el «sitio». Las acciones y reacciones se entrelazan en forma perfecta y, siendo todo producto del intenso instante, no hay posibilidad de error. El mundo se concentra en la operación. Se puede comparar esto a momentos que se viven en la tradicional corrida de toros. En esa ceremonia mortal, en un segundo dado, el torero y el toro entran en el sitio, se amalgaman, se unen, embestida y engaño se hacen una sola cosa, y esa danza se convierte en un imán que atrae irresistiblemente la atención del público. Las manos del sanador se enraízan en el mundo. No es un individuo el que opera, es la humanidad entera. No es el torero el que hace los pases, es el público mismo. En un caso se da vida, en el otro se da muerte. Hay que descubrir la esencia de esa similitud.

En la base, toda enfermedad es una falta de conciencia impregnada de temor. Esta inconsciencia tiene origen en una prohibición, impuesta sin convencimiento previo, que la víctima debe aceptar sin comprenderla. Se le exige al niño no ser lo que es. Si desobedece, es castigado. El castigo mayor es no ser amado.

El psicochamán, tanto como el curandero primitivo, debe operar eludiendo no sólo las defensas del paciente sino también sus temores. La educación puramente racional nos prohíbe usar el cuerpo en toda su extensión, dándonos la piel como límite de nuestro ser, haciéndonos creer que es normal vivir en un espacio reducido. Esta educación despoja al sexo de su poder creador, dándonos la ilusión de que vivimos sólo un corto tiempo, negando nuestra esencia eterna. Del centro emocional, mediante una filosofía desvalorizante, nos extirpa los sentimientos sublimes. Nos inculca el miedo al cambio y nos mantiene en un nivel de conciencia infantil donde veneramos lo seguro tóxico y detestamos la saludable incertidumbre. Por todos los medios, apoyándose en doctrinas políticas, morales y religiosas, nos hace desconocer nuestro poder mental.

Si la realidad es como un sueño, debemos actuar en ella sin padecerla, tal como lo hacemos en un sueño lúcido, sabiendo

que el mundo es aquello que pensamos que es. Nuestros pensamientos atraen a sus equivalentes. Verdad es lo que es útil, no sólo para nosotros sino también para los demás. Todos los sistemas, necesarios en un momento dado, más tarde se tornan arbitrarios. Tenemos la libertad de cambiar de sistemas. La sociedad es el resultante de lo que ella cree ser y de lo que nosotros creemos que es. Podemos comenzar a cambiar el mundo cambiando nuestros pensamientos.

La piel no es nuestra barrera: no hay límites. Los únicos límites positivos son aquellos que necesitamos, momentáneamente, para individualizarnos, pero a sabiendas de que todo está conectado. La separación es una ilusión útil, como cuando el curandero coloca un lazo de cuerda alrededor del cuello del paciente para indicarle que debe asumir la responsabilidad de su enfermedad y no propagarla. La curación milagrosa es posible pero depende de la fe del paciente. El psicochamán debe sutilmente guiar al enfermo para que crea en lo que él cree. Si el terapeuta no cree, no hay curación posible.

La vida es una fuente de salud, pero esa energía surge sólo donde concentramos nuestra atención. Esta atención no sólo debe ser mental sino también emocional, sexual y corporal. El poder no reside ni en el pasado ni en el futuro, sedes de la enfermedad. La salud se encuentra aquí, ahora. Los hábitos tóxicos pueden ser abandonados instantáneamente si cesamos de identificarnos con el pasado. El poder del «ahora» crece con la atención sensorial. Se debe conducir al paciente a explorar el momento presente, a que se haga consciente de los colores, de las líneas, de los volúmenes, de los tamaños, de las sombras, de los espacios que hay entre los objetos. Debe sentir cada parte de su cuerpo para luego aunarlas en un todo; debe convertir su respiración en placer, debe captar su calor y energía dentro y fuera de él, debe comprender que amar es estar contento con lo que es y con lo que son los otros. El amor crece en la medida en que la crítica decrece. Todo está vivo, despierto, y responde. Todo adquiere poder si el paciente se lo da... Una madre que seguía un tratamiento fitoterapéutico para sanar a

su bebé, donde debía darle a beber agua en la que disolvía cuarenta gotas de una mezcla de aceites esenciales, veía que la enfermedad continuaba. Le dije: «Lo que pasa es que no crees en esa medicina. Como tu religión es la católica, cada vez que le des a beber las gotas, reza un padrenuestro». Así lo hizo y el nene se curó rápidamente. Si no le damos poder espiritual a la medicina, ella no actúa.

Es necesario subrayar aquí la importancia de la imaginación. En cierto modo en este libro me he entregado a un ejercicio de autobiografía imaginaria, aunque no en el sentido de «ficticia», pues todos los personajes, lugares y acontecimientos son verdaderos, sino en el hecho de que la historia profunda de mi vida es un esfuerzo constante para expandir la imaginación y ampliar sus límites, para aprehenderla en su potencial terapéutico y transformador. Aparte de la imaginación intelectual, existen la imaginación emocional, sexual, corporal, sensorial. La imaginación económica, mística, científica, poética. Ella actúa en todos los terrenos de nuestra vida, incluso en los que consideramos «racionales». Por eso, no se puede abordar la realidad sin desarrollar la imaginación desde múltiples ángulos. Normalmente lo visualizamos todo según los estrechos límites de nuestras creencias condicionadas. De la realidad misteriosa, tan vasta e imprevisible, no percibimos más que lo que se filtra a través de nuestro reducido punto de vista. La *imaginación activa* es la clave de una visión amplia: permite enfocar la vida desde ángulos que no son los nuestros, *imaginando otros niveles de conciencia*, superiores al nuestro. Si yo fuera una montaña o el planeta o el universo, ¿qué diría? ¿Qué diría un gran maestro? ¿Y si Dios hablara por mi boca, cuál sería su mensaje? ¿Y si yo fuera la Muerte?... Esa Muerte que me reveló un perro depositando ante mis pies una piedra blanca, aquella que me separó de mi Yo ilusorio, me hizo huir de Chile y me impulsó a buscar con desesperación un sentido a la vida. Esa Muerte que de pavorosa enemiga se ha convertido en mi amable dama de compañía.



Alejandro Jodorowsky, a los 72 años. Foto: Roger Fagin.

Quisiera, para terminar este libro, volver a mi juventud y estar otra vez sentado en la rama de un árbol, junto a mi amigo poeta para, como en aquella inolvidable ocasión, deducir, de lo mucho que no sabemos, lo precioso y poco que sabemos:

No sé a dónde voy, pero sé con quién voy.

No sé dónde estoy, pero sé que estoy en mí.

No sé qué es Dios, pero Dios sabe lo que soy.

No sé lo que es el mundo, pero sé que es mío.

No sé lo que valgo, pero sé no compararme.

No sé lo que es el amor, pero sé que gozo tu existencia.

No puedo evitar los golpes, pero sé cómo resistirlos.

No puedo negar la violencia, pero puedo negar la crueldad.

No puedo cambiar al mundo, pero puedo cambiarme a mí mismo.

No sé lo que hago, pero sé que lo que hago me hace.

No sé quién soy, pero sé que no soy el que no sabe.

Apéndice

Actos psicomágicos transcritos
por Marianne Costa

1. Un hombre joven desearía trabajar en el sector turístico, ir a Hong Kong y a otras ciudades míticas. Pero este deseo profesional le parece irrealizable. Duda de sí mismo. Después de interrogarlo, A. J. descubre que la madre del consultante ha muerto y que su hermano acaparó en la infancia todo el amor materno.

Respuesta: Pega en un lado de una lata de sardinas una fotografía de tu madre y en el otro lado una de tu hermano. Sube por la avenida de los Campos Elíseos, vereda de la derecha, desde el Obelisco hasta el Arco del Triunfo, empujando a patadas la lata hasta que quede junto a la llama del soldado desconocido. Luego vete sin mirar hacia atrás.

2. Una muchacha consulta después de él. Es su novia, pero la relación no pasa de platónica. Ella también duda de sus capacidades profesionales y sus problemas psicológicos son semejantes a los de su amigo: una hermana mayor preferida, un padre distante y quizás incestuoso.

Respuesta: Vas a hacer como tu novio, pero, en lugar de lata de sardinas, compra, en una tienda especializada, un falso falo. Para evitar que seas molestada por la policía, lo envolverás en una bolsa, con un retrato de tu padre. Y, junto a tu amigo, marcharás, cada cual pateando lo suyo. Antes de abando-

nar el Arco del Triunfo, os pondréis frente a frente, con los rostros a una pulgada de distancia, y lanzaréis, hasta que os canséis, rugidos de cólera.

3. Una mujer argelina poseída por una gran tristeza. El Tarot muestra que esa pena es la de su madre, muerta en el exilio, separada del país natal.

Respuesta: Haz que te traigan de Argelia, puesto que tú no puedes ir hasta allí, un saco con siete kilos de tierra de la aldea donde vivía tu madre. Luego ve al cementerio y deposita esa tierra en su tumba. Después, para celebrar este acontecimiento, ve a la gran Mezquita y bebe siete té a la menta.

4. Otra mujer triste. No conoce la alegría de vivir. Cuando su madre estaba encinta de ella, de 6 meses, su padre la abandonó para irse a vivir con otra mujer.

Respuesta: Ve a ver a tu padre disfrazada de mujer encinta de 6 meses. Pídele que se arrodille ante tu vientre y que le pida perdón al feto que abandonó.

5. La consultante, pacifista, vegetariana, confiesa que tiene tal rabia contra su madre que desea asesinarla.

Respuesta: ¿Cómo hacer para que realices tu deseo sin que mates un animal? Compra dos sandías, que simbolizarán los senos de tu madre, y destrózalas a puñetazos. En un saco color carne que habrás confeccionado tú misma, mete los pedazos de sandía. A medianoche ve a arrojar el saco al Sena y vete sin mirar hacia atrás.

6. Un muchacho, desorientado profesionalmente, dice que no sabe qué oficio practicar. Al ser interrogado confiesa que estudió Derecho y Ciencias Políticas en una gran escuela pero que fracasó al no obtener su diploma.

Respuesta: Fabricate un diploma idéntico al que habrías recibido, pero treinta centímetros más grande, a lo ancho y a lo largo. Colócalo enmarcado en la pared de tu dormitorio y, ba-

jo él, una copa de campeón de boxeo. Enseguida ve a ejercer el oficio que desees.

7. Una mujer de 30 años duda de sí misma. Es avara, material y emocionalmente.

Respuesta: Cuando se vive pidiendo con inseguridad es porque los padres, obnubilados por sus propias proyecciones, no nos vieron tal cual éramos. Compra dos hermosas manzanas rojas. Una guárdala en tu bolsa, la otra llévala en una mano. Toma el metro y observa a los pasajeros. Si una persona, hombre, mujer o niño, te despierta el deseo de darle la manzana, hazlo. Hasta que no te venga ese impulso, seguirás viajando, aunque sean varios días. Cuando hayas dado la manzana, sal del metro y marcha por la calle paladeando la otra manzana, la que guardabas en tu bolsa. Así comprenderás que dando, recibes.

8. Un hombre de 30 años no logra realizarse como músico. Cuando era niño estudiaba piano, pero su padre, garajista, se burlaba de su afición tratándolo de invertido. Tenía una hermana que vivía en simbiosis con su madre, ambas odiando a los hombres. En su hogar, los dos mundos, el masculino y el femenino, estaban separados por un abismo.

Respuesta: Para lograr expresarte artísticamente, debes asumir tu sensibilidad femenina. Cúbrete el cuerpo de grasa de coches y así, desnudo, sucio como tu padre, toca el piano. Por supuesto que mancharás las teclas. Cuando hayas, con furia, producido todas las melodías que se te antojen, limpia el teclado. Después masajea el piano como si fuera una mujer, durante una hora exacta. Enseguida pega una foto de tu madre en la planta de tu pie izquierdo, una de tu hermana en la de tu pie derecho y ponte a tocar otra vez. Verás que la furia se convierte en placer creador. Como agradecimiento me traerás una rosa blanca.

9. Un hombre de 50 años no soporta el proceso de divorcio

con su esposa. Tres meses antes, después de convivir con él ocho años, su mujer le expresó el profundo deseo que tenía de que la dejara encinta. Él rechazó la proposición categóricamente. Ella lo reflexionó y luego le propuso ese divorcio, que él aceptó tranquilamente. Pero al cabo de tres meses, así de pronto, se arrepintió, proponiéndole a su esposa tener el niño deseado. Pero ella, inflexible, le dijo que lo haría con otro. El Tarot revela que este hombre tiene un hermano mellizo. Cuando se le pregunta cuáles fueron sus relaciones con él, tartamudea un poco y responde un lacónico «Aceptables».

Respuesta: Llama a tu mujer y dile que no quieres un niño sino dos. Que, siendo mellizo, no puedes imaginarte que se haga un solo hijo y que ésa es la razón por la que rechazaste dejarla encinta cuando te pidió «un» niño. Esto te obligará a meditar: ¿quieres en verdad ser padre de dos hijos? Si así lo deseas, llámala. Es muy probable que ella acepte.

10. Una mujer morena, de unos 40 años y con grandes ojos negros, tiene una relación muy conflictiva con uno de sus compañeros en la oficina donde trabaja. Conflicto que él se niega a resolver, a pesar de los esfuerzos pacificadores que hace ella.

Respuesta: Vemos en el Tarot que las relaciones con tu hermano mayor fueron desastrosas. Este conflicto original, muy anclado en tí, lo proyectas en tu compañero de trabajo. Necesitas que él te deteste, para reproducir tu amor-odio infantil. Él, por su parte, debe proyectarte a su hermana. Tienes que desestabilizar su mirada. Si te ve diferente, ya no serás el objeto de su antigua rabia. Es necesario que llegues de pronto a la oficina con otro aspecto: nuevo corte de pelo, teñido de rubio, con lentes de contacto que te den ojos claros y diferente estilo de ropa.

11. Una mujer que ha cambiado de casa no se siente bien en su nuevo territorio, le parece ajeno. ¿Qué hacer?

Respuesta: Orina en un recipiente, llena un cuentagotas con ella y luego vierte una gota en cada rincón de la nueva casa.

12. Un terapeuta de 40 años tiene una relación apasionada pero conflictiva con una mujer que siente una gran agresividad hacia los hombres, porque vio a su padre matar a su madre (la de ella) con el fusil de caza que le había regalado su abuelo (el de él). ¿Cómo calmar ese odio al hombre que sin cesar ella le proyecta?

Respuesta: Ve a ver a tu amiga llevando un fusil de caza cargado con balas de fogueo y pide que dispare hacia tu pecho. Allí tendrás oculta una bolsa de plástico llena de sangre artificial. Al sentir los tiros, te las arreglarás para llenarte de sangre. A ella antes le habrás advertido de que las balas son falsas, pero guardando en secreto el efecto de la sangre. Verás que estalla en sollozos y que te abraza. A partir de ese momento la relación mejorará.

13. Una muchacha de 20 años consulta el Tarot para ver cómo van las relaciones con su amante. Al parecer nada falla, él acepta casarse y tener hijos. Sin embargo la joven sufre de no saber lo que ella quiere, lo que le gusta, lo que siente verdaderamente. El Tarot revela la fuerte influencia de su madre, a la que siente como un vampiro. ¿Cómo puede saber si es ella la que ve y piensa o si es la madre que ha tomado su lugar?

Respuesta: Consigue una fotografía del rostro de tu madre y agrándala hasta que alcance el tamaño real. Agujeréale los ojos y fabricate una máscara estilo veneciano, con una varilla abajo. Cuando te encuentres en una situación en la que desees dissociar tu mirada de la de tu madre, ponte la máscara delante de la cara y hazte consciente de que ves y sientes como ella. Después quítate la máscara y constata cómo ves tú y cómo sientes tú las cosas.

14. Una mujer de 30 años consulta porque sufre aún, adulta, por el rechazo de su padre cuando era niña. Esta actitud se explica porque su hermano menor había muerto a las tres semanas de nacer. El padre, que deseaba perpetuar su apellido, consideró injusto que muriera su hijo y no su hija.

Respuesta: Cuando murió tu hermano debía de pesar unos tres kilos. Compra una cabeza de becerro y, si es necesario, algo de huesos y carne hasta completar los tres kilos. Mete esto en un saco impermeable y hermético y luego ponlo en una mochila negra, que cargarás en la espalda durante tres días completos (que simbolizan las tres semanas de vida del niño). Enseguida ve a la casa de tu padre y, sin que él se dé cuenta, entierra tu carga en el jardín. Después ofrécele a tu padre un salchichón, míralo comer algunas rodajas y pídele que te regale una caja de chocolates.

15. Una señora muy bien vestida, de 60 años, no puede deshacerse del profundo rencor que siente hacia un médico que le diagnosticó erróneamente la enfermedad de Alzheimer y que la sumió durante dos años en la angustia. Años que deterioraron por completo las relaciones con sus hijos. El Tarot revela que ella proyecta sobre ese médico, que la amenazó con la parálisis de sus funciones mentales, a sus propios padres paralizantes.

Respuesta: Señora, tiene usted que protestar de una manera infantil. Deposite sus excrementos en una caja de metal para galletas y envíesela por correo al médico. La caja debe estar envuelta como un regalo de navidad.

16. Un hombre joven, con gestos, voz y rostro de niño, dice tener un «sufrimiento existencial». Según él, la causa de que no pueda salir de la infancia y convertirse en un hombre es su madre, que lo concibió con un desconocido estando soltera.

Respuesta: Tienes razón. Si tu madre odia a los hombres, tú, para no perder su amor, te quedas niño. Vístete como imaginas que se viste ese padre que nunca has visto. Y, sobre esa ropa, ponte ropas de mujer, robadas a tu madre. Ve a pasear por las calles vestido así. Apenas encuentres una mujer que te guste, comienza a mirarla con fijeza mientras te quitas poco a poco las prendas femeninas para dejar al descubierto tu traje masculino. Cuando hayas realizado el cambio, acércate a la

mujer y dile que ella te gusta. Puede que te rechace, puede que te acepte. Vive con placer esa situación. Más tarde, pinta una manzana de negro, alrededor de ella enrolla la ropa femenina. Alrededor de esa ropa enrolla la de tu padre y ve a ver a tu madre para, sin darle ninguna explicación, entregarle el paquete diciéndole: «Te devuelvo lo que me diste». La manzana negra simboliza tu angustia existencial.

17. Una señora de 70 años, que sufre sordera, consulta para resolver un problema con su hija de 48 años, que se queja de nunca haber sido escuchada por ella.

Respuesta: En presencia de tu hija, lávate con un jabón rosado siete veces cada oreja. Enseguida unta tus canales auditivos con miel de acacia: con el dedo medio de la mano derecha en la oreja izquierda y con el dedo medio de la mano izquierda en la oreja derecha. Después, pide a tu hija que venga a lamer allí la miel, murmurándote todo aquello que desea decirte.

18. Una mujer de unos 40 años, alcohólica, se queja de ser «nula» y de «no poder realizarse» a pesar de que, habiendo sido educada católica, practica el budismo. Cuando le preguntan cuál es su alcohol preferido responde: «el vino tinto de Burdeos».

Respuesta: Compra una botella de vino tinto de Burdeos. Ve con ella a una iglesia, siéntate en un banco y, poniéndola delante de ti, rézale como si fuera un santo. Luego ve a tu templo budista y medita con la botella entre tus piernas, para que la consagres. Después, en tu hogar, hazle un pequeño altar con flores, varillas de incienso y dos lamparillas, una conseguida en la iglesia y la otra en el templo. Así tendrás en la casa tu propio santuario y el vino se convertirá en un elixir mágico. Por la noche, antes de dormir, te friccionarás el pecho con él. Este vino sagrado te protegerá y te curará.

19. Una mujer muy gorda quiere adelgazar. «Mi madre se puso a engordar después de parirme. Yo cargo con la respon-

sabilidad de sus dietas incesantes, de su "drama corporal". Tengo diez kilos de más.»

Respuesta: Compra cualquier objeto que pese diez kilos, por ejemplo un televisor, una aspiradora, una colección de ollas, etc. Sobre el paquete colocas una foto tuya, desnuda y triste, y se lo ofreces a tu madre diciendo: «Esto es tuyo. Te devuelvo tu regalo».

20. Un artista conocido, pintor de 50 años, confiesa con vergüenza odiar a su hermano menor, producto tardío de sus padres. El nene llegó cuando él cumplía 22 años y le «robó» el amor maternal.

Respuesta: Compra una cuna de madera, un salvavidas y un gran melón. Pondrás el melón dentro de la cuna y la cuna sobre el salvavidas. Luego, con una pistola automática le disparas al fruto 22 veces. Después viertes sobre los restos un botellón de gasolina, la enciendes y envías la cuna en llamas sobre el salvavidas, flotando en las aguas de un río. En seguida, para cambiar la rabia en aceptación, obsequia con 22 rosas blancas a tu hermano.

21. Una mujer vestida a la hindú ha pasado doce años en un ashram. Su gurú, Muktananda, bautizó a su hija llamándola «Krishna». Hay algo en eso que la hace sentirse mal. A la luz del Tarot se da cuenta de que, para el inconsciente, ese acto revela su deseo de acostarse con su maestro, elevado a la categoría de Dios Padre, para hacer un Cristo (un Krishna), un niño perfecto.

Respuesta: Compra un Jesucristo de yeso y píntalo todo de azul para transformarlo en el dios Krishna, que es de ese color. Ata a sus pies muchos globos naranjas (el color de Muktananda) y envíalo hacia el cielo. Esta ceremonia la haces acompañada de tu hija y de tu marido. Cuando veáis desaparecer el Jesucristo, dad a la niña un nombre occidental. Así la liberaréis de la obligación de ser un semidios y le devolveréis su identidad y su feminidad.

Breve epistolario psicomágico

1. El robo para sanar

Las personas que dicen no poder amar, no es porque tengan el corazón vacío. Los sentimientos, como en un congelador, se acumulan, anestesiados. En este acto psicomágico, en lugar de tratar de dar lo que se desea obtener, se provoca, por una sucesión de situaciones peligrosas, el despertar del sentimiento positivo base: el amor a la propia vida.

Desde Chile te escribí: «Hay días en que mi vista se nubla y no hago más que lamentarme por estar vivo. Te agradecería infinitamente si pudieras recetarme un acto psicomágico para poder amar sin pedir tanto a cambio». Tú me respondiste: «Roba en un supermercado un corazón crudo cada día 6 de cada mes, todo un año. Esos corazones los cueces y los repartes en trozos a amigos y animales hambrientos. Después amarás». Desde abril del 97 hasta marzo del 98 robé un corazón por mes en distintos supermercados de Santiago. Nunca fui sorprendido y siempre cumplí con la labor de cocerlo y repartirlo luego entre amigos y bestias. (Era difícil encontrar animales hambrientos en mi barrio, así que salía a caminar y generalmente se los daba a los primeros perros que veía.) Como la fecha indicada era el día 6 (supongo que por la carta VI del Tarot, El

Enamorado), al principio de cada mes me sentía muy nervioso, aterrado. Usé distintas estrategias para robar los corazones: esconderlos en un bolsillo de la chaqueta o en el calzoncillo, o dentro de mi gorra, etc. Durante el verano era más difícil aún, porque con el calor que hacía no podía andar con chaqueta. Afortunadamente a esas alturas ya tenía una buena experiencia como ladrón de supermercados, así que siempre salí airoso. Otra dificultad fue que no en todos esos grandes locales vendían corazones. Entonces tenía que recorrer varios hasta encontrarlos. Respecto a los amigos con quienes debía compartir los trozos cocidos, lo hice, la mayor parte del tiempo, sólo con mi familia. Una que otra vez los compartí con algún conocido que por casualidad se encontraba en mi casa. El último mes, con el último corazón, invité a un grupo de jóvenes vecinos. Esa comunión social fue una forma de celebrar que había cumplido mi tarea y que lo había hecho bien. Al poco tiempo murió un tío muy cercano, hermano de mi madre. La fortaleza interna que había adquirido me permitió actuar con resolución junto a mi familia: fue algo que sorprendió a todos. Esta fortaleza no era una actitud dura sino más bien estar en la situación precisa con la disposición adecuada. Ahora, desde hace tres meses, estoy aprendiendo un baile de origen brasileño que es también un arte marcial. La energía que allí empleo y hago crecer me entrega una seguridad en mí mismo que nunca había experimentado. Acabo de cumplir 25 años y siento mucha fuerza para amar sin pedir tanto a cambio.

2. Conversación simbólica

Gracias a actos simbólicos se puede entrar en relaciones profundas, sanadoras, sin que la razón intervenga.

Ésta fue mi consulta: «Mi hermano se ahorcó a los 28 años, el día de su cumpleaños. Yo he cargado en cierta manera la pena culpable de mi madre por esta desaparición tan brutal. ¿Có-

mo deshacerme de ella?». Me respondiste: «Carga dentro de un saco blanco, en la espalda, durante 28 días, una bola de pantaca que has pintado de negro. Después ofrécesela a tu madre, diciéndole: "Esta bola es tuya, te la devuelvo"».

Fui a ver a mi madre y justo antes de que sacara la bola y se la diera, me dijo: «Me gustaría hacerte una camisa negra», y comenzó a tomarme las medidas. Me sorprendí mucho, la dejé hacer y luego le di la bola. Ella la observó, rascó con una uña y sonriendo me dijo: «La pintura se parte fácilmente». Le respondí: «El negro se va, pero el peso queda». Ella se puso a llorar. La tomé en mis brazos durante mucho rato. Hoy respiro mucho mejor.

3. El color perdido

Un mínimo detalle, doloroso, obstaculiza el desarrollo general. Muchas veces comparo un problema considerado pequeño a un clavo en el zapato. Aunque de tamaño reducido, afecta a la totalidad de nuestra marcha. Éste es el testimonio de José Zaragoza, poeta mexicano que vive en París:

Conociendo la obra de A. J. acudí a hacerme leer las cartas del Tarot. En aquel entonces estaba obsesionado con la idea de que yo provocaba miedo entre las gentes, idea reforzada por el hecho de ser extranjero. Sin más ni más, el señor J. me dijo: «Al diablo hay que vestirlo de rojo», y me aconsejó que me vistiera de pies a cabeza con prendas de ese color. Yo simplemente rehusé porque le tenía un miedo pavoroso al ridículo. Pero al día siguiente, por orgullo más que por convicción, decidí llevar adelante la prescrita medicina, añadiendo un paliacate tarahumara que, como se sabe, es rojo y se lleva en la frente. La experiencia fue terrible. En la esquina de mi casa me encontré con un grupo de personas que me miraban sorprendidas. «Voy a una fiesta de disfraces», les tartamudeé. En el metro la cosa se tornó casi insoportable. Todo el mundo me

miraba, de cabo a rabo. Me sentí mal porque, habiendo querido siempre pasar desapercibido, en tales circunstancias aquello resultaba imposible. De regreso a mi casa me sentí sumamente fatigado y sucio. Tomé una ducha y me sentí mejor. Al otro día noté que mi percepción había cambiado de manera importante. Sentía como si hubiera tomado una dosis de mezcalina. El rojo lo veía como naranja, el naranja como amarillo, etc. Salí a la calle y constaté que efectivamente mi percepción había cambiado y que debía acostumbrarme a ver de manera diferente toda la gama de los colores cálidos. A pesar de que esta situación resultaba algo embarazosa no me sentí del todo mal y alcancé a realizar mis actividades normales. Vestido de rojo acudí a todos los lugares adonde suelo acudir, vi a todas las personas que suelo ver, etc. A la semana ya había integrado a mi persona el color prescrito. Fue entonces cuando recordé un hecho definitivo de mi infancia: cierto día mi madre, por una pequeña falta, me reprendió de una manera feroz, diciéndome «¡Eres un diablo!». Cosa que me irritó profundamente y me hizo enrojecer. Ella insistió: «¡Ya ves, ahora ya hasta rojo estás!» Yo tuve entonces un acceso de cólera inenarrable y después, pasado el trance, muerto de tristeza comprendí que a mi madre no le gustaba el rojo... Desde ese instante suprimí de mi ropa –y obviamente de mi apariencia– el más mínimo detalle que aludiera al rojo, por más que este fuera mi color favorito. Al recuperar ese color, gracias al acto de psicomagia, recuperé el mundo. Mi mal quedó resuelto.

4. Leche en los ojos

Algunas enfermedades orgánicas pueden ser curadas con elementos simbólicos.

Al día siguiente de la muerte de mi madre, me comenzaron a doler los ojos. Dolor que duraba ya ocho años y que ninguna medicina había podido atenuar. Usted me aconsejó lo siguien-

te: «En una noche de luna llena, en tu jardín, acompañada de tu marido, haz hervir un litro de leche. Déjala enfriarse allí bañada por la luz lunar. Después enjuáguate repetidas veces los ojos con esa leche, hasta que amanezca». Así lo hice. El mal desapareció por completo.

5. Un devorador de negaciones

En cada parte está por completo el todo. La mayoría de las veces nos encolerizamos por otra causa de la que creemos y pedimos otra cosa que lo que estamos pidiendo.

Te consulté porque mi hijo tiene ataques de furia exigiéndome cosas a gritos y pataleos. Me aconsejaste acceder a sus pedidos pero no satisfaciéndolos del todo sino en parte: «Si quiere chocolates, dale uno sólo. Si pide un pastel, dale un pequeño trozo, etc.». Me pregunté cómo esto podría hacer que el niño cesara de armar un escándalo tras otro. Pues bien, los primeros días continuó igual: devoraba el primer chocolate y luego aullaba para obtener el segundo. Un día se comió un paquete entero de chocolatinas y se metió de un solo golpe cinco chicles (que yo había escondido mal). Y por supuesto, como de costumbre, tenía un ataque de ira.

Después, poco a poco, me di cuenta de una cosa que tú me habías sugerido en la lectura: yo, impaciente, le decía «no» el día entero. Muy pocos «no» a causa de un peligro y muchísimos «no» porque su exigencia iba a perturbar mis gestos habituales. Es decir, sólo lo veía cuando me molestaba. Por eso él hacía todo lo que podía para perturbarme, de preferencia fuera de la casa, donde no corría el riesgo de padecer mi violencia. En fin, hace ya un mes que en mi boca no hay un solo «no». Un mes que, cuando estamos juntos, le doy por completo mi atención. Sus escándalos han cesado. Nos llevamos muy bien. Pero ahora me doy cuenta de que a mí me falta un marido y a él un padre.

6. Aspirante a calva

A veces la enfermedad de la hija es sólo la enfermedad de la madre.

Esto fue lo que te dije: «Me arranco los cabellos uno por uno y los pulverizo entre los dientes. Presiento que se trata de un lazo con mi madre. No sé cómo hacer cesar esta manía». Me repondiste: «Pulverizas al amante entre tus dientes. Cada cabello que te arrancas y que mascas, te acerca a la calvicie y, por lo tanto, te aleja del hombre. Tu madre, mujer abandonada encinta, te ha dado una imagen atroz de tu padre. Ves a los hombres con la mirada de ella. Te sientes de más en el mundo. En el momento de acostarte, arráncate un cabello y dáselo a triturar a tu madre. Mientras masca, ella debe estar muy cerca de ti y cantarte una canción de cuna. A la mañana siguiente te debe lavar la cabeza y luego peinarte con dulzura». Realicé todo lo que me pediste. Cosa extraña, mi madre, siempre tan taciturna y fría, colaboró en el acto con toda su alma. Mientras me peinaba se puso a llorar, pidiéndome perdón. Ya no me arranco los cabellos y la relación con mi madre ha mejorado.

7. Realización metafórica de un incesto lesbiano

Ciertas neurosis de fracaso provienen de una prohibición del placer sexual. La mayor parte de las enfermedades son causadas por una falta de libertad. Cuando no se critica al consultante su forma particular de obtener placer, y él siente que ha obtenido una «autorización», cesa, en forma inconsciente, de atarse a su deseo de incesto y se permite la realización de sus sueños.

La relación con mi madre, muy deteriorada, me afecta la feminidad. A pesar de mi intenso deseo, desde hace años no puedo tener hijos. Cuando un embarazo se presenta, me veo obli-

gada a abortar. Mi psicoanálisis me ha hecho consciente de un gran nudo psicológico lesbiano con esta madre, que estuvo tan ausente y fue tan deseada antes de ser odiada. Al saber que mi progenitora vive en las Antillas desde hace quince años y que no tengo casi contacto con ella, usted me propone hacer una inmensa ensalada de frutas exóticas frescas para comerla en compañía de una mujer, cualquier mujer, sin darle ninguna explicación. En mi trabajo tengo una colega de mi misma edad que, como yo, se llama Catalina y es madre de una niña pequeña. ¡La persona ideal! A menudo comemos juntas un bocadillo en el café de la esquina. Ese día se sorprende, con mucho placer, de que la invite a compartir una abundante ensalada de frutas exóticas. Comemos con gula. En los meses siguientes doy a luz un niño, engendrado con conciencia, amado, que se llama Ángel. Su padre ha nacido y ha sido educado en Costa de Marfil, en medio de ese tipo de frutas exóticas que compartí con mi colega.

8. Prostituta arrepentida

Según el pensamiento mágico, las ropas de una persona son su prolongación. Por eso los brujos hacen a esas vestiduras lo que deciden hacerle a la persona.

Te fui a ver porque, habiendo encontrado al hombre de mi vida, me torturo pensando en que, obligada por necesidades económicas, me tuve que prostituir (aconsejada por mi madre, una señora que borró por completo a mi padre quemando sus fotografías y guardando secreta su identidad. A veces llego a creer que soy hija de mi abuelo). Frente a la pureza moral de mi compañero, me sentía sucia, despreciable. Tú me preguntaste si guardaba alguna ropa que hubiera usado para atraer a los clientes. Te dije que la conservaba toda en un baúl. Me pediste que, fuera la cantidad que fuera, me vistiera con ella, un vestido sobre el otro. Luego que me acostara en el lecho de mi

madre (vivo con ella) a la hora quince (tres de la tarde) y que me quedara allí hasta las doce de la noche. Entonces debía levantarme y en una gran batea colocada en el jardín, a la luz de la luna llena, después de rociarlas con siete litros de agua bendita, lavar, sin usar jabón, todas las vestimentas, lo que me obligaría a estrujarlas y frotarlas con fuerza. Terminado el lavado, según tus indicaciones, tendí tres cuerdas en mi cuarto y colgué la ropa mojada. Después coloqué recipientes bajo ellas para recoger el agua que goteaba. A la mañana siguiente, recogí las prendas, hice un hoyo en el jardín, las deposité allí y planté un árbol que regué con el agua recogida en los recipientes. Luego realicé tu segundo acto: me pediste que comprara un Cristo de yeso, de tamaño humano y que, luego de colocarlo en mi cuarto, lo cubriera con todos los látigos que había usado para azotar masoquistas. Debía dejarlos allí un día 22 por un período de 22 días. Cada noche, antes de dormir, debía observar esto y meditar uniendo mi antiguo trabajo a la espiritualidad. En cierta forma convertir los látigos en objetos sagrados. Tú me habías contado que, según las leyendas, la lanza que hirió a Cristo, más tarde comenzó a producir rosas en la punta, cuyos pétalos curaban la ceguera. Comentaste: «En contacto con la divinidad, hasta el objeto más vil se hace sagrado». Resultado: he abandonado el hogar materno y, sin remordimientos, vivo con el hombre que amo. Hemos decidido dejar de usar anticonceptivos.

9. Carta al padre ausente

Estamos unidos al inconsciente colectivo. A cualquier acción que cometamos, aunque sea anónima, el mundo le da una respuesta. Lo que hacemos a los otros, nos lo hacemos a nosotros mismos.

Durante la consulta me hablaste de un contrato inconsciente que, cuando era niña, yo le había firmado a mi padre («Sólo

a ti amaré»), lo que me impedía realizarme emocionalmente. Mi padre, habiendo salido un día de casa para comprar cerillos, nunca regresó. Me aconsejaste, para liberarme de esta amarra, escribirle una carta diciéndole todo lo que sentía de nuestra relación, insultándolo por haberse permitido huir del hogar en esa forma tan irresponsable. Debía además incluir un papel destrozado en el que antes habría escrito con letra de niña «Sólo a ti amaré», y firmado con una gota de sangre. En el sobre, a modo de dirección, debía poner:

Señor Padre Ausente
Calle del Inconsciente s/n
Ciudad de Mí Misma
Conciencia Universal

Escribí la carta, la mandé por correo con muchos sellos, sin poner remitente, y lloré, sentí cómo la rabia me invadía, quemándome el interior del pecho. Luego fui invadida por una paz que nunca antes había sentido. A la semana siguiente, para mi inmensa sorpresa, el cartero depositó en mi buzón la carta que había mandado. ¿Cómo supieron en Correos que fui yo quien la envió? Con toda seguridad no fue por el matasellos con que timbran los sellos, pues no deposité el sobre en mi barrio. No creo en los milagros, alguna misteriosa razón habrá. Sin embargo recuerdo que en una conferencia contaste que un día un alumno le preguntó al gran místico Ramakrishna: «¿Si lanzo una piedra hacia el infinito, a dónde llega?». El iluminado respondió: «Llega a tu mano». Sea como sea, te agradezco sinceramente por este acto que me hace avanzar. Sobre todo porque ha sucedido una cosa que parece estar en relación con esa carta: sin ningún pedido de mi parte, una asociación me acaba de proponer un puesto de educadora en un barrio pobre. Emplean métodos muy comprensivos donde los padres, bien aconsejados por pediatras, sanan las relaciones con sus hijos.

10. La falsa inválida

Para verse a sí mismo hay que darse cuenta de cómo los otros nos ven. El ser esencial está preso dentro de una jaula psíquica construida por la mirada de los otros.

Mi primera experiencia sexual fue traumatizante. Quedé inmediatamente encinta y aborté en secreto. Estuve enferma varios meses. Desde entonces sólo encontré hombres que no funcionaban bien sexualmente. Estuve casada veinte años con un eyaculador precoz. Te pregunté qué hacer. Me contestaste: «Debes comprender que ninguno de aquellos hombres, prisioneros en su egoísmo, te ha visto como tú te sientes. Por tu aspecto sensual piensan que eres una mujer ardiente cuando en realidad te vives como una inválida sexual. Debemos hacer todo lo posible para que te vean en el estado en que estás. Te aconsejo que, durante seis días seguidos, alguien te empuje por lugares públicos sentada en una silla de ruedas. Ese paseo diario deberá durar seis horas». Al día siguiente encontré la tienda especializada donde alquilé la silla y una amiga que aceptó acompañarme. Apenas salimos a la calle, estallo en sollozos, tengo vergüenza, me siento como un cadáver viviente expuesto ante los ojos de todo el mundo. A pesar de que hace calor, mis piernas se entumecen, me cae encima la fatiga de más de veinte años de combate sin esperanzas. Veo mi reflejo en un escaparate. Esa mujer de negro, encogida así, soy yo. Me hago consciente de la autoflagelación que ha sido mi vida. Me encolerizo casi hasta la locura, luego agradezco esta oportunidad de hundirme en la realidad de mis sentimientos, para llegar a ser a través de mi frustración. Al día siguiente me visto lo más seductora posible. Al tratar de almorzar en un restaurante hindú, nos es imposible acceder a los comedores. Dos hombres jóvenes, con grandes sonrisas, me cargan en la silla. No disimulo mi mirada complacida. He perdido el miedo de desear y el de que me deseen. Al cabo de los seis días expulsé veinte años de temores, de deseos estancados, de sexualidad despre-

ciada. Decidí asumir la mirada de los hombres como una complicidad sensual. Cuando devolví la silla de ruedas me llené de alegría y también de tristeza por esa mujer que, en su negación de existir, se había inmovilizado. Por primera vez me sentía avanzar hacia la vida.